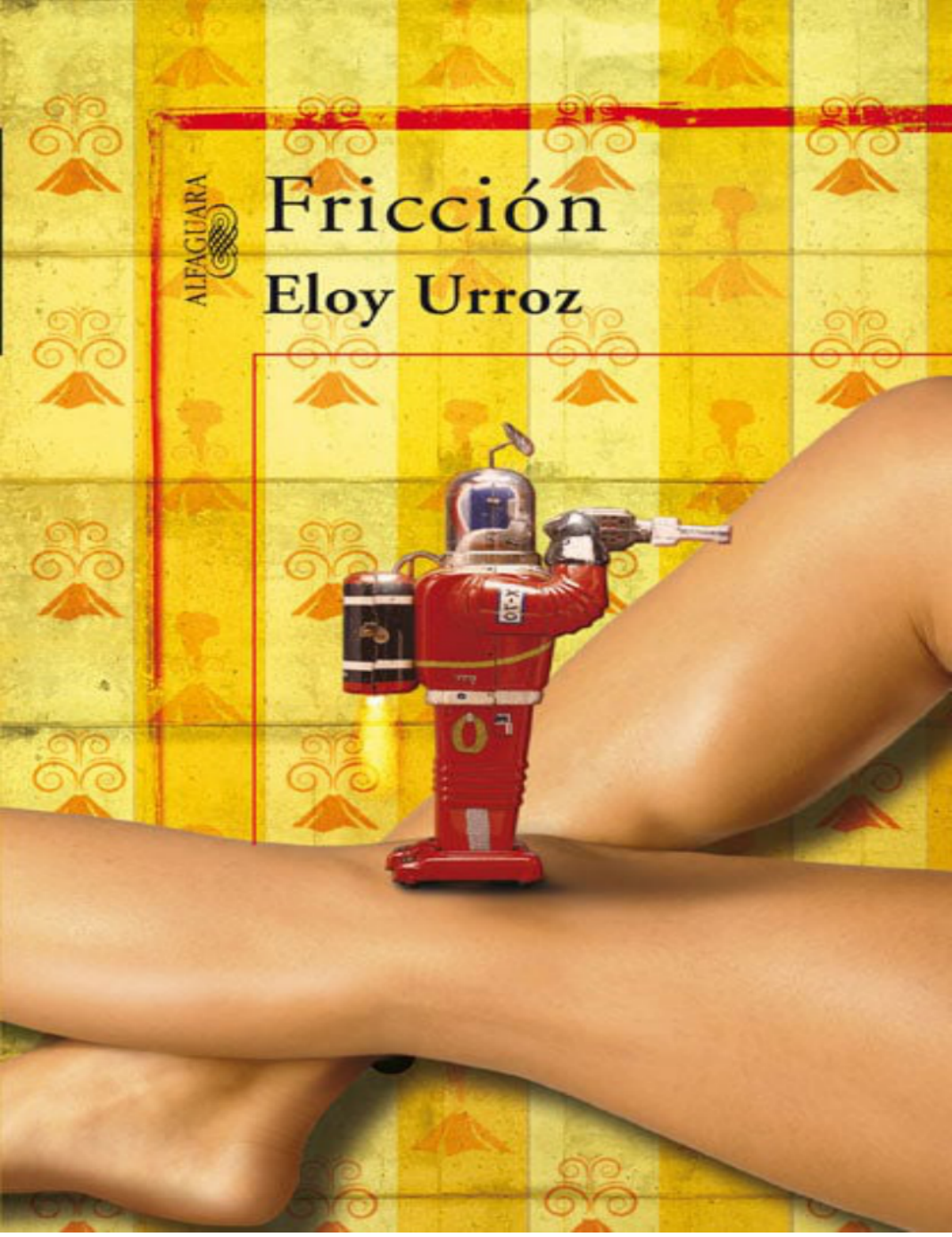
ALFAGUARA

Fricción

Eloy Urroz



FRICCIÓN

ELOY URROZ

ALFAGUARA

Eloy Urroz es novelista, poeta y ensayista. Estudió la licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas en la unam y la maestría y el doctorado en Letras Hispánicas en la Universidad de California, Los Ángeles. Actualmente es profesor de literatura latinoamericana en The Citadel, en South Carolina. Ha publicado las novelas *Las leyes que el amor elige* (1993), *Las Rémoras* (1996), *Herir tu fiera carne* (1997), *Las almas abatidas* (2000) y *Un siglo tras de mí* (2004). Es coautor de *Tres bosquejos del mal* (1994) y *Crack. Instrucciones de uso* (2004). Ha escrito los libros de ensayo: *Las formas de la inteligencia amorosa: D. H. Lawrence y James Joyce* (1999), *La silenciosa herejía: forma y contrautopía en las novelas de Jorge Volpi* (2000), *Siete ensayos capitales* (2004) y *Ethos, forma, deseo entre España y México* (2007). Su obra poética está reunida en *Poemas en exhibición* (2003). Sus novelas han sido traducidas al inglés, francés, italiano, alemán y portugués.

Esta no es una novela, tampoco un libro. Se trata más bien de un juguete de fricción, un artefacto lúdico y procaz, una anomalía del lenguaje.

Matilde (tu joven esposa, Lector), estudiante de ciencias políticas, está decidida a recabar la más intrincada información sobre el desaparecido político mexicano Roberto Soto Gariglietti. El hijo del famoso estadista, el pintor Arturo Soto, amigo tuyo, es quien, desde las primeras entrevistas, dosificará los datos de su padre con el propósito de seducir a tu mujer. Al mismo tiempo, Eusebio Cardoso, profesor en Millard Fillmore University, asiste pasmado al desmoronamiento de su segundo matrimonio y a la terminación de su contrato como docente. A partir de este momento, una hilarante plétora de personajes reales e históricos tendrá cabida en el juguete para desembocar (explosivamente) en un conocido pueblo imaginario de Baja California.

Empédocles de Agrigento, Pancho Villa, Karl Popper, Sergio Pitol, la bisnieta de Gargantúa, Mademoiselle Bouile de Suif y tú, Lector, entre otros muchos, jugarán, frotativos, con *Fricción*, porque la vida es un amasijo de roces y deseos, amistades y traiciones, celos y sueños aunados siempre a la obstinada concupiscencia de los hombres.

© 2007, Eloy Urroz
© De esta edición:
2008, Santillana Ediciones Generales, S. A. de C. V.
Av. Universidad 767, col. del Valle,
México, D. F., C. P. 03100, México.
Teléfono 5420 75 30
www.aifaguara.com.mx

Primera edición: febrero de 2008

ISBN: 978-970-58-0267-6

© Diseño de cubierta: Everardo Monteagudo

Impreso en México

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A Nicolas

Pido perdón a muchos adultos por haber dedicado este juguete a uh niño de tres años de edad. Tengo una mediocre explicación aparte, por supuesto, de decir que se trata de mi hijo: durante años pensé que hacía juguetes de fricción para esos adultos serios que nunca aprendieron a jugar; ahora, en cambio, no sé para qué armo juguetes.

Corrijo, pues, mi dedicatoria:

Para Nicolás
este juguete de fricción
para que se divierta
cuando sea grande
y juegue.

I shall speak a double truth; at times
one alone comes into being;
at other times out of one several things grow.
Double is the birth of mortal things and double their demise.
For the coming together of all both causes their birth
and destroys them; and separation nurtured in their being
makes them fly apart. These things never stop changing
throughout, at times coming together through Amity in one whole,
at other times being violently separated by Strife.
Thus, on one side, one whole is formed out of many,
and then again, wrenched from each other;
they make up many out of one.
Thus they come into being and their life is not long their own,
but insofar as they never stop changing throughout
insofar they are forever immovable in a circle.
But come, listen to my words, for knowledge makes the mind grow.
As I said once before, revealing the outer limits of my thought,
I shall speak a double truth; at times one has grown out of many,
at other times many grow apart out of the one,
fire and water and earth and the immeasurable heights of air.
Then dire Strife stands away from all, while Love
reigns in their midst, equal in length and breadth.

EMPÉDOCLES

¡Atreveos! Lo que heredasteis, lo que adquiristeis,
lo que oísteis y aprendisteis de boca de vuestros padres,
las leyes y los usos, los nombres de los antiguos dioses,
olvidadlo con coraje y, como recién nacidos,
alzad los ojos a la divina naturaleza.

FRIEDRICH HÓLDERLIN, *Empédocles*

ADVERTENCIA

Cualquier semejanza con eventos ocurridos en la Universidad de James Madison entre el otoño del 2000 y la primavera del 2005, y/o cualquier parecido que pudiera haber entre los personajes que pueblan esta empedóclea novela de Amor y Discordia con mis conspicuos ex colegas del Departamento de Lenguas Extranjeras de la antedicha universidad, es pura casualidad y emanación impune de Tyché (Azar) y Anánké (Necesidad) que lo pervierten todo y distorsionan. Estos hechos reales son producto de la fantasía exacerbada de su autor y nadie más que el profesor Cardoso, yo, es responsable de su escritura e invención.

PRIMERA PARTE

ERIS

I

Amor, Discordia, Eusebio, ¿qué son? ¿Acaso son las fuerzas que mueven el mundo, como refrendaba el famoso Empédocles cinco siglos antes de Cristo? Amor une; Discordia separa y disgrega, intuía con acierto el filósofo. El odio que Discordia impone forma parte de su propia naturaleza, Discordia atrae a lo semejante por lo semejante, mientras que Amor, al contrario, atrae las cosas que *no* son semejantes. ¿Cómo es eso? Amor o Afrodita es, digamos, esa fuerza gravitatoria, imantatoria si cabe, que busca mezclar los cuatro elementos, las raíces originales que lo constituyen todo. Al menos eso decía ese aristócrata excéntrico que moró en la antigua y alta Akragas, colonia floreciente de Sicilia. En cambio, Eris, Discordia, argumentaba, tiende al odio y a la dispersión que a su vez conforma otra serie de conjuntos en una masa separada… pero no ya en el Conjunto total. Cipris, Philía, Amor, es, pues, la causa del bien, del reposo, de una aparente serenidad o *stasis*; Discordia, en cambio, la causa del mal, la volición y la *kinesis*. Y este universo en el que estamos aferrados Irene, mi mujer, y Emilio, mi hijo; Fedra, mi ex mujer, y Dulce, mi adorada hija; Tino y Javis y Estéfano Morini, mis colegas del departamento de lenguas; Jeff Davis y Gaudencia Gross-Wayne, mis obstinados enemigos en Millard Fillmore University, y todas las demás almas con quienes habito y disputo a diario como un enajenado, todos formamos parte de una Esfera eterna, perfecta, donde las cosas cambian constantemente de lugar y donde nada jamás se destruye sino simplemente se combina, se mezcla, igual que los cuatro colores en la paleta de un pintor.

Pero ¿acaso no sería coherente llamarle a todo este amasijo de húmeros y tripas con una palabra: fricción? Fricción de los colores o limadura de los cuerpos, fricción de la inquina y el deseo, de la traición o la amistad; fricción y rozadura de los celos, del sueño y la

concupiscencia obstinada de los hombres. ¿Acaso no es verdad que de la misma fricción desesperada de la carne (la carne del padre y de la madre) surgimos una noche cualquiera de hecatombes? ¿Acaso no es así que, al final, venimos todos a nacer o a transmigrar hacia otra vida más feliz o más jodida? ¿Acaso no tenía razón Empédocles?

2

(**Jueves 15 de junio**)

Cierra el libro ya, tú, papanatas, sí, ningún otro, el que lee, el que empieza ahora mismo a leer esta página, es decir, a caer… a precipitarse… a hundirse, cierra el libro, Lector, o si quieres no lo cierres., ¡qué importa!, a estas alturas no importa, ¿qué puede pasar?, ¿qué puede pasarte?, nada, no mucho, algo, un poquito, casi nada, sigue leyendo, sigue, apresúrate, te mueres de curiosidad ¿no es cierto?, entérate por ti mismo, entérate de una buena vez, entérate para siempre y colma tus ganas infinitas de saber, colma tu irrevocable apetito. A partir de ahora da igual, lo que va a suceder sucederá… como todo en la vida ¿o acaso no lo sabes? Se trata de caer, caer,' deslizarse sin conciencia… o sin mucha conciencia al menos en la pura vigilia, en el insomnio, en la duermevela espuria de la vida.

Ahora tú eres quien te deslizas, Lector, ningún otro, por las palabras, ¡qué más da!, soberbio jodeputa que, enfrascado, encaramelado, sigues leyendo esto: pero ¡basta!, deja el libro, déjalo y sal pronto de allí, escapa, sal de tu guarida forrada, huye de esa oficina en penumbras, te mueres de ganas, se ve a leguas, se te ve en la cara, sal de esa ostentosa oficina en la avenida Reforma, son las cuatro o casi ¿ño?, ves el Angel desde tu ventana, mueres de impaciencia por ir y enterarte de cómo va ese retrato que encargaste, sal de ese reducto con artesonados y planchas en piel, lujosamente alfombrado en sepias y grises donde ahora yaces, te refocilas, esa oficina en el corazón del mundo, en el centro del universo, en el mero Distrito Federal, a ver si Arturo ha terminado con el cuadro que le pediste hace un par de meses o más.

Las prisas, tus prisas, se llaman amor, pasión, y son culpa de Afrodita, ¿no lo sabes?, tu urgencia por ir a ver la pintura de tu mujer al estudio de tu viejo amigo se llama deseo y es un maldito dínamo que mueve al universo. Escapa de este libro, dile a tu secre que saldrás un ratito, inventa cualquier pretexto pues eso que sientes ahora mismo te lo envía Cipris desde el cielo, cabrón, aunque no lo sepas y no

importe demasiado pues, recuérdalo, tú eres el jefazo, el mero mero petatero y puedes decir o hacer lo que te plazca, la secre existe para obedecer, existe para cerrar el pico y creer lo que le digas nada más, jefazo, y para servirte, servirle a usted, licenciado, y ahora respóndete, Lector: ¿qué se siente tener todo el poder, tenerlo toditito en las manos, en un puño?

Das un último sorbo y te levantas, carajo, te llevas los sedimentos del café cargado entre las muelas o entre las encías, no te fijaste, pero nada es perfecto, nada es armónico, lo sabe el viejo de Agrigento, ni siquiera los jefazos la tienen perfecta, no el arma viril, cabrón, la vida, y tú menos que nadie, Lector, y por eso dejas la taza, la empujas, te levantas, por eso la vida no es perfecta, claro, y no lo sabes todavía pues te mueres (ingenuo) de impaciencia, sí, tú, a quien las prisas y el amor consumen como una eternidad de hormigas… y te abrasan y gloriosas arden en tus venas como medulas (sí, medulas) desde hace meses, desde hace más de un año, tal vez dos, desde que viste por primera vez a tu mujer, a tu reina, Matilde, Matildita, Maty, la misma que te hace sentir más que nunca el reyecito, por encima de todos, el emperador, por encima de esa muchedumbre en la avenida Reforma junto al Angel que ahora miras desde tu ventanal polarizado, dividido entre continuar la lectura de esta suciedad o ir a ver a tu querido Arturo a su estudio improvisado en la azotea, construido con vigas y paredes de comprimido de aserrín, caerle de improviso a ver cómo va con la pintura, pero tampoco quieres dejar de leer *Fricción* ahora que nadie te interrumpe y tienes toda la pinche tarde para ti, a ver si Arturo está por terminar el cuadro y el cabrón no se perdió otra vez en el peyote justo como suele hacer, pedirle otro café a la secre y sorberlo a tramos, despacito, mientras lees, lees, calientito, sigues, te precipitas y te enteras por ti mismo pues tú tienes el libro y por eso tú tienes el poder, te digo, por eso tienes las llaves del reino, eres el director de la sucursal, el mandamás, y a nadie rindes cuentas sino al gringo pendejo que por supuesto vive en Gringolandia, lejos de aquí, de esta miseria tercer-mundista que es la Capirucha, el Distrito Federal, eres tú el jefazo de la sucursal en México, el muchachón trabajando en un banco extranjero con su deslumbrante maestría de Columbia University y con su inglés perfecto pero con ligero acento y que quede claro, eres el jefazo joven, bueno, no tan joven, en esa etapa que los viejos llaman como de “la plenitud de la vida”; con todo por delante, por supuesto, hasta salud, carajo, y por encima de todo mucho amor, ese amor o enamoriscamiento de recién casado que corre por tus venas y te abrasa a ratos como esa cálida vida que transcurre canora, como esa eternidad de hormiguitas que corren y corren y te acalambran los brazos, las piernas, el pecho, el cerebro, ¡qué feliz estás, qué feliz eres, hombre!, no se puede pedir más, por eso te decides, por eso resuelves

salir de tu oficina, miras tu reloj, son las cuatro pasaditas, decides abandonar el libro, ¡este libro del demonio, *Hypocrite lecteur*, seguro el pinche Arturo, tu amigo, estará tirado de bruces rumiando un cacho de peyote en su taller y Tamara, su pobrecita mujer, en cambio, trabajando duro, como debe ser, se ríe el hijo de la chingada cuando lo reprendes medio en broma y medio en serio, tú, catequista de mierda que te has vuelto, Lector, que se chinguen, replica Arturo con ínfulas y autosuficiencia, que trabajen y lo mantengan a uno, ¿o no debe ser así, mano, cuando siempre ha sido al contrario, desde que el mundo es mundo, desde los griegos?, te explica sabihondo, yo pinto, manito, y sí que pinta bien, lo admites, por eso y no por otra razón le pediste el retrato, para sorprender a tu hembra en su aniversario y por eso mismo resuelves ponerte el saco y ajustarte la corbata que te regaló, salir de tu oficina y decirle a tu secre que vuelves al rato, al ratito, cuando le dijiste a Matilde que necesitabas una corbata gris perla, que te llame al celular si hay algo urgente, pero sabes que nada urgente va a pasar un jueves, que tienes la tarde libre para ir y apremiar al imbécil de Arturo a su taller de asbestos para que termine a tiempo el óleo que le encargaste hace dos meses.

Tomas tu Mercedes E 2025 y esquivas a un par de inditos que seguramente acaban de llegar de Hidalgo o San Luis Potosí y no conocen las leyes de tránsito del Distrito Federal, es decir, la ley inexorable de la jungla, la ley del que tiene el poder (como tú, jefecito) o el auto para partirle la madre al que no lo tiene, echar lámina a los demás autos y mentársela al que se te cruce cuando llevas prisa… y como casi siempre llevas prisa, Lector, pues que vayan a chingar a su madre todititos, te dices, cavilas sin soltar el volante. San Luis Potosí, apenas antier viste junto con Maty, ambos abrazados en la cama, un reportaje tristísimo, la situación desesperada que viven los campesinos en San Luis Potosí, en la sierra no sé qué, nunca te lo hubieras imaginado y ella, por supuesto, tampoco, la escasez de agua, la falta de lluvias durante los últimos tres años, la hambruna, la pobreza despiadada, el desempleo y la corrupción burocrática de ese estado de mierda, los niños al borde de la muerte, desamparados, enfermos de tisis, de sida, de disentería, de todo, las mujeres buscando ratas campestres para cocinarlas, adobarlas y comérselas con tortillas porque ni perros hay allí, todos se fueron o quizá se los comieron hace tiempo y Matilde se puso triste, notaste que lloraba, no despegaba los ojos del televisor, y por eso ahora piensas, Lector, que esos dos inditos que casi atropellas eran de mero San Luis Potosí pero quizás eran de la sierra de Guerrero o de algún pueblo jodido de Oaxaca y tú, defeño de corazón, ni notaste la diferencia, ni la sabes, pues sólo conoces Nueva York y París y el mero corazón del mundo, el lugar donde naciste y aprendiste a vivir y chingarte consuetudinariamente a tu prójimo, el

mero Distrito Federal, cuna de tus padres y tus abuelos y bisabuelos que en paz descansen.

Decides tomar Insurgentes para allí justo coger Viaducto y luego girar hacia la colonia Narvarte donde Arturo pinta y pinta, jodeputa, cuando no está perdido en su peyote que se trae oculto de Sonora o Chihuahua, no recuerdas. Alguna vez, eso sí, te contó sus viajes, sus idas en autobús con el grupo de artistas agro, sus estrambóticos ritos en el desierto, sus alucinaciones a la intemperie y sus orgías, decides cruzarte el alto, la búsqueda del sagrado alimento, lo haces dando un acelerón, cómo se corta y limpia el tubérculo una vez se encuentra bajo tierra, las noches al descampado oyendo a lo lejos coyotes o vete tú a saber qué diablos son, animales, hienas, tepezcuintles, todo por obtener el sacro alimento de los dioses, de los artistas, aceleras, porque eso se creen esos harapientos de mierda, los agros, te dices mientras giras a la izquierda, unos dioses, cada pintor se siente un puto dios incomprendido y por eso sólo saben pintar sus frustraciones y resentimientos, frenas y aceleras otra vez dando un volantazo, en el fondo pintan sus odios y rencillas hacia los demás, todos los demás, odios por supuesto muy bien sublimados y sesgados, odio a esos otros que se llaman burgueses y obreros, campesinos y abogados, sacerdotes y ricos, niños y mujeres y ancianos, todos o casi todos blanco de la inquina y la frustración de los pinches artistas agro, pero ya estás aquí, has llegado, falta buscar un lugar donde estacionar el coche, para ser jueves, es cierto, no estuvo mal el tráfico, nada mal, podría haber sido un infierno, pero el tiempo se te fue en elucubraciones que ahora mismo olvidas, Lector, conductor del Mercedes E 2025 digitalizado, conductor de esta improbable historia de amor, tu historia predecible que tal vez elegiste no leer o sí lees, quién sabe, con un buen café en la mano pero que, al fin y al cabo, ya no importa porque estás aquí, justo frente al viejo edificio donde vive y trabaja Arturo, tu amigo de la adolescencia, el bohemio de corazón, el desertor de la riqueza y las prebendas políticas, el hijo del famoso estadista Soto Gariglietti, el macho flagrante que explota y veja a su mujer con jactancia pues ella, Tamara, lo mantiene orgullosa para que él pinte y se meta el peyote que trae consigo de sus largas excursiones al norte cuando se harta de vivir y pintar en la gran Capirucha con sus cincuenta y seis millones de habitantes, según el último censo, el del 2022.

Te estacionas, te ajustas la corbata y casi de inmediato te arrepientes, ¿para qué te la ajustas, para quién?, ¿para Arturo que en su puta vida se ha puesto una corbata? ¡Qué costumbre esa de llevar la corbata ajustada adondequiera que vas! Decides quitártela, te la quitas. Haces bien. Sales del auto, no cualquier auto, por supuesto, tu Mercedes, y se te acercan dos chiquillos a decirte que te cuidan el

coche, patroncito, dos chiquillos sin zapatos, ¿de San Luis Potosí otra vez o de mero Hidalgo?, uno sin camisa, pero ¿habrán comido ratas campestres alguna vez, tal y como aseguraba el reportaje de la televisión con Matilde entre tus brazos sollozando, enternecida o asombrada de vivir en un país como *ése*… tan injusto?, estás a punto de preguntarles pero desistes, piensas que quizás es mejor no saber, que mejor es pedirles que te cuiden el carro pues de lo contrario te lo rayarán con una corcholata y por eso les sonríes, le enseñas la blanca dentadura, hipócrita Lector, conductor de este relato de amor ultrapredecible, y otra vez las eternas hormigas de Cipris te abrasan, te abrasan las venas pues sueñas con Matilde, tu viejorrón, tu cuero, mueres en deseos de llevarle el retrato cuanto antes aunque todavía faltan cinco días para que se cumpla tu primer aniversario, el martes 20 de junio, y falta nada más que el cabrón de Arturo no se haya retrasado con la pintura pues lo crucificas si es así, lo juras, te lo juras, lo matas, te echaría a perder la serie de sorpresas que le tienes a Matilde preparada ese martes, y te acercas a la puerta del edificio, comenzando por un collar de esmeraldas brasileño que hace juego con sus ojos glaucos, y no tienes que tocar el timbre, por supuesto una cena en Maxirrís, pues alguien sale del edificio y decides entrar, un crucero de siete días a Alaska, lo has hecho muchas otras veces, durante todos esos años en que has visitado el estudio de Arturo y lo has visto pintar, y por último, el mejor regalo: el lienzo con su retrato, y ahora sólo te faltan subir esos cinco pisos hasta la azotea donde tu amigo yace y pinta y rumia y regurgita peyote pues su casa y la de Tamara no es otra que la azotea de ese edificio jodido, maltrecho, que le hicieron el favor de alquilar los filantrópicos dueños por una módica cantidad, tan harapiento lo vieron aunque, eso sí, hijo predilecto del fallecido político de fines del siglo xx.

Dos pisos más, un piso más, y justo a partir del último, justo a partir de los últimos escalones puedes observar esos indescriptibles lienzos que Arturo cuelga por doquier, pinturas que adornan o llenan las amplias paredes del pozo del edificio, casi todo invadido, algunos que nunca vendió y otros que tú nunca habías visto, probablemente cuadros recientes, los ves, los calibras y admiras, siniestros y lóbregos retratos, cables telefónicos o radares destruidos, fantasmagóricos edificios en ruinas, peatones magros y enfermos, perros famélicos y arañas monstruosas, fábricas inmensas, lagos pletóricos de chatarra y llantas y animales flotando destripados, innumerables escenas de pesadilla, ocres, grises, rojas, cruzas el pasillo que te lleva a la puerta que da justo a la azotea, la penúltima puerta, y la abres, Lector, ¿comprendes?, la abres, ábrela pues, es hora de que abras la puerta que da a la azotea, el sol, ¡ya ves!, te inunda un segundo… no pasa nada, cúbrete, hiere sólo un segundo, sí, no ves nada pero no importa

porque conoces el camino casi de memoria, unos quince metros, sí, todo recto, derechito, allá, hacia el final de la azotea donde se encuentra su taller, lo sabes, más allá de sus inmundas habitaciones donde vive y duerme con Tamara, te acostumbras a la luz, hace mucho calor, ¡qué bueno que decidiste dejar la corbata gris perla que Matilde te regaló en tu cumpleaños!, estás a un paso del estudio que Arturo mismo se construyó con comprimido y láminas de asbesto y aserrín cuando le alquilaron la azotea, ahora empujas la puerta cuando debiste primero tocar, piensas, pero a estas alturas ya no importa, Lector, es tarde para cavilar cuanto que tus inocentes pupilas se topan de frente con tu esposa al fondo del estudio, allí está, es ella, tu hembra, tu mujer, tu cuero, tu amor de la vida, pero ¿se trata de ella realmente o es otra que de pronto se parece a tu esposa, incrédulo y pasmado Lector? ¿Es acaso tu mujer desnuda en los brazos de Arturo, tu viejo amigo? Crees que sí, podrías jurar que sí, pero… quién sabe… Tú la ves a ella ahora mismo, contemplas a esa mujer tan parecida, tan semejante a la tuya, y él a ti sin embargo no te puede ver, sólo miras su espalda, sus nalgas peludas sobre un *quilt*, sus brazos peludos rodeando la cintura, el envés de Matilde o de esa otra mujer tan semejante a Matilde, ya no sabes, Lector, la espalda tersa de tu esposa amada, la observas cuidadosamente y no estás seguro todavía, tantos cuadros en el piso reclinados y las paredes atestadas no te dejan enfocar lo que estás mirando con lujo de detalles, ¿o es acaso el calor pegajoso, la calígene que no te deja?, ¿o es quizás otra mujer la que ves, acaso la esposa de Arturo o alguna hermosa modelo que se parece a Matilde… y nada más? ¿Quién es ese cuerpo sin ropa, ese objeto de carne precioso? ¡Carajo!, no puede ser Maty, claro: ella está en casa, mejor dicho: los jueves a esa hora está en el café Polanco con sus amigas de posgrado discutiendo, comiendo pastel de tres leches, hablando de política latinoamericana, del cambio, del gran cambio que apenas se dio un año atrás con el nuevo presidente, Gilberto Rendón, y que ha dejado al mundo entero boquiabierto, sí, ella está tomando café con sus amigas, pero de pronto barruntas que no es así, que esos ojos verdes son los mismos ojos claros de Matilde pues te reconocen, Lector, a través o por encima del hombro derecho de Arturo, tu amigo pintor que se coge ahora mismo a tu espléndida mujer en su estudio mientras tú lees o no lees, qué importa a estas alturas, qué diablos importa cuando lo has visto todo con tus propios ojos y es real y es prístino, cuando lo has padecido todo con las córneas, tú, sufriente voyeur y patroncito, al mismo tiempo que sientes cómo te penetra u horada una suerte de objeto invisible, duro y punzante, o mejor: punzo-cortante, una azuquítar menuda y morena que abrasa y calienta por dentro pero que no se llama amor esta vez sino dolor rijoso, hirviente vergüenza, estrujante invasión de la pena,

algo así como un infierno largo, continuo, fluido, filoso, que te llena la cabeza por oleadas y no te deja respirar, no te deja pestañear ante lo que miras aunque tus pestañas sudan y tu cuerpo entero suda como un chancho al que están a punto de destripar, ¡qué bueno que dejaste la corbata en el Mercedes, piensas de refilón, la hubieras empapado de sudor o te hubieras ahorcado con ella!

Y ahora oyes clara, venida de ultratumba, la hermosa voz de Maty que gime o te dice algo asustada, Lector, algo ininteligible que sin embargo te provoca una contorsión, una arcada que te dobla allí mismo en dos, sí, te está doblando el cuerpo ahora que descubres en la orilla, entre otros cuadros, el tuyo a punto de ser terminado, la pintura que le pediste a Arturo hace dos meses y que él, a pesar de todo, terminó o estaba a punto de acabar si no fuera porque tu esposa, piensas mientras vomitas, coge y coge con él sobre un *quilt* de colores, cogiendo y agonizando de gozo encima del artista peludo, encima del dios del color, sentada sobre las piernas del pinche artista agro, abrazada a sus anchas y fuertes espaldas, con sus uñas marcándole los dos omóplatos como te hace cuando está a punto de tener un orgasmo aunque esta vez no hay manera de saber si es que lo araña porque está a punto de tener un orgasmo o por el terrible susto que le has propinado a la pobrecita al descubrirla así, tan oronda y exultante, dulcemente torturada por la verga primitiva del pintor, su pene erecto atravesándola mientras tú vomitas y sales de allí despavorido sin poder respirar, sin poder decir una puta palabra pues tienes en la boca desperdicios y grumos de café, tienes la boca atascada y entumida, tienes perdida la brújula, el compás, tienes el cerebro y la triste mirada nublados, el alma nublada y cenagosa a pesar del duro sol, a pesar de esta luz herrumbrosa que atraviesa el aire de este jueves defeñó, este jueves quince de junio, en que tu vida cambia, gira, amable y eximio Lector, amigo en ciernes, compañero de ruta.

III

No he escrito una línea desde hace más de un año; de hecho, ésta es la primera si es que el tedio y la acidia, irrecusables, no me atrapan otra vez. Bueno, exagero: se trata en realidad de la primera línea de una fábrica de palabras que la mayoría da en llamar ficción a falta de otro nombre y que mejor debería llamarse fricción. Desde que acabé la última, no me había podido sentar a escribir algo que se pareciera remotamente a eso, nada semejante a la creación de enfermos y neuróticos que sueñan que dialogan y hacen el amor y friccionan sus coyunturas o labios como enloquecidos, con infamante desesperación.

He publicado, es cierto, un par de artículos académicos en un *Journal* de una famosa universidad tejana que ningún amigo lee, pero nada que pudiera parecerse a una fábrica de palabras, a un enredo de mezquindades y vicisitudes y viscosidades humanas. No sé, de hecho, si esto tenga visos de parecerse (aunque sea remotamente) a una fricción puesto que, por lo pronto, sólo he dicho que no he podido escribir una puta palabra hasta el día de hoy, más de un año después de haber dado punto final a esa historia que, supongo, me dejó desinflado, agotado, sin nada más que añadir y con una acidia triste, triste y bárbara. Así sucede, es normal, me digo con serenidad, con falsa serenidad y aquiescencia impostada. Así pasa, Eusebio, me dije muchos días y noches en que, inexorablemente, surgía de las entrañas una suerte de miedo nativo o pavor insano por no haber logrado siquiera sentarme a intentarlo otra vez. Al decírmelo, al rumiarlo como un asno, me consolaba con un whisky mirando a ratos, desde la ventana, las calles bien trazadas de esta maldita ciudad universitaria, leyendo morosamente lo que se ha vuelto mi pasión o mi excusa de los últimos dos años: filosofía griega, especialmente los presocráticos. Así pasa, me he dicho cada uno de estos últimos quinientos días, cuando acabo de corregir una hilera eterna de trabajos que no valen un centavo y que devuelvo a sus dueños, mis estudiantes, como si el papel me estuviera quemando los dedos. Así pasa, Eusebio, es de lo más natural, no debes preocuparte o… bueno, al menos no debes angustiarte más de la cuenta pues los momentos de esterilidad, dicen los sabios, son en el fondo momentos de fertilidad futura, los monstruosos momentos de infecundidad son también momentos de reflexión y hondura. Hay quienes llegan incluso a consolarse arguyendo que cada día, cada hora que *no* escribes, una nueva idea se incuba… sedimentándose acaso, esperando ese día imposible en que por fin puedas sentarte, abandonar el estupor del whisky y la monotonía estupidizante de Millard Fillmore University, el campus del sur estadounidense donde te tocó caer junto con tu familia por azares ominosos del destino.

De cualquier forma, fue ayer por la noche (¿o fue antier?) que me dije resuelto después de calificar el último de los trabajos de mis estudiantes sobre novela de la Revolución: Eusebio, ponte a escribir justo eso que te pasa, ¿por qué carajos no?, ¿qué tienes qué perder?, ¿qué te detiene? Cuéntanos ese terrible estado de esterilidad y abulia, de insoportable blancura por el que has transitado año y pico en un pueblo jodido de Estados Unidos, leyendo (cuando te deja tu hijo Emilio y los pinches revolucionarios) a los eleatas y atomistas, estudiando a Anaxágoras y a Empédocles; todo ello ¿quién sabe? tal vez pueda convertirse luego en materia para iniciar un pedazo de fricción, de obra negra o chapopote, calle sin pavimentar, camino de

sirga: al menos será el relato de la temible blancura que te cubrió quinientos días y sus albas noches dostoyevskianas, al menos será la historia de una reflexión envenenada sobre las virtudes del silencio, de las etapas de silencio que todo artista sufre, a su pesar. Carajo: blanco sobre blanco sobre blanco. ¿No será eso lo que he estado poniendo aquí? Una blancura sobre otra blancura, leche evaporada, leche en polvo, leche descremada. ¿Hacia dónde mierda voy?

Para colmo, justo hoy que había decidido sentarme y empezar a escribir —empujado por las dudas que me invadieron la noche anterior—, justo unos minutos antes de iniciar estos ripios, me he cortado los dos dedos con los que justamente suelo trabajar, el medio y el índice de la mano derecha… pues debo decir que nunca aprendí a escribir a máquina por culpa del amor, quiero decir, por culpa de la hermosa maestra taquimecanógrafa que nos visitaba los viernes en la secundaria defeña de Chimalistac. Baste decir que cuando ella llegaba y se sentaba a nuestro lado para observar nuestros progresos, yo tenía que pedirle permiso para correr al baño y masturbarme con la imagen de sus uñas puntiagudas, su falda abierta enseñando una pierna y su espléndido cuerpo moreno rozando el mío… acaso sin querer, pero quién sabe; de hecho, podía ausentarme hasta dos o tres veces en el transcurso de una sola clase de dos horas, lo que al final provocó que nunca aprendiera a escribir a máquina y que hoy todavía lo siga haciendo con un dedo, aparte de que la pinga se me pusiera esos días bien roja e hinchada de dolor.

Lo que no obstante quería contar es que apenas empezaba a dar inicio a estas lagunas —apenas iniciaba esta fecunda (ubérrima) esterilidad— cuando, en un descuido, me he herido las yemas de los dedos medio e índice al intentar armar (y luego de dar punto final a los trabajos) la cafetera que había desarmado con el propósito de limpiarla y hacerme una buena taza de café mientras el niño y mi mujer seguían dormidos. Quinientos días y sus noches, o quizá menos, pude sentarme a escribir y no lo hice sino hasta hoy que tengo las yemas de mis dedos heridas y parchadas. ¡Carajo! Y ahora sólo cuento mi revelación o lo que sea que se llame esta imbecilidad, necesito pues un buen café cargado antes de empezar, el hecho de que justo de los más graves períodos de esterilidad pueden surgir, por necesidad, momentos o etapas de fertilidad ulteriores, bien caliente y sin azúcar es como lo tomo junto a Irene, o mejor: que esas etapas llanas no lo son aunque aparenten serlo en su momento, urgentemente, que son ellas, al contrario, períodos indispensables para la creación, que casi nos queme la tripa al beberlo y al menos a mí me desperece de una buena vez, momentos duros de incubación o *poiesis*. O bien, y valga la consoladora comparación, que así como los bambúes japoneses no se desarrollan y permanecen en aparente inactividad durante siete largos

años —llegando luego a alcanzar hasta treinta metros en apenas seis semanas del séptimo—, acaso yo también, y sin imaginarlo, he sido durante todo este tiempo un bambú enano a punto de despertar de su interminable letargo estadounidense y sin un café a la mano para empezar la mañana pletórica de nieve en estas calles vacías de una ciudad muerta y triste y bien trazada. Quieran los dioses sicilianos, quiera Nestis, la que con sus lágrimas empapa el mortal hontanar, que así sea de verdad: una simple y breve siesta de la que me estoy despertando sin un café cargado porque no pude armar la puta cafetera.

Esa es la revelación (el *noüs*, dirían Parménides y Anaxágoras) y a estas alturas no sé si debo mearme de la risa, sollozar o simplemente ponderar el pasado reciente con una suerte de filosófica aquiescencia, ponderar aquello que fue y dejó de ser, meditar en todos aquellos bambúes japoneses o defeños que están a punto de alcanzar la cima si no se los lleva de pronto la chingada o una azarosa y mala treta de Hera, dispensadora de la vida.

4

(**Martes 2 de mayo**)

—Mira: lo primero que recuerdo de mi padre… —dijo Arturo con desgana, casi con irritación, como haciendo un esfuerzo por volver atrás en el tiempo, una tarea que si no era en sí misma un asunto ingrato, al menos no le redituaba en ningún sentido *artístico* y por lo mismo no añadía un ápice a la obra que quería pintar o estaba pintando … Y es que Arturo determinaba cada átomo de esfuerzo invertido (su pensamiento, sus movimientos… y hasta fumar) en estricta relación a lo que éste le podía deparar artísticamente. Era ni qué decir un pragmático del arte aunque se consideraba un resuelto bohemio, un esteta, un pintor de la naturaleza: lo demás lo adormecía o lo sacaba de quicio o simplemente no le importaba un pito. En resumen: ¿por qué retrotraerse en introspecciones cuando no tenía la necesidad ni el deseo de hacerlas y sólo porque se encontraba allí Matilde, la novia de su viejo amigo reencontrado? ¿Por qué carajos ponerse a complacer a esta burguesita acicalada, estudiante de ciencias políticas, cuando otros muchos le habían pedido el mismo favor y se los había negado? Y la respuesta saltaba a la vista: porque el banquero era, a pesar de todo, su amigo de la adolescencia, porque le compraba cuadros y porque le traía otros tipos casabolseros y abogados a su contrahecho estudio del quinto piso en la Narvarte a

que le compraran sus pinturas y sobre todo (¿para qué negarlo?) porque de veras que estaba muy buena su mujer: nalgas firmes, no muy grandes, un equilibrio de hombros acorde con su cuello esbelto y el tamaño de su tórax: hombros no muy altos, no muy bajos, con las puntas de los huesos apenas revelándose, destacándose.

Justo entonces Arturo se giró unos centímetros para mirarla mejor, para mirarla otra vez y a sus anchas desde ese largo sofá de tres plazas que ahora compartían los dos y que descansaba arrinconado en una orilla de su taller de comprimido en la azotea que alquilaba junto con Tamara, su mujer. Al verla de perfil otra vez, comprobó lo que ya sabía desde que Maty había entrado esa tarde a su estudio, y es que esa belleza llevaba encima una ceñida falda azul y una blusa blanca, muy delgada, casi transparente. Comprobó que su cabello era castaño claro y que lo llevaba suelto, holgado, rozando apenas esos hombros huesudos de alabastro. Tampoco llevaba maquillaje. Sus ojos eran verdes, pero no intensamente verdes, pensó: ojos a punto de incendiarse, de licuarse o disolverse dentro de sus concavidades. Ojos verde chartreuse, verdeamarillo. Matilde tenía un perfil más bien afilado, sin embargo sus labios parecían fruncidos y su frente levemente arrugada; esas leves arrugas venían de esa especie de avidez que mostraba por comprobar si realmente lograba sacar algo invaluable de Arturo, algo que ni siquiera él mismo podía imaginarse qué debía o podía ser. Entendía, sí, que ella estaba allí para hablar estrictamente de su padre, para ver si lograba descubrir algo aún no sabido sobre Roberto Soto Gariglietti, aquel iniciador o fundador del Partido de la Naturaleza y el Fuego Mexicano del que ahora se empezaba a hablar luego de dos décadas de relativo silencio, a pesar de haber sido él quien diera su estatura y fuerza original al partido veinticinco años atrás cuando coadyuvó en la victoria del primer presidente de oposición que hubo a México. Ahora sin embargo, después de veinte años de muerto, se prestaba mucha más atención a otros dirigentes políticos, pero sobre todo a su ilegítimo sucesor, al viejo Gilberto Rendón, el ácrata hijo de puta con quien, en vida, siendo aquel todavía joven, tuvo insalvables diferencias y que, al final, terminaría por detentar la fama y el control absoluto del partido. Con todo, lo cierto era que ahora que el PNFM había ganado las elecciones por sí solo (sin alianzas) y con un margen sorprendente, el interés por su pasado y los inicios del movimiento —y subsiguiente partido— se habían incrementado de manera sustancial. Maty, por supuesto, quería rescatar algo desconocido y distinto sobre su vida, y era justamente esa serie de datos ignorados (si los había) lo que Arturo, poco a poco, iría a desentrañar de las mazmorras de su pasado —aun cuando esto ocurriera contra su voluntad.

El calor a esa hora hacía estragos y parecía triplicarse en ese lugar

inundado de luz, una luz necesaria y benigna para trabajar, decía Arturo a todo el que pasaba por allí y quedaba ensopado, necesaria para poder captar cada línea y poro de sus modelos que aparecían a mediodía o por la tarde y a las que deformaba con puntillosa meticulosidad hasta convertirlas en monstruos o reptiles, en gorgonas o damas fatales envueltas en llamas, en vórtices cósmicos o a veces incluso en carne fragmentada y herida a balazos o mordidas.

—Sí, Arturo, dime —insistió Maty apenas unos segundos después al darse cuenta que su anfitrión se perdía en divagaciones o que no acertaba recordar o había olvidado de pronto esa primera instantánea de su padre. Ese "Sí, Arturo" de Matilde no era en el fondo sino un sutil tronar de dedos, un jalón de orejas, una vuelta a la realidad, ¿pero cuál realidad, carajo?, ¿acaso la de ellos dos allí sentados en la sala del estudio del pintor, ese amigo de su esposo que apenas conocía y en quien súbitamente se interesó al descubrir quién era, o esa otra realidad en la que, de hecho, Arturo se había de pronto sumergido contra su voluntad: la de San Nicolás, un barrio sucio y pobre, un día ya muy lejano, al lado de su padre, después de un mitin político con unas doscientas o trescientas personas, oyéndolo decir a los niños de su edad: "Súbanse a la camioneta, vamos a buscar un regalo para cada uno"?

Al intentar ˆreconstruir la escena, en medio del bochorno y la calígine agobiante del estudio, Arturo se daba cuenta una vez más que las palabras no comunicaban siquiera un mínimo de las sensaciones que ahora mismo repercutían dentro de él, nada que se pareciera remotamente a ese vórtice de recuerdos atropellándose uno tras otro, empujándose aceleradamente. ¿Sería que no tenía las palabras suficientes para describirlo? ¿Sería que recordaba muy rápido y por tanto no había manera de aprehenderlo todo? ¿Sería acaso que sólo la pintura puede referir lo que se siente o lo que *entonces* sentía con apenas unos cuantos trazos, con una sola imagen surgida desde el fondo de su estómago o con los colores bien mezclados y distribuidos elocuentemente en la paleta?

—¿Y tuviste envidia, Arturo, o coraje tal vez…? —insistió Matilde echándose el pelo para atrás, intrigada, limpiándose unas gotas de sudor de la frente con el dorso de la mano, mirando unos desnudos que tenía enfrente y que cargaban una gruesa pátina de polvo encima.

—No, en absoluto: todo lo contrario —respondió Arturo encendiéndose un cigarrillo sin ofrecer otro a Matilde, contumaz, serio, casi un ídolo o una figura doliente y mayestática—, me sentí más orgulloso que nunca de papá…

—¿Pero no acabas de decir que ése es tu primer recuerdo de él?

—Sí, por eso mismo digo que me sentí orgulloso o pleno o alegre de saber que ese señor que recogía a los niños en su camioneta para

llevarlos a comprar juguetes era mi papá y que de algún modo incierto yo contribuía con todo eso dado que yo ya tenía muchos juguetes y ellos no y ese señor, al fin y al cabo, era mi padre y yo, magnánimo, se los prestaba un rato, ¿me entiendes?, para que lo quisieran y lo admiraran como *yo*…

—Oye, ¡qué buena onda es tu papá! Ojalá yo tuviera uno —le dice el chico que tiene a su izquierda, pegado a él, en el asiento posterior de la camioneta que ahora arranca dejando atrás las calles sin asfaltar de San Nicolás, tamborileando en cada bache y cada curva del camino.

—Pero ¿tú no tienes papá? —le pregunta Arturo azorado, girándose en su asiento lo más que puede: entonces observa, con horror, que el niño que le ha hablado tiene el labio superior casi unido a las fosas nasales, algo que por supuesto no había visto jamás en su cortísima vida.

—No; nos dejó hace mucho a mis hermanitos y a mí; ya ni me acuerdo… —y por un mecanismo insólito del cerebro que Arturo desconoce, el niño con labio leporino parece no ponerse demasiado triste al mencionar (casi displicente) su horripilante destino sin padre, sin un padre, lo que de pronto a Arturo le parece del todo intolerable, el mayor de los colmos y tristezas, en el sentido de que él no soportaría no tener a su padre con él, a su lado, jugando, conversando, liberando iguanas y loros en la selva chiapaneca, visitando Teotihuacán en los solsticios de verano, llevándolo a dormirla la cama y enseñándole mitología griega, contándole historias de brujas y dioses aztecas y mayas casi todos los días, cada noche, siempre sin rezar o bien pidiéndole a esos dioses prehispánicos y griegos en los que él creía (Tezcatlipoca, Xiuhtecutli, Tláloc, Quetzalcóatl, Zeus, Hera, Apolo y otros) mucha fuerza para seguir, para cambiar la faz de la Tierra, la faz agusanada y podrida de México.

—Te sentiste un poco como su mano derecha, como el secretario niño de papá —aseguró Matilde dando, por fin, un largo sorbo de agua al vaso que Arturo le había ofrecido al llegar y que ella mantenía intacto, cuidadosa de no perder detalle, sílaba o incluso un gesto pertinaz, revelador.

—Más o menos, supongo…

—Por eso mismo no sentiste celos…

—Ya te dije: todo lo contrario…

—¿Y qué edad tenías?

—No tengo idea —Arturo, el pintor agro, el esteta, aspiró impávido su cigarrillo, se demoró un buen rato en él.

—Debías tener… —calculó Matilde intrigadísima, como si en ello se jugara un dato de vida o muerte, una información capital para su

trabajo de tesis que estaba a punto de comenzar, que pensaba presumir un día a sus amigas del café de cada jueves en Polanco.

—Seis o siete —dijo de pronto Arturo—, sí, debo haber tenido siete.

—O sea que esto que me cuentas sucedió entre 1992 o 1993 más o menos —dijo Matilde haciendo cuentas con los dedos; luego se detuvo y le preguntó girándose más hacia la izquierda para poder ver de frente a su anfitrión—: ¿Qué edad tienes, Arturo?

—Treinta y nueve, igual que tu esposo.

—¿Y desde cuándo se conocen? —la curiosidad cogía por sorpresa a Matilde, lo que de inmediato la llevó adonde no deseaba, es decir, a desviarse del asunto primordial que la tenía sentada en ese estudio ardiente, casi claustrofobia), con su cuaderno de notas en blanco y su grabadora portátil encendida. Sudaba, la blusa transparente se le pegaba al brasier. La removió apenas un segundo como buscando que penetrara Céfiro o Bóreas entre sus ubérrimos senos: no deseaba moverse de su sitio ahora que las palabras y el recuerdo comenzaban a surgir de las mazmorras del pasado. Pero ¿por qué había desviado tan estúpidamente la conversación? No podía desdecirse o rehacer la pregunta. Cuando quiso reaccionar, ya era tarde…

—Más bien tú cuéntame cómo se conocieron ustedes —Arturo le devolvía la pregunta de modo juguetón, con un dejo de malicia en sus palabras. Nuevamente el pintor reparó en Matilde aunque hubiese sido, de hecho, la tercera o cuarta vez que la veía: primero en la fiesta de un amigo común, poco después en una boda y otra vez, por casualidad, en una gasolinera de la colonia Del Valle. Las tres veces al lado de su marido. Lo cierto es que, a pesar de todo, a pesar de haberla visto todas esas ocasiones, no había reparado en ella del todo, o mejor: no se había querido percatar de que Matilde era, aparte de atractiva, una joven que lo intrigaba por alguna especie de recuerdo o mera asociación… No obstante esto sucedió o se hizo más claro cuando ella, sin querer o por necesidad, se movió de su asiento, reculó y cruzó las piernas, acaso nerviosa por la mirada del pintor, acaso por el olor que había notado en sí misma o tal vez por el calor que hacía allí adentro y la tenía empapada de pies a cabeza: la frente mojada, la espalda húmeda, las entrepiernas húmedas, sudando en su confinamiento. Arturo deslizó entonces una mirada entre los pliegues de su falda, lo que le hizo constatar en apenas un segundo que no sólo sus piernas y tobillos estaban bien torneados sino también sus muslos pues una franja (como peces raudos) se dejaba ver por entre la mezclilla, lo que, dicho sea de paso, me recordó a la maestra taquimecanógrafa de la secundaria en Chimalistac.

Fue en ese momento que Arturo (sin saberlo a ciencia cierta) decidió que pintaría a Matilde desnuda, abierta, con el Popocatépetl

entre las piernas y el pueblo de Atlixco atrás, desvaneciéndose en la niebla. La pintaría así, claro: pensativa y ardiendo, con sus ojos verdes mirando a un costado de la tela y ese gesto aguileño, procaz, como el de una madonna de Siena. Fue algo así como una fijación metafísica, un *insight* que de pronto lo invadió o lo poseyó como poseen los íncubos de los que le hablaba su padre siendo él todavía un niño.

—Luego te lo cuento —le respondió Matilde cogida en falta, riendo también, apenas lúbrica, inconsciente, señalada.

—¿Lo prometes?

—Sí, pero ahora cuéntame por qué hizo tu papá eso, ¿qué lo llevó a subir a los niños a la camioneta y llevárselos de pronto a comprar juguetes?

—¿Sabes? —respondió el pintor al tiempo que lo asaltaba, de nueva cuenta, una revelación simultánea, algo que lo apartaba de ese pozo de luz en el que ambos se encontraban tratando de aunar recuerdos sobre un muerto famoso—. Ahora que lo dices, supongo que ese gesto me marcó muchísimo…

—¿A qué te refieres?

—A mi actitud o mi carácter, tú sabes… —se detuvo meditativo, mirando con fijeza hacia delante, más allá, lo cual no era sino mirar una pared llena de pinturas no vendidas y marcos destruidos o empolvados: unos desnudos ocres, unas caras macilentas, la pirámide de la Luna de Teotihuacán, un retrato inacabado del cineasta alemán Cari Gustav Gruber y otro del poeta emigrado Greg Bruchner, unas ranas devorando un cocodrilo inmenso.

—Estoy perdida, perdóname —murmuró Maty dando un sorbo a su vaso de agua y limpiándose el cuello a su vez con la palma de la mano vacía.

—Se trata, digámoslo así, de una cuestión moral, un asunto que te define o define lo que haces, Maty. Se me ocurrió de pronto que mi padre sabía entonces que, aunque quisiera, no podría jamás solucionar el problema de esos niños, de esos miles de niños sin padres y sin recursos, niños en la total miseria, algunos enfermos, sin ropa, sin educación, incluso sin futuro. Y ante todo eso ¿qué podía hacer él? Pues no mucho o más bien casi nada. No era el presidente de la República y aunque lo hubiera sido, tampoco hubiese podido arreglar los problemas de un país de un día para otro, ¿no crees?

—Por supuesto, pero sigo sin entender…

—Espera, ahora me vas a entender —le dijo el pintor agro levantándose del sofá y estirando los brazos peludos en un enorme círculo hasta oír que los omóplatos o sus hombros tronaban—. Lo que quiero decir es que mi padre era, por sobre todas las cosas, un tipo que creía, como Aristóteles, en la felicidad como la última de las

razones del hombre. Pero ¿qué era la felicidad para Roberto Soto Gariglietti? Lo que se siente y se obtiene ahora, Matilde, sólo eso; lo demás era evanescente, si tú quieres. El creía que lo único que tenía solidez, consistencia, esa tarde tras el mitin, en ese barrio miserable, era llevarse a los niños a darles un regalo y hacerles feliz esa hora o dos que pasaría con ellos. Hacer de su padre unas cuantas horas, ¿comprendes? Fíjate: nada de enseñarles a pescar y no darles un pescado a esos niños, lo que hubiera sido una suerte de programa moral y no una acción inmediata; nada de medicinas o becas o ropa o soluciones que tú o cualquiera llamaría "soluciones a largo plazo" y que en el fondo nada tienen que ver con el afecto o el amor involucrado, punto esencial de las teorías filosóficas y políticas de mi padre. Todo lo contrario: decidió subirlos a la camioneta junto conmigo, su hijo, ,dar indicaciones al chofer y llevarnos a todos a comprar juguetes a un gigantesco centro comercial, justo lo que esos niños nunca habían tenido en su vida: un juguete, un artefacto inservible e inútil que, sin embargo, ya sabemos, logra colmar a un niño más que cualquier otra cosa en el mundo; les dio una visita a un tienda de juguetes, incluso una vuelta en auto, puesto que ni siquiera automóviles había en su barriada, o si los había, jamás se habían subido a uno en toda su vida. Imagínate la excitación, la euforia, la alegría de todos ellos, incluso la mía que entonces no entendía el porqué de tanta excitación. No sé cuántos habrán cabido en la camioneta del Partido, supongo que muchos, unos quince, no sé; lo que sí recuerdo es una multitud de rostros a mi alrededor, rostros sudorosos, mugrientos, fervientes, llenos de mocos, multitud de voces y aspavientos, alborozo, gritos de alegría, y sobre todo lo que vino después, ¡imagínate!: el candidato del partido rodeado de un montón de niños desarrapados, custodiado por sus guardaespaldas, comprándoles juguetes, justo eso que nunca habían tenido: la noción capitalista del consumo, el poder y el placer de adquirir y hacerse dueños de una muñeca o un cochecito o lo que fuera, eso que mueve al universo entero y frustra de por vida a los que no tienen y lo ven a su alrededor todos los días. Porque mi padre, a pesar de lo que se diga a veces con mala leche, era todo menos comunista, lo más lejos de Proudhon o de Marx, o de cualquier tipo de burdo desposeimiento budista o cristiano: creía en la oferta y la demanda, en la libre competencia, en el mercado libre, en la propiedad privada, en el consumo y el ahorro, pero sobre todas las cosas, creía en la prosperidad y el bienestar material, sí, material, óyelo, sin los cuales no hay forma de ser felices ni de llegar a ser nada; por eso mismo despreciaba la cultura del cine y las telenovelas mexicanas que glorificaban la pobreza, que glorificaban la falta de prosperidad, que repetían hasta el cansancio las mismas consignas de humildad y

servilismo cristianos que ya conocemos. Detestaba, por supuesto, a la Iglesia, origen de muchísimos males, según él, la cual, decía, tergiversa a Jesús diciendo a los desamparados: despréndanse de sus bienes, despréndanse de lo poco que tienen, coman mucha mierda y aguanten sin chistar, porque de ustedes es el reino de los cielos —tras esta perorata, Arturo se detuvo en seco: se volvió a sentar y concluyó —: Ni en la Navidad ni en sus cumpleaños, esos niños habían tenido lo que entonces mi padre les estaba dando y que nunca iban a olvidar. Más que un juguete, más que la magnánima belleza de lo baladí, les hacía sentirse dueños de algo, de hecho los hacía dueños de algo, les daba por una vez al menos la oportunidad de adquirir lo que deseaban justo cuando lo deseaban, les ofrecía la capacidad de elegir un juguete cualquiera cuando no habían podido elegir absolutamente nada en sus vidas…

—Yo quiero este balón y estos guantes de portero —le dijo a Arturo el mismo niño con el labio deforme, con las encías al aire, rebotando la pelota una y otra vez en el suelo de la juguetería adonde ahora mismo se encontraba el candidato presidencial rodeado de un grupo de guardaespaldas vestidos de paisano y un montón de niños desarrapados que iban y venían por los corredores gritando de alegría, eufóricos, cargando una muñeca, un coche de pilas, un rompecabezas o unos libros con crayolas para pintar. Unos mostraban a otros su elección, presumían el regalo que Roberto Soto Gariglietti les había prometido y ahora mismo estaba empezando a pagar frente a los ojos azorados de la cajera—. ¿Tu qué vas a escoger?

Hasta ese momento, Arturo no había reparado en que él aún no había escogido su regalo: así de ensimismado estaba con los demás niños de San Nicolás que apenas hoy había visto por primera vez y que nunca jamás volvería a encontrar por infinitas razones que entonces, por supuesto, se le escapaban: injusticia social, diferencia de clases, educación, racismo, discriminación, cuna, hado y muchas cosas más. Sin embargo, lo cierto es que tampoco tenía tantos deseos de escoger un obsequio. ¿Para qué? ¿Por qué? De pronto descubría —¡oh amarga sorpresa!— que lo tenía todo.

—No quiero contradecirte, Arturo, pero en el fondo hacer lo que hacía tu padre con todo su dinero y su poder, le daba a él, por encima de cualquier cosa, una gran satisfacción…

Saliendo de su modorra o lo que fuera que lo tenía allí, sujeto a ese sofá destartalado y a ese otro lejano momento en la juguetería que apenas hoy, después de tantos años, recordaba, Arturo le respondió a Maty con displicencia, quizá irritado por tener que explicar cosas a esa burguesita de mierda que a él, por supuesto, le parecían por demás evidentes:

—No te confundas, Matilde. Eso no le quita ningún valor a su acto;

sentirnos satisfechos de nosotros mismos, fortalecidos, no le resta valor a lo que hacemos. Si lo que quieres decir es que, en el fondo, el suyo no era más que otro acto de egoísmo, pues sí, tal vez lo era, pero ahora dime tú: ¿qué acto no es un acto egoísta? Incluso el gesto más desprendido lo hacemos para darnos gusto a nosotros mismos. Hasta morir por otro ser humano, si se diera el caso, no sería en el fondo sino un acto que nos satisface cumplir, de lo contrario simplemente no lo haríamos. En ese punto no te engañes, Matilde, con esos falsos presupuestos de altruismo cristiano. Mira —se detuvo de pronto y fue hacia un rincón donde había una serie de libros amontonados, algunos subiendo en columnas a punto de derrumbarse; tomó uno, dejó que se cayeran otros, y volvió adonde estaba Matilde mientras buscaba con avidez, con fruición, un párrafo; por fin lo encontró y empezó a leerlo de un tirón—: "Aquella creencia de que no egoísta y egoísta son términos opuestos, cuando en realidad el ego mismo no es más que una patraña superior, un 'ideal… No hay ni acciones egoístas ni acciones no-egoístas: ambos conceptos son un contrasentido psicológico… La Circe de la humanidad, la moral, ha falseado de pies a cabeza todos los asuntos psicológicos hasta llegar a aquel horrible sinsentido de que el amor debe ser algo no-egoísta. Es necesario, al contrario, estar firmemente asentado en sí mismo, es necesario apoyarse valerosamente sobre las propias piernas, pues de otro modo no es posible amar." ¿Sabes tú quién dijo esto hace ciento cuarenta años?

—No tengo idea.

—Nietzsche en su autobiografía. Te fijas: el asunto aquí no es dirimir si se actúa de forma egoísta o no egoísta, sino lo que se dirime es el amor en sí, la acción en sí misma. Con ello, lo que hay que ver no es tanto las razones o motivaciones detrás del extraño acto de Roberto Soto sino la forma del acto, la forma que adquirió ese tipo de amor que, entre todos, él eligió. ¿Por qué llevar a los niños en la camioneta y darles un regalo baladí en lugar de dar ese dinero al jefe de la comunidad?, ¿por qué prefería darle un billete de cien pesos a un anciano que veía en un alto de la calle que dárselo a un asilo para ancianos, por ejemplo? Su caridad o filantropía o egoísmo, como quieras llamarle, surgía a partir y por el contacto con el otro, allí se concretaba frente a sus ojos o no se concretaba jamás. ¿Y sabes por qué? Porque eso lo fortalecía, lo asentaba en sí mismo, sí, justo como Spinoza y como Nietzsche. Lo que nos mueve, Matilde, es siempre nuestra propia realización, nuestro íntimo placer al realizarnos en la vida, nuestra fuerza y deseo de afirmarnos en el mundo, nuestro poder. Lo que sin embargo resulta formidable es la noción (si tú quieres) de darse alegría y poderío dándoselo al mismo tiempo a los demás, no quitándoselo, no restándoselo, pero sobre todo, llevando

todo esto al plano político, a la verdadera democracia, como él decía, que no es igualdad sino equidad y justicia, equilibrio de placer, todo lo cual sí es, dicho sea de paso, profundamente antinietzscheano, pues tú sabes que Nietzsche no creía en la equidad y menos creía en la democracia. Mira, Maty: mi padre discrepaba con la igualdad de Bobbio aunque lo admirara y lo leyera. Creía, en cambio, en la diversidad y la equidad, en la pluralidad y el respeto al otro, las cuales no son, sin embargo, lo mismo que la igualdad dado que ésta es, de entre todas, la más compleja y subjetiva de las nociones. En cambio, creía, al igual que Bobbio e Isaiah Berlín, en el liberalismo a ultranza, en el auténtico liberalismo enemigo del autoritarismo afincado en la tradición, aunque no estaba seguro que para ser liberales tuviésemos que ser necesariamente de izquierdas. Mi padre era, en ese respecto, empedócleo, ni de derechas ni de izquierdas. Era dionisíaco… al igual que Nietzsche, pero sobre todo empedócleo, todo lo cual era, por supuesto, para sus coetáneos ignorantes, la más absurda y grotesca forma de hacer las cosas, una tauromaquia del pasado heleno. Pero eso es otra historia…

—Creo que me he perdido un poco.

—A lo que iba es que, ahora que ha surgido esta extraña charla contigo, aquí, en pleno 2025, descubro que en ese momento, en esa tarde después del mitin de San Nicolás, algo innombrable se definió dentro de mí y que entonces sin embargo no me quise dar cuenta o no pude darme cuenta. Muchos de mis actos o quizá mi vida entera tiene que ver con esa tarde, y apenas ahora me vengo a enterar ¿sabes? y gracias a ti —Arturo se detuvo, esperó unos instantes y continuó un poco arrepentido de tanta confesión—: Pero ¡ya sé!, no estás aquí para hablar de mi vida sino para que te cuente de mi padre y cómo fundó el Partido del Fuego, lo difícil del principio, la reunión de las firmas, las campañas con los pobres, sus minúsculos mítines en los pueblos más alejados y remotos de México, su sincretismo ideológico, su visión filosófica y todo lo demás, ¿no es así?

—Bueno, sí, pero eso no significa que no me interese oírte, saber lo que te pasó o cómo influyó Soto Gariglietti en tu forma de ser… y en tu pintura, por supuesto —dijo Maty con ánimo conciliador, intentando demostrarle a Arturo que no sólo era importante su padre, sino él también, el pintor de figuras obscenas y deformes, de máscaras prehispánicas monstruosas, de pesadillas recurrentes, quimeras y bueyes y dragones, de ciudades vacías o derruidas, de mujeres heridas en la cabeza o desmembradas o torbellinos y neviscas imposibles como los de Turner, aunque todo esto, por supuesto, fuera difícil de ser explicado ahora mismo, allí, en el caso improbable de que debiera ser explicado.

Maty aprovechó la pausa, se levantó y echando una sucinta mirada

a su alrededor, le dijo al pintor con una sonrisa:

—¿Me enseñarías tus cuadros?

—Si quieres… —respondió Arturo con desgano, y junto con la respuesta, el pintor agro la tomó de la mano atrayéndola al centro del estudio, movimiento al que Maty reaccionó desembarazándose de esa piel, aunque esto sin embargo no lo hiciera de modo ostensible para no parecer sorprendida o asustada y también para no dar la impresión de estar molesta por un posible exceso de confianza del pintor… Al fin y al cabo era un viejo amigo de su marido, alguien a quien debía tener una ilimitada confianza, tal y como se lo habías asegurado tú, Lector, justo ayer lunes cuando ella te recordó con un tierno beso que tendría su primera entrevista en el estudio de la Narvarte mañana, es decir, hoy.

El taller mediría unos veinte metros cuadrados y estaba empotrado contra una parte de lo que no era sino la misma fachada interior del edificio, en la azotea. Sus muros no eran muros sino comprimido y tramos de tabla roca, con algunas ventanas desiguales mirando a la avenida. El piso era el mismo que el de la azotea: concreto, hormigón. Dentro del taller había una plétora de cuadros diseminados por doquier, reclinados unos contra otros hasta formar algunas hileras. Los marcos estaban empolvados y algunas de las pinturas simplemente no habían gozado de uno; yacían allí a medio hacer o a veces terminadas pero con una infinita morriña o dejadez depositada sobre ellos, una especie de légamo o rictus humano, un rictus de pereza que su autor les había impreso ya incluso antes de nacer. De cualquier forma, lienzos y más lienzos es lo que había por todas partes, muchos colgados hasta abarrotar cualquier espacio libre de las paredes que no era sino parte de esa fachada interior del edificio. Dado que no se veían claraboyas o tragaluces, no se podía saber con precisión por dónde exactamente venía tanta luz, pero lo cierto es que los invencibles haces de fotones lo inundaban todo sin dejar un solo resquicio a la sombra, al menos a esa hora del día. En una orilla del estudio, justo en el lado opuesto donde Arturo se paraba a retratar a sus modelos, estaba el único sitio donde uno podía sentarse con relativa comodidad: el estropeado sofá donde él había hecho sentar a Matilde en su primera visita.

—¿Y aquí pintas? —preguntó Maty señalando a medio metro de distancia frente a sí, justo donde se encontraban el caballete y una pequeña mesa atiborrada de pinceles, carbones, trapos, esparadrapos, botellas de aguarrás y tubos de pinturas despanzurrados: azul cobalto, azul Prusia, verde cinabrio, escarlata, magenta, oro, marfil, carmín, bermellón, violeta naftol…

—Sí —dijo Arturo, sonriendo, y añadió—: Y allí se paran las chicas que vienen a modelar.

—¿Vienen a modelarte? —preguntó Maty sorprendida.

—Sí, ¿qué tiene de raro?

—Nada… —sonrió—. De hecho, nada.

Vino un breve silencio y Maty preguntó:

—¿Y no es muy caro hacerlas venir hasta acá con lo difícil que es desplazarse?

—De hecho, sí —dijo riéndose Arturo, que no entendía adonde quería ir su invitada con ese vericueto de preguntas—, pero a mí, si de veras lo quieres saber, no me cuesta nada.

—¿Cómo? —titubeó—. ¿Y por qué?

—Porque casi siempre son mis estudiantes del Helénico las que vienen a posar, y así me ahorro un dineral. No tendría para pagarles. Pero ellas, supongo, consideran que es un privilegio desnudarse y posar para mí. Digamos que creen en mi' pintura, creen en lo que hago.

—¿Tu padre no les dejó nada a tu madre y a ti?

—Sí, mucho, pero todo se perdió. Más bien: todo nos lo gastamos.

—Ah —sólo atinó a decir Matilde yendo por su vaso de agua que había abandonado justo al otro lado del taller, en el piso de hormigón junto al largo sofá destartalado. De pronto, de vuelta adonde se encontraba aún el pintor de la naturaleza, como le gustaba autonombrarse a Arturo, Maty se atrevió a preguntar:

—¿Y cómo sabes tanto de filosofía?

—Mi padre estudió filosofía después de estudiar medicina y abandonar la carrera. Fue hasta tiempo después que se metió en política, una suerte de iluminación tardía en su vida. ¿Acaso no lo sabías?

—La verdad, no —recapacitó Matilde un poco azorada porque apenas descubría que muchas cosas todavía se le escapaban y que muy probablemente le llevaría varias sesiones más el poder hacerse una idea clara, cabal, del hombre sobre quien deseaba escribir su tesis: Roberto Soto Gariglietti, padre de Arturo, fundador del PNFM.

—Sí, de hecho, antes de dedicarse a la política, cuando yo aún no había nacido, mi padre enseñó filosofía presocrática en la misma universidad a la que tú vas ahora.

—Eso sí sabía. Es decir, que había estudiado en la UNAM. Lo que no sabía era que también había estudiado medicina y que había enseñado allí —aguardó un segundo, pareció reflexionar y preguntó inmediatamente, casi intempestiva—: ¿Los presocráticos, dices?

—Sí, Parménides, Anaxímenes, Anaximandro, Demócrito, Empédocles, Anaxágoras, Heráclito, todos esos.

—Pues quizá deba empezar por allí. ¿Tú qué crees?

—¿Estudiarlos, dices? —preguntó Arturo, a su vez un poco

halagado—. Supongo que *sí*… No está nunca de más, claro. Depende cómo quieras enfocar tu tesis; depende si el aspecto filosófico te interesa tanto como le interesó a mi padre. Yo sólo te contesto lo que me preguntes, pero si de veras quieres saber mi opinión, te recomiendo que los leas un poco; especialmente a Empédocles de Agrigento, el filósofo de los cuatro elementos. El es fundamental. Lo mismo Parménides, a quien el primero intenta refutar, a pesar de haber sido su discípulo.

—Claro… —Maty se quedó pensativa, vacilando, casi a punto de formular una idea que sin embargo no cobraba vida ni forma ni nada: un balbuceo que, hacia el final, no se consolidó; en realidad nunca había oído ninguno de esos nombres; acaso, de manera lejana, los relacionaba con algunas calles de la ciudad de México que ni siquiera sabía dónde estaban con precisión; por fin dijo—: Creo que ya me voy, Arturo. Se está haciendo tarde…

—Como quieras.

—¿Cuándo te puedo ver otra vez?

—No sé, cuando te convenga: yo siempre estoy aquí… pintando. Casi siempre a mediodía o antes vienen las chicas a posar, pero después de la comida suelo estar solo, librecito… para ti… —bromeó; empero Maty pareció no captar (o acaso pretendió no captar) el intencionado desliz del pintor, dado que preguntó seria y expedita:

—¿Te parece bien el jueves? ¿Podemos reunirnos los martes y jueves?

—Me parece bien —lo cierto es que, a esas alturas, cualquier día de la semana le cuadraba bien a Arturo, pues aunque Tamara pudiese llegar a aparecerse alguna tarde, jamás entraría en su estudio. Lo sabía de sobra, pues ya en una ocasión la modelo que posaba desnuda con las piernas abiertas se irritó sobremanera cuando Tamara entró intempestivamente, y desde entonces su mujer se prometió no volver a irrumpir en el taller a menos que fuese absolutamente necesario.

—Bueno, adiós y buena suerte. Ojalá conozca a tu esposa la próxima vez.

—Sí, claro, si se aparece… —sonrió el pintor—. Salúdame a tu esposo: dile que ya deje de trabajar y venga a comprarme unos cuadros, se debe estar forrando de dinero, el miserable.

Dicho esto la acompañó a través de la azotea descubierta (una suerte de amplísima terraza soleada) hasta el rellano que conducía a las escaleras del edificio. Allí se despidieron con un beso en la mejilla y Arturo, medio en broma o medio en serio otra vez, le dijo a bocajarro:

—A ver si un día posas para mí, Maty, me encantaría.

Matilde se rió desde el pozo de la escalera, dos pisos más abajo,

desde donde ya no se veían, y sólo tuvo una tímida o acaso precavida ocurrencia:

—Te espantarías, pintor agro.

—Eso déjame que yo lo decida, ¿te parece?

—Eso crees tú —alcanzó a escuchar Arturo ya lejos, la voz y la risa de la joven difuminada, tersa, desde el fondo invisible de las escaleras, pero ya invadido y picado en su curiosidad, en su fijación o transgresión: la de ver esa piel ajena, esa arena o marfil, ese contraste del pubis de Matilde y la armiñada albura de su entrepierna y sus pies pequeños, los cuales, a decir verdad, estuvo a punto de comerse a besos como un perro chiquito y hambriento.

V

Me llamo Eusebio Cardoso y soy novelista. Bueno: empiezo mal. Soy profesor de literatura mexicana (la llamada novela de la Revolución), de eso vivo, de eso como y, de hecho, de eso mantengo dos familias. La verdad sin embargo es que sólo he escrito dos o tres relatos que hasta ahora muy pocos han leído en mi país y muchos menos han leído en este otro desde donde escribo para nadie. Ahora bien: debo dejar claro también que abro el archivo *fricción* sólo cuando puedo o quiero hacerlo, pues a veces pasan meses y no consigo sentarme a poner una puta línea en él. Ya dije también que mi gran descubrimiento o mi consuelo era saber que aun cuando no estoy haciendo lo que más me gusta en la vida (escribir, fabular), algo innominado ha crecido dentro de mí, algo que cobra forma y voz sin apenas yo notarlo: quizá sean esa serie de cuestiones y dilemas morales y proféticos en los que enfrasco a mis desvaídos personajes —o debiera decir: en los que ellos se enfrascan pues de pronto sucede que lo que dicen o hacen me rebasa y resulto ser yo el primer sorprendido en todo esto. Lo cierto, no obstante, es que esas tres sustancias (biografía, moral y profecía) abastecen los libros que he publicado y que pocos han leído en mi país donde —cabe decir en mi descargo— nadie lee absolutamente nada, apenas si pasquines y periódicos y revistas de estrellas de cine y telenovelas. Aquí, por otro lado, en el departamento de Lenguas Extranjeras de Millard Fillmore University donde enseño, se han acercado a mis libros tres amigos: Estéfano, el italiano, y Javis y Tino, dos gallegos simpáticos que enseñan lengua a esos mismos estudiantes que, un par de años más tarde, pasan a inscribirse en mis clases con el fin de que los inicie en los amargos avatares de la literatura revolucionaria: Azuela, Romero, Guzmán, Vasconcelos, Campobello. Pero ¿cuál es mi país (si es que

todavía lo tengo)? Sobra a estas alturas decirlo: México. ¿Y qué hago entonces aquí? ¿Cómo carajos llegué a esta zona remota? Esa es otra historia pero creo que, tal y como se están poniendo las cosas de biográficas y casi contra mi voluntad, mejor haré si de plano empiezo por allí, o me detengo allí, en el comienzo, y es que todo arrancó el fatídico o bendito día (no sé) en que dejé a mi primera mujer, Fedra, y a mi hija Dulce en el Distrito Federal, para asistir a un ciclo de conferencias sobre narrativa mexicana que organizaba el Departamento de Lenguas Romances de la Universidad de San Francisco y adonde no llevé a mi primera mujer, Fedra, con todo y que me lo pidió encarecidamente. No quisiera que se creyera que no la llevé conmigo porque deseaba divertirme sin ella en esa maravillosa ciudad del arte y la perdición, sino simplemente porque de veras deseaba estar unos días solo y a mis anchas, perfecta y completamente solo, leyendo a Kerouac y Ferlinghetti, bebiendo martinis cada noche, paseando sin rumbo fijo por las calles, por el Wharf, y sobre todo sin la angustia de tener que despertarme a darle el biberón a mi niña a las dos y a las seis de la mañana como solía hacer entonces y como de hecho ahora hago otra vez que tenemos a Emilio, hijo de mi segunda mujer. Pero si se lee con atención lo que apenas acabo de escribir se verá que miento, pues mi primera mujer jamás mencionó nada de llevarnos a nuestra hija Dulce con nosotros, sino todo lo contrario: su madre (léase mi ex suegra Dulce) estaba dispuesta, según dijo mi primera mujer, a cuidárnosla los días que fueran necesarios. Así las cosas, y sin nada más que agregar en mi descargo, no me resta sino reconocer que yo mismo me lo busqué, es decir, yo busqué lo que sucedió poco más tarde y por tanto no me queda, insisto, sino reconocer que simplemente deseaba ir solo a ese viaje, tal vez porque (no lo sé con seguridad) no estaba en muy buenos términos con Fedra en ese entonces o porque deseaba algo que no sabía qué era… y lo encontré. Quién sabe. Ha pasado el tiempo y me resulta difícil dar una respuesta precisa a esta última cuestión; no recuerdo bien las minucias del caso, es decir, de mi caso conyugal, sus avatares y luchas y desavenencias cotidianas. De cualquier forma, lo cierto es que volé para San Francisco con la intención de pasar cinco o seis inolvidables días allí y regresar con las manos llenas de regalos, regalos que por supuesto debían resarcir y paliar el egoísmo que me hizo, al final, decidirme a ir solo y sin mi mujer (quiero decir: sin mi primera mujer). Y aquí viene por fin la historia que pospongo, el origen o génesis de por qué diablos estoy en Estados Unidos, en este país de mierda, trabajando hombro con hombro con mis colegas, la gorgona ecuatoriana y Santiago, el chileno nazi, tratando de ganarme la vida enseñando literatura mexicana a un grupo de aprendices que apenas y balbucean español y lo que es peor: tratando a duras penas de

mandarle un poco de dinero a mi hija Dulce que se quedó con su madre y su abuela Dulce, esto siempre a contracorriente de mi actual mujer que, aunque jura y perjura que entiende las razones por las que estoy en la obligación moral de mandarle unos dólares a mi hija y a su madre, en el fondo detesta que lo haga y se pone a hacer de cuentachiles cada mes que estoy a punto de mandar el giro a la ciudad de México. Es realmente penoso, espantoso: no podría describir el aprieto y la angustia por los que paso cada mes. No obstante, repito, eso yo me lo busqué, y para no demorar aquí más el asunto, paso a contar cómo nos conocimos Irene, mi actual mujer, y yo en el congreso aquel que organizó el Departamento de Lenguas Romances de la Universidad de San Francisco y al que fui selectamente invitado como *keynote speaker* esa ocasión para hablarles sobre Pancho Villa y la forma en que estuvo a punto de perecer envenenado a manos de unos cocineros japoneses con muy mala leche, incidente que muy pocos historiadores conocen, dicho sea de paso.

Empiezo por confesar que ver el tamaño de su culo (el de Irene), la perfección de su culo aunado a la perfección de su cuerpo, fue un factor determinante, un acicate, pero no el único, puesto que de ningún modo quisiera dar la impresión de que sólo en eso me fijo pues en el fondo *no sólo* me fijo en eso (quienes me conocen lo sabrán). Asimismo incurriría en flagrante hipocresía, creo, si no reconociera lo ya dicho sobre el frondoso culo de Irene, el cual, debo añadir, es quizá demasiado grande para el cuerpo entallado y esbelto que tiene. Pero ¿qué se le va a hacer? Así es su cuerpo y así es su culo y a mí siempre me ha gustado eso, es decir, esa aparente o real desproporción que en el fondo no es sino una perfección añadida desde cierto punto de vista. Para no ir más lejos otra vez y perderme en detalles que atenían contra la intimidad del que escribe esto y la de su mujer, su hermoso culo fue lo primero que vi en la sala de conferencias donde iba y venía sin detenerse, contoneándose, dándome la espalda (o las nalgas), pero eso no hubiera bastado. De hecho, fue justo al girarse casi frente a mí, y una vez pude mirar su rostro mate y sus ojos negros, que me quedé verdaderamente perplejo y un poco asustado. Mejor dicho: muy asustado. Pero ¿por qué?, se preguntarán. ¿Perplejo y asustado de qué?, querrán saber, por supuesto. Esto es lo más duro de explicar pero iré derecho al grano para no caer en digresiones que hacen, hoy por hoy, insoportables a muchos novelistas y relatos que me ha tocado leer casi contra mi soberana voluntad. Me aterré debido a que Irene, mi actual mujer, era idéntica o casi idéntica al ser que más amo en el mundo: mi hija Dulce, con la evidente diferencia de edades, claro. Quiero decir que Irene podía ser, poco más poco menos, el retrato de lo que yo siempre había imaginado iría a ser un día mi hija al convertirse en una joven mujer, es decir, cuando Dulce cumpliera los

veinticuatro años de edad, veinte después de la fecha en que veía a Irene por primera vez en esa conferencia de San Francisco pues mi hija tenía entonces sólo cuatro años y ahora tiene ocho y se parece más que nunca a Irene.

La cosa, sin embargo, se complica mucho más, pero aquí sí me detendré cuanto sea menester para no faltar a la objetividad flaubertiana —si es que ella existe—, y por lo mismo abundaré todo lo que sea preciso en ciertos detalles dado que, de otro modo, no se entendería cómo pude finalmente ser capaz de abandonar a mi niña adorada y a su madre por una joven cubano-americana y por otro país que no me ha dado otra cosa que los dólares que no consigo en el mío haciendo y enseñando lo que más me gusta hacer: fricciones… cuando, por supuesto, me lo permiten mis colegas, cuando me lo permiten mis estudiantes y, sobre todo, esos estúpidos comités académicos en los que participo consuetudinariamente aunque los abomine con toda el alma. Ahora mismo me desazona tan sólo recordar los insufribles nombres burocráticos en qué pierden cientos de horas aquellos que, como Gaudencia o Marco Aurelio Vasco-Osama, siendo aún jóvenes y cándidos quizás, amaron la literatura y ahora, sin embargo, con los años, la monotonía y el aburrimiento, se han convertido en meros burócratas-académicos viviendo miserablemente a expensas de esa misma literatura y del *tuition* exorbitante de los estudiantes que quieren aprender español: sí, es cierto, mea culpa, he sido miembro del Departmental Curriculum Committee, *liáison* del Center for Multicultural/International Student Services, fui asimismo miembro honorario del Latin American Studies Committee y miembro del Internal Self-Study Team del Departmental Curriculum Committee y, por si esto no fuera poco, director del Search Committee for the Foreign Language Department, entre otros varios cargos que, por supuesto, no me dejaban ni me dejan ganas para sentarme a escribir cuando pude haber tenido un minuto para hacerlo… —si es que realmente lo tuve—. Todo eso hice, mea culpa, me culpa. En eso y no otra cosa invertí cientos de horas estos últimos quinientos días y sus albas noches con whisky y cigarrillos y horizontes de calles bien trazadas invadidas de nieve, luego de poner punto y aparte a esa larga saga que me dejó desinflado y han leído, que yo sepa, tres despistados (entre ellos, la bondadosa jirafa autista, de quien ya hablaré). El cerebro, por supuesto, casi se me achicharra, se me atrofia, y hasta quizá se ha convertido sin darme cuenta apenas en una lechuga o un flan, algo informe y gelatinoso, en estado lamentable de putrefacción.

Pero vuelvo a mi historia con Irene, pues de lo demás (de los intríngulis del departamento) ya habrá mucho tiempo para hablar y divertirse, incluso para mearse del dolor…

Fue en uno de esos ires y venires, en medio de esos contoneos formidables de cadera, que Irene y yo nos encontramos, nos sonreímos y nos presentamos; de hecho ella leyó expedita el gafete que colgaba de mi cuello y me dijo que su padre se llamaba justo como yo y que, por supuesto, era un nombre muy raro, en extremo raro: Eusebio, Eusebio, murmuró para sí frunciendo apenas sus hermosos labios carmesí. La charla, no obstante, quedó pronto interrumpida cuando vimos que una sesión de conferencias estaba a punto de iniciarse y todos los otros profesores invitados regresaban a sus sillas plegables en el aula. Me saludó cariñosamente y se fue. No fue sino al final de esa tarde que yo me le acerqué y la invité a comer algo. Lo verdaderamente extraño, sin embargo, fue que me dijera con absoluta franqueza que no tenía hambre pero que sí quería salir pues necesitaba comentarme algo de veras muy importante. "Comentar", dijo y me dejó pasmado pues ni siquiera nos conocíamos y ya necesitaba "comentarme" algo que claramente debía ser muy específico para necesitar mencionarlo con tanta antelación. Aunque yo había dicho prudentemente "comer", ella propuso salir a tomar unas copas por la noche en la ciudad y así fue que' nos encontramos a las ocho en un lindo restaurante justo en la bahía, en el llamado *Fishermans Wharf* donde los dos pedimos, sin ponernos otra vez de acuerdo, un exquisito plato hondo rebosante de *clamp chowder* que despachamos junto con un plato de calamares fritos que compartimos y una botella del Napa tinto que pedí. Fue durante la cena que vine, poco a poco, a descubrir por qué Irene había accedido tan prontamente a salir conmigo a pesar de tener para ello en mi contra (y en mi humilde opinión) todos los así llamados argumentos para no haber aceptado si lo hubiera decidido así. Paso a enumerarlos. Primero, el hecho de que nunca me quitara el anillo de casado; lo cierto es que, o bien no me acordé, o no me importó o tal vez lo hiciera inconscientemente a propósito (aunque esto último lo dudo pues no suele ser ése precisamente mi estilo, prefiero decantarme por las dos primeras opciones aunque, insisto, no puedo asegurar tampoco que haya sido así). En segundo lugar, Irene tenía un novio, un gringo que la amaba apasionadamente y que hacía el doctorado, como ella, en letras comparadas en la misma universidad. En tercer lugar, en nuestra contra estaba (o debiera decir en mi contra), el hecho de que le llevara —de hecho le sigo llevando— casi veinte años y de que Natura es en esto la culpable o acaso mis progenitores, no soy lo que se dice un tipo especialmente atractivo; pero fue justamente mi aspecto físico y la circunstancia lo que al final prevaleció en contra de todas las probabilidades —o eso que se llaman *odds* en inglés con mucho mayor precisión lingüística que en español donde 'probabilidad" resulta ambiguo y significa varias cosas a la vez— de

que una mujer tan hermosa y joven y cachonda como Irene, y con un culo y un cuerpo tan portentoso como el suyo, pudiera jamás llegar a fijarse en un tipo casado, más o menos feo (no feísimo) como yo y con veinte años de diferencia. Pero ¿qué hay de particular en mi aspecto físico aparte de la semifealdad que he confesado? Nada aparte de lo dicho y del hecho de que yo era, decía Irene con un copa de vino del Napa en la mano temblándole, exactamente igual a su padre: incluso de la misma edad. Me dejó atónito la revelación, cuanto más que yo no paraba de contemplarla, mentada frente a mí, oyendo y viendo la sedosa voz de mi hija Dulce veinte años después, o lo que yo podía jurar iría a ser la voz, los ojos, la boca, el cuello, las manos y hasta los gestos de Dulce, pues ya entonces (a pesar de los veinte años de diferencia entre las dos) el parecido era realmente asombroso. Yo no pude contenerme (o el vino coadyuvó en mi incontinencia) y le mostré entonces una fotografía de mi niña que siempre cargo y continúo cargando en mi billetera, a lo que ella (sin que mediara una sola palabra entre el acto de sacarla, dársela y ella tomarla con sus dedos afilados y nerviosos) se quedó petrificada… o casi. Lo primero que me dijo, soltando su copa y derramando unas gotas de Napa en el mantel, fue: "Pero es idéntica a mí; quiero decir: a como era yo de pequeñita". Y entonces sacó una foto de su bolsa donde se veía a una niña de cinco o seis años de edad abrazando a un hombre de unos veintisiete que, por supuesto, era su padre y que, sin embargo, confieso, era extremadamente parecido a mí —al menos a esa edad, pues ahora he engordado un poco por culpa del alcohol y las hamburguesas Wendy's que me encantan y no logro evitar por más que me lo ruega Irene. Falta otro detalle, quizá más importante y que antes mencioné apenas de paso, y es la circunstancia —porque está de más decir que una cosa son los parecidos que de vez en cuando hallamos en la vida y otra cosa muy distinta lo que voy a contar aquí— de que mi adorada Irene acabase no hace mucho (un año a lo sumo, creo) de perder a su padre, que, como se ve, era un hombre muy joven todavía, es decir, de mi edad, cuarenta y tres años, y de la manera más trágica que uno pueda jamás imaginarse —en el sentido estricto de como hoy entiendo el término, con eso de que he estado leyendo a los griegos—, es decir, por culpa de un piquete de abeja, al cual nadie, ni él, sabía que era alérgico, suceso que ocurrió durante unas vacaciones con su hija, quien desgraciadamente presenció todo o casi todo, hasta su internamiento en el hospital donde ya no lo vería sino metido dentro de un ataúd. Casi con lágrimas en los ojos, pero sin derramar ninguna, me dijo esa noche en el restaurante en San Francisco:

—Y es que aparte del nombre y el parecido, Eusebio, tienes su mismo sentido del humor. ¿Cómo decirte? Sus gestos, sus tics, todo eso. ¡Qué raro! ¿no te parece? —y entonces yo, impulsado por la

emoción o el alcohol o el ardor entre las piernas, le cogí la mano por encima del mantel manchado de Napa y se la apreté a pesar de que sabía que aún no había tenido la oportunidad de mostrarle mi verdadero sentido del humor y menos aun muchos de mis tics (bastante irritantes, por cierto). Con todo: ¿qué entrañaba mi acción?, ¿solidaridad, compasión, afecto, piedad, cariño, deseo, amor, ganas de cogérmela? Supongo que todo, una mezcla de todo eso que mi querido Empédocles llamaría simplemente Amor y del que ya iré hablando en las siguientes páginas.

Con todo, para quien haya reparado, hay o podría haber una objeción en lo que, al cabo, no es sino mi vida y la razón por la que acabé enseñando en Virginia, Estados Unidos, casado con Irene y con un hijo, un segundo retoño, bello y astuto como su madre. Y esa objeción es la que sigue: si Dulce, mi niña, es tan hermosa como ya dije que es y si no se parece ni tan tito a su padre, es decir, a mí que soy tan feo, o semifeo, entonces, por *default*, debe parecerse a su madre, y si fuera así, entonces parecería que mi primera mujer, Fedra, es idéntica a Irene, lo cual no es el caso. Si esto que cuento y sintetizo en dos líneas es así, ¿a quién diablos entonces se parece mi hija? Creo, para acabar pronto, que se parece sobre todo a su abuela Dulce, de quien ya hablé de paso hace un momento: mi guapa ex suegra que en algún momento providencial estuvo a punto de cuidarnos a Dulce y no lo hizo por culpa mía, quien, al contrario, elegí escaparme a la conferencia en San Francisco por mi cuenta y con los subsiguientes avatares y vicisitudes del caso.

A la anterior (evidentísima) objeción, podría añadírsele otra más, Lector: el hecho de que si Eusebio, el padre de Irene, se parecía a mí, y por tanto no era nada guapo, entonces Irene debía parecerse a su madre, lo cual (una vez la pude conocer) tampoco era el caso. Y es que, y con esto se resuelve sólo parte del acertijo, Irene había sido adoptada por sus padres cubano-americanos, y ella, según supe después, era mexicana de nacimiento.

Para terminar este bosquejo sólo diré que a partir de ese encuentro en el *Fishermans Wharf*, luego de ese largo paseo por el malecón de la bahía, se sucedieron en escalonada otras varias citas que desembocaron, por supuesto, en mi ulterior separación de Fedra, la durísima decisión de abandonar a Dulce, mi hija (no mi suegra), y el posterior matrimonio con Irene en San Francisco: extraña sustitución (lo sé) entre una hija y una joven mujer, pues hasta hoy que vuelvo a casa después de haber estado tres horas en uno de esos abominables comités, no deja de asombrarme la inaudita semejanza entre ambas… y eso, por supuesto, no deja de traerme (para bien y para mal) muchos recuerdos de los dos juntos, mi hija y yo persiguiéndonos por la sala de la casa en Coyoacán, escondiéndonos entre los muebles de ratán o

tirados a veces en la esponjosa alfombra por horas con un rompecabezas de la Bella Durmiente o acaso jugando a atraparla entre mis piernas sin dejarla escapar, o bien oyendo música de Cri-Cri o yendo cogidos de la mano a tomar un helado a *Siberia*, comprándole un globo en la plaza y cubriéndola de besos hasta el hartazgo, perfectamente feliz con ese regalo del cielo hoy tan lejano de mí.

6

(Jueves 15 de junio, continuación)

Abandonas el quinto piso del edificio de la Narvarte, ese edificio que conoces de años, Lector, y que tantos recuerdos de borracheras y poemas se lleva, ese estudio de asbestos y comprimido en una azotea del Distrito Federal, esa pocilga en la que viven Tamara y Arturo desde hace tanto que ahora mismo ya no sabes con precisión si tú venías a visitar a tu amigo, el pintor agro, antes de que se hubiese casado con Tamara, o bien si ella, su mujer, siempre estuvo allí, d lado de ese soberbio jodeputa que ahora mismo está cogiéndose a tu esposa y sin embargo decía llamarse tu *brother* cuando se ponía *happy* con media botella de Hornitos encima, el cabrón, el traidor. Pero ¿qué ha pasado? ¿Cómo empezó todo? ¿Cómo pudo suceder? ¿Desde cuándo? ¿Por qué ha hecho eso Matilde, por qué si apenas ayer o antier te dijo que te amaba y te besó y te acarició una mano tiernamente? ¿Qué significa todo este embrollo, Lector? ¿Te estarás volviendo loco? ¿Es acaso real? ¿Es real esta náusea, esto que lees? ¿Es real esta viscosidad, este dolor de cabeza, este infierno que puebla tu cerebro y tu pecho y tus orejas? ¿Es real este llanto que atraviesa tu rostro? ¿Lloras? ¿Sueñas? ¿Estás seguro que no sueñas, Lector? ¿Lo podrías jurar? ¿Estás seguro que no lees? ¿No estarás metido en alguna suerte de fricción depravada, nauseabunda, atornillado a una historia que algún joputa está escribiendo ahora para ti, sobre ti o contra ti? ¿Qué diablos ocurre, cándido amigo, qué está sucediendo justo en este instante en el universo… allá afuera… o en el universo… allá adentro? ¿Has seguido leyendo con voracidad, con estupor, o has visto simplemente cómo tu mujer es levantada, asida y maniatada por los brazos robustos de tu amigo pintor, el mismísimo traidor que la ha hecho jadear frente a tus ojos, que la hizo gozar, plañir… y no de pena sino de puritito placer, de pura congestión gozosa, tal y como no recuerdas haber hecho tú, impotente Lector de *Fricción*? ¿Estás leyendo? ¿Sigues leyendo a pesar de todo? Sí, tú, ¿acaso recorres estas líneas o bien tomas tu auto y te diriges como un autómata a tu lujoso

departamento sin saber exactamente qué te lleva allá o por qué tomas ese rumbo y no ningún otro? ¿Pero adonde más podrías ir? A ningún lado, es cierto; ni modo que fueras a casa de tus padres o a una iglesia o a un cine a llorar en silencio, a compungirte en silencio, a embarrar tus mocos en la butaca de enfrente… Tienes, debes, ir a tu casa (la casa de ambos, por supuesto), a tu pequeño hogar, a tu rincón de amor en Las Aguilas, esa guarida en que han vivido orondos tú y Matilde desde que se casaron y la cual, es cierto, su padre agónico le dejó en herencia. Bueno: agónico entonces (cuando eran novios, prometidos) y hoy muy muerto, enterrado, pero esa es otra historia en la que no puedes ni quieres pensar puesto que ahora mismo un ruletero se te cruza en avenida Universidad y a punto estás de darle un golpe en la defensa pero lo esquivas a pesar de todo con una diestra maniobra que no nace sino de la perplejidad del dolor, de las punzadas instintivas que sientes y avasallan tus costillas. Pero, por supuesto, aún no crees todo esto que has visto, escéptico y manso corderito, porque es ruin y espantoso y deleznable, ¿no es así?, y porque el ser humano no puede ser tan vil, tan rastrero (el ser humano es un abismo, decía un filósofo alemán con harto conocimiento de causa). Sin embargo lo has visto ya con tus propios ojos ¿o acaso lo leiste con tus propios ojos? Piensa. Piensa. Detente en este semáforo y piensa, aprovecha lo que dura el alto. Piensa. ¿Lo has visto con tus propios ojos o acaso lo leiste con tus propios ojos? De cualquier forma, es verdad y a estas alturas da lo mismo, no importa demasiado pues a la postre eres tú y ningún otro el enterado, el defenestrado, el chingado y vapuleado. Finalmente se trata de ti, furibundo Lector, y el vehículo o transmisor del descubrimiento (tus ojos viendo o tus ojos leyendo) es apenas apenitas lo que cambia, lo demás no, lo demás ya nunpa, y porque al fin y al cabo lo importante y lo que cuenta es que te han puesto descaradamente el cuerno, cabrón, a un año o casi de haberte casado y cuando más feliz y exultante y poderoso te creías ¿no?

VII

La primavera es la estación más conflictiva del año académico, al menos en el sur de Estados Unidos; de las demás universidades del mundo (con la excepción de la UNAM, adonde nunca me pagaron un centavo) no me consta que esto sea así y poco o nada sé aparte de lo que sucede aquí, en Millard Fillmore University, en Virginia. En principio (y sobre todo) es conflictiva porque parecería que de pronto todas las estudiantes hubieran estado realmente contando los minutos

del invierno para quitarse, de un día para otro, los pesados pantalones de pana y los suéteres de algodón y los guantes que las cubren durante enero y febrero y marzo y abril, y ponerse, de la noche a la mañana, cuanta cosa ligera encuentran a mano: breves minifaldas que enseñan desde las uñas de los dedos de los pies pintadas de turquesa, violeta y coral, hasta la ligadura del fémur y el suculento gran trocánter, ajustados shorts que dejan al descubierto una túrgida parte de los glúteos, playeritas sin mangas o blusas delgadas, ligerísimas, que muestran desnudos sus ombligos cual médanos dorados. Para el *spring break*, o incluso antes, los estudiantes inundan los bien podados jardines del *quad*: se les ve tirados en el césped, dormidos o leyendo, algunos jugando al *frisbee* o lanzándose bobaliconamente el balón durante horas, aprovechando cada partícula de sol como si en ello se les fuera la vida. Un espectáculo de éstos quizá no resulte nada raro en Estados Unidos, pero para un latinoamericano avecindado en este terruño del norte (o en el llamado sur del Norte), no deja de ser algo digno de ser visto en el doble sentido del verbo: como espectáculo típico (folklore puramente estadounidense) y también por lo que hay que ver disperso justamente en el *quad*, como ya dije: cuerpos tostados, cuerpos jóvenes, cuerpos mayestásticos y elásticos y delgados, ofrendándose a Inti, el venerable dios sol. A veces hasta puedo imaginarme a Cavafis con una libretita en mano, sentado sobre la corteza de unas rocas del *quad*, admirado y sediento de luz, describiendo pormenorizadamente lo que observa tras los espejuelos, con la pinga bien caliente y entumida, con las manos sudadas y pringosas. La única diferencia, claro, es que Cavafis observa a los chicos y yo observo a las chicas.

Estéfano, el italiano, y Tino y Javis, los gallegos, esperamos la temporada con fruición, con *enthousiasmós* griego y vehemencia, luego de haber aguantado, estoicos y partisanos, el duro invierno sureño, especialmente este último que fue verdaderamente una pesadilla y que se alargaba y alargaba inmisericorde, al grado de que en dos ocasiones tuvimos un par de días de sol cuando ¡zas!, de pronto caía más nieve y se nublaba el cielo por una o dos semanas.

Cada media hora, Tino y Javis suelen pasar por mi oficina haciéndome muecas y señas que no quieren decir sino que corra, imbécil, que vaya con ellos, que merece la pena que salga de allí, de mi cuchitril oficinesco que más parece un búnker lleno de libros, para observar algo seguramente insólito y que yo ya sé qué es o puedo imaginármelo. Y es que verdaderamente, querido Lector, uno llega a contemplar cada cosa en Millard Fillmore que de veras te deja maravillado, pasmado: hay estudiantes que deciden simplemente aposentarse en el *quad* con sus bikinis y tanguitas, tal cual, con sus bikinis ínfimos y de colores que se confunden con la piel en el mejor

de los casos, chicas untándose el bronceador a la vista de todos, es decir, sus compañeros de clase quienes, por cierto, parecen no inmutarse jamás, no darse por enterados. Pero ¿acaso son hermanos, primos, parientes, miembros de una misma secta cristiana?, no dejo de cavilar al ver esos chicuelos ensimismados en sus cuadernos al lado de ellas o conversando en el césped como si no pasara nada, como si tuvieran un objeto inservible tirado a su vera, una muñeca inflable descompuesta y descabezada. No deja de intrigarme, es cierto, la cuestión, a la que no dejo de darle muchas vueltas y razonamientos: ¿estos muchachos se hacen o son? Quiero decir: ¿se hacen pendejos o son? ¿Acaso no se dan cuenta de lo que tienen a su lado o, por tenerlo simplemente a diario, no le dan la menor importancia, se les ha olvidado lo que ellas son, lo que ellas pueden llegar a ser, es decir, el arcano y el placer y la posibilidad de una edulcorante educación amorosa? ¿No atisban ese templo o áureo pabellón que hiberna entre la cresta ilíaca y el estrecho pélvico inferior? Lo curioso (por no llamarlo contradictorio) en el caso de estas hermosas vikingas, algunas estudiantes mías y otras ex estudiantes retozando en el césped como piara de cerditas en el cieno, es que, por una extraña mescolanza entre su puritanismo genético y su liberalidad y feminismo a ultranza, son, al decir de la chismografía universitaria, las más duras de follar, de coger, diría yo, pero con eso de que Javis y Tino hablan su propio español, se me cruza la nomenclatura constantemente. Incluso Irene y yo, cuando nos reunimos a cenar con Estéfano y Stephany, su guapa mujer, y con los infaltables gallegos, no dejamos de divertirnos con juegos y retruécanos intelectuales que nos hacen esta sosa vida a la americana un poco más llevadera, más pasable, digamos. Por ejemplo, al oírme decir algún mexicanismo, dicen ellos con ánimo de joder/chingar y divertirse: “Pero, ¡hostias, Eusebio!, ¿es que debemos enseñarte el español normativo?”, a lo que yo resondro/respondo: “Te equivocas, Tino, nosotros en México hablamos español *enriquecido*; quédate con la normatividad, si prefieres”. Y luego les explico —o “los educo”, como le digo yo a Irene en secreto más tarde, en la cama—: “Pero ¿qué más enriquecimiento, Tino, que poder decir, con la misma naturalidad, milpa o maizal’, ‘tecolote’ o ‘búho’, ‘zacate’ o yerba, ‘huarache’ o ‘sandalia, ‘guango’ u ‘holgado’, ‘molcajete’ o ‘mortero’, ‘zangolotear’ o ‘sacudir’, ‘seguido’ o ‘a menudo’, ‘guajolote’ o ‘pavo’, ‘costal’ o ‘saco’, ‘sarape’ o ‘manta, ‘tatemar’ o ‘tostar’, ‘zafarse’ o ‘soltarse’, ‘petate’ o ‘estera, ‘papalote’ o ‘cometa, todo esto, ¡claro!, según el ánimo, las ganas, o bien, Tinoestulto: ‘zopilote’ o ‘buitre’, ‘alberca o ‘piscina, ‘maromas’ o ‘vueltas’, ‘pandearse’ o ‘combarse’, ‘mechudo’ o ‘greñudo’, según el estilo, o también: ‘chapulín’ o ‘saltamontes’, ‘escuincle’ o ‘niño’, o como se te dé la real gana; Tino, y si quieres puedo seguir con ejemplos para que entiendas de una vez

por todas lo que quiere decir hablar 'español enriquecido'; te apuesto que ni sabías qué quieren decir esas palabras y ni las dirías aunque las supieras." Con eso se queda calladito un rato, cavilando, con ganas de cambiar de tema. Estéfano y yo entonces nos ponemos a beber una cerveza en el *deck* de mi casa o de la suya, a veces sin embargo en la de Tino y Javis pues, aunque mediando la treintena, continúan solteros, viven juntos y, que yo sepa, no son putos, pero eso no se puede asegurar jamás, ya se sabe: ojos vemos…

Volviendo al asunto de la primavera y lo conflictiva que se pone la estación para profesores que, como yo, estamos casados pero no castrados y por tanto se nos pone dura, enhiesta, cada vez que cruzamos' el *quad* y miramos a nuestro derredor o entramos a clase y encontramos a más de cinco o seis chicas que podrían ser mis hijas (bueno: exagero) tanto como podrían ser despampanantes modelos de *Playboy* —y en esto sí que no exagero—. Pero volviendo al asunto que me truje, caray, lo cierto es que la primavera es ardua y conflictiva (*April is the cruelest month*) porque simplemente y de facto no hay absolutamente nada que hacer al respecto con todo lo que uno tiene que mirar a su pesar: ni a ellas se les ocurriría mencionarte algo y ni uno se atrevería a insinuar nada. Ni un solo coqueteo ni un flirteo ni un asomo de feminidad aparece de su parte hacia ti o tus colegas. Nada. Es como si fueras un eunuco de cuarenta años de edad, un poco lo que es, dicho sea de paso, mi colega Marco Aurelio, el especialista en Siglo de Oro de nuestro departamento. No hay incluso manera de averiguar si les gustas aunque sea un poquito (y platónicamente) o si de plano no les interesas y te ven sencillamente como a un homosexual o un mentor de pacotilla. Todo se complica y acendra si, aparte de ser su profesor, tienes como ya dije, más de cuarenta… y si saben que estás casado y con hermosos hijos, lo cual les parece a la mayoría de estas jóvenes el colmo del romanticismo, del heroísmo o qué sé yo, una suerte de chifladura o delirio conservador que las hace soñar que tú, su profesor, eres algo así como un cielo irreprochable, un costal de virtudes, un alma inalcanzable que no puede tener ojos para nadie más que no sea su afortunadísima mujer que lo encontró, por supuesto, antes de que ellas se fijaran en ti. Y ojo, Lector, no es que no adore a Irene, no se me malinterprete, no es que no la ame y me caliente casi siempre, muchas noches, sino que simplemente no puedo dejar de ver y constatar lo que salta a la vista esas mañanas de mayo y junio en la universidad: tanta belleza, tanta juventud esparcida y al mismo tiempo tanta estupidez y miopía acumulada, tanto incomprensible puritanismo al que no logro acostumbrarme un ápice pues lo cierto es que en México, donde enseñaba antes de llegar acá, más de una estudiante flirteó conmigo y hasta en una o dos ocasiones me acosté con ellas, pero… ojo: eran entonces ex

estudiantes mías y por eso no me avergüenzo de contarlo y aunque no lo hubiesen sido creo que tampoco me avergonzaría pues, de hecho, tengo amigos profesores que se han acostado con muchas estudiantes suyas y por motivos a veces que no eran necesariamente los de la pura imparcialidad que dicta el deseo y la atracción entre dos seres humanos, sino por otras razones en las que prefiero no abundar para no entrar en discusiones morales. Con todo, insisto, ni siquiera ex estudiantes mías se fijan en mí, y a la postre no recibo otra cosa que una notita al final de cursos diciéndome con toda bonhomía y respeto que fui su mejor profesor o que aprendieron mucho de Villa y Zapata en mi curso, lo cual no sé, dicho entre nos, Lector, si tomármelo como un insulto o un halago viniendo de esas vikingas sensuales y temibles a las que me toca enseñarles Ateneo de la Juventud y novela de la Revolución. Según Irene, más de una tuvo que estar enamorada ya de mí y yo ni cuenta me di de ello. ¡Quién sabe! A lo mejor y soy un papanatas, un idiota, un ciego y no me percaté, pero lo cierto es que Irene no me cree cuando le digo que nunca pasa nada en mi búnker y ni en ninguna otra parte: ni una proposición indecorosa ni un beso de agradecimiento ni nada aunque a veces, lo confieso, sí que me gustaría recibirlos. Pero ¿qué se le va a hacer si Irene no me cree? No puedo hacer mucho… o bueno, sí: quizá pueda hacer algo, tal vez pudiera (si quisiera) remediarlo. Pero ¿cómo? Sonará bárbaro pero ahora mismo me viene a la mente una novela de Paul Auster donde sucedía algo insólito pero verosímil y que si yo tan sólo me atreviera a emular redundaría acaso positivamente en nuestra ya de por sí muy buena relación conyugal. Si mal no recuerdo, el hombre de la novela estaba, como yo, perdidamente enamorado de su esposa y jamás le hubiese sido infiel aunque ella, en su fuero interno, estuviera convencida de lo contrario. Es sin embargo tanta y tan firme la convicción de esta mujer que, al final, casi contra su voluntad, el tipo decide ponerle el cuerno para no defraudarla en su convicción y para que ella no lo abandone alegando su estulta castidad. Con todo esto "exagero la nota, claro: ni Irene es esa mujer en el borde de un ataque de celos (aunque sí es bastante curiosa) y ni tampoco he tenido que llegar al extremo de refrendar las dudas de mi esposa sobre mi fidelidad. Sobre este tema tan candente voy a hablar mañana o pasado pues es hora de dejar el búnker del Departamento de Lenguas Extranjeras e irme a casa a ver a Emilio y tomarme un buen whisky en las rocas (*scotch* lo llaman aquí) mientras lo veo jugar e intento participar en sus proyectos arquitectónicos tirados los dos en el tapete cuadriculado del *rec-room*. Mientras construimos un rascacielos con esos cientos de cubos de colores, pienso en México, pienso en mi hija Dulce, en cuánto la extraño, en cuánto me gustaría tenerlos a los dos (a Emilio y a ella) aquí conmigo, pero ese deseo es tan absurdo como

imaginar que soy mormón y que por ello puedo tener a las dos esposas durmiendo bajo el mismo techo conmigo o incluso en el mismo lecho.

8

(**Jueves 4 de mayo**)

—Te explico mi teoría de los colores, Maty, que tiene que ver precisamente con el movimiento agro del que, por supuesto, algo habrás oído hablar —le dijo Arturo ese jueves a las cuatro y media cuando apareció la mujer de su viejo amigo en su azotea, esta vez vestida con un ligero vestido blanco hasta los pies, oaxaqueño o yucateco, con las mangas cortas y bombachas que daban o aparentaban dar una sensación de frescura a sus axilas, a su cuello alabastrino, a sus hombros semidesnudos pues las hombreras del vestido resbalaban ondulantes como parte típica del atuendo que llevaba puesto junto con unas lindas sandalias que dejaban al descubierto unos pies finos y pequeños.

—Pues te confieso que no había oído jamás de ese movimiento, Arturo.

—De hecho fue un grupo, Matilde, un grupo de pintores —le dijo mientras la acompañaba a echar un vistazo a algunos de los cuadros —. En alguna época, no hace mucho, éramos todos amigos, viajábamos juntos a Sonora a buscar peyote, pero ahora no nos vemos, no nos soportamos y sólo tenemos en común el nombre, el cual nadie se ha querido quitar porque, tal parece, es lo único bueno que nos queda de esa amarga aventura y de esos rituales que organizábamos en el desierto con los yaquis. Algunos de ellos ya ni pintan, ¿te imaginas?, y se dicen pintores, claro: pintores agro. Pero todo tiene que ver, en su origen, con la teoría de los colores de Empédocles de Agrigento que yo aprendí de niño a través de mi padre y que luego transmití a esa banda de charlatanes que no han pintado un cuadro desde hace varios años.

—¿Y en qué consiste esa teoría? —preguntó Maty entre curiosa y abúlica pues lo cierto es que ni ella misma sabía si eso en realidad le importaba o si sencillamente se dejaba llevar por la inercia y la cortesía.

—Según este filósofo, hay cuatro raíces o elementos, los cuales jamás nacieron ni murieron, sino que simplemente se han mezclado y se han separado eternamente; lo demás que vemos y percibimos sería algo así como una ilusión de los sentidos. Esos cuatro elementos son el sol, la tierra, el cielo y el mar, aunque también los llama fuego, tierra,

aire y agua, y hasta a veces les pone nombres de dioses. Zeus, por ejemplo, sería el fuego; Hera sería el aire; Nestis el agua y Aidoneo, la tierra. Estos se interpenetran a tal grado que hacen que se altere su apariencia hasta el punto de que parece que los elementos han cambiado aunque en estricto sentido no lo hayan hecho, según él, pues son indestructibles y simplemente se reciclan.

—Pero estofes física pura, Arturo: nada se destruye, todo se transforma —se giró Maty un instante y continuó por el taller, a veces saltando un bastidor o algún objeto inservible en el piso.

—Sí, pero recuerda que Empédocles vivió en el siglo v antes de nuestra era y eso ya es mucho pedir… Para muchos es el Leonardo de su época, o más aun: el Newton de los griegos, con la diferencia de que Empédocles era, por encima de todo, un humanista y un taumaturgo: médico, mistagogo, inventor, filósofo, biólogo, político, cosmólogo y muchas cosas más.

—Y bueno… —lo interrumpió Matilde que no terminaba de comprender la relación o red de correspondencias que le dictaba el artista.

—Pues que Empédocles ofrece un símil pictórico para ilustrar la producción de la variedad infinita de posibilidades a partir de esos cuatro elementos o raíces, los cuales son, para nosotros los pintores agro, los cuatro colores fundamentales, mismos que verás repetirse una y otra vez en casi todos mis cuadros —aquí Arturo se detuvo, se dio la vuelta y caminó tranquilamente hacia el mismo largo sofá raído que había en el extremo opuesto de su taller; encendió un cigarrillo y, otra vez, sin ofrecerle uno a Matilde, le dio una larga aspirada para luego sentarse con las piernas abiertas, despatarrado—. Mira: según este símil, el cual era una suerte de ley para los agro, de esos cuatro colores surgen todas las cosas que hay en el mundo y por eso los pintores son creadores en el estricto sentido de la palabra, es decir, hacemos y ponemos en el mundo todo lo que existe: los árboles, los hombres, las mujeres, las fieras, los pájaros, los peces, las estrellas, los monstruos y los dioses. Todo, Matilde. El símil del filósofo, sin embargo, gana mucha mayor precisión por el hecho de que ya en su época los pintores griegos trabajaban sobre cuatro colores: el blanco, el negro, el amarillo y el rojo, mismos que, como habrás notado, son los colores imperantes en casi todas mis pinturas… —desde donde estaban sentados, Arturo le señaló los mismos cuadros que Maty había observado el martes pasado y que tenía justo enfrente del sofá donde ella también se había sentado: en uno se veían dos mujeres abrazadas por la cintura, aparentemente una de ellas avergonzada, ocultando el rostro en la espalda de su amiga, y la otra mirando al frente, al espectador: las dos estaban desnudas y el color de su piel oscilaba entre el ocre y el amarillo limón; el otro cuadro representaba a un

burócrata o leguleyo con rostro de toro, sentado en un escritorio frente a un mar amarillo, probablemente un minotauro hastiado de su rutina de trabajo—. El problema surgió cuando, posteriormente, otros filósofos quisieron precisar si Empédocles pensaba que las partículas de esos elementos estaban realmente combinadas o simplemente juntas, pegadas unas a otras de manera imperceptible.

—¿y?

—Pues, al parecer, él creía que estaban juntas pero que el ojo humano no podía distinguir esa unión, y por eso gentes como Aristóteles dijeron que Empédocles se había equivocado aunque lo cierto es que sólo errara en parte, pues sólo vio que todo se unía o se separaba según su pasión o movimiento y que, por tanto, los cuatro elementos, aunque mezclados, eran indisolubles… Empédocles, pues, reducía los cambios a una mezcla mecánica, coloidal, más o menos limitada; algo así como una superposición o yuxtaposición de partículas. Pictóricamente, Maty, podríamos decir que, aun cuando para él había combinaciones y mezclas, sólo las había hasta cierto punto y dependiendo del grado de porosidad de los elementos en cuestión, por ejemplo: el agua se mezclaba bien con el vino pero no con el aceite debido a que su respectiva porosidad no era simétrica entre sí. Por tanto, todo en el mundo dependía, según Empédocles, de nuestra porosidad, de la capacidad real que tiene un cuerpoˆ para penetrar otro, y esto, por supuesto, lo lleva más tarde a su propia teoría de Amor, pero esa es otra cuestión de la que te hablaré en otro momento —luego de un silencio, Arturo añadió como para dejar claro el motivo u origen de su lección—: Este es más o menos el credo pictórico de los agros, Maty, el de mantener lo más simples y mecanizados la unión de los colores, entre otras cosas, tales como la idea medieval del escorzo o perspectiva que por supuesto no es nada nueva, sino que viene de Gauguin y algunos pintores post-impresionistas y fauvistas que querían mantener los objetos en su aspecto primitivo, aborigen.

—Pero, dime, Arturo —lo detuvo Matilde en seco—: aun a sabiendas de que los colores se combinan, ustedes prefieren pensar que sólo se juntan o se separan según su porosidad…

—Exactamente. Todo se une, las partículas de pintura sólo están pegadas aunque parezca de pronto que se mezclan, y eso es lo que de plano queríamos resaltar manteniendo cierta rudimentariedad, cierta textura primigenia, nativa, como los fauvistas, aunque nuestros temas son más o menos modernos, o mejor: una mezcla arbitraria de temas arcaicos y modernos. De allí el contraste atípico que notas —Arturo sacó otra vez la pitillera y en esta ocasión le ofreció un cigarro a su invitada, la cual sin embargo lo rehusó no sin antes echar un vistazo a su reloj—. Lo que sucede es que el ojo te engaña, nos engaña, Matilde,

y de pronto creemos que observamos una verdadera mezcla en la paleta del pintor, ya te dije.

—Suena a una locura de la antigüedad —sonrió Maty sin soltar su pequeña grabadora portátil, la cual no había podido encender aún pues de hecho no sabía con certeza cuándo había iniciado (y si es que había iniciado ya) la entrevista que se proponía hacer al hijo del fallecido Roberto Soto Gariglietti. ¿Qué tenía que ver todo esto con la política o con la democracia o con México?

—Según Empédocles, y posteriormente Demócrito, el ojo humano se compone de dos elementos, el del fuego y el agua, y éstos representan el color blanco y el negro respectivamente. Esos son los colores base y los otros dos, el amarillo y el rojo, son los colores simples, ¿me sigues? El sentido de la vista surge, pues, a partir de los colores base…

—O sea que vemos todo en blanco y negro.

—No exactamente puesto que, según Empédocles, también el ojo tiene algo, muy poco, de tierra y aire y, por tanto, la capacidad para emitir el amarillo y el rojo.

—O sea ¿que el ojo emite los colores?

—Mira: en esa época había tres teorías o grupos. Aquellos que creían que el ojo era el agente y que emitía rayos, es decir, fuego puro, sobre los objetos. Otro grupo que opinaba lo contrario, es decir, que el ojo recibía ciertos efluvios que emanaba de los objetos; y había un tercer grupo, en el que se encuentran Empédocles y más tarde Platón, quienes pensaban que tanto el objeto como los ojos emitían rayos y efluvios respectivamente y que éstos se mezclaban creando lo que conocemos como vista o visión. Así lo hace saber el segundo en uno de sus más famosos diálogos…

—No los conozco, Arturo.

—Pero… Menón, ¿estarás de acuerdo con Empédocles en que hay ciertos efluvios procedentes de todas las cosas que existen?

—Ciertamente.

—¿Y que existen poros hacia los cuales y a través de los cuales se abren camino los efluvios?

—Sí, por cierto.

—*¿Y* que algunos efluvios se acoplan a determinados poros, mientras que otros son demasiado finos o demasiado gruesos?

—Así es.

—El color, pues, es un efluvio procedente de las formas que se ajusta a la vista y es perceptible a través de ella.

Arturo se detuvo, tomó un respiro, reflexionó unos segundos, y concluyó aliviado:

—Empédocles tenía, asimismo, una teoría que posiblemente sea la

esencia de todo su pensamiento. El dice y repite en una y otra ocasión que lo semejante siempre se percibe por lo semejante, que lo semejante siempre atrae lo semejante…

—¿*Y* eso qué quiere decir? —preguntó Menona removiéndose de su lugar y mirando nuevamente su reloj de pulsera… algo insegura mas intrigada: se hacía tarde pero afortunadamente en ese momento no hacía calor ni bochorno, a los que temía y por culpa de los cuales había decidido ponerse ese holgado atuendo oaxaqueño esta segunda visita al pintor. La experiencia de la calurosa tarde anterior la había puesto en guardia.

—Pues que si el ojo se compone de agua y fuego en mayor cantidad que de aire y tierra, entonces podemos ver sobre todo aquello que le corresponde ver, lo que le resulta al cabo más afín: el blanco y el negro.

—Pero no es así… —refutó la joven Menona un poco molesta por lo que empezaba a parecerle una serie de absurdos y tonterías que poco o nada tenían que ver con los motivos que la habían traído allí: el padre de Arturo, su vida, su obra, su desaparición, sus avatares con la política mexicana, contra el PRI y el PAN y el PRD, la fundación del Partido de la Naturaleza y el Fuego Mexicano—. Yo veo muchos colores y matices, Arturo.

—Pues eso es lo que tú crees, pero hay sólo cuatro…

—Claro: según Empédocles —ironizó ella levantándose de pronto del sofá ligeramente enfadada, contrariada o deseosa de empezar con la entrevista de una buena vez—: si hay cuatro raíces y por tanto cuatro colores, entonces sólo somos capaces de mirar esos cuatro colores y punto.

Al ver que Arturo, su mentor, sonreía encantado, sin dejar de mirarla o admirarla, parado frente a ella sin abrir la boca, Menona, la discípula, insistió:

—¿Qué me dices al respecto?

—Que tienes algo de razón —respondió Arturo al fin, contento al parecer de que la alumna se aplicara, pusiera más empeño o interés en la lección de ese jueves en la Narvarte—; Teofrasto, otro filósofo, decía más o menos lo mismo que tú: "¿Si lo semejante se percibe por lo semejante, como opina Empédocles, entonces cómo podemos mirar colores mixtos como el gris?"

Al ver o presentir que no llegarían a ningún lugar (o a nada que a Menona le pareciera congruente o inteligible sobre los agros o sobre ese filósofo con que tanto se empeñaba Arturo), la joven resolvió súbitamente que era hora de irse ya, pero no sin antes pedirle a su anfitrión que le demostrara sus palabras a través de algunos de sus cuadros, sólo para comprobar lo que ya intuía o barruntaba: que estos

agros, tal y como le advirtió su marido, estaban verdaderamente locos y que el peyote y el sol les habían tatemado los sesos hacía ya mucho tiempo.

—Bueno ¿por qué no mejor me enseñas lo que estás haciendo porque hoy voy a tener que irme un poco más temprano?

—Pero ¡qué lástima que tengas que irte! —dijo Arturo con una mueca casi de dolor o desamparo un tanto histriónica, aunque en el fondo (y casi sin reconocerlo) estaba de veras contrariado: la alumna le empezaba a gustar más de la cuenta.

—Pero vamos a volver a vernos.

—Ya sé —se adelantó Arturo lobuno y hambriento—: la próxima vez posas para mí, ¿te parece? —la pregunta era tajante y suave; en su demanda había un deseo por someterla, una ˆmezcla indistinguible (muy fina) de orden y guasa, de seriedad y ligereza que no pudo sino descontrolar unos instantes a Menona que no paraba, mientras tanto, de andar por el estudio del pintor tratando tal vez de comprobar con sus propios ojos las supuestas teorías empedócleas del color en los cuadros de Arturo Soto.

—Pero tú estás loco —se sonrojó Menona aunque lo cierto es que la respuesta fulminante de Arturo la había cogido desprevenida. Al mismo tiempo, sin embargo, tenía que reconocer que esa insistencia inusual del amigo de su marido no dejaba de halagarla, de excitarla un poquitín al menos, sí, un poquitín, se dijo casi en brumas, sin advertirlo, rozándole la piel un breve escalofrío. Sólo alcanzó a añadir —: ¿Y por qué me quieres retratar?

Como Arturo no podía decirle las verdaderas razones, sólo pudo contestarle:

—Para demostrarte la teoría de los colores del gran Empédocles de Agrigento —se rió.

—¿O sea que me vas a pintar en blanco y negro?

—¿Acaso ves que algunos de mis cuadros los haya pintado así?

—Pues, no.

—Entonces ¿qué dices?

—Pues no sé, la verdad… —titubeó. Un instante después, sin embargo, una suerte de picor, una vanidad inexplicable y surgida no sabía cómo ni de dónde exactamente, la llevó a decir casi contra su voluntad pero a sabiendas de lo que hacía—: Sólo si prometes contarme más sobre tu padre; todo lo que yo quiera. ¿Te parece? Mira, Arturo: de veras necesito ponerme a trabajar en mi tesis, si no, jamás voy a titularme. Tengo encima a mi tutor desde hace meses y no me puedo retrasar más, a riesgo de echar por la borda la maestría.

—Comprendo —le dijo él aunque apenas podía resistir la tentación de tocar y besar esos hombros simétricos, esos huesos insinuados y

mucho más que insinuados: unas clavículas afiladas como espadas—. Cuenta conmigo.

—¿Y cómo quieres que venga vestida?

—Como tú quieras —le respondió Arturo tirando la colilla en el suelo de su mismo taller y pisándola displicentemente—. ¿Este sábado te parece bien?

—Claro que no, los sábados la pasamos con mis suegros.

—Ah, claro… —se desdijo Arturo—. Entonces tú dime cuándo.

—El próximo martes a las cuatro y media, igual que hoy. Tal y como habíamos quedado… ¿recuerdas?

—Sí, por supuesto.

—Creo que ya me voy… —y sin esperar respuesta abrió la puerta de golpe y salió del estudio donde afortunadamente para los dos el cielo permanecía aún nublado, plúmbeo, igual a como había estado cuando ella llegó a la Narvarte, sin pizca de fuego en el aire como la tarde anterior. El mundo allá afuera, al menos el mundo sumergido de la ciudad de México ese 2025, parecía haberse coagulado. Maty, perpleja, lo notó o así lo imaginó por unos cuantos segundos que se hicieron eternos bajo sus ojos glaucos, los cuales no paraban de vislumbrar algo inasequible en ese horizonte capitalino, crepuscular. Ya sólo por inercia o por decir algo nuevo, parada allí, se lo hizo saber al pintor, a quien tenía silencioso, impertérrito, a su lado. Deseaba comprobar si acaso Arturo percibía lo mismo que ella o tal vez sólo la movía el afán femíneo de constatar su sensación. Sin embargo, para su desgracia, el amigo de su esposo aprovechó su hallazgo para concluir, casi apodíctico, su lección del día:

—Según el filósofo de Agrigento, el cielo gira en círculos a gran velocidad aunque tú y yo no lo veamos.

Esta vez y sólo por llevar la contra, un poco hastiada de tanta filosofía, Menona le contestó sin girarse a mirarlo, convencida de su respuesta:

—El cielo parece haberse detenido, ¿no lo ves? No hay viento. Era sólo una metáfora para decirte que el mundo se inmovilizó esta tarde en tu azotea.

—Al contrario. Es justo ese movimiento que no ves, esa fuerza centrípeta del cielo, la que impide que la tierra se caiga al precipicio. Estamos moviéndonos, Menona. El universo está moviéndose en una suerte de torbellino cósmico. ¿Sabes? Empédocles comparó el fenómeno al del agua en una copa puesta al revés, la cual no se derrama si le damos vuelta circularmente a gran velocidad.

—Pero eso es inexacto, cualquiera lo sabe.

—Claro que es inexacto, pero estamos en el siglo v antes de Jesucristo. Para un científico de su época, no está mal…

—Siempre dices lo mismo.

Menona, la discípula, estaba cansada, abrumada. Sin dejar de mirar la multitud de edificios y antenas desparramadas por las azoteas y techos de la ciudad, siguió ensimismada en sus propios pensamientos por un par de minutos. Luego el pintor se ofreció a acompañarla ese trecho de azotea descubierta que les faltaba por recorrer antes de topar con la puerta y el rellano de las escaleras. Inmediatamente después se despidieron con un beso raudo, impersonal. Menona empezó a descender de manera casi automática. Diez o veinte segundos más tarde, todavía en ese corredor donde se contemplaban, colgadas, pinturas rojas y amarillas, ocres y turquesas, Arturo le dijo, casi le reconvino: —Espero que hayas grabado nuestra conversación. Todo lo que te conté tiene que ver con lo que quieres saber sobre mi padre.

—No entiendo :—oyó apenas la voz contrariada, sorprendida, de Menona, un trino distante en lo profundo del pozo de las escaleras, tres o cuatro pisos más abajo de donde él se hallaba mirando hacia el precipicio de ese fondo sublunar.

IX

Mucho antes de conocer a Irene y venirme a Estados Unidos, incluso antes de conocer a Fedra, mi primera mujer, yo era un tipo que creía en la fidelidad de la pareja, en la fidelidad a rajatabla, sin la cual, decía, no podía existir relación verdadera y menos una pasión, eso que por supuesto yo entendía por una pasión: la capacidad para reflejarse en el otro y consubstanciarse con él, tal y como un espejo puede mirarse en otro espejo. Hablo en serio: creía y practicaba esa visión (aberración) de las cosas, esa teoría de la vida o como se les antoje llamar a esa forma obsesiva y extremista de relación. Ahora paso a contar lo que pasó.

Tendría… veintidós años y por entonces llevaba una buena relación con una hermosa chica a la que quise entrañablemente. Por esa época era, según recuerdo, un idealista en toda la extensión de la palabra, un adalid de la pureza. Mi juventud, aliada a mi sincero cristianismo y bonhomía, coadyuvaron a fraguar esa noción a ultranza de la fidelidad en el amor. Supongo que a gentes como a Phillip Ritter, el *chair* de nuestro departamento, o a Javis y Tino, los gallegos normativos, les resultaría difícil identificar al tipo que digo era yo dos décadas atrás con el que ahora soy y me he convertido: alguien más bien tirando a lo cínico, a veces desentendido y muchas veces escéptico —mas no del amor en todo caso, pues de él conservo un

refilón de esperanza a pesar de todo lo que tiene en su contra para mantener (hoy por hoy) cualquier atisbo de fiabilidad en el ser humano.

Fue en una cena en la que conocí a Gilberto, un tipo diez años mayor que yo y de quien ya había oído hablar antes. Fue esa noche que las cosas empezaron a cambiar en mi vida. Digamos que, casi sin desearlo, él fue ese gurú, parteaguas o punto de inflexión de muchas cosas que entonces sé iniciaron para mí sin apenas percatarme. Tal vez es hasta ahora, con la experiencia y la perspectiva que dan cuatro décadas de vida, que puedo vislumbrar que allí, en esa extraña y memorable cena, se dio el postrer y definitivo cambio —y lo mismo para él, supongo—. Pero ¿qué diablos pasó esa memorable noche?

Pues resulta que llevé a mi querida novia a esa reunión de amigos. Habría tal vez otras cuatro parejas en esa casa de la calle Minerva, en Coyoacán, en la que yo no había estado antes; creo que conocía a una o dos de esas parejas, no sé, y tampoco recuerdo a ciencia cierta quién me había invitado o por qué había llegado allí. Hoy, en la distancia, sólo puedo vislumbrar a Gilberto (de quien me hiciera amigo años más tarde) sentado en el fondo de esa agradable sala, tomando algo, fumando, luego de cenar opíparamente junto con todos los demás. El era quizás el único sin pareja esa ocasión. Todos los demás, si mal no recuerdo, estábamos sentados en un cómodo sofá, otros en sillas o incluso algunas chicas se habían arrodillado sobre la alfombra rodeando la mesita llena de copas de vino y vasos de jaibol o margaritas. Sería ya tarde, pasada la media noche y estaríamos todos probablemente achispados por el alcohol, en medio de una tenue humareda de incienso y velas, de humo de cigarro y música de Miles, todavía no demasiado cansados como para no entablar una conversación o como para no enfrascarse en uno de esos debates que hacen la delicia de todo mundo esas veladas si al menos surgen con una pizca de inteligencia y buen humor —cuestión de la que, por cierto, carecen las reuniones en Estados Unidos, donde la gente se despide a más tardar a las diez de la noche y donde no se encuentra pizca de humor y sólo a veces un poco de entumida y afectada inteligencia académica—. Pero volviendo a lo que me truje, diré que yo era, tal y como soy todavía pero de un modo muy distinto, un argumentador nato y cualquiera que hubiera sido mi posición en la vida o mis ideales, ya lo dije, los habría defendido con ferocidad digna del adolescente entusiasta que yo era —por supuesto ya conté que en esa época mi posición era la del tipo fiel, amoroso, entregado a una sola mujer: justo a esa chica, Isabel, a la que llevaba conmigo esa noche y quien seguramente estaba entonces sentada a mis pies, reclinada contra mis rodillas, mientras yo le decía a Gilberto con jactancia y pundonor (no sé exactamente por qué motivo) algo más o

menos así:

—Pues aunque no lo creas, en los tres años que llevamos juntos, yo no le he puesto el cuerno a Isabel nunca.

—Peor para ti —respondió el tal Gilberto (mi futuro amigo) desde su sillón: a leguas se veía (aunque yo, por supuesto, no lo veía) que el tipo era un provocador profesional, un intrigante, un revoltoso. Me preguntó entonces—: ¿Cómo dices que te llamas?

—Eusebio Cardoso.

—Pues peor para ti, Eusebio, pues a tu edad, no tendrás siquiera veinticinco años, ¿no es cierto?, los jóvenes necesitan conocer, salir, perderse, extraviarse un poco.

—¿Y tú que edad tienes? —le pregunté rencoroso.

—Treinta.

—¿Y sigues extraviado? —lo azucé medio molesto mientras pasaba un brazo por los hombros de Isabel, quien seguramente miraba anonadada a ese tipo sin pelos en la lengua y con mucho de carisma y labia encima.

—Afortunadamente sí, igual que como cuando tenía veinte —dio un trago a lo que bebía, un ron con coca tal vez, y me dijo sentencioso —: Reza el dicho que si no te pierdes, no te encuentras jamás, pero si empiezas ahora, tal vez y con un poco de suerte un día te encuentres, acaso descubras quién eres de verdad, qué eres en el fondo de tu alma, Eusebio. Probablemente no ése que pretendes ser.

—¿Y qué soy, según tú? —le pregunté desde mi sillón sin soltar mi tequila pero sin beberlo. Había, por supuesto, cogido el anzuelo de ese defenestrador. Estaría encantado con mi ingenuidad, pero sobre todo con mi pureza.

—Un polígamo, como yo.

—Pero si no me conoces, ¿cómo puedes decir eso?

—Aunque no te conozca, conozco algunos libritos donde lo dicen tal cual. Hay uno, por ejemplo, que se llama *Evos y civilización*. ¿Lo conoces?

—No, nunca lo había oído mencionar.

—Entonces es cosa tuya descubrirlo.

—¿El libro?

—No, Eusebio —se rió con estridencia insoportable—. El hecho de que eres polígamo, igual que yo. Aunque acabo de conocerte, lo cierto es que lo creo a pie juntillas. Ahora sólo resta que tú lo averigües, lo corrobores y, por supuesto: un día me des la razón —me dijo con una sonrisita inteligente y sardónica que probablemente iba más dirigida a Isabel que a mí; luego añadió—: Sin embargo, no importa lo que tú me cuentes hoy, esta noche, sobre la fidelidad a mí que no te conozco y con quien te acabas de encontrar y a quien tal vez no vuelvas a ver

en tu vida. Lo que importa es esa belleza que viene acompañándote; lo que importa, Eusebio, es que justo eso que digas no me lo digas a mí, ¡claro!, sino a tu princesa que es, por obvias razones, a quien deseas conservar y conquistar, y en eso haces muy bien.

—¿Quieres decir que ahora digo que he sido fiel por tres años sólo para quedar bien parado con mi novia, porque estoy aquí, frente a ella? —había, repito, cogido el anzuelo y estaba entre sus redes, enfrascado en una absurda disputa en la que, sin embargo, se me iba la vida, mis ideales, quizás hasta mi honor, y a él, en cambio, nada o no mucho, pues evidentemente Gilberto era un ácrata recalcitrante.

—Digo que si hubieses sido, aunque fuera una sola vez, infiel, no lo dirías ahora, ¿no es cierto? No eres tan estúpido. Por eso tus palabras, por más francas y transparentes que parezcan ser, están viciadas, condicionadas, sesgadas…

—Pues ni siquiera… Te equivocas —le contesté conteniendo un principio de ira, acomodándome en mi sofá—. No le he sido infiel a Isabel, y si lo hubiese sido, pues se lo hubiera dicho ya.

—¿Acaso hoy mismo? —preguntó Gilberto malicioso dándole, acto seguido, un sorbo a su vaso de ron con coca.

—No, desde hace mucho, no lo sé.

—Si es cierto lo que dices ¿entonces por qué no se lo revelas hoy?

—Pues porque, ya te lo dije: porque no le he sido infiel, porque no hay absolutamente nada que revelarle a Isabel —respondí severo, impertérrito, irritado, sin tocar probablemente mi caballito rebalsando tequila.

—Ah… —exclamó haciéndose el pensativo, pero un instante después, casi sin cavilarlo, soltó a bocajarro—: ¿Y ella?

—¿Ella, qué?

—¿Ella te ha sido fiel?

La verdad es que yo no lo podía creer y probablemente tampoco los demás que estaban sentados allí alrededor nuestro, las otras parejas que entonces apuraban un digestivo o fumaban o escuchaban sin intervenir, no sé si azorados o divertidos o molestos con la lid que atestiguaban, una lid entre la pureza y la impureza, entre la fidelidad y la infidelidad, entre la monogamia y la poligamia sustancial en cada ser humano. Con todo, creo recordar, en ese momento permanecí serio, fingiendo una altiva e impostada naturalidad que por supuesto no sentía y no tenía. Di un trago a mi tequila, ahora sí, por primera vez desde hacía un buen rato, me aclaré la garganta y le contesté simple, certero:

—Claro.

—Me asombras, Eusebio. ¿Y cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Simplemente lo estoy.

—Ah, ya veo —respondió no sin un amago evidente de ironía, de coquetería dulzona, empalagosa—. Me deja perplejo tu certeza a prueba de balas, Eusebio. Ojalá te acompañe siempre. U ojalá no te acompañe.

—Mira —le dije—: Isabel me ha sido fiel tanto como yo le he sido fiel a ella, y en eso me baso, ¿comprendes? Es un asunto de confianza, de reciprocidad, de transparencia. Ella me ha sido fiel simplemente porque yo lo he sido. Si no lo hubiese sido yo, empezaría entonces a desconfiar de ella… Esa es mi lógica, muy sencilla. No hagas lo que no quieres que te hagan.

—Pero ¿tú crees que ella te lo diría si no te hubiese sido fiel?

—Por supuesto —le dije deseoso de terminar esa conversación pero incapaz de darla por terminada.

A lo largo de esta charla o debate, Isabel no se movía de mis pies sobre la alfombra donde estaba sentada, reclinada: permanecía quieta, seria, muda, mirando de frente a Gilberto, acaso dándole sorbitos a su vaso de vino blanco, no sé. Los demás invitados ni los recuerdo; es probable que estuvieran allí, boquiabiertos, aspirando el olor a incienso que inundaba la sala, el olor a frutas secas incrustadas en las velas, pero para mí era como estar metido en una obra de teatro del absurdo, en el proscenio, al lado de Isabel y con el tal Gilberto (mi futuro amigo), mientras todos los demás, ocultos por las penumbras del auditorio, nos observaban y nos seguían en cada gesto, en cada movimiento, en cada inflexión de la voz, a ver si nos equivocábamos. Sí, algo así imagino o recuerdo que pudo haber sido esa extrañísima velada en la calle Minerva, en Coyoacán, veinte años atrás, demasiado tiempo como para no haber olvidado muchos detalles y también demasiado tiempo como para darme cuenta hoy de otros muchos que entonces seguro se me escaparon.

—¿Se lo dirías? —esta vez la pregunta iba dirigida a Isabel.

Antes de que yo pudiera intervenir, ella ya había respondido afirmátivamente moviendo apenas su barbilla, sin abrir los labios.

Gilberto entonces nos dijo:

—Les felicito aunque temo decirles que, a pesar de todo, no me convencen. Y ¿saben por qué? Porque simplemente lo que dicen lo repiten uno frente al otro, y eso le resta valor a su confesión.

—¿Qué quieres decir? —preguntó una voz de hombre salida de las penumbras de la casa.

—Pues que no creo que ninguno de los dos le sea fiel al otro, lo mismo que lo pienso de todos los que están aquí sentados oyéndonos sin decir esta boca es mía… Pero qué importa lo que yo crea, ¿no es cierto? Mejor bebamos y brindemos a salud de los anfitriones…

—Estoy de acuerdo: brindemos —dijo una voz femenina salida de entre las butacas como de entre un largo auditorio entre grisallas y cuerpos amorfos, indistinguibles unos de otros—, pues la verdad no nos importa lo que digas, Gilberto. Te conocemos muy bien. Aparte de mal político, eres un fantoche en cosas del amor.

Yo, por supuesto, no lo conocía muy bien. De hecho, no lo conocía ni siquiera un poco. No sabía que se dedicaba a la política ni que pretendía llegar un día muy lejos. Lo iría, sin imaginarlo esa noche, a conocer con los años.

Creo que Gilberto se quedó allí sentado, en el fondo tenebroso de la sala, sin volver a decir una palabra un largo rato o toda la noche (quién sabe), languideciendo entre la insulsa charla que de pronto se cebó entre el humo de los cigarros y el olor que iban dejando los inciensos y las velas aromatizadas. Ya no volví a hablar con él pues Isabel y yo fuimos jalados a alguna otra conversación.

Hasta aquí, pues, la cena, la memorable cena de la calle Minerva —si no para los demás, al menos memorable para Gilberto y para mí —. Hasta aquí el fortuito encuentro con ese tipo ocho años mayor con quien entablé esa vergonzosa disputa. Pero no iré más lejos ni me detendré en lo que muchos ya habrán intuido a estas alturas de mi historia: que entre Isabel y Gilberto posiblemente pasaba algo desde hacía algún tiempo y que el encuentro aquel en la casa de la calle Minerva, en Coyoacán, no tenía nada de casualidad ni de fortuito, sino todo lo contrario: un gusto que quisieron darse los dos a mis costillas, un placer que practicaron usándome como su *punching-bag*. En cualquier caso, la historia no termina aquí, no, afortunadamente, pues lo cierto es que, uno o dos años después (no diré cómo me enteré de su complicidad ni cómo rompimos Isabel y yo), los dos anunciaron su compromiso y luego se casaron: ella con no más de veinte años, creo, y él con sus treinta y pico, un veterano de guerra, o al menos eso se creía él en esa época en que la mayoría de los hombres se casaba mucho antes de cumplir los treinta. Hasta donde me quedé (de eso ya hace algún tiempo), supe que tenían tres hijos y eran muy felices y continuaban juntos, inseparables. Pero más importante que todo esto es el hecho de que Gilberto se hizo mi amigo muchos años después de esa cena (ya estando casado con Isabel), a raíz de un accidente automovilístico en el que, de cierta forma, le salvé la vida cuando lo encontré volcado en Insurgentes y lo llevé al hospital sin preguntarle a nadie y sin esperar a que llegara la policía o la ambulancia. Pero esa es otra historia que no viene a cuento ponerme a narrar aquí… Habrá sido, sin embargo, dos o tres años después de ese incidente automovilístico, no lo sé, que me confesó a solas, en un café de un almacén comercial, lo que no dejaba de parecerme —y continúa pareciéndome— el colmo de las ironías o paradojas:

—Eusebio, me cambiaste la vida, ¿sabes? Nunca te lo dije, pero me la cambiaste ciento ochenta grados. No me refiero a lo de Isabel y a los hijos que tengo con ella, no. Tampoco al suceso aquel del accidente… Me refiero a otra cosa, algo por completo distinto.

—¿A qué te refieres? —le pregunté esa tarde en el café en donde estábamos sentados los dos esperando a nuestras respectivas mujeres, Fedra e Isabel, que habían ido a buscar zapatos y no regresaban todavía. Yo en ese entonces estaba, claro, casado con Fedra, mi primera mujer, y tal vez esperábamos entonces la llegada de nuestra hija Dulce, quién sabe, los tiempos se yuxtaponen en la distancia, se empalman en la memoria.

—Me refiero a que haberte escuchado hablar sobre la fidelidad como hablaste esa noche en la fiesta de la calle Minerva, ¿te acuerdas, Eusebio?, mientras abrazabas a Isabel con tanto cariño, me convenció de que bien valía la pena intentar entregarse a una sola mujer, tal y como tú decías con tanto empeño, sí, serle fiel hasta la muerte. ¿Me oyes? Sólo a una, y eso hice. Eso he hecho desde que me casé con ella, aunque no me lo creas, Eusebio, y por pura convicción nada más, igual que tú. Lo que es la vida, ¿no crees? Ahora soy un monógamo irrendento, ¿quién lo iba a creer?

Y se echó a reír tal vez de sí mismo o de la vida, lo recuerdo.

—¿De veras no le has puesto el cuerno a Isabel desde que se casaron? —le pregunté traspasándolo con la mirada—. Me cuesta mucho trabajo creerlo, ¿sabes?, sobre todo conociéndote tan bien —callé unos instantes después de decir esto último y por fin le dije resuelto, hipócrita y resuelto—: Tú sabes, Gilberto, que en mí puedes confiar. Para eso somos amigos; primero muerto y en la tumba que decírselo a nadie, ni a mi sombra.

No sabía, confieso, de dónde es que sacaba el aplomo, la energía, para hablarle así… y justo a un tipo tan metido en política como entonces estaba (y sigue estando).

—De veras, Eusebio. No te miento. Eso es lo maravilloso, lo impresionante…

—¿Qué? —le dije desconcertado, aguzando la mirada, los oídos, la piel. Era un erizo.

—Que no me importa que se lo digas a Fedra o a quien quieras. Que soy feliz, realmente feliz desde que decidí, por pura convicción, serle solamente fiel a Isabel, justo lo que nunca había sido. Por eso me casé con ella, Eusebio. De lo contrario, hubiera permanecido soltero hasta el día de hoy. Digamos que la convicción antecedió a mi decisión de casarme con ella y tener una familia. Claro: una convicción aunada al amor infinito que le tengo.

Lo escuchaba realmente pasmado, inseguro de saber si esta vez

(¡otra vez!) Gilberto me estaba tomando el pelo o si era sincero como yo no lo era. Sin embargo, hasta donde podía vislumbrar, parecía honesto, totalmente genuino en su pasión por Isabel y en sus castas palabras. Por lo menos, creo yo, no tenía motivo para no serlo esa ocasión en la que yo no le había pedido explicación de ningún tipo. Ni qué decir que, escuchándolo en ese café del centro comercial, me daban ganas de preguntarle por qué en ese entonces los dos se veían a mis espaldas y desde cuándo, por qué jugaron conmigo y por qué organizaron ese falso encuentro fortuito y hasta ese debate sobre el amor y la fidelidad de la pareja en la calle de Minerva. ¿Por qué… si todo era una patraña? Pero no lo hice, no se lo pregunté. Preferí guardármelo, pues no quería empañar nuestra amistad…

Esa antigua tarde, mientras esperábamos a Isabel y Fedra, Gilberto remató su confesión o lo que fuera con estas palabras:

—Ahora sé que entonces no mentías, aunque te juro que estaba lejos de creerte a ti o a quien fuera que me jurara que le era fiel a su mujer. Simplemente no lo creía; iba en contra de todos mis principios, de todas mis suposiciones, ¿comprendes? Yo creía en la poligamia a rajatabla, lo mismo que creo en la democracia y el capitalismo. Ahora somos dos, Eusebio.

—Pues me alegra por ti, por los dos. De veras te felicito —le dije de inmediato con una amplia sonrisa y sin saber todavía si Gilberto estaba o no tomándome el pelo con esa inesperada confesión después de tantos años y ya casados los dos con otras mujeres que, para colmo, se habían hecho muy buenas amigas, unas verdaderas inseparables. Sin embargo, poco tiempo después corroboraría por la misma Isabel (o eso al menos ella decía) que su marido realmente le era fiel, fiel hasta rabiar, tal y como yo solía serlo una década atrás o poco más. De hecho, Isabel llegó a contarme una picante y extraña anécdota en la que, al parecer, ella se había enterado por terceros de cómo Gilberto había rechazado a una joven del Partido que había intentado seducirlo en más de una ocasión. Era, pues, cierto: Gilberto había cambiado radicalmente desde que ella rompiera conmigo o desde que se casaron. De todo esto eran ya bastantes años, una década, el río había corrido.

Era, sin embargo, ella, mi picara, adorada y antigua Isabel —se rió esa mañana tirándome la almohada en el motel de los martes—, la que no había cambiado un solo pelo y ni pensaba cambiar, por supuesto.

Empédocles tuvo un propósito en su vida: rescatar la naturaleza, el mundo que nos rodea, de la inmovilidad y la unidad a la que lo había sometido Parménides con irrefutable lógica, tanta y tan avasalladora que, a partir del eleata, la filosofía se encontraría para siempre en un callejón sin salida. ¿Por qué? Debido a que con sus conclusiones, Parménides había privado a la percepción sensible de todo contacto veraz con la realidad, con el mundo físico, haciéndonos dudar de ella y exigiéndonos al mismo tiempo aceptar la paradójica noción de que nada puede existir a excepción del Ser que lo llena y lo insufla todo… al punto de no poder (por culpa de ello) desplazarnos a ningún lugar. ¿Adonde ir si todo está lleno? Y si todo está lleno ¿entonces cómo puedo desplazarme?

El *kósmos* parmenídeo negaba la pluralidad de las cosas a favor de un monismo congruente: todas las cosas son en el fondo una misma cosa, lo mismo que sólo hay un Ser que lo es Todo pues imaginar, al contrario, que pudiera existir el No-Ser resultaría a todas luces descabellado y absurdo. Y con razón…

Una vez establecido que el mundo fenomenológico era ficticio y que el movimiento era por tanto imposible, Parménides provocaría que la filosofía tomase, después de él, dos caminos diametralmente opuestos. Así… o bien se pasaría de largo la implacable lógica parmenídea y se construiría un *kósmos* a la medida de nuestros sentidos (Aristóteles y el hilemorfismo), con una pluralidad de elementos físicos en nuestro derredor, todos en movimiento, tal y como vemos y percibimos la realidad —o como imaginamos que la vemos y experimentamos—; o, bien, se tendría que admitir forzosamente dos grados o tipos de realidad: una existente (es decir, inmutable e inteligible, como había dicho Parménides) y otra cambiante, la cual sólo podría ser objeto de opinión (*doxá*) mas nunca de conocimiento, pues este segundo tipo de realidad no era de ningún modo fiable, constatable.

Si la naturaleza y el mundo sensible (las cosas) no merecían el nombre de Ser, no eran sin embargo completamente inexistentes pues debían constituir una suerte de tercera categoría, es decir, el así llamado mundo del Devenir, un sitio intermedio (ambivalente, ambiguo) entre el Ser y el No-Ser en donde, al menos ahora sí, los sentidos contaban para algo. Esta alternativa, ni qué decir, fue la que dio origen a Platón y junto con él a todo el idealismo que ha permeado a la humanidad de una u otra manera por veinticuatro siglos.

Para poder combatir a quien fuera su maestro (Parménides le llevaba veinte o veinticinco años de edad), Empédocles tuvo que partir, obligatoriamente, de una concepción en apariencia unitaria y estática, en la que sin embargo esa misma Esfera parmenídea

conservaba, ya mezclados, esos cuatro elementos o raíces indestructibles (también llamados *arché o archaí*) atrayéndose por medio de una fuerza poderosa a la que el mistagogo de Agrigento dio en llamar Eros, Cipris, Philía o Afrodita. Amor, pues, unía lo desemejante y por ese motivo su tendencia hubiese permanecido sin efectividad si no hubiese surgido su contraparte, otra fuerza igualmente poderosa, Discordia, que separaba, disgregaba, a través de un medio bastante original: atrayendo lo semejante por lo semejante, es decir, justo el camino inverso de Amor.

Estas dos fuerzas pugnaban (cíclicamente) por hacerse del predominio de las raíces. El gran paso de Empédocles fue entonces declarar que el fuego, el aire, la tierra y el agua eran indestructibles y que el movimiento que provocaba esa continua y necesaria mezcla o combinación en que está constituido el universo no estaba causado por los propios elementos sino por fuerzas que actuaban sobre ellos, fuerzas exteriores: Discordia y Amor, Eris y Eros. Pero más original que todo esto es el hecho de que esta alrevesada teoría tuviera, por encima de todo —y de modo indirecto—, una acción psicológica y espiritual decisiva sobre cientos de millones de hombres. Es decir, sobre ti que lees y vives estas líneas.

XI

Parece que hay algo en mí, una suerte de fuerza amorosa empedóclea, que tiende a unir lo desemejante, lo distinto, lo que simplemente no tiene nada que ver en este mundo. Me explico. Fui yo el que no hace más de un par de meses tuvo la peregrina idea de preguntarle a Irene por sus padres biológicos, aquellos a quienes no conocía, de quienes no sabía una sola palabra hasta ese momento de su vida. ¿Por qué surgió en mí esa insensata idea si no era mi problema, si nunca lo fue? La verdad no sé cómo responder: sólo puedo argüir en mi defensa que, tal parece, reside en mí un especie de poder imantatorio que tiende a reunir y a mezclarlo todo, casi como si me gustara el hacinamiento, el apachurre, el amueganamiento, la mezcolanza, cuando en el fondo prefiero estar aquí, en Virginia, más o menos aislado, con mi mujer y mi hijo Emilio, disfrutándolos a ambos después de clase, lejos de las multitudes y las grescas familiares a la mexicana, ya se sabe: al puro estilo de la familia Burrón.

Bueno, volviendo a lo que me truje y para no alargarme más, cuento que una buena mañana le pregunté a Irene si alguna vez había tenido deseos de averiguar quiénes eran sus verdaderos padres; a lo que me contestó todavía entre bostezos y légañas:

—No, Eusebio. ¿Para qué? ¿Qué ganaría?

Confieso que me irritó esa implacable respuesta suya:

—¿Cómo para qué, Irene? Para saber…

—¿Y para qué quiero saber si no puedo hacer nada una vez sabiendo?

—No todo en la vida tiene un fin o un porqué —le dije tratando de ponerme anti-teleológico, a ver si de ese modo lograba convencerla y así, tal vez, saciar mi propia curiosidad, mi apetito—. Las cosas se hacen a veces sin un fin particular; sólo por el gusto de hacerlas, ¿sabes?, y en este caso el gusto sería satisfacer tu propia curiosidad, ese deseo latente que has venido ocultándote a ti misma por años…

—Pero si no tengo curiosidad, nunca la he tenido, y tampoco siento que me oculto nada.

—La verdad no te entiendo, Irene; es absolutamente legítimo, natural, que sientas deseos de saber quiénes son tus verdaderos padres —le respondí de un tirón reclinado sobre la cama en donde yacíamos los dos medio desnudos, atravesados por la luz del sol de esa mañana hermosa y clara de primavera virginiana.

—Mira —se levantó, puso una almohada contra la pared y trató de consolarme o disuadirme, no lo sé—: Antes de morir del piquete de abeja, mi padre me enseñó una carta, Eusebio.

—¿Una carta? —pregunté intrigado acercándome a ella.

—Sí, como lo oyes —respondió intuitiva—. Mi madre aún conserva esa carta que mis padres biológicos le dieron cuando me entregaron en adopción. En realidad no se la dieron directamente a ellos, pues, según me contaron Eusebio e Irene, los únicos a quienes considero mis verdaderos padres, ellos nunca conocieron a esa otra pareja y ni saben quiénes son. La carta se la dio la agencia de adopciones y ahora mi madre la tiene guardada para mí, sellada, para que yo la abra cuando cumpla dieciocho años.

—¡Pero si tienes veintiocho, Irene! —salté de la cama enfebrecido, creyendo que soñaba o que escuchaba mal, tras oír esa gigantesca revelación de labios de mi propia esposa—. ¿Cómo no me lo contaste?

Pero antes de que Irene pudiera formular una posible justificación, yo agregué, desesperado como estaba por obtener más información:

—¿Comó has podido no abrirla?

—Nunca he querido leerla, nunca se me ha ocurrido siquiera —se giró casi amenazante, algo molesta, hacia mí. Confieso sin embargo que eso de “ocurrírsele” me dejó atónito; uno no puede simplemente decir, como si nada: no se me ha ocurrido saber quién soy, de dónde vengo, qué hago aquí, quiénes son mis padres, mis progenitores, por qué me abandonaron, cuál es mi sangre, mi origen, mis raíces o mi identidad. Es un verbo que deja una huella indeleble en lo que uno

dice o cuenta o sueña; no se usa a menos que sea realmente necesario. En resumen: me costaba mucho trabajo creerle a mi mujer, confiar en sus palabras, en sus *ocurrencias*. Más bien, me parecía esquiva.

—No puedo creerlo —le respondí perplejo y un poco molesto—; nunca me lo habías contado.

—Muchas cosas no te he contado de mí, Eusebio, lo mismo que yo no sé muchas cosas tuyas, de tu pasado, aparte de que estuviste casado con una tal Fedra y que tienes una hermosa hija con ella que, dices, se parece mucho a mí y que hasta el día de hoy no me has presentado. Apareciste un día en mi vida, en San Francisco, Eusebio, me gustaste, te amé, te conté todo lo que tenía que contarte de mi vida y punto, borrón y cuenta nueva, ¿no crees? A empezar una vida juntos, de cero, y a eso me he dedicado, sin pedirte muchas explicaciones ni detalles.

—Claro —le dije sintiendo que, poco a poco, Irene se desviaba, comenzaba a meterme a mí y a nuestra relación en lo que, en este caso, no me concernía y sólo me intrigaba: su adopción, su origen, sus padres adoptivos y biológicos, su infancia, la carta sellada de la que apenas me venía a enterar luego de varios años de matrimonio.

—Y dime, Eusebio: ¿qué diablos les iría a decir si los conociera? —Irene se había levantado del lecho como si de pronto unos cardos o abrojos la hubieran desperezado, ligera como un resorte, erguida como una lanza; había cogido el cebo, me di cuenta: la curiosidad hacía su labor de hormiga justo cuando yo ya me daba por vencido y estaba dispuesto a dimitir. Sin embargo en el fondo yo tenía razón, pensé en ese momento crucial: ¿cómo era posible decir que algo así (tan rotundo) no te intrigaba, no te dejaba dormir: saber, por ejemplo, quiénes eran tus verdaderos padres y por qué te abandonaron, por qué te cedieron en adopción, qué hubo atrás de todo ello, qué historia o malentendido?

—No sé francamente —repuse desesperado pues hubiera querido tener un mejor argumento para hacerla continuar en su pesquisa interior.

—Ya sé —Irene se había puesto de súbito irascible; accionaba y se movía de un lugar a otro, yendo y viniendo dentro de la habitación, representando una posible escena con sus padres biológicos, unos seres fantasmales que no estaban allí pero de pronto se corporeizaron —. “Hola, soy su hija, mucho gusto. Me llamo Irene. Ustedes son mis padres ¿sabían? Encantada de conocerlos. ¿Podrían decirme de dónde carajos son originarios puesto que, hasta donde tengo noticia, soy cubana, mejor dicho: cubano-americana, pero quién sabe, a lo mejor soy china o coreana y ahora mismo me vengo a enterar? De paso, también podrían explicarme por qué diablos me dieron en adopción. ¿Acaso no me amaban?”

—Entiendo —murmuré levantándome de la cama y acercándome a

abrazarla, a consolarla. Estaba sorprendido de mi intuición: Irene tiritaba. De verdad, tiritaba. Lo cierto es que, por unos segundos, yo sí me había tragado el anzuelo de que a ella, aparentemente, todo ese asunto de la adopción y de la carta sellada la tenía sin cuidado, y ahora veía hasta dónde había llegado yo casi sin querer, o mejor dicho: buscándolo de cierta forma, provocándolo, aunque de ninguna manera tratando de hacer sufrir con mi curiosidad y mi imprudencia a mi esposa. Imaginaba que el asunto, pasados tantos años en la vida de un ser humano, debía ser algo mucho más ajeno, casi impersonal; si no del todo espurio, al menos no creí en ningún momento que pudiese llegar a convertirse en una duda tan internalizada, tan sepulta, al grado de parecer inocua o inexistente. Pero allí afloraba, sí, frente a mis narices. Yo, mientras tanto, no dejaba de abrazar a Irene quien, de pronto, se puso a llorar despacio, muy despacio, bañándome los brazos con sus cálidas lágrimas irisadas por efecto de la luz que había llenado el cuarto esa mañana de primavera.

De pronto, sin aviso, se separó de mí, de mis brazos y me dijo:

—Tienes razón, Eusebio, no sé por qué he esperado tanto; no sé a qué diablos le he tenido miedo todos estos años. ¿Acaso a la verdad? ¿Yo? Pues, no; nunca le he temido a la verdad y ahora te lo voy a demostrar. ¡Ya verás!

Al decir esto, me hizo a un lado de un empellón y se encaminó derecho al teléfono inalámbrico que tenemos en el *living*, en realidad el único que tenemos, y empezó a marcar (¿oprimir?) mientras se enjugaba las lágrimas con el dorso de la mano que aún tenía libre. Afortunadamente, Emilio seguía dormido en su habitación, sin decir pío, sin chistar, ajeno al vórtice o torbellino cósmico que había provocado yo esa mañana inmemorable.

—¿Pero qué haces? —le pregunté de pronto aterrorizado temiéndome lo peor.

—Llamándole a Irene, mi madre, a San Francisco.

—¿A tu madre? ¿Para qué?

—¿Cómo para qué, Eusebio? Para que me mande esa carta o me la lea o lo que sea. Es hora.

—Espera, espera —le grité, pero ya era tarde: mi querida suegra había contestado la llamada. De este a oeste, de la costa del Atlántico a la costa del Pacífico en apenas cosa de un instante, una milésima de segundo y ya, con eso bastaba y sobraba para que mi mujer, decidida u obcecada como nunca la había visto, le dijera a su madre esa inenarrable mañana de la que quisiera hoy no acordarme:

—Quiero leer la carta, mamá.

—…

—¿Cómo que cuál carta? Tú sabes a cuál a me refiero …

—…

—Sí, estoy segura, la quiero leer. ¿Por qué lo dices, mamá?

—…

—Ya sé, ya sé… parece extraño pero no lo es, de veras no lo es; lo he pensado mucho, por meses, te lo juro —en esto, por supuesto, Irene mentía, mentía flagrantemente, aunque en cierto sentido tal vez no mentía o al menos no de manera tan flagrante como yo supuse en ese instante viéndola allí, mordiéndose las uñas. Me explico: si no lo había literalmente "pensado" como decía ella, por lo menos Irene lo había estado "rumiando" en el fondo de su ser durante años, quizá durante lustros, quién sabe, tal vez ni siquiera ella misma podía saberlo y, en todo caso, yo no debía sentirme (como me sentía en ese momento) culpable bajo ninguna circunstancia, pues si ella había decidido llamar a su madre para leer la carta de sus progenitores no quería sino decir que yo había sido, a la postre, un mero agente, un detonador o pivote, de ese largo, demorado "pensamiento rumiado" en el fondo de su apetitoso' corazón. Yo era en definitiva y como diría mi querido Empédocles: Anánké, la personificación de un Azar Necesario.

—…

—¿Entonces, mamá? —Irene ni siquiera me volteaba a mirar, la veía estampada contra la luz del ventanal, mejor dicho: veía un eclipse de cuerpo, su silueta oscura, ennegrecida, rodeada por un aura de luz que la santificaba.

—…

—Sí, mándamela por Federal Express o lo que tú prefieras. Yo te la pago.

—…

—Estoy en mi derecho, mamá —la voz de mi mujer empezaba a subir de tono, por lo que temí entonces más que nunca que Emilio se nos despertara. Pero no, seguía metido en el sueño de los justos…

—…

—La espero, sí —concluyó enérgica como pocas veces la había escuchado yo—. En cuanto la reciba, yo te aviso. Sí, sí, te cuento, te lo prometo, te lo juro. Te amo, mami, gracias. Adiós.

Guardé silencio, un reverencioso y casi tétrico silencio, lo que no dejaba de provocar un cierto contraste con ese amanecer resplandeciente, canoro y jovial de Virginia. Irene ya no dijo una palabra. Entramos a la cocina, hicimos un café bien concentrado, lo bebimos lentamente, callados, y fumamos varios cigarrillos esperando que Emilio por fin se despertara, aguardando que ese sobre de Fedex al fin llegara a casa trayéndonos la carta sellada de los padres biológicos dentro de él. Y llegó, por fin llegó, después de dos o tres días de cafés y cigarrillos, después de varias mañanas primaverales de

mayo. Ni qué decir que, mientras tanto, en el intervalo, yo me debatía interiormente entre dos tipos de sentimientos muy opuestos por no decir contradictorios: el de querer saber lo que esa carta contenía, y el de no querer saber nada y sólo desear que ese sobre se perdiera junto con Tom Hanks en alguna isla remota y árida del Mid-West norteamericano.

12

(**Martes 9 de mayo**)

—¿Me dejas mirarte más de cerca? —le preguntó Arturo ese martes a Maty aproximándose a ella sin esperar realmente la respuesta. Estaban solos, parados en el lado izquierdo del taller del pintor, justo donde las modelos solían quedarse de pie o recostarse sobre algún par de almohadones con lentejuelas tirados en el suelo. Aunque no hacía tanto calor como la primera vez que Matilde había estado allí, hacía una semana, tampoco podía decirse que el sitio fuera un lugar fresco ni mucho menos; realmente le hacía falta ventilación a pesar de conservar las ventanas bien abiertas hacia el precipicio de la calle. La luz, sin embargo, era formidable; intensísimas ráfagas de fotones penetraban la estancia e iluminaban los cuadros y los lienzos hacinados por doquier. Tenía, por supuesto, sus ventajas vivir en la azotea de un edificio, en un quinto piso, un sitio distribuido y levantado allí especialmente para vivir y pintar, un lugar ajeno al resto del añejo edificio y sus moradores.

Allí mismo, a unos pasos del estudio, estaba el cuartucho donde Arturo vivía con su mujer, el cual sólo constaba de una cama destendida, dos sillas de hierro, una mesa con una estufa eléctrica y unos cuantos vasos y platos de estaño, un minúsculo refrigerador al lado de un baño sin cortinas ni puertas y, por último, varios tablones empotrados contra la pared donde se veían, reclinados sin ton ni son, libros y más libros, especialmente libros de pintura: Cimabue, Botticelli, Rafael, Caravaggio, Tiziano, Rembrandt, Rivera, Gaugin, Bonnard, Picasso, Orozco, Frieseke, Modigliani, Kerrington, Davison, Faulques, Kahlo, Herrán.

—¿Y qué quieres ver? —dijo ella sin moverse, a menos de un metro de distancia del pintor.

—Tus ojos, Matilde, ¿qué más?

—¿Y para qué quieres ver mis ojos?

En lugar de responderle, Arturo le hizo otra pregunta:

—¿Ves de noche?

—¿Qué quieres decir?

—¿Que si puedes ver con mayor precisión en la noche que el común de los mortales?

—¿Estás loco? ¡Qué preguntas más absurdas me haces! —le dijo ella por toda respuesta, y cambiando el tema, añadió abriendo al mismo tiempo su bolso de cocodrilo Louis Vuitton—: Mira: traje la grabadora y ahora sí quiero que nos pongamos a trabajar. Ya luego vemos lo de la pintura y el color de mis ojos. Lo prometiste, Arturo.

—Sí, pero no dije en qué orden —replicó Arturo con una enorme sonrisa que en el fondo intentaba amilanar a Matilde o contrariarla tal vez un poco. Sin darle tiempo de moverse, él ya le había cogido el mentón como solía hacer con sus modelos al mediodía: ahora la observaba a la luz de las ventanas abiertas del estudio como si se tratara de una tanagra o un talismán.

Parecía evidente a esas alturas, tal vez ya desde la primera visita, que Arturo sabía que Matilde sabía que a él le gustaba ella y eso en ningún momento parecía arredrarlo o intimidarlo, todo lo contrario: lo animaba más, lo motivaba a continuar paso a pasito, sin prisa, seguro de su posición en ese extraño tablero de juego en el que, casi por azar, estaban los dos enfrentados, reunidos, cuerpo a cuerpo. Lo que Arturo aún no sabía, sin embargo, era si a ella le gustaba él, pues lo cierto es que para ese martes de la segunda semana, Matilde no estaba ciento por ciento segura todavía: no sabía si Arturo le gustaba o le repelía o si sentía una mezcla de los dos. Físicamente, es cierto, le atraía bastante; le gustaba, por ejemplo, su desmesura, su arrojo, sus manos y sus. brazos, su virilidad o tosquedad, algo muy masculino del pintor que no dejaba de llamarle la atención, de provocarla y de irritarla y que poco o nada tenía que ver contigo, Lector, quien eres —y perdona el exceso de confianza— más bien una clase de hombre muy distinto, imposible de definir, de describir, tú sabes… Arturo, el pintor agro, era, eso sí, más alto que tú, lo había notado Matilde desde la primera vez que lo miró. Tenía también los brazos más largos, repletos de vello, lo mismo que el pecho y los dedos de las manos. Arturo no parecía afeitarse (o no muy seguido) pues su rostro, sus afiladas mandíbulas, estaban siempre sombreadas por una barba más bien cerrada que le daba, por momentos y según la luz, un aire siniestro o tenebroso, como de artista maldito o ropavejero. Lo interesante era que, con todo, esa barba de tres o cuatro días no parecía desmejorarle, sino todo lo contrario: le favorecía, según Matilde, pues coincidía con la idea típica que cualquiera se hace de un pintor *in extremis*, de un bohemio estrafalario que vive en una azotea de la Narvarte (una suerte de buhardilla a la mexicana) sin horario fijo y con total libertad, a sus anchas, masticando peyote, fumando marihuana o bebiendo tequila al mismo tiempo que se pone a pintar (cuando le da

la gana) a sus jóvenes modelos, casi siempre sumisas y dolientes. Los ojos de Arturo, rodeados de espesas cejas negras, eran oscurísimos, sin apenas ningún brillo, como los de un turco: la penetraban, la herían por segundos, y eso a veces a Matilde parecía incomodarle, repelerle, aunque, inexplicablemente, le agradaba, la hacía sentir sometida a un tótem antiguo y desconocido. De un modo imposible de explicarse, a Maty le atraía y le aterraba darse cuenta que le gustaba a él, que se interesaba por ella (la mirada de Arturo la hacía sentir, por contradictorio que parezca, pecaminosa y arropada, avergonzada y protegida, como si se pudiera pecar sin sentir el temor de la infamia o del castigo o de la culpa divina). Sin embargo, tampoco estaba segura cuánto y por qué razón le gustaba a él o qué parte de ella le seducía más al pintor: si sus ojos verdes o sus senos o sus piernas o sus hombros o simplemente todo; tampoco podía saber con certeza si era verdadero y único ese deseo de él, si acaso a Arturo no le gustaban todas sus modelos, todas las mujeres del mundo. De hecho, nunca lo había visto con otra mujer, ni siquiera con Tamara, su esposa, a quien no recordaba haber visto en su vida, ni siquiera en aquella boda del amigo común en la que se habían encontrado, sin ponerse de acuerdo, los tres: ella, tú y él.

—¿Y por qué me preguntas si puedo mirar mejor que otras personas en la noche? —le preguntó Matilde.

—Porque tus ojos son muy claros.

—Y eso qué tiene que ver.

—Que tienen más fuego que agua, nada más. Los míos, al contrario, tienen más agua que fuego.

—No entiendo una palabra.

—Tiene que ver otra vez con Empédocles, te lo advertí —le dijo Arturo al mismo tiempo que le acercaba una silla de hierro, la hacía sentarse y la atraía frente a su caballete (a un par de metros) donde reposaba un lienzo listo para la ocasión—. ¿Por qué no te dibujo, al menos, mientras conversamos? ¿Te parece? Hazme cuantas preguntas quieras, Maty, pero no te muevas de allí, por favor, no te muevas —terminó de decirle, de exigirle, al mismo tiempo que cerraba una ventana y abría otra. Una nueva brisa apareció o cambió de rumbo, lo mismo que la luz.

Matilde sólo encendió su pequeña grabadora portátil y la dejó sobre sus piernas. Se quedó mirando a Arturo, o mejor: se quedó mirando esa parte del pintor que aparecía y desaparecía detrás del caballete. Una fuerte ráfaga de aire entró en ese momento y le refrescó el semblante, los hombros, el cuello. Estaba, ni qué decir, contenta; no sabía por qué pero se sentía realmente feliz, casi exultante, de estar siendo retratada esa tarde: no recordaba haber posado antes para nadie. Algo especial debían sentir esas chicas que venían a modelar,

pensó de súbito. ¿Qué estaría pintando ahora, justo ahora, Arturo, el amigo de su marido: sus labios, su cuello o simplemente lo que le dictaba su imaginación, o ambas cosas, lo que veía y lo que creía estar mirando, lo que imaginaba que era ella? Pero… dudó por un momento: ¿estaría realmente enamorado de ella o se trataba de un farsante, un conquistador, un mujeriego cualquiera? ¿Y acaso no le avergonzaba un ápice saber que ella, Matilde, estaba casada con un amigo suyo, contigo, un antiguo amigo a quien, sin embargo, tantas cosas lo distanciaban hoy? ¿Qué tenían que ver, de hecho, el uno con el otro aparte de haber tenido una vieja, invisible y apagada amistad? Al parecer todo eso (ese posible cariño de antaño) no le importaba al pintor… o al menos no demasiado; ni siquiera parecía incordiarle que pudiera aparecerse de repente Tamara en el estudio. Pero ¿acaso Arturo había hecho algo como para temer la llegada de su mujer o la llegada de cualquiera? ¿Acaso había dado un solo movimiento en falso que lo delatara, lo descubriera en su deseo evidente hacia ella? No, la verdad era que no. Arturo sabía moverse, accionar, dar pasos insignificantes, minúsculos, los cuales, sin embargo, llevaban derecho a su presa y los cuales su presa (de manera indefinible e imprecisa) conocía bien, adivinaba cercanos. Este ataque o lenta aproximación, adivinó Maty, lo veía venir desde el primer encuentro, lo sentía enfilarse directo hacia ella con infinita antelación, como una tromba a la distancia. A pesar de todo, ella, sin saber por qué ni con qué propósito ulterior, lo dejaba hacer, lo seguía dejando relamerse como un sabueso hambriento. Era, pensó desde su lugar con la grabadora en la mano, parte de la estratagema del pintor: poner en aviso a la presa, dar señas suficientes y efectivas aunque no precisas, señas de que él, el macho cabrío, el sátiro, se aproximaba, señas de que tarde o temprano iría a saltar sobre ella y sobre su carne esplendente y su cuello y sus omóplatos sin importarle absolutamente nada, ni la amistad con nadie ni el compromiso de una entrevista ni su mujer Tamara y menos un tipo de moral o filosofía que lo frenara. Y si ella, Matilde, ahora mismo estaba allí, si lo buscaba y visitaba, debía atenerse a las consecuencias, si no, mejor que desapareciera, que huyera ya, pronto. Pero ¿su tesis? ¿Todo el proyecto sobre el padre de este tipo que tenía enfrente pintándola? ¿Qué haría? ¿Abandonarlo todo por mojigatería, por prejuicios, por ideas, por miedo, por atracción? ¿Qué diría su tutor? ¿Y su marido, tú? ¿Cambiar de tema cuando cada vez estaba más convencida de que algo maravilloso, inédito, podía sacar del hijo de Roberto Soto Gariglietti, el fundador del Partido de la Naturaleza y el Fuego Mexicano? Con todo, lo cierto es que ser hijo de ese personaje de la cultura y la política mexicana del siglo pasado no parecía importarle un comino al pintor; estaba, por supuesto, acostumbrado… pero, ¡tonta!, ¿quién no estaba acostumbrado a sus

progenitores? No obstante, esta vez era otra cosa, algo distinto, otro tipo de desinterés el que mostraba Arturo: como si su padre no hubiese muerto y siguiera caminando por allí, visitándolo en su estudio cada viernes o sábado, vivo y cariñoso como siempre, loco de atar, mágico, impredecible.

En ese momento, Arturo parecía reconcentrado en las líneas que hacía y deshacía sobre el lienzo como un enajenado; no estaba allí, en la Narvarte, sino ausente, anclado en su *daímón*, metido en los rasgos de su rostro, los de ella, en la médula de su *physis*, en sus huesos duros de roer que eran su esencia, su *archaí*, en los ojos verde claro de Matilde o en su pálida tez, en su cuello trigueño, en sus piernas entalladas en ese par de jeans y en sus hombros otra vez desnudos y filosos, y por supuesto en su boca suave, sinuosa y roja como una pitahaya sangrante. La pintaba, la dibujaba, y eso no dejaba de causarle una viva, rara, impresión a ella, a Maty, una extrañísima sensación a pesar de sí misma, contra sí misma, y lo peor del caso era que no sabía a qué atribuirla: ¿a la hosca belleza que emanaba de los poros de ese hombre transido, arrobado, que la dibujaba, que parecía sumergirse en sus facciones y los huesos de su rostro, o en la experiencia inédita que implicaba saberse retratada? ¿Qué era? ¿Qué veía él en ella que no podía ella ver ahora mismo, que no podía encontrar todos esos días frente al espejo en la intimidad de su alcoba cuando, por supuesto, su marido, tú, no la veía quedarse allí, ensimismada, tocándose, a solas, las bolsas incipientes de los ojos, las sienes, los maxilares y los senos, el vientre cada día un poco menos firme? ¿Acaso Arturo veía sus ojos, esos ojos verde claro, verde chartreuse, que podían mirar mejor en la oscuridad que el resto de los mortales, igual que los ciervos en el bosque de noche? ¿Podía mirar, vaticinar así, el futuro? ¿Podía mirar los movimientos de Arturo, esos ademanes específicos y calculados que iban dirigidos hacia ella? ¿Hasta dónde lograba Maty contemplar e interpretar el deseo de él?

—¿Por qué dices que mis ojos tienen fuego?

—Ya te lo dije la otra vez¿¿recuerdas? —le respondió Arturo sin soltar el carbón, ora apareciendo, ora desapareciendo detrás del lienzo, en una suerte de oscilación pendular, mecánica.

—Más o menos… pero ¿qué tiene que ver eso con que yo pueda mirar mejor de noche que de día?

—Mira. Empédocles decía que los ojos claros eran ojos ígneos, llevaban mucho más fuego que agua. El agua los recubría; también el aire y la tierra los recubrían en distintas proporciones. Ese fuego tuyo, sin embargo, atraviesa desde el centro de la pupila a los otros elementos, es decir, a las membranas que lo rodean. Según él, los ojos claros son como la luz de una vela que atraviesa una linterna en la noche de borrasca, es decir, los rayos que emiten no los apaga el

viento pero, al mismo tiempo, logran iluminar, perforar la oscuridad.

—Interesante —murmuró Matilde acaso fascinada con la explicación, acaso simulando esa fascinación. Ni ella misma podía saberlo. En todo caso continuaba inmóvil, la grabadora portátil encendida sobre las piernas.

—Una vez los objetos han emanado sus respectivos efluvios, aparecen los colores correspondientes, y éstos a su vez son captados por los rayos del fuego, es decir, los rayos y los efluvios de las cosas que se encuentran en el aire produciendo la visión. Los ojos verde claro, como los tuyos, Maty, tienen más fuego y por tanto más agudeza para observar en la noche, para penetrar esas emanaciones que las cosas desprenden en la oscuridad. Los ojos oscuros, como los míos, ven mucho mejor de día pues tienen, en el centro, más agua, y a su alrededor, fuego. La luz del día compensa entonces la negrura del agua del ojo, ¿comprendes?, por eso es que, según el filósofo de Agrigento, gentes como tú ven menos de día y mejor de noche.

—Pues yo veo muy bien de día y de noche —respondió Matilde sin moverse de su lugar, perfectamente estática aunque esperando las indicaciones de Arturo que, por momentos, le hacía leves señas para que moviera o inclinara la quijada, el perfil, el cuello o los párpados alabastrinos.

—¿O sea que ves muy bien de noche?

—Sí, más o menos. Al menos mejor que la mayoría. Yo soy quien manejo de noche casi siempre, ¿sabes?

—Ya ves, lo suponía, Matilde —se detuvo un segundo y casi de inmediato continuó diciendo con el carbón en la mano—: Según Empédocles, los que tienen mucho fuego en los ojos tienen la vista más o menos debilitada durante el día, ya que entonces el fuego crece más y ciega y obstruye los poros del agua. La incapacidad para aquellos que tienen ojos ígneos como tú persiste hasta que el mismo fuego es interceptado por la humedad del aire, el *aer*, en otras palabras, cada caso se subsana con el elemento contrario. De hecho, en alguna parte, Empédocles escribió que el ojo había sido creación de Afrodita.

—Todo lo que me cuentas, Arturo, tiene por supuesto su aspecto mágico, ¿no crees? Me asombra sin embargo que lo creas a pie j un tillas.

—Yo no he dicho que lo crea y menos a pie juntillas.

—Entonces…

—¿Entonces qué Matilde…? —replicó Arturo sabiendo, sin embargo, qué quería expresar en el fondo la pregunta de su interlocutora.

—¿Que si lo crees, Arturo?

—¿Sabes? Creo que te voy a dejar con la duda —le guiñó un ojo desde su sitio, y no sin cierta coquetería, agregó—: A ver si tú, poco a poco, conociéndome, lo adivinas.

—Eso no se vale.

—Claro que sí. De hecho tú querías saber sobre mi padre y ya te estoy contando sobre él, ¡imagínate! —le dijo intuyendo de antemano que su nueva modelo, la esposa de su viejo amigo, no lo iría a entender.

—¿Puedes dejar de ser tan críptico y hablarme más claro, por favor? No veo la relación en absoluto.

—Lo que te he querido decir desde tu primer visita y he venido demorando es que, de hecho, la vida de mi padre cambió ciento ochenta grados, tuvo su gran revelación a sus dieciocho años cuando estuvo de visita por primera vez en Sicilia, Italia, con su mejor amigo preparatoriano; había visitado específicamente el sur, a donde tenía enormes deseos de ir desde niño, según él mismo me contó. Ya te dije antes, Maty, que mi abuela paterna era de origen siciliano. Bueno: aunque ella nació aquí, en México, su padre, Enzo Gariglietti, era siciliano, justo de Agrigento, sí, de la misma hermosa ciudad acantilada de donde era el filósofo del que tanto te hablo. ¿Ya ves qué simple? ¿Ahora sí encuentras la relación?

—Pero aún sigo sin entender, o no completamente —le dijo Matilde perturbada, moviendo ligeramente la grabadora que llevaba en el regazo, sobre sus pantalones, como si el girarla fuera a imprimir más calidad a la voz y al relato que Arturo estaba contándole—. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Pues nada excepto que mi padre visitó la ciudad de su bisabuelo cuando tenía dieciocho años, y que esa visita lo hizo descubrir su primera verdadera vocación…

—¿Político?

—No, ya te dije: médico —le respondió el pintor ligeramente impaciente aunque, en realidad, no estaba seguro si esto ya se lo había contado antes a la mujer de su amigo o si era a ella la que le fallaba la memoria—. Arturo, mi padre, primero estudió medicina en la Universidad Nacional, justo cuando volvió de ese primer viaje por Europa, al que, por supuesto, lo habían enviado sus padres, mis abuelos, como premio de graduación.

—Estamos hablando de 1962.

—Sí, más o menos.

—O sea que el tal Empédocles, por lo que dices, era también médico.

—No sólo médico, Matilde. Se le considera nada menos que el padre de la medicina en Italia, fundador de la escuela empírica,

maestro de Filistión, el siciliano. Antes incluso que Hipócrates y Galeno, en quienes, se dice, influyó. ¿No lo sabías?

—Y por eso todo esta historia sobre los ojos y la visión y los colores.

—No, de hecho ese asunto sólo a mí, como pintor, me interesa. Todas las teorías habidas y por haber sobre el color y sobre la visión me han interesado siempre, empezando por la famosa tesis de Goethe y aquella de Velibi-Zumbul-Zadi, el turco loco ¿sabes? —en ese momento dudó si debía o no continuar con esas teorías o si debía mejor dejarlas para otra ocasión. Prefirió terminar su confesión con una sonrisa oblicua, delgada, sinuosa—: Algo aprendí de mi padre, a pesar de todo, ¡ya ves!

—Veo que sí —aunque emocionada, lo cierto es que Matilde empezaba a sentirse ligeramente mareada. ¿La fatiga, el cansancio? Pero ¿cuál si no se había movido de allí en un rato? ¿Había estado todo el tiempo sentada, erguida, mirando simplemente al pintor o la espalda del lienzo y moviéndose apenas cada vez que él se lo pedía? O sea que posar, pensó en su filero íntimo, cansaba, agotaba; nunca lo podría haber sospechado. No obstante, la fatiga venía de algo más indefinible que del mero hecho de estar sentada allí, quieta, siendo retratada; era como si ese cúmulo de información desperdigada —el cual de pronto se le desvanecía—, no lograra aprehenderlo, o no completamente. Arturo cumplía su parte, sí, pero de un modo que ella, sin embargo, no podía precisar, un modo asaz extraño y ambiguo y misterioso qué no dejaba de escurrírsele de las manos. Era como perseguir, incansable, un hilo, un fino estambre que siempre huía de ella sin poder atrapar. A pesar de todo, estaba contenta; algo le decía que iba en buen camino y que tal vez, a partir de entonces, debía de empezar a considerar cada detalle, absolutamente cada comentario, como parte de su proyecto de tesis de maestría para la universidad. Sí, no debía descartar nada a partir de ese momento. Debía prestar atención a esas teorías absurdas que el pintor le soltaba a ramalazos.

—Por otro lado, el padre de mi padre, que nada tenía de siciliano y casi todo de mexicano, era un tipo moreno, alto, robusto, cejón y con bigotes al estilo Pancho Villa. Ese abuelo también fue un político importante, Matilde. En realidad se trataba de un ingeniero que abandonó la construcción de puentes y presas eléctricas en provincia para acabar, decía él, con el PRI corrupto de los años de Miguel Alemán, a quien, dicho sea de paso, conocía muy bien y con quien tenía una desavenencia personal, según le escuché contar a mi madre en una ocasión. Dado que mi abuelo paterno tenía muchísimo dinero, podía darse el lujo de hacer lo que quisiera: echarse encima, por ejemplo, al gobierno del cachorro, entre otras muchas barbaridades que tuvo a bien hacer cuando yo aún no había nacido. De allí fue que

Roberto Soto, mi padre, heredó, supongo, parte de su ulterior furor democrático, su temperamento controvertido, impugnador, detractor; un tipo imparable, frenético. Pedro Soto, mi abuelo paterno, primero fue panista, pero pronto se desencantó de esos católicos acérrimos y dogmáticos; no creía que ése pudiera ser el camino para México, a pesar del catolicismo a ultranza de los mexicanos. Era, decía él, como volver a tiempos anteriores a Benito Juárez… y ¿cómo dar marcha atrás cien años cuando se ha llegado a separar a la Iglesia del Estado, algo que ni siquiera han podido hacer algunos países europeos aunque digan lo contrario? Por eso es que cualquier atisbo o señal de que pudiera estar mezclándose la política con el catolicismo ciego que persiste aquí, lo hacía dudar y de inmediato lo ponía en guardia. De allí, pues, mi abuelo se pasó a la izquierda, pero no te tengo que decir, Maty, lo fácil que fue para Pedro Soto, igual que lo fue después para mi padre, desencantarse de esa otra ortodoxia política. Para los años cuarenta y cincuenta, o bien encontrabas tipos verdaderamente idealistas, como los Revueltas, dispuestos a inmolarse por una causa abstracta (Dios o el comunismo, no importaba), o bien encontrabas a esos otros marxistas corruptos, tibios y amañados, que en el fondo lo eran sólo porque deseaban el triunfo de la izquierda al precio de lo que fuera: incluso al precio de llevar a sus propios hermanos y padres al paredón de fusilamiento, tal y como sucedía en la China de Mao. Dos extremos que, por supuesto, no iban con mi abuelo, Pedro Soto, el bigotudo y que menos aún compaginarían con mi padre, el cual llegó, como sabes, a extremos políticos casi imposibles de imaginar para su época, al punto de decidirse a formar más tarde y con sus millones heredados de mi abuelo, ese Partido de la Naturaleza y el Fuego Mexicano, el pnfm, que ahora nos tiene a todos aquí embobados, con la absurda esperanza de que cambien las cosas en México, ¿no es cierto? —y Arturo se rió con una risa más bien desangelada e irónica —. Pero ya desde el siglo pasado, en ese famoso 2000 que llevó a Vicente Fox a la presidencia, los mexicanos han estado aguardando un cambio, un milagro, y nada, absolutamente nada, ha sucedido en veinticinco años, tal y como mi abuelo, a pesar de su enjundia, pronosticó, y justo como mi padre, Roberto Soto Gariglietti, idealista y temperamental como era, intentó llevar a cabo —aquí el pintor agro se detuvo, tiró el carbón a un lado, harto, hastiado, y le dijo a Matilde —: ¿Sabes? Estoy cansado, ¿por qué no seguimos otro día con el retrato?

Cogida de improviso, absorta como estaba en el imbricado relato de Arturo, Matilde tardó un rato en reponerse y entender lo que el pintor agro le pedía. Por fin y con dificultad, salió morosamente de su sonambulismo, apagó la grabadora portátil, la guardó en su bolso de cocodrilo y se levantó del ancho sofá desvencijado. Empezaba a

anochecer. Tal vez eran las siete ya o quizá las ocho. El calor se había esfumado del estudio y en su lugar se había aposentado una especie de sedimento templado, tibio, justo como para adherirse a la piel y embadurnarla con clorofila de algas. Maty estiró sus brazos y luego, con calma, se tronó cada uno de los dedos. Curioso:' ¿a qué hora llegaba Tatuara, la mujer de este hombre singular? ¿Es que de veras tenía una esposa? Casi parecía que no. Una vez quiso acercarse al lienzo, aun sin salir de su modorra, Arturo se interpuso, diciéndole solamente que luego lo vería, cuando estuviera listo. Ya afuera del taller, ambos encaminados hacia el rellano de las escaleras, Matilde le preguntó de pronto venciendo cierta timidez:

—Arturo: si tu abuelo y tu padre tenían tanto dinero, entonces… —no supo cómo terminar; había organizado mal la frase, la pregunta. ¿Cómo rehacerla? Lo que a leguas quedaba claro que deseaba era saber cómo un tipo con familia adinerada, como supuestamente Arturo había sido, vivía en ese cuchitril en la colonia Narvarte, en un quinto piso de azotea, vendiendo sus cuadros a prósperos casabolseros y abogados como tú.

Arturo salió en su ayuda y le contestó sin atisbo de vergüenza:

—Una parte se la gastó mi padre; lo que quedaba se lo gastó mi madre y luego yo hace ya algún tiempo, y créeme, era mucho, muchísimo. Pero no me arrepiento. Me encanta vivir como vivo.

—¿Y a Tamara?

—A ella también le gusta vivir así; de lo contrario, no se hubiera casado conmigo, ¿no crees?

—Claro —respondió Maty automáticamente aunque quedaba claro que algo en todo eso no le cuadraba o por lo menos no cuadraba con sus propias expectativas sociales, es decir, las de hacer dinero en este mundo a como dé lugar. Allí, reaccionó Maty, residía probablemente la fisura entre ambos; allí se originaba una parte del rechazo o malestar que incordiaba a Matilde a pesar de la atracción o fascinación que sentía por ese tipo extraño, de rostro anguloso, ojos sin luz, barba y cejas cerradas y facciones toscas. Esto, sin embargo, apenas alcanzó Matilde a columbrarlo pues llegó a su mente justo cuando Arturo, para despedirse de ella, en esa semioscuridad violeta, dejó plantado un beso en sus labios: breve, luminoso.

XIII

El sobre de Fedex llegó y junto con él la carta sellada. Era, a todas luces, una carta vieja, amarillenta y evidentemente jamás abierta pues llevaba en tres sitios distintos un poco de cera que la debía conservar sellada hasta el día —si ese día llegaba— en que Irene quisiera leerla. Esa tarde que por fin llegó, mi mujer prefirió esperar a que Emilio estuviera bañado y bien dormido; después cenamos los dos, callados, sin decirnos casi nada, apenas un par de comentarios sobre el vino o sobre la ensalada que había preparado yo, tal y como sé que a ella le gusta: con pasas, almendras, pera, coco rallado, miel, queso feta y aderezo de jengibre y soya tailandesa. Después se levantó, me pidió que desconectara el teléfono y se encerró en nuestra habitación con un vaso de agua. Yo la seguí con la mirada (seguro parecía un perro triste y suplicante mirando a su ama esquiva alejarse), la vi desaparecer y me quedé solo en nuestra sala intentando leer un poco de filosofía griega para distraer la curiosidad que me atenazaba. Ni qué decir que no capté una línea de lo que estaba leyendo: las cuatro fases en el ciclo cósmico en Empédocles. Supongo que ése no era el momento adecuado ni mucho menos. No sé cuánto tiempo transcurrió, tal vez no mucho, acaso unos veinte o veinticinco minutos, cuando la vi salir del cuarto con el rostro casi desencajado, pálido como no recordaba haberla visto antes… desde que me casé, ni siquiera después de la fatigosa labor de parto que la dejó postrada y lívida en la cama como un bulto o un muerto viviente en el hospital.

Sentándose a mi lado en el sofá, contrita, Irene me dijo con voz salida de ultratumba:

—Según esa carta, Eusebio, mi madre biológica, mi verdadera madre, es Dulce.

No acababa yo de entender, de reaccionar, cuando Irene volvió a decir, a repetir lenta y enfáticamente:

—Sí, Dulce, tu suegra.

—¿De qué diablos estás hablando? —la interrogué subiendo los pies sobre el sofá, sentándome sobre ellos en posición de flor de loto maltrecho a mis cuarenta y siete años.

—Hablo de mi madre, de mi madre biológica…

—¿Dulce?

—Por supuesto que no hablo de tu hija —Irene levantó la voz exasperada, casi colérica—, sino de Dulce, tu suegra; quiero decir, tu ex suegra, Eusebio, la madre de Fedra.

—¿Fedra? ¿Dulce? —sentí un vértigo, un fuerte mareo, lo confieso;

estaba demasiado atolondrado con la revelación que, sin imaginarlo, había yo propiciado: ¿qué tenían que ver esas mujeres de mi pasado con mi actual mujer, con Irene? ¿De qué carajos estaba hablando ella? ¿Estaba soñando yo? ¿Estaría alucinando Irene?—. Puedes explicarme un poco mejor; puedes ser más clara, no te entiendo y la verdad me estoy empezando a desesperar.

—No puedo ser más clara, puesto que yo tampoco entiendo. Si la madre de Fedra, tu ex mujer, se llama Dulce Mallea, entonces es ella y ninguna otra. ¿Ahora sí entiendes?

—Sí, claro: Dulce Mallea —repetí como un autómata estupidizado, dopado, sentado allí, ese mes de mayo amoroso, mayo de estiércol y rabia.

—¿Y tu padre? —dije por decir algo…

—La carta no dice nada de mi padre biológico. La carta la escribe y la firma ella, solamente ella.

—¿La puedo ver?

—Está en el cuarto, tú ve si quieres —me respondió con un leve gesto, asintiendo, cerrando levemente los párpados.

Me levanté del sofá de un salto y me dirigí al dormitorio. Creo que sudaba o al menos las manos me sudaban copiosamente. Sobre la cama estaba el sobre abierto y la carta amarilla, vieja, ligeramente arrugada. La acerqué a la lámpara y la leí, primero, con prisas, saltándome frases enteras, tratando de detectar en un santiamén lo que pudiera ser esencial, revelatorio; inmediatamente después de haberla terminado, volví a leerla con más calma, con detenimiento de filólogo, de hermeneuta borracho.

Breve, cariñosa, se trataba más bien de una esquela pidiéndole perdón a una hija desconocida, a un bebé que un día, en un futuro incierto (ahora mismo), sería un adulto haciéndose muchas preguntas. Desgraciadamente, la carta no daba las respuestas (no sé si suponiendo o augurando que con ello azuzaría a Irene a indagar más y a buscarla a ella, a Dulce, la madre, en algún futuro incierto, improbable). No decía, por ejemplo, quién era el padre de Irene ni tampoco explicaba las razones que movieron a mi ex suegra (si es que de ella se trataba realmente) a dar a esa niña, mi actual mujer, en adopción. Lo que sí decía ya lo sabíamos de cualquier forma: que Irene era, pues, de origen mexicano, que había nacido en Puebla de Los Angeles. De cubana entonces nada. Bueno, sí, sus padres adoptivos, los que ella llamaba sus auténticos padres, Irene y Eusebio, su hermoso acento isleño y, por supuesto, algunos guisos exquisitos que había aprendido de mi suegra, tales como la ropa vieja, el sancocho y, por supuesto, mi favorito, el que preparaba en todos mis cumpleaños al lado de mis queridos amigos universitarios Estéfano y Stephany, Javis, Tino y Ritter: el lechoncito asado con yuca frita

remojado en ajo. La carta no daba explicaciones ni detalles… y por lo que se desprendía de ella, Dulce, mi ex suegra, tampoco tenía la menor idea de quién había tomado a su bebé en adopción ni cómo se llamaba ni tampoco dónde residía. Nada; cero información. Por lo visto, ésas debían ser algunas de las estrictas reglas de la agencia, las condiciones a las que tuvo que plegarse mi ex suegra hacía casi treinta años para poder dar a su pequeña bebé en adopción. ¿Qué hacer ahora? La decisión era claramente un asunto de mi esposa. Mi lugar a partir de ese momento era subsidiario: apoyarla, callarme la boca, escucharla, esperar, esperar. Eso intenté hacer por un rato, sin embargo, apenas habían pasado unos cuantos minutos (otra vez ya sentado al lado de Irene en el sofá del *living*) cuando de repente me di perfecta cuenta de todo: el mismo *noein* homérico se apoderó de mí, la misma iluminación súbita de Héctor y Helena. Apenas hasta ese momento, ¡estúpido de mí!, lo conseguía ver claro cuando durante todo este tiempo había estado frente a mis propias narices, es decir, la obvia sustitución de una falsa impresión por una nueva impresión verdadera. Sentí, ni qué decir, que me faltaba la respiración, el aire. Era como haber recibido un rayo de Apolo perforándome la cabeza. Me vio Irene, me preguntó alarmada si me pasaba algo. Evidentemente me pasaba; se lo dije a bocajarro:

—¿Te das cuenta?

—¿De qué?

—Del enorme parecido que tienes con mi hija —repliqué ansioso, mareado, la boca seca, agrietada—. ¿Ahora te das cuenta por qué?

Por un momento, acaso unos segundos, no pareció comprender mis palabras (así de ensimismada y turbada debía estar), sin embargo, un momento después me dijo, mirándome también con ojos desorbitados:

—O sea que Dulce Mallea sí es mi madre, no puede haber duda al respecto, Eusebio —tomó aire y enfatizó—: Sí, tu ex suegra mexicana es entonces mi verdadera madre, ¿te das cuenta?

—Eso justamente es lo que te he querido decir: que mi hija y tú salieron idénticas a Dulce Mallea. Ella, mi niña, a su abuela, y tú, por supuesto, a tu madre biológica.

—¿Y no me digas entonces que Fedra es mi media hermana?

—Creo que sí —no me quedó sino asentir a la pregunta aunque inseguro de querer ese destino como parte del teatro guiñol que estábamos representando solos, aislados del universo, en Madisonburg, culo del mundo.

Con esto todo estaba dicho ya: habíamos agotado los descubrimientos, las develaciones. Casi treinta años de silencio e ignorancia se habían revelado, habían salido a la luz, en apenas unos pocos minutos como si cualquier cosa, sin que el mundo dejara de

girar, sin que nadie cayera fulminado y ni siquiera desmayado en medio del escenario. Habíamos podido soportarlo; sobre todo Irene, mi adorada esposa, mi cielo. O eso me pareció entonces. Supongo que en ese instante, si alguien nos hubiese visto, hubiera encontrado el rostro exacto de la perplejidad, del desacierto, del no saber entonces qué maldita cosa hacer, adonde dirigirse, qué rumbo tomar: la cara de aquel que ha visto el monstruoso rostro de Medusa alias Gross-Wayne, alias la hidra de Lerna. En el fondo sin embargo no todo estaba dicho, quedaban algunos cabos por aclarar; lo que siguiera a partir de entonces dependía enteramente de Irene, de cuánto estaba ella dispuesta a indagar o si, de plano, al contrario: con saber el nombre verdadero de su madre biológica le sobraba y le bastaba. En mi fuero íntimo prometí callarme y esperar a partir de ese momento. Cuando mucho, me prometí, sondearía lo más posible en el ánimo de mi mujer, aguardaría a ver la senda que Irene iría a tomar en los siguientes días: sus decisiones, sus cambios de humor, su curiosidad, su voluntad. No intervendría en absoluto, no, no…

Le ofrecí un cigarro y se lo encendí. Me encendí uno para mí también. Me levanté a abrir la puerta del balcón: necesitaba urgentemente un poco de aire. La noche era un talismán insondable, ora cobalto, ora morado, quieto sobre los campos y la espesura de Madisonburg. Emilio dormía ajeno a las sorpresas y avatares de la vida, los cuales ya conocería y experimentaría en carne propia alguna vez, lo mismo que mi hija Dulce, en México, en la que entonces también pensé e imaginé durmiendo el sueño de los justos, el sueño que hace mucho no soñaba yo.

Mirando el cielo amoratado de mayo, recibiendo en las sienes el fresco de la noche y dándole una tercera aspirada a mi cigarrillo, me giré hacia Irene. Entonces no pude contenerme y le pregunté de sopetón, rompiendo mi anterior juramento de callarme el hocico:

—¿No piensas llamarle?

—Ya sabes que se duerme temprano —me contestó sin prestarme mucha atención, echando volutas de humo como si se tratara de *peíratas*, mirando en lontananza, lejos del *deck* en donde estaba yo parado—. No la quiero despertar; mañana le cuento a primera hora. Por favor, dejemos el teléfono desconectado, ¿te parece?

—Me refería a que si no piensas llamarle por teléfono a Dulce Mallea —simplemente no pude decir “a tu madre” por alguna imposible razón; lo cierto es que, como quiera que fuera, yo no tenía perdón de Dios, francamente no lo tenía. ¿De veras no podía quedarme callado, dejar en paz a mi mujer y no meterme en su vida, en sus decisiones? ¿Qué me movía, qué chamuco me jalaba de la lengua?

Me justifiqué aduciendo, tal y como suelo hacer, que la vida de

Irene estaba íntimamente ligada a la mía ya desde antes y mucho más de lo que yo nunca imaginé.

Irene sin embargo no me respondió. Estaba probablemente enojada. Apagó su cigarro y se encerró en nuestra habitación sin darme las buenas noches. Yo tuve que dormir en el *living*, no porque ella me lo hubiese exigido así, sino por un mínimo de respeto o prudencia… qué sé yo: quizá lo decidí así ante el misterio que implica la aparición súbita de Azar en nuestras vidas monótonas y aburridas. De hecho, no pude dormir bien de sólo pensar y darle once mil vueltas al asunto de mi mujer, de su identidad y su destino tan inextricablemente unido al mío y al de Emilio y al de Dulce mi hija. En ese sentido, el poder de Tyché y Anánké rebasaba mi inteligencia, mi análisis, mis predicciones. Entre tantas mujeres en el mundo, había justo conocido —y terminado casándome en segundas nupcias— a la media hermana de mi ex mujer, sin saberlo yo, sin imaginarlo ellas. ¡Y para colmo o quizá por gracia de la Providencia, resultaba que mi hijo Emilio era medio hermano de mi hija Dulce! ¿Debía estar exultante por ello, por esa coincidencia, o más bien aterrorizado? Si esto no era obra de Tyché ¿de quién entonces lo era, mistagogo de Agrigento? ¿Acaso de alguna diosa siciliana renacida? ¿Era Cipris? ¿O Eris?

14

(Jueves 11 de mayo)

—Dime, Maty: ¿tu marido sigue siendo el mismo lector voraz de antes?

—¿Lo era desde que lo conociste?

—Claro: desde la secundaria devoraba libros; no hacía otra cosa. Le encantaba leer y sentirse el personaje, el héroe. Fue una sorpresa que, al final, se dedicara a hacer dinero y yo, ¡quién lo iba a decir!, al arte de morirme de hambre.

—De hecho no hace tanto dinero como supones, Arturo. Eso sí: trabaja como esclavo, de sol a sol, para un banco holandés aunque él jura y perjura que es el jefe. ¡Menuda forma de ser jefe! ¿No crees?

—¿Acaso no te ha contado que en la prepa él era el intelectual y yo el candidato a niño rico, a hijo mimado de la política, futuro estadista de México, ja ja?

—El no me ha contado mucho de ustedes, te confieso, no ha tenido tiempo. Nunca tiene tiempo. Tampoco hablamos de política… justo lo que estudio; en el fondo no creo que le interese mi carrera ni lo que hago, pero al menos intenta aparentar que le importa ¿sabes? Es un

buen esposo, cariñoso, fiel, pero abstraído en sus cosas, ¿qué se le va a hacer? Así son los hombres…

—Pues no todos —se rió Arturo otra vez—. Algunos vivimos, pintamos, no leemos.

—Lo veo tarde y nos tiramos a ver televisión y a cenar algo en la cama —continuó Maty sin prestar atención a la réplica de Arturo, tirada más bien de la lengua por un extraño demonio o mecanismo que esa tarde lluviosa le llevaba a hablar y hablar sobre sí misma, a desnudarse frente al hombre que estaba allí para confesar y desnudarse ante ella, no a la inversa—. Es lo único que hacemos pues, aparte de eso, él se la pasa con *Fricción* en las manos, como tú dices.

—Supongo que será aburrido…

—No, ya me acostumbré. De hecho, a mí me gusta leer también. En cuanto lo veo con *Fricción* en la mano, yo también me pongo a leer y ¡vaya que tengo cantidad de libros atrasados! —aguardó unos segundos, calibró un pensamiento, y por fin dijo—: Sólo aquellos que tienen que ver con esta tesis que escribo son un mundo, Arturo, ¡no te imaginas! Por cierto, quería decirte que este fin de semana me puse a releer algunas partes del libro que escribió tu padre.

—¿A cuál te refieres?

—*Eros, Eris, política y teratología en México.*

—Ah —recapacitó—. No te imaginas cuántos sinsabores le costó ese ensayo que, creo, nadie entendió, empezando por el título, el cual era ya de por sí una excelsa provocación. Toda su teoría estaba abocada al fracaso y a las burlas de sus contemporáneos.

—Lo puedo imaginar. ¿Pero lo habrán entendido? Yo, te confieso, no. O al menos no muy bien.

—Para empezar, el título los disuadió, Maty. Imagínate a un priista o a un perredista de esos años leyendo algo así, cuando su lema era justo lo contrario: chinga primero, chinga después y chingarás muy bien.

—Creo que seguimos practicando ese dicho, ¿no? Pero… bueno: ¿tú qué piensas sobre el libro?

—¿Leíste los fragmentos de Empédocles que te recomendé que leyeras?

—No, la verdad no.

—Bueno, pues enciende tu grabadora que te voy a explicar la relación de uno y otro, o mejor dicho: de dónde fue que partió mi padre para elaborar toda su elucubración política, filosófica y humana… Una verdadera locura, si quieres, pero coherente, perfectamente coherente.

Sin esperar más invitación, contenta de estar entrando en materia, Matilde sacó de su bolso Louis Vuitton su grabadora y se quedó

esperando, los ojos abiertos, los labios abiertos, embebida, cautiva de la voz de su anfitrión. Estaba lista, sí. Claro que estaba lista: había aguardado dos, tres días, para este nuevo encuentro. Había releído por encima apenas algunas partes del libro de Roberto Soto Gariglietti y había tomado notas al desgaire, pero con todo, muchísimo del contenido filosófico se le escapaba. Entendía que una suerte de cosmogonía o teoría del universo se cifraba detrás de esos principios obtusos del político. Más que mesianismo o utopía, los cuales Soto Gariglietti desdeñaba, su pensamiento era una reflexión compleja sobre las fases psíquico-políticas por las que los mexicanos habían atravesado y aún debían atravesar empezando por los tiempos prehispánicos.

Antes de comenzar, sin decir adonde iba, Arturo salió del estudio y se dirigió a su habitación, al otro lado de la azotea. Llovía a cántaros. Maty se quedó perpleja, sin saber a ciencia cierta qué hacer, ¿debía apagar la grabadora, recoger sus cosas e irse, aguardar? No bien lo hubo pensado, el pintor había vuelto al estudio llevando en las manos dos botellas descorchadas de Bourgueil y dos vasos de estaño con asa. Decidido, los puso frente a Matilde, sobre una mesita, y se secó el rostro y el pelo mojados con el antebrazo mientras se sentaba a su lado:

—Perdona: los de vidrio están sucios y no quería perder más tiempo —escanció el vino y sin preguntarle si deseaba, lo puso en las manos de su invitada al tiempo que chocaba su vaso con el de ella produciendo un extraño ruido, un golpe seco y preciso, sin estridencias ni resonancia. Maty no pudo dejar de pensar, a la vez que bebía un pequeño sorbo, en las ventajas que conlleva beber en vasos de estaño dado que el vidrio soplado producía, al contrario, esa horrísona estridencia que solía ponerla histérica sin saber muy bien por qué. Debía cambiar por vasos de estaño, sí. Pero era absurdo usarlos, se dijo inmediatamente, ¿qué dirían sus padres, sus amigas del café de Polanco, qué dirías tú, Lector? Sin percatarse, sumida todavía en sus cavilaciones y en el único desvencijado sofá del estudio, vueltos ambos para poder mirarse y conversar, habían escanciado entre los dos media botella, lo que sirvió para que la sinuosa explicación de Arturo, todavía húmedo por la lluvia, fuera filtrándose por los poros abiertos de Matilde derritiendo a su paso el estaño y permeándola hasta los huesos, hasta su *archaí*, atrayéndola a esa suerte de locura o alquimia elaborada por Roberto Soto Gariglietti treinta años atrás.

En su largo y sistematizado ensayo, el político declaraba, siguiendo la teoría del ciclo cósmico descrita por Empédocles, que existían cuatro fases correspondientes en la historia de las formas de gobierno de México, las cuales se repetían incesantemente. La primera daba

inicio cuando todos los elementos se hallan reunidos en una Esfera ilimitada. Esta mezcla, cuando era perfecta, daba pie a la existencia de la divinidad; sin embargo, en el medio físico (o dimensión humana) la mezcla más perfecta conseguida era la de la inteligencia y el conocimiento, dijo Arturo sirviéndose y sirviéndole más vino a su invitada. Lo que cohesiona a esta Esfera es Amor, Eros, y hasta aquí Discordia, Eris, Odio, quedaba relegada. Existe sólo paz y reposo en ese Sphairos que es todo el universo y más allá, Matilde. Importante es aclarar, recalcó Arturo acercándose un poco a su invitada, que aun cuando los elementos están inextricablemente mezclados, queriéndose y atrayéndose entre sí, subsumidos en una especie de armonía inefable, la Philía griega, cada uno contiene características antagónicas, las cuales más tarde saldrán a relucir. Hasta esta parte de la explicación Maty creía haber seguido, mal que bien, el hilo del asunto; no interrumpía, no abría la boca rojísima empapada de alcohol; simplemente se limitaba a escuchar al pintor y a dar sorbitos a su vaso de estaño, el cual Arturo llenaba con diligencia. La Edad de Oro, la que mi padre identificaba con los toltecas y su tipo de gobierno, correspondería a esta primera fase; estamos hablando de tiempos de Cristo, ¡imagínate! Con los teotihuacanos entramos, según él, en la que sería la segunda fase del ciclo cósmico empedócleo, y ésta surge precisamente cuando Discordia penetra dentro de la Esfera y Amor pierde lentamente su predominio. Aparece, ¿cómo decirte?, una suerte de exclusivismo de los elementos, los cuales se disgregan y separan de la masa de elementos o raíces. El proceso es gradual, muy gradual, y es justo allí, en esta fase, que nuestro mundo, la Tierra, se conforma. Aún así, Matilde, cada elemento conserva rastros, porciones, de otros elementos; la disgregación no es todavía total. Está bien refutada, conviene que lo sepas, la opinión de algunos especialistas que en algún momento de la historia de la filosofía pensaron que para Empédocles nuestro mundo es el mundo de Amor creciente. No, no lo es. Al contrario. Actualmente, en esta segunda fase, Amor está en proceso de merma, de debilitamiento, frente al predominio y pujanza de Discordia cuya fuerza, por cierto, es rotatoria, helicoidal, como la de un torbellino o eso que los griegos llamaron *diñé*. Hasta esta parte de la lección, Maty no sabía si era el vino de la Loire o el discurso filosófico lo que la tenía sumida en un páramo de nubes, de irrealidad o de locura, de puro vértigo-vinífero: era como si el estudio del pintor y los objetos arrinconados fueran de plástico o de goma y se expandieran o achicaran a su gusto, independientemente de nada o de nadie. No estaba del todo segura de comprender el argumento, pero algo muy dentro de ella, una minúscula luz a la que se asía con desesperación, le aseguraba que no debía preocuparse demasiado, que allí tenía grabada toda la lección

del pintor agro y que mañana, más tranquila, podría escucharla, desmenuzarla y recomponerla a su gusto. Esto, por supuesto, se lo decía a sí misma en un nivel liminar, en una cala de su pensamiento que no lograba articular por culpa de ese vino o la lluvia de allá afuera y que, por tanto, no podría verbalizar pero que, a pesar de todo, intuía, deletreaba: no debía preocuparse, debía sólo escuchar, dejarse conducir por la cadencia de las frases, por el ciclo empedócleo, por Roberto el padre y por Arturo el hijo y por el Espíritu Santo; pero sobre todo por el segundo, el hijo, tan hosco, oscuro y varonil, que la conducía gradual e imperceptiblemente hacia la fase (tan ardua) a la que ambos deseaban arribar, ya lo sabía, lo supo en ese momento como un rayo que traspasa a un cedro blando o como un tiro de arcabuz sobre la piel, una herida que quisiera restañar con lisol, con loción boratada o con petróleo. La intuición, su clarividencia, la aterró, la sobrecogió menos de un minuto, pero pronto se repuso o la zanjó al escuchar, firmes, las palabras del pintor agro que le decían que la tercera fase era, de entre todas, la más problemática del ciclo cósmico empedócleo pues aunque se debía interpretar que Discordia ha separado a los elementos en círculos concéntricos alrededor de la Tierra, esta total separación debía ser cosa de apenas un instante, un simple período de transición de lo que estaba por completo separado a lo que comienza nuevamente a unirse, a congregarse. Así las cosas, el ciclo podría dividirse, Matilde, en tres períodos iguales: Discordia-Amor, Sphaíros, y Amor-Discordia, mientras que la relación fundamental podría describirse, a su vez, como cuádruple —completamente unido, separado, completamente separado, unido— aunque el tercer paso estaría representado exclusivamente como un puro momento de transición. Este momento brevísimo, en caso de existir, tendría su correspondencia con el tipo de gobierno de los aztecas y su mejor metáfora era, qué duda cabe, la guerra florida. ¿Has oído de ella, verdad? Claro que ella sabía lo que era la guerra florida, una estupidez, una crueldad, un horror, a lo que Arturo la atajó poniéndole la mano en la boca suavemente y añadiendo: no, Maty, una necesidad, una Necesidad cósmica, ontológica, la que llamaban los griegos Anánké. Sin estas muertes y sacrificios rituales, sin estas guerras, sin estas cacerías y hecatombes, los aztecas temían que el firmamento se fuera a desplomar, temían que el tenebroso caos se desplomara sobre el mundo, ¿comprendes?, temían que todo desapareciera. La palma de la mano de Arturo ya no estaba precisamente sobre su boca, sobre los labios bermejos de Matilde, sino que se había deslizado imperceptiblemente hacia su mejilla caliente y ahora, demorándose, rozaba el hueco o corva sudorosa que formaba el cabello con la nuca, la nuca y el cuello de la mujer de su amigo, de la hermosa mujer que se dejaba acariciar sin mayor resistencia, tal vez

amparada en la filosofía presocrática o en el mismo calor del vino de la Loire que le hacía imaginar más sofocante el estudio a pesar de la lluvia incesante de allá afuera. Sin la separación de los elementos, sin Discordia, no asistiríamos al proceso inverso, el de la unión, el de la creación del mundo y los seres mortales por obra y gracia de Eros; la famosa Cipris o Afrodita de los griegos. La cuarta fase, la que corresponde a la Conquista de México, pero más que a la Conquista, Maty, al fenómeno cruento del mestizaje, al menos así lo entendía mi padre en su libro, esa cuarta fase es, por supuesto, la de la unión de la Esfera, pero el proceso no deja, sin embargo, de ser muy curioso, verás: no es que Amor haya cambiado de lugar por el de Discordia, sino que Amor está forzado a contraerse justo por efecto de esa nueva entrada de Odio, la cual impulsa a Amor hacia el centro. Conforme este proceso avanza, Eros, gracias a la fuerza en torbellino de Discordia, la *diñe*, es encerrado en pleno centro de la masa. En este punto exacto y sin pausa, Amor comienza a extenderse una vez más y a unir, siempre partiendo del centro, a los elementos para formar otro mundo con seres mortales. *¿Y* Discordia?, musitó Matilde, lo que demostraba, aun para ella misma, que sí había seguido, a pesar de la caricia de la mano de Arturo en su cuello, la difícil elucubración empedóclea, la heteróclita teoría histórico-filosófica de Roberto Soto Gariglietti. Discordia, le contestó el pintor, queda relegada, vencida, fuera de la Esfera, y entonces viene con ello un período de reposo, justo como al principio, ya te dije, una calma que todo lo subsume en un estado inefable, sereno, maravilloso, y diciendo esto la atrajo suave pero firmemente hacia sí y la besó. Maty lo sabía, lo esperaba, sólo que no podía estar segura en qué momento iría a suceder; de hecho, por instantes pensó que el pintor se demoraba más de la cuenta, que quizá se había olvidado del objetivo, y en cambio, otros momentos sentía que todo, al final, iba a ser rápido, y que por lo mismo debía aguardar, que era mejor esperar a otro día, a otra tarde sin lluvia, a otro minuto, o mejor, tal vez, nunca regresar al estudio, no terminar su tesis, salvar su matrimonio. Fue la incertidumbre o la demora lo que, al final, la distrajo y la dejó llevarse, sin pensarlo, por ese beso incontrolable, fiero: ansiosa metió su lengua como Discordia u Odio hiciera con Amor y se aseguró que *sí* era eso lo que quería, que esta cobardía o infamia bien merecía la pena, que no podía detenerse ya, que la fortuna estaba echada y que tú, Lector, serías esa tarde traicionado antes de cumplir tu primer aniversario… Unión mestizaje cópula o ayuntamiento, cogida intercurso fornicio, confusión de sangres mezcla o amaridamiento, fragua bahía cueva llaga que se ensancha, hendidura que se abre y se comprime y se abre y se comprime, caracol araña escorpión, juntura perforación grieta amapola o ciclamor inmarcesible que se cierra de pronto alrededor del

dolmen o aguijón: Amor penetrado por Discordia, expansión de Afrodita por culpa de esa fuerza rotatoria chupamirto helicoidal de la soberana Discordia: Eros penetrado por Eris: ella súbitamente lo comprendió todo por el *noüs* o al menos creyó saberlo cuando Arturo la ensartó la empalmó allí mismo la clavó en un santiamén con el aguijón leptosomático macrogenitosoma en un abrir y cerrar de ojos sin apenas ella darse cuenta cuándo, subiéndole el vestido metiendo sus uñas y arrancándole las pantaletas Victorias Secret cuando aún ambos se besaban succionaban avariciosamente su saliva rasguñándola rasguñándole los glúteos anchurosas pampas argentinas cabalgadas como no lo había hecho antes su marido su cornudo cuando tuvo que morder el hombro del jinete agro con ahínco porque no soportaba más ese lascivo torbellino cósmico y la pámpana de vid o lingam muy adentro ay adentrísimo ese *spérma* o jarabe de nácar del hombre de ojos negros sin brillo o azabaches de perro dado que ahora sí estaba ebria o contenta con el dedo índice ¿o el anular? de Arturo *per angostam viam* y porque Matilde deseaba en ese instante reencarnar en cíbola hetaira yegua bacante o lo que fuera: hespéride puta o canéfora feliz ramera enloquecida y subyugada mientras allá afuera no para de llover no escampa y las nubes gigantescas arrecian sobre la Narvarte…

XV

Al otro día supe la respuesta a la pregunta que me había estado haciendo durante la noche: ¿lo que estaba sucediendo era obra de *Tyché o* qué diablos era en realidad? Dado que Irene seguía en un estado de introspección que no le conocía (o que yo nunca le había visto), pensé que era oportuno ir al supermercado con Emilio, así la dejaría un buen par de horas completamente a solas, en silencio, con sus pensamientos. Compraría jitomates, limones, ajos, cebolla, hierbas de olor, mantequilla, todo para una buena pasta al vino blanco, una de mis especialidades.

La tarde virginiana era hermosa, clara, con un ligero viento pegando en los cuerpos, aligerándolos; uno se sentía liviano, aéreo, casi feliz de estar vivo. En sí, todo esto que cuento no tiene la menor importancia, o no la tendría, si justo al salir del enorme almacén no hubiese tenido una de esas llamadas epifanías, una extraña revelación que luego, cuando uno quiere rememorarla o describirla, cuesta mucho trabajo contar aun en medio de tragos y con la cabeza dando vueltas por el humo del cigarro y la trompeta de Miles Davis.

El hecho es que Emilio y yo salíamos del supermercado con las

bolsas en las manos cuando nos encontramos frente a nosotros a un grupo de compatriotas mexicanos; al ver a ese trío (un padre, una madre y un niño de la edad de mi hijo o quizás un poco mayor) tuve una impresión que más o menos traduzco de la siguiente forma: ¿qué tiene que ver esta pequeña familia mexicana conmigo, conmigo y con mi hijo Emilio y con Irene? En el más estricto de los sentidos, ellos y nosotros no tenemos absolutamente nada que ver —nadie nos ha presentado, no somos siquiera vecinos o conocidos— lo mismo que no tengo nada que ver con esa otra familia de negros que baja ahora mismo del auto y con esa otra de gringos albinos y con la familia de coreanos o chinos de más allá. Aun cuando para los ojos de los norteamericanos, el. .trío de compatriotas y nosotros tenemos algo o mucho que ver —dado que ambos hablamos español y vinimos del mismo sitio al sur del Río Bravo—, en el fondo, y hasta en la superficie, poco o nada nos ligaba, de la misma forma que nada ligaba, *strictu sensu*, a esa multitud de familias estadounidenses desparramadas y hacinadas por doquier. En otras palabras, no por ser mexicanos, no por compartir un exilio (como con otros cientos de miles) y no por compartir un país de origen, me siento más unido o menos unido a ellos de lo que me siento unido a la cajera del supermercado o a uno de mis estudiantes en Millard Fillmore University. En todo caso, podría hasta sentirme más cercano a uno de mis estudiantes (a pesar de la diferencia de edades) que a esa familia de inmigrantes mexicanos tratando de hacer una vida mejor, lo mismo que la intento hacer yo al lado de Irene y Emilio. Sé que en principio esto que digo no tiene mucho sentido, sonará hasta un poco absurdo y hueco, no obstante es necesario vivir la experiencia del destierro (obligado o no) para, primero, comprender cómo los demás tratan casi siempre, y a pesar de sí mismos, de homologarte o ubicarte dentro de cualquier patrón o corsé, y, segundo, sería necesario vivir en el exilio una larga temporada para, poco a poco, asimilar que, a pesar de lo que diga tu gobierno (¿cuál?), a pesar de lo que diga tu iglesia (¿cuál?), a pesar de lo que digan los demás (en este caso los gringos que se cruzan contigo a diario), nada tienes que ver con esos otros mexicanos (o latinos o pochos o hispanos), lo mismo que si, por ejemplo, estuviera paseando con Emilio por las calles de la ciudad de México no tendríamos los dos nada que ver con esas miles de personas que se cruzan en nuestro camino, es decir, ni los amo ni los odio ni me importan. Ese trío y nosotros hablamos español, somos mexicanos, pero ¿qué con ello? Esa coincidencia o similitud no implica que tengamos por fuerza que tener algo en común. ¿De dónde se deduce esto? ¿Acaso de la llamada identidad? No, de ningún lado, lo mismo que, supongo, sucede con esos anglosajones monolingües con los que me cruzo consuetudinariamente: ¿es que, desde su punto de vista,

tienen algo que ver entre ellos? En esencia, no. Incluso pueden desear y pensar cosas diametralmente distintas. En todo caso, el que imagina o crea redes y correspondencias al mirarlos (tal vez porque son rubios o hablan inglés) soy yo y mis estultos prejuicios, puesto que lo único cierto es que nada hay, a priori, que los una a todos sólo porque sí, sólo porque yo lo intuyo de ese modo.

En resumen, lo que he querido transmitir en este paréntesis mientras mi mujer decide qué va a hacer con su vida, es el hecho de que mi relación o mi identificación con otro latino en Estados Unidos no debiera ser mejor o peor, o mayor o menor, que la que tengo con cualquier otra persona, con cualquier otro gringo a mi alrededor o ruso o chino o peruano. Pero si, en cambio, aconteciera que tengo que cruzar dos palabras con el cajero (fuera éste mexicano o ucraniano o japonés), entonces establecería ipso facto un conato voluntario o involuntario de relación: el que sea y con un x potencial que, finalmente, puede o no llegar a detentar en el futuro.

Todo este circunloquio mental me llevó esa mañana de súper a otra cuestión no menos importante. ¿Con quién se establece relación? ¿Quiénes son mis semejantes, esos con quienes deseo tener contacto, fricción o, incluso, amistad? Y dado que cada vez confirmo que el mundo es una gran bola de mierda, una Esfera diría Empédocles, un Sphaíros de inmensurable estupidez humana (llámese ignorancia, miopía, estrechez, egoísmo, mezquindad, prejuicio, conveniencia, rusticidad, maldad, tacañería, envidia, celos, saña, mala fe), entonces no debo sino intentar, poco a poco, conformar mi propio exiguo mundo, mi propia esfera, mi íntimo círculo de relaciones, mi red. Este no debería tener que ver con otra cosa que con esas semejanzas que pudiera o no encontrar, o que, de hecho, debo hallar para poder crear ese mundo paralelo, ese mundo sustitutivo. (Aunque aquí es importante aclarar que tampoco se trata de un mundo sustitutivo en toda la escala puesto que no se busca una evasión, una fuga, sino simplemente crear ese pequeñísimo conjunto dentro de ese otro gran Conjunto que es el mundo; se trata, pues, de construir una atmósfera más o menos ad hoc, más o menos similar en inquietudes e intereses, con ese aleatorio *happy few* que coincide en principio contigo y hace que la vida sea más amable y llevadera.) Todo esto, por supuesto, suena a pura verdad de perogrullo, pero de hecho no lo es: se trata de entender de una buena vez de que el mundo es ansí, como decía Baroja, una suma infinitesimal de conjuntos y subconjuntos metidos con calzador, compartiendo difícilmente un hábitat y donde nadie quiere ser o participar de otro conjunto o subconjunto o sub-sub-conjunto, sino todo lo contrario: cada uno desea, hasta donde le resulte posible, mantener y preservar su frágil y minúsculo conjunto, su nidito. A veces, sin embargo, hay un loco o una nación o incluso

una religión proselitista que intenta, a como dé lugar, expandir a fuerza su conjunto, imponérselo a los demás, aglutinar otros subconjuntos sin respetar y sin comprender lo más elemental: que somos perfectamente diferentes, que es necesaria la diversidad, los mundos plurales. Todas las utopías sociales (especialmente ese polvorín de utopías que asoló el siglo xix y tuvo su desastrosa continuación en el xx) han demostrado que no es sino una perfecta estupidez y un derroche de energía tratar siquiera de cambiar el mundo, cambiar a esos millones de conjuntos y subconjuntos que habitan y comparten la Tierra con uno, pues en el fondo no se trata sino de acabar con las desemejanzas, se trata de imponer sobre los otros la ley del más fuerte usando para ello la falsa argucia de los *telos* de la Historia, esos *fines necesarios* que, desde Aristóteles y hasta Hegel, pretenden señalar una meta, un final feliz, si algún día decidiéramos igualarnos, homologarnos y convertirnos en un solo Conjunto. Esta suerte de búsqueda expansiva, esta Necesidad universal o Anánké de integración de lo diverso, de lo disímil, Empédocles la llamó y la imaginó como una fuerza cosmogónica y bienhechora: Amor, Philía, Afrodita, Cipris, Eros.

Ahora bien, y he aquí mi epifanía de esa mañana: existía Eris, Discordia, y ella cumplía asimismo, a mi juicio, su muy benéfica función, su profundísima y desdeñada razón de ser: comprendí que estábamos aquí, en este mundo, no para ser todos uno (como soñaban Schiller y George W. Bush) o para asimilarnos con los otros, sino, al contrario, estábamos aquí para intentar conformar, una y otra vez a lo largo de la vida, una suerte de pequeño reducto, una mínima esfera de similares —apenas un sub-sub-sub-subconjunto—, con el único fin no ya de encontrar la Armonía de Fourier o el inasible Amor en el Sphaíros de Empédocles, sino aquello más o menos inefable que descubrí esa tarde de la mano de mi hijo Emilio al salir del almacén: y es que esa gran masa central, esa Esfera, no podrá jamás abarcarnos a todos, no podrá combinar eternamente —en distintas e infinitas proporciones— los cuatro elementos o raíces, pues es justo por esa misma imantación o poder centrípeto que luego surge, apenas entramos a la llamada fase de Amor, Discordia que todo lo disgrega, lo separa y lo convierte (otra vez) en nuevos y variados subconjuntos. Esa es, digamos, la razón de ser de la Esfera, su propia, íntima naturaleza.

La sucesión infinita de mundos que es el ciclo empedócleo (y por tanto el de mi revelación) debía dividirse, según Empédocles, en tres fases iguales: ‘Discordia-Amor5, ‘Sphaíros’ y ‘Amor-Discordia’ en donde sólo habría un infinitesimal instante de reposo en medio. E, incluso, yendo más lejos, la relación podría describirse como cuádruple, es decir: completamente unido, separado, completamente

separado, unido, aun cuando el tercer paso o período estuviera representado por un brevísimo momento de transición. De hecho, tal y como observó con agudeza Aristóteles al hacer la crítica ideológica al pensamiento anti-teleológico de Empédocles, sucede que al separar lo desemejante de la Esfera, la Discordia reúne sustancias semejantes (claro, en pequeños subconjuntos y sub-sub-conjuntos), y he allí exactamente, para mí, el hallazgo del genio de Agrigento. Yo mismo lo pude corroborar apenas un minuto más tarde cuando, primero, vi en el estacionamiento del supermercado a un grupo de jóvenes negros reunidos amistosamente, fumando, mascando chicle, oyendo las mismas insoportables canciones, y pensé: "He allí, Eusebio, la atracción de lo semejante por lo semejante… donde, por supuesto, Emilio y yo y cualquier otro no estamos invitados a participar, a convivir". Sin embargo, no pasaron dos minutos (mi hijo y yo ya estábamos en el auto a punto de partir), cuando vimos a dos de esos mismos jóvenes negros (ambos, como dije, reunidos en su íntimo sub-sub-sub-subconjunto creado con antelación por la paradójica y benéfica fuerza de la Discordia) peleándose a golpes, tirados en el asfalto, embadurnados de sangre, observados y azuzados por sus pares, sus amigos, aquellos que yo pensé conformaban ese irreductible sub-sub-subconjunto. En apenas un abrir y cerrar de ojos llegaron dos policías (por cierto: un blanco y un chicano) para separarlos y llevárselos esposados a la comisaría o donde fuera que los iban llevar. Es decir, me dije a punto de partir, comenzaba así, con esa bronca y esa inmediata separación de iguales, el inevitable proceso unificador de Amor: las desemejanzas apenas antes precariamente reunidas dejaban ahora de serlo para unirse, integrarse otra vez, y conformar una más amplia Esfera, aquella que condensa y mezcla (en distintas proporciones) todo lo que es distinto, todo lo que no es igual.

Ya fuera del estacionamiento, camino a casa, pensé nuevamente: acaso *yó* tenga que crear mi propio, reducido, círculo donde, por supuesto, queda proscrita la vanidad (Fedra), la imbecilidad (decano Whitehead), la maldad y complejo de inferioridad (Gaudencia), la rusticidad (Wynn), la astucia disfrazada de inocencia (Vasco-Osama), el racismo (Bormann-Smythe), la cobardía disfrazada de cristianismo (Ritter), la hipocresía (Fazzion), la taciturnidad (Javis), la lambisconería (Tino) y los millones de prejuicios que tienen al mundo bestializado e imbecilizado como lo tienen hoy. ¿Seré acaso para mi mujer algo así como Ananké, un agente consciente y necesario de Odio, Discordia? Si fuera así debía entonces comprender que tampoco Eris se mantiene inmóvil y estático, sino al contrario: la fase por la que atraviesa el mundo es, según Empédocles, la de una increíble tensión entre la supremacía de Amor y la pujanza en aumento de Discordia, la cual poco a poco está disgregando la unidad. A esto,

Irene, supongo, no hay que llamarlo Tyché, como dije al principio, sino simple y llanamente fricción.

16

(Martes 16 de mayo)

—Mi padre nació en 1944 y murió en el 2004. Vivió sesenta años, tal y como se dice que vivió Empédocles. Yo nací en 1984, Maty, cuando mi padre tenía cuarenta años justitos. La verdad, no tengo que contártelo, su muerte me dolió muchísimo. Yo estaba en plena adolescencia, ya sabes; era un mocoso insufrible, desajustado, desesperado por encontrar su camino, es decir, un niño ansioso de convertirse en algo distinto a su padre famoso y querido; no deseaba ser su continuación, su remedo. Lo irónico, ya se sabe, es que cuanto más desea uno en la juventud no parecerse al padre, más se termina repitiéndolo o perpetuándolo… Su ejemplar muerte hizo que reconsiderara mi antagonismo hacia él, mi ingenua rebeldía, y que sondeara por primera vez dentro de mí lo que conservaba o no de su carácter… y ¡oh sorpresa! era mucho más de lo que yo mismo me supuse, ¿sabes? Pero déjame volver, primero, a Roberto Soto Gariglietti y a mis abuelos y bisabuelos maternos, Matilde —Arturo no esperó siquiera a que la esposa de su amigo respondiera; deseaba hablar, contarle, decirle todo cuanto sabía; no sólo era el compromiso adquirido, su promesa, sino que ahora se había vuelto una especie de necesidad irrefrenable, una obligación que de repente se imponía a sí mismo mientras acariciaba el cabello castaño y la barbilla de Matilde y miraba al techo hollinado de su estudio de pintor—. La madre de mi padre se llamaba Ana; era mexicana aunque su padre, mi bisabuelo Enzo, era siciliano, y llegó a México casi por error. Había nacido en Agrigento, la ilustre tierra de Empédocles. El barco que llevaba a los inmigrantes italianos a Nueva York nunca llegó a su meta y en cambio desembarcó en el puerto de Veracruz un año y medio antes de que comenzara la Revolución. Allí empezó la vida de mi bisabuelo sin un céntimo, desde cero, joven todavía e inexperto. De México y sus tribulaciones no sabía nada. En poco tiempo, sin embargo, Enzo Gariglietti conoció al dedillo las grescas y grillas internas del país, las conoció igual o mejor de lo que podía saberlas cualquier nativo; se interesó por los tejes y manejes que rodeaban a los políticos que ambicionaban el poder tras lo que prometía ser la inminente caída de Díaz. Como muchos jóvenes de su tiempo, y a pesar de ser extranjero, mi bisabuelo se enardeció cuando Madero, ese hombrecito en el exilio

estadounidense, obtuvo por fin la presidencia en 1911. Eso lo transformó de la noche a la mañana, lo convirtió en un revolucionario a su manera, o mejor dicho: fue la admiración que le causaba Madero y la ulterior traición de Huerta en 1913 lo que ya de plano lo convirtió en un revolucionario de verdad, de cepa, un Garibaldi en plena lucha justiciera por un país que no era el suyo pero que estaba adoptando o ya había adoptado sin apenas darse cuenta. De hecho, ¿sabes, Maty?, se dice que el nieto mismo de Garibaldi estuvo en México por esas fechas, pero al final resultó ser un fantoche, un advenedizo que usaba el nombre de su abuelo para medrar en el poder. En cambio, mi bisabuelo, a los escasos dos años de trabajar en una maderería veracruzana, se había vuelto una especie de patriota, o si no exactamente un patriota, sí un hombre comprometido con la justicia y la equidad para un México futuro, lo que, por supuesto, no había encontrado en el sur de Italia. Por esos años, viviendo aún en el puerto, conoce a una joven duranguense huérfana, tímida y económicamente venida a menos. Los padres de mi bisabuela Josefa habían sido asesinados por un terrateniente, antiguo jefe de su padre, que terminó quedándose con su dote y su pequeña herencia, lo que había orillado a Josefa a escapar de Durango y ser acogida por unos parientes lejanos en el puerto de Veracruz. Allí, en el famoso café de la Parroquia, Josefa conoce a Enzo Gariglietti cuando éste, por azar, le presta unos centavos para su café con leche que había pedido y no podía pagar. Al poco tiempo y para no contarte una telenovela, se enamoran y se casan más pobres de lo que ya estaban los dos. Enzo mejora su español y ella aprende italiano. No es sino hasta varios años más tarde, en 1922, que Josefa tiene a mi abuela, su única hija. Pero antes de hablar de Ana, necesitas saber lo más importante, Maty: ¿cómo llegó Enzo el siciliano a convertirse en uno de los más odiados villistas de su tiempo? La razón es simple. Ese mismo terrateniente duranguense, un tal Domínguez, era, entre otras cosas, uno más de los cientos de encarnizados enemigos de Villa pues juraba y repetía que éste le había robado no sé cuantas cabezas de ganado en tiempos anteriores a la Revolución, a principios de siglo, cuando Doroteo Arango era un forajido, un joven desconocido del noreste mexicano. Domínguez lo odiaba como casi todo rico en ese tiempo odiaba a Villa y sus Dorados. Era por eso, supongo, que el tal Domínguez había estado, desde hacía tiempo, haciéndole la vida imposible, pisándole los talones, a punto de atraparlo aunque, al final, sin poder echarle nunca el guante. Villa, al contrario, decía que Domínguez era un sinvergüenza, un canalla, y que no había sino explotado a sus peones por décadas, entre ellos, a unos parientes suyos o de Luz, su mujer, bueno: una de sus varias mujeres. Al final, cuando el polvorín arremetió por varios estados del país, Villa volvió a la carga con un

puñado de hombres a cobrarse personalmente el daño que el terrateniente le había causado a él, a los parientes de Luz y a los peones de esa tierra. Esto fue hacia 1912 o 13, creo. Al repartir los bienes de la hacienda entre los huérfanos, campesinos y viudas, cosa que solía hacer cada vez que desmantelaba una finca, Villa se encontró con que una buena suma pertenecía a una tal Josefa quien entonces, ya te dije, vivía exiliada en Veracruz con su marido, mi bisabuelo Enzo, comiendo apenas del trabajo de la maderería. A los dos o tres meses, ambos regresaron a Durango a instancias de Villa, a esa misma pequeña casa que había sido alguna vez hogar de Josefa, cerca de la hacienda de Domínguez. Allí mi bisabuelo Gariglietti entró en contacto con el general y de inmediato se prendó de él y de su ardor guerrero, de su sinceridad y compromiso con los desamparados, tan semejantes, decía, a los desamparados de su natal Sicilia. No tardó, pues, en unirse a la lucha armada contra el tirano Huerta. Con los años, sin embargo, Enzo se convertirá en uno de sus más leales delegados en el extranjero, entre muchos que Villa tuvo. Sobre todo le sirvió en Europa adonde el general lo mandó más de una vez con el fin de que otros países (y sobre todo el Vaticano) no aceptaran el gobierno de Huerta y, más tarde, el de Carranza. En balde, ya sabes: el Vaticano siempre ha estado con quien detenta el poder, sabe el arte del camaleón como ningún otro estado. En este cabildeo, en este juego por la lucha del poder, se pasó mi bisabuelo esa turbulenta década, hasta que en 1922, a sus treinta y pico de años, tiene a quien sería su única hija. Ana, mi abuela, era una adolescente muy hermosa, según se colige de las fotos de su juventud duranguense, por lo que ya desde los trece o catorce años llamaba la atención de los hombres ricos de su pueblo. Parece que mis bisabuelos la mandaron a la capital a estudiar lenguas pues, aparte de estar enamorada de alguien que ellos consideraban inapropiado, tenía bastante facilidad para los idiomas. Hablaba español, italiano e inglés a la perfección, y quería continuar con el estudio del francés y el ruso; por supuesto que en Durango eso era imposible. En la ciudad de México, en 1941 o 42, conoce a un jarocho, mi abuelo Pedro Soto, quien estudiaba entonces derecho y tenía como meta convertirse en secretario de Gobernación o presidente de la República. Lo cierto es que sólo llegó a senador pues Pedro, mi abuelo paterno, había nacido para la política y en eso se metió desde que era un adolescente, vocación idéntica a la de quien, poco después, se convertiría en su suegro. La familia de mi abuelo Pedro Soto tenía dinero de los ingenios, así que realmente no era un problema dedicarse a lo que quiso dedicarse su vida entera: a la democratización del país, a la reforma social, a derrotar al PRI y, sobre todo, a acabar con su adversario político, el joven veracruzano Miguel Alemán, antiguo compañero del colegio jesuita. Sí, Matilde, mi

abuelo Pedro, el padre de mi padre, apostó mal, o mejor dicho: siempre estuvo en el bando de los vencidos, de los humillados, lo mismo que había hecho su suegro, mi bisabuelo italiano. Era aparentemente un mal de familia: una de esas enfermedades que se heredan. Lo curioso no obstante es que eso nunca pareció importarle a ninguno de los dos, tampoco a Roberto, mi padre. El santo y seña de ambos era, como quien dice, llevar la contraria, hacerle la vida imposible a cuantos políticos corruptos de su tiempo podían en lugar de unírseles, en lugar de aceptar prebendas que siempre rechazaron. Los dos, Enzo y Pedro, suegro y yerno, eran, por supuesto, machacones hasta la saciedad y ambos insistían en la necesidad de crear una verdadera democracia, una alternancia en el poder, una libertad basada en el progreso y la educación, sin la cual México no tendría solución posible. Pero eso era tan sólo el comienzo de una cadenita pues sin democracia, aducían, no habría libertad y sin libertad no habría educación y sin educación jamás habría equidad y sin equidad y justicia no habría tampoco prosperidad y bienestar económicos, algo en lo que los dos concurrían. En este sentido, la democracia en sí misma no servía para maldita cosa, según ellos, más que para conquistar, al final, cierto grado de bienestar y bonanza, lo que todo mundo en el fondo queremos: agua potable, electricidad, alcantarillado, urbanización, un mínimo de calidad de vida: salud, educación, seguridad, poder adquisitivo, libertad de prensa, cosas básicas que todavía hoy, en pleno 2025, no existen. Por eso mismo, supongo, padre y yerno se cayeron tan bien. En eso creían a rajatabla. Eran encarnizados enemigos del Estado, o mejor: de ese tipo de Estado cardenista-populista que en lugar de estimular la inversión extranjera y el libre mercado, los entorpecía; que en lugar de privatizar, estatizaba; que en lugar de incentivar la economía, la asfixiaba. Si no se comenzaba por conseguir transparencia política, si no se comenzaba por conseguir honestidad y limpieza en las altas cúpulas, si se dejaba lentamente burocratizar al país, si las estructuras jurídicas no se fortalecían y se hacían valer, si no se respetaba y valoraba a las minorías, no se llegaría a ningún lado y nos llevaría la chingada a todos los mexicanos. Según Pedro Soto, el síndrome del caudillismo y la oligarquía, de la corrupción y el compinchismo, estaba acendrado en todos los mexicanos, inoculado en la médula como el catolicismo o el castellano. Había que erradicarlos y creía que esto sólo se conseguiría con el tiempo y el ejemplo. Por lo menos se requerían cien años… pero al final se conseguiría. Era un optimista ¡ni qué hablar! Había que empezar por los niños, por la educación de los niños, por las escuelas, por transformar su mentalidad, su espíritu; había que desmantelar la perniciosa herencia colonial y sus taras y sus vicios. No creó un partido ni nada por el estilo, no se alió con el pan, pero llegó a

convertirse en senador en los cincuenta y dejó bien esparcida la semilla, la idea generatriz que luego, ya ves, continuaría su hijo. Es, pues, mi padre quien más tarde ajustará cuentas, digámoslo así, con el destino trunco o fallido de su padre. Será Roberto Soto Gariglietti, y no Pedro Soto, quien creó ese Partido de la Naturaleza y el Fuego Mexicano en los noventa, el mismo que treinta años más tarde ha llevado a un candidato a la presidencia —aquí Arturo se detuvo para tomar un poco de aire, luego se estiró para coger un cigarrillo de la cajetilla tirada en el suelo del estudio, y lo encendió; inmediatamente después de aspirarlo, le ofreció uno a Maty, quien lo rechazó sin desasirse del cuerpo del pintor en el que se encontraba lánguidamente reclinada, atenta—. Ya te dije el otro día que mi padre tuvo su revelación en Sicilia, ¿no es cierto?, en Agrigento. Mi padre estuvo de visita allí hacia 1962 o 63 con Pablo, su mejor amigo. Ya en otra ocasión te diré lo que pasó allí, a sus dieciocho o diecinueve años, aquello insólito que lo cimbró y trastornó su vida para siempre. El caso es que volvió a México cambiado y con la firme convicción de estudiar medicina, y lo hizo… pero no terminó. En el último semestre de una carrera brillante, en octubre de 1968, su vida dio nuevamente un giro total. Pablo, su mejor amigo, el mismo con quien había viajado por Europa, fue asesinado frente a sus propias narices y esto lo llevó irremediablemente a la política, lo que había evitado por miedo a repetir a su padre. Tlatelolco, de cierta forma, le abrió los ojos por segunda vez… pero de una manera terrible. Tras el descubrimiento de *eso* insólito en Sicilia, aquel fenómeno que lo había llevado inicialmente a la medicina, el siguiente momento decisivo fue la atroz matanza que presenció cuando tenía unos veinticuatro o veinticinco años. Por eso, te repito, dejó la medicina, y por eso eligió estudiar filosofía, un sesgo en apariencia radical… pero no tanto si se analiza con detenimiento. Pensaba que habíamos heredado de los griegos no sólo nuestra idea de democracia y de justicia, nuestra noción de libertad y de búsqueda de la verdad, sino también nuestra idea de humanidad y nuestros primeros balbuceos científicos. Creía, o eso decía, que el estudio profundo de los griegos lo llevaría, de manera indefectible, a entender a los romanos, a Séneca y a Adriano; un proceso semejante al de su propio padre y al de mi bisabuelo Enzo… aunque cada uno, ya ves, por diferentes caminos. Yo creo no obstante que lo que realmente pasó fue, primero, que los avatares políticos lo habían por fin cimbrado ese otoño del 68, y segundo, que si ya estaba resuelto a dejar la medicina, también lo estaba a no estudiar derecho. Le interesaba más bien la filosofía del derecho, otra cosa mucho más abstracta que no sabía entonces definir. En el fondo despreciaba a los leguleyos, no simpatizaba con los abogados, esos licenciados en ciernes de hacerse dirigentes políticos corruptos, desdeñaba a los

litigantes, y sobre todo a la burocracia jurídica por culpa de la cual, decía, estaba y sigue empantanado México. Por eso es que estudiar filosofía griega era, supuso, la mejor alternativa y porque, finalmente, era lo único que podía sacarlo del abatimiento existencial en que se hallaba postrado tras la muerte de su mejor amigo. Por todo ello, su extravagante punto de partida, a diferencia de cualquier político, era más bien politico-filosófico e incluso mucho más que filosófico: era el punto de vista de un filósofo de la naturaleza, tal y como se les conoce a los presocráticos… Es también por esos meses que cae azarosamente en sus manos un maravilloso artículo de quien luego se convertiría en su mentor y amigo, a pesar de la diferencia dé edades; uno de los grandes filósofos del siglo, el judío austríaco Karl Popper, un racionalista a ultranza, de quien aprendió lo que, de hecho, ya de sobra había heredado de su padre y de su abuelo: nadar contra corriente, ejercitarse en la profesión de criticar los fundamentos, cualquier forma de verdad inapelable, cualquier tipo de *episteme*, especialmente el conocimiento científico, lo que luego llevará a mi padre (en el fondo un pseudomístico como Wittgenstein) al otro extremo de eso que, en principio, predicaba Popper. En todo caso, lo que mi padre leyó ese invierno de 1968-69 era una larga, larguísima conferencia, que Popper había dictado pocos años atrás (hacia 1965, creo) para inaugurar el Coloquio sobre Filosofía de la Ciencia en Bedford College. Se titulaba "La racionalidad y la búsqueda de invariantes" y su tema principal no era otro que los presocráticos, o más precisamente, Parménides, su filósofo de cabecera, el mismo racionalista eleata a quien dedicaría muchos más trabajos a partir de esa época y hasta el final de su vida. Bueno, pues el caso es que mi padre, harto de México y del Orangután, decidió de buenas a primeras ir a estudiar al London School of Economics, donde enseñaba Popper, y dejar todo lo demás atrás…

De pronto un ruido súbito, un crujido, los sacó a los dos del arrobamiento histórico en que se encontraban metidos desde hacía una hora o más, reclinados, abandonados uno encima del otro dentro del estudio del pintor sobre los almohadones que usaban de vez en cuando las modelos. Matilde, indecisa, creía haber escuchado unos pasos leves, apenas un rumor de huellas allá afuera, en la azotea, cerca de la habitación de Arturo. Se levantó de un salto cubriéndose el pecho con las manos, como si alguien la estuviera viendo. Se giró a ver (inquisitiva) el rostro del pintor y éste, para su sorpresa, sólo sonrió y guiñó un ojo buscando tranquilizarla, calmarla con ese ambiguo movimiento de las cejas. Ella sin embargo no pareció reaccionar o no comprendió el gesto. Arturo, por toda respuesta, comenzó a acariciar lentamente su espalda desnuda como si acariciara el lomo de una yegua o una gata en celo acurrucada contra sus

costillas. No dijo nada. No decía una palabra. Por fin, sin poder aguantar más, desesperada por el silencio insoportable de su amante, Matilde musitó molesta, temerosa de que alguien la pudiera escuchar:

XVII

Esa misma noche, luego de haber despachado mi pasta al vino blanco (debiera decir: después de que Emilio y yo nos la comiéramos pues Irene no probó un bocado), mi mujer me anunció que necesitaba unos días para reflexionar serenamente. Mi sorpresa quedó expresada con un simple y recio eructo que no pude controlar y que hizo a Emilio desternillarse de risa, lo cual llevó, acto seguido, a que copiara la majadería de su rústico y majadero padre. Esto a su vez, y dada la poca paciencia de Irene ese día, no hizo sino adelantar la hora de nuestro ansiado ritual conyugal, no precisamente el del amor, sino el del añorado reposo al final de un largo y complicado día: ponerle su pijama a Emilio, cepillarle los dientes, contarle dos o tres cuentos, simular una oración y esperar a que cayera dormido en la tibia y acogedora penumbra de su recámara. Esta era mi tarea y la amaba, lo confieso. Con todo, echaba de menos el no llevarla a cabo con Dulce, mi hija, ahora tan lejos de mí, tan separada de su majadero papi bienamado. No tenerla a mi lado era, ni qué decir, una tristeza callada que me carcomía como una termita carcome la madera podrida, una nostalgia maldita que no desaparecía con el paso del tiempo, a pesar de que así lo creí (o lo esperé) en un principio cuando Emilio nació y me llenó de alegría en el exilio de Estados Unidos.

Pero no nos desviemos. Tenía que acostar a mi hijo pues era evidente que esa noche Irene quería hablar, necesitaba decirme algo, y lo hizo una vez estuvimos los dos sentados en los muelles sofás de la sala, la mejor parte de nuestra casa amueblada a la americana:

—Espero que no te importe, Eusebio: le he llamado nuevamente a mi madre y me ha invitado a pasar unos días en San Francisco. La verdad todavía no me repongo, ¿para qué nos engañamos?, ¿para qué te engaño? Necesito saber qué hacer, y preferiría estar sola, meditar…

Aunque desconcertado, pero con la experiencia que da un primer y último divorcio, contesté sin mostrar que estaba verdaderamente cogido de improviso:

—Cuenta conmigo. Aquí te esperamos. Yo me hago cargo de Emilio. Tómate los días que quieras.

—Me llevo a Emilio; por eso no te preocupes. Mi madre no lo ha visto y ésta será una buena ocasión para los dos, ¿no crees? Emilio extraña a su abuelita. Ella ha prometido hacerse cargo de él mientras

yo resuelvo si voy a México a buscar a mi madre o si dejo las cosas tal y como están.

—¿O sea que piensas ir a México?

—La verdad, no lo sé. Estoy confundida. Muy confundida…

No sabía, lo confieso, si sentirme francamente liberado o deprimido con la nueva que me daba mi mujer esa noche sin ternura. No lo sabía porque, con toda honestidad, aún no sentía nada, aún no lograba calibrar mis sentimientos, mis emociones, si es que los había y los sentía. Estaba, ni qué decir, confundido como ella, pero evidentemente mi confusión era cosa de poca monta en comparación al galimatías mental y emocional por el que probablemente pasaba mi esposa. Callé. Estaba atrapado. Estábamos atrapados. Acepté el viaje, su viaje interior, su anábasis o lo que sea. Esa misma noche Irene compró los boletos de avión por internet y al otro día mi pequeña familia, la única que tenía y por la que tiene sentido mi existencia en Madisonburg, se iba, primero, a San Francisco a pasar unos días con mi suegra, justo al otro lado del país (lo cual casi significa irse a otro país), y quizá más tarde al Distrito Federal, la endemoniada Capirucha con treinta millones de salvajes.

Antes de despedirme, a punto de internarse en el laberinto aséptico del aeropuerto con Emilio, pude decirle a Irene (no sé todavía sin con prurito revanchista, enfurruñado por su precipitada ausencia) que quizá yo también me iría a pasar unos días a Nueva York, si es que eso a ella no le importaba. El semestre recién había acabado y los cursos de verano no comenzaban todavía. Ella, como toda respuesta, me abrazó muy fuerte y me dijo:

—Excelente idea, amor. Claro que sí. Es más, no quería que te quedaras solo en casa. Te deprimirías horriblemente; invita, si quieres, a Estéfano o a Javis, tal vez quieran acompañarte —tanto alborozo, lo confieso, no hizo sino deprimirme un poco más: ¿acaso no le importaba?, ¿acaso no le preocupaba a Irene que yo, su maridito, me fuera a Nueva York, y con Estéfano, mi amigo de juergas, mi colega italiano del Departamento? No, Eusebio, me respondí manteniendo la cordura, no es que no le importes, sosiégate, hombre, simplemente éste es su tiempo, su espacio, un intervalo para comprobar si ella (sola y a sus anchas) descubre lo que realmente quiere hacer con su cósmico hallazgo biológico. Espérala, hombre, necesita unos días o semanas, ya todo se aclarará. Así que, para simplificar, diré que un par de días más tarde, no del todo sosegado, este hombre (yo) también partió a Nueva York pero sin Javis ni Estéfano pues la mujer del segundo, Stephany, celosilla y cuáquera, no vio con mucho agrado la invitación. Sin embargo una vez allí, una vez llegado a la imponente ciudad de pináculos y rascacielos, apeado y aturdido en el hacinamiento de Penn Station, se me volvió otra vez a revelar eso que siempre había sabido y

parecía olvidar con cada nueva visita: que Nueva York no existe, que Nueva York nunca ha existido, que Nueva York es como El Cairo o el Distrito Federal o incluso un poco como París, pero también es bastante diferente… ¿Cómo decirlo, Irene? Ninguna de estas ciudades, en principio, existen, o existen a medias o Nueva York es simplemente la única que no existió jamás desde que la inventaron o soñaron. Lo corroboré, repito, esos cinco días en que, yendo por sus avenidas y plazas y calles y parques y puentes y museos, comprendí de pronto, como un García Lorca recién desembarcado, que yo tampoco existía a pesar de estar allí, a pesar de estar mirando a la gente a un palmo de distancia. Y es que lo que realmente sucedía es que de pronto, en apenas un abrir y cerrar de ojos, nadie reparó en mí, a nadie le importé un comino esos infaustos cinco días que deambulé, pasmado y solo, por todo Manhattan hasta cruzar Brooklyn Bridge y llegar, al otro lado, a Brooklyn Heights desde donde pude contemplar deslumbrado, a media tarde, los rascacielos horadando el cielo arrebolado al otro lado del mar.

Nueva York, Irene, es algo así como una isla atestada, como millones de islas atestadas, hacinadas, yuxtapuestas: el proceso de alienación es, pues, inmediato nomás se aterriza o se pisa el andén enloquecido de Penn Station. ¿Pero acaso tú podías profetizar que yo no iría a conocer ni a intercambiar una palabra con nadie en cinco insufribles días neoyorquinos? Quizás exagero y sí crucé un par de palabras con el gerente del hotelito en que me hospedé por ochenta dólares la noche, con el voceador del quiosco y con la señorita en delantal que me servía el café cada mañana en la esquina del hotel; pero aparte de ellos tres, Irene, y de un loco con el que me topé una noche, con nadie más pude tener una amigable conversación.

El asunto es que caminaba y caminaba y caminaba, pero ¿adonde? No lo sé. De hecho, eso es lo de menos pues uno simplemente camina por Manhattan, de aquí para allá, por Broadway, Union Square, por la Dos, por la Cinco, por la Catorce, por Central Park, por Soho, por East Village, por Astor Place, por Times Square, por St Marks, por Lexington, por doquier, por doquier, mientras pasan miles y miles de rostros frente al tuyo, miles y miles de cuerpos fugaces, transitorios, frente a tu cuerpo perfectamente invisible. Pero ¿acaso te ven? ¿Me veían? Aparentemente nos veíamos o al menos parecía que chocaban nuestros ojos (nuestras miradas) por un instante, a veces por uno o dos segundos, quién sabe, pero luego… nada, desaparecían, no estaban más allí, se disolvía todo rastro, toda huella, cualquier reminiscencia humana, y todo porque inmediatamente después, acto seguido, en menos de un parpadeo o guiño, ya había cruzado la mirada con dos o tres o cuatro rostros más, con cientos de rostros tránsfugas, así, *ad nauseam*, una cosa verdaderamente terrible y

promiscua. No podía fijar nada en la retina, en la retícula, carajo; no podía congelarlo como dicen que los perros son asimismo incapaces de congelar nada en su estúpida memoria canina. Era, créeme, como jugar un juego de infinitas y perdidizas miradas caninas, una suerte de oquedad sin límite y sin fondo y sin fin: verse y no verse, cruzarse y no haberse cruzado en una acera congestionada. Un juego macabro a altísima velocidad cuya máxima o regla fuera la imposibilidad del reconocimiento o del congelamiento del cuerpo o la visión. Algo, de hecho, extenuante, abrumador, pues si de pronto hubiese deseado, supongamos, trastocar la perenne regla neoyorquina por una sola vez, fijar, por ejemplo, un rostro, una nariz, un ceño, me quedaba claro, como un bofetón metafísico, que esta regla era por demás inflexible, indestructible: no habría jamás correspondencia, no habría reciprocidad, no habría contacto humano. Miradas, sí: muchas, muchísimas. Sobraban. Reconocimiento, ninguno. Imposible, Irene, ¿y sabes por qué? Porque simplemente no se reconoce lo que no hay, lo que no existe, lo que no se ve, lo que ni siquiera es soñado.

Así, luego de esa nueva epifanía, fui dándome cuenta de que si yo no existía para ninguno de esos miles de seres que me veían y traspasaban mi vista con su vista al caminar con tanta prisa, luego entonces nada allí debía existir y todo debía ser una ilusión, uno de esos actos de prestidigitación del mago David Copperfield… pero, ¡claro!, a grandísima escala. Más aún: comprendí que el neoyorquino, aunque parece un autómata o un zombi de mirada despierta y reflejos por completo alertas, no existía pues en el fondo es tal su aceleración, la velocidad de su desplazamiento, que las partículas o moléculas que lo constituyen empiezan, desde muy temprano, a dispersarse, a disgregarse, hasta salir disparadas por el éter, quedando al final una suerte de mancha o residuo o *archéy* algo parecido a una esencia o entelequia vestida, a una nebulosa humana con ojos, piel, dientes y nariz con pelos y mocos.

Es tal vez la misma aceleración convertida al final en increíble fuerza centrífuga, aunada a la conglomeración de la ciudad, la raíz de esa grieta u oquedad que habita y se ceba en Nueva York, esa es la raíz de su ninguneidad o vacío. Incluso si hoy, por ejemplo, te conozco, mañana no me acuerdo de ti, y no me acuerdo de ti simplemente porque, un segundo más tarde, he conocido a otro y a otro y otro más, es decir, no he conocido a nadie, nunca he conocido a nadie, todo lo cual me lleva a confirmar lo que yo ya sabía desde siempre: que Nueva York es la sinécdoque del mundo, es el todo reducido a la nada, es la megalópolis donde, si copulo contigo, copulo con nadie; donde si tengo un hijo contigo, nunca tuve hijos contigo ni con nadie; donde si envejezco a tu lado, no envejezco porque nunca he envejecido o porque simplemente no he nacido o no me acuerdo o

no tuve padre ni madre y mucho menos hermanos. ¿Cómo podría relacionarse quien no nació o no se acuerda de su cumpleaños? ¿Cómo podría envejecer quien no existe? ¿Cómo podría *yo* existir en Nueva York si salgo y entro a esa ciudad y a nadie le importo un bledo, si nadie se da por enterado o si, de plano, me caigo al Metro o me atropella un coche y la multitud, viéndolo, sigue su camino impasible, como si nada, pues llevan (como siempre) mucha prisa? No existo, Irene, porque no hay reconocimiento, porque no hay reflejo en la mirada, porque no hay reciprocidad, por culpa del inefable Amor empedócleo, por la maldita Cipris que todo lo ha mezclado y unido con argamasa, supongo.

18

(**Martes 16 de mayo, continuación**)

—¿Oíste? —dijo Matilde asustada, impaciente del silencio y la imperturbable calma de Arturo.

—Claro que oí.

—¿Quién es? —resondró zafándose del pintor que la atraía hacia sí con suavidad, con ligereza, pero imponiendo algo de fuerza, imponiendo su voluntad, su calma o su confianza.

—Pues quién va a ser sino Tamara.

—¿Tamara, tu esposa?

—No conozco a otra Tamara, Maty —Arturo sonrió imperturbable al mismo tiempo que encendía un cigarrillo y lo aspiraba con deleite, sopesando el azoro, la sorpresa, de su joven entrevistadora.

—Pero me dijiste, me aseguraste que no venía por las tardes, ninguna tarde —Maty casi levantó la voz haciendo al mismo tiempo amago de atraer su ropa y empezar a vestirse, a lo que Arturo rápidamente reaccionó deteniéndola en el acto y diciendo, casi musitando, condescendiente, tibio:

—Nunca viene en las tardes, Maty, pero apareció hoy, no es culpa mía… Algo se le habrá olvidado, no sé. Pero no te preocupes: no va entrar al estudio, nunca entra. Es parte del trato.

—¿Qué trato?

—El de que no puede interrumpirme cuando pinto pues algunas de mis modelos se molestan cuando alguien, aparte de mí, las descubre posando. Ya sucedió una vez, hace mucho, y fue un caos. No es fácil, supongo, que de pronto se les aparezca la esposa del pintor cuando ellas se encuentran allí paradas, estáticas, enseñándome su vello

púbico y las tetas, ¿no crees? A veces les pido que abran las piernas o se toquen con un dedo o con el mango de un cepillo, cosas así.

—¿De qué mierda me hablas, Arturo?

—Baja la voz…

—La bajo, sí, pero explícame…

—De que no debes preocuparte, de que Tamara no va entrar aquí jamás ni va a sorprenderte conmigo por la sencilla razón de que ella ya lo sabe todo…

—¿Qué carajos es lo que ya sabe? —Maty estaba desencajada, aturdida, por tanta información. No podía irse del estudio, pero tampoco deseaba quedarse allí un minuto más, ser encontrada desnuda sobre el cuerpo del esposo de Tamara.

—Ella sabe que estás aquí, conmigo.

—¿Qué?

—Que Tamara sabe que vienes al estudio algunas tardes. Los martes y jueves.

—Pero ella cree que estoy entrevistándote, ¿no es cierto?

—No, Maty, ella cree que estás posando para mí; no que estás entrevistándome—dijo Arturo volviendo a coger su cigarrillo, desparramando parte de la ceniza sobre su pecho desnudo, sobre su vello enmarañado y oscuro. Luego de darle una larga aspirada, volvió a decir con absoluta serenidad, con una tranquilidad que pretendía trasminar a su amante al mismo tiempo que echaba las volutas de humo por el aire calcinado del estudio—: Sí, no te espantes, Matilde, por favor. Ella piensa que estás posando desnuda para mí como tantas, nada más. No te preocupes. Yo se lo avisé. Le dije que vendrías. Sabe que hace dos semanas empezaron nuestras sesiones y que estoy haciendo un hermoso cuadro tuyo.

—Pero si no hay cuadro, Arturo.

—Pero lo habrá… —arremetió su amante jubiloso, insufriblemente seguro de sí.

—Pero si sólo posé una vez para ti y era un esbozo con carbón lo que hiciste, ¿o no es así? Aparte… no quedaste satisfecho, o eso me dijiste, mentiroso.

—Créeme, habrá un cuadro hermoso… Lo habrá.

—Pero si Tamara sospecha algo y se le ocurre entrar aquí de repente. ¡Imagínate!

—Ya te dije que no lo va a hacer, despreocúpate y ven, acércate.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Porque sabe que eres la esposa de mi amigo y sería humillante para ella y para ti que de pronto se metiera en mi estudio como olfateando algo, ¿comprendes? Así es la psicología femenina: alrevesadamente orgullosa. No lo va a hacer, la conozco como la

palma de mi mano. Sabe que eres la mujer de mi amigo porque ella misma recibió de sus manos el adelanto el día que no estaba yo aquí.

—¿Qué adelanto, Arturo? ¿De qué hablas? —preguntó, respondió atónita Matilde, sintiendo nuevamente una ráfaga de calor sin aire por el cuerpo sudoroso y entumido.

Esta vez sin embargo Arturo pareció contrariado, un poco irritado, pero apenas por unos segundos, apenas mostrando una milésima de brillo en sus ojos opacos; había hablado más de la cuenta, empero, un momento después se repuso y con parsimonia, falsa o verdadera, contestó:

—Mira, no te lo debía decir… porque supuestamente se trata de una sorpresa. Tu marido quiere regalarte un retrato para el día de su aniversario, o eso al menos me dijo la última vez que lo vi.

Maty estaba perpleja, atónita, ¿acaso había oído bien o estaría soñando? Por supuesto, ella no tenía idea del regalo, no tenía idea de un cuadro, de la sorpresa o lo que fuera aquello que tramabas tú, cándido Lector. Ella había ido, primero, por las entrevistas y sólo por ellas y nada más; ahora, sin embargo, estaba allí por él, por el cuerpo de este dios agro que la había hecho sucumbir de amor dos tardes enteras, por ese loco del sexo que le había clavado una estaca entre las piernas y que la sabía lamer y la sabía tocar con manos duras y suaves, duras y suaves, hasta el vértigo, hasta el agotamiento. Aunque deseaba desesperadamente conseguir esa entrevista de él, conocer la historia secreta del personaje de su tesis, ahora mismo y contra todas sus predicciones, se combinaban arteramente los motivos de sus visitas, de sus estancias en el estudio caldeado del pintor. Era el sexo que tenía y era la información que él le daba. Eran las dos cosas, sí, era cierto, y si al principio se excluían, si se excluyeron un lapso, ahora sin embargo las cosas habían cambiado: ambos motivos se interconectaban, se volvían una cosa insoluble, bifronte, con o sin su voluntad, ya no importaba. De hecho, no lo sabía con certeza pues ya no podía pensar ni un poquito más, no podía, el calor y el cúmulo de noticias la mareaba, la sometía al tórax y el brazo masculino que la asía ahora mismo contra sí.

Justo en ese momento se oyó una puerta rechinar y otra vez unos pasos minúsculos, breves, en la azotea, ese llano en llamas de un edificio viejo en la Narvarte. El rumor, cada vez más lejano, difuso, desapareció por completo.

—¿Se ha ido? —preguntó Matilde saliendo de su mutismo, sentada al lado del pintor, con un almohadón contra su pecho, cubriéndola de la luz violeta, envejecida, del crepúsculo, o acaso cubriéndose de la embestida que temía en caso de que la mujer del pintor se apareciera allí con un cuchillo en la mano.

—Sí —contestó Arturo sin dejar de mirarla, admirándola,

deseándola otra vez, lleno de calma. Dio la última aspirada a su cigarro y lo apagó en un cenicero de barro atascado de colillas. Hacía calor allí adentro a pesar de la ventana sin alféizar que se abría a la calle desde ese quinto piso en la Narvarte. Pasaron uno o dos minutos, los brazos y los hombros de ambos se perlaban de copioso sudor al mismo tiempo que el sosiego o bonanza reinaba nuevamente en el estudio maltrecho. Maty, saliendo de su sonambulismo, acaso en un rapto de inspiración, preguntó: —¿Por eso es que deseabas que posara para ti desde un principio, no es cierto? ¿Porque mi marido te había pedido el cuadro? Sólo por eso, cabrón, ¿no es así?

Lentamente, sin perder la calma y sin atisbo de nervios, Arturo contestó imperturbable, cariñoso:

—No sólo por eso, Matilde, sino porque te deseaba, porque te quería ver sin ropa, quería conocerte viva, desnuda, porque presentía que te amaba ya… Porque convertirte en una estatua, aunque sólo fuera por dos horas, era casi como poseerte, ¿comprendes?, era como adueñarme de ti, una enfermedad que compartimos los pintores.

—Pero tú a mí no me amas, Arturo, no te engañes, por favor —dijo Matilde casi halagada de oír a Arturo hablar así… por falso o deshonesto que fuera, ¿pero cómo saberlo, cómo estar segura de que le mentía? Tal vez decía la verdad. ¿Estaría enamorándose de ella?

—Esta es la segunda tarde que te amo, o si no: ¿a qué carajos le llamas tú amar? —preguntó Arturo sonriente, avaricioso, volviendo a atraerla hacia sí con su antebrazo.

—Bueno, en ese sentido sí nos hemos amado. Tú ganas, pues —respondió Maty burlona, juguetona, dejándose llevar nuevamente a los brazos y el cuerpo del pintor.

—No te engañes, Matilde: no hay otro sentido —respondió Arturo al tiempo que la abrazaba contra sí—. Lo demás se llama *caritas*, amistad o, bien: eso que los griegos llamaban *ágape* y que, por supuesto, nada tiene que ver con el amor que tú y yo tenemos aquí.

—Otra vez con los griegos, Arturo.

Callaron. El silencio de la tarde planeaba, asolaba el taller y la terraza con su estrago y su vapor, perlaba las frentes y los hombros de ambos. Los pasos de Tamara o de quien fuera (un tigre, una jirafa) se habían evaporado, se habían convertido en infinitesimales partículas de humedad, en *aér*. Podían estar tranquilos, casi contentos y ufanos de su sexo y su secreto; ahora Matilde podía relajarse, empezar a besarlo otra vez desde la coronilla hasta los dedos de los pies, sin embargo de pronto preguntó, sobrecogida por una intuición o iluminada por el último *anáklasis* de la tarde que atravesaba la ventana:

—¿Y cómo vas a terminar el retrato a tiempo si seguimos

amándonos en tu estudio en lugar de sentarme a posar?

—Eso está solucionado.

—No entiendo.

—Es muy fácil, Matilde —contestó Arturo con ese tono de misterio suyo casi insufrible en ese momento de verdades y descubrimientos—. ¿Sabes? Casi me inquieta el que no te hubieras dado cuenta desde un principio…

—¿A qué te refieres? ¿Es un acertijo otra vez?

—A ver… dime: ¿acaso tu marido piensa que vienes a posar para mí o que vienes a entrevistarme para ver si consigues información valiosa sobre mi padre? ¿Qué cree él? ¿Qué le has dicho?

—Que vengo a entrevistarte, claro. Eso es lo que él piensa y eso es lo que he intentado hacer todo este tiempo, Arturo, aun hasta cuando estamos tirados aquí, sobre este *quilt*, entre tus almohadones viejos.

—Lo que quiero decir es que la última vez que lo vi, me dejó unas fotografías tuyas, y con ellas he estado trabajando… Sin ti, por supuesto. La condición es, o más bien era, que tú no te enteraras del secreto, de la sorpresa que te quiere dar para su aniversario.

—O sea, que no necesitabas que posara para ti.

—No, ya te lo dije. Te lo he venido diciendo toda la tarde… pero no escuchas o no te atreves a escuchar cuando por fin alguien se anima a decirte la verdad. Quería poseerte, deseaba tenerte quieta, sola, para mí…

—Y querías seducirme…

—Sí, aunque la verdad… no sabía si lo iba a conseguir —replicó Arturo abrazándola más fuerte, riendo.

Nada de lo que el pintor contaba, sin embargo, parecía ya enfadarle a Matilde; al contrario: le complacía ver cuánto le gustaba ella a él, corroborar su intuición primera, aquella que tuvo en su primera visita a esa azotea. En el fondo, secretamente, se sentía plena, radiante de saber que el pintor agro había sucumbido tanto como ella había sucumbido a él. Estaban, pues, a la par, en aparente igualdad de circunstancias, o eso creía; no había, por tanto, nada más que agregar o debatir consigo misma pues de cierto modo la suertes estaban echadas y porque, aparte de ésa única meta bifronte (su sexo con él y la información que le daba sobre Soto Gariglietti tumbados en el suelo sobre el *quilt* y unos almohadones), nada más le importaba a estas alturas de la vida. En este momento no tenía más palabras para explicarse esa madeja de sentimientos que la atrapaban y le obstaculizaban la visión, el recuerdo de su primer año de casada; de hecho, no podía pensar más allá de la azotea, ni a un palmo de distancia que no fuera el del perímetro de su propio cuerpo en llamas, el de la necesidad y deseo de su cuerpo; era como estar hundida,

insomne, en las aguas de una pecera o en un cuarto oscuro, líquido, flotando, nadando. Sus ideas o presentimientos topaban con un callejón sin salida, de pronto chocaban contra un punto violeta o naranja a partir del cual ya no podía o no quería pensar ni averiguar nada y menos barruntar el futuro, su porvenir conyugal. Estaba ahíta, su carne estaba ahíta y fláccida a la vez, una perfecta combinación. Ahora sólo necesitaba gozar otra vez su dicha física, epidérmica, gozar incluso con los efectos desastrosos de su traición y su asombroso descaro, su desvergüenza. A partir de este momento, si no es que desde siempre, quería continuar sintiéndolo a él, poseyéndolo a él, a Arturo, ahora que lo había arriesgado todo, su matrimonio, su lealtad, ese año a punto de cumplirse de vida conyugal ya dado, por supuesto, al traste… irremediablemente. Ahora misma se hallaba feliz reclinada contra ese costado, contra esa otra carne, y no quería reflexionar más ni meditar en las consecuencias de sus actos, sólo ardía (abrasada o carbonizada) por dentro: esa era su inextinguible verdad, sus piernas ardían otra vez de impaciencia y necesitaba apagar el incendio que la venía acosando, la hoguera que le incineraba las entrañas y el sexo. No había, es cierto, una sola fibra de remordimiento o vergüenza que la atenazara, que la detuviera, por extraño que parezca, todo lo contrario: los resortes o resistencias estaban amputados, ni una sola señal de pudor o inhibición la tocaba, necesitaba algo, cualquier cosa, urgente, y por eso atinó a coger con destreza, con habilidad de orfebre o carnicero, la verga de Arturo entre sus manos sin que él se lo pidiera. Casi de inmediato, enfebrecida, empezó a lamerla, a lamerla con voracidad, hasta el momento en que sintió que ella debía montarse en él, exprimirlo, arrebatarle todo su deseo, sus ímpetus, y eso hizo, cegada e impaciente: lo montó, agonizó y quedó yaciente, lívida, como una muerta flotante de Rosetti… sin que entonces le importara nada más, sin que le interesara nadie, ni una posible aparición de Tamara ni su tesis ni su aniversario de bodas y ni siquiera su tierno marido, tú, conspicuo Lector de *Fricción*.

XIX

Fue a los pocos días de regresar a casa de mi alucinante y solitaria visita a Nueva York que comenzó todo, que todo se complicó en mi rutinaria vida, que yo lo compliqué todo en la universidad, en el pueblo, en el mundo. Con Irene y Emilio en casa tal vez otro hubiese sido el resultado, el final. Pero lo cierto es que ellos dos no estaban, lo cierto es que Irene ya había dejado a mi suegra en San Francisco y se encontraba en México desenredando su propia madeja vital,

entrevistándose con su otra madre —quiero decir: su madre biológica —, mi ex suegra Dulce Mallea, y conociendo de paso a su caprichosa media hermana biológica, mi ex mujer, Fedra. Flabría que agregar que, por si todo esto no fuera poco, mi hijo Emilio descubría en esos días que tenía una media hermana, algo mayor, mi hija Dulce, y que ambos estaban, por supuesto, encariñándose de sus respectivas tías, mi mujer y mi ex mujer. Pero todo esto, por descójonante o rabelaisiano que parezca, poco o nada es comparación a lo que sucedió conmigo (conmigo y mi gargantuelesco entorno) mientras me encontré solo, amorriñado, en Virginia, preparando el inminente nuevo curso de verano sobre novela de la Revolución (más exactamente: sobre las *Memorias de Pancho Villa*, de Martín Luis Guzmán), y metiéndome en un enredo del infierno del que todavía no salgo. Sin embargo, antes de contar el tamaño y las circunstancias en que se desarrollaron los lamentables eventos en que participé como miembro activo u honorario, debo intentar hacer, al menos, un somero croquis de los personajes que intervinieron en el drama, los seres de carne y hueso y mierda que rodearon los infaustos sucesos en Millard Fillmore University.

En primer lugar y centro espacial de todo los desastres por venir, hoyo negro o érebo siniestro de nuestro Departamento de Lenguas Extranjeras, se encuentra mi colega ecuatoriana, la gorgona Gaudencia Gross-Wayne, especialista indisputable en la obra del premio Icaza ecuatoriano, el nunca suficientemente bien ponderado Marcelo Chiriboga. Debo decir que desde que llegué a Millard Fillmore University, Gaudencia no ha dejado de jactarse un solo día de ser íntima amiga de Chiriboga; en más de una ocasión me mostró las fotos que guardaba como si se tratara de reliquias, uñas mugrientas o cabellos del escritor: en ellas está Gaudencia de pie junto con otros cinco desconocidos rodeando a Chiriboga, quien a su vez se halla sentado (¿aburrido, abrumado?) en un sillón de mimbre de una amplia sala estilo colonial. Hay que añadir que Gaudencia se enorgullecía de ser la connotada autora de ocho o más títulos alrededor de la obra de su compatriota ecuatoriano. Entre ellos destacan pero no se agotan los siguientes, ninguno de los cuales, confieso, he tenido tiempo de leer: *El uso de colores en las obras de Marcelo Chiribogay El arco iris en las obras de Marcelo Chiribogay Los colores primarios en las obras de Marcelo Chiriboga, Los colores secundarios en las novelas de Marcelo Chiriboga, El pintoresquismo en la narrativa de Marcelo Chiriboga, El rojo en las novelas maduras de Marcelo Chiriboga, El verde en los cuentos de Marcelo Chiriboga* y por último, el más reciente, *El azul en la poesía de Marcelo Chiriboga*. De modo un tanto misterioso, todos estos sesudos y extensos ensayos —lo de extensos se ve a leguas, lo de sesudos no me consta— los ha publicado

la prensa ecuatoriana Qohelet, la cual, corrió el chisme no hace mucho, sólo publica libros cuyos autores mismos están dispuestos a solventar. Pero esto, dice Gaudencia con aplomo, es puro chisme, infundio de gente envidiosa en el Departamento de Lenguas, que sabe muy bien que tengo dinero, mucho dinero. El escándalo, empero, campeó en la editorial Qohelet, sede en Guayaquil, cuando se descubrió que el último libro de Gaudencia, el del color azul, era un sinsentido, un perfecto dislate, pues Chiriboga, que se sepa, jamás ha escrito un solo poema en su vida… aunque sí había usado el color azul, es cierto, para describir algún escena de mar y algún esplendoroso cielo ecuatoriano. Mi colega nunca quiso, sin embargo, dar explicaciones al respecto; en una ocasión, hace meses, murmuró al desgaire, enfurruñada, que el hecho de que nadie conociera esos poemas inéditos no invalidaba un átimo su existencia, por no hablar de lo que ella consideraba con astucia: "la excelsa prosa poética de Chiriboga". Pero pasando a otro asunto, creo, más relevante y relacionado igualmente con mi colega, está el hecho de que la gorgona Gross-Wayne sí concluyó hace algunos lustros su doctorado en la Universidad de Wichita, Kansas, donde sus mentores fueron los famosos Avellaneda y Macpherson, con quienes nunca se acostó por la sencilla razón de que ambos rechazaron sus ofrecimientos, según me informó un antiguo estudiante de Macpherson al que conozco bastante bien y en quien confío plenamente. La pregunta salta entonces a la vista: ¿cómo diablos la rechazaron sin ofender a la estudiante ecuatoriana, a la profesora en ciernes, siendo como es (y esto sí me consta), imponderablemente fea, por no decir horrorosa: ojos saltones de sapo, bozo no incipiente en el mentón, fofas y abundantes bolsas de arrugas en lugar de mejillas, nariz ganchuda y porosa como un garbanzo? Pues muy simple: cada vez que ella se introducía en sus oficinas en el departamento de su universidad, en Wichita, ellos argumentaban para quitársela de encima que, a pesar de ser tan joven y atractiva, no podían ni se atrevían a tocarla pues sus carreras académicas dependían de su integridad como profesores. Y ésa era sin duda su mejor excusa pues me consta que si uno intenta algo dentro de la academia yanqui, pierde no sólo el trabajo sino hasta la reputación. Entonces, sólo entonces, es que la hidra de Lerna dejaba de acosarlos, según me contó mi informador. Ahora bien, lo más sorprendente de todo esto es que, seis meses más tarde, y esto apareció en varios periódicos de Estados Unidos, Avellaneda fue expulsado de esa misma universidad por un extravagante caso de zoofilia: parece que en la desesperación de su abstinencia, el profesor extremeño estuvo ocultando por cosa de un año una mascota, una simia u orangután que, según decía el artículo, había huido del zoológico del condado debido a que los gendarmes la maltrataban o

no le daban suficientemente de comer. Esto resume y confirma, creo, el grado de monstruosidad de mi colega Gaudencia: y es que aun teniendo la oportunidad de acostarse con su joven alumna, Avellaneda prefirió, a pesar de todo, continuar su aberración sexual al lado (¡nada menos!) de una simia fugitiva. A este hecho ya de por sí inusual e insólito, se suma otro más: el de que Gaudencia sufra de daltonismo… y esto, si no me equivoco, desde los siete años de edad. Ello, por supuesto, no fue óbice para que ella se impusiera el reto mayúsculo de investigar profusamente (como se desprende) un tema tan delicado como el de la gama pictórica del famoso autor ecuatoriano. (No era tampoco cosa de exigirle al pobre Avellaneda que hiciera un examen oftalmológico a cada uno de sus estudiantes graduados.)

El caso es que esta mujer y *yo* nunca nos hemos entendido. Por más que en un principio ella intentó acercarse a mí con halagos sobre lo lindo que era Cuernavaca y Acapulco, su admiración por Laura Esquivel y Guadalupe Loaeza, yo nunca me he dejado atrapar por sus inexistentes y taimados encantos. Tiene un carácter autoritario y arrogante que simplemente no aguanto y el cual trasluce con los otros (los de abajo) cada vez que tiene oportunidad. Sus estudiantes la detestan más que sus colegas y muchos alumnos han venido a quejarse conmigo sobre la forma insultante y despótica como los trata, contra lo que yo, desafortunadamente, nunca he podido hacer nada (o no mucho), sobre todo por una razón: no he obtenido mi *tenure*, es decir, mi plaza, en MFU, y tampoco quería poner en peligro el proceso situándome en una posición delicada frente a mi colega, quien sí detenta el *tenure* y quien fácilmente podía joder mi permanencia en la universidad. Así que yo, el orgulloso Eusebio, lo mismo que mi amigo y colega, el turinés Estéfano Morini, y los gallegos Tino y Javis, de quienes ya hablé, hemos tenido que hacer de tripas corazón, hemos tenido que soportarla y escucharla despotricar de todo y contra todos por un largo lustro, y siempre sin dejar de sonreírle, sin dejar de aplaudir sus exabruptos de sapo o bien sus sobados recuerdos juveniles al lado del maestro Chiriboga en su natal Guayaquil. Ninguno de nosotros deseábamos, por supuesto, perder nuestro trabajo, la posibilidad de obtener el acariciado y mentado *tenure* —el cual, ahora que escribo, de todas formas, ya perdí—. Hay que reconocer que, aunque una mierda, trabajar en Millard Fillmore University deja buen dinero y muchísimo tiempo libre, tanto que, o bien caes en la pura ociosidad y el alcoholismo, o bien en la escritura enajenada, justo lo que intento hacer hoy (a destiempo) y no hice estas últimas dos o tres semanas cuando sucedió lo que yo mismo provoqué al encontrarme solo en casa sin Irene y sin mi hijo Emilio.

Sólo para terminar con la vivisección de la gorgona, y antes de contar lo que ha pasado aquí, debo añadir que justo el verano pasado

Gaudencia había conseguido (a punta de constancia) echar de Millard Fillmore a una inexperta profesora de traducción, Marión Siegel, quien no pudo conseguir esa plaza anhelada justo porque la ecuatoriana se lo impidió, primero, jodiéndole la vida, y segundo, echando mano de sus influencias y maquinaciones cuando llegó el momento en que la pobre Siegel debía solicitar su permanencia. Lo que había detrás de este deseo o ardid imperioso de echar a la profesora de traducción, no era antipatía o incompatibilidad de caracteres entre dos mujeres de distinta nacionalidad y distinto credo ideológico, como se podría suponer, sino algo peor: el furtivo deseo de conseguir que esa plaza se la cedieran a su propia hija, Katrina, cosa que al final consiguió con la venia y apoyo del decano Whitehead, a pesar de haber intentado yo (en secreto) obstruirle el paso al contemplar la indecencia con que eliminaron a Marión. Debo agregar que casi desde nuestra llegada a Madisonburg, Irene, con su hermosa intuición femenina, me había advertido ya de la clase de mujer que es la hija (según ella, mucho peor que la madre). Asimismo, mi mujer me trató de disuadir, en su momento, de meterme en el delicado asunto de la plaza que el decano quiso darle a Katrina brincándose todas las reglas previstas a la hora de otorgar un trabajo en este país. Al principio, es decir, el primer año de nuestro arribo, no entendí la animadversión de Irene contra Katrina pues, aunque sobrecogedoramente horrífica u horrenda como la madre y el gigante Otos, es sin embargo una gringa-ecuatoriana, lo que implica cierto grado de aculturamiento o civismo, lo opuesto a la barbarie y despotismo de la madre. Luego sin embargo descubrí la verdad intrínseca de su temible carácter, pero ya era tarde, y Katrina y su madre hoy sospechan —o saben de buena fuente— que me opuse todo lo que pude a otorgarle a su hija el puesto de Marión. Ni qué hablar que este asunto coadyuvó en terminar de joder mi carrera, mi *tenure*, a pesar de que la gorgona no formó parte del comité de veteranos que sesudamente me evaluó.

En segundo lugar y para continuar con este croquis u organigrama departamental, debo mencionar a mis dos colegas del otro lado, mis colegas hombrerujos, Marco Aurelio Vasco-Osama, especialista en Siglo de Oro, y Santiago Bormann-Smythe, chileno especialista en ópera y vodevil. No tengo nada en contra de los homosexuales, nunca lo he tenido, y de hecho todavía conservo un gran amigo maricón en el Distrito Federal, pero estos dos individuos no eran simple y llanamente maricones sino que conformaban una espeluznante cofradía al lado de Gaudencia, un cónclave secreto, el cual Estéfano, los gallegos y yo no conocíamos y menos imaginábamos que pudiera existir. De ese cónclave, sin embargo, ya hablaré; lo importante ahora es conocer el talante ambiguo de estos dos colegas que, aunque parecidos o con preferencias similares, se odiaban entre sí, lo mismo

que a mí me detestan aunque siempre (debo admitir) manteniendo la cortesía y bonhomía innata en las locas refinadas, lo que no es jamás el estilo de Gaudencia, calca del temible personaje de Gallegos. La gorgona, o bien te ama apasionadamente (lo que siempre deja traslucir al no hacerte objeto de su ataque o al no hacerte objeto de su infinito desdén), o bien te guarda inquina apasionada (lo que es su mayor costumbre: para ello sólo necesitas no tener un doctorado, no tener publicado un par de libros, no ser blanco o al menos blanquito, trigueño o acriollado, o bien no ser parte de la que ella denomina, con altanería, la *high class* latinoamericana).

Por otro lado, debo confesar que siempre, en todo momento, desde que llegamos Irene y yo a Virginia, subestimé la capacidad maquiavélica de Marco Aurelio Vasco-Osama pues, de entre todos, es sin duda el tipo más retraído y tímido que he conocido en mi vida, todo lo contrario a Gaudencia o Santiago Bormann-Smythe. Por ejemplo: al poco tiempo de nuestra llegada, Irene y yo lo invitamos a cenar a nuestra casa, a lo que declinó pretextando un dolor de estómago de último momento. Un par de meses más tarde, lo volvimos a invitar, a lo que declinó pretextando un dolor de muelas. La tercera y última ocasión, quisimos invitarlo un domingo a desayunar y justo en el último momento llamó a casa pretextando una migraña que lo tenía tendido, exhausto, en cama. Lo cierto, sin embargo, es que su único lecho, su madriguera, es su oficina en el Departamento de Lenguas Extranjeras de Millard Fillmore. A cualquier hora del día, mañana tarde y noche, se le puede encontrar allí encerrado; si no *mirarlo* exactamente, al menos uno puede escuchar el leve ruido del ventilador que tiene encendido a pesar del aire acondicionado con que cada oficina está previamente diseñada. En una ocasión, Marco Aurelio le dijo a Javis, mi amigo taciturno, quien luego nos lo contó a nosotros, que no tenía ningún sentido para él salir a la calle, desplazarse a ningún lado, pues a través de la pantalla de su ordenador podía asomarse al mundo, ir y venir a sus anchas cómodamente instalado en su silla reclinable. Se sentía, supongo, una especie de Parménides moderno o virtual, negando a su manera la realidad del movimiento. Pero por si todo esto no fuera poco, Marco Aurelio no tiene auto, ¿para qué quiere uno si no sabe conducir?, resondra. Ahora bien, no tener carro en este pueblo donde todo se halla apartadísimo y donde sólo se encuentran extensas calles desiertas, avenidas perfectamente trazadas sin peatones, es una completa aberración, lo contrario de cualquier ciudad pequeña o mediana de Europa donde casi todo está a la mano y no se necesita un coche. Aquí hasta para comprar una Coca-Cola necesitas automóvil. Al principio, según supe, Javis y Tino, ingenuos y buenos como son, compatriotas de Marco Aurelio al fin y al cabo, se ofrecieron a llevarlo

al supermercado y la farmacia, pero después de tres o cuatro ocasiones (cuando descubrieron la manera en que los utilizaba sin invitarles siquiera a pasar a beberse un vaso de agua) dejaron de ayudarle, es decir, de transportarlo. Desde entonces, creo, Marco Aurelio hace las compras, el mandado, por internet o por teléfono. Esto sólo es posible, ni qué decir, en esta sociedad estadounidense ultramodernizada.

Para no detenerme más en Marco Aurelio Vasco-Osama y sus inextricables complejos de pubertad que lo llevaron a la picaresca desde niño (su especialidad), paso a referirme a Santiago Bormann-Smythe y sus complicados hábitos operiles y vodevilescos. Yago es un sesentón (o casi setentón, no sé) sin un pelo en la cabeza; un tipo de maneras afables, gustos exquisitos y pomposos, amante de Wagner y Verdi aunque enseñando en un departamento de lenguas extranjeras por razones que nadie comprendemos, ni él. En una época, contaban, había sido enemigo declarado de Gaudencia, pero luego, al integrarse al misterioso cónclave, se volvieron inseparables, uña y mugre. Baste decir aquí, y sólo para resumir el carácter despiadado de este cínico a ultranza, de este experto en política departamental, que una vez, hace algunos años, me contó —cuando aún no desconfiaba yo de él y tampoco él de mí— su admiración incondicional por Pinochet, a quien veía, aquí entre nos, Eusebio, como al único macho que pudo poner orden al desmadre comunista en que se encontraba sumido mi país. Santiago vive en Estados Unidos no porque hubiese huido del dictador sino, todo lo contrario: porque había llegado a estudiar aquí becado por su gobierno y al final no había vuelto porque no tenía nada a qué volver,' me dijo con lágrimas en los ojos esa lejana tarde casi a mi llegada: mi madre, último vínculo con Chile, falleció hace ya algún tiempo. No por nada la comunidad chilena de nuestro condado (léase dieciocho individuos y un perro) lo desprecia y no tiene a la fecha el más mínimo contacto con él, que yo sepa. A Yago esto no parece incomodarle; todo lo contrario: es o aparenta ser feliz en su mansión de provincias con su ópera de Wagner a todo volumen, con su novio rumano de veinte años de edad, con sus viajes al festival de Salzburgo cada verano y con la energía canalizada el resto del tiempo en las triquiñuelas y enredos políticos con que se afana dentro del Departamento de Lenguas. Es sin duda la cara opuesta de Marco Aurelio. Si éste es tímido, introvertido, antisocial, un verdadero misántropo, Santiago es más bien una loca extrovertida y social, exagerada hasta rayar en lo ridículo y siempre pagada de sí misma. Los dos sin embargo comparten algunas características: son finos, cultos a su muy peculiar manera, pulcrísimos, atildados, taimados, calvos, ligeramente pasados de peso y son, por encima de todo, parte de la secta nefanda de Gaudencia, al lado, por supuesto, de nuestro repudiado ex *deán* Whitehead, del nuevo *deán* Davis y de su íntimo, el

texano Dr. Wynn.

Pero vayamos por partes.

Dick Whitehead es un tipo gordo, inflado y mofletudo. Los cachetes le cuelgan de las sienes como *play-dough*, esa masa amorfa, rosada, con que Emilio juega infinidad de horas mientras Irene y yo conversamos en el *deck*. Esas mejillas de plastilina parecen, sin embargo, siempre a punto de caer… aunque nunca caen y en cambio sólo resbalan y oscilan de un lado a otro, como péndulos, según se ría Dick o se ponga muy serio. Dicen que había sido entrenador del equipo de fútbol americano de la universidad en sus años mozos y que desde allí había ido escalando, paso a pasito, constante, hábil, hasta llegar a convertirse en el decano del College of Arts and Letters de nuestra prestigiosa universidad. No hay empero profesor de este *college* (es decir, historiador, músico, antropólogo, filósofo, sociólogo, politólogo, humanista en general) que no lo desprecie íntimamente aunque no se atreva a murmurarlo. Nadie entiende qué diablos hace aquí, en la decanatura de un *college* de humanidades, un antiguo entrenador de fútbol americano. Whitehead no habla más que inglés, pero por supuesto el suyo es un inglés provinciano, montañés, *red-neck*, una suerte de dialecto donde nunca ha existido la palabra vicisitud o la palabra gratis o la palabra afable, por la sencilla razón de que no imagina que éstas existen en el diccionario que le regaló su mujer, una montañesa muy simpática, por cierto. Su jerga hecha de contracciones es más pobre que la de mis estudiantes. Este *deán* sobrealimentado —y a quien, dicho sea de paso, me encontré más de una vez comiendo en Wendy's a hurtadillas como yo— se encontraba, hasta hace unos días, en la última etapa de su larga carrera. Aunque había anunciado a los quinientos y pico de doctores que conformamos el *college* a su cargo su jubilación para el próximo año, una indigestión lo ha postrado y su retiro se ha adelantado de última hora. Intimo amigo de Gaudencia, nunca supimos, sin embargo, cuándo fue que se sumó al cónclave de la gorgona o, si de plano, él y ningún otro fue quien lo fundó antes de que Javis, Tino, Marión, Estéfano o yo hubiésemos arribado a estos lares tan ajenos. Hay que añadir un dato importantísimo para comprender este croquis que dibujo y para concluir la descripción poco halagüeña (es cierto) del decano, el gordo Whitehead. Me refiero a que Dick tenía cogida entre sus manos la correa de quien es probablemente el tipo más astuto de Millard Fillmore University, el decano asociado, su cancerbero, el doctor Jeffrey Davis, el mismo que ahora ha tomado la decanatura de forma interina cuando todavía faltaba, *strictu sensu*, ese último año para que Whitehead se jubilara, según el anuncio hecho a los profesores del college que ya narré. En otras palabras, su retiro se ha tenido que adelantar por culpa de una indigestión de hamburguesas. El doctor

Jeffrey Davis, su perro guardián, ha cogido, pues, las riendas del *college* como nuestro nuevo *deán* interino. Es con él, pues, con quien he venido entablando la querella en que estoy involucrado aun cuando, de hecho, se inició con el gordo Whitehead. La verdad es que tanto con uno como con el otro, la historia hubiese sido, al final, la misma: una comedia ruin. Lo que ha pasado, supongo, iba suceder de todas formas siendo cualquiera de los dos el decano de MFU. Pero de esto, insisto, ya hablaré; no quiero adelantarme sin antes haber conseguido pintar un fresco a la Orozco, un mural ad hoc, de nuestro siniestro Departamento de Lenguas Extranjeras, al que Dick siempre se ha referido —no sin algo de verdad— como la insufrible torre de Babel.

Ahora bien, en lugar de hablar de mi entrañable amigo y cómplice italiano, el turinés Estéfano Morini, he creído conveniente mencionar, aunque sea de sucinto, a los dos *chairs* del Departamento de Lenguas Extranjeras, personajes insustituibles del enredo en el que me he metido estando como estuve y ahora mismo vuelvo a estar, soltero, triste y ocioso —ocio que, por supuesto, me llevó a la enjundia o calentura que luego me llevó a meter la pata como la metí. Si he dicho antes "los dos *chairs*" es porque, primero hubo *uno*, y luego hubo *otra*, y no porque fueran jefes al mismo tiempo, cosa que no puede suceder y resulta incompatible… pero que, a veces, sin embargo sucede, a pesar de todo, tal y como se comprobará.

Hablaré, pues, primero del doctor Phillip Ritter, el mismo *head chair* que ha estado aquí desde que Irene y yo llegamos hace cinco años. Ritter es sin duda un buen tipo, extraño y silencioso pero al fin y al cabo un buen cristiano, una especie de jirafa orejona de ojos blandos y cristalinos. Espigado, magro y traslúcido como leche de cabra, Ritter sonríe con ojos de jirafa adormilada cada vez que lo saludas; de pronto parece como si se hubiera quedado absorto, ensimismado, pensando en lo que acabas de decir, pero esto no es falta de cortesía: es simplemente cierta falta de habilidad social, de sentido común o tal vez autismo. Nunca sabes, al final, si tienes que esperar a que responda o si la charla ha terminado ya. Es de una caballerosidad a prueba de balas, eso sí. Dos cosas nos unen a pesar de nuestras diferencias: el amor genuino por la literatura (que escasea en este Departamento) y nuestro mutuo desprecio por los maricones y Gaudencia, a quien él simplemente no puede tolerar, pero que, sin embargo, tuvo que tolerar por cinco largos años y por dos simples razones: debido a que él era, antes que nada, un caballero protestante, y porque la gorgona ecuatoriana no deja de recordarle (cada vez que tiene ocasión) su estrechísima amistad con el decano Whitehead, lo que por supuesto lo acojona y deja desarmado, imbele. Esa intimidad entre ambos bastó para que Ritter, durante cinco años, tuviera que

soportar sus arranques, su arrogancia, sus cambios de humor y sus nefandas iniciativas, las cuales, dicho sea de paso, no eran pocas, y que tienen siempre un solo común denominador: obstruir cualesquiera fueran las iniciativas de todos los demás en el Departamento. Si Santiago Bormann-Smythe es, en este sentido, un despiadado artífice de la maquinación política, un árbitro de la chingadera, la gorgona es la otra cabeza de la hidra. La ecuatoriana representa algo así como el exabrupto por antonomasia, la tiranía sin sutilezas, el clasismo a punto de hacerte chicharrón con su lengua viperina. Si, por ejemplo, no llevas lustrados los zapatos ese día, ella encuentra el momento propicio para zaherirte frente a los demás. Si no llegas en punto a una cita de alguno de ésos insufribles comités adonde ella nunca llega puntual, comenta como si cualquier cosa que es ya legendaria tu impuntualidad y que no debería, por tanto, asombrarle a nadie. Todo esto, por supuesto, no lo tolera el larguirucho y magnánimo orejón Phillip Ritter pues, como buen germanista, tiene un profundo sentido cívico y democrático, un respeto ilimitado (y exagerado) hacia la libertad de los demás, una decencia, a mi juicio, próxima a convertirse en obtuso amor al prójimo, el cual le dicta su protestantismo a rajatabla. El problema con Ritter, pues, es su pacifismo a ultranza, su pasividad kantiana, su autismo o lo que Estéfano denomina sin pelos en la lengua: su cobardía. Jamás, en los años que duró su jefatura, puso un alto a Santiago o a Gaudencia. El se habría defendido argumentando que no es fácil hacerlo teniendo al poderoso decano del lado de la gorgona, sin embargo esto es a medias verdad, sólo a medias: podía, de habérselo propuesto, haber puesto algún tipo de freno, alguna traba, a las inconmensurables exigencias de Gaudencia y Yago, quien, por cierto, es el profesor con más antigüedad de nuestro Departamento, lo que a su vez le otorga ciertos privilegios que sabe aprovechar. Por poner un ejemplo. Los semestres en Millard Fillmore, como se sabe, constan de dieciséis semanas: de la segunda de enero a la última de abril y, tras los cursos opcionales de verano (mayo/junio y julio/agosto), de la última de agosto a la primera de diciembre. Con ello queda libre un mes en Navidad y casi cuatro meses de estío donde uno puede hacer lo que se le pegue su regalada gana: quedarse o irse del pueblo, enseñar un curso intensivo de verano (con un sueldo suplementario nada despreciable), o bien quedarse a investigar en la biblioteca, lo que nadie hizo jamás en Millard Fillmore —ni siquiera yo, que sólo espero el final de mi curso intensivo de mayo/junio para largarme con mi familia al Distrito Federal a ver a mi hija Dulce, que cada día crece sin disfrutarla como yo hubiese querido—. En resumen, cada semestre tiene menos de cuatro meses, los cuales están (por razones administrativas) divididos en dos segmentos o bloques de ocho semanas. Santiago y Gaudencia, en el tiempo que he estado aquí,

se las han ingeniado para no tener que enseñar los dos segmentos sino sólo uno, pues en el otro segmento ambos se evaporan del pueblo, escapan como liebres de la universidad, se dan su vuelta por La Scala y Guayaquil respectivamente. Pero ¿cómo se puede hacer esto y por qué carajos yo no lo he hecho? Muy sencillo: se consigue simulando enseñar el doble de tiempo durante ese primer bloque y con la previa aprobación del *chair*, es decir, con la anuencia de Ritter, quien jamás detuvo a Gaudencia o a Santiago de hacer su regalada gana pues al final ambos no enseñaban el doble número de horas. La pregunta, pues, salta a la vista: ¿por qué nadie más lo hace?, y la respuesta es muy simple otra vez: porque si, por ejemplo, yo me acercaba a la jirafa sugiriéndole la posibilidad de enseñar un segmento para aprovechar e irme el otro a México, Ritter se disculpaba discretísimo, casi apenado con el siguiente ergotismo: "Es que Gross-Wayne y Bormann-Smythe se adelantaron; ya me lo habían pedido hace tiempo… ¡y tú sabes, Eusebio!, no todos podemos irnos y dejar vacío el Departamento, ¿qué van a pensar nuestros colegas y, sobre todo: qué va a pensar el *deán?"* O sea, que aparte de su timidez y su falta de cojones, uno tenía que solidarizarse con su miedo, su pacifismo o cristianismo o lo que fuera esa mariconería que lo petrificaba. Claro: si eres su amigo —y Javis, Tino, Estéfano y yo lo somos— entonces tienes que entenderlo… y no sólo eso: tienes que compadecerte de él, de su miserable yugo, y hasta unirte a su destino de jefe jodido y sometido por un maricón chileno y una loca de Guayaquil. ¿Cuáles habían sido entonces las ventajas de ser íntimo del *chair* esos cinco años?, nos preguntábamos *petit comité* los cuatro amigos en el café de Barnes and Nobles. Absolutamente ninguna; al contrario… Puras desventajas. No obstante, insinuaba yo sorbiendo mi expresso y justificando y tratando de absolver al buen Ritter: ¿acaso no era una ventaja conversar inteligentemente sobre el paradero y la obra de Benno von Archimboldi acompañado de unas cervezas alemanas bien heladas? A lo que Tino, ipso facto, refutaba con acierto y enfado:

—Pero si no bebe una gota. Phillip Ritter es el único alemán que"no bebe. ¿De qué coño me estás hablando, Eusebio?

La verdad es que yo ya no podía hacer nada: defender a Ritter era como defender a Inocencio m o a Alejandro vi.

El colmo fue, como ya dije, cuando despidieron a Marión Siegel, profesora que él quería y admiraba. Cuando Estéfano, Tino, Javis y yo vimos lo que se perpetraba, lo que se veía venir con ese despido, decidimos ir a hablar con él para impedirlo. Al final, sin embargo, menos temeroso que los otros —o acaso más temerario—, sólo fui yo, cándido Cardoso, a ver a Ritter una tarde a su oficina diciéndole lo injusto de la situación y lo indignante que nos parecía a los cuatro. Me dijo que no podía hacer nada por Siegel, a pesar de que la estimaba

mucho. De hecho, no fue sino hasta dos o tres meses después de que Marión se hubo ido, que Katrina llegó a sustituirla como si la expulsión de una no tuviera conexión con el arribo de la otra. Al comprobar que la jirafa no iba a mover un solo dedo por Marión —y esto por miedo a la gorgona y al decano—, tuve la pésima idea de mandar una carta anónima a la oficina de Affirmative Action para ventilar lo que ocurría en mi Departamento. El abogado afroamericano de esta oficina (aparentemente independiente y autónoma) no hizo nada y no inició ninguna averiguación sobre lo que a mis colegas y a mí nos parecía un ejemplo craso de atropello, nepotismo y tráfico de influencias. Sólo Estéfano supo, para mi mal, que yo había enviado esa carta anónima, por octubre o noviembre del año pasado, creo. Por supuesto, ya desde entonces debía haberme estado con pies de plomo; no debía haber jamás revelado, bajo ninguna circunstancia, mi insólito acto: acusar a un decano puede costarle muy caro a cualquiera. Lo sabía entonces y lo sé ahora mejor que ayer.

Para terminar este croquis departamental, debo mencionar a la otra jefa, Porzia Fazzion, la compatriota de Estéfano, quien se ha convertido de la noche a la mañana en la sucesora de Phillip Ritter —esto justo durante las semanas en que Irene y Emilio me abandonaron aquí, a punto de iniciar el primer curso intensivo, el de mayo/junio, sobre las *Memorias de Pancho Villa*. Ella es ahora la *chair de facto* de nuestro Departamento luego de que Ritter (todavía hoy *chair* de *record*) fuera degradado por Davis, una vez Whitehead se fue a su casa a recuperar de su indigestión de hamburguesas. De allí que dijera antes que existen hoy por hoy, y contra todas las normas establecidas, dos *chairs*.

Porzia es una soltera cincuentona de aspecto bondadoso; hermosa pero ya algo ajada, entrada en años. A pesar de su nariz no muy bien operada, es lo que se suele decir una mujer atractiva y madura, una dama bien atildada, de puntiagudos senos y puntiagudos tacones, siempre muy bien perfumada, por lo que, confieso, me solía dar un gusto enorme encontrármela en el ascensor o plantarle un par de besos cuando nos saludábamos en un pasillo del Departamento o en el *quad* de la universidad. *Ciao* por aquí… *ciao* por allá, *arrivederci*, repetíamos al unísono con voces cantarínas sin pasar de allí pues, por un lado, mi italiano es nulo, y por el otro, evitábamos hablar en inglés a menos que fuera necesario. Era, cómo decirlo, como encontrarme a una hermana soltera de mi madre que en su juventud pudo haber sido muy guapa. A Porzia, sin embargo, lo mismo que a casi todos los demás en el Departamento, no le importa un bledo la literatura; no obstante, se ha hecho querer por la mayoría —o casi… si eximimos a Gaudencia, quien la detesta por ser bonita y no precisamente por ser

inteligente—. Porzia conserva una indescriptible mezcla de carisma o simpatía que, sin embargo y por contradictorio que parezca, resulta harto difícil de franquear, de penetrar. Es como si, al final, siempre estuviera escondiéndote algo, un secreto de su adolescencia romana o qué sé yo: algún pasaje truculento de Moravia que hubiese vivido en carne y hueso y jamás logrado olvidar. Si, por ejemplo, uno se acercaba a ella confiando en la sonrisa afable que te dispensó inopinadamente esa mañana, muy pronto descubrías que había una franja invisible que, a pesar de todo, no podías traspasar. Así que, no obstante la atracción que podía ejercer su ya ajada belleza italiana, te dabas de bruces si pretendías volverte su amigo, si deseabas intimar más allá de la estricta colegialidad departamental. Llegamos, eso sí, a cenar con ella varias veces; siempre traía un regalito para Emilio y una botella de Chianti; sin embargo era a todas luces obvio que sólo se sentía plenamente a gusto si venía a casa su compatriota, mi amigo Estéfano, y su mujer, Stephany. Pero, por encima de todo, se volvía verdaderamente loca de alegría si veía corretear a la hija de ambos, Alessandra, quien se había convertido en su ahijada, la luz de sus ojos, y quien era, asimismo, la mejor amiga de Emilio, mi hijo. Por cierto, ambos tienen la misma edad con una diferencia de apenas dos o tres semanas y desde que nos conocimos Estéfano y yo, los niños se han vuelto uña y mugre. Pero bueno… Una vez dicho todo esto, una vez diseccionado el organigrama, supongo que puedo referir tranquilamente lo que pasó, lo que ha acontecido, para mi mal, para mi infortunio, estos últimos días y semanas. Cabe aclarar, no obstante, que hay varios profesores más en la insufrible torre de Babel, empero ninguno de ellos estuvo directamente envuelto en los eventos que se avecinaron cuando Irene se fue a México y Stephany, la esposa de mi buen amigo Estéfano, me llamó a casa para decirme que deseaba urgentemente hablar conmigo, que era un asunto capital, de vida o muerte, Eusebio, te ruego que vengas sin tardanza, necesito hablar contigo.

20

(**Jueves 18 de junio**)

—Estaba curado de espanto: para traiciones, él había tenido ya bastantes. Si de Orozco había desconfiado desde el minuto en que se unieron, de Madero simplemente no podía creerlo. ¿Traicionado… y justo por él? Esos pinches meses que el presidente lo tuvo encerrado en la ciudad de México, al borde de la desesperación y la locura, luego

de que él, el mismo Pancho Villa, había ofrendado su vida y le había demostrado su lealtad a prueba de balas, lo habían amargado para siempre y también lo habían curado de espanto; ya no creía en los hombres, en ninguna clase de hombres, y mucho menos en los estadistas y políticos, la peor calaña de todas. ¡No creía ni en su propia madre, para acabar pronto! Por eso lo de Victoriano Huerta, el usurpador, no lo sorprendió tanto, Matilde; no lo asombró que el taimado general terminara por asesinar a su jefe, al jefe de los dos, al santo varón, al héroe místico, Madero. Era casi una profecía, un albur. Su mismo hermano Gustavo se lo había advertido un par de días atrás: "Te cuidado de Huerta". Sin embargo, lo que de Veras Villa nunca comprendió es que el presidente, a fin de cuentas, le creyera todito a Huerta: todo ese montón de maledicencias que el general le telegrafió a la capital desde Chihuahua donde ambos combatían enfrentando la sublevación de Orozco, y siempre tramando vilezas a su espalda. ¡El miserable, el usurpador, el canalla!, le gritaba Villa eufórico y tonante a mi bisabuelo Enzo Gariglietti cuando recordaba esos años de penurias. Enzo el siciliano lo escuchaba, Maty, sin decir palabra, atento, respetuoso, calibrando cada frase del general. ¿Cómo carajos era posible?, repetía, vociferaba el héroe de la Revolución. ¡Y cómo, para colmo, se había rebajado a llorarle a Huerta, el beodo, por su vida, sólo por salvar el pellejo, igual que una mujerzuela suplicante! ¡No se lo perdonaba a sí mismo! Y ¿cómo, al final, le había creído Madero a Huerta y, en cambio, lo había metido en la cárcel a él, al mismísimo Atila del Norte, durante siete meses, y ni escucharlo había "querido? Ahora, repetía como un demente, estaba curado de espanto, Enzo: de todos y contra todo, Maty. Inmune, sí. A decir verdad: desde hacía años lo estaba y no confiaba ni en su vieja, Luz Corral, ¡bueno!, para acabar pronto: ¡en las mujeres confiaba menos que en nadie! ¡Eran las peores, decía, las más canijas y cabronas! Por eso, por esa inveterada desconfianza, durante años tuvo la costumbre de desaparecerse, de esfumarse del cuartel general, ya fuera en medio de las montañas o en el llano. De pronto, sin aviso, decía Enzo el siciliano con vasto conocimiento de causa, se iba a comer el rancho con la tropa al languidecer la tarde y ponerse anaranjada. Caía de sorpresa, cuando nadie lo esperaba, a la luz de las fogatas; se sentaba entre la peonada, platicaba con ellos, convivía, llenaba la tripa, se solazaba un rato, feliz, casi anónimo, casi miserable. Eso sí, Maty, de alcohol nada: ni mezcalito ni pulque ni sotol ni nada. Y ni que se le fuera a ocurrir a alguno de sus soldados u oficiales ofrecerle un pistito pues Villa lo podía matar allí mismo a quemarropa o de menos lo castigaba con el fuete del caballo. Odiaba el alcohol tanto o más que a las sotanas, tanto o más que a los chinos y a los gachupines de mierda, invasores y cobardes. Esas noches heladas, en el desierto o la montaña, a la orilla

de las ardientes brasas, Villa les preguntaba a sus soldados sobre sus vidas, sus hijos, sus mujeres, sus arados, sus milpas, sus parcelas, sus muías y sus vacas, sobre todo lo que habían dejado atrás para acompañarlo, para ajustar cuentas con los ricos, para llevar justicia al norte, a Chihuahua, a Durango, a Coahuila, adonde fuera y se pudiera lograr. Villa sabía oír, era su mejor virtud, a pesar de que se desesperara a veces, decía Enzo Gariglietti; sabía involucrarse e incluso lo retenía todo, lo guardaba todo, o casi todo:, hasta las más pequeñas anécdotas que le contaban sus uniformados. Tenía o quizás había nacido con ese rostro que todos conocemos y hemos visto en las fotos de los libros de texto, Matilde: una cara bonachona, bronceada, al rojo vivo, mugrienta casi siempre. Pancho Villa parecía ponerse alegre cuando oía a sus Dorados contarle sus vidas, sus ilusiones, sus sueños de justicia. Casi siempre parecía contento, hasta cuando se enojaba, y es que, decían muchos, tenía un rostro de niño el general, un niño con bigotes largos y los pelos de la barba hirsutos, duros, sin afeitar, sin lavarse, no importaba: siempre había sido un niño, hasta siendo adulto y revolucionario. Mi padre contaba que su abuelo el siciliano le contaba que una noche de estrellas, poco después del ataque a Columbus, en pleno descampado y frente a una de las enormes fogatas, Nicolás Fernández, uno de sus favoritos, el más leal, le preguntó de pronto:

—¿*Y* por qué detesta a los de ojos rasgados, mi General?

Villa se quedó perplejo; la verdad no esperaba esa pregunta. Allí sentado, frente a las brasas, se quedó mirando a Nicolás fijamente, a su fiel Nicolás, aquel que lo acompañaría hasta aquella Hacienda Canutillos muchos años después, hasta el final de su vida en 1923. A éste, pues, le contestó aunque todos lo oyeron esa noche, entre ellos mi bisabuelo, Matilde:

—Yo a los que odio son a los chinos, no a los nipones. No te confundas, Nico. Son cosa muy distinta. Los primeros vinieron a invadir el país, a llenarlo de baratería, opio y juegos de azar; los japoneses, en cambio, traen el progreso, ganas de cambiar las cosas, la medicina, la ciencia, el conocimiento. Los chinos sólo embrollan y alborotan, aparte de que son unos cabrones taimados que sólo buscan chingarte la lana y quedarse con tu parcela para sembrar arroz, lo único que saben sembrar y comer. Desprecian nuestros frijoles, nuestro maíz, las tortillas… y lo peor: ni saben comer chile, la mejor prueba de que uno es mexicano, ¿no es así, Nicolás? Cuídate nomás si te topas con uno de esos chinos mugrientos.

Lo que Pancho Villa nunca supo, Maty, era que, a pesar de su rendida admiración nipona, estuvo a un palmo, a escaso milímetro y medio, de perecer a manos de aquellos a quienes admiraba y defendía por encima de cualquier otra raza, aquellos que nunca tocó y ni

permitió que nadie hiciera daño: los japoneses asentados en el norte del país. Aunque eran pocos en comparación con las masas migratorias de chinos llegados a fines del siglo diecinueve, había algunos cuantos miles en Chihuahua, Sonora, Tamaulipas y Sinaloa. Y a ésos, irónicamente, los protegió hasta el día de su muerte lo mismo que había hecho con los gringos; esto, claro, hasta que el presidente Wilson le dio la espalda apostándole al chivo montaraz, su otro enemigo, el peor, el más jodido de todos: Venustiano Carranza. Pero Maty, ¿me oyes? ¿Te has quedado dormida? ¡Matilde, Maty!

XXI[1]

Ritter, la jirafa autista, mi buen amigo germanista, decía con sabiduría alemana que no debía uno enceguecerse con el mito de la monocausalidad, que todas las cosas siempre suceden por muchas razones; detrás de un efecto no hay una causa única, una sola causa aparente, sino múltiples… y por eso es importante, aducía, no perder de vista los variados sucesos que a uno le ocurren en la vida si se echa, de pronto, un vistazo para atrás. Esta es una de esas verdades o apotegmas que, creo, le calzan como un dedal al dedo o un zapato al pie o un bozal al hocico a alguien como yo. Lo digo en serio. Y más ahora que repaso lo que sucedió. Y más si reconozco, por más esfuerzo que me cueste aceptarlo, que muchas veces tiendo a ser, ¿cómo decirlo?, dogmático, unívoco, monocausal, en pocas palabras: suelo inflar de pequeños o grandes absolutos el universo en que vivo, tiendo a observar el devenir como si se tratara de un absoluto (Parménides) y no como un río que pasa (Heráclito), lo que contradice, por supuesto, la realidad, según mi amigo Ritter, lo que contradice el mundo fenomenológico de las causas y los efectos. Me pregunto ahora qué pensaría Empédocles, mi querido Empédocles, de todo esto.

Esta desviación viene a cuento en relación al efecto ulterior que tuvo mi visita a casa de Estéfano cuando no estaba él, cuando solamente estaba su hermosa mujer, Stephany, desesperada por decirme lo que me tenía que decir y que, por supuesto, me dejó en ascuas, sin saliva, sin aliento, petrificado:

—Eusebio, sé que Estéfano me engaña, lo sé —me dijo, mordiéndose las uñas, evidentemente nerviosa, esa primera tarde en que me aparecí en su casa arbolada a la hora en que ambos sabíamos que Estéfano enseñaba, a una hora en que la pequeña Alessandra estaba en la guardería, a una hora en que nadie en el mundo nos podía molestar pues, aparte de todo, y por si lo anterior no fuera poco, Irene estaba muy pero muy lejos de allí, haciendo migas con Fedra, mi

ex mujer, es decir, su recién adquirida media hermana biológica.

—Pero ¿estás segura? —le contesté impertérrito, sentado allí, en el comedor de su casa, con una taza de chai ardiendo o ardiente entre las manos, sorprendido de mí mismo, es decir, sorprendido de lo espontánea que me había salido la respuesta, quiero decir, la mentira, la mentira de saber y no reconocer ante mi amiga que Estéfano, su esposo, tenía no una (¡si supiera!) sino dos amantes en dos pueblos distintos de las cercanías.

—No estoy segura, lo que se dice segura, Eusebio —reconoció Stephany sentada a mi lado, con su taza de chai entre las manos, contradiciéndose, volviéndose loca, volviéndome loco o, bien, simple y sencillamente tratando de meterme aguja para sacar hilo—, pero mi intuición, mi intuición de mujer, me dice que hay otra mujer. Ya le he preguntado y me jura que no hay nadie más que yo.

—Es que no hay nadie más que tú —le respondí con aplomo de actor que, confieso, no dejaba de azorarme a mí mismo; se lo repetí tres veces solidarizándome con mi amigo y refutando de paso la intuición correcta de mi amiga, su mujer.

—¿Tú me lo dirías? —me preguntó de pronto levantando los ojos de su taza humeante e hincándome una mirada honda, muy honda, una mirada con distintas acepciones, las cuales trataré de desglosar pues son, creo, fundamentales para comprender lo que sucedió acto seguido cuando yo estiré un brazo dizque para poner un poco más de azúcar a mi chai. En esos ojos, pues, había una mezcla indefinida de fijeza, dulzura, dureza, corroboración, escrutinio, seducción o deseo de comprar la información que pudiera yo tener de su marido, mansedumbre, aplomo, ternura, dignidad, impotencia e incluso una pizca de coquetería, pero decir esto último parece, bien mirado, una verdad de perogrullo pues todo lo que he dicho no era en el fondo sino un signo fehaciente de coquetería, un alrevesado signo de feminidad perfectamente abierto a las interpretaciones. Pero… ¿de cuál coquetería hablas, Eusebio? ¿Ofrecimiento? Pero ¿exactamente ofrecimiento de qué?, ¿qué podía ofrecerme la mujer de mi amigo? ¿O yo estaba confundiéndolo todo y esa coquetería o devaneo no estaba ofreciéndome absolutamente nada? Quiero, no obstante, interrumpirme para dejar muy claro aquí que puedo ser muchas cosas distintas excepto un imbécil y por eso mismo sé, visto en retrospectiva, que en esa mansedumbre o dulzura u honda verificación de mi amiga Stephany había, sí, un sutilísimo, impalpable, guiño de coquetería; empero, de allí a deducir que ese flirteo de la esposa de mi amigo indicaba un cierto tipo de ofrecimiento, ¿no era acaso ir muy lejos, interpretar demasiado, no era acaso exagerar la nota, no era imaginar lo que no existía, no era un salto en el abismo de la conjetura y la necedad mayúsculas? En todo caso, sigo cavilando hoy

y mesándome los cabellos, ¿por qué ese uso suyo del condicional "me lo dirías"? ¿Por qué preguntármelo así? Insisto, algo había detrás de la incisiva pregunta que, por supuesto, me estaba apremiando a responder, me estaba urgiendo a decirle lo que yo sabía a cambio de algo… ¿pero qué?, ¿qué era o podía ser ese "algo"?

Fue entonces, si mal no recuerdo, que sin poder soportar más esa mirada inquisitiva y todo lo que traía consigo, opté por levantarme con el pretexto de ir a servirme más agua de la tetera hirviendo, la cual yacía sobre la estufa apagada en la cocina de baldosas azuladas a tres o cuatro metros del comedor donde nos encontrábamos. Stephany quedó entonces de espaldas, a espaldas mías, quiero decir, que ambos nos dimos la espalda —ella sentada en la silla con los brazos sobre la mesa del comedor y yo sirviéndome ese apacible chorro de agua en ebullición y con ello evitando su profunda e inquisitiva mirada—. Fue en ese momento, creo, que oí el primer chisporroteo… Claro: pensé por un segundo que lo que chisporroteaba era el agua en ebullición de la tetera, mas no podía ser ésta puesto que la estufa estaba apagada. Sin embargo, un instante después, al escuchar el segundo chisporroteo, me giré y descubrí que el ruido no era un chisporroteo de nada sino un exiguo asomo de llanto, un incipiente asomo de plañido detenido a tiempo, congelado en la bellísima garganta de Stephany quien, ya lo dije, me daba la espalda. Yo, por supuesto, al haberme girado, ya no le daba la espalda: más bien yi la suya (¡tan recta!) encogiéndose, inclinándose como la de aquel que está a punto de echarse a llorar pero no quiere porque le viene un amago de vergüenza o simplemente porque se le atoró una vitamina en la tráquea. Pero mentiría aquí si dijera que sólo vi su espalda ligeramente doblada en la mesa del comedor: también vi sus brazos y sus hombros, sus hombros desnudos, sus finas clavículas de gimnasta, su cabello rubio ondeándole sobre sus hombros, y fue entonces, justo entonces, que el diablo se me metió y me acerqué a la mesa del comedor sin mi taza de chai, lo que bien mirado demuestra que para ese momento el chamuco ya se me había metido pues necesitaba claramente tener libres estas manos para la operación que se avecinaba y tenía frente a mí. Caminé despacio, muy despacio, hasta alcanzar el respaldo de la silla de Stephany y entonces puse mis dos manos sobre sus hombros en señal de ¿apoyo, solidaridad, comprensión, condolencia, amistad, piedad? ¿En señal de qué carajos, Eusebio, pues decir apoyo, solidaridad o condolencia no es, y tú lo sabes mejor que nadie, sino una forma jodida, traidora y pinche de reconocer que Estéfano, tu mejor amigo, tiene una amante, sí, y que por tanto la intuición femenina de su mujer es *probablemente* correcta? Pero ojo… no *necesariamente* correcta, o no del todo correcta, Eusebio. Haber puesto mis manos en sus hombros desnudos y bronceados no

necesariamente debía significar corroboración o comprensión de nada (¡no te culpes!), no necesariamente debía implicar una traición al secreto de mi amigo (¡no te flageles, hombre!), sino simplemente quería decir lo que, de hecho, estaba significando en ese preciso momento: un deseo o arrebato masculino (¡el mío!) súbitamente enfrentado a una franja de piel femenina que te da la espalda, y a la que no sabes resistir. Así que entonces, sin preguntárselo, con el chamuco bien dentro, empecé a masajear con mis dos dedos gordos y mis dos dedos índices sus hombros fuertes, tersos, bronceados, sus clavículas de nadadora o gimnasta o lo que fuera. Primero presionaba un poco en sus huesos y más tarde soltaba un segundo para que Stephany pudiera aliviar la tensión, la tristeza, la pena. Confieso que a esas alturas yo ya tenía la pinga enhiesta, algo húmeda, y que la cuita o lo que fuera que estaba sintiendo Stephany me enardecía mucho, muchísimo: de hecho, me calentaba los güevos en grado superlativo.

—Gracias —escuché que me decía la mujer de mi amigo levantando de la mesa una mano y cruzándola para tomar o palmear la mía en gesto de ¿amistad, lealtad, deseo, confabulación? Luego la soltó y yo seguí apretando sus músculos sin decir palabra. Las mías eran, supongo, una suerte de caricias de presión muscular, acupuntura china a la Cardoso. Si un día abriera un spa para señoritas ofrecería, entre otras, las por mí llamadas “caricias de presión muscular” y probablemente serían un éxito.

El caso es que a los cinco o seis minutos de estar llevando a cabo mi ardua faena, le dije con aplomo:

—Creo que estás un poco tensa —lo que implicaba dos cosas a la vez, la primera: que sus sospechas sobre su marido, a pesar de lo que había insinuado ya, eran a todas luces infundadas, lo que por tanto me eximía de haber sugerido una posible traición de Estéfano a su mujer (o al menos yo así lo veía), y segundo, que ella, Stephany, necesitaba de veras relajarse, significaba que me acompañara, lo que hizo dejándose mansamente conducir, significaba que se tendiera sobre el espacioso sofá de su sala, lo que hizo sin chistar ni preguntar nada, significaba que cerrara los ojos, lo que hizo sin la menor resistencia, y, por último, significaba que se dejara consentir pues era, finalmente, para su propio provecho. Una vez hecho y dicho todo esto, yo, con el chamuco dentro, me subí a horcajadas sobre de ella sin decir una palabra, sin preguntarle si le importaba o si le molestaba, con la seguridad que da la experiencia del masajista veterano (¡lo que no era!). La cabalgué y me dispuse a darle una frotación lo más profesional que podía yo imaginar debían darse este tipo de frotaciones. Hay que aclarar, y lo digo con cierto rubor al contarlo, que en todo momento estuvimos vestidos; jamás ninguno se quitó la ropa y ni lo pretendió. Tampoco nos besamos. Ella, por su parte, sólo

se dejaba dar “caricias de presión muscular” por todo el cuerpo y yo, por mi parte, me encaramaba cada vez más y presionaba mi verga parada, a punto de estallar, en su culo respingón como si cualquier cosa, como si fuera el mío un hueso o una rodilla o vaya usté a saber, es decir, como si nada importante estuviese sucediendo cerca, muy cerquita de su inviolado ínclito ano, su preclaro (no tan claro) orificio intestinal. Por supuesto que Stephany debía estar sintiendo esa cosa dura, durísima, ir y venir sobre su culo respingón, agitarse conforme mis manos abarcaban su espalda, pero en todo momento hizo como si ella no lo notara, como si solamente se tratase de un masaje que un buen amigo le da a otro buen amigo tras un extenuante partido de tenis, con la sola diferencia de que en ese momento no estaban allí las respectivas parejas de los jugadores y que ni estábamos jugando tenis y mucho menos dobles.

Luego de las “caricias de presión muscular” que tan populares se harán algún día en todo el orbe (o eso espero… y eso, por supuesto, si abro mi spa), mis manos empezaron a descender por los costados de la esposa de mi amigo y colega turinés, mi mejor amigo en Estados Unidos. Cuando llegamos al punto en que ella debía levantar ligeramente el tórax para poder meter mis manos entre el sofá y su cuerpo, Stephany no opuso ninguna resistencia, al contrario, colaboró levantando suavemente los omóplatos, es decir, llevando a cabo una suerte de esfuerzo de contracción pulmonar para que yo, sabio y prestigioso acupunturista, pudiera relajar sus pechos y friccionar sus pezones, tan tensos que estaban los pobres. Por increíble que parezca, en ningún momento intenté quitarle la blusita sin hombros que llevaba y ni ella lo intentó. Era como si con esa precaución (el estar vestidos los dos) estuviéramos acordando de manera implícita que nunca, bajo ninguna circunstancia, pasaríamos de allí, que ante todo debíamos de mantener las formas y los límites, respetar a nuestros amados cónyuges, a nuestros hijos, y más aún: que lo que estaba sucediendo en su casa esa tarde era un mero masaje, un gesto deportivo y amistoso de un amigo para con otro, de un jugador de tenis para con el otro. Por último, poco antes de ver terminada la sesión en la que yo ya no pude contenerme, exploré y desarrollé “caricias de presión muscular” en el culo respingón de la esposa de mi amigo italiano. Stephany, por su parte, no dijo ni pío cuando empecé a hacerlo con extrema diligencia, con perseverancia. Incluso, cuando a punto estaba de meter mis manos entre sus piernas y su culo (¡con ropa, con ropa!), me atreví a susurrarle si allí justito le relajaba, si allí le sentaba bien, a lo que Stephany asintió una y otra vez con la cabeza dejándose hacer, dejándose llevar, al parecer verdaderamente en paz con mis caricias y mi método. Así que, conforme yo amasaba esa deliciosa carne envuelta en tela, aprovechaba para recorrer

distraídamente mis dedos por su coño, el cual empecé a sentir, a través de la ropa, cada vez más húmedo, a punto de chorrear. Todavía y para asegurarme de que no me sobrepasaba, le pregunté nuevamente si allí le parecía bien, a lo que otra vez ella asintió gimiendo, por lo que, ya de plano, siempre encima de Stephany, puse mi mano derecha sobre su coño, justo entre el sofá y la ropa que en ningún momento nos quitamos. Mis "caricias de presión muscular" en su coñito empapado resultaron altamente efectivas pues al poco rato presentí que la esposa de mi amigo y colega turinés se venía, se venía, pues no dejaba de mover de arriba para abajo, de izquierda a derecha, su hermoso culo respingón. Yo, ya lo dije, me había venido mucho antes en mis pantalones manchándolos. Lo que en ese momento yo deseaba ardientemente era, sin embargo, marcharme a mi propia casa, darme un buen baño y olvidarme de lo que había sucedido allí. El remordimiento, para qué negarlo, me acosaba, me perseguía desde ya (¡pinche chamuco de mierda!). De entre todas las mujeres del mundo había elegido a la peor, había elegido a la que nunca debí haber tocado ni con el pensamiento: la esposa de mi mejor amigo; la amiga de Irene, mi mujer; la madre de Alessandra, la mejor amiguita de mi hijo Emilio, un niño casi de su misma edad.

Hace un rato dije que bien podía ser cualquier cosa excepto un imbécil. La verdad es que no es cierto: también podía convertirme en un reverendo imbécil. Fui uno más de los que abundan en el mundo, y lo peor (o lo mejor) es que, no contento con mi imbecilidad, continué el ritual deportivo con Stephany durante cinco o seis sesiones. Siempre en su casa, en el mismo mullido sofá, pero sin detenernos a beber el chai que se quedaba allí, sobre la mesa, enfriándose. Nunca nos besamos; ni lo intenté ni ella lo buscó… afortunadamente. Nunca nos desnudamos y siempre, cada sesión, llegamos al orgasmo. Yo la hacía venir con mis caricias de presión muscular y ella hacía que me viniera dejando que yo friccionara mi pene sobre su culo respingón. Recuérdese, sin embargo, que no era un pene lo que restregaba yo con ímpetu; bien podía ser un hueso o mi rodilla o un juguete de la niña, qué sé yo, cualquier objeto más o menos puntiagudo, ansioso de hurgar y encontrar el callejón sin salida.

Durante unas cinco o seis sesiones, Stephany y yo continuamos nuestros juegos, nuestro ritual o deporte, hasta que una tarde —ya Irene y Emilio de regreso en casa de su visita en México—, poco antes de marcharme yo, profundamente arrepentido (como solía marcharme de casa de mi amigo), su atractiva mujer me dijo de sopetón:

—¿Sabes, Eusebio? Creo que lo que estamos haciendo no está bien. Creo que ni a Irene ni a Estéfano les gustaría enterarse y mucho menos, supongo, nos gustaría a nosotros que ellos dos estuvieran haciéndolo —esto último, confieso, me molestó, me irritó

sobremanera. De hecho todo el discurso me había irritado. Me hacía sentir ¿por qué no decirlo? avergonzado, humillado, traidor, desleal, jodido, cabrón, hijo de la chingada, es decir, todo lo que, de hecho, éramos los dos. Si digo que me molestaron las palabras de Stephany era porque, de una manera incierta y difícil de explicar, sentía yo que ahora de repente, en un arrebato de histerismo, ella se demarcaba, se deslindaba o me atribuía a mí algo así como la culpa o la responsabilidad de lo sucedido. Era como si ella, deteniendo súbitamente el calenturiento ritual en que nos habíamos enfrascado, fuera entonces la esposa moderada, juiciosa, la que se daba cuenta del enorme despropósito de nuestra relación.

No dije nada al principio, simplemente ardía de rabia y de impotencia. De inmediato se hizo en la sala un silencio agudo, lleno de aristas, de vidrios rotos, de alambres torcidos y puntiagudos. Cavilé unos segundos o eso intenté buscando aliviar la rabia que me invadía. Finalmente dije, enfurruñado aún, pero enmascarando hasta donde pude mi enfurruñamiento:

—Creo que tienes razón, Stephany. Debemos dejar las cosas hasta aquí y olvidarnos de todo —enfaticé, claro, lo de olvidarnos: ya bastante mal me sentía como para tener, aparte de todo, que recordar mi infidelidad, mi deslealtad y, ahora, ¡para colmo de colmos!, mi falta de juicio o cordura.

Salí, de cierta inexplicable manera, aliviado, desentumido, pues supe que ya no volvería a traicionar a mi amigo italiano y que tampoco tendría que serle infiel a Irene. La consigna había acabado: el chamuco se me había salido. Me tranquilizó pensar que lo que había ocurrido esas cinco o seis ocasiones a lo largo de dos o tres semanas en casa de Estéfano quedaba por fin sepulto en el fondo del mar, anclado con cemento… y olvidado. Desafortunadamente, el alivio o lo que fuera que sentí no duró mucho pues la bomba de Hiroshima hizo explosión poco tiempo después… y justo sobre la hermosa cabellera intonsa de Irene, mi mujer, tan radiante que, sin embargo, había vuelto la pobre con las noticias fresquitas de México, de su madre biológica y de Fedra, mi ex mujer.

22

(**Jueves 18 de junio**)

—Tiempo después de la frustrada Expedición Punitiva entre junio de 1916 y febrero de 1917 conducida por Pershing y Patton, dos de los generales que, años más tarde, se harían famosos en la Primera y

la Segunda Guerra Mundial, la desesperación y el desaliento se había adueñado de todos aquellos que durante meses persiguieron infructuosamente a Pancho Villa y sus famosos Dorados por el norte del país. Alicaídos habían quedado al final los tipos del Buró de Investigación, los hombres del servicio de Inteligencia norteamericano, los militares de alto y bajo rango, muchos funcionarios gringos, pero sobre todo, los mismos ineptos carrancistas que no pudieron echar mano de su temible presa. ¿Qué diablos hacer, Maty, si justo ahora, y contra todos los augurios, el presidente Wilson acababa de girar orden de retirar las tropas del norte de México? Eso justamente se preguntaban los amargados personajes de aquella famosa Expedición. ¿Cómo atrapar al panzón jijo de la requetechingada, al bigotón Arango, al miserable asesino y canalla, al violador de Namiquipa? Ni qué decir que la invasión a México, al final, le había caído a Villa como anillo al dedo, decía mi padre, Roberto Soto Gariglietti, que le contaba a su vez triunfante su abuelo, mi bisabuelo Enzo, quien años más tarde dedicaría parte de su tiempo a investigar las entretelas de la historia revolucionaria que él mismo había protagonizado como delegado villista en el extranjero. Ahora él, Villa, y no el presidente Carranza, era el verdadero nacionalista, el verdadero patriota, el verdadero antiyanqui, se reía a mandíbula batiente el siciliano, aunque en el fondo no fuera así, tú lo sabes mejor que yo, Robertico, pues Villa guardaba todavía resabios de admiración por aquellos a quienes protegió desde el inicio de la revuelta. Lo de Columbus, pues, con todo y su altísimo costo, le estaba saliendo requetebién al Atila y sus valientes Dorados… No obstante, pasados algunos meses y ya vueltas las tropas yanquis a su país, un funcionario y un militar se reunieron en secreto en algún escondrijo innombrable de Texas. El primero, Maty, se apellidaba Stone y era jefe de la oficina del Buró de Investigación en El Paso, Roberto. Era a todas luces un tipo más arrogante, más cínico, que el otro con quien charlaba. A éste, aparentemente de grado inferior, le dijo Stone a bocajarro y sin soltar su largo cigarrillo con boquilla:

—Mire, Reed, necesitamos eliminar de una buena vez a Villa… con o sin el beneplácito de Wilson que, por supuesto, no entiende un comino de cómo se hacen las cosas en México. Según Patton, y yo coincido en eso con él, hay que ser un tonto del carajo para pensar que personas semisalvajes y completamente ignorantes como los mexicanos lleguen a formar jamás una república. Patton piensa que Wilson tiene el cerebro de un gusano por haber decidido retirarse de México. Un déspota es todo lo que conocen o desean nuestros vecinos. ¡Toda la Expedición sirvió para maldita cosa, capitán Reed! No podemos quedarnos así, acobardados y tiesos. Tanto derroche de energía y de dinero desperdiciados, tantos meses en el desierto para

que el hijo de perra se escabullera, se riera de nosotros, y ahora se nos vaya de las manos —Stone calló tras su encendida perorata; dudó un instante y finalmente dijo, dándole una larga aspirada a su luengo cigarro y mirando al otro fijamente, con ojos obsesivos, casi rencorosos—: Debe saber que hablé con Pershing no hace mucho y la frustración lo está aniquilando, lo tiene triste y abatido en su casa, sin salir, sin querer ver ni saludar a nadie.

—Sí, lo puedo imaginar: ha quedado como el hazmerreír luego de la Expedición y sus nulos resultados —respondió Reed firme, expedito, encendiendo un cigarrillo a su vez (éste sin boquilla, Maty), dándole, primero, una fuerte aspirada, y luego una bocanada que pronto emborronó su rostro hasta suavizarlo en el ambiente—. Resulta increíble que, con todo y la ayuda de los federales, no pudieran nunca dar con el paradero del rufián. Dicen que estaba herido, escondido en una cueva. Sólo un primo suyo lo acompañaba y lo cuidó todo ese tiempo.

—Eso he oído yo también —asintió Stone y al punto se quedó pensativo, caviloso, sin moverse de su muelle sillón. Hacía un calor del demonio ese mes de agosto a pesar de que el rudimentario ventilador de la sala del club donde se hallaban reconfortaba levemente el sitio y lo hacía un poco más tolerable, aunque no lo suficiente.

—Bueno, dígame, ¿para qué soy bueno? —preguntó el capitán Reed desperezándolo, sacándolo de su modorra o su rencor, sin soltar su cigarrillo—: ¿de qué se trata?

—Se trata, como ya le dije, de matar a Pancho Villa —respondió agitado, casi amenazante, Stone—. Pershing lo quiere muerto. Me lo ha dicho. Me lo ha pedido, sí, tal como lo oye, tal como lo oyes, Matilde, tal como lo oyes, Robertico, le dijo Enzo el siciliano a su nieto, mi padre, pocos meses antes de morir.

—¿Y cómo lo vamos a lograr? —preguntó Reed azorado aunque en sí no lo sorprendiera tanto el deseo de Pershing: finalmente a eso había ido a México durante algunos meses—. ¿Cómo… si justo ahora va a ser mucho más difícil asesinarlo que antes? Sin nuestras tropas allá, ¿cómo conseguirlo? Nadie puede acercársele. Nadie jamás ha podido; usted lo sabe. Se esfuma; es un fantasma cuando se trata de internarse en las montañas o en el desierto de su tierra.

—Lo haremos a través de un método poco convencional, amigo —Stone bajó la voz y se acercó al capitán Reed aunque realmente no era necesario a esa hora del día: nadie se hallaba en el club donde se encontraban conversando, sin beber a pesar de la calígine terrible de la calle, la cual irremediablemente se filtraba por cada intersticio del lugar—. Lo envenenaremos.

—¿Qué? —respondió Reed verdaderamente perplejo y con la

ceniza del cigarrillo colgándole de entre los dedos de la mano, a punto de caer, a punto de desplomarse y cimbrar el suelo que los albergaba en subrepticio cónclave.

—Lo que oyes, Matilde —aseveró el jefe de la oficina del Buró de Investigación viendo los ojos agigantados de su joven colega; luego dio una aspirada más a su cigarro con boquilla, tomó su tiempo y por fin se decidió a resolver o completar el misterio que los tenía reunidos en El Paso—: Gemichi Tatematsu, antiguo sirviente personal de Hipólito, hermano de Villa, nos ha puesto en contacto con compatriotas suyos dispuestos a asesinarlo por una módica suma. Ya sabes, Robertico: Villa admira a los nipones y parece que ahora tiene a dos jóvenes trabajando para él en su cocina.

—Increíble… no me lo puedo creer —exclamó Maty esta vez sin pestañear un segundo, sin bostezar, reclinada en el pecho desnudo del pintor, sin dar muestra de quedarse dormida otra vez… con su grabadora cogida firmemente.

—Luego de hablar con un tal Jah Hawakawa, conocido de Gemichi, acordamos que lo mejor era entregarlo muerto, pues llevarlo vivo a la frontera, tal y como quiere Pershing, resulta poco menos que imposible.

—¿Y Pershing sabe lo del… método poco convencional? —Reed, por supuesto, titubeaba, Matilde, no era para menos, imagínate—. Se lo pregunto pues usted sabe mejor que nadie que si esto se ventila, se volvería un escándalo internacional. ¡Cómo quedaría el gobierno de Estados Unidos ante la opinión pública mundial!

—Claro. El mismo autorizó la idea de los nipones y está dispuesto a correr el riesgo.

—O sea que lo de envenenarlo es más bien idea de ellos.

—Más o menos —contestó Stone no muy seguro, más bien ambiguo, y sin soltar el fragmento de cigarrillo con boquilla un solo instante: como si de esa tira humeante se estuviese amparando, como si de ella dependiese su vida y la del general Pershing… o al menos su reputación—. Y aquí es donde usted entra, querido amigo Reed.

—Le escucho —contestó el capitán atento, abandonando al mismo tiempo su cigarrillo que era entonces una simple torre escueta de cenizas.

—Tiene que encontrarse con estos dos colaboradores japoneses de Villa dentro de dos semanas. Un cirujano del ejército de Pershing le dará el veneno para que usted lo entregue a los nipones justo… aquí… —dijo señalando un punto al norte dentro de un pequeño mapa de la República Mexicana—. Sí, aquí, el 3 de septiembre a las diez en punto de la noche. Los encontrará en la cantina que hay en el centro del pueblo.

—¿Cómo se llama la cantina? —preguntó Maty.

—No lo sé.

—¿Y si no es la única cantina?

—Es la única, no se preocupe. Usted sabrá encontrarla. Es un pueblo muy pequeño.

—¿Y el doctor?

—No le puedo dar su nombre. Lo sabrá en dos o tres días. Usted sólo debe presentarse, fingir un resfriado, y recoger lo que el doctor le dará —Arturo, el pintor agro, esperó unos segundos, tal vez medía o sopesaba la impresión que todo esto le causaba al capitán Reed, quizá sólo calaba hondo en sus tripas, en sus agallas o testículos, en el mismísimo temblor de su cuerpo—. Se le conoce como el veneno del tercer día porque la muerte se produce al tercer día y no hay señales de ningún tipo sino hasta ese momento. Esa fue, al parecer, la condición de los nipones, Roberto, le dijo Enzo Gariglietti a su nieto, Matilde, y éste a su vez me lo contó a mí siendo yo un chamaco, ¿sabes? Claro, Robertico: tienen miedo, necesitan tiempo para escapar sin levantar sospechas de los Dorados, del contingente que siempre rodea a Villa, hasta para ir al baño…

—¿Y cómo se llaman los contactos?

—Eso no importa. Serán los únicos que usted verá esa noche en la cantina. Usted preséntese y ya. Por cierto, es un poco complicado llegar a ese pueblo, Matilde. No existen buenos caminos, según me han informado. Es posible que tenga que pernoctar una noche antes de llegar. Búsquese un buen guía y unas muías. Aprovisiónese.

—Entiendo —me dijo entonces mi padre que le había contestado, no muy seguro sin embargo, a su querido abuelo Gariglietti cuando éste le narró, hace más de medio siglo, esta anécdota de película de Hollywood que, aunque no lo creas, Maty, se halla perfectamente documentada en los anales texanos.

—Con esto le alcanzará y hay algo de sobra para usted —le estiró un sobre con un fajo de billetes mexicanos y un fajo de dólares encima.

Con eso, pues, concluyó la conversación de Stone, jefe de oficina del Buró de El Paso, y el joven capitán Reed esa tarde de insoportable calor veraniego. Con un fuerte apretón de manos, se despidieron sin volverse a mirar. Sólo quedaron las colillas humeantes, tembleques, difuminando el espacio con su humo blanco, opalino. Ahora sí… ¿me pasas el cenicero, Maty, por favor?

XXIII

Antes de explicar cómo y por qué cayó la bomba en la cabeza de Irene y cómo las astillas de esa bomba llegaron a astillar a muchos en este pueblo sureño astillado de mierda, no puedo dejar de contar lo que pasó en México esas semanas entre mi esposa y su recién descubierta familia biológica. No hacerlo sería como atentar contra una suerte de prurito realista con el que siempre he intentado congeniar. Esto del realismo, por supuesto, es una pinche manía que en el fondo tiene que ver más con un problema de verosimilitud que con un problema de mimetismo o reflejo acucioso del mundo, el cual, en principio, no me interesa. A mí como lector y/o espectador de películas siempre me ha importado una cosa por encima de todas las demás: la verosimilitud, la puta verosimilitud, aun cuando se trate de marcianos, sirenas ninfómanas o gigantes meones en la cima de Notre Dame. En eso soy aristotélico, amado Empédocles, sólo en eso, te lo juro. Lo demás se desprende de ella, de la verosimilitud; lo demás se supedita a mi convicción o fe, a la capacidad del autor por hacerme creer lo que estoy viendo o leyendo, y si no lo consigue, si yo no adquiero o me avengo con la supuesta "verdad" insinuada por él, entonces decaen mis ganas de continuar mi tarea de inmersión friccional: mi atención se desvanece, el acto de ver la película o leer el libro deja de tener sentido, deja de importar, y me quedo dormido en brazos de Morfeo. ¿Para qué sigo, para qué leo o con qué objeto continúo viendo esa película si no creo un pito lo que está pasando, lo que está por venir? Mejor cerrar el libro, mejor salirse del cine, mejor enfrentar la realidad, la cual, es cierto, a veces resulta mucho menos verosímil que cualquier fricción. ¿A qué se deberá esa debilidad, esa flaqueza mía o lo que sea? Acaso de allí justo surja esa urgencia por cerrar lo que hace rato dejé inconcluso, a medias: la historia de mi mujer y mi ex mujer, el encuentro en el Distrito Federal, la gran Capirucha, entre Irene y su madre biológica, el triángulo familiar recién creado en el que ahora (si no es que desde siempre) estaba metido hasta las narices sin imaginármelo.

Básicamente y para ir al grano, debo decir que Irene volvió a casa feliz, muy emocionada, todo lo contrario a como se sentía cuando se fue (¿recuerdan?), cuando se enteró de su origen biológico por esa maldita carta que su madre adoptiva (su verdadera madre) le envió por Fedex desde San Francisco. Estaba tan contenta a su vuelta y tan llena de sí misma y tan llena de información que no notó ni por un instante mi rubor, mi evidente rubor encendido, mi innata incapacidad para ocultar mi infidelidad con Stephany, nuestra amiga, la cachonda mujer de nuestro amigo turinés. Así que la dejé explayarse, la escuché por días y noches, por una semana entera, entre botellas de vino, cervezas, tequilas, whiskis, borracheras a medias, pues la historia que a continuación resumo no es sino un mero

fragmento de una larga perorata repetida de distintas maneras, con distintos estados de humor femenino que pasaron .de la alegría al miedo a la tristeza a la sorpresa a la impasibilidad y al rencor, todo revuelto y a veces difícil de organizar .o discernir, tal y como dice Empédocles que eran los fragmentos dispersos del cuerpo antes de constituirse en seres humanos. Digamos: un vórtex irenesco que trataré de desenrollar como Dios me dé a entender.

Parece ser que a los dos días de estar con su madre y Emilio en San Francisco, Irene decidió llamarle por teléfono a Dulce, su otra madre. Parece que ella misma, mi ex suegra, le contestó. Dice que se quedó fría, sí; Irene se quedó helada pues una vez oyó la dulce y apacible voz de Dulce Mallea no supo qué hacer, no supo qué contestarle. Se dio cuenta que no estaba preparada. Según ella, de pronto sintió como si más que su madre biológica, estuviera comunicándose con la ex suegra de su marido actual, yo, y esto de pronto la confundió más, le entumió la lengua allí mismo. ¿Qué decirle? Si comenzaba por su nombre, Dulce probablemente pensaría que la loca de mi mujer le llamaba por otra razón, alguna queja o insulto relacionado conmigo o con Fedra o con el niño, y eso justo quería evitar mi esposa. Por lo visto, y según me explicó una de esas noches que pasamos acodados en el *deck* mirando el cielo estrellado de Madisonburg, fue hasta ese momento que Irene cayó en la cuenta de la dificultad, de la complejidad de la situación, pero ya era, por supuesto, muy tarde: tenía a Dulce allí en la línea esperando, preguntando quién era, qué quería, y ella sin contestar nada: su lengua, repito, se había entumido literalmente. Nadie sin embargo la pudo rescatar pues Irene, su madre, mi actual suegra, no estaba allí, estaba en el otro cuarto con Emilio jugando o eso imagino o eso me dijo y finalmente no tiene la menor importancia. Mi mujer, aterrorizada, colgó.

Irene dice que, primero, tomó aire, esperó dos o tres minutos, y luego, por fin, volvió a llamar. Era el destino, era la hora, ¿para qué aplazarlo más?, se dijo. Dulce Mallea, mi querida ex suegra, nuevamente le contestó el teléfono; entonces mi mujer le dijo de sopetón, con la naturalidad que da lo intempestivo:

—Perdone que la moleste, pero le llamo porque me acabo de enterar que usted es mi madre…

Cuenta Irene que lo primero que oyó fue el silencio. Oyó la calidad del silencio como nunca antes lo había escuchado en su vida: lo oyó agigantado, real, abarcándolo todo, más fuerte que el ruido o el sonido o la música, más duradero que las palabras o las canciones o los discursos de los presidentes. Dulce Mallea no decía nada, pero tampoco callaba. ¿Habría tapado el auricular? ¿Estaría llorando? ¿Estaría aquilatando la verdad o la mentira que esas palabras salidas de ultratumba acarreaban? Pero si no colgaba ¿era que algo había de

cierto, algo había de indestructible verdad en esa joven voz femenina que se había atrevido a decir lo que había dicho? Es muy probable, no obstante, que Dulce llevara muchos años, lustros, esperando esa llamada, sabiendo que un día, a pesar de todo, llegaría, ¿por qué si no entonces haber dejado escrita esa maldita carta que Irene leyó y leí yo en Madisonburg? Pensándolo bien, y ahora que lo cuento, mi ex suegra debió haber calculado que esa llamada de su desconocida hija biológica debía haber llegado mucho tiempo antes de lo que realmente llegó. Tal vez supuso que esa hija abriría y leería esas cuartillas cuando cumpliera dieciocho y de eso ya habían pasado diez años, por supuesto, y la llamada esperada nunca arribó. O tal vez había olvidado esa posible y añorada llamada: quién sabe, lo dudo. El caso es que Dulce, mi ex suegra, no contestaba, el caso es que no decía nada y el silencio se volvía por segundos una suerte de masa ígnea, inflamable, por no hablar del costo de la larga distancia. Lo cierto, sin embargo, es que tampoco colgaba el teléfono y eso, por supuesto, expresaba más que mil palabras. Irene lo debía saber, lo estaría intuyendo, empero, habría decidido callar, no decir una sílaba más y seguir aguardando, aguardando a que el susto o lo sorpresa o lo que fuera, menguara. Y eso fue lo que hizo por un lapso hasta que por fin, cinco o seis o siete minutos más tarde, Irene oyó que Dulce le decía con voz cariñosa y apacible como me consta que siempre tuvo:

—Me gustaría conocerte… si tú quieres —es decir, ni siquiera le preguntó el nombre… y claro, la respuesta salta a la vista: ¿para que? ¿Qué diablos importaba si su hija se llamaba Irma, Lorena, Petra, Viridiana o Juana? Era simplemente su hija, la misma que había dado en adopción, y eso era al cabo lo único que de veras importaba. Sin contar, ¡claro!, con que Irene, de una manera harto alrevesada de explicar, se sintió aliviada de que su madre biológica no le hubiera preguntado su nombre puesto que ello hubiese provocado todavía más confusión.

—Claro que quiero; por eso te llamo —obsérvese que de pronto Irene había cambiado el usted por el tú y esto es, créanme, más que un simple artilugio de novelista de provincias exiliado.

—Y ¿dónde vives?

—En Estados Unidos —prefirió contestar Irene. Con esa suerte de evasiva a medias podía contar algo fundamental: el no tener que explicar que, aunque estaba ahora en San Francisco, vivía en Madisonburg, Virginia… y entonces, por supuesto, tendría que haber detallado cuestiones (léase: yo) en las que de momento no convenía ahondar demasiado.

—¿Quieres que yo vaya a verte?

—No, preferiría yo ir, si no te importa…

—¿Y cómo conseguiste mi teléfono?

—No fue difícil —fue lo único que se le ocurrió decir a Irene, lo que, por supuesto, no dejó de provocarle una sonrisita, una mueca, según me contó: algo así como un "si tú supieras lo fácil que resultó conseguirlo".

—¿Cuándo te gustaría venir?

—Cuando a ti te convenga.

—No, no, yo siempre puedo, mija —oyó Irene que le decía su madre biológica con voz cariñosa, apacible y cariñosa como siempre tuvo, me consta—. Llevo años esperando esta llamada, ¿sabes? —de aquí, pues, el que yo dedujera (como deduje antes) que esa sorpresiva llamada de mi mujer, Dulce Mallea la debía haber estado anhelando desde mucho tiempo atrás. No obstante, lo que no deja todavía de llamarme la atención, es que en los cinco años que pasé junto con Fedra en México criando a nuestra pequeña Dulce, mi ex mujer jamás me hubiese contado la historia de su madre. También no deja de asombrarme el que Fedra tampoco me hablara de una media hermana biológica (en el supuesto caso de que lo supiera). Mucho menos mi ex suegra me contó una palabra de su pasado. Por eso conviene señalar que lo que ahora paso a detallar me llegó sólo e íntegramente por Irene, a través de mi adorada mujer en el lapso de esa semana tras su vuelta a Madisonburg y no a través de mi ex mujer, lo cual, para el caso, no importa demasiado pues no cambia un ápice el orden de los factores del pasado de mi ex suegra ni tampoco el producto amado: mi mujer.

Dulce no la dejó quedarse en un hotel. Ella y Fedra recogieron a Irene y a Emilio en el aeropuerto de la ciudad de México y, al parecer, los llevaron a su casa donde estaba mi hija Dulce esperándolos con la criada. Esto, así contado, es mucho menos simple de lo que aparenta ser; bien visto es, de hecho, un enredo de proporciones alarconianas pues, como se sabe, mi mujer apenas conocía una o dos fotos de Fedra y de su madre y Fedra y mi ex suegra conocían, por su parte, una o dos fotos de Irene y el niño, por lo que una vez se encontraron y se vieron las caras no supieron en realidad si se trataba de alguien más, de una equivocación o simplemente daba la casualidad de que Irene estuviera entonces llegando con Emilio al aeropuerto de la ciudad de México por otras razones y a esa misma hora. Empero, al parecer la perplejidad cedió un poquito al menos cuando mi mujer, adelantándose a lo que iba a suceder, se acercó a ellas y les dijo allí mismo, con el niño tomado de su mano:

—Soy yo. Soy yo a la que están esperando: Irene.

—Pero ¿no te conozco? —preguntó Fedra aturdida creyendo de pronto reconocerla, claro, aunque sin conocerla pues me consta que "conocerse", lo que se dice "conocerse", nunca se conocieron: sólo sabían una de la existencia de la otra.

—Sí, Fedra —le contestó Irene—, soy la mujer de Eusebio, y éste es Emilio, nuestro hijo.

—Hola Emilio, ¿cómo estás? —dijo mi ex suegra agachándose un poco para acercarse al niño y sobre todo para cambiar de tema, acaso para aligerar la tensión o lo que fuera que se había incubado allí de repente como una plastilina o una goma de mascar.

—¡Ya ves! —interrumpí a Irene cuando me lo contó en el *deck* con dos caballitos rebalsando tequila y unas rodajas de limón con sal, indispensables para esas ocasiones excepcionales de chismes y enredos excepcionales—. Debiste haberle dicho tu apellido, haberlas puesto sobre aviso.

—Cuando me dijiste que te llamabas Irene, te confieso que nunca imaginé que fueras la misma Irene… la esposa de Eusebio ¿sabes? —le dijo mi ex suegra allí mismo abrazándola, con lágrimas en los ojos, según me contó Irene, mientras comenzaban las tres y el niño a caminar por el largo pasillo iluminado del aeropuerto con el maletero siguiéndolas de cerca—. No lo puedo creer. ¿Cómo iba a imaginármelo? Pero dime: ¿cómo está él? ¿Qué te ha dicho de todo esto? ¿No le parece verdaderamente increíble?

—Pues ¿qué querías que le dijera, Eusebio? —me contestó esa noche de luna llena mi bellísima mujer acodada en el barandal del *deck* sin soltar su tequila blanco y con los ojos resplandecientes de luz y tequila doble destilación—. Que tampoco tú lo podías creer, que estabas impactado con la coincidencia, que habías leído la carta también y que, de hecho, fuiste tú, ¿recuerdas?, quien me animó a pedírsela a mi madre a San Francisco y abrirla después de tantos años de no querer hacerlo.

—O sea que somos medias hermanas, ¿lo puedes creer? —dijo Fedra de pronto abrazándola también, con lágrimas en los ojos, según me contó Irene para mi total sorpresa, saliendo de su completo aturdimiento Fedra y sin salir de mi contrariado azoro yo—. ¿Por qué no nos lo dijiste antes?

—Pero ¿cuándo ibas a hacerlo, amor? ¿Cuándo? ¿Acaso por teléfono? De veras que Fedra es medio zonza —le repliqué a mi mujer esa noche, cualquier noche, a la luz de la luna, reconociendo lo inusual y delicado de la situación, dándole un sorbo a mi tequila blanco, comprendiendo por qué Irene prefirió callar hasta el último momento y tragarse la saliva que debió tragarse en el aeropuerto sin un buen tequila que la ayudara en el difícil trance como ahora lo tenía al recordar la terrible anécdota.

—Bueno, eso ya no importa, mijas —interrumpió Dulce sin dejar a Irene por fortuna contestar, dándole una propina al maletero y volviendo a abrazar a su recién adquirida hija, a su hija recobrada, a esa gringa o cubana o mexicana ignota que por suerte hablaba español

y que se hallaba ahora mismo parada frente a sus narices luego de casi tres décadas de haberla dado en adopción—. Vayamos a casa, tenemos mucho de qué hablar, chicas, y también tenemos muchas razones para estar felices, ¿no es así, Emilio?

—¿Emilio estuvo contento, Irene? ¿Y Dulce, mi hija, cómo se lo tomó? —le pregunté a mi mujer en algún momento de la conversación entre tragos, en algún momento de las innumerables conversaciones que tuvimos cada noche durante esa semana antes de que cayera (fulminante) la bomba y la mierda y sus astillas, las cuales prefiero dejar para después—. ¿Verdad que Dulce se parece a ti muchísimo? Siempre te lo dije, Irene.

—Pero si eres parecidísima a mi hija, ¿sabes? —le dijo de pronto Fedra en el auto sin despegar sus ojos un segundo de su media hermana, algunos años más joven que ella, agotándose en la contemplación—. De hecho, creo que eres más parecida a mamá que yo. Alguna vez miré una foto tuya, Irene, pero la verdad es que no hay nada como tener a la persona en vivo y a todo color. Perdona, estoy muy emocionada, no sé ya ni lo que digo…

—Sí, la verdad creo que te pareces a mí —le dijo mi ex suegra a mi mujer mirándola en el alto de un semáforo camino a casa—. ¿Tú qué piensas?

—Que mucho, muchísimo —dije yo, repitiendo lo que alguna vez, hacía ya algunos años, en un restaurante del *Fishermans Wharf* le confesé a mi mujer, y que luego, en varias ocasiones, ya casados y con Emilio entre nosotros, le repetí en Madisonburg: su enorme parecido con mi hija y con mi ex suegra, pero no con mi ex mujer.

En resumen y para no seguir con la charla del coche por el congestionado Insurgentes de la capital, parece ser que Irene y Fedra se cayeron bien, demasiado bien. Yo, lo confieso, al principio temí que ese encuentro pudiera resultar nefando, pero contra todas mis predicciones, las dos medias hermanas fueron poco a poco encariñándose, conociéndose y trabando lo que se dice una buena relación amparada, sobre todo, por el buen humor y la generosidad de mi ex suegra, que estuvo siempre allí, próxima, cariñosa, afable como es, me consta, me consta. No puedo imaginarme, por más que Irene me lo hubo contado una y otra vez en la cálida semioscuridad de nuestro *deck*, cómo pudieron haber sido esos primeros días en una casa desconocida, en una ciudad desconocida, con una hermana y una madre desconocidas. Pero supongo o imagino que con la buena voluntad que animó a cada una de las partes, lograron pasar todos un maravilloso tiempo de ¿interiorización, retrospección, anagnórisis, recogimiento, memoria, reencuentro, celebración? ¿Cómo diablos llamarlo? Básicamente, Irene estaba allí por algo muy concreto, según me había explicado antes de marcharse: deseaba conocer de viva voz y

de una buena vez la verdadera razón por la que sus padres biológicos la habían dado en adopción. Aunque en un principio, según me confesó a posteriori, nunca buscó ni quiso intimar con su madre biológica y menos con su media hermana, lo cierto es que, al final, no sólo encontró la respuesta que añoraba sino que también adquirió ¿una nueva familia, unos nuevos parientes, unos nuevos amigos, unos nuevos qué carajos…? ¿Cómo llamarlos, cómo nombrar a quienes finalmente eran la madre y la abuela de mi hija Dulce, media hermana de nuestro hijo Emilio?

—Y dime —me atreví a preguntarle por fin una noche, ya dormido Emilio como siempre a esas altas horas, sentados los dos en el *deck* con unas cervezas en la mano, con rodajas de limón y cacahuates salados a un lado, pues resulta poco menos que imposible encontrar en todo Virginia unos buenos cacahuates enchilados—: ¿qué fue lo que pasó? ¿Qué pudo llevar a Dulce a darte en adopción? Me muero de ganas de que me lo digas, Irene, lo sabes bien desde que llegaste. Lo has venido demorando a propósito ¿verdad?

—¿De veras me lo quieres contar? —le preguntó mi mujer a su madre biológica la tercera noche que pasó allí, creo, cuando sintió que el momento había llegado, que era oportuno hacerlo y que ya no quería aplazar más la hora de obtener esa respuesta concreta que, en principio, la había llevado a viajar con Emilio al Distrito Federal e incluso alojarse en esa casa que, por supuesto, yo conocía muy bien de marras—. A mí me gustaría saberlo, claro: si a ti no te importa. Creo que estoy preparada…

—O quién sabe, Irene —la interrumpí otra vez derramando mi botella de cerveza: así de nervioso me encontraba—, la verdad es que para esas cosas uno nunca está suficientemente preparado.

—Mira, Irene, el padre de Fedra murió cuando ella era todavía una niña. Me quedé viuda a los cuarenta y cinco y nunca me volví a casar. Intenté salir y rehacer mi vida con un par de pretendientes, pero la verdad nunca más me volví a sentir cómoda con ningún hombre. Me sentía rara, usada, desubicada, qué sé yo, ideas tontas, telarañas en la cabeza de una viuda mojigata, si tú quieres. El caso es que no volví a casarme y yo sola crié y eduqué a Fedra, hija única hasta entonces. Su padre era un amante de Racine y por eso ese nombre inusual; no te creas que yo le puse así a tu hermana, de ninguna manera. Al principio me opuse, pero luego me acostumbré. Digamos, Fedra, que tu padre era un tipo extravagante, pero claro: me desvío, me desvío… No es eso lo que tú quieres saber, Irene…

—Por supuesto, no es eso lo que yo quiero saber —interrumpí a mi mujer ansioso de llegar al grano.

—… no estamos para hablar de mi padre, mamá —me interrumpió Fedra desde su butaca esa tercera noche de confesiones—, ya luego

podemos hablar de él.

O sea que Irene y tú no comparten el mismo padre, Fedra? —dije con los ojos abiertos como zaguanes, incrédulos y morbosos, ¿para qué negarlo? Iba atrapando, por fin, retazos importantes de esa historia.

—Aunque nunca fui una mujer muy delgada ni mucho menos, tampoco era una gorda, no, no… Me convertí en la gorda que ven a partir de la muerte del padre de Fedra. Supongo que me deprimí sobremanera y eso me abrió el apetito, me puso a comer de más, sobre todo chocolates. ¡Uy, no sabes cuánto amaba los chocolates! Envinados, blancos, oscuros, con cerezas, rellenos de almendras o nueces o avellanas, con menta o con crema o con cajeta. Todos. Los que sean. Son mi debilidad. Bueno, lo eran…

A muchas amigas les pasa al revés ¿sabes? Cuando se deprimen, dejan de comer, pierden el apetito, pero a mí, Irene, es importante que lo sepas, me sucedió al revés…

—Pero ¿qué carajos tienen que ver los chocolates y tu gordura, la cual conozco de sobra, con la historia de la adopción? —interrumpí a mi suegra esa noche pues me estaba empezando a desesperar tanto circunloquio, tanta vuelta y retruécano, y la verdad no veía para cuándo iba a llegar al meollo del asunto.

—Así que cuando pasó lo que pasó, no me di cuenta, ¿sabes?

—Pero ¿qué pasó? —exclamó Irene sentada en el borde del sillón.

—¿Qué pasó, mamá? —dijo Fedra quien, al parecer, tampoco conocía esta singular historia, según me fue revelando Irene y por lo cual, comprendo ahora, Fedra nunca me la contó a mí.

—¿Qué diablos quieres decir con eso de que, finalmente, “pasó lo que pasó”? —pregunté perdiendo la cordura, la paciencia, en el amplio *deck* de madera de nuestra casa en Madisonburg ese mes caluroso de junio.

—Quiero decir que cuando me violaron los dos hombres que me violaron, yo nunca imaginé que me quedaría embarazada —dijo mi querida ex suegra de sopetón, ahora sí yendo derechito al grano, duro y a la cabeza, *knock out*.

Se hizo un silencio espeso y viscoso, una suerte de melaza impenetrable y dulzona. Yo callé. Fedra calló. Irene calló. Mi ex suegra calló. Todos callamos. El silencio era bituminoso, mezcla de angustia y amenaza. ¿Violada? ¿Gorda? ¿Embarazada? ¿Viuda? Por fin, envalentonándome pues yo no estaba allí presente y todo lo oía por boca de mi mujer un par de semanas más tarde de haber ocurrido, pregunté rompiendo el ominoso silencio que nos circundaba:

—¿Y qué edad tenías, Dulce?

—Pues échale cuentas, Eusebio, nomás: si tuve a Fedra a los treintaicinco, es decir, no muy joven, y su padre murió cuando ella

tenía cinco años de edad, entonces yo tenía cuarenta y pico cuando empecé a subir de peso de manera galopante por culpa, ya te dije, de los chocolates, los malditos chocolates rellenos de avellanas, de nuez, de cerezas, con pasas, blancos, suizos, belgas, guatemaltecos, amargos, cremosos, con cajeta, con rompope, y hasta esos típicos chocolates "La abuelita", ¿los conoces?, hasta ésos los llegué a comer en trozos gigantes, con fruición, como si se me fuera a acabar el mundo y el mundo fuera una suculenta golosina…

—Sí, sí, sí —la interrumpí desesperado, casi iracundo—, pero ¿qué tiene que ver tu sobrepeso, Dulce, con todo esto, con la violación de que fuiste objeto? ¿Por qué hablas tanto de tu peso… si de todas formas no estás tan gorda… sólo pasadita, ligeramente llenita?

—Pues porque no me di cuenta de que estaba embarazada sino hasta el día que nació Irene, zonzo, zopenco. ¿Ahora comprendes? Sí, por más increíble que te suene, así es. Esos nueve meses no supe que llevaba un crío en el vientre porque estaba hecha, lo que se dice, una marrana, una cerda, dedicada a comer chocolates envinados todo el día, chocolates con arroz inflado, dedicada a llorar mi viudez. ¿Qué iba a hacer, me decía, a partir de ahora, sin el padre de mi hija, sin el padre de Fedra, nuestro sostén, mi vida, mi cielo, mi apoyo en las buenas y en las malas? Tú no imaginas cómo me sentía; estaba al borde de la locura, Eusebio, al borde del aniquilamiento, y para colmo con una niña de cinco años, la edad en que los chicos más necesitan de un padre. Entonces sólo pensaba en comer chocolates y eso hice y por eso también no me sentía capaz de agradarle a nadie. ¿Cómo le iba a gustar a otro hombre si parecía una ballena, si me la pasaba en las puras lágrimas y los chocolates rellenos, si no tenía otra cosa que ofrecer excepto la carga de una hija sin padre, mi Fedra, tu ex mujer? Y bueno —dijo después de un breve respiro, recomponiéndose, tranquilizándose, enjugándose las lágrimas con un pañuelo amarillo bordado a mano por ella misma, lista para continuar—: pasó el tiempo, pasaron diez años, y me convertí en una mujer irregular. Es decir, a veces menstruaba y a veces dejaba de menstruar. Es más común de lo que te imaginas. Era irregular y era gorda. Trabajaba lo justo, lo mínimo, para irla llevando; lo necesario para darle una educación a Fedra, aunque hay que decir que mis suegros se portaron muy bien todos esos años. Siempre me ayudaron económicamente. Tenían algo de dinero ¿sabes? Pero eso no era todo. El dinero no iba a resucitar a mi marido ni tampoco iba a cambiar mi destino. Para no darle más rodeos y porque noto tu impaciencia por saber, por conocer los más mórbidos detalles, esos dos tipos me violaron cuando Fedra tenía catorce años, creo, y yo estaba, sí, por cumplir los cincuenta. Así, tal cual, como lo oyes: me violaron, abusaron de mí los sinvergüenzas. Una mujer de cincuenta, una vieja, y gorda… ¿lo puedes creer? No sé

que me vieron. No sé por qué se fueron a fijar en mí los desgraciados. Fue, Eusebio, la peor experiencia que me pudo haber pasado. No me hagas que fe cuente más, por favor; a casi nadie le he contado, y no pienso hacerlo ahora. Es un capítulo enterrado, muerto. Sólo importa que sepas que yo soy la madre de Irene y que esos hombres eran unos completos desconocidos con los que un día me topé y quienes se aprovecharon de mí en un parque, me robaron y me amenazaron con quitarme la vida si decía algo, si iba con la policía y los denunciaba. No tenían que amenazarme pues de todas maneras yo no pensaba decírselo a nadie, como supondrás. Y no lo hice y de inmediato quise empezar a olvidarme de todo… y casi lo consigo. Casi… Así que, cuando al poco tiempo dejé de menstruar, simplemente lo atribuí a la menopausia. ¿Qué otra cosa podía ser? De hecho, ya me había pasado antes, ya había dejado de reglar por espacio de varios meses… y luego de vuelta. Te digo: era irregular y eso es mucho más común de lo que cualquier hombre se imagina. ¿Cómo diablos iba yo a imaginar que una mujer a punto de cumplir los cincuenta iba a estar embarazada? Y menos yo. Era lo último que se me pasó por la cabeza… y como tampoco fui al doctor tras lo ocurrido, menos podía haberme enterado de nada. Y así fue que lo inesperado, lo inimaginable, sucedió: nació Irenita, mi bebé, mi niña. Un día simplemente rompí aguas y me quedé allí, petrificada, en la sala de mi casa. De inmediato llegaron dos vecinas a ayudarme y, junto con la sirvienta, me ayudaron a parirla en la cama. A Dios gracias, Fedra no estaba allí; estaba con sus abuelos esa memorable tarde y allí se quedó unas semanas hasta que pude pensar y resolver lo que tenía que hacer con el crío…

Entonces vi llorar al crío, es decir, a Irene. Mi mujercita no paraba de berrear. También pude vislumbrar (en lontananza, claro) a mi querida ex suegra plañir e incluso a Fedra, quien oía boquiabierta a su madre. Hasta a mí se me saltaron las lágrimas, moqueaba al oír el espantoso relato. Dulce continuó con voz aterciopelada, dulce, cogiéndole de pronto una mano a su hija recobrada:

—Créeme, Irene, nunca dejé de pensar en ti, nunca dejé de quererte, pero no creía que yo sola iba a poder contigo y tampoco me sentía capaz. Me sentía una inútil, una vaca gorda, triste y desamparada en el mundo, con toda la mala suerte echada encima. Una de esas vecinas me dijo que lo mejor era darte en adopción y eso hice a las cuatro o cinco semanas, sí, te entregué luego de mucha burocracia y largas dudas, dudas que me asediaban y no me dejaron dormir por mucho tiempo. La agencia puso como condición lo que tú ya debes de saber: romper cualquier tipo de contacto con el niño, olvidarse de él, no tener derecho a saber con quién está, quiénes son sus nuevos padres y todo lo demás. Confías ciegamente, ésa es la condición, y la asumí, la tuve que asumir de cabo a rabo. Después de

eso simplemente me quedó el recuerdo, el imborrable recuerdo de una niñita que tuve nueve meses en mi vientre sin darme cuenta y con quien, al final, sólo conviví por espacio de cinco semanas. ¿Arrepentirme? Sí, muchísimo, casi todos los días, ¿para qué te digo que no? ¿Por qué no me quedé contigo? ¿Quién me lo impedía? Podría haberlo hecho, lo sé. Eras mía. No tengo justificación y no pretendo justificarme ahora, no. Ni siquiera el haber sido violada a los cincuenta años me justifica por más que mis vecinas, las únicas que supieron, quisieron convencerme de que no era lo mismo traer a un niño al mundo por las malas que por las buenas. Los de la agencia, Irene, me aseguraron que estarías en muy buenas manos, que se trataba de una buena pareja que no podía tener niños y que ya no me preocupara más, que podía, si deseaba, dejar escrita una carta para ti y que tú, en tu mayoría de edad, tendrías el derecho de abrirla y enterarte (si así lo decidías) de quién era tu verdadera madre. Pero eso iba a suceder hasta que cumplieras dieciocho, y como a los dieciocho años no me llamaste ni me buscaste, asumí que habías optado por no saber, por no enterarte y lo entendí perfectamente, lo asumí y lo respeté, Irene, te lo juro. Yo, menos que nadie, podía juzgarte por eso. Al contrario, habrías hecho bien si decides no conocerme, pero ahora estás aquí, no hay que pensar en eso, estás aquí, conmigo, con nosotras, y yo simplemente no lo puedo creer, sigo creyendo que estoy soñando o teniendo alucinaciones de vieja. Sólo te pido que me perdones, que olvidemos el pasado. Ojalá y podamos ser buenas amigas, nada más…

El teléfono del comedor sonó intempestivamente (¿pero acaso no es siempre intempestivo el maldito ring de cualquier teléfono del mundo?) interrumpiendo o cerrando con broche de oro la increíble y triste historia de la abuela de mis hijos Emilio y Dulce. Dejé a mi mujer a solas en el *deck* bajo la luna plateada y entré a la casa zigzagueando, desorientado aún, medio borracho. Adentro estaba mucho más oscuro que en el jardín, el cual, ya dije, estaba tibiamente iluminado por esa luna de junio. Con trabajos hallé el inalámbrico y lo encendí. Moqueando y alcoholizado, escuché una voz de mujer conocida que me decía casi angustiada:

—¿Eusebio? ¿Eusebio Cardoso? Necesito hablar contigo. Es urgente.

Me flaquearon las piernas, me dio vueltas la cabeza, y sólo pude balbucear, preguntar con torpeza:

(Jueves 18 de mayo, continuación)

—¿*Y* qué pasó con los japoneses? —preguntó Matilde ansiosa de saber el final antes de levantarse, antes de vestirse y volver, ahora sí, corriendo a su casa a donde la esperas tú, Lector—, ¿*y*, por supuesto, con Villa?

—Dyo y Fusita, hasta donde se sabe y ha quedado impreso en los National Archives de la Expedición Punitiva —respondió Arturo con exceso de prurito, evidentemente muy bien informado por su padre a su vez muy bien informado por su abuelo Gariglietti—, envenenaron a Villa el 23 de septiembre de 1917. De inmediato huyeron de Chihuahua sin dejar rastro. Parece que tiempo después y con un salvoconducto que les permitió el ingreso a Estados Unidos, se encontraron con el capitán Reed, único oficial a quien conocieron debido a su breve encuentro en la cantina chihuahuense, y quien redactaría el informe poco tiempo más tarde.

—Pero ¿cobraron por su trabajo los cobardes? —lo interrumpió Matilde alelada, sorprendida con la historia.

—Probablemente, sí. No obstante, el veneno nunca funcionó.

—¿Qué había pasado? ¿Qué falló, abuelo? —preguntó Roberto.

—Según Dyo, él puso la dosis de veneno que le había entregado días antes Reed dentro de la taza de café que el general Villa se bebió la mañana del 23 de septiembre. Según Fusita, Villa derramó la mitad de la taza en otra y se la entregó a un italiano de toda su confianza sentado a su derecha, es decir, yo, es decir, mi bisabuelo, Maty. Enzo, que se encontraba en el campamento, tomó la taza, la bebió, la paladeó por un rato y la siguió bebiendo sin inmutarse, complacido. Los dos japoneses tiritaban de miedo, de horror, ¡imagínate nomás! ¡Los hubieran colgado por los güevos! Dyo creyó que se desmayaba: ¿y qué si el italiano moría en el acto? y ¿qué si tú, abuelo, morías en el acto, allí frente a todos los comensales?, le preguntó Roberto, mi padre, a mi bisabuelo el siciliano, ínclito protagonista de este pedazo de historia revolucionaria. ¿Y qué si eran puras mentiras las promesas del capitán Reed en cuanto a los efectos tardíos del veneno?, volvían a cuestionarse una y otra vez, enloquecidos, los japoneses traidores, Dyo y Fusita, ¿y qué si no funcionaba la dosis del cirujano del ejército de Pershing y en lugar de tres días… caía el italiano fulminado allí mismo? Todo podía suceder, le respondió Enzo, mi bisabuelo, Maty, a mi padre cuando éste se lo preguntó en esa imprecisa ocasión siendo niño todavía. Pero nada de esto pasó y lo que sí ocurrió finalmente y ellos observaron con sus propios ojos poco antes de huir, era que Villa bebía la mitad de su café con parsimonia, meditabundo como se solía quedar por las mañanas.

—Entonces ¿qué había fallado? —insistió Maty terminando de

arreglarse, mirando intranquila, desasosegada, su pequeño reloj de pulsera, guardando los últimos objetos olvidados en su bolso—. ¿Era inmune Villa? ¿Era inmune tu bisabuelo?

—No lo sé —le respondió categórico Enzo con una franca sonrisa en los labios, contento, por supuesto, de haberse salvado esa ocasión.

—¿El veneno no había surtido su efecto, abuelo? —insistió Robertico.

—Dyo y Fusita juran, Maty, que dos semanas antes habían usado dos tabletas del frasco (de veinte que contenía) en un perro de la calle, aparentemente con muy buenos resultados.

—¿Entonces mintieron Dyo y Fusita? —nuevamente le preguntó Arturo a su padre quien a su vez le preguntó a su abuelo Gariglietti.

—No lo sabemos, Maty, pero el día prescrito de la muerte de Villa no había sido, por lo visto, aquel, ni tampoco el último día de mi bisabuelo. Ambos se salvaron y nadie sabe por qué. Villa, por su parte, y como ya sabes, tendría cinco años más de vida y algunas batallas más que pelear, hasta la ulterior derrota o la traición final, la de la emboscada en Parral, Chihuahua, de vuelta del bautizo a que había sido invitado como padrino.

—Pero falta que sepas una cosa —le dijo Enzo de súbito a su nieto, Lector, y Arturo a Maty, tu mujer, cogiéndola del brazo—: todo el complot fue silenciado, archivado, olvidado por el Buró de Inteligencia norteamericano, y jamás, óyelo, jamás file revelado… hasta que yo leí muchos años más tarde (y por casualidad) ese informe y supe entonces que estuve a punto de morir esa mañana de septiembre… Pershing, por su parte, logró escabullir la desacreditación que le hubiese acarreado la revelación de este plan macabro e irrisorio. Sin embargo, pocos días más tarde (justo fueron días), Pershing consiguió cumplir su anhelo a pesar del descalabro recibido en su frustrada Expedición a México: fue ascendido a comandante general del Ejército por Wilson, el mismo presidente que él y George Patton despreciaban con todo su corazón. ¡Qué ironía! Probablemente Pershing nunca se olvidó de Pancho Villa, ni siquiera en sus mejores días como guerrero invencible de la Primera Guerra Mundial, esa guerra que probablemente, y de paso, Matilde, salvó a Venustiano Carranza de una anexión o un ataque inminente del presidente Wilson a México en noviembre de 1916. ¿Lo sabías?

—No, la verdad no lo sabía, Arturo, pero ahora sí me tengo que ir, me va a matar mi marido, debe estar esperándome… —ya vestida y perfectamente bien acicalada, Matilde besó al pintor en los labios, lo mordió con fruición y se volvió a pasar el lápiz de color oscuro carmesí. Vio otra vez su reloj de pulsera: se le había hecho muy tarde. La esperabas, Lector, sin soltar este libro del Diablo… casi convencido de que lo que lees es pura fricción, miserable fricción de un autor

indecente y macabro, ¿no es así?

Ya antes de salir del estudio, con su bolso Louis Vuitton y la grabadora portátil en la mano, Maty le preguntó a su amante como si de veras acabase de salir de una larguísima modorra de tiempos alucinados de la Revolución, más de cien años antes:

—Pero… Arturo, ¿qué tiene que ver lo que me cuentas con Empédocles de Agrigento y, sobre todo, qué tiene que ver todo esto con tu padre? Ya me perdí. No entiendo nada.

—Ya verás el martes próximo que nos veamos.

XXV

—Eusebio, ¿me recuerdas?

Allí, en el comedor a oscuras, a unos metros del *deck* donde continuaba Irene mirando el suave paisaje nocturno, sentí que me moría, sentí que las piernas se volvían unos plomos pesadísimos y perdí de pronto la respiración sin dejar de sostener el inalámbrico: Stephany, Stephany. Era ella. Pero ¿qué querría esta mujer? ¿No había dicho que todo estaba olvidado, enterrado en el fondo del mar? No más masajes, no más caricias de presión muscular, no más visitas deportivas a su casa. No más nada. Ella lo dijo. Estaba claro. Sin embargo, ahora debía comportarme con absoluta naturalidad, ser amable, invariablemente cortés, ponderado, mesurado. Era, al fin y al cabo, la madre de Alessandra, la mejor amiguita de mi hijo, y la esposa de mi buen amigo turinés, mi mejor amigo en esta puta tierra de Madisonburg, en Virginia, tan lejos de México, mi terruño querido. ¿Para qué coño me había metido con ella? Dios santo. ¡En qué líos me metía!

—Claro que te recuerdo, Stephany, ¿qué preguntas tan raras me haces? —le contesté esforzando una sonrisa en la penumbra de mi comedor, una estúpida sonrisa que nadie jamás iba a mirar de todas formas.

—No soy Stephany —oí que decía la voz femenina, la voz conocida, lejana y conocida a la vez, una voz de americana con un muy buen español; de hecho, con un español más claro y mucho más ordenado y limpio que el de la mujer de mi amigo Estéfano quien, a veces, es cierto, se enredaba con la sintaxis al hablar castellano—. Soy tu ex colega, Marión Siegel, la profesora de traducción. ¿Me recuerdas?

Sin salir todavía de mi aturdimiento, de mi total sorpresa, le respondí con la más impostada de las naturalidades, como si no hubiese dejado de pensar en ella desde el día en que el gordo

Whitehead la echó para darle su puesto a Katrina, la hija-sapo de la gorgona Gross-Wayne:

—Claro, claro. Marión, ¿cómo no me voy a acordar de ti?

—Pensaste que era otra ¿no es cierto? —se rió o insinuó Marión desde el otro lado de la línea, no lo sé, pero insistió otra vez y dijo como hurgando—: ¿Stephany?

—Sí, la mujer de Estéfano, ¿recuerdas?

—Claro —respondió ella a su vez recordando a su ex colega italiano con quien también se llevó muy bien los años que estuvo con nosotros en el Departamento de Lenguas—, ¿cómo está él? Sigue enseñando, supongo.

—Sí, sigue con nosotros, pobre —me reí—. Ellos están muy bien. Estéfano, de hecho, está súper… —exageré, hiperbolicé, por supuesto. ¿Súper? ¿A qué diablos venía eso de súper, Eusebio? ¿Eran los nervios que te traicionaban? ¿Era el alcohol? ¿Era el desenmascaramiento que propicia la culpa, el remordimiento? ¿Era todo eso o más bien era el cúmulo de noticias sobre Dulce Mallea, mi ex suegra, las cuales todavía no había logrado digerir a lo largo de esa semana? A la fecha, no sé la respuesta a mi idiotez pero sí recuerdo que dije súper como un párvulo o un bobo puede decir súperman o mami, llévame al súper.

—¿Súper? ¡Ah! ¡Mira! ¡Qué bien! —exclamó desorientada quizá y luego, cambiando de tono, modificando el timbre y señalando con ello que ya era hora de entrar en materia, me dijo en genuina jerga mexicana—: Hay algo muy grueso, Eusebio, algo que no vas a creer ni tantito así. Algo que debes saber tú, sí, tú, primero que nadie.

—¿De qué se trata? —empezaba a sudar copiosamente, comenzaba a creer que eso tan grueso tenía que ver con Stephany y Estéfano o con Irene o con algo que debía involucrarme pues estaba muy acostumbrado, ya lo dije, a que casi todo lo que pasaba a mi alrededor me involucraba fatalmente de una forma u otra.

—¿Quién es? —oí de pronto esa tercera voz que no podía ser, por cierto, la de Stephany o Marión, sino la de alguien más, otra mujer—, ¿quién es, Eusebio?

—Se trata de Whitehead, de Davis, de Bormann y de otros más —oí que decía Marión, para mi beneplácito y mi íntimo sosiego, desde el otro lado de la línea telefónica.

—Es Marión Siegel, amor —le respondí a Irene que continuaba allí lloriqueando, en la penumbra del comedor, parada, estática, mirándome con ojos perplejos y apesadumbrados por el recuerdo de los todavía recientes acontecimientos vividos en México junto con Fedra y su nueva mamá.

—Sí, Marco Aurelio también —dijo confundida Marión Siegel, mi querida ex colega injustamente expulsada de la universidad por el

decano y suplantada por la mujer-sapo—. El también.

—No, no, Marión, perdona; hablaba con Irene…

—¿Marión? —Irene se rascó la cabeza tratando de recordar, haciendo memoria, esforzándose por columbrar ese rostro amigo del pasado reciente.

—Salúdamela mucho, por favor —dijo Marión de repente.

—Marión te manda saludar, Irene —repetí con refinamiento, con esmero o, bien: con pura buena educación.

—¿Y Emilio cómo está? —preguntó Marión, casi afable, acordándose de mi hijo, lo que es siempre digno de tener en cuenta no importa cuán genuinas sean las palabras ni quién las dice.

—Dile que igualmente —contestó Irene sonándose el resto de mocos con el mismo pañuelo amarillo que Dulce le regaló antes de regresar a Madisonburg, entre otros varios detallitos y menudencias que se había traído mi mujer del Distrito Federal.

—Muy lindo, creciendo, muy inteligente…

—Me voy al cuarto. Estoy cansada. Te espero allá. No se te olvide checar a Emilio y apagarle la luz.

—Pues mira, Eusebio —ni tarda ni perezosa, Marión retomaba el asunto luego de los prolegómenos de rigor tan poco habituales para un gringo estándar por más hispanizado y aculturizado que éste pueda llegar a ser—: te decía que hay varios metidos en el asunto y que apenas, apenitas, yo me vine a enterar de todo con lujo de detalles…

—Sí, yo lo veo, Irene, no te preocupes —la besé en la frente como un padre afectivo besa a su niña de diez años.

—Si no estoy preocupada, Eusebio —contestó Marión otra vez equivocada, equivocándose, y todo porque yo no tapaba la puta bocina al hablar con mi mujer—, el que debe estar preocupado eres tú. Yo ya no trabajo allí, gracias al Cielo.

—¿Yo? —respondí azorado.

—Sí, tú, Eusebio. Tú y Tino y Javis y Estéfano y hasta el pobre de Ritter… Ustedes deben de estar preocupados, muy preocupados, o mejor dicho: ustedes deberían saber lo que está pasando allí, en el Departamento de Lenguas, frente a sus propias narices.

—Pues francamente no entiendo nada de lo que me dices, Marión. ¿Puedes empezar de nuevo? Ser un poco más clara.

—No entiendes porque no te he dicho nada aún —rezongó mi ex colega acalorada, impacientándose más de lo que yo ya me estaba comenzando a impacientar—. Ya verás…

La verdad es que estaba perdido, perdido y en ascuas; no entendía una jota lo que Marión Siegel me quería contar con tanto ahínco, con tanta desesperación, como si fueran a asesinarla esa misma noche. ¿Estaba borracho o Marión estaba borracha o se había vuelto loca de

atar este último año que la dejamos de ver, desde que perdió el empleo en Millard Fillmore? ¿Acaso era el brutal cansancio que hacía estragos en los dos o al menos en mí? Sí, en mí… Era evidente. No en ella. De cualquier modo, curioso como soy, como siempre he sido, y no dispuesto a perder esa rara oportunidad de oír algo grueso, muy grueso, como me había prometido, otra historia excepcional en un pueblo por demás aburrido y pequeño, hice de tripas corazón y superando cualquier síntoma de cansancio, me dispuse a escuchar a Marión, mi ex colega, yéndome, primero, a sentar en el *deck* con una cerveza helada que un minuto antes saqué del refri mientras miraba desde esa altura erchirriar de las estrellas y el titilar de las cigarras o al revés. Todas las sorpresas y noticias que me había traído Irene de México y me había endilgado a lo largo de esa inolvidable semana que ya sinteticé, quedaron de pronto atrás, arrinconadas, sepultas, tras escuchar el relato inclemente de mi querida ex colega Marión Siegel, quien arrancó diciendo:

—Lo supe por Sofía, la criada, mi criada, una chica hondureña muy buena, muy reservada, que se vino a trabajar con nosotros hará cosa de tres o cuatro meses. Es una joven sensata y tímida como no hay dos, Eusebio, y sobre todo buena como el pan, ¡no sabes! Antes de venir a vivir aquí, a la casa, estuvo dos años con otra familia de americanos, los Monger. Dice que la trataron muy bien, pero que al final se fue porque ellos se marchaban de Madisonburg, y de hecho, es cierto, Eusebio, yo hablé largo y tendido con la señora Monger antes de contratar a Sofía, y era cierto: se iban a Pennsylvania y por eso la dejaban. Pero todo esto no importa realmente. Te lo digo sólo para que sepas que Sofía no es una impostora, una mentirosa ni nada por el estilo. Será una chica humilde, sin estudios, pero no una mentirosa, aparte de que, créeme, no podía saber todo lo que sabe si no lo hubiese olido y visto con sus propios ojos, con sus propias narices. Lo que me ha contado le llevó mucho, muchísimo, poder sacárselo de adentro, y apenas ayer (en una especie de arrebato) lo hizo. Lo tenía atragantado la pobre. Por años, sí, dos o tres o cuatro años, quién sabe, el tiempo que duró trabajando con la gorgona. Sí, Eusebio. ¡Tal como lo oyes! Antes de irse a trabajar con los americanos que te cuento, Sofía trabajó nada más y nada menos que con la Gross-Wayne madre en persona. ¡Qué chiquito es el mundo! ¡Un pañuelo!, ¿verdad? Pues… bueno. Estuvo con ella, creo, dos o tres años hasta que ya no pudo más y huyó, escapó casi loca, perturbada, de esa casa maldita. No es que la tuvieran presa, no. Es que, según cuenta, necesitaba el trabajo para mandar dinero a su familia a Tegucigalpa o cerca de allí, no sé, y la gorgona le pagaba bastante bien, demasiado bien, digamos. Con decirte que nosotros no le pagamos igual. Si acaso, la mitad, y es mucho. Pero ¡ya verás! ¡Ya verás tú por qué le pagaban tan bien

Gaudencia y su maridito! No por casualidad, Eusebio, no por generosa o cristiana. Ya la conocemos. Nada de eso. Le pagaba por su silencio, compraba su silencio. Tal como lo oyes, para que callara y guardara el secreto. Nunca se lo dijeron así, tal cual, pero era claro: al buen entendedor pocas palabras. Si algo tiene Sofía es que no es estúpida, créeme. Comprendió que debía callarse la boca una vez se enteró de lo que pasaba en el *basement* de esa inmensa casa de Highpoint, la zona residencial donde viven los Gross-Wayne, tú ya sabes. Pero al final, por lo visto, Sofía no pudo más, no aguantó la hediondez y la vileza. Digamos que tanta podredumbre la desquició, la volvió loca… o casi. Aterrorizada, asqueada, Sofía escapó de Highpoint. Bueno: simplemente le dijo a Gaudencia que tenía que volver a su terruño, a Honduras, con sus padres, y al parecer Gaudencia le creyó y hasta le compró el pasaje para que la chiquilla se fuera de vuelta a Tegucigalpa, para que se largara lejos, bien lejos, de Madisonburg. ¡Imagínate si no quería que Sofía guardara silencio o se muriera con el secreto en la tumba! ¡Es atroz! Pero la chica, al final, no se fue… y allí mismo, en el aeropuerto, después de despedirse de la gorgona y su marido, simulando irse con maletas y todo lo demás, regresó derechito a Madisonburg pues ya tenía apalabrado ese otro empleo con la familia de americanos, los Monger que te cuento y que la albergaron por dos años. Allí trabajó muy feliz, desintoxicándose, hasta que se fueron. Ahora que Sofía se halla conmigo y se ha enterado por casualidad de que yo trabajé hace tiempo en Millard Fillmore y que fui, para colmo, despedida por culpa de Gaudencia y Katrina, se ha atrevido a contármelo todo ayer por la tarde en una especie de arrebato de valor. No fue fácil, te repito. Ella es muy reservada, ¡si la vieras! Realmente la tuve que convencer cuando noté que necesitaba explayarse, cuando vi que tenía algo muy grueso atragantado en la garganta… y desde hacía tiempo ya. Entonces mi labor fue simplemente darle confianza, irla empujando de poquito en poquito hasta que ayer, por fin, cedió la pobre y se fue de la lengua. Aunque a esta chica hondureña no se le da lo de ser chismosa y parlanchína, la pobre ya no podía más con el secreto; no tiene familia ni nada por acá, aparte de que, según ella, esto no se lo contaría a nadie, ni a sus padres ni a sus hermanos ni a su mejor amiga, ¡vaya!, ¡así de grueso es!, me dijo medrosa la humilde Sofía, sí, tanto que no puedo contárselo a nadie más que a usté, seño Marión, que me inspira tanta confianza; con nadie más me atrevería; diría la gente de mi pueblo que estoy loca, drogada o que lo soñé y hasta pué que a un manicomio me mandaran mis apás, ¡qué sé yo! Pero como usté me ha confesado lo mal que opina de la seño Gaudencia, pues se lo cuento pa que alguien más lo sepa y me diga si eso que hacía en su grandísima casa está mal hecho, si es que lo que hacían sus invitados es una porquería

o si son cosas que una no entiende por ser de pueblo chico ¿sabe? Aunque eso sí, la seño Gaudencia es ecuatoriana, y aunque yo no conozco por allá, no puede ser muy distinto a como somos nosotros en Honduras: buenos cristianos, limpios, decentes, humildes, normales y nada más, por eso es que yo ya no sé si por estos rumbos de Gringolandia es lo normal, pero al menos nunca más volví a ver esas costumbres tan raras en la otra familia con que trabajé después por dos años, los Monger, ¿sabe, seño?, y lo que pasaba era que una vez al mes o a veces hasta dos se reunían en casa de la seño Gross-Wayne un grupo de personas muy atildadas, muy ricas, profesores de la misma universidad en donde la doctora trabajaba. Nunca faltaba el señor Santiago Bormann-Smythe; tenía un nombre muy bonito, muy sonoro, que hasta lo escribí en una servilleta para no olvidármelo, pero él no era una persona tan buena como su nombre hacía pensar, al contrario: apenas y se dignaba verme, apenas y me hacía ningún caso. Yo no existía para el señor Santiago. Era yo como un mueble centroamericano, un mueble desvencijado donde podía poner su saco y su bufanda al entrar a la mansión señorial. En cambio, al llegar a las cenas de la seño, el señor Marco Aurelio era bien distinto. Era un tipo sin pelo, ¿sabe? Un cal vito. Pero de hecho, ahora que lo cuento, ninguno de los dos tiene pelo, ni el señor Santiago ni el señor Marco Aurelio Vasco-Osama. La diferencia era que, aunque los dos eran amanerados, cómo decirle, como afeminados o medio maricas, uno siempre se portaba muy cortés conmigo y el otro ni siquiera me saludaba. No es que a mí me importe, no es que yo estuviera esperando su saludo, pero en mi pueblo me enseñaron que por la educación y no por su dinero conoces el fondo de la gente. Hasta la seño Gross-Wayne era correcta y educada conmigo, lo que sea de cada quien. Era, eso sí, autoritaria y gritona como nadie, pero jamás me gritó a mí. A quien sí gritaba e insultaba todo el tiempo era a su pobrecito marido. El señor Larry era algo así como un estropajo, no exagero, no decía nunca una palabra, ni pío, sólo sonreía y asentía a todo y a todos por igual y sin quejarse. Una vez concluidas esas largas cenas, el señor Larry desaparecía en sus habitaciones en la parte alta de la casa luego de despedirse de los invitados. Pero ¡claro! me falta mencionar a los jefes de la señora Gross-Wayne. Primero, llegaba a casa un hombre grueso con barbas. Se llamaba David Jeffrey… o no, me equivoco: doctor Jeff Davis se llamaba, sí. Siempre arribaba con una menta en la boca y se iba con otra menta en la boca. Las cargaba adonde quiera que iba, las sacaba de su saco sport, un como blazer a cuadros muy bonito. Junto con él llegaba del brazo un hombre gordo, muy gordo, con cara muy chistosa y rojiza. Era el que siempre comía más, nunca se llenaba con nada, podía servirse hasta cuatro o cinco raciones. Le llamaban todos, con mucho respeto y docilidad, doctor

Whitehead. Este señor de unos setenta años y el señor Davis de unos cincuenta no hablaban una palabra de español, a diferencia de los otros dos profesores, ya le digo. Inmediatamente se veía, por las deferencias que le tenía la seño, que ese señor gordo y viejo era su jefe, el mero patrón de la universidad. Sin embargo, una vez comenzaban a cenar y a beber botella tras botella de vino, se olvidaban los rangos, los niveles y hasta la seño Gaudencia se suavizaba, ¡cómo decirle!, se humanizaba, ¡ya sabe cómo puede ser de dura a veces, de rígida… que casi parece que se le va a atragantar el pollo en el gaznate! Empero, en esas cenas, la doctora se distensaba y hasta cariñosa se ponía conmigo. Yo, por mi parte, y al mismo tiempo que surgía ese extraño olor venido de no sé dónde, cumplía con mi obligación hasta muy altas horas de la noche: servir, servir, servir, y luego, por supuesto, recoger, recoger las docenas de platos y vasos y copas sucias. Porque eso sí, seño Marión, la seño Gaudencia era una magnífica cocinera, hay que decirlo. Ella lo preparaba todo esas ocasiones y no me dejaba meter un dedo en sus suculentos guisos, adobos y paellas. Yo le aprendí varias recetas muy buenas, algunas, decía, de su natal Guayaquil, de su madre y su abuela y bisabuela, esposa de algún dictador, según repetía. Pero bueno, me desvío… El otro invitado era un profesor apellidado Wynn, tenía un acento muy chistoso. ¡Claro! No hablaba tampoco una palabra de español, sólo inglés como el jefe Whitehead, el gordo rojizo que le cuento. El profesor Wynn usaba botas altas y picudas y tenía unas patillas larguísimas. Un día el señor Marco Aurelio, sonriéndome, con voz bajita, me dijo al oído: “Es que es texano, Sofía”. Y yo le sonreí de vuelta. Con razón, me dije recordando ese acento pues yo me había colado a Estados Unidos por Arizona ¿sabe? Sin embargo, nunca había vuelto por allí desde entonces. Esos eran más o menos los asistentes a esas magníficas cenas que organizaba la señora Gross-Wayne… junto con su marido Larry una o dos veces al mes, dependiendo. A veces, claro, aparecía alguien más, otro hombre mayor, siempre hombres mayores, nunca mujeres ni esposas. El más joven de todos era invariablemente el señor Marco Aurelio Vasco-Osama, muy tímido, le digo, muy educado, ¿ya lo conoce usté? El era el único que se fijaba en mí, que me daba las buenas noches y hasta alguna propina si se acordaba de dármela, de gratificarme, claro… aunque yo nunca se la pedí, la seño Gaudencia me hubiera matado si se entera, me estrangula de plano. Y bueno, lo cierto es que el olor cundía por doquier y estrangulaba a la pobrecita mucama conforme iba avanzando la opípara cena, Eusebio, conforme pasaban de los aperitivos a la ensalada con roquefort al pescado empapelado al cordero en salsa de almendras al *adob* de toro provenzal a los quesos franceses a los postres helados y a todo lo demás. Según Sofía, para

cuando Larry desaparecía, la fetidez en el comedor era ya un asunto insoportable; también el ambiente y la formalidad del inicio se habían relajado a un grado inaudito, tanto que a la hora del coñac y los cafés y los anises, empezaban a oírse, uno tras otro, imparables e incorregibles, pequeñísimos crujidos en uno y otro sitio, breves explosiones o estallidos salidos del fondo de la gran mesa de caoba central, de las sillas tapizadas de rojo magenta o del abismo, de quién sabe dónde. Nadie parecía reparar en ese aglutinamiento de ruidos y olores, de chirridos y hediondez; la charla continuaba siempre idéntica, ecuánime, ligera, jocosa, amena, como si lo que estuviera pasando allí nadie lo estuviese oliendo y nadie se percatara de ello o no le importara. Sofía, dócil, servicial, hondureña, entraba y salía cada vez que era menester, cada que vez que la gorgona hacía sonar su campanita para que la mucama entrara al comedor a recoger un plato o a traer una nueva botella de la vitrina en una de las otras tres salas vacías de la mansión. Dice Sofía que entonces debía respirar muy hondo, sí, antes de ingresar al comedor donde la peste era ya insoportable y donde nadie parecía darse cuenta de lo que pasaba allí. Incluso Gaudencia contribuía con varias flatulencias moviendo o esquinando uno de los glúteos fuera de la silla tapizada de rojo magenta. Sofía la vio, le pescó más de un estallido o estampido que simulaba siempre con una tosecita ecuatoriana, refinada. Vio cómo la gorgona no se disculpaba, cómo nunca se levantaba de esa aromada silla para hacer sus horrísonos ruiditos, sus frufrús peristálticos en el aseo y regresar como una dama de alcurnia. No. Todo lo contrario. Parecía que todo fuera parte del evento, de la cena, de la opípara reunión que los tenía congregados allí, y lo era, Eusebio, lo era. Eso es lo peor pues ¡ya verás, ya verás lo que viene…! Cuando ya habían pasado varias horas y postres y quesos y membrillos y frutas y cafés habían sido consumidos, Sofía era despedida a su cuarto en el jardín trasero a descansar… no sin antes haber enjuagado y secado la interminable vajilla holandesa de ocasión. Allí es cuando, según dice la chica, Marco Aurelio le deslizaba una propinita como no queriendo la cosa, lo mismo que el decano Whitehead. Fue en una de esas ocasiones, mientras lavaba y secaba platos sin cesar, sin descanso, a pesar de tener un modernísimo *dishwasher* a la mano que de poco le servía, que Sofía descubrió con azoro, con estupor, que la gorgona sí se levantaba de la mesa y en un abrir y cerrar de ojos desaparecía abajo, en el interminable *basement*. Los comensales, sin embargo, no parecían preocuparse demasiado, al contrario: era como si ya supieran lo que iba a pasar inmediatamente después, como si ya supieran lo que debían esperar de un momento a otro y de lo que en realidad se trataba toda esa larga y orgiástica cena de académicos millonarios. De pronto y a una señal de Gaudencia, quien reaparecía por la misma

puerta que la había llevado a las habitaciones inferiores del *basement* adonde, por cierto, nadie iba jamás, según me dijo Sofía, aparte de ella misma y sólo para hacer el aseo y desempolvar, uno de los comensales se levantaba de su silla, se excusaba con una tosecita afectada, una risita, y descendía las escaleras cerrando la puerta discretamente tras de sí. Gaudencia se quedaba entonces arriba, en el comedor, junto con los otros, y la conversación se reanudaba como si nada hubiese sucedido en medio de esos ruidos y flatulencias y olores, hasta que, diez o quince minutos más tarde, se repetía la misma operación y Gaudencia, otra vez, descendía a las habitaciones del *basement* mientras que el antiguo comensal, el primero, subía, tomaba su lugar en la silla tapizada, y otro nuevo comensal bajaba al llamado de Gaudencia. ¿Comprendes? Todos se turnaban y entre cada turno, entre cada comensal, bajaba la gorgona unos minutos para luego mandarlos llamar y entonces ella poder quedarse arriba a proseguir y a amenizar la charla de sobremesa y los digestivos y los habanos. Wynn, Bormann-Smythe, Davis, Vasco-Osama, Whitehead, eran los invariables, los invitados de rigor, la cofradía, el cónclave. Algún otro aparecía cada dos o tres meses y luego no volvía hasta mucho tiempo después. Pero esos cinco siempre llegaban puntuales a las extrañas cenas de Gaudencia y Larry en Highpoint. Y bueno, pues Sofía, dándose cuenta de que algo inusual sucedía en el *basement* con tantas apariciones y desapariciones de invitados subiendo y bajando escaleras, turnándose, riéndose, excusándose, mientras que el señor Larry dormía o hacía que dormía en su habitación de arriba, decidió una noche, después de dos o tres años de aguantarse la curiosidad, irse a esconder en un armario del *basement*. De hecho, no era difícil, según me ha contado, escabullirse hasta allí pues el *basement* comunicaba, a través de una puertecita, con el amplio garage de los autos. Así que una noche, tras haber concluido su dura faena en la cocina, Sofía salió de su covacha-habitación apartada de la casa por el extenso jardín arbolado y se metió en la cochera. Una vez allí, abrió la puertecita que la llevaba a las tres habitaciones y al amplio espacio para juego de billar que había en la sala del *basement* y adonde nadie jamás iba, te repito, a excepción hecha de algún pariente ecuatoriano que llegaba a quedarse allí tres o cuatro días en Navidad. Pero eso casi nunca sucedía y el trabajo de Sofía limpiando esa parte de la casa de Highpoint era o aparentaba ser una tarea inútil, casi absurda de llevar a cabo, aunque, ya verás, Eusebio, no lo era del todo pues los días posteriores a las cenas de los profesores, Sofía encontraba que algo extraño había pasado allí abajo, algo por demás inusual pero que no sabía qué era, algo que no podía reconocer o precisar. Ahora, esa noche justo, lo sabría de una buena vez, aprendería la lección de su vida, recorrería un siglo de inocencia hasta arribar al último escalón

de la podredumbre universal, al límite de la locura y la desvergüenza. El caso es que antes de que bajara Gaudencia, Sofía ya estaba escondida, pertrechada en un armario de blancos con breves rendijas, igual que una película de terror, sí, tal cual. Desde donde estaba escondida podía verlo todo, pero no debía respirar, no debía moverse o hacer un mínimo ruido a riesgo de ser expulsada, asesinada o lo que fuera, ¡vaya usté a saber! La verdá tenía mucho miedo, seño Marión, y en ese momento estaba arrepentida de lo que había hecho, arrepentidísima de haber llegado al punto al que llegué y sólo por la implacable curiosidad que no me dejaba quieta un instante desde hacía años. Pero ya no había marcha atrás, ¿sabe?, el ama apareció de pronto en la sala de billar y sin perder tiempo se dirigió al inodoro adonde la vi levantarse el fino vestido de lino azul, bajarse las pantis y sentarse, sí, sentarse, pero no en el retrete, no en el excusado, señor Eusebio, sino en algo más, algo que al principio no pude distinguir desde el armario, y que era, luego lo comprobé, una bacinica de bebé, un *potty-train* de barro ecuatoriano. Allí, con la puerta entornada del baño y la luz encendida, a solas, la doctora Gross-Wayne cagaba a sus anchas, se desparramaba toda, desalojaba los kilos y kilos de comida que llevaba en los intestinos desde hacía días o a partir de esa noche inmensurable, quién sabe, pero era un mundo de mierda el que colmaba esa hermosa bacinica artesanal. El olor era intolerable, señor Eusebio, de veras, la hediondez atravesaba el baño, la sala de billar, las paredes todas e impregnaba las habitaciones vacías y hasta cruzaba las rendijas del armario de blancos donde yo me ocultaba tiritando de espanto sin apenas pestañear o mover los labios. Entonces adiviné, supe a qué debía atribuir la extrañeza del olor, la inusual fetidez del sótano de la casa esas mañanas en que yo debía (reglamentariamente) bajar a limpiar y desempolvar pues, como ya le dije, nadie se quedaba a dormir allí, nadie dormía en esas recámaras y ni siquiera el señor Larry bajó nunca a jugar billar o a leer. Así que una vez estuvo repleta la bacinica de barro, una vez vi cómo rebalsaba caca esa bella artesanía de Guayaquil, la doctora Gaudencia se levantó, se sentó en el inodoro, se medio limpió con prisas, jaló la cadena y se alistó para extraer unos platos hondos desechables que tenía, por supuesto, preparados allí con mucha antelación, en una bolsa de plástico, adentro de la regadera del baño que nadie, por supuesto, usaba desde hacía años. Entonces, señor Eusebio, desde mi rendija, sudando la gota gorda, alcancé a ver cómo la seño tomó una porción con un cucharón de hule, de eso de cocina ¿sabe?, y lo depositó en el plato hondo, desechable. Todavía con el mismo cucharón, le daba una cierta forma, como cuando uno sirve un *hummus* de garbanzo o un delicioso *babah ganoush*, Eusebio, y le quiere dar un buena apariencia a pescar de su consistencia de plasta o engrudo difícil de amasar; pues lo mismo la

doctora Gross-Wayne aplanaba y hacía girar un poco esa mierda suya en el plato hondo de plástico. Entonces la gorgona cerraba el baño, no sin antes dejar todos los utensilios ocultos en la regadera, es decir, la bacinica de barro, los restantes platos desechables, el cucharón de hule y la bolsa con servilletas y cubiertos de plástico, los mismos que se usan en las fiestas de cumpleaños, tú sabes. Inmediatamente después, Gaudencia dejaba el plato de plástico repleto de excremento junto con un tenedor y una cuchara también de plástico sobre una de las mesas, justo a unos metros de la mesa de billar, muy cerca de donde se encontraba el armario a través de cual Sofía, la pobre, espiaba lo que estaba sucediendo frente a sus propias narices, Eusebio, literalmente. Es entonces que la gorgona subía las escaleras muy emperifollada, muy correcta y engreída, y uno de los invitados descendía las escaleras tras cerrar la puerta del comedor de arriba. Santiago, Marco Aurelio, el decano Whitehead, Davis, Wynn, todos se turnaban, como ya te dije, y allí sentados, a solas en el *basement*, con ojos delirantes, echando chispas de emoción y regocijo y entusiasmo, hambrientos todavía, no sé cómo comenzaban a tragarse la caca de Gaudencia, las todavía frescas heces fecales de tu eximia colega, Eusebio. No dejaban, eso sí, una mirruña, ni un pedacito, nada. Se lo devoraban todo. Con decirte que hasta lamían los platos. El único que no lo lamía, dice Sofía con mucha convicción, era el señor Marco Aurelio, seño Marión, pero lo que era el señor Santiago Bormann-Smythe y el barbudo Davis, ni pa que le cuento, hacían trampas pues una vez terminada sus respectivas raciones de exquisita y sabrosa caca, se iban de puntitas al baño, abrían la puerta y allí, agachados.,, sigilosos, robaban un poquito más de la hermosa bacinica, del *potty* ecuatoriano, y con el cucharón de cocina se servían ambos otra buena ración en el mismo plato desechable. Con decirte, Eusebio, que Santiago lamía y relamía el cucharón hasta que Gaudencia, sospechando algo raro, algo inusual, lo llamaba desde arriba y le decía autoritaria que había otros esperando, que subiera ya. Con el doctor Jeff Davis, sin embargo, no se atrevía a tanto, a él sí lo dejaba abastecerse hasta decir no más, hasta dejar sus canosas barbas de chivo ensopadas.

For Christmas and birthdays, my brother Roy was the one who wouldalways see that my sister Ruth andIhada toy. Roy didnt have much money but, by gosh, he always saw we had a toy. Roy was one ofthe kindestfellows Fve ever known in my life.

Walt Disney

—¿Sabes una cosa? —añadió señalándome el escusado.

—¿Qué?
—Hice caca verde.
—¿A qué crees que se debe? —le pregunté.
—Al azar, naturalmente. Si me lo hubiera propuesto, jamás lo hubiera logrado.

Fernando del Paso

It is a happy talent to know how to play.

Ralph Waldo Emerson

…el arte es un juguete.

Antonio Machado

SEGUNDA PARTE

EROS

1

Querido Lector, no me he olvidado de ti, de ninguna manera. Imposible. Sin ti ¿recuerdas? no habría historia y tampoco tendría compañía, estaría solo como ostra. Jamás te he abandonado en tu lujoso coche y tampoco, lo sé, tú me has olvidado a mí, de lo contrario ya no estarías leyendo, ¿no es cierto?, de lo contrario no habrías llegado hasta este infame y escabroso recodo del camino, hasta estalargahileradetenebrosatipografía. ¡Ya ves! Te he tenido presente hasta en mis peores momentos en Madisonburg y ¡vaya que los he tenido! ¡Vaya que se acumularon en apenas un abrir y cerrar de ojos! ¡Ya te iré contando! Sé que en todo este periplo no has dejado de conducir tu Mercedes E 2025 por las insufribles y atestadas calles de la ciudad de México, desde la Narvarte hasta Las Aguilas aunque, al final, es cierto, sin haberte decidido a bajar del Mercedes, sin querer subir a tu departamento y afrontar tu nueva realidad de marido desdeñado, de esposo cornudo, de banquero vejado por su mujer. Sé que te has quedado en vilo, llorando, moqueando como un bebé de meses, mirando desde la calle arbolada tu hogar, tu próximo ex departamento, y también sé que te preguntaste (iracundo) por qué, por qué carajos te pasaba todo esto, sin encontrar una respuesta dentro de tu mente empañada o perturbada todavía por la sorpresa, por el shock, por la caída vertiginosa al érebo que supone ver lo que viste en vivo y a todo color: nada menos que a tu bellísima y joven esposa follada por tu amigo, a tu amada cogiendo como un animalito con otro. Comprobaste con tus propios ojos de furibundo Lector de fricciones todo lo que pasó antes y después de tu llegada al estudio de Arturo, tu ex amigo, tu enemigo, el traidor. Ya viste cómo (ambos sentados en un *quilt* de colores, ella sobre sus piernas, con las suyas cruzadas alrededor de su peludo envés) Arturo se cogía a Matilde esta tarde de color sepia poco antes de cumplir tu primer aniversario y

también ya te enteraste de las minucias y detalles que se fueron perfilando para que se pudiera producir ese abrazo mortal entre los dos, ese desgraciado encuentro entre Maty y el maldito pintor agro. Te has enterado ya de la serie de entrevistas empedócleas, ¡claro!, las sutilezas, requiebros, ires y venires dentro del taller, las preguntas y respuestas, los tejes y manejes que fueron sucediéndose antes de llegar al clímax anhelado, a la añorada fundición de cuerpos, a la traición gozosa de dos sacrificándote, a la hecatombe sagrada que no te incluyó a ti en esta ocasión y que te ha echado fuera como a un relapso. Aunque la verdad sea dicha, amigo, no hay justificación para esa chingadera, me refiero por supuesto a la que te acaba de propinar Maty sin medir las consecuencias, sin recordar su primer aniversario, su amor jurado, sus promesas, sus balbuceos y jadeos nocturnos, sus encandilados susurros cada vez que tocabas su piel trigueña en la mortecina y becqueriana alcoba; ya pudiste, no obstante, comprobar que no fue fácil su engaño, leiste que Arturo realmente se aplicó en eso de conquistar y seducir a tu vieja, viste cómo Arturo le puso las ganas, la experiencia y el ahínco necesarios: el pintor deseaba follarse a tu guapa esposa desde la segunda vez que se vieron ambos en el estudio sin ventilación de esa azotea de mierda en la Narvarte. Ya viste que, al menos al principio, ella se quiso resistir, verificaste que Maty tenía sólo intenciones académicas y sociopolíticas a la hora de hacer esas visitas al estudio de asbestos y comprimido en un quinto piso. Nada más. Matilde quería conseguir información inédita sobre Roberto Soto Gariglietti y el Partido de la Naturaleza y el Fuego Mexicano. Ese era su cometido y nada más. De verdad. Terminar su tesis. Ninguna otra cosa la movió, y en cambio, a Arturo sí lo movieron otros resortes, los de la concupiscencia, dirás, los de la carne, los del deseo… y peor aún: los de la artera traición a un buen amigo de antaño. Pero eso sí ya no me consta. Exagero con lo de artera traición. Invento quizás un poquito para hacer la fricción más congruente ¿sabes? No puedo asegurar que lo hubiese movido el puro deseo de traicionarte, no. Sí creo, y lo he dicho muchas veces a espaldas de Irene, que casi siempre deseamos a la mujer del prójimo… y más si se trata de una beldad como Matilde, tu mujer, perdón: tu ex mujer de hermosos ojos glaucos y hombros tersos y clavículas perfectas. Eso que ni qué… Siempre deseamos el deseo del otro, decía Aníbal Quevedo, el psiquiatra, y yo mismo, Cardoso, desde aquí, desde este otro lado de la realidad, puedo decírtelo de buena fe: yo también he deseado contumaz el deseo del otro, de mi semejante, yo mismo quise a la mujer de mi querido amigo turinés, yo mismo traicioné nuestra profunda amistad, su confianza, y no sé todavía con certeza por qué mierda lo hice, qué diablo cojonudo me movió o qué me impulsaba cada vez que iba a su casa a darle a su espléndida mujer

dorada por el dios Inti esos “masajes de presión muscular” de los que ya he hablado con harta minucia antes y de los que seguramente no quieres volver a oír hablar, menos ahora que nunca, por supuesto. Y bueno, Lector, soy un traidor jodeputa como Arturo y no me jacto un átimo de ello, no guardo satisfacción alguna aparte de la que obtuve, es cierto, el breve tiempo que duraron esos regodeos furtivos con Stephany, los cuales me hacían, confieso, venirme en los calzones mugrosos como si fuera un tibio impúber, un adolescente, y nunca fuera de ellos, nunca… Todo lo contrario, Lector: hoy me siento incómodo, fatuo y torpe, sí, torpe sobre todo… y esta obtusa torpeza es la que más ira y dolor me provoca cuando pienso en lo que ha ocurrido, que es casi nada francamente pues ni nos besamos ni cogimos, pero que es muchísimo si pienso en lo que esas visitas muestran, exhiben: mi calaña, mi naturaleza ruin, mi lado tenebroso, mi traición, mi desvergüenza o simplemente mi debilidad hacia la carne de mi prójima. Como la fábula del escorpión y la rana ¿recuerdas? Claro, con todo esto no pretendo sino explicar (que no justificar) el artero deseo de Arturo, su increíble mala leche, aun cuando ambas historias no sean, de hecho, idénticas ni mucho menos. Para empezar, cabe argumentar que tú, Lector, no eras tan amigo de Arturo como yo lo soy (o de hecho fui) de Estéfano Morini, profesor de italiano en MFU. Y si lo fuiste de Arturo, la verdad sea dicha, ya no lo eras tanto cuando lo volviste a ver, cuando se reencontraron, cuando empezaste a comprar sus fantasmagóricos cuadros y, por último, cuando (a sabiendas de qué tipo de hombre es él) impulsaste a Matilde a ir a su taller a entrevistarlo no una sino incluso varias tardes, ¡imbécil de ti! Así que no se pueden comparar las dos traiciones… o no del todo pues si Arturo te traicionó, no traicionaba sin embargo una amistad viva, una amistad real, sino quizá y cuánto más, el agro traicionaba la memoria de ese antiguo lazo, cualquier cosa que tuvieron los dos en el pasado, en la adolescencia o juventud de marras. Mi historia, como puedes comprobar, es bien distinta de la tuya: Estéfano sí era mi mejor amigo desde mi llegada a Millard Fillmore University hace cinco años. Si no fuimos precisamente amigos en la niñez o adolescencia, yo mexicano, él italiano, en cambio sí lo éramos, ¡y mucho!, al momento de yo ir a su casa a hurtadillas cuando él no estaba, cuando Irene no estaba, cuando nuestros hijos no estaban, y cuando yo me metía con su mujer con el pretexto de darle unos buenos “masajes de presión muscular” en el clítoris para que se relajara, la pobre, tan tensa y dolida que estaba, tan mojada que tenía la deliciosa concha. Quiero, pues, antes de contarte los detalles de la explosión y subsecuentes astillitas en la carne largamente demoradas, las astillas que astillaron la intachable piel de Irene, mi mujer, quiero explicarte o explicarme el obtuso y torpe motivo de mi inaudita

acción, el genuino porqué de mi traición y ¿sabes?, lo peor es que no sé por dónde comenzar esta puta confesión o auto de fe, no sé siquiera si deseo hacerlo y si realmente tenga algo concreto que decir… pero estoy, ahora mismo, ya lo veo, obligándome a revelar lo que de hecho desconozco de mí, lo que debería o debo saber a punta de cuchillo, lo que guardo obliterado en mi cerebro o en las tinieblas de mi corazón harapiento. Y este imbécil circunloquio es sólo porque no concibo, Lector, de veras no concibo, haberme convertido en un traidor jodeputa, en un Arturo más. No acierto a comprender cómo pude haber cometido la más deleznable de las acciones: la de meterse con la esposa de un amigo. ¡Ya ves! No lo logro extirpar todavía y por eso escribo, escribo, como un enajenado, acaso como una forma insincera de exorcismo o como una primitiva manera de redimir mi culpa o por una necesidad imperiosa de confesar la verdad. No lo sé. Quisiera entenderme un poco, un poquito al menos. Y, de hecho, ahora mismo creo (quisiera creer) que si lograse esa mínima comprensión, esa comprensión parcial o limitada, acaso no me sentiré tan torpe o incómodo o molesto, no seré ese fatuo y calenturiento profesor Cardoso expulsado de Millard Fillmore y de la comunidad clasemediera de este valle donde me encuentro (ahora sí para siempre) sin hijo y sin mujer. Como la Décima Musa, la Fénix de México, yo también te pido una disculpa por esta insoportable digresión que me arrebató la fuerza de la verdad; y si la he de confesar toda, también es buscar efugios para huir la dificultad de responder, y casi me he determinado a dejarlo al silencio; pero como éste es cosa negativa, aunque explica mucho con el énfasis de no explicar, es necesario ponerle algún breve rótulo para que se entienda lo que se pretende que el silencio diga; y si no, dirá nada el silencio, porque ése es su propio oficio: decir nada… De manera que aquellas cosas que no se pueden decir, es menester decir siquiera que no se pueden decir, para que se entienda que el callar no es no haber qué decir, sino no caber en las voces lo mucho que hay que decir. ¿Ahora me entiendes?

¿Sabes? Cuando Emilio me despertó a la mañana siguiente, no sabía si lo que había escuchado por el inalámbrico la noche anterior era una pesadilla de coprofagia que tuve y me dejó tendido y exhausto en el comedor, o bien era el delirio de una ex colega dispuesta a vengarse de aquellos que la degradaron y echaron de la universidad, o incluso me pregunté si se trataba de la descripción veraz de una secta de profesores reuniéndose para llevar a cabo ritos escatológicos en la millonaria y exclusiva Highpoint de Madisonburg. ¿Qué era, pues, todo esto, quiero decir: todo aquello? ¿Qué había sucedido ayer por teléfono o acaso todos estos años frente a mis propias narices y las de mis cándidos colegas del Departamento? ¿De veras Marión Siegel me había llamado y contado lo que a su vez le contó Sofía, su criada

hondureña, o acaso todo lo contado lo soñé o lo soñó la criadita? Evidentemente no lo había soñado yo: las botellas de cerveza estaban desparramadas por doquier, me había quedado dormido en el comedor, no había ido a apagar la luz de la habitación de mi hijo, tal y como Irene me había pedido la noche anterior y, por si todo esto no fuera suficiente, el teléfono yacía en el piso sin baterías. Luego, no soñé la llamada. Luego, quedaban tres opciones y ninguna más: o Siegel se había vuelto loca o bien Sofía, su criada, la había engañado con esa insólita historia, o bien, todo era insólitamente verdad. Ni qué decir que muy pronto me decanté por la última de las tres posibilidades, ¡claro!, y esa misma mañana, después del desayuno y de haber ido a dejar a Emilio a la guardería, llamé por teléfono a mis tres colegas para contarles y escuchar su más objetiva y ponderada opinión. Tino, Javis y Estéfano llegaron al café de Barnes and Nobles a las once en punto. Desde mi llegada a la librería debí haber notado algo raro e inusual, algo por entero distinto en el semblante oliváceo de mi amigo Estéfano, diferencia que no obstante pasé por alto debido a la resaca de la noche anterior o por lo abrumado que me encontraba con las nuevas de Marión o simplemente por la vehemencia y necesidad que tenía de compartirles el chisme de los influyentes comemierda de nuestra conspicua universidad. Así que, ya los cuatro sentados en los muelles sillones en un rincón tranquilo de la librería, con nuestras tazas humeantes de café Starbucks en la mano, rodeados de estanterías inmensas de libros y cuadros de escritores famosos, me puse a narrarles la historia de Sofía, la mucama hondureña, que a su vez era la historia de Marión Siegel que ahora se transformaba (por Azar del destino) en mi increíble y delirante historia de coprofilia. Temo decir, empero, que de pronto, a mitad de mi narración o perorata esa memorable mañana, descubrí con horror que ni yo mismo terminaba de creer lo que estaba contando entre sorbo y sorbo de café guatemalteco; por eso y no por otra razón, me detuve de repente, casi al final, y los miré desconcertado como descubriéndolos allí, ajenos a mí, cual si los observara por primera vez, y les pregunté con azoro si acaso no estábamos soñando esta reunión, o mejor: si no estaba yo soñándolos a ellos en pleno Barnes and Nobles. Tino, el gallego taciturno, dijo sin embargo, no sé si para sosegarme, que ¿cómo podía una chica humilde, una pobre criada sin educación, inventarse una historia así, tan desmesurada y fabulosa? Era tan fantástica que no era improbable, concluyó el de Vigo convencido de que todo lo escuchado era sencillamente verdad, documento fidedigno. Este último razonamiento me tranquilizó pues, ya se sabe, la verosimilitud siempre ha sido columna vertebral y eje de acción de este humilde profesor de novela de la Revolución.

Para no alargarme más, diré que todo ese tiempo que pasamos

sentados en los mullidos sillones de la librería con nuestros cafés, Estéfano no dijo una sola palabra ni hizo una sola mueca de aprobación o desaprobación. Calló como nunca antes lo había hecho durante nuestros encuentros. Sorbía su café guatemalteco y se demoraba en cada sorbo con el ánimo evidente de no decir una sola vez esta boca es mía. Así que una vez Tino el taciturno hubo concluido sus aristotélicos razonamientos, Javis observó, con rostro serio y compungido, que ya algo raro se olía desde hacía tiempo entre Whitehead, Davis, Gaudencia y demás personajes de la tribu, a lo que, por supuesto, todos explotamos con una sonora carcajada a excepción hecha del italiano, quien no se inmutó con el chiste del gallego lambiscón. Fue entonces, sí, fue hasta ese instante, en medio de la risa que nos embargaba, que caí en la cuenta de que Estéfano ya debía saber algo o al menos debía sospechar lo sucedido entre su mujer y yo durante esas últimas semanas. Confieso no obstante mi tardanza, mi estúpida demora, en esa importantísima ocasión en la que de haber sido yo más suspicaz, en la que de haber sabido yo que él ya sabía, seguramente no hubiera contado yo la fabulosa y demencial historia de la coprofilia universitaria pues, acto seguido, sucedió lo que yo más temía en este mundo que ocurriera: escuché su voz, su reclamo y su terrible iracundia verbal, el desvelamiento de la prístina verdad en los amoratados labios de Estéfano, mi viejo amigo, mi archienemigo de hoy[2]:

—No puedo creer tu desvergüenza, Eusebio. Eres un hijo de puta, una mierda. Pensé, iluso de mí, que vendrías a disculparte, a darme una explicación, a pedirme perdón por lo que has hecho a mis espaldas, y me encuentro, al contrario, con que has citado a Javis y a Tino para contarnos tu degrádame y mentirosa historia de mierda… y eso sólo para joder al *deán* y a Davis ¿no es cierto? Los detestas, lo sé, lo sabemos muy bien —Estéfano tenía los ojos vidriosos, pletóricos de una inquina que nunca había visto en mi vida hasta ese día—: Mira, Eusebio, Stephany me lo ha contado todo… con lujo de detalles. No tienes por qué ocultarlo más. *Stronzo, fottuto stronzo*. Irla a molestar, irte a meter con la esposa de tu amigo, aprovecharse de su dulce ingenuidad y buena voluntad, de su cristianismo intransigente y ciego. Abusar de ella cuando se encontraba abatida, la pobre, cuando creía que ibas a casa sólo para escucharla y, al contrario: ibas expresamente a ver *se potevi fartela*. Pero *che razza de amico seii* ¿Qué clase de rata cobarde e inmunda? Un *fottuto codardo*. Me lo ha dicho todo: *te la sei fatta* que te quisiste acostar con ella y que te tuvo que rechazar no una sino varias veces. Me ha contado que intentaste encaramarte sobre su virginal culo y tocarle los senos y cogértela y que ella, estoica, se resistió… como una santa. *Lo neghi*? ¿Acaso miento? Dímelo, *cazzo marica*. ¿Ya ves? No tienes palabras ni cara para responder, para

defenderte, *cazzone di merda*. De hecho, ¿sabes?, qué bueno que vinieron Tino y Javis, qué bueno que los citaste, para que ellos sepan de primera mano qué clase de individuo eres, qué clase de gañán y rata y pelafustán…

Ante la imparable defenestración de que era objeto, decidí ¿sabiamente? no decir una sola palabra: no explicar, no justificar, no defenderme como un José no precisamente inocente. ¿Para qué? ¿Con qué fin si de todas formas Estéfano le iba a creer a su mujer, si de todas formas Estéfano debía creerle a su intachable esposa, es decir, a la madre de su hijita? Siendo prácticos, incluso pragmáticos, ¿de qué le hubiera servido creerme a mí, su ex amigo mexicano, el *cazzone di merda*, la rata culera y traidora? De nada. ¡De maldita cosa! Al contrario: creerme en algo (aunque fuera en algo) hubiese sido un gran estorbo, un problema moral, si lo que anhelaba era, por encima de todo, cuidar y preservar intacto el núcleo familiar, y ¡claro que eso quería!, igual que yo, ¿por qué negarlo?, igual que cualquier padre de familia y marido sensato por más mujeriego o polígamo que pudiese ser en el fondo de su corazón (o no tan en el fondo). Entre elegir quedarse con su esposa (¿acaso un poco resbalosa?) o con su inmoral ex amigo, la respuesta salta a la vista ¿no? Debía, primero, convencerse a sí mismo de que Stephany no era bajo ningún concepto una resbalosa o casquivana cualquiera, y, segundo, debía sacrificarme a mí, a Cardoso, que por supuesto no le deparaba ningún bienestar, ningún consuelo, y sí un dolor de cabeza por no hablar del pinche ultraje que, bien visto, le había propinado con mi acción. Sacrificándome conseguía, de paso, convencerse de que Stephany tenía razón, sí, de que Stephany había dicho la absoluta y prístina verdad, y de que yo, a todas luces, había mentido… cuando en realidad ni siquiera había abierto la boca para refutarlo durante el escarnio italo-español con que fui obsequiado esa aciaga mañana.

Estaba claro. Me quedó claro: lo que yo dijera allí, frente a todos, iba a caer en saco roto y hasta podía causarme más daño a la larga debido a que, aun en el supuesto caso de haber conseguido sacar a la luz un poco de verdad, mis palabras invariablemente sonarían cobardes y justificatorias. Debía callar, y eso hice. Debía recibir estoicamente (yo sí) esa andanada de insultos y verdades parciales, verdades a medias, mentiras amañadas de hembra, aquella sarta de inmundicias que Stephany le endilgó a su cornudo cornúpeta sin saber yo todavía por qué motivo, por qué razón. Sí, no terminaba de entender, confieso, qué había pasado realmente en el alma de Stephany (si es que tenía alma esta ramera): ¿cómo lo supo él o por qué se lo dijo ella o qué bicho le había picado a esa montañesa? Lo sabría una hora más tarde. En eso (sólo en eso) la agonía fue rápida. Entonces, en medio de ese nubarrón de langostas asesinas, sólo recogí

este otro fragmento de la ira turinesa pues lo demás ya no lo escuché, lo demás eran ruidos e interjecciones de un tipo enloquecido, sentado frente a mí, a veces medio parado, a veces completamente de pie, a veces más colérico, a veces un poco menos —eso ¡claro! cuando Tino (menos taciturno) conseguía calmarlo o cuando, finalmente, vino la gerente de la librería a pedirnos (a pedirle a Estéfano) que bajara la voz—. Bueno, para no alargarme y poder ir derecho al grano, éste fue el fragmento que sí recogí al final entre ese nubarrón de langostas asesinas:

—Pues ahora mismo, miserable, Stephany está hablando con Irene. Sí, contándoselo todo. Con pelos y señales…

Eso sí lo recogí, repito: eso sí lo comprendí enterito y consiguió revolverme la boca del estómago, ponerme los pelos de punta, hacerme sentir que mi vida entera de pronto pendía de un minúsculo hilo… si no es que ya había caído en el Hades o las aguas estigias. Aun así, la verdad, no conseguía imaginar todavía lo que más deseaba yo saber en ese momento aunque ya no importara mucho saberlo: ¿qué había movido a Stephany a chingarme la existencia de esa forma y de paso chingársela a Irene y a Emilio, y a nuestra entrañable amistad (la de los cuatro, la de los seis, si incluimos a los dos niños)? ¿Qué había podido sucederle a esta loca, caray? Esa pregunta me atosigaba y la sabría, repito, en una hora o menos cuando por fin llegara a casa, cuando por fin viera a mi mujer desmadejada, cuando pude finalmente desafanarme de Estéfano y su andanada de improperios, de Estéfano y su rabia infinita, de los rostros incrédulos y asustados de los dos gallegos que no sabían qué decir, que no supieron cómo conciliar o aminorar esa terrorífica masacre: por fin lo supe de labios de Irene, insisto, cuando la encontré en casa llorando, histérica, morada, trastornada, haciendo el equipaje en nuestra habitación justo como hacen las mujeres dolidas de todas las películas que he visto en mi vida: —…Stephany dice que se lo contó a su pastor pues le afligía muchísimo lo que estaba pasando, Eusebio; ya no podía más; la pobrecilla no sabía cómo echarte de casa siendo, como somos los cuatro, tan buenos amigos. Dice que te aprovechaste de esa amistad, de la pureza de sus intenciones: las de ella, por supuesto, no las tuyas. Dice que intentó explicarte una y otra vez que no era correcto lo que hacías, tus intempestivas visitas a su casa; dice que quiso rechazarte, primero, de buena manera y que, de hecho, te rechazó no una sino incluso varias veces, pero que tú dale y dale y dale… enfadado, insistías e insistías, y que te la querías coger allí mismo en su casa, marrano, cuando yo estaba en México con Emilio y mi madre… y su pastor le dijo que ella había hecho bien en no dejarse mancillar, a pesar de todo; que había obrado santamente no sucumbiendo a tu enferma calentura, infeliz, infame, y que Cristo arreglaría las cosas,

me dijo, sí, que era necesario hablarlas, sacarlas a la luz, le dijo su pastor, que era menester contárselo todo a su marido y también a mí, la mujer del ilustre pecador, a ti, cerdo, marrano, a ti, para poder conservar nuestra amistad de cinco años, ¿nuestra amistad?, ¿acaso piensa Stephany que podemos mantener nuestra amistad, su amistad, cuando ya ni siquiera hay cariño entre nosotros dos, Eusebio, cuando todo se ha acabado para siempre…?, pues hoy, óyelo, supe que no te quiero, que ya no quiero estar junto a ti, que me has defraudado, que nunca, óyelo, nunca imaginé…

La atajé:

—Pero si ya había concluido, Irene, desde hace mucho. Te lo juro. Desde que decidimos [¿kimosavi?] ponerle un alto a nuestros juegos, a mis visitas, que fueron cuatro o cinco a lo sumo, no más. Te lo juro, te lo juro, amor. Nunca más he vuelto a poner un pie en su casa. Además…

—Cállate. No hables y no me digas "amor". No quiero oírte. Me repugnas, Eusebio. Eres un cerdo.

—Es que… las cosas no pasaron como ella dice, Irene. No, de veras, de veritas.

—¿Entonces cómo carajos pasaron? —Irene había por fin cogido el anzuelo: sí que deseaba escuchar, sí que moría por saber mi versión de los hechos, sí que había entrevisto al menos el grado de demencia de esa mujer—. ¿Acaso me lo vas a decir, cobarde?

—Pues… —ahora estaba entrampado, claro, y apenas me daba cuenta: ¿de veras iba a decirle la verdad? ¿No era acaso muchísimo peor decírselo? ¿No era un suicidio ponerme a hacer la vivida descripción de lo sucedido…? ¡Y vaya que me salen muy bien esas descripciones, Lector, tú ya lo viste!.

—¿Entonces…? —se giró sollozando hacia mí, impertérrita, obsesa, ofendida—. Te espero… ¿Cómo pasaron las cosas, Eusebio?

—Mira, siéntate. Hablemos…

—No me siento —vociferó—. Prefiero escucharte parada, y por favor no me toques, no te atrevas.

—Okey —le dije buscando hacer tiempo, esperando alguna inspiración de Nestis o de Hera o de quien fuera, justo como hacía Empédocles cuando se aprestaba a exordiar a su amado discípulo Pausanias—, ¿me dejas que me siente?

—Haz lo que quieras. Te escucho…

No tenía escapatoria. Me senté en el borde de la cama destendida. Respiré hondo, cavilé hondo algo que no sé sinceramente qué era. Finalmente murmuré cuidando mis palabras como nunca antes las había cuidado en mi vida:

—Primero quiero decirte que me perdones, que hice mal, muy mal,

y que nada de lo que diga me justifica ni justifica mis acciones. Nada… ¿lo oyes? —dije rotundo, muy serio, tonante. Me detuve entonces, respiré hondo (no iba mal ¿verdad?) y continué… ahora sí dando el golpe bajo que tantas y tantas ganas tenía de soltar desde hacía un buen rato, Lector—: Por eso mismo, sólo por eso, quiero que sepas que ella tampoco tiene justificación… pues es una mujer mayor, una adulta [y adúltera], y Stephany permitió cada una de esas visitas, ella las propició, Irene, las alentó. Te lo juro.

—No entiendo.

—Mira: ella me abría la puerta de su casa, yo nunca la forcé y nunca pasamos de un mero juego de manos… con pleno acuerdo de ambos. Sólo eso. Ella se tendía en un sofá y yo le masajeaba la espalda… Nada más. Eso es todo, Irene. Te lo juro.

—¿La espalda?

—Al principio ella me dijo que estaba muy tensa —no sé por qué dije eso pues era una soberana mentira, Lector— y de allí fue que todo comenzó… poco a poco, sin buscarlo, espontáneamente.

—¿Qué significa todo, Eusebio?

—Lo que te dije: juegos, toqueteos…

—¿O sea que no se acostaron?

—Por supuesto que no nos acostamos. Sólo la toqué, ya te dije, y ella se dejó tocar… con ropa… siempre con ropa, las cuatro o cinco veces que fui a su casa, nada más. Pero… —titubeé de repente azogado, recapacitando—: ¿acaso te dijo esta loca que nos habíamos acostado?

—No te voy a decir una palabra más. Me largo ya, no sé por qué te escucho, Eusebio. Me hace mal. Me repugna oírte. Voy por Emilio al colegio y me largo de aquí.

—Pero… Irene —traté de calmarla, de hablarle, de serenarla y serenarme yo de paso—. ¿Adonde vas? Por Dios…

—Pues con mi madre… ¿adonde más si no?

Yo estaba a punto de preguntarle que con cuál de las dos, pero afortunadamente Nestis, otra vez, la bella personificación de la templanza, me tapó la boca con sus larguísimos dedos y al final no salió ningún sapo ni culebra de mi boca desdentada.

La verdad no sabía qué hacer o qué más podía hacer para retener a mi mujer: estaba en ascuas, desesperado viendo (en cámara lenta) cómo Irene hacía su maleta decidida a abandonarme, a marcharse de allí sin recapacitar, sin ganas de arreglar las cosas, sin ánimo de perdonarme absolutamente nada. Era su talante, ya la conocía. En ese tipo de circunstancias era literalmente imposible tratar con ella, razonar nada con ella. Allí sentado, cabizbajo, empecé a sentirme más frustrado y abatido que nunca. Pero ¿era sólo la pena o era también el

remordimiento o era acaso la pura incapacidad que sentía de no poder reivindicarme como yo desesperadamente deseaba? ¿O bien se trataba de la impotencia de no poder explicarme mejor, de no conseguir contar mejor lo que ni yo mismo podía explicarme, lo que a todas luces me rebasaba y me sigue rebasando hasta el día de hoy? Cualquier cosa que fuera, lo cierto es que de repente, sin saber qué me empujó a decirlo (acaso ese cúmulo de frustración que venía apelmazándose en mí esa mañana desde que escuché la versión parcializada de Stephany por boca de su marido y mi mujer), le pregunté a Irene de sopetón:

—¿Me acompañas?

—¿Estás loco? —me respondió sin volverse, ocupada en empacar su segunda o tercera valija—. ¿A dónde quieres que te acompañe?

—A casa de Stephany.

—Pero ¿qué dices?

—Si me vas a abandonar, si vas a llevarte a Emilio, por lo menos tengo derecho de que escuches algo, de que sepas algo más…

—¿De qué estás hablando?

—Acompáñame y te digo.

Irene se quedó pensativa, no respondió. Siguió haciendo sus maletas por unos cuantos minutos como si no me hubiera escuchado. Salí de la habitación y me quedé esperándola afuera. Sabía que saldría. No haberme respondido era signo fehaciente de asentimiento o poco menos. Salió. Tenía razón. Después de haberse enjugado las lágrimas, de haberse maquillado un poco, apareció en la sala y se dirigió a la puerta de la calle. La seguí sonámbulo, soñando mis pasos, soñando todo lo que vendría. Nos subimos al coche. Le di marcha y tomé hacia casa de los Morini, no muy lejos de allí. De hecho, muy cerca de allí.

Para nuestra enorme desgracia, Madisonburg es una ciudad muy pequeña, ya lo he dicho, medio urbana, medio rural, y por eso todo está realmente cerca: a cinco o diez minutos en auto, luego ya no hay nada, bueno, sí, vacas, caballos, burros, cochinos, pastizales, campo, campiña, campaña y muchos… muchos infinitos *highways* atravesando una oscura pradera que convida…

Llegamos.

Nomás descender del auto, vi a Stephany saliendo de su casa en estampida: nos había visto estacionar el coche. Corrió de inmediato hacia Irene y sin preguntarle nada, con lágrimas en los ojos, se echó a llorar abrazándola, estrechándola contra sí. Irene, sobrecogida, perpleja, todavía de pie en la acera, junto al carro, no sabía qué hacer, cómo responder a esa extraña efusividad que, de inmediato comprendí yo al escucharla, no era sino url alarmante paroxismo cristiano, un

temible entusiasmo carismático: el del pecador arrepentido, el del réprobo de vuelta en el redil o algo por el estilo, cualquier cosa que me dejaba, por supuesto, desarmado, imbele, fuera de escena pues yo, al contrario, no había conseguido esa suerte de inspiración, esa gracia divina, y por ende mi pecado no estaba (como el de Stephany) aún perdonado.

Más furioso que nunca, interrumpí tan bello pasaje extraído del *Quo vadis*?, para decirle a la mujer de Morini:

—Estamos aquí porque yo quería decir algo, Stephany, no para que abrazaras a mi mujer.

—Pues yo también, Eusebio —me interrumpió ella con ojos de perra malparida, de vestal arrepentida, y sin dejarme continuar, prorrumpió de la siguiente forma en su jodido spanglish que aquí traduciré—: Que los quiero, que los quiero mucho, que hemos sido buenos amigos y que podemos continuar siéndolo, estoy segura. Ya se lo dije a Irene esta mañana ¿verdad? y esa es mi convicción. Mi pastor me ha dicho que con el amor y el perdón de Cristo todo se puede resolver, todos los problemas conyugales que ustedes tienen pueden ser resueltos con la intercesión del Espíritu Santo, yo lo sé, lo he sentido dentro de mí, sólo hay que tener fe, mucha fe, y por eso los invito a que nos acompañen el domingo con los cuáqueros, es una iglesia muy linda, cerca de Highpoint. Les prometo que ellos los van a recibir con los brazos abiertos, orarán por ustedes, por tus horrendos pecados, Eusebio, y les pondrán las manos a los dos, y sanarán, ya verán que…

—¿Pero cómo carajos nos hablas de problemas conyugales, gringa de mierda, cuando tu marido está poniéndote el cuerno desde hace años, y cuando tú, sí, tú, gringa loca, te echabas sobre el sofá para que yo te consolara de tus propios problemas conyugales? —la interrumpí al borde de mi paroxismo no cristiano, al borde de mi odio anticristiano que entonces me embargaba la piel, las mismísimas fibras de la epidermis—. ¿Por qué justo ahora hablas del perdón de Cristo cuando tú te dejaste tocar, cuando tú, a sabiendas de que iba a tu casa a darte masajes en las nalgas, me abrías la puerta y me hacías pasar amablemente? ¿Acaso yo te empujé, te forcé, hice que te tendieras en el sofá para que me subiera yo encima? ¿O más bien tú, encantada, te acostabas allí para que yo te frotara el cuerpo porque estabas deprimida?

—¿Para que me frotaras el cuerpo?

—Sí, Stephany, para que te friccionara las piernas y el culo ¿recuerdas? —enfaticé, recalqué, cuando no debía haber enfatizado enfrente de Irene ningún solo detalle de nuestros encuentros; así que, en un santiamén y para cambiar el rumbo, le pregunté de inmediato —: Y ¿de dónde sacaste que hicimos el amor? ¿Por qué le dijiste eso a

Irene cuando tú sabes que no es cierto? Nunca lo hicimos ni lo intentamos…

—Eso no me dijo, Eusebio —me atajó de pronto Irene arreciando en lágrimas y sollozos.

—Ah ¿no? —le contesté.

—¿O sea que Estéfano me engaña y no me lo dijiste? —se interpuso Stephany airada.

—Sí, te engaña con dos distintas para que lo sepas, y desde hace mucho.

—Lo dices sólo porque estás enojado, Eusebio —contestó la mujer de Morini tratando de convencerse a sí misma, supongo.

—Ya no quiero oír más —interrumpió mi mujer parada allí, en medio de nosotros: pálida, ojerosa, probablemente asqueada, secándose las lágrimas y el rímel—, quiero irme de aquí. Estoy harta de los dos… y Stephany: gracias por la invitación a tu iglesia, pero tú y yo ya no podemos ser amigas. Adiós.

Lo que sucedió a partir de ese momento lo resumo así, Lector, pues no vale la pena, dicen, hurgar demasiado en las heridas que son recientes todavía… y das mías lo son, ¡vaya que lo son! Estéfano supo media hora más tarde que yo lo había echado de cabeza con su esposa; que no contento con meterme con su sacrosanta mujer, había ido yo a su casa otra vez y le había confirmado a Stephany su infidelidad con dos. De inmediato, esa misma tarde para ser precisos, ebrio de coraje, fue directo a la oficina de Davis, nuevo *deán* interino de MFU, y le contó todo lo que yo había dicho en Barnes and Nobles, pero no satisfecho con ello le dijo también lo que solamente Morini y nadie más sabía y era, ya lo dije antes, un secreto en extremo delicado: que yo había enviado una carta a Affirmative Action para acusarlos a él, Jeffrey Davis, y a Whitehead (que ya no estaba en MFU) de nepotismo y corrupción en relación al puesto de trabajo que le habían quitado a Marión Siegel para ofrecérselo a Katrina, la hija-sapo de la gorgona Gross-Wayne. Le espetó asimismo que al menos a él, a Estéfano Morini, íntegro italiano, le quedaba claro que Siegel actuaba así por mero rencor y venganza, que evidentemente Siegel y yo habíamos tramado esa vomitiva historia con el fin de diseminarla por la universidad y joderles la carrera a Gaudencia y a él, Davis, entre otros profesores dignos de encomio y respeto. Le aseguró, para concluir, que no debía preocuparse pues no secundaría, bajo ningún concepto, esa nefanda confabulación pues la sabía una completa farsa, una superchería escatológica.

¡Ay, Lector!, no puedo dejar de pensar cuántas veces él y yo, Estéfano y yo, entre cervezas y risas y palabrotas en tres lenguas, despotricamos contra Gaudencia y su hija-sapo, cuántas veces nos burlamos despiadadamente de la obesidad de Whitehead y nos

mofamos de la aptitud perruna de Davis, y ahora, de pronto, con tal de vengarse de mí, con tal de hacerme el mayor daño posible, iba a contarle ese montón de injurias y obscenidades, todas verdaderas, por supuesto, ni qué hablar. Davis, hasta donde me puedo imaginar, escuchó pacientemente, con la sapiencia del ducho estratega que ha llegado con perseverancia a convertirse en lo que siempre ha anhelado ser: decano de un *college* respetable, poderoso administrador del futuro de un puñado de profesores mediocres. Oyó, registró, tomó nota… ¡claro!, sin decir una palabra, alentándole en todo momento a continuar, azuzando la lengua del imbécil de Morini, aprovechándose de su facundia y su ira y su inequívoco sentimiento de dolor. A partir de ese momento, una vez Estéfano se hubo despedido y salido de su oficina, una vez hubo descargado su turinesa inquina hacia mí, a partir de esa tarde, insisto, se vino abajo todo lo que retumba cuando cae una bomba y las astillas salen por los aires astillando a todo el mundo en derredor, a toda una ciudad, empezando por mí, prosiguiendo con Irene quien, ya lo dije, fue la primera en darme la espalda, la primera en irse decepcionada, herida, furiosa, de Madisonburg. Apenas y pude despedirme esa calurosa tarde de mi hijo Emilio, quien no entendía un ápice lo que estaba pasando entre sus papis. Perplejo, un poco asustado todavía, me besó, me abrazó y me dijo: “No te preocupes, papá, ya pronto nos veremos. Te lo prometo.”

Davis llamó a Ritter, lo citó ipso facto en su cubil y le soltó sin miramientos ni preámbulos lo que debía hacer como *head* del Departamento de Lenguas Extranjeras, por bien de la benemérita universidad: echar para atrás mi inminente ascenso y mi *tenure*, dar alguna buena excusa al pac y acto seguido defenestrarme, hundirme en la ignominia. O sea, y esto lo supe por Phillip Ritter tres días más tarde, el comité de veteranos había ya votado a mi favor, me había favorecido con el ascenso y el mentado *tenure*, la permanencia. No obstante todo lo anterior, el anuncio no se iría a dar todavía sino hasta comienzos del nuevo año académico (en septiembre), no era oficial y por tanto era todavía tiempo de simplificar todo de un plumazo aduciendo que el doctor Eusebio Cardoso no lo merecía, que había sido'durante un lustro un profesor incompetente, que había sido acusado por alguna guapa estudiante o lo que fuera, cualquier pretexto (sobraban), con tal de eliminarme, sacarme cuanto antes de allí. Era yo, por lo visto, un tipo sumamente peligroso, un dechado "de vicios, al menos desde el punto de vista del decano Davis. Mi ego debía haber estado por los aires, es cierto, pero la verdad no lo estaba.

Según me explicó Ritter días más tarde cuando comí en su casa, él no aceptó la abominable consigna. Es decir, se opuso al encargo del jefe, del todopoderoso *deán* interino, y eso le costó a la postre muy caro al buen germanista: a los tres días exactos (fecha en que

comimos) fue degradado de su puesto, o mejor: se le pidió renunciar con una amabilísima carta donde se especificaba que, dada su enorme contribución a mfu y al Departamento de Lenguas Extranjeras durante esos últimos cinco años, era tiempo más que suficiente para que se tomara un buen descanso, un sabático, cuestión a la que, por supuesto, no tuvo otra alternativa que aceptar a duras penas y a regañadientes.

Que la jirafa autista, el especialista en Benno von Archimboldi, se opusiera tan rotundamente al *deán* del *college*, puede a todas luces sonar inverosímil, extravagante e inaudito para quien sepa el magno suicidio que eso entraña. Ningún otro ser humano hubiese actuado así, lo sé de sobra. O muy pocos. Sin embargo, conociendo a Ritter tal y como lo conozco, no es tan raro, al contrario: era casi de esperarse. Su intransigente apuesta por la rectitud y la neutralidad, por los derechos individuales, por el respeto y la justicia, aunado a su protestantismo a rajatabla, lo hacen un personaje único en la historia del *pocket book*: una especie de Kant a destiempo, de Sócrates evangelizado.

Ese mediodía, tres días más tarde, mientras comíamos a solas en su casa un sándwich, me dijo casi apenado que él ya sabía el chisme de mi inescrupulosidad al irme a meter a hurtadillas con la esposa del profesor Morini y que, por supuesto, estaba decepcionado de mí, defraudado… pero que ése no era finalmente su asunto, su problema. Dejó claro que, al menos para él, nada de lo sucedido entre la mujer de mi colega y yo, Cardoso, tenía que ver, *strictu sensu*, con mi formal desempeño como profesor en el departamento en los últimos cinco años, el cual había sido *claramente* muy bueno (recalco ahora lo de *claramente* puesto que él así me lo aclaró). Remachó que ése y no otro fue el motivo que lo impulsó a no aceptar la injusta consigna del perro. Mientras terminaba su sándwich de pavo, fue puntilloso en una cosa: no debía yo confundir lo que él denominaba su deber como jefe y lo que sin embargo podía prestarse a erradas interpretaciones, por ejemplo: anuencia, consenso o solidaridad con mi falta gravísima hacia la esposa de Estéfano. Eso lo lamentaba, repito, repitió él, pero eso nada tenía que ver con mi buen desempeño en MFU… y allí estaba, para corroborar su opinión, el voto unánime del pac, los veteranos del departamento, incluido ¡oh sorpresa! Bormann-Smythe. Lo escuché largamente sin intentar justificarme a ese respecto, sin buscar deslindarme de lo acontecido con la mujer de Morini: no tenía el menor caso hacerlo, ¿para qué? Esperé, no obstante, a que los dos termináramos de comer los suculentos sándwiches de pavo que gentilmente había preparado ese mediodía en su casa para contarle lo que, a todas luces, él no sabía y era, a mi juicio, el verdadero cogollo, las heces de todo este asunto; primero, mi carta a Affirmative Action cuando se suscitó el despido injustificado de Marión Siegel, y segundo,

la historia que Siegel me había contado sobre la secta coprofílica en la que participaba Davis, Gaudencia, Wynn, los calvitos y el gordo Whitehead. Ambas razones eran el verdadero motivo por el que Davis me echaba ahora de Millard Fillmore. La jirafa, primero, se quedó atónita con mi exhaustiva narración (¿era otra vez su autismo inveterado?); luego tuvo un inminente acceso de náusea, el cual sin embargo no pudo reprimir a tiempo, lo que terminó sacando fuera el sándwich que apenas se había zampado. Pavo y menudencias salpicaron el mantel y hasta mis manos y mis pantalones y zapatos.

Pero… dejando atrás las menudencias de pavo y volviendo a la enumeración de sucesos que se desencadenaron esa primera tarde tras la intempestiva visita de Morini al decano, según supe más tarde y hasta donde me he podido enterar, Porzia Fazzion llamó por teléfono a Davis o Davis llamó a Porzia —no importa demasiado realmente— ofreciéndole el puesto de Ritter como nueva *head* del Departamento de Lenguas Extranjeras aun cuando no era fecha reglamentaria para hacerlo. Si acaso Porzia Fazzion le llamó a Jeff Davis fue porque, como he dicho, Estéfano primero fue a buscarla después de haber ido a hablar con él, es decir, esa misma tarde o a la mañana siguiente. Si, al contrario, Davis le llamó a Porzia es debido a que también (muy probablemente) Estéfano le pudo haber contado algo sobre ella o sobre ambos, o bien porque Davis conocía de antiguo el cariño entre Porzia y los Morini —al fin y al cabo ambos eran los únicos dos italianos de la universidad—. Repito: tener noticia de estas menudencias de pavo, de esta red de secreciones humanas, no es muy raro siendo (como es) Madisonburg un pueblo muy pequeño y un infierno muy grande.

En todo caso, mi entrañable amiga Porzia no tuvo el más mínimo empacho, una vez fue nombrada *head* interina, en echar atrás mi *tenure* y mi ascenso al nivel de Associate Professor, cosas ambas que merecía, ya lo dije, de sobra —y si no… ¡allí está, insisto, la carta del pac! Fazzion estaba verdaderamente escandalizada con lo que pasó, con mi desvergüenza y mi cinismo, con mi traición a un amigo y, para colmo, un italiano, un turinés, un compatriota suyo. Sencillamente no daba crédito a sus oídos: primero a la escalofriante versión que Estéfano le dio y luego, por supuesto, a la versión que Stephany le pudo haber contado, la cual, como era de esperarse, debió ser parcial, tergiversada hasta las heces.

Si narro lo que ha sucedido aquí de un solo plumazo es, porque, como ya avisé y repito aquí, es de sabios no hurgar con insistencia en las heridas, y la mía todavía hoy no ha cicatrizado, Lector. Los eventos acaecidos fueron una suerte de agonía (siguen siendo una agonía) y como tal han sido lentos, morosos, prolongados; empero, han transcurrido tan inenarrablemente raudos, que ya no sé decir si todo

ha sido muy lento o demasiado rápido. Podría ¡claro! haberme demorado un poco más contando los detalles hasta la minucia, hasta el cruel exacerbamiento, tanto como ha demorado mi linchamiento universitario, pero he preferido, en cambio, zanjar, zanjar, hermoso arabismo.

La bomba de Hiroshima cayó, pues, donde yo moraba y con ella hicieron explosión muchas cosas en mi vida: he perdido a Irene (no sé si para siempre), no he vuelto a ver a Emilio a pesar de que él me lo prometió al despedirnos cuando era yo, su padre, quien debía habérselo prometido; ahora (para colmo) me he quedado sin dos hijos, sin esposa, sin *tenure*, sin ascenso, sin trabajo y sin amigos, bueno, esto último no es cierto, Lector: Tino el taciturno y Javis el gallego lambiscón, lo mismo que tú, me han escuchado atentamente hasta el cansancio, hasta la fatiga, oyendo una y otra vez mi versión de los hechos, reconstruyendo una historia de desaciertos y múltiples traiciones con trazos de lo que yo les digo y fragmentos de lo que Estéfano o Stephany probablemente les dicen a los gallegos cuando los visitan y se beben unos tragos. Afortunadamente, a Tino y Javis los he visto varias veces, son casi mi único sostén en este pueblo astillado. De hecho, no hemos dejado de encontrarnos desde aquel nefando (y muy cercano) día en que los tres nos reunimos en Barnes and Nobles con Estéfano. Eso no quiere decir, sin embargo, que Tino y Javis hayan roto relaciones con los Morini. Hasta donde tengo noticia, ellos cuatro siguen siendo tan amigos como yo lo soy sólo de ambos.

En resumen y para concluir esta perorata de apestado, debo añadir que recién he recibido ayer una alrevesada y cruenta carta de ˆdespido donde se me avisa que, a pesar de que el conspicuo y nunca bien ponderado PAC no me ha negado el *tenurey* la promoción, la nueva y flamante *head* interina, doctora Porzia Fazzion, y el nuevo *deán* interino, doctor Jeffrey Davis, en común acuerdo y dada la falta de convicción y espíritu que anima mi enseñanza y mi falta de entrega a la universidad, han decidido o preferido negármelo todo, absolutamente todo, por sus propias pistolas… La carta concluye diciendo que a partir de este verano —una vez termine mi curso intensivo sobre novela de la Revolución— mis labores con MFU quedan finiquitadas y mi salario y mis beneficios vigentes por los siguientes doce meses dado que tengo (por contrato y por ley) un año más para buscar trabajo en otra universidad. Ambos, Porzia y Davis, me desean no obstante mucha suerte en mi nueva búsqueda de trabajo en Estados Unidos, seguros de que encontraré un lugar más afín a mi trayectoria y mis intereses académicos. Al igual que a Phillip Ritter, ¿lo puedes creer?, me han obsequiado con un sabático, Lector, sí, un sabático, ¡tal como lo oyes!, con la diferencia de que la jirafa autista sí vuelve a Millard Fillmore University y yo me largo para no volver, me

largo de aquí… pero sin hijo y sin mujer… me largo… ¿pero a dónde carajos me largo?

II

(**Martes 23 de mayo**)

El martes que Maty visitó al pintor, la tarde era clara, limpia, como pocas veces se llegaba a ver en la capital a fines de mayo. Aunque el sol brillaba tibiamente, no hacía frío, apenas un principio de fresco aleteaba en el aire. Eran las cinco en punto. Las nubes parecían haberse evaporado del cielo. Sólo se miraba un sol tieso, incrustado en el horizonte: amarillo, marrón, como una manzana pudriéndose.

Desde la azotea de Arturo en la Narvarte, el Distrito Federal era un embutido de plazas, edificios y casas con azotehuela investidos de luz, mancillados de luz rancia: automóviles y motociclistas, ruleteros, madres con niños, albañiles y ebanistas, adolescentes y abogados, criadas, pordioseros, un hormiguero merodeaba cinco pisos más abajo. Arriba, contemplando el pulular, se encontraban Maty y Arturo sin decir palabra luego de haberse besado. Sus cuerpos apenas se tocaban mecidos por Bóreas y recortados por el fondo ocre, ambarino, de la tarde: un horizonte no frío, no ardiente, pétreo, seguros de que Tamara no estaba allí, de que Tamara no iría esa tarde ni la próxima y, sobre todo, seguros de que tú, Lector, jamás te aparecerías en el estudio de repente pues mucho tienes que trabajar o tal vez, quién lo sabe, que leer…

La estela del entusiasmo inicial dejado los primeros meses del año anterior por la victoria del Partido de la Naturaleza y el Fuego Mexicano había pasado ya, aunque no del todo: aún se celebraba con vítores y fuegos de artificio la victoria del PNFM, en especial en sitios tan remotos como Chiapas, Chihuahua, Sinaloa, Tampico y Oaxaca. Era el primer partido verde en la historia en haber ganado unas elecciones sin ninguna alianza y de manera ventajosa, con más de un 50% del sufragio popular. Era, ni qué dudarlo, un hito incomparable no sólo para México sino para el mundo entero. Desde que el pan dejara la presidencia con Calderón en el 2012 y se sucedieran más tarde el PRD y el PRI alternativamente (fracaso tras fracaso), nada hacía sospechar que en agosto del 2024, apenas algunos meses atrás, un candidato ecológico (para escarnio de muchos) pudiera jamás convertirse en presidente de la República Mexicana. Algo insólito. Ni qué hablar que los respectivos candidatos del pan, del PVEM, del **PRI** y del PRD seguían profundamente descorazonados, incrédulos y hasta

en algunos casos reacios a aceptar que un quinto (sí, un quinto partido) hubiese podido ganar, hubiera podido desplazarlos. Pero hoy era un hecho consumado, y a partir del primero de diciembre del 2024, el nuevo presidente, licenciado Gilberto Rendón, había tomado posesión a sus sesenta y seis años de edad. Ahora bien, cabe decir que este viejo político nada o poco tenía que ver ya con el intelectual y fundador del PNFM que había sido Roberto Soto Gariglietti a fines del siglo xx. Gilberto Rendón, si acaso, se parecía más a un priista tradicional de los setenta u ochenta del siglo pasado que a cualquier otro tipo de estadista mexicano: de ecologismo sólo el nombre y, por supuesto, el color verde, lo que le había causado serias pugnas con el PVEM, el otro falso partido ecologista. Su pasado, su educación, su trayectoria política, eran los del leguleyo típico de marras, los del licenciadillo clasemediero con aspiraciones enfermizas al poder: no al dinero, no a la fama o las mujeres, simplemente al poder quintaesenciado, al poder ubicuo y a la gloria. De compromiso con el medio ambiente o con los indios de México o con los animales en extinción, Rendón había heredado sólo lo peor de los políticos mexicanos del último medio siglo: un discurso huero, trasnochado, insincero e irritante donde siempre que tenía oportunidad citaba estas tres cuestiones, claro, aunque evidenciado a las claras que no le importaban un comino o que sencillamente no las entendía. De hecho, de ecología o respeto por Natura en su sentido más espiritual, no siempre científico o técnico, sólo el mismo Gariglietti tuvo una noción genuina en su momento: un *noüs* o presentimiento de que era impostergable para la salvación del país explorar en los orígenes del pueblo e incluso intentar ir más allá: exhumar sus dioses, sus mitos y símbolos prehispánicos. Su búsqueda, pues, iba hacia lo que él denominaba con pasión la fuera crónica de México, la energía telúrica, la cual, pensaba, debía rescatarse a fin de recuperar el respeto perdido por Natura, el equilibrio del *kósmos* la consubstanciación y amor de los cuatro elementos, las indestructibles raíces o *archaí*: Zeus, Hera, Nestis y Aidoneo, las cuales, por supuesto, tenían sus correspondencias con los cuatro dioses aztecas y asimismo con los cuatro puntos cardinales. Todo en México estaba, según él, trastocado, invertido, vuelto un desastre desde tiempos de la Conquista. Como un meteoro del cielo, escribía, en este país había caído un *miasma* o *mysos*, una plaga que había asolado a México por más de quinientos años: doblegarnos al cristianismo fue desterrar lo que nos unía con la tierra y con aquellos dioses tutelares, algo muy similar a lo que, aducía, había sucedido con Egipto y con Grecia y más tarde con Roma. Pero sobre todo con la antigua Grecia, mundo que veneraba por encima de cualquier otra cosa. Para él, como para muchos románticos, Natura era lo primordial y ¿sabes por qué?, porque mi padre creía que los

hombres íbamos o veníamos de allá, sí, de las plantas y los animales, de las piedras y los dioses, todo integrado en una suerte de infinita gradación en la que cada uno de nosotros subía o bajaba según sus manchas, según sus virtudes, según sus conocimientos, según sus pecados o ignorancia, según su respeto por la vida y por los dioses y los ritos. A esto se le llama metempsicosis…

—¿Metem… qué? —repitió Matilde sin comprender, sin dejar de mirar y escuchar embobada las palabras del pintor quien en ese momento seguía de pie, hierático, a su lado, imparable en su perorata.

—Transmigración de las almas, reencarnación —suspiró Arturo abrazándola sin dejar de mirar en la distancia ese enjambre de edificios flechados de luz—. Por eso es que la Iglesia detesta a mi padre…

—Hasta la fecha —lo secundó Maty—? Apenas el otro día, monseñor Cabrales dijo que mucho mejor estábamos con un Estado laico, separado de la iglesia, tal y como hemos vivido por doscientos años, que con un partido que favorece la aberrante y peligrosa idea de la reencarnación, de la metemp…

—Metempsicosis.

—Sí. Eso.

—Pero si Gilberto Rendón no cree en la reencarnación ni en la transmigración de las almas, Matilde. Es un oportunista, un viejo estratega que se divierte moviendo fichas y que cambia de color según le convenga. No cree en nada más que en sí mismo y en su indestructible voluntad de éxito. Está claro, al menos para mí que lo conozco desde hace más de veinte años, que su credo o ideología nada tienen que ver con lo que mi padre escribió y pensó hace treinta o cuarenta. Para empezar, debes saber una cosa, Matilde: esta victoria del PNMF no tiene relación con Roberto Soto o con su memoria o sus libros. Rendón y su séquito lo han utilizado todo para su beneficio. Utilizan su nombre, su recuerdo, sus logros como fundador… pero en nada, óyelo, ¡en nada se corresponde la ideología actual del PNMF con lo que Soto Gariglietti quiso para México! Que te quede claro. Si te estoy diciendo esto, si te lo cuento, es para que tú y nadie más sepas la verdad, para que la pongas en tu tesis o lo que sea que vayas a hacer con la información que te he venido dando.

Tras este acalorado discurso en la azotea, entraron al estudio y Matilde se sentó. Arturo salió un momento y casi de inmediato volvió trayendo una botella de vino descorchada con los mismos dos vasos de estaño que venían utilizando cada martes y jueves. Al parecer eran los únicos. El pintor se sentó a su lado en el sofá destartalado, sirvió hasta la mitad en ambos vasos y bebieron. Entonces Matilde, luego de haber paladeado un pequeño sorbo, encendio su grabadora de mano y le dijo a Arturo con ánimo periodístico, lista a indagar y ponerse a trabajar,

dispuesta a dejar el sexo y la pasión para cualquier otra tarde:

—¿Puedes hablarme más sobre la reencarnación o lo que tu padre creía al respecto?

—Primero déjame te pregunto algo yo a ti, Maty: ¿recuerdas que te conté cómo mi bisabuelo, Enzo el siciliano, había descubierto que había estado a punto de morir envenenado por los japoneses, al lado de Pancho Villa, en 1917?

—Claro que recuerdo, pero ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Mira… —dijo Arturo emocionado por lo que, al parecer, consideraba un secreto de inestimable valor: casi la médula de la cuestión histórica. Dio, primero, un sorbo a su vaso, luego se tomó un tiempo exagerado para detectar el tanino dejado por el vino en las papilas, otra vez sorbió, se dio importancia unos segundos y por fin dijo bajando la voz, exagerando la necesidad de hablar entre susurros —: Parece ser que ese hallazgo tardío, muy tardío, pues ya era viejo cuando encontró esos archivos del Buró de Investigación estadounidense en la Universidad de Texas en Austin, ese descubrimiento, repito, lo llevó a creer que él, Enzo Gariglietti, era un semidiós y que por eso precisamente no había muerto. Sí, tal como lo oyes. No pongas esa cara, Maty. Es cierto.

—Pero ¿qué dices?

—Te explico… Tal vez debí haberte puesto primero en alerta, quiero decir, en antecedentes, para no darte sorpresas… —dijo Arturo acomodándose en el sofá desgastado, descruzando las piernas y tomando la misma mano conque Matilde cogía la grabadora para acercarla un poco más a él, acaso para dejar clara su lección de esa tarde—. Los antiguos griegos pensaban que algunos hombres podían ser dioses y que algunos dioses podían convivir con los hombres y ser incluso un poco como hombres sin dejar por eso de conservar su inmortalidad. Es confuso, pero en eso creían antiguamente: desde Homero y Hesíodo, si no es que ya desde antes. Al menos en eso creían firmemente hasta que llegó, primero, Jenófanes, el primer ateo de la historia, y más tarde Sócrates, el primer gran ético, y ambos dieron al traste con muchas ideas o supersticiones. No todas, claro, pues Platón volvió poco más tarde a dejar muchas de las antiguas creencias o conjeturas (*doxa* o *dokeó*) en el mismo sitio donde se encontraban. Tanto jonios como eleatas creían, pues, en esta suerte de convivencia de la que te hablo: los mundos de arriba y de abajo podían mezclarse, confundirse, un poco como la ficción y la realidad se mezclan o se superponen a veces. Las cosas en la Grecia antigua no estaban perfectamente delimitadas como lo están ahora, Matilde. Algunos individuos, los que habían alcanzado un nivel superior de conocimiento o de virtud, podían ser considerados semidioses. Se

suponía o se entendía que estas personas extraordinarias ya habrían reencarnado varias ocasiones antes de haber conseguido esa categoría, digamos, semidivina. ¿Me sigues? Las *psychés* o *daímones* de estos individuos llegaban, pues, a convivir con los dioses inmortales en vivo y a todo color. De hecho, Empédocles llegó a estar convencido, ya mayor, de que él había dejado de ser mortal y de que se había transformado, en vida, en la plena Agrigento de su tiempo, en un dios inmortal, en un hombre divino que debía ser reverenciado y amado por su gente. Y de hecho lo era…

—¿Y qué tiene que ver lo que me cuentas con tu bisabuelo?

—Pues maravíllate, si quieres, Maty, pero Enzo creía, como buen siciliano, que él era un semidiós y que por eso, por esa simple razón, no había perecido esa mañana en que bebió el café envenenado al lado de Pancho Villa. Es lo que te he querido explicar…

—Es como un cuento de hadas, una locura.

—Sí, yo sólo te narro lo que sé, lo que me ha llegado, lo que mi padre me contó cuando era muy niño.

—Y ¿cómo sabes que no te lo inventaste, Arturo? Es decir, ¿cómo puedes estar seguro de que tu mente de niño no lo fabricó?

Arturo se rió y sólo respondió rotundo, jactancioso:

—Porque también lo leí, Matilde.

—¿Qué?

—Había una carta, una carta hoy desaparecida, que leí junto con mi madre, donde Enzo mismo contaba su descubrimiento, su revelación o como quieras llamar a lo que le sucedió al encontrar esos archivos en Austin, ya viejo, como te digo. Tú puedes pensar, si quieres, que mi bisabuelo estaba chocheando, claro, y puede que sea verdad, pero eso no elimina un ápice el hecho verídico de que, primero, Enzo estuviera sentado a la mesa de Villa esa mañana y se bebiera su café envenenado y, segundo, de que fuera, para colmo, natural de Agrigento, como el filósofo al que también leyó y admiró.

—Sí, pero todo eso no es suficiente para convertirte en un dios o semidiós, Arturo.

—Claro, nada es suficiente para ser un dios… pero todo es suficiente —contratacó el pintor agro con sorna, despiadado esa ocasión, dejando su vaso de vino sobre el *quilt*, salpicándolo—. Quiero decir que todo es relativo, Matilde, depende lo que cada quien crea, depende lo que tú quieras creer. Si eres una racionalista a ultranza o eres una escéptica o una materialista o cartesiana, todo esto que te cuento es entonces una hermosa fábula o una historia de locos, pero si no lo eres, puedes preguntarte qué diablos pasaba en la mente de mi bisabuelo y junto con él en la de Hölderlin, Pessoa, Nietzsche y muchos otros que creían en cosas semejantes. Todo depende ¿ves?

—Y bueno… —respondió Matilde decidida a ir a fondo, haciendo caso omiso del tono áspero, impositivo, del pintor—, ¿qué decía Empédocles sobre la reencarnación?

—Hacia el final de su vida, antes de morir a los sesenta años, dejó escrito un libro o tratado, los *Katharmoí*, el cual es tangencialmente opuesto al anterior, aquel del que te he venido hablando: *Sobre la Naturaleza*. Ahora bien, para muchos estudiosos, el segundo no es tan opuesto al primero, sino más bien su continuación, una suerte de espiritualización de las ideas ya propuestas en el primero —aquí Arturo se detuvo para dar un nuevo sorbo a su vaso de estaño, regodearse en el vino o sus palabras, y servirle un poco más a su amante que aún no había terminado su medio vaso—. Si, por ejemplo, en *Sobre la Naturaleza* Empédocles intentaba ser más o menos científico o buscar bases científicas (o mejor: empíricas) a sus descubrimientos, en el segundo, el filósofo ya se mete de lleno en un sustrato, digamos, teológico, místico. Imbuido de orfismo y de muchas ideas pitagóricas, todas, por supuesto, anteriores a él, Empédocles crea un ecléctico sistema en que combina sus anteriores hallazgos sobre el orden del cosmos y la naturaleza que te he venido explicando, con sus más recientes principios religiosos. Para empezar, Maty, él está convencido, como ya te dije, de que la naturaleza es un sistema de gradaciones, una escala universal para las sucesivas reencarnaciones de todas las *psychés* o *daímones*, y esto es así puesto que él ya había descubierto en *Sobre la Naturaleza* que la materia no desaparece sino sólo se transforma, se reconfigura como las partículas de los colores en la paleta de un pintor. Por eso mismo, aducía, los seres humanos sólo nos transformamos en otra cosa, por eso las almas están siempre reencarnando en algo más. ¿Me sigues? Esta vez, sin embargo, en los *Katharmoí*, Eris y Eros, los protagonistas principales de su filosofía y motores del universo, entran en juego, sí, pero influyendo no en las causas físicas, sino en los efectos morales, es decir, en la unión o división en que todo está siempre sucediéndose entre las naciones y los hombres. Dado que esta fase por la que atraviesa el mundo está asolada por la guerra, la violencia, la destrucción y la maldad humanas, necesitamos cooperar con Cipris, es decir, con Afrodita, para restituir la unión perdida, para volver a la Esfera perfecta, a la mezcla de los cuatro elementos que conforman, en distintas medidas, todo lo que existe en el cosmos.

—¿Y cómo se consigue todo esto? —Maty no dejaba de ponderar si es que acaso esa tarde en la Narvarte no estaba soñándolo todo, incluyendo sus preguntas—: ¿Cómo se coopera con Afrodita, si se puede saber?

—Con los *teletaì* es decir, con los antiguos ritos…

—¿Cuáles ritos, Arturo?

—Una serie de ritos prácticos de purificación que se denominaban *katharmoí* y que entonces eran más o menos comunes entre algunas sectas místéricas. Empédocles recoge varios y otros los inventa. Con los *katharmoí* se conseguía, primero, que los *miasma* o *mysos* enviados por Zeus en castigo por la desobediencia de los hombres, desaparecieran, y, segundo, que la ciudad se purificara.

—Sí, claro… pero ¿cuáles son esos ritos, Arturo? —Matilde empezaba a desesperarse, a sentir que perdía la brújula, el control de la entrevista: ¿qué tenía que ver todo este sinsentido, este dislate, con la política mexicana o con Soto Gariglietti o con su tesis de maestría?

—Antes que nada mantener el espíritu helénico de la justa proporción: el sentido de la forma, la simetría, el orden y el buen gusto en todo lo que hacemos y vivimos. Pero junto con ello y por contradictorio que parezca, es necesario conseguir lo opuesto: hay que adquirir el *enthousiasmós*, es decir, la exaltación del poseído por la divinidad, la alegría y la embriaguez de convertirnos en dioses.

—Lo apolíneo y lo dionrsíaco…

—Más o menos, pero no sólo eso, Matilde. También es necesario llevar una vida pura. Por ejemplo, es necesario abstenerse de comer cualquier tipo de carne y de habas; alimentarse sobre todo de hierbas y verduras; no matar ningún tipo de animal pues nosotros, recuérdalo, también fuimos animales antes de esta vida o lo seremos después e incluso puede ser que estemos degollando a un hijo o a nuestro propio padre si degollamos a un toro o a un cerdo…

—¡Qué horror!

—Así lo dice Empédocles en un fragmento… —apuntó Arturo y de inmediato dijo, inspirado por algún dios, imparable en su lección de esa tarde—: Pero eso no es todo: debes cultivar diariamente el espíritu de Cipris en tu alma, Maty, justo lo que solíamos hacer los pintores agro durante nuestros peregrinajes con los yaquis… Debes purificar tu cuerpo cada cierto tiempo en las aguas de un río y hacer libaciones, lo que también hacíamos; no debes acercarte, bajo ningún concepto, al laurel pues es, de entre todos, el árbol sagrado y, lo más importante de todo, lo más difícil o imposible: no debes tener relaciones con ninguna mujer, debes mantenerte casto… no importa incluso si ya estás casado.

Matilde no pudo dejar de mostrar, casi contra su voluntad, una sonrisa blanca, alborozada, al oír las últimas palabras de su amante, casi ridiculas en boca de él. Casi de inmediato prorrumpió con una carcajada:

—No me digas que tu bisabuelo llevó a cabo todos esos ritos, Arturo, puesto que tú, querido, no.

—No, mi bisabuelo Enzo no, pero mi padre sí —respondió Arturo

serio, franco, sin despegar sus ojos negros de los ojos verdes de Matilde—, y por eso mi madre lo abandonó.

3

Pero ¿a dónde ir? ¿A dónde ir, Lector?

Iré derecho al grano, ¿para qué darle vueltas y más vueltas a la idea que me ha venido rondando como un tigre de Bengala desde que todo este circo virginiano aconteció, desde que me abandonaron Irene y Emilio, desde que concluí mi curso intensivo sobre Martín Luis Guzmán y sus *Memorias de Pancho Villa*, desde que me echaron de Millard Fillmore sin *tenure* y sin ascenso y con mi secreto a cuestas sobre los influyentes comemierda, sin saber qué hacer con tanta información?

Bueno, pues hay un pueblo, una pequeña aldea, a la que desde hace meses quise ir y a la que, por angas o por mangas, nunca fui. Se llama Las Rémoras. ¿Has oído alguna vez de ella? ¿Te suena? Sí, cerca de La Paz, en Baja California Sur, no más de veinte mil gentes, una sola avenida perpendicular cruzando la ciudad y bajando derechita hasta el mar, o mejor: Libertad desciende perpendicular hasta tocar una playa que más parece (vista desde el cielo) una valva perfectamente tallada si no fuera por culpa de un peñasco hirsuto a la izquierda, una ingente piedra o meteorito incrustado entre la arena y el mar. Mira: déjame te explico cómo di con ella, cómo di con ese hermoso villorrio de pescadores, asesinos, prostitutas, agachadas y locos… No hace mucho, en una visita relámpago a la ciudad de México, hará cosa de unos cuatro o cinco meses, cayó en mis manos un extraño libro del mismo título: *Las Rémoras*. Lo leí de una zampada en el mismo vuelo de regreso a Virginia. Su autor… no lo recuerdo, pero tampoco importa demasiado. Ya decía Borges que eso de la autoría es lo de menos pues todos somos autores de cualquier libro, todos lo escribimos, todos somos su cómplice, lo que resulta peligroso y leibnizeano y parmenídeo pues (bien visto) niega de golpe la individualidad de las almas, la distinción entre tú, Lector, y yo, Cardoso, que te cuento esta fricción. Lo que importa, al fin y al cabo, y para no detenerme en abstracciones, es que allí, en ese pueblo de turistas y holgazanes, ocurrieron varios eventos que, a mi juicio, quedaron jamás sin resolverse ¿sabes? entre ellos un horrendo crimen que nadie supo esclarecer y que yo, poco más tarde, obsesionado con la idea, creí descubrir. Para conseguirlo, para poder continuar mi pesquisa y cerciorarme, debía, no obstante, visitar Las Rémoras y corroborar una cuestión, una clave fundamental que ya sabrás, Lector,

a su debido tiempo. Sin embargo, antes de haber podido siquiera organizarme con Irene" y Ritter para hacer el viaje, llegaron nuevas y extenuantes responsabilidades, un par de comités insulsos, luchas intestinas departamentales que ya conté, y entre una y otra cosa, los últimos cinco meses han pasado raudos y no he podido hacer nada, no he podido indagar más en ese insólito laberinto costeño, esa *térra ignota* en el noroeste del país. Digo *ignota* porque, para colmo, en más de una ocasión me he topado con algún paceño a quien, cogiéndolo desprevenido, le pregunto por la pequeña aldea de Las Rémoras. El tipo o la tipa en cuestión me contestan, con la arrogancia e imperturbabilidad del oriundo seguro de conocer su amada comarca, que no tienen la menor idea de lo que le estoy hablando. Cuando les saco el libro —y junto con él el mapita que incluye adentro— titubean, hacen un poco de memoria, indagan, pero al final, rotundos, me dicen que no lo conocen o que simplemente el lugar en cuestión no existe, que debe ser una fricción. Callo decepcionado y no vuelvo a insistir. Confieso sin embargo que no fue sino hasta la tercera ocasión que, venciendo la pereza o la típica inercia que me invade a veces, conseguí uno de esos Atlas gigantescos que lo incluyen todo sobre todas partes del mundo y me puse de inmediato a buscar el mentado lugar. Jamás lo encontré: nunca hallé el pueblo y con ello, supongo, quedó sepulto el prurito malsano que me escoció por días y noches casi de balde: el de esclarecer, ya dije, la clave de ese crimen que se narra allí, el de Inés, favorita del licenciado Rosales, madame del prostíbulo donde asimismo trabajaba una bella rompecorazones, Robería, de ojos tan intensamente verdes, por cierto, como los de Maty, tu mujer.

Ahora bien, se me ha ocurrido en estos días (otra vez la típica inercia que me invade) una idea monstruosa, macabra si cabe: ¿por qué no vamos tú, Lector, y yo, a Las Rémoras, al pueblucho aquel? Sí, tal cual… ¡como lo oyes! Mira: a estas alturas de la vida ya no tienes nada o no mucho qué perder: si acaso tu Mercedes y, por supuesto, tu trabajo… pero no es tanto, la verdad, si piensas que ya no tienes por quién o para qué trabajar, si piensas que ya no tienes para qué ganar dinero como un demente ni tampoco saciar un montón de necesidades que en el fondo no lo eran, que nunca lo fueron. Yo, por mi parte, no tengo nada que añadir a lo que ya sabes de sobra: no tengo mujer (es) ni hijo(s), tengo doce meses para hacer mi regalada gana y, sobre todo, caigo ahora en la cuenta de que mi regalada gana es, primero y ante todo, la de conocernos, Lector, y segundo, huir de Madisonburg cuanto antes, marchar a la Baja California Sur contigo. Ni Javis ni Tino podrían acompañarme ni querrían hacerlo, conozco a los gallegos de sobra, por eso te lo propongo ahora a ti. ¿Te parece? ¿Suena atractivo? Si no te interesa, si no estás de acuerdo… entonces deja el

libro, déjalo ya, ponlo a un lado y olvídate de mi propuesta, lo digo en serio… no bromeo, no, pues a partir de este momento, a partir de este minuto, algunas cosas darán un giro de noventa o hasta de ciento ochenta grados, y para ello necesito tu completa disposición, tus ganas, tu cooperación …

…
…
…
…
…
…
…
…
…
…
…
…
…
…
…
…
…
…
…
…
…
…
…
…
…
…
…
…
…
…

¡Okey! ¡Magnífico! ¡Perfecto! Parece que has decidido continuar, proseguir la aventura. Todo indica, si estás leyendo estas líneas —si sigues allí, embrutecido y absorto en la lectura de este libro procaz—, que has elegido seguir adelante conmigo. Por mi parte, Lector, sólo puedo prometerte una cosa… y es que no nos pasará como al pobrecito Agrimensor que nunca llegó al jodido castillo en el monte nevado aunque lo tuvo todo el tiempo frente a sus narices. Nosotros sí vamos a llegar, te lo aseguro. Si el joven Ricardo Urrutia, personaje de *Las Rémoras*, pudo, nosotros también podemos… y para empezar, supongo, asumo, que debemos encontrarnos, conocernos, ¿no es así? Mira: me he adelantado un poco, un poquito nada más, y ya he sacado

mi billete de avión para volar a la ciudad de México hoy mismo, hoy jueves, sí, ¡como lo oyes! Llego a las 3:15 p.m. No te enfades, por favor. Esto de ninguna manera implica que yo ya supiera, me adelantara o diera por sentada tu respuesta, no. No podría haberla sabido. ¿Cómo iba a saberla si no creo en la predestinación? Pudiste muy bien tirar este libro al bote de la basura y entonces toda nuestra colaboración se hubiese ido a la mierda ¿no es así? Pues bien, Lector, no te enfades… y mejor espérame en el aeropuerto Benito Juárez. De allí, si te parece, partiremos juntos a La Paz, capital del estado de Baja California. También he comprado dos billetes con Mexicana para volar juntos hoy mismo a las 7:00 p.m. Sí, luego me pagas, no te preocupes, o si quieres, yo te invito, una vez entrados en gastos qué más da unos centavos más, unos centavos menos… Mira tú, por lo pronto, a ver qué haces con tu coche, pero antes, sí, antes, debes dejar ese miedo que te paraliza desde hace rato metido en el Mercedes bajo las copas de los árboles a sólo una cuadra de tu departamento de Las Aguilas, esperando no sé qué diablos, acaso aguardando un eclipse de sol o qué sé yo… Sigues evidentemente indeciso de entrar por tu ropa y tus cosas pues preferirías no hacerlo, prefieres no volver a poner un solo pie en ese departamento que, a fin de cuentas, Maty heredó de sus papis, tus suegros… Pero entra, entra de una buena vez, Matilde no está, ya la has visto con Arturo cogiendo, te lo he contado con pulcritud de detalles ¿o se te ha olvidado tan pronto, imbécil? Haz tu valija y no olvides ¡eso sí! un traje de baño y, lo más importante: no se te ocurra dejarle una esquela, no seas tan maricón, conserva un mínimo de dignidad, de pundonor, al menos. ¿Lo prometes? ¿Has entendido? ¿Has leído con atención? No le escribas nada, nada, ni una nota. Deja a Matilde en ascuas, deja que celebre su inminente aniversario (el de ella y el tuyo) al lado del pintor agro y sin ti: le sabrá mal, muy amargo, te lo juro, pero de eso y de otras cosas más ya hablaremos esta tarde que nos conozcamos en el aeropuerto… ahhhhhhhh… y no te preocupes: en cuanto te vea yo te voy a reconocer y la diferencia de fechas que ahora nos separa quedará para siempre anulada, emborronada: son, por supuesto, ventajas del oficio, ventajas de cualquier fricción. Por eso escogí esta chamba ¿sabes?, aunque más me conozcan como profesor.

IV

(**Jueves 25 de mayo**)

—Arturo…

—Sí, dime —el pintor abrazaba a su amante contra su piel bronceada, contra esa piel que apenas cubría las costillas, ese nuevo jueves por la tarde sin lluvia. Apenas había escampado hacía unos veinte minutos y un cielo azul cobalto, lapislázuli, inundaba el estudio como una mancha divina. Arturo y Matilde yacían exhaustos y pegajosos sobre la misma estera a la que habían añadido un *quilt* y unas viejas sábanas de algodón que Maty trajo a hurtadillas la segunda vez que se reunieron para hacer el amor/coger cual conejitos.

—Tuve un sueño… Te lo quería contar. De hecho, lo he soñado dos veces, un día tras otro. Lo más extraño es que lo recuerdo claramente cuando despierto.

—¿Lo recuerdas claramente? —preguntó Arturo estirándose para alcanzar la cajetilla de cigarros y encenderse uno con extrema flaccidez o somnolencia. No parecía muy intrigado por el sueño de Matilde… pero estaba dispuesto a escucharla, estaba dispuesto a exhibir un interés que, evidentemente, no sentía.

—Bueno, tan claramente como uno puede recordar un sueño, tú sabes.

—No, no sé, pero no importa. Sigue, Maty. Te escucho —el pintor dio una fumada a su cigarro casi contento, bonachón, a la espera del relato de su amada.

Matilde se irguió, titubeó un segundo no muy segura de cómo comenzar:

—De pronto estoy en la cama con alguien, pero no es mi marido, es alguien más.

—¿Soy yo?

—No, tampoco. Espera, espera… —Maty lo detuvo en seco, puso una mano mojada sobre la boca del pintor agro y continuó un poquitín nerviosa, trémula—: Es de noche, pero no muy tarde aún. Hay unas cuantas velas encendidas en la habitación y todo huele muy bien ¿sabes? como a almizcle o a azahares, sí, creo que huele a agua de azahares. Mi abuela ponía agua de azahares con pequeñas velas flotantes en el vestíbulo de su casa cuando íbamos a visitarla…

—No te desvíes, Maty.

—Perdona —rectificó de inmediato—. Sé que hay alguien en esa habitación pues, primero, oigo un suspiro, luego reconozco un bulto yaciendo a mi lado, y por último, siento una piel muy suave que toca de pronto mi piel o yo la he tocado sin querer al girarme e intentar descubrir su semblante.

—¿Y? —dijo Arturo sin despegarse de su cigarrillo, cada vez más atento… casi contra su voluntad, aspirando con tenacidad el humo hostil y prolongado.

—Pues qué destapo las sábanas y descubro de pronto a otra mujer,

sí, como lo oyes: otra mujer desnuda como yo, somnolienta e intrigada. Me mira, nos miramos extrañadas, con mucha curiosidad, y de pronto ella me sonríe como si supiera perfectamente quién soy, como si se acordara de mí. Es bellísima pero no sé quién diablos es. Estoy a punto de reconocerla pero no consigo acordarme por más que me empecine, por más que…

Al verla de pronto pensativa, detenida en la orilla de sus cavilaciones, Arturo la azuzó levemente:

—Sí, te escucho, Maty… Y ¿qué pasa después?

—Pues que empieza a tocarme los hombros, el cuello, la espalda, las clavículas, las mejillas y yo hago de pronto lo mismo sin dejar de sonreírle, sin vergüenza ¿sabes?, sin pudor, y entonces descubro que con mi tacto se le han oscurecido mucho los pezones, sí, de pronto se le han oscurecido y se le han puesto duros, picudos como lanzas… — Maty aguardó, meditó unos instantes y prosiguió (casi melancólica) con su pormenorizada descripción onírica—: Para mi azoro, apenas unos segundos después, descubro que yo también tengo los pezones duros y que estoy caliente como una cabra, a punto de venirme junto con ella ¿lo puedes creer? Soy inmensamente feliz con esa desconocida a mi lado, tumbadas las dos en la cama entre el olor a azahares y las velas… hasta que de pronto despierto y todo se esfuma como en un pérfido cuento de hadas.

—¿Allí acaba?

—Sí —dijo Matilde todavía pensativa, adolorida por la dulzura del recuerdo, acaso rememorando algún fragmento específico de su sueño recurrente, acaso echando de menos su felicidad perdida, la cual era, descubrió apenas entonces, mayor acaso a la que le deparaban sus ¿furtivas? visitas al taller de Arturo los martes y jueves por la tarde. Por fin, con trabajos, Maty despertó de su letargo y con una lánguida mueca en los labios le preguntó a su amante—: ¿En qué piensas? ¿Qué opinas de lo que te conté? Una locura ¿no es cierto?

Arturo de momento no hizo caso, siguió meditando sin soltar su cigarrillo (o lo que quedaba de él) y por fin preguntó:

—Dime: ¿estás segura que la otra mujer tenía los pezones oscurecidos?

—Sí, por supuesto: picudos, enormes y oscurecidos… pero ¿por qué preguntas?

Arturo continuó pensando, mascullando ideas hasta que, de súbito, irguiéndose sobre el *quilt*, le dijo muy serio a Matilde:

—¿Sabes lo que esto puede significar?

Maty no pareció inteligir ese guiño o lo que pretendiera ser esa pregunta: ¿a qué carajos se estaría refiriendo el amigo de su esposo? Se le quedó mirando un rato, auscultando los sinuosos pensamientos

de su amante a ver si acaso comprendía *eso* intrincado que Arturo comenzaba a barruntar y sin embargo no le explicaba.

—Piensa… Matilde, piensa un poco —insistió el pintor agro con voz cambiada: más gruesa y gutural.

Por fin, luego de un buen rato, Maty creyó haber entendido, creyó haber comprendido eso que, aparentemente, podía ser la revelación de un misterio… pero que era no obstante imposible de aceptar, de creer. Claro que era imposible: ella era estéril. O *eso* creía al menos. Sin embargo, le dijo a Arturo rotunda, desafiante, como refutando una aporía de Zenón:

—Pero en mi sueño yo no tengo los pezones oscurecidos como ella…

—Porque no los ves, Maty —contestó el hijo de Soto Gariglietti con total convicción, comprendiendo a su vez que Matilde ya había comprendido—, porque no alcanzas averíos… es natural, pero, créeme, están igualmente oscurecidos e hinchados. Por eso, si te detienes, si te fijas, verás que en tu sueño también has notado que tú los tienes picudos como lanzas. Los sientes, Matilde, claro que los sientes, pero no los ves puesto que esa otra eres tú.

—¿No me digas? —respingó Matilde risueña, pretendiendo añadir (algo tarde) una pizca de ironía a su exclamación.

—Tal como lo oyes: significa que has hecho contacto contigo misma, con tu lado oscuro o con tu yo enquistado. Pero sobre todo significa lo que tú ya imaginas…

—Ni se te ocurra decirlo, no te atrevas…

—Sí, Matilde, creo que estás embarazada —a esas alturas, por supuesto, a Arturo le ardían los dedos: con un golpe del anular tiró la colilla a un rincón del suelo—. Los sueños son así; suelen adelantarse a los hechos. Los sueños saben lo que se está incubando.

5

Lector estaba allí parado esperando a Cardoso. No lo conocía, jamás lo había visto, pero había leído atentamente, había estado leyendo con agudeza y acaso con la mente más serena y, al final, había conseguido bajarse del Mercedes venciendo su amargura y su impotencia. Acto seguido, haciendo acopio de coraje, había entrado en su departamento de Las Águilas: hizo su maleta en un santiamén, cogió un traje de baño, no dejó esquela o mensaje a su mujer y, por último, se lanzó derecho a conocer al infausto profesor universitario en el aeropuerto Benito Juárez de la ciudad de México, justo lo que estaba haciendo allí ahora mismo, de pie entre la multitud errante, muerto de curiosidad,

en una suerte de vértigo del que no emergía todavía del todo. ¿Qué podía perder con todo esto? A estas alturas, tal y como escribía Cardoso, nada. Lector, deprimido como se encontraba, lo sabía en el fondo y por eso llamó a su oficina diciendo que no volvería en las siguientes dos o tres semanas so pretexto de atender un viaje importante, un viaje de vida o muerte, le dijo a una secretaria a todas luces atónita y descompuesta. Cardoso, cansado del viaje pero emocionado, lo reconoció en el acto nomás salir del andén internacional: era, ni qué decir, como lo había estado imaginando todo este tiempo. Sí, no había errado: su traje y su corbata gris lo delataban. Era él. Ni alto ni bajo. Ni feo ni guapo. Ni gordo ni delgado… Con ese su ridículo peinado para un cabello tan escaso. Era él, el cornudo marido, se veía a leguas, el mismísimo caro Lector de su libro —esa escatológica fricción que había estado escribiendo—. Eusebio, sin ambages, resuelto, fue directamente hacia él con su veliz de cuero en la mano y le dijo amigablemente:

—Supongo que estarás esperándome. Soy Eusebio Cardoso —y le estrechó una mano cálida, casi fraternal y solidaria.

El otro, soltando su maleta, cogido de sorpresa (aunque no tanto, es cierto), estrechó la mano de Cardoso y respondió intrigado:

—Encantado de conocerte.

—Veo que traes listo tu equipaje…

—Pues… sí —sonrió el otro, y a continuación dijo casi excusándose—: Como dices, a estas alturas y como me ha ido, ya no hay mucho que perder —dicho esto, cambió de tema pues no quería, de buenas a primeras, entablar una intrincada conversación sobre Matilde—: Lo que todavía no termino de entender, te confieso, es si estamos en tu año o en el mío…

—Como prefieras. Para términos de la fricción que escribo, no importa en realidad; al menos a partir de este momento —le contestó Eusebio. Acto seguido (Lector todavía incrédulo, Cardoso incrédulo también) empezaron a caminar a paˆo lento, tratando de escapar del insoportable bullicio congregado justo a la puerta de la salida internacional. Inmediatamente y sin dejar de caminar, el profesor añadió—: Lo que sí debes saber cuanto antes es que, a partir de ahora, ya no leerás lo que te está sucediendo en segunda persona como habías venido haciendo. Ni tampoco leerás lo que ha venido pasándome, en primera. Es un verdadero lío, un desmadre, continuar así ¿sabes? He creído más conveniente y más afín con la trama que nos proponemos, proseguir simplemente en tercera… ¿No te importa?

—En absoluto —contestó Lector no muy seguro de saber lo que Cardoso le explicaba, pero tampoco le importaba demasiado: minucias de literato, supuso, sin prestarle mayor atención a la extraña jerga cardosiana. Eran otras cosas las que ahora mismo le preocupaban.

—Tengo hambre —dijo Eusebio de repente—, ¿te parece si comemos algo? En estos vuelos internacionales ya no dan más que cacahuates de comer —y añadió—: Tenemos un par de horas antes de partir, si no me equivoco…

—Sí, he checado el vuelo a La Paz y estamos a tiempo. A las siete en punto, como tú escribías.

—Perfecto, entonces comamos algo y charlemos, si quieres.

Orondos, ambos siguieron en línea recta por el largo y lustroso corredor con arbotantes del aeropuerto hasta encontrar un poco más allá, en un recodo del pasillo iluminado, un restaurante que no se veía, de buenas a primeras, tan mal. Entraron. Afortunadamente no había que esperar demasiado, pensó Lector: casi no había gente. Una mujer entrada en carnes, algo mayor, se acercó y en cosa de segundos los hizo pasar ofreciéndoles una mesa justo como la deseaban: en una esquina, sin ruido, sin música, sin vecinos con niños, en penumbras y con un grupo de azaleas y violetas adornando los lados. Dejaron sus respectivas maletas en el suelo, a un lado de sus sillas, y Eusebio pidió los menús. Preguntó a Lector si deseaba tomar vino, a lo que el otro asintió sin dejar un instante de contemplarlo intrigado, preguntándose qué diablos estaba haciendo sentado a la mesa con un total desconocido a punto de viajar a un sitio inencontrable. Pidieron la carta de vinos y la mujer entrada en carnes desapareció: se esfumó para siempre jamás. Entonces Eusebio preguntó a rajatabla:

—Y para todo esto ¿cómo te llamas?

—Llámame como hasta ahora, si te parece —se rió Lector acaso por primera vez desde que se topara con su infiel mujer en brazos del pintor agro el día anterior en el estudio de, asbestos y comprimido de la Narvarte.

—¿Lector?

—Eso soy ¿no es cierto? Eso he sido…

—Tienes razón —reconoció Cardoso ligeramente contrariado o sorprendido. Ni qué decir: le habían dado una buena bofetada.

—O si quieres llámame Anagnostes —insistió Lector muerto de risa esta ocasión—. En las novelas los personajes siempre tienen dos o tres nombres…

—Sí —asintió su comensal desconcertado—, supongo que lo hacen para darle más verosimilitud a los personajes, como si fueran de carne y hueso, tú sabes.

—Y para no estarse repitiendo —agregó Anagnostes sabiondo—, cuestión de estilo, supongo.

—Sí… claro, pero ¿por qué Anagnostes?

—Adivina, helenista.

—No tengo idea.

—Porque quiere decir Lector en griego —arremetió con no poca humildad de su parte Anagnostes.

Otra señorita, mucho más joven y muchísimo más hermosa que la primera, apareció con los menús y sirvió dos vasos de agua helada. Ambos echaron un breve vistazo a las cartas, ordenaron lo primero con que se toparon (una carne tártara Anagnostes y unos medallones a la pimienta el profesor) y despacharon a la hermosa joven no sin antes pedirle una botella de Cote du Rhóne, reserva del año anterior al antepasado.

—Y bueno —preguntó Lector a Eusebio, intentando romper el hielo—, ¿cómo van las cosas contigo? ¿Cómo te sientes?

—Pues no mejor que tú, por supuesto. Con todo lo que ha pasado…

—Me lo imagino —asintió Anagnostes bajando los párpados en muestra de solidaridad o comprensión… y de inmediato añadió, casi por lo bajo, en tono sigiloso—: ¿Y sabes algo de Irene y tu hijo?

—No, la verdad no sé nada. Supongo que estarán con la madre de mi esposa —dijo Eusebio pensativo, apesadumbrado como se ponía cada vez que recordaba los últimos astillados sucesos de Madisonburg, cada vez que caía en la cuenta de su reciente e involuntaria soltería pues en el fondo, es cierto, amaba a Irene y la echaba de menos cada hora del día, cada minuto, lo mismo que a su hijo.

Imprudentísimo, Anagnostes estuvo a punto de preguntarle si acaso sabía con cuál de sus dos madres se encontraba su mujer, pero afortunadamente la bella intromisión de Nestis, que así se llamaba la mesera que entonces apareció llevando entre sus finos dedos la botella de tinto, lo distrajo o lo disuadió y ya no dijo una sola palabra. Ambos, no obstante, habían visto al mismo tiempo el gafete de la chica con su nombre prendido a su playerita ajustada y, de hecho, los dos habían alzado la vista no precisamente para releer su divino nombre sino con la intención de ponderar las enormes tetas de la joven. Nestis descorchó y escanció el reserva del año anterior al antepasado frente a sus narices, las cuales husmearon, escudriñaron el líquido, antes de disponerse a beber con parsimonia, degustando el trago como dos campeones en el arte del vino francés. No chocaron copas ni mucho menos: no era ocasión para ello. Hubiese sido una fanfarronada. Finalmente, y ya sin la intercesión de Nestis que de pronto se había desvanecido —fracturando con ello la majestuosa prudencia que la diosa propició unos segundos atrás—, Lector se atrevió a preguntarle al autor de *Fricción* a mansalva:

—¿Puedo saber que te movió a meterte con la esposa de Morini? Eso nunca lo terminaste de explicar. Dejaste a medias tu supuesto auto de fe, si mal no recuerdo. Te desviaste en un recodo del camino con tu alambicada cita de Sor Juana, dejándome intrigado…

Ante la pregunta inesperada, el frustrado profesor de novela de la Revolución hundió el mentón unos segundos, agachó los ojos y los metió en su glorioso Cote du Rhóne, sumergidos en esa suerte de olvido bermejo, iridiscente. Dado que al menos por un rato continuó todavía callado (¿meditando acaso lo que iba a responder?) y Anagnostes no pensaba, por su parte, desistir del asunto en esta inoportuna ocasión, Eusebio tuvo que escuchar la requisa de Lector nuevamente:

—Te lo pregunto porque la verdad no termino de entender cómo Arturo, ese hijo de puta, pudo hacerme lo que me hizo ¿comprendes? ¿Cómo un amigo puede meterse con tu mujer… habiendo tantas en el mundo?

Ganas de llorar no le faltaban a Lector-inquisidor, es cierto, pero se contuvo, aguantó recio como dicen que aguantan los machos de Jalisco. Dio un prolongado sorbo a su copa de vino y mientras lo hacía, oyó la inconfundible voz del ex profesor de MFU:

—Creo que me movió… precisamente… el deseo de palpar esa carne, sí, esa piel que no debía tocar porque… a fin de cuentas, no me pertenece, porque a fin de cuentas no me pertenecía. Era ¿cómo decírtelo? una carne ajena, prohibida —titubeó… no muy seguro de haber comenzado correctamente, sopesando sus palabras y cuidándolas tanto como creía aquilatar las vegas del Ródano con sus ínclitas papilas gustativas, las mismas experimentadas papilas de sommelier francés con que había catado y absorbido las aciduladas secreciones de… pero esto es verdaderamente obsceno, sí, obsceno, indecoroso y vulgar—.[3] Sí, el deseo de palpar, la fuerza maldita e imparable de tocar lo prohibido, lo escondido, lo que es siempre tabú, es decir, lo que no es tuyo. ¿Nunca te ha pasado, Lector? Por estúpido y paradójico que parezca, no puedo darte otra contestación ahora, no se me ocurre: estoy totalmente limitado en palabras, en explicaciones. Acaso ninguna piel nos pertenezca, pero de entre todas, la que menos es la de la mujer de tu amigo…

De súbito Eusebio se detuvo sin terminar lo que quería decir, lo que estaba a punto de sacar de las entrañas, del drenaje de su alma.

—¿Sí…? —lo azuzó Anagnostes suavemente.

—Escucha, Anagnostes: nunca imaginé que Estéfano se enteraría y tampoco pensé que Irene lo sabría ni que las cosas terminarían tan jodidas. Sin embargo ninguna de las dos razones, ya lo sé, responde a tu pregunta: ¿por qué diablos lo hice? La verdad es que no tengo más que una sola respuesta… y no es mía desafortunadamente; es una explicación alternativa, si quieres, la cual, por cierto, me la dio Tino, mi ex colega de Millard Fillmore, antier o anteayer.

' Favor de eliminar de las pruebas finales (nota del editor al tipógrafo con encendida letra roja).

—La verdad no entiendo qué tiene que ver tu colega en este entierro.

—Mira: todo sucedió por culpa de un sueño que he tenido varias veces desde que Irene me dejó; es el sueño más terrible de cuantos jamás he tenido en mi vida, te lo juro.

—¿Y cuál es ese sueño? —me preguntó ipso facto Tino intrigado, ansioso de indagar pues los sueños y sus interpretaciones han sido su pasatiempo favorito desde aquella lejana y aburrida juventud en Vigo, donde nació viendo llover a cántaros todo el santo día.

—Resulta que a mitad de la noche me levanto de la cama donde, como siempre, duermo con Irene. Un ruido extraño me ha despertado. Salgo de nuestra habitación previendo algo malo, muy malo. Cruzo el corredor en penumbras y, finalmente, en el umbral de la puerta deslizante que divide el comedor y el *deck* hacia el jardín, me encuentro a un hombre de mi estatura medio embozado, pero embozado por la oscuridad cerrada de la noche y no porque lleve nada en la cara. De repente este hombre se ríe de mí a mandíbula batiente, se ríe sin parar, como un loco. No logro sin embargo ver su rostro malvado. Puedo ver que en su mano lleva cogida con fuerza la mano de mi hija Dulce, como si fuera a escaparse con ella, a huir por la terraza. De pronto suelta otra carcajada que me deja helado, sin aliento, a apenas unos cuantos metros de distancia de donde los dos se encuentran. Entonces me dice con sorna: “La violé, la violé”, refiriéndose, por supuesto, a mi hija, y acto seguido sale huyendo de la casa dando un gigantesco salto desde el *deck* volado hasta el jardín en penumbras. El hombre desaparece en medio de la noche. Yo corro para acercarme a Dulce y la abrazo sin dejar de llorar convulsivamente, aterrorizado. Entonces me despierto llorando igual, compulsivamente… Al abrir los ojos compruebo que Irene ya no está junto a mí pues ella, y esto no es parte de mi jodido sueño, me ha abandonado. La pesadilla, Lector, vino por primera vez cuando ya estaba solo en casa, cuando lo peor del estruendo había pasado, o casi, y cuando la pena y la soledad hacían estragos en mí, es decir, ahora mismo, es decir, apenas ayer y antier y anteayer y hasta este momento en que te cuento mi desdicha para que acaso tú te consueles de la tuya, Lector. Pero ¿qué querrá decir ese sueño, quién es ese hombre embozado que se mete en mi casa para violar a mi hijita?

Tino, con el cejo taciturno del gallego común y corriente, ni tardo ni perezoso, sino más bien intrépido, se adelantó a Lector con aplomo, sin ningún atisbo de duda, y con la experiencia que le da el haber interpretado cientos de sueños en su Vigo natal y lluviosa:

—Eres tú, Eusebio, ¿pero es que no te has dado cuenta? Eres tú ese hombre que entra en la casa y viola a su hijita… simbólicamente, por supuesto, pues esa hija no es una hija sino tu hijo Emilio.

¿Comprendes? En tu pesadilla has intercambiado a los niños por un prurito de verosimilitud, y a Emilio lo has violado simbólicamente al haberte metido con la madre de su mejor amiga, consiguiendo con ello lo que tú ya sabes: que Emilio, para colmo, nunca más vuelva a ver a Alessandra, que jamás vuelva a jugar con su amiguita, que las relaciones entre ambas familias se hayan roto por tu imbecilidad y que no haya vuelta para atrás ni forma de resarcir lo sucedido.

—¿Y por qué yo? ¿Por qué carajos dices que yo soy ese hombre… si se puede saber? —preguntó Cardoso molesto, con ojos desorbitados, oyendo al jodido gallego sin pestañear.

—Supongo que porque estás infligiéndote ese castigo de mierda, Eusebio. Porque estás profundamente arrepentido, porque nunca imaginaste que todo este lío llegaría tan lejos, y porque pides a gritos, a gritos, óyelo, redención. De cierta forma le estás pidiendo a Emilio que te perdone el haberle quitado a la amiguita con la que se crió todos estos años, desde que nació, si mal no recuerdo.

Ante esta freudiana interpretación que no admitía la más mínima réplica dado el tono categórico utilizado, guardaron silencio los dos, de hecho, los tres, Anagnostes incluido. Las palabras de Tino eran durísimas, casi tan violentas y duras como el sueño recurrente del profesor de novela de la Revolución. De hecho, Eusebio tenía la piel chinita, es decir, los vellos de los brazos hirsutos como erizos o ciempiés. Sufría. Sufría un chingo el pobre. En ese momento sin embargo apareció la bella Nestis otra vez, ahora con sendos platillos rebosantes a la altura de su gafete, es decir, a la altura de sus ubérrimos senos de Silicon. Solícita escanció en las copas no más leche, sino vino y se marchó volando, ligera, por los aires. Ya sin mucha hambre, Eusebio comenzó a cortar trabajosamente su carne. Había perdido el apetito al rememorar o revivir la interpretación sesuda del gallego jodeputa. Anagnostes empero empacaba su tártara con ensalada y papas fritas y sabrosa mostaza Dijon. De pronto, Cardoso oyó la voz de Tino que le espetaba desde el otro lado de la mesa:

—Sabes que no soy un moralista y menos yo que ninguno, pero ¿por qué cojones te fuiste a meter con la única mujer con la que no debías haberte metido en este mundo? ¡Hostias! La madre de Alessandra, la amiga de Irene y… lo peor de todo: la esposa de Estéfano, tu amigo, tu colega, el íntimo de Porzia Fazzion, nuestra nueva *chair*, la jefa del Departamento. De veras no lo entiendo. Perdona, pero hay que ser gilipollas, Eusebio.

Despertando de su mareo o su hondísimo dolor, sin ánimo de masticar su trozo de carne empimentado, el profesor mexicano le respondió alicaído y maltrecho:

—No hace mucho ¿sabes? leí *Disgrace*, la novela de Coetzee. ¿La

conoces?

—La leí hace tiempo, sí…

—Es para mí una de las mejores fricciones del siglo xx. Como recordarás, en ella, David, un profesor universitario, ha sido cesado de su chamba por haberse metido con una estudiante. Le dan, no obstante, la oportunidad para que se retracte de alguna manera y así pueda mantener su puesto "de trabajo. Sin embargo, no lo hace. No se retracta: no puede o no quiere o algo inexplicable se lo impide. Cuando más tarde un comité de profesores semejante a esos pendejos que abundan en Millard Fillmore le pregunta qué lo movió a acostarse con su alumna, David responde simplemente que fue Eros y nada más. Sólo eso. Lo dice así, a destajo, sin cortapisas, sin más preámbulos, sin ningún intento de justificación y sólo porque sus colegas y el comité que decidirá su futuro académico han estado jodiéndolo con que responda algo, cualquier cosa, pues supongo que, al igual que tú, se mueren de curiosidad por comprender algo de eso que Ritter, germanófilo de cepa, llama con inteligencia el abismo de todo ser humano.

—Tienes razón. David, el profesor de la novela, responde que Eros, si mal no recuerdo —intervino el gallego desde su silla al otro lado de la mesa.

—Sí, sólo eso. No puede agregar nada más, no sé si porque no sabe qué más contestar o porque está cansado de tantos interrogatorios o porque en definitiva cree firmemente que Eros lo empujó a meter la pata de esa manera. No sé, la verdad. Coetzee no lo dice, no lo aclara jamás.

—¿Sabes? —lo interrumpió de pronto el de Vigo luego de ponderar tranquilamente las palabras de Eusebio y la enigmática respuesta de David (mientras Anagnostes deglutía su carne tártara y sus papas francesas sin decir en ningún momento esta boca es mía), dispuesto a decir algo fundamental como si fuera el mismo Empédocles o Jenofonte—. David yerra de cabo a rabo en su contestación, Eusebio. La respuesta correcta debía haber sido: Eris. A ti como a David os ha movido Discordia, vuestra infinita capacidad para boicotearos la vida; eso que tú, tanto como el personaje de Coetzee, habéis ido afinando con pericia de artesano y terrorista. Y ¿sabes? Creo que es hora de que pongas santo remedio a esa torpe destrucción. Te lo digo en serio, coño, eres mi amigo. Puedes conseguirlo sin necesidad de infligirte el castigo de esa pesadilla que, por lo que me has contado, parece que te impones desde que Irene te abandonó. *Disgrace*, como *Crimen y castigo*, son las fricciones de la redención por excelencia, ¡lo sabes! ¿no es así?, ambas son la historia del perdón o el olvido que un tipo acabado se otorga a sí mismo cuando de veras lo busca, cuando está empeñado en conseguirlo.

—Pero en ambos libros los personajes lo hacen al costo de una despiadada agonía, ¿recuerdas? —lo atajó Cardoso y de inmediato calló sopesando nuevamente sus propias palabras, su propia agonía, su cruz. La verdad es que estaba exhausto: bebió. Luego de un par de minutos de silencio y camaradería, añadió cambiando de tema y dirigiéndose esta vez a su querido comensal—: Pero tú, Lector, ¿crees de veras que Arturo te traicionó porque Eros lo impulsó a hacerlo o porque Eris lo orilló?

Cogido esta vez de improviso, todavía con un pedazo de sanguinolenta carne cruda en el gaznate, Anagnostes respondió como pudo:

—Eso tú me lo deberías decir a mí, Eusebio. Tú lo escribiste.

—¿Sabes? —dijo éste mirando su reloj y sin haber tocado su carne con pimienta—. Es mejor que pidamos la cuenta, no se nos vaya a hacer tarde. Perderemos el vuelo.

—¿Y no vas a comer? Te morías de hambre.

—Perdí el apetito ¿sabes? —y volviéndose a Tino, Eusebio le dijo de sopetón, huraño u ofendido—: Gallego, si tienes hambre, cómete mis medallones… que buena falta te hacen con esa cara de perro malparido que te cargas, cabrón.

—Y tú no te quedas atrás —contestó el taciturno hombre de Vigo —. Basta que te mires en el espejo.

Lector, mientras tanto, llamó a Nestis quien de inmediato vino ligera, volando cual Dumbo por los aires (pero no precisamente con sus dos orejas) hasta donde estaban ellos tres sentados, ahitos, sobrados. Acto seguido, sin aspavientos y elegancia, Lector pagó la cuenta con su American Express, llave del mundo, luego él y Cardoso tomaron sus respectivas valijas de piel, se despidieron gentilmente del gallego freudiano o su *daímon*, y cogieron rumbo a la sala de espera. Eran las seis. En cualquier momento debían estar abordando.

VI

(Martes 30 de mayo)

Llevaba una semana de retraso ya.

Pero no puede ser, se dijo una y mil veces Matilde presionándose el vientre ese largo fin de semana sin poder pegar los ojos por las noches, en un estado de insoportable y maltrecha vigilia: no puedo estar embarazada, debe ser un tumor, otra cosa. Se supone que debo ser estéril. Lo hemos intentado seis meses… y nada. Nada. Por eso,

harta de no poder dormir, crispada y ansiosa, el lunes (a primera hora) decidió llamar al consultorio del doctor Lascurain, su ginecólogo, una vez se hubo disuadido de intentar su postrer arma: las dudosas pruebas de embarazo. La secretaria o quien fuera que le contestó esa plúmbea mañana, le dijo lisa y llanamente que el doctor estaba de vacaciones y que no volvería sino hasta dentro de tres semanas. Carajo, ¡qué inconveniente! ¡Y precisamente ahora que me atenaza la duda! No había nada que hacer, se dijo Maty contrariada, funámbula como una gata acorralada: no, definitivamente no iba a confiarse a unas pruebas de farmacia. Debía esperar, cerciorarse y hacerse unos nuevos análisis pues los últimos —hacía más de un mes ya— no habían aclarado maldita cosa. Sí, eso haría, eso le exigiría a Lascurain en cuanto lo viera: pedirle un sonograma, saber de una buena vez si podía o no podía tener hijos, saber si era o no era fecunda, saber qué diablos estaba pasando dentro de ella —si es que realmente estaba sucediendo algo y solamente lo quería negar, tal y como el pintor agro aducía basándose en su sueño. Esperar a Lascurain, sí. Eso intentó hacer a partir de ese lunes por la mañana (sexto día de su retraso menstrual) una vez se hubo despedido de su marido con un tierno beso en la mejilla, empero la curiosidad o el escozor pudo más y al final (harta, ojerosa) no apareció ese martes por la tarde en el estudio de Arturo, quebrantando con ello sus rituales citas, la agónica fricción de sus cuerpos calientes y ensalivados. Algo (¿su intuición femenina, su paranoia?) le decía también que tú, Lector, sospechabas o tenías ya un indicio: un olor, un tufo, un tic, un gemido, una actitud, *who knows*? Algo indefinible e huidizo… Prefirió pues quedarse en casa, prepararse una taza de café turco y leer de una buena vez la biografía de Vincenzo Herrasti sobre Empédocles que Arturo le había prestado y sin embargo había pospuesto una y otra vez sin imaginar que la fecha de nacimiento y muerte de Empédocles eran inciertas pues Apolodoro sitúa su *floruit* en la Olimpíada 84 (es decir, entre el 444 y el 440 a.C.) aun cuando este período, justo es anotar, coincide con la fundación de Turios en el 444 a.C., esplendente ciudad que, cuenta Glauco de Regio, visitó el gran filósofo en su día… Hasta aquí francamente no entendía nada pues, para colmo de males y según la cronología debida a Eusebio —no muy fiable, por cierto—, Empédocles empezó a volverse conocido, primero junto con Parménides, durante la Olimpíada 81 (es decir, entre el 456 y el 452 a.C.) y, poco más tarde, junto con Demócrito, en la Olimpíada 86 (entre el 436 y el 432 a.C) cuando, por fin, dio el primer sorbo a su café endulzado intentando ver con ello la estrecha relación de las Olimpíadas pon el filósofo de Agrigento pues según la autoridad de Neantes, Diógenes ha relatado que cuando empezaron a surgir signos de tiranía en la pequeña y alta Akragas, Empédocles persuadió a su

gente de poner a un lado sus rivalidades y adoptar, por el contrario, una forma de gobierno democrática, lo que luego le granjeó bastantes enemigos, aquellos mismos aristócratas que lo enviarían al ostracismo al final de su vida. Esto debió acontecer, según Diodoro, poco después de la expulsión de Trasideo, hijo de Terón y último tirano de Akragas, durante el año 472 a.C; no podemos, pues, llegar a más conclusiones aparte de situar la labor de Empédocles entre el 477 y el 432 a.C. Matilde se sintió mareada, no obstante hizo un nuevo esfuerzo y volvió a leer un poco más abajo que, según Teofrasto, Empédocles admiró a Parménides y hasta lo imitó en sus poemas, empero esto no necesariamente implica que se hubieran conocido, aparte del hecho de que ambos escribieran, es cierto, en hexámetros. ¿Hexámetros? ¿Teofrasto? Empédocles dio una consideración especial al trabajo de Parménides y su teoría posterior no es en el fondo sino una suerte de réplica al pensamiento de su maestro eleata. Según Alcímeades, Empédocles fue discípulo de Parménides al mismo tiempo que Zenón, y en el *Suda* se asegura que Meliso, Zenón el aporista y Empédocles eran contemporáneos. Bostezó. Las fechas de *Parménides* y de Zenón pueden ser más o menos calculadas a partir del Parménides de Platón, donde se establece que el primero tenía sesenta y cinco años y el segundo cuarenta cuando ambos conocieron al joven Sócrates en Atenas. Se sentía perdida, apabullada, con una suerte de incipiente regusto acidulado en el fondo del paladar, no obstante prosiguió obstinada dado que la mayoría de los helenistas han concurrido en opinar que la muerte de Sócrates debió acaecer en el 399 a.C., y si consideramos que éste tenía veinte años a la fecha del encuentro, entonces el nacimiento de Parménides habría acontecido en el 515 a.C. y el de Zenón en el 490 a.C., lo que, a su vez, coincidiría con la hipótesis de que Empédocles nació entre el 495 y el 490 a.C. y, sobre todo, con Aristóteles quien, citado por Apolodoro, pensaba que Empédocles murió a los sesenta años de edad. Basta, basta, ya no puedo más, se dijo abrumada, harta: lo pospondría para otro momento, le dolía la cabeza, empero, la confiabilidad de Alcímeades, según la establece Diógenes, está viciada por el hecho de que, una vez Empédocles escuchó a Parménides, el primero se convirtió en discípulo de Anaxágoras y de Pitágoras, imitando al primero en su psicología y al segundo en su forma refinada de vivir, pero sobre todo, en su ulterior teoría sobre la transmigración de las almas. Dio otro sorbo a su café turco. El *panaché*, esa extravagante vestimenta, boato y afectada personalidad que Empédocles adoptó, es asimismo un tributo a la influencia de Anaximandro y entonces Maty de verdad no pudo más y soltó un vahído o eructo mientras que se dice que Gorgias, el longevo retórico, pudo haber sido discípulo del filósofo de Akragas y se talló los ojos con desasosiego. Dejó la biografía de Herrasti a un

lado tras concluir que Empédocles vivió entre el 494 y el 434 a.C. y casi de inmediato, exasperada, tensa, se puso a leer de un solo tirón el primer capítulo de *What to Expect When You Are Expecting* que apenas se había comprado (de segunda mano) en el bazar del domingo y escondía muy bien en el fondo de su bolso de cocodrilo Louis Vuitton. Matilde no quería, por supuesto, que nadie la viera con ese ladrillo encima, aparte del hecho de que debía tener un tumor o algo raro, cualquier problema gástrico que estaba retrasando siete días ya su menstruación. Sea como fuere, lo cierto es que tú, eximio Lector, todavía no imaginabas lo que sucedía dentro de tu mujer, lo cierto es que aún no palpabas los cuernotes que te iban creciendo de forma alarmante sobre la frente como sarmientos o retoños de vid, y todo por mentiroso, Lector, por cabrón y mentiroso e hijo de puta…

7

Casi al llegar a la sala correspondiente, en la otra ala del aeropuerto, oyeron la voz de una azafata de la línea llamando por los altavoces a un tal doctor Lascurain, Humberto Lascurain, repitió la voz cansina, irritante, se le solicita en mostrador, preséntese, doctor Lascurain… Anagnostes y el profesor vieron a un tipo alto y desgarbado, con toda la pinta de ser ginecólogo, levantarse de un asiento y acercarse al mostrador bajo arbotantes donde se encontraba la irritante aeromoza. Eusebio, estupefacto, le dijo a Anagnostes:

—Pero ¿sabes quién es?

—No tengo idea.

—Humberto Lascurain.

—Por supuesto que es Humberto Lascurain. Ya lo he oído tres veces. No estoy sordo.

—Quiero decir que se trata del mismo doctor que aparece de ramalazo en *Las Rémoras*.

—¿En Las Rémoras, el mismo lugar al que vamos?

—No, en *Las Rémoras*, el libro del que te hablé. Aquella fricción por la que supe de la existencia del pueblucho al que vamos.

—No entiendo nada.

—Que en la fricción hay un doctor al comienzo, cuando Ricardo Urrutia se enferma, que lo va a visitar y le prescribe unas medicinas para su úlcera. Lascurain en cuestión carga un sarro horroroso en los dientes y le apesta la boca a cebolla. Luego ya no aparece más, se esfuma.

—Sigo sin entenderte.

—Que probablemente debe ser el mismo doctor; eso es lo que te quiero explicar —dijo Eusebio al mismo tiempo que Humberto Lascurain pasaba junto a ellos, de vuelta del mostrador, hacia la hilera de asientos.

—¿El del libro, dices?

—Sí ¿quién más si no? No debe haber muchos Humbertos Lascurain en el mundo y menos uno yendo a La Paz como nosotros y, para colmo, doctor. ¿No te parece extraño?

—Pues un poco, sí —asintió Anagnostes—, ¿por qué no nos acercamos y le preguntamos? Así salimos de dudas…

—Vamos.

Los dos se acercaron con sus valijas en la mano hasta el rincón donde se encontraba sentado Lascurain leyendo su periódico, esperando la llamada final para empezar a abordar.

—Disculpe —dijo Cardoso inclinándose un poco—, he oído que usted es el doctor Humberto Lascurain.

—Sí, a sus órdenes —dijo éste sin traslucir, a pesar de todo, el disgusto que le producía el que lo sacaran de su lectura por segunda vez.

—Mire, es que aquí mi amigo y yo —explicó Cardoso ligeramente nervioso, hecho de pronto un barullo—, no vamos precisamente a La Paz, ¿sabe?

—Ah ¿no? —repitió curioso el doctor—, pues entonces se han equivocado de sala pues este vuelo va para La Paz, me lo acaba de confirmar la señorita.

—Mi amigo quiere decir —se adelantó Lector rectificando— que nuestro destino final no es precisamente La Paz sino otro lugar; para ser precisos: Las Rémoras. Al parecer se trata de una pequeña ciudad en la costa, no muy lejos de la capital del estado ¿sabe?

Ahora sí Lascurain había enrollado su periódico y los miraba boquiabierto, estupefacto: los dos tipos habían logrado atraer su atención.

—Pues yo también voy para allá…

—El problema—dijo Cardoso—, es que, si no me equivoco, no aparece en ningún lado…

—Sí, no aparece en los mapas —terminó Lascurain dejando salir de sú boca una bocanada con olor a cebollas fritas, trituradas. ¿Acaso las mismas de la fricción anterior? Dios santo…

—Menudo problema ¿no?—sentenció con una sonrisa malévola Lector.

—¿Y se puede saber qué lo mueve a ir a ese remoto lugar, doctor? —terció el profesor.

—Complicado de explicar…

—No se preocupe, no tiene que darnos ninguna explicación —dijo Anagnostes creyendo que abrumaban al doctor con tantas preguntas insensatas y con ganas ya de volver a su hilera de asientos.

Este, sin embargo, añadió:

—No, de ninguna manera, no me incomodan. Con gusto les explico, pero hagan el favor de sentarse; de todas formas estamos con algo de retraso, según me acaba de informar la señorita.

Eusebio y Anagnostes se sentaron a su lado sin esperar que la invitación se repitiera dos veces… pasando por alto el inconveniente que a todas luces implicaba una demora. Lascurain entonces les preguntó tímidamente:

—Y para todo esto, ¿cómo es que se llaman?

—Eusebio Cardoso, un servidor —dijo Eusebio estrechándole fuertemente una mano.

—Anagnostes —dijo a su vez Lector en griego estrechándole la otra.

—Qué nombre tan raro —dijo Lascurain y de inmediato se excusó —: perdón: es que no lo había escuchado antes.

—No se preocupe —dijo éste en español.

—Anagnostes ¿qué?

—Anagnostes Léser —respondió Lector en alemán—, pero sólo llámeme Anagnostes.

—Está bien —dijo ya sin insistir el ginecólogo y por fin, sin más dilación, les explicó—: Miren, todo empezó cuando el hijo de una buena amiga huyó de casa hace unos nueve o diez meses, sin avisar dónde ni cuándo volvería. Parece que la muerte de su padre, a quien conocí muy bien, le había afectado mucho al punto de haber terminado postrado en cama con una fiebre altísima. Esa fue la última vez que vi al muchacho porque Helena, su madre, me llamó desesperada una noche de agosto, si mal no recuerdo, para que lo fuera a visitar.

—¿Sí…? —dijo Eusebio quien estaba a punto de añadir: todo eso ya lo sé, doctor, lo leí, vaya usted al grano, por favor: conozco esa fricción al dedillo.

—El caso es que, pocos días más tarde, el joven huyó sin dejar rastro, sin avisar adonde iba… Desde entonces nadie sabe nada de él, ni de su vecina, Laila, una chiquilla muy bella que se quedó bien enamorada de él.

—¿Y qué tiene que ver la desaparición de Ricardo con el viaje que usted hace, si se puede saber? —lo interrumpió Lector quien, evidentemente, no caía todavía en cuenta de las intrincadas conexiones que Eusebio, conocedor avezado de *Las Rémoras*, iba tejiendo en su cabeza, adelantándose así, poco más o menos, al relato

de Lascurain. La respuesta del doctor hizo ver a Cardoso que no todas las traía consigo por más que se conociera al guante el rocambolesco relato del pueblucho aquel. El médico prosiguió:

—Aquí todo se complica, amigo, pues apenas hará unos días, sí, unos cinco o seis días, y por pura casualidad, supe que Ricardo, que así se llama el hijo de mi amiga Helena, estuvo o está en Baja California Sur… y justo en ese pueblo adonde, por lo visto, los tres nos dirigimos ahora.

—¿Y cómo lo supo? —preguntó Cardoso verdaderamente intrigado.

—Mire usted: resulta que entre otras responsabilidades, tengo la de hacer visitas regulares a una media docena de prostíbulos de calidad —el doctor subrayó lo de "calidad" dibujando al mismo tiempo una amplia, canina y herrumbrosa sonrisa encebollada—. Como pueden imaginarse, debo verificar que las chicas que prestan sus servicios no se hallen… ¿cómo decirlo?… enfermas con algún mal venéreo que pueda contagiar a sus clientes. ¿Me siguen?

—Por supuesto —respondió Lector.

—Pues como les digo, apenas conocí por casualidad, en una de mis muchas visitas de rutina a diversas casas de cita de la ciudad, a una joven muy hermosa que conoció a su vez a Ricardo. Se llama Robería y la pobre carga con un hijo de aquí para allá. Me ha dicho que conoció al hijo de Helena en La Paz hace algunos meses y que iba, según cuenta, camino a Las Rémoras, justo ese sitio en la costa de Baja California de donde ella venía huyendo. Sí, eso me dijo, huyendo de un enamorado que simplemente no la dejaba en paz y que, al parecer, se había vuelto loco de remate.

—¿Elias? —preguntó Eusebio.

—Sí ¿y cómo lo sabe usted?

—Es complicado de explicar también, doctor—contestó Eusebio—, pero… por favor, no quiero interrumpirlo. Continúe usted. Todo esto es de veras muy interesante. Más de lo que se imagina.

Sin ahondar más, sin insistir demasiado, el doctor prosiguió con su relato y su monstruoso aliento a cebollas fritas:

—Pues descubrí en mi visita al prostíbulo que la chica…

—¿Robería? —preguntó Lector despistado.

—Sí, Robería, tiene una enfermedad venérea muy poco común; de hecho, es una enfermedad rarísima. Es el tercer caso con el que me topo en veinticinco años. Se le conoce vulgarmente como sífilis del arrebato amoroso y consiste en que a veces, no siempre, provoca en el que la contrae, una suerte de arrebato q. locura pasional que empuja a los amantes a llevar a cabo actos verdaderamente *in extremis*.

—Comprendo —dijo Eusebio atando cabos, con el aliento en vilo

ante la invaluable noticia con que los proveía Humberto Lascurain en ese momento.

—Por supuesto, no había forma de que esto lo supiera Robería y por tanto nunca sospechó que justo había sido ella, la pobre, la causante de ese arrebato o furia amorosa de su amante.

—¿Elias? —preguntó Lector otra vez despistado y sólo por no haber leído previamente *Las Rémoras*.

—Sí, de Elias —dijo de pronto irritado Cardoso con Lector y volviéndose de nueva cuenta a Humberto Lascurain—: ¿y…?

—Pues eso es todo, no hay más —respondió éste mostrando sus dientes sarrosos—. Yo simplemente se lo conté a Helena, la madre de Ricardo, y por eso ahora estoy aquí tratando de ayudar a mi pobre amiga, a ver si doy con el paradero de su hijo único, su hijo desaparecido. Verán: es viuda y no le queda nadie más…

—¿Y cómo piensa dar con el pueblo? —preguntó Anagnostes.

—La verdad no tengo idea —respondió éste categórico—. Estoy metido en este berenjenal y ahora debo ver cómo voy a resolverlo.

—Claro.

—De hecho, me alegra saber que no soy el único yendo a Las Rémoras.

—Pues no… —dijo Anagnostes justo cuando la misma voz cansina, irritante, de la azafata de marras avisó por los altavoces que los pasajeros de la fila tal a la fila tal se presentaran a la puerta de embarco pues estábamos a unos cuantos minutos de abordar. Los tres pasajeros verificaron sus números y se encaminaron con sus respectivos velices a la fila, dispuestos a subir a la nave. Apenas a punto de hacerlo, Eusebio jaló suavemente a Lector de su saco, lo hizo a un lado de la fila y le dijo de sopetón, sin tiento, con un dejo de alevosía o maledicencia en la voz:

—Creo que debes saberlo ahora mismo y no más tarde.

—¿Qué cosa? —preguntó Lector cogido de sorpresa, todavía de pie, al lado de la cola de pasajeros abordando el avión.

—Parece que Matilde está embarazada.

Sin poder reponerse de la nueva, con el golpe de badajo resonando cóncavamente en su interior, Anagnostes apenas pudo musitar, gimotear como una niña:

—¿Y de quién es?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —respondió iracundo—. Tú lo escribiste, Cardoso. Tú has escrito todas esas marranadas. ¿Cómo no lo vas a saber?

Sintiéndose insultado, ultrajado ante el cariz amenazante de la pregunta de Lector, Eusebio respondió enfadado:

—Si son marranadas ¿entonces por qué las lees? ¿A ver…?

VIII

(**Jueves 1 de junio**)

—Cuando mi padre llegó a Londres en el verano de 1969, ya matriculado en la London School of Economics, a punto de iniciar su primer semestre de filosofía de la ciencia al lado de su dilecto profesor, se llevó una amarguísima sorpresa: ese mismo año, el afamado Karl Popper, el mismo hombre por quien estaba ahora allí, al otro lado del Atlántico, en un páramo de lluvia incesante, se había jubilado hacía un mes para nunca más volver a enseñar filosofía. Aunque al principio esto fue un duro revés y un serio inconveniente para Roberto Soto Gariglietti, quien había llegado a Inglaterra entusiasmado y ávido de conocimiento, al final no lo fue tanto debido a que tuvo la suerte de conocerlo y convertirse en uno de sus más entrañables discípulos, uno de los contadísimos contertulios que llegaba a su apartamento de Abbey Road a tomar el té con galle ti tas de jengibre los jueves por la tarde y, a veces, incluso, algún lunes o martes, a solas, debatiendo sobre filosofía griega en esa lengua franca (el inglés) que no era de ninguno de los dos. De hecho, ¿sabes Maty?, se hicieron buenos amigos a pesar de la diferencia de edades. Popper rayaba los sesenta y cinco y mi padre estaba por cumplir los treinta. A diferencia de sus primeros libros, sobre todo aquel que lo hiciera famoso, *La sociedad abierta y sus enemigos*, ahora Popper se dedicaba de tiempo completo al estudio de su verdadera pasión: los presocráticos. Aparte de Jenófanes y Heráclito, de quienes escribió algunas cosillas, su verdadero ídolo, su tema de estudio fue, hasta el final de su vida, Parménides de Elea, a quien veía como el primer gran racionalista crítico de la Historia de Occidente, el primer gran lógico, eso mismo que se creía él o que había querido ser toda su vida: un crítico de las ideas, un luchador a contracorriente. Para que puedas comprender mejor la actitud o mentalidad que mi padre irá desarrollando conforme pasen los cuatro o cinco años al lado de su profesor, debes recordar, Matilde, un dato importantísimo: sin Parménides y su teoría del universo no habrían existido los atomistas, sus oponentes, abocados sobre todo a refutarlo, y sin ellos no habría física moderna o al menos física tal y como se conoció hasta Newton y Kepler —aquí Arturo tomó una pausa no muy larga y continuó emocionado—: Bueno, pues el puente, la transición entre Parménides y su discípulo Zenón, por un lado, y entre Demócrito y Leucipo, los

atomistas, por el otro, es nada menos que el hombre del que te he venido hablando: Empédocles de Agrigento, quien era, por cierto, un poco más joven que Parménides y de la misma edad que Zenón, el aporista, defensor conspicuo de su maestro eleata. ¿Vas hilando los cabos por fin? ¿Ves la estrecha relación, la concatenación de hechos que, poco a poco, se fue entramando, casi inconscientemente, en la joven mente de mi padre al llegar a Londres en pleno auge de la beademanía y la guerra de Vietnam?

—Creo que sí… —balbuceó Matilde abrumada con la información, no muy segura—. No sé, es un poco confuso. Tantos nombres…

Sin prestar mayor atención, subido en su caballo, el pintor agro prosiguió su perorata de la tarde a pleno galope:

—En el famoso poema de Parménides donde él describe su irreverente teoría del cosmos, la diosa Diké se le revela al filósofo y le avisa que le dirá toda la verdad acerca de lo que existe: acerca del mundo de la realidad y acerca de las cosas tal y como son en sí mismas. A esta primera parte de la revelación del poema se le conoce como *Vía de la verdad* pues es la verdad y sólo la verdad la que se narra, la que está en juego. En la segunda parte del poema, la diosa habla acerca del mundo de las apariencias, sobre el mundo engañoso e ilusorio de los mortales. Sin embargo, al comienzo de esa segunda parte, Diké advierte a Parménides de que a partir de este momento sus palabras (aunque verdaderas) no serán verdaderas sino fraudulentas, puras conjeturas, opiniones, *doxa*. De allí, pues, que a la segunda parte se le conozca hoy como *Vía de la opinión*. Esta extraña división crea ya en sí misma, tal y como podrás suponer, un problema irresoluble. Es decir, la primera pregunta que nos salta a la vista es ¿para qué diablos habría que dar una explicación verdadera del universo si luego se dará una explicación falsa? ¿Qué sentido tiene hacerlo si ya tenemos la explicación verdadera? Más aún, ¿por qué dar la explicación falsa cuando ya se ha ofrecido la explicación verdadera?

—Exactamente—le respondió Roberto emocionado, atusándose su bigotito mexicano, con una galletita de jengibre entre los dedos tumefactos de frío—, este punto me ha atribulado desde que leí el poema, Karl, hace muchos años.

—Vayamos, pues, en orden, Roberto. La diosa ha prometido contarle la verdad y lo ha hecho en la primera parte ¿recuerdas? Inmediatamente después le advierte que su explicación del mundo, surgida del error y consistente en ilusiones, será muy engañosa y semejante a la verdad pues mostrará cómo surgió casi lógicamente de lo que no es sino un error básico. Para empezar, Parménides se da a la difícil tarea de refutar el cambio, el problema del cambio heredado de Heráclito, aplicando para ello el propio argumento de su predecesor, el cual señalaba de manera contundente, como sabes, que “Todas las

cosas son una".

—Lo recuerdo. A esta suerte de refutación se le llama *reductio ad absurdum.*

—Correcto —respondió Karl sin tocar su tacita de té caliente que apenas les había servido la mucama jamaiquina—. Es decir, Parménides argumenta que si, tal como señala Heráclito, a) el universo en verdad existe y b) si es éste una realidad, entonces el cambio es en esencia paradójico. No puede haber cambio. ¿Lo ves? La realidad es una, ha sentenciado ya Heráclito.

—No —respondió Maty sin soltar por ello su grabadora portátil—. No veo nada, no entiendo.

—El asunto puede también plantearse como sigue: ¿cómo es posible el cambio, es decir, cómo es lógicamente posible? ¿Cómo pudo cambiar algo sin perder su identidad? Si sigue siendo lo mismo, entonces ya no es esa cosa que ha cambiado.

—Esto sucede, Karl, y tú lo sabes, porque para Heráclito sólo hay cambio —interrumpió el padre de Arturo sin soltar todavía su tacita de té mientras la lluvia londinense alargaba la charla de ese lunes gris de principios de abril—. Para Heráclito no hay cosas sino procesos, transformaciones, como el fuego, como las llamas…

—Exacto, Roberto. Para Parménides, la solución de Heráclito era lógicamente inadmisible. Para el eleata, simple y llanamente no Jiay cambio pues éste es por necesidad paradójico. El "cambio es una ilusión de los sentidos: parece haber cambio, sí, pero no lo hay. De esa premisa lógica o *reductio ad absurdum* a su ulterior concepción del universo como una suerte de bloque inalterable, inmóvil e intemporal, sólo habrá un pequeñísimo paso que, creo, ya empiezas a entrever ¿no es cierto? Mira: la prueba deductiva de Parménides puede resumirse más o menos como sigue: si sólo lo que es puede ser verdadero (como había declarado Heráclito), por tanto lo no-existente no puede ser. Es decir, el "no es" es imposible; la nada no puede existir por definición… ¿hasta allí, creo, estamos de acuerdo, no?

—Hasta allí resulta claro, o eso creo —musitó insegura Maty, absorta, intrigada—. Lo que es es, lo que no es no es.

—Perfecto. Todo, por ende, está lleno de lo que existe, todo por ende es continuo y es Uno; lo que es está en todas partes en perfecto contacto con lo que existe y no hay lugar para la porosidad, no hay discontinuidad, no hay vacío. El universo es en resumen un bloque eterno, un *plenum*, sin división alguna: es uno, es lo mismo (*homoion*) y es indivisible. Esto nos lleva, como te habrás dado cuenta, a una conclusión irrefutable, y es que si lo que existe, el cosmos, está perfectamente inmóvil, lleno de sí mismo, el movimiento es asimismo imposible, no hay adonde dirigirse o para dónde extenderse o para dónde cambiar o transformarse. Todo está lleno. Todo está completo.

—Pero ya sabemos que esto no es cierto, Karl; sabemos que sí hay porosidad, que hay vacío entre un espacio y otro.

—Claro que lo sabemos, y gracias en parte a Leucipo y Demócrito, y por supuesto después de veinticuatro siglos de adelantos científicos, pero recuerda que ellos, los atomistas, sobre todo refutaban a un genio, Parménides, y lo hacían sólo basados en su experiencia. No eran lógicos, eran empiristas; su método es axiomático, opera con suposiciones no demostradas. Leucipo y Demócrito se guiaban justo por eso con lo que Parménides decía que nunca debíamos guiarnos: nuestros sentidos. Por ello, y por paradójico que te parezca, sin la escandalosa cosmología de Parménides no habrían existido los atomistas y sin los obstinados atomistas no habría evolucionado la física hasta llegar a Newton y Kepler, y sin éstos (y sin Galileo y Copérnico, claro) tampoco habría física moderna, física cuántica: estaríamos en la prehistoria. Básicamente Demócrito aducía que era falso que el movimiento fuera imposible ya que éste sí existe; por tanto, es falso que el mundo conste de un solo bloque invariable e inmóvil; por todo lo anterior, debe haber muchas cosas o pequeños bloques corpóreos que son o deben ser indivisibles, esto es, hay una eternidad de átomos. Si es falso que exista el *plenum*, lo lleno de sí mismo, lo completo, *ergo* debe existir el vacío, deben existir por fuerza los poros aunque no los veamos.

—En conclusión, sí existe el vacío supuestamente inexistente… —interrumpió Matilde que empezaba a entrever el sentido de la explicación.

—Claro, por supuesto que existe el vacío; no obstante ellos, los atomistas, no lo podían saber, sólo lo supusieron. Esta suposición sin embargo va a revolucionar la física y las ciencias naturales hasta nuestros días, ¿comprendes? Sin Parménides y su innovadora teoría del universo no habría Einstein ni Schródinger ni Planck ni Niels Bóhr ni nada.

—Perdona, Arturo, pero estoy un poco mareada…

—…quizás son los síntomas del embarazo —añadió el pintor abrazándola contra sí quién sabe si en broma o tal vez enfadado por haber sido abruptamente interrumpido por tu esposa.

—Ya te dije que no estoy embarazada, no bromees con eso.

Popper, cruzando una pierna, le dijo a Matilde:

—En todo caso te dije cuando recién llegaste que para mí, en el fondo, Parménides sintió y hasta admitió la necesidad de justificarse, ¿recuerdas?, y lo hizo justo escribiendo esa segunda parte de su gran poema, la llamada *Vía de la opinión*, a pesar de que era a todas luces innecesario hacerlo una vez la diosa le había revelado la verdad. Creo que psicológicamente, y luego de haberle dado muchas vueltas al asunto, Parménides sintió al final una suerte de prurito, una

implacable necesidad de justificarse, ¿sabes? El intuía que, a pesar de todo, existía una suerte de ínfima debilidad en su *Vía de la verdad* con todo y ser ésta perfectamente inatacable e irrefutable (al menos lógicamente inatacable). No veo otro motivo que pudiera haberlo movido a redactar esa segunda parte a excepción hecha de que, al explicar ese universo conjetural y falso, lo estuviera eliminando. Algo así como la titánica creación de un cosmos que en el fondo sólo estuviese intentando demostrar lo engañoso de ese cosmos, lo ilusorio en que puede convertirse el mundo que admitimos (por hábito) como realidad.

—Un poco como sucede en "El Aleph", donde un tal Danieri se empeña en escribir un minucioso y largo poema que contenga toda la geografía y la historia del mundo.

—¿Y quién escribió "El Aleph"?

—Borges.

—¿Borges?

—Sí, Karl… Jorge Luis Borges, un escritor argentino que hace más o menos lo mismo que Parménides en varios de sus cuentos, es decir, se esfuerza en crear mundos lógicos que sin embargo sabe que no existen… En alguna parte incluso los llama "falsos consuelos" pues se empeña en anular en ellos el tiempo, el movimiento y hasta a veces el espacio y el "yo", como si nada de esto en el fondo existiera. Pero si no existe nada de esto, ¿para qué entonces demostrar que sí existen, para qué esforzarse en recrear con tanta minucia lo imposible?

—Exacto: una paradoja, un esfuerzo al parecer en vano —respondió Karl bastante intrigado dando un pequeño sorbo a su té ya casi helado—. No lo conozco. Me gustaría leerlo.

—Te traigo su libro el martes que nos veamos, Maty.

—Gracias. En todo caso, y para no desviamos —continuó Popper —, lo que te quería decir desde el principio, es que este gran fracaso intelectual en el fondo arroja una luz inmensa sobre el genio de Parménides y su poema, una luz que ningún comentarista que yo sepa ha conseguido sopesar en su debida magnitud.

—¿A qué te refieres?

—A que la *Vía de la opinión*, por innecesaria e inoperante que parezca, demuestra que Parménides era menos dogmático y mucho más autocrítico de lo que hemos estado dispuestos a concederle. Por eso, para mí, el eleata es el primer gran racionalista de Occidente. Es el primero que cree en el uso de la razón crítica, de la argumentación lógica y, sobre todo, lo más importante: es el primer realista de la historia.

—¿Realista? Eso sí es un completo disparate, Karl. ¿Cómo puedes decir que Parménides era un realista?

—Parménides es, como yo, un realista recalcitrante en cuanto que a los dos lo que nos interesa, al fin y al cabo, no son las ideas *per se*, por más que las amemos y nos estimulen a seguir bosquejando teorías del universo; lo que nos mueve en el fondo es el deseo de aprender algo acerca del mundo, algo inédito sobre el cosmos y la naturaleza, por más que todo conocimiento, toda nueva teoría, sea siempre conjetural, y por más que sepamos de antemano que nunca llegaremos a alcanzar la verdad.

—O sea que eres un escéptico cabal, Karl.

—No, no lo creo, Roberto, de lo contrario no buscaría, no indagaría. Un escéptico se da por vencido. Yo… no —dijo Popper con voz firme y sin perder su inalterable tono—. Más bien, estoy convencido como Jenófanes, de que jamás alcanzaremos la verdad y de que tal y como él dijo hace dos mil quinientos años, "nadie la ha conocido ni nadie la conocerá, y si por casualidad alguien expresase la verdad perfecta, ni él mismo la sabría".

Matilde se quedó largamente pensativa, rumiando ese apotegma, mientras Arturo le pedía que se moviera un poco, se hiciera a un lado, para poder encenderse otro cigarrillo.

—Mira… no importa que al final no descubramos la verdad, lo que importa es el ejercicio intelectual, el ejercicio crítico, la delimitación de los alcances de la ciencia, la refutación de toda teoría, la argumentación sin tregua. Tal vez, al menos un día, nos acerquemos, sin saberlo, a la solución… si es que la hay, si es que la hubiera.

—¿Y Empédocles? —lo interrumpió de súbito Matilde que no terminaba de ponderar la supuesta relación entre ambos pensadores a pesar de haber hilado (o eso creía) la importancia de Parménides en la historia de la filosofía de la ciencia—, ¿qué tiene que ver Empédocles con todo lo que me cuentas?

—Tiene que ver con el hecho de que Empédocles no fue un racionalista, Roberto. De que Empédocles es un pensador atípico para su época, un pensador, digamos, *demodé*. Una suerte de romántico en tiempos de la Ilustración.

—Si no un racionalista, Karl, sí fue un realista. Eso, claro, según tu propia idea de realismo.

—En eso puede ser que esté de acuerdo, Roberto, pero para mí Empédocles era sobre todo un mistagogo, un místico, como mi gran y viejo amigo Ludwig Wittgenstein.

—Pero ¿qué dices? —farfulló el mexicano impacientándose y cogiéndose el bigote negro—. ¿Un mistagogo… el adalid de la democracia en la antigua Grecia? ¿Un mago… el mismísimo aristócrata que se negó a ser rey tras haber disuelto la oligárquica Asamblea de los Mil? ¿Un pobre místico aquel que mantuvo hasta el

final de su vida un ideal de equidad política sin parangón en la historia? —arengó Roberto saltando de su silla un poco incómodo, levemente irritado con el sarcástico comentario de su mentor—. ¿Un mago, insisto, aquel que fundó la medicina siciliana y a quien Galeno, Filistión e Hipócrates reverenciaron como su maestro, su precursor?

—¿Médico, Empédocles? No me vengas con eso… Más bien un curandero… —se rió Popper mirando hacia la ventana de su estudio: la lluvia no dejaba de arreciar allá afuera y por tanto no podía echar a su joven discípulo por más ganas que tuviera de finiquitar la insulsa discusión—. ¿Resucitar muertos, encauzar y controlar vientos, dar dote a las ciudadanas pobres de Agrigento para ser venerado por ello? ¿A eso te refieres, Roberto? ¿Un adalid de la democracia el mismo tipo que se ungía como mesías de Agrigento? No, perdóname, pero hay un trecho enorme, un abismo, entre el racionalista puro, prístino, óyelo, que llegó a ser Parménides y ese otro fantoche religioso, pseudo-órfico, en que se convirtió Empédocles al final de su vida, sobre todo cuando redactó ese cúmulo de rituales y dislates que son sus pitagóricas *Purificaciones*…

Roberto estaba tieso, verdaderamente iracundo con el sarcasmo: seguro que Popper no tenía idea de la importancia que para él y para su abuelo Enzo, italianos, sicilianos, mexicanos, tenía la figura mayestática y conspicua de Empédocles, el genial filósofo del ciclo cósmico, el Leonardo da Vinci de la antigüedad, aquel a quien Renán llamara el Newton de su tiempo y al que Mathew Arnold, Eliot, Hólderlin, Nietzsche, Romain Rolland, Brecht, Juan Gil-Albert y Carroll admiraron con verdadero *ékstasis*. Tomó aliento y respondió al viejo austriaco con vasto y fiero conocimiento de causa:

—¿Un mistagogo, un fantoche, un curandero, dices, cuando nadie sino él, óyelo, se anticipó dos mil años al descubrimiento de la circulación de la sangre y la respiración invisible a través de los poros de la piel? El fue el primero en la historia de la biología en homologar órganos similares de distintas especies de animales. Empédocles es el verdadero fundador de la llamada morfología comparada. ¿Lo sabías acaso? Fue el primero que dedujo, a través de la autopsia de una mujer embarazada, que el embrión toma una forma distinta después del cuadragesimonoveno día, lo que no dista mucho de la verdad; también dedujo que los niños toman su parecido debido a las cualidades dominantes del esperma o el óvulo del padre y la madre. El mantuvo que las plantas recogen su alimento de las mismas raíces de la tierra y luego las hojas lo recogen del aire. Teofrasto y Aristóteles, posteriores a él y sin la mitad de su genio, se burlan cada vez que pueden aduciendo que es absurdo creer en esas cosas, Karl, cuando hoy, al contrario, cualquier niño de seis años sabe que es justo así como se alimentan las plantas y de ninguna otra manera. Y para

colmo, tal y como dice Lambridis, cada vez que Aristóteles minimiza a su predecesor, yerra de cabo a rabo, pues son justo esos comentarios adversos los que hoy han sido reivindicados por la ciencia moderna. Y por si todo esto fuera poco y volviendo al tema que nos incumbe, el de la filosofía, nadie sino Empédocles fue el primero que refutó el principio de inmovilidad; fue él mismo quien intuyó, antes que ninguno, la transformación de la materia; fue él quien comprendió que el universo estaba constantemente cambiando y combinándose de infinitas maneras a partir de los *arché*, esa genial intuición que son las cuatro raíces universales, por no hablar de las dos fuerzas motores que constriñen y expanden el universo, Eris y Eros? ..

—Es cierto, Roberto, pero son puras intuiciones, *insights*, tú lo has dicho, y no deducciones lógicas…

—Empédocles supuso esa porosidad, Karl, y no sólo eso: intuyó que cada cosa, cada objeto corpóreo, tenía una porosidad diversa, específica, una suerte de vacío, a pesar de no haber adivinado, es verdad, el átomo, tal y como lo hicieron Leucipo y Demócrito inmediatamente después que él. No es poca cosa, sin embargo, creo yo, si se considera que descubrió la divisibilidad y ratificó el movimiento que había negado el loco de Parménides, tu ídolo. Eso no lo hace un mistagogo ni un fantoche… —aquí Roberto se detuvo sólo para concluir tajante, contundente—: y por si todo esto no fuera poco, descubrió que lo semejante atraía a lo semejante…

—Lo sé… lo sé.

—¿Lo sabes o lo entiendes?

—Claro que lo entiendo…

—Y por eso mismo estamos aquí tirados, desnudos, semejantes, Matilde… —dijo Arturo sin soltar su cigarrillo, entusiasmado con el humo azul, enloquecido nuevamente con el cuerpo y la piel trigueña de esa hermosa mujer, la joven esposa de su amigo (probablemente) encinta, Lector, tu bellísima hembra, no lo olvides, apréndelo y recítalo—, por eso estamos juntos: porque lo semejante atrae a lo semejante, la felicidad atrae a la felicidad, la carne atrae a la carne, sí, a través de esa exquisita simetría de nuestros poros.

—Está bien, está bien… —lo interrumpió Matilde un poco exasperada y de pronto le preguntó—: Y para todo esto, ¿dónde está Tamara? ¿Acaso existe?

—Sí, por eso estamos aquí, Roberto, tomando té con galletitas de jengibre, debatiendo, compartiendo nuestras ideas, nuestros puntos de vista, un dilecto joven mexicano y un austriaco ya viejo y cansado. De lo contrario…

—Roberto, mi padre, ya no lo escuchó, ya no quiso escucharlo, Maty. Se dio la media vuelta, tropezó con la mucama jamaiquina y se

marchó como un energúmeno, enfadado y triste. A sus treinta y pico de años había decidido su camino esa tarde, torrencial; desconcertado, Popper sólo lo vio alejarse bajo la lluvia londinense sin haberse despedido de él, sin volver a verlo más, sin entender a ciencia cierta por qué su entrañable discípulo, el joven filósofo mexicano, había perdido de pronto los estribos y se había puesto como una cabra de enojado —Arturo se paró en seco y sólo preguntó casi sombrío o sumido en sus propios pensamientos—: ¿Tamara?, dices. Está de viaje, Maty. Un largo viaje… Y con ella, ¿sabes?, nunca he compartido esa simetría de los poros. Despreocúpate.

IX

—Lector, si no te importa, quería leerte un poema que le he escrito a Irene hace unos días.

Saliendo de su aturdimiento o lo que casi parecía una suerte de modorra aérea, o bien saliendo del monótono ruido que hacían las gigantes turbinas del avión, Lector en persona respondió cansino y alelado, sin mucho ánimo de escucharlo:

—Adelante.

Acto seguido Anagnostes cerró la ventanilla por donde entraba un duro clamor de luz que los enceguecía, y añadió indulgente, por pura cortesía:

—¿Cómo se llama el poema, se puede saber?

—"La costumbre" —respondió Eusebio ligeramente avergonzado: no era de los que les gustaba estar diciendo sus poemas, sin embargo éste en concreto le escocía la lengua desde que lo escribió: aglutinaba, según él, su sentimiento de dolor, de pérdida y, sobre todo, intentaba responder a la eterna pregunta del amor, pero ¿qué jodido poema en el mundo no intenta responder a esa eterna pregunta?

—¡Ah, ya veo! ¿"La costumbre"? —repitió Anagnostes—. Pues léemelo.

Cardoso se aclaró la voz, abrió la hojita donde tenía escrito su poema, y empezó a recitar en el asiento de al lado en voz más bien baja y discreta, no fuera a ser que lo oyeran los pasajeros de enfrente:

Cual si se construyera…
sin darme cuenta apenas,
desde ese día que te vi,
igual se edificó la costumbre de tu piel,
la rutina de mis venas hurgándote,
sumiéndose en tus venas o en tu carne,
muy cerca de tu alma,
y el hábito obcecado por tu envés.
Pero ¿acaso es un hábito el amor?
¿Lo que vamos queriendo cada día
no es sólo memoria de la piel,
augurio del color satinado de la carne,
costumbre de mis brazos extendiéndose
e intentando
incomprensiblemente

apoderarse de ti o tu fecundo ser,
por un segundo o dos o tres o cuatro
que luego se convierten
en eso que llamamos
por costumbre "siempre"?

Al terminar, antes de que Lector pudiera expresar su regocijo, se oyó la voz aniñada de la azafata anunciando la próxima llegada al aeropuerto internacional de La Paz.

Al final de su anuncio, la gata de los aires simplemente añadió como al desgaire:

—Aquellos pasajeros con conexión a Las Rémoras, favor de dirigirse a la terminal 64D, y gracias otra vez por volar con Baja Air Lines, la línea aérea que siempre va para arriba…

Un instante después, tras meditar el sentido del infeliz oxímoron de la azafata, Anagnostes comentó:

—No sabía que también eras poeta, Eusebio. Pensé que eras profesor de novela de la Revolución y *ce tout*. De hecho, te confieso que me gustan tus poemas más que tus historias truculentas de sexo y coprofilia.

—¿Te refieres a la cofradía de Highpoint?

—Por supuesto, ¿a qué otra?

—¿Y tú cómo diablos sabes de ese maldito clan?

—Porque no he soltado *Fricción*.

En ese momento el vuelo comenzó su lento descenso y la luz divina de Apolo se hizo en el interior de ambas *psychés* como si se tratara de un relámpago caído del cielo.

10

(**Martes 6 de junio**)

—¿Y qué pasó después? ¿Qué fue de tu padre cuando dejó a Popper y la London School of Economics? —le preguntó Matilde en su siguiente encuentro con el pintor, ahora sí, desesperada por retomar el hilo, sedienta por avanzar en el tiempo vital de Soto Gariglietti, a fin de cuentas su tema de estudio, la razón por la que estaba allí… acostándose con el pintor agro, traicionando a su marido y hasta probablemente encinta, ¡carajo, encinta!, pero ¿quién podía confirmárselo a estas alturas? El imbécil de Lascurain no iba a regresar sino hasta en dos semanas y la sangre, la maldita sangre, simplemente

no bajaba. Catorce días, sí, y no bajaba ni una gota, ni siquiera una gotita.

—Bueno, pues vinieron una serie de enredos y varias lagunas que no siempre sé llenar sin temor a equivocarme. Pero si quieres, lo intentamos. Puedo decirte lo que sé a retazos… más o menos.

—¿A qué te refieres? —dijo Maty saliendo de sus cavilaciones de futura mamá, aproximando su grabadora a los labios del pintor.

—A que nadie supo exactamente, ni mi madre cuando aún estaban juntos, qué había sido de él, a qué se había dedicado antes de ingresar a Greenpeace en 1983.

—¿*A* Greenpeace? ¿De veras? —saltó Matilde.

—Sí —aseveró Arturo sin asomo de burla, quitando un lienzo inacabado (aún fresco por la reciente mano de color) de en medio de sus piernas peludas y largas—. Te lo resumo así, más o menos. Tras su regreso a México en 1974 o 75, algo había otra vez cambiado dentro de él, una inquietud que no lo dejaba tranquilo, un escozor que no le permitía vivir y lo mantenía en absoluto desasosiego, día y noche. Sé que por entonces empezó a escribir algunas cosas y que incluso varias de ellas las publicó en distintas revistas, algunas de las cuales las conoces ya. La lectura de Rawls, Weber, Popper, Wittgenstein, Spinoza, Marcuse, Camus, Bobbio, Keynes, Vargas Llosa y Eliade, entre otros, lo transformó. Pero sobre todo, la lectura de los presocráticos y sus comentaristas, ya te lo dije. De política nada todavía, o no de manera activa, comprometida, como lo hará después, a fines de los ochenta y más tarde. Así que a los pocos meses de regresar al Distrito Federal, harto de haber vivido durante cinco años en el mundo de la lógica objetiva y los problemas epistemológicos, tuvo la más peregrina de las ideas que te puedas imaginar…

—¿Greenpeace?

—No, eso fue siete años más tarde, Maty. En el 83.

—¿Entonces?

—Mira: para que me creas y entiendas su locura, su nueva locura, debes tener presente en todo momento dos cosas. Primero, su dinero, bueno, el dinero de sus padres, los millones y la comodidad con la que vivía, con la que siempre vivió. Eran riquísimos. Siempre tuvo de sobra, no le faltó nada. Podía hacer lo que le viniera en gana. Estudiar, no estudiar, cambiar de carrera, trabajar o no trabajar, viajar, dilapidar su dinero o quedarse en casa. No importaba. La fortuna de su familia le permitía llevar a cabo sus proyectos…

—Sí, ya me lo has dicho, Arturo. Que eran muy ricos y que luego tú y tu madre se gastaron el dinero que quedaba de esa fortuna… Pero ¿qué otra cosa? —insistió Matilde sin soltar las bridas, tenaz como una estudiante aplicada, diligente—. Me dijiste hace un momento que

debía tener presentes dos cosas antes de entrar en materia… y bueno…

El pintor agro reaccionó y le preguntó a manera de respuesta:

—¿Recuerdas cuando recién viniste a verme, una de tus primeras entrevistas?

—No sé a cuál te refieres precisamente, Arturo. Han sido muchas.

—Aquella en que te conté mi primer recuerdo…

—Ah, *sí*… con los niños del barrio de San Nicolás ¿no es cierto?

—Sí, con los niños en la camioneta…

—Yendo a la juguetería y comprando juguetes y todo lo demás…

—Sí… —corroboró Arturo deslizando de pronto una mano por el cabello trigueño de tu esposa, Lector, haciéndola que se girara un poco en el largo sofá para poder así tocarla con más calma, a sus anchas, frágil y vulnerable, bella como sólo son las mujeres con uno o dos meses de embarazo, un chipote apenas perceptible en el vientre.

—¿Y bueno?—inquirió seria, trémula, Matilde, dejándose acariciar, dejándose llevar por la historia, por el tema central de su tesis.

—Pues como debes ya saber a estas alturas, Soto Gariglietti tuvo un interés desmesurado en el porvenir de los niños mexicanos, claro: en los niños pobres, en los desheredados de la tierra, en los maltratados, en los huérfanos, en los que nunca tuvieron ni tendrían una oportunidad. Creía que esos niños eran la fuente de todo lo demás, de la historia y del futuro de este país de mierda: de su desastre o su bonanza, de su pujanza o de su atasco, de su desarrollo o su involución. Había, pues, que empezar por algún lado y él siempre creyó que era a través de los niños (especialmente los niños indígenas) por donde se debía comenzar. Pero ¿cómo? Eso sí no lo sabía. Debía descubrirlo, claro, debía adivinar cómo dar ese primer y definitivo paso, y su oportunidad vino (casi por azar) cuando visitó Oaxaca, Tabasco y Chiapas por cinco largos meses con Jack, un amigo californiano, un tipo millonario. De hecho, era originalmente un viaje de diversión, o mejor dicho: una de esas visitas antropológicas a las pirámides, a través de la ruta maya, tú sabes: Palenque, Monte Albán, Chichén Itzá, Bonampak, Yaxchilán, esos sitios remotos en la selva del sureste mexicano. Sin embargo el viaje se extendió y prolongó más de lo que estaba previsto originalmente. Ambos estaban fascinados por los rituales prehispánicos que luego mi padre incluiría, hibridizándolos con otros ritos, en sus mítines políticos… Un verdadero espectáculo digno de presenciarse. En el sureste conoció técnicas de hechicería maya, las célebres limpias con huevo o con ramas, el poder curativo de las hierbas, el rito del copal o POM, la oración metido en cualquier alveolo de la tierra que encontraba: grietas, cuevas, zanjas, pozos, huecos' en los árboles; las danzas

rituales, el saludo a los cuatro puntos cardinales —que se correspondían, según él, con los cuatro *archaí*:

Zeus, Hera, Nestis y Aidoneo eran Quetzalcóatl, Tezcatlipoca, Huitzilopochdi y Cilaltepoxdi (o Tláloc) respectivamente— con un caracol de mar que llevaba siempre consigo; la liberación de las iguanas y quetzales, y muchas otras costumbres de los nahuas, zapotecas, chontales, lacandones, tzotziles y mayas, todas entreveradas. En Oaxaca se hizo también vegetariano, allí comenzó sus ayunos y sus ritos de purificación empedóclea y su abstrusa abstinencia sexual… aunque esto último, debo decirlo, no lo llevó a cabo al pie de la letra, pues de lo contrario no se habría casado con mi madre y no habría nacido yo.

Arturo se rió solo con esta última parte de su extravagante relato. No dejaba de hacerle gracia volver a oír, de sus propios labios, las peripecias y vicisitudes de su padre, en especial las de su abstinencia sexual. No obstante, girándose un poco apenas, Maty lo azuzó acercando la grabadora portátil otra vez a sus labios:

—¿Y qué pasó entonces?

Reacomodándose, el pintor agro continuó embebido, embelesado:

—Mira, para que te quede claro de una buena vez: mi padre no era uno de esos izquierdosos retrógrados y dizque liberales que no hacen nada más que quejarse y maldecir de todo sin remediar nada; izquierdosos que en el fondo son, sin darse cuenta, más ortodoxos y dogmáticos que un rabino y que acusan de conservadores a todos aquellos que no piensan como ellos. Oyelo, mi padre tampoco fue un reaccionario de derechas. Nunca se afilió al PAN ni al PRI y mucho menos al PRD. Su discurso o su filosofía, como la quieras llamar, era en esencia antidemagógica y antiideológica, por contradictorio que esto te parezca viniendo de un político mexicano de esa época. Era antipopulista y antigobiernista. En materia económica, por ejemplo, seguía a Keynes en su teoría de la demanda efectiva donde el punto de partida esencial es (nos guste o no) el consumismo, es decir, será el nivel de la demanda el que determine el nivel de la producción, el cual, a su vez, será el que determine el nivel del empleo. Keynes piensa que el Estado debe limitarse a fomentar esa demanda, ese consumismo, para que las cosas funcionen, para que un país crezca y se desarrolle.

—Pero *¿y* cómo se consigue eso?

—Aumentando las ayudas sociales, aumentando el salario mínimo para así poder también aumentar el poder adquisitivo de la población. Resumiendo, Maty: no es quitando a los ricos que se hacen menos pobres los pobres, sino todo lo contrario: es produciendo riqueza que se crea más riqueza y más empleos y mayor bienestar para todos.

Ambos tomaron un respiro aunque casi de inmediato Arturo dijo:

—Roberto Soto Gariglietti creía en la democracia a pesar de que, como Ortega, pensaba que una clase educada, librepensadora y progresista, debía llevar las riendas del país, esto siempre y cuando hubiese una balanza, un contrapeso, que eliminara el nefasto presidencialismo al que estuvimos acostumbrados los mexicanos por un siglo. Como Popper, su maestro, era enemigo de cualquier totalitarismo, de izquierda o de derecha; creía, al contrario, en una sociedad abierta, en el hecho de que los hombres pueden y deben transformar su sociedad desde dentro, reparando las anomalías y disfunciones sociales pero sin prescindir de criterios racionales (óyelo, racionales) que consigan orientar esos cambios. Detestaba a los trotskistas, a los maoístas, a los chavistas y castristas, a los franquistas y neofascistas, a los perredistas y panistas, a los pensadores católicos de derecha y hasta muchos de izquierda, sobre todo a la llamada teología de la liberación; repudiaba a los neohegelianos y al único freudiano-marxista que admiró fue a su querido Marcuse… y eso con reservas. En sus escritos, lo sabes, abogó a favor de la libre empresa adscrita a una economía de mercado; abogó asimismo porda propiedad privada de los medios de producción y por el derecho a heredarla; luchó por un genuino liberalismo político y no las patrañas que hoy se dicen sin ton ni son sin saber lo que significa liberalismo…

—¿Y qué significa liberalismo político, papá?

—Es la libertad individual de todas las facetas de la vida, Arturo; óyelo: de todas las facetas de la vida, sin cortapisas, la cual nació en Francia contra el absolutismo monárquico, contra los déspotas ilustrados de los siglos xvii y xviii. Por eso justamente Soto Gariglietti estaba a favor de un Estado no paternalista que pudiera no obstante paliar las insuficiencias resultantes de una economía de mercado; es decir, un Estado que sólo interviniera en la creación de programas de justicia y seguridad social, asistencia pública, jubilación, salud y educación gratuitas; un Estado que, sobre todo, garantizara la libertad individual, la libertad de prensa, la libertad de culto, la libertad de la mujer para abortar, un Estado que cuidara y regulara la prostitución, que legalizara el consumo y venta de drogas, único camino real, decía, para desmantelar el negocio millonario de carteles y políticos confabulados. ¿Y todo esto, te pregunto, es ser conservador, ser reaccionario? ¿Eso significa ser “de derechas”, Matilde? Al diablo con esa nomenclatura pendeja y amañada. Nadie menos de derecha en este mundo (o lo que se pretende atribuir a la “derecha”) que mi padre, y también nadie menos de izquierda (o lo que se pretende entender, con esnobismo, como “nueva izquierda”) que mi padre. El estaba más allá de esa hueca palabrería y creía y defendía simplemente lo que te he venido diciendo. Eso y nada más, cosa por cosa, sin etiquetas —se paró un segundo y prosiguió enfebrecido—:

Para Soto Gariglietti había que comenzar entonces por privatizar la gestión de los servicios (como electricidad y agua) y no la red. Por ejemplo, la gestión de la energía, incluido PEMEX, debía pasar a empresas competentes, empresas privadas y no obsoletas, corruptas e inoperantes. El Estado debía, a su vez, según mi padre (y en esto seguía a Keynes), invertir en obras públicas, las cuales crearían a su vez más empleo y también mayor demanda. Eso sí, Maty, el empleo (aunque un derecho inalienable) debe obtenerse compitiendo; imposible homologarlo o garantizarlo así, sin más, de lo contrario el sistema se esclerotizaba y el país se quedaba a la zaga, tal y como le sucedió a Francia en el 2018.

—Pero ¿qué pasó en Francia?

—Cuando Phillip Durand, el entonces presidente, quiso imponer un contrato de trabajo para los jóvenes menores de 23 años que permitiera a los patrones despedirlos con más facilidad, tal y como sucede en Estados Unidos o en cualquier otra parte del mundo, cientos de miles de estudiantes, aterrorizados por su futuro, salieron a las calles a manifestarse, a protestar por la reforma… Una reforma que, a la larga, mi padre (viejo amigo de Durand) creía que era beneficiosa para el país y que, no obstante, había fracasado en el 2006 con Chirac cuando éste quiso llevarla a cabo. Sin embargo la izquierda francesa, sagaz y rencorosa, azuzó a los jóvenes y Francia se convirtió de la noche a la mañana en un polvorín de barricadas, protestas y hasta ayunos con muertos. Mira, Maty: en Francia la izquierda ha impedido consuetudinariamente las transformaciones internas de las que habla Popper aduciendo siempre, cuando le conviene, las conquistas sociales que se ganó con su Revolución y más tarde durante el siglo xix. Sin embargo la inoperancia y el atraso acumulados por fin estallaron, como te digo, en el 2018. La gente, es decir, los burgueses, es decir, casi todos en Francia, ya no estaban dispuestos a cambiar a esas alturas; los galos pretendían seguir teniendo las mismas garantías a las que habían estado acostumbrados aunque vivían, eso sí, entrampados en su perpetuo e incongruente doble discurso: soy de izquierda porque serlo reditúa, es chic e intelectual, pero quiero, al mismo tiempo, que se me garantice, óyelo, garantice vivir como a un ciudadano capitalista, un ciudadano emancipado del Estado… y claro: en el primer mundo. Quiero mi vino, mi queso, mis libros, mis paseos con mi perro, bajas tarifas de correo, gasolina y teléfono, quiero mis vacaciones en la playa y toda la libertad del mundo, y si no los tengo, entonces me lanzo a las calles a defenderlos; por un lado, exijo que el Estado me lo garantice todo, me lo dé todo porque soy francés, intervenga en todo lo que me conviene aunque yo sea un imbécil redomado y no tenga ninguna profesión ni estudio, pero al mismo tiempo no quiero que se meta en lo que no le importa, es decir, en lo

que me beneficia y no es de su incumbencia, como por ejemplo: no pagar muchos impuestos. Yo, por mi parte, digo como decía mi padre: o somos o no somos. Mira, Maty, la izquierda, los *bien pensants* franceses e italianos, han mezclado la terminología cada vez que pueden y les conviene; muy parecido a lo que ha hecho la llamada izquierda latinoamericana. Los *ñeñés* pretenden acorralarte argumentando que eres un conservador de mierda o un católico recalcitrante o un yanqui depravado o un capitalista avaro y sin escrúpulos si no piensas igual que ellos, si no defiendes y santificas al hijo de Chávez y al tirano de Cuba, el joven heredero de Raúl Castro, quienes, argumentan estos teólogos de pacotilla, son los últimos héroes de la batalla contra Satanás, o si, por ejemplo, no sales a vociferar a las calles y te pones en huelga dos veces al mes estropeándolo todo: transporte, escuelas, servicios, vialidad. Y mi padre, no te confundas, era profundamente liberal, ya te lo dije; no era católico, no era conservador, no era reaccionario; era antiyanqui hasta la médula y antiimperialista, antinacionalista y antixenófobo, creía en el mercado libre, sí, y abrazaba al mismo tiempo la diversidad cultural y étnica y la causa de los oprimidos, especialmente la de los indígenas, pero sobre todo tenía muchos más escrúpulos que cualquier falso santurrón de la izquierda latinoamericana que vive, eso sí, como un rey capitalista dedicado al redituable deporte de defenestrar a los empresarios e inversionistas capitalistas que trabajan y crean riqueza, óyelo, crean riqueza para ellos mismos, por supuesto, pero también para los demás, sin estar dándose golpes de pecho como les gusta hacer a los santos varones de izquierda…

—Entiendo. Los empresarios no pueden comportarse como suicidas, no pueden convertirse en Robin Hood o en caritativas madres de los huérfanos.

—Exacto… Como ya te dije, Roberto Soto no creía en un Estado proteccionista como lo es, por ejemplo, Estados Unidos con su legendario doble rasero. Creía en una libre economía de mercado donde la injerencia del Estado estuviera limitada. Pensaba que el capitalismo era desafortunadamente el menos peor de los males conocido por el hombre, el único sistema que incentiva el trabajo individual aunque, es cierto, al duro precio de la inequidad. Esta inequidad (que no desigualdad pues para él, como para Nietzsche, es mentira que somos iguales) había que atacarla o regularla, decía, por otro medios…

—Pero ¿qué medios, papá?

—Consiguiendo, por ejemplo, que las escuelas públicas sean mejores que las escuelas privadas, tal y como sucede en muchos países de Europa. De esa manera, los hijos de los más pobres pueden competir, en una relativa igualdad de circunstancias, con los hijos de

los más ricos —aquí se detuvo un segundo para encenderse un cigarrillo y fumar—. Lo que sí no debe permitirse bajo ninguna circunstancia es cortarle la cabeza al capitalismo so pretexto de la mentada desigualdad económica y social. Al contrario, hijo: es necesario fomentar la iniciativa privada, la micro y pequeña industria; no dejar nada, o lo menos posible, en manos de burócratas y funcionarios del Estado. Cualquier otro principio es una aberración, una maniobra política diseñada para aplastar y engañar justamente a los más oprimidos, tal y como, sabemos, hace la clase dirigente de México para tener en un puño a los obreros y campesinos. No había que esperar demasiado para ver la súbita transformación de China luego de la masacre en que la subsumió Mao; tampoco había que esperar al final de la Guerra Fría ni a la caída del Muro, escribe mi padre en uno de sus libros, para darse cuenta del estancamiento de la Unión Soviética y descubrir sus lacras y atrocidades; no había pues que ser clarividente para darse cuenta que esa partida la tenía ganada Estados Unidos desde hacía mucho tiempo, o bien, si no ganada por el capitalismo, al menos sí perdida por la entonces Unión Soviética. Había que actuar, Maty. Mi padre creía, al contrario de Echeverría y sus secuaces, al contrario de López Portillo, en la acción, en la ejecución inmediata, y eso hizo, o eso intentó llevar a cabo a su muy peculiar y extravagante manera.

—¿Una escuela? ¿Eso es? ¿Abrió una escuela? —lo interrumpió Matilde.

—Las había, las hay —dijo el pintor deteniendo su mano en el cabello de su joven amante y fumando—. Pésimas, pero existían… Lo que faltaba, lo que siempre ha faltado en México, son maestros, maestros rurales, Maty. La vocación de maestro ha ido en declive desde tiempos de Miguel Alemán, si no es que desde antes…

—¿Entonces un orfanatorio?

—No, nada de eso —dijo Arturo sin moverse del destartalado sofá de su estudio mientras volvía a acariciar el cabello de Matilde, casi a espaldas suyas—. Espera, no comas ansias. Mira: él sabía que no podía cambiar las cosas y menos de la noche a la mañana. De hecho, entendía que no iba a cambiar nada por sí solo, al menos nada de fondo, ninguna estructura jurídica o social, menos una estructura mental o moral. Comprendía que no podía, al menos entonces, luchar contra un gigantesco aparato corrupto, contra un gobierno esclerotizado y desentendido, como ha sido (desde tiempo inmemorial) el nuestro. Cuando mucho, y esto lo tenía muy claro, podía hacer feliz con su dinero a algunos cuantos niños ¿comprendes? Y si no hacerlos felices para toda la vida, pues eso era tarea de cada uno, es decir, tarea de cada niño, de cada ser humano, por lo menos podía conseguir hacerlos felices un solo día, unas horas o una semana

o lo que fuera, un lapso que no volverían a olvidar, un tiempo que con suerte los estimularía más tarde, que los alentaría a seguir adelante, a crecer y a estudiar… y, sobre todo, a saber que podían (con voluntad) obtener eso que mi padre pensaba era lo más importante: bienestar, bienestar y felicidad, una mezcla de ambas, ¿sabes?, pues para él, Maty, la felicidad se obtenía casi siempre si se tiene bienestar y, al contrario,, resultaba difícil (aunque no imposible) ser feliz si se vive en la miseria, enfermo e ignorante.

—Aunque también hay quien tiene bienestar y no es feliz, Arturo.

—Por supuesto. Por eso he dicho: bienestar. Oyelo bien: bienestar. La felicidad es ya una cosa aparte que compete nada más a los individuos, a su naturaleza, a su? espiritualidad, a su inteligencia, a su carácter o a su ética, es decir, a la pasión de su tristeza o a la pasión de su alegría, como creía Spinoza —aclaró Roberto Soto levemente molesto por la inoportuna interrupción de su hijo, lo mismo que Arturo corregía, enfadado, a tu esposa, Lector—. El bienestar, al contrario, compete al Estado; el Estado debe garantizarlo y sus gobiernos imponerlo a cualquier precio, excepto, eso sí, al precio de la libertad. El bienestar no es, como nos enseñó Hegel, una cosa al final de la historia, Arturo, una fuerza exógena o una idea abstracta; no es tampoco una conquista imposible de alcanzar, pero sí es, al contrario de la felicidad, algo que debe ser un bien más o menos duradero, público, garantizado…

—Bueno, entonces ¿qué diablos decidió hacer? Me dejas en ascuas, das muchas vueltas, Arturo. Concretiza…

—Abrió junto con Jack el millonario un pequeño parque de diversiones cerca de Tapachula, en Chiapas, donde se hacinaban los inmensos basurales…

—¿Qué? —se giró Matilde estupefacta.

—Mira, esto casi nadie lo sabe. Es más, tal vez nadie lo sepa, pero ese parque lo trajo él, lo puso él, lo…

—¿Te refieres al Parque Rosario Castellanos?

—Exactamente.

—No lo puedo creer. Oí mucho de ese lugar cuando era pequeña.

—Pues créelo, Matilde —dijo Arturo encendiéndose el segundo cigarro de la tarde, lo mismo que su padre—. Todo empezó más o menos cuando este americano y él vieron a un grupo de niños pepenadores de siete y ocho años de edad, hondureños, guatemaltecos, chamulas, recolectando latas vacías durante jornadas de diez u once horas diarias, siete días a la semana, como bestias de carga. Cobraban cincuenta centavos de entonces por cada diez kilos de latas con el propósito de llegar a juntar diez mil pesos con qué pagar al pollero que los cruzaba a los Estados Unidos. En sus ratos libres, los

niños se divertían con unas corcholatas en el suelo. Por supuesto, estos niños no necesitaban nada más para ser felices porque no sabían que había algo más… aun cuando algo debían intuir pues ahorraban desesperadamente con el fin de poder huir de ese infierno de miseria. Escuelas, hospitales, electricidad, agua potable, alcantarillado, salubridad, sufragio efectivo, justicia social, eran tareas del Estado, no de Soto Gariglietti y del gringo. Ellos, por su parte, debían ser empresarios, comportarse como empresarios, y con ello dar un ejemplo de capitalismo, de inversión. Así que eso hicieron poco después cuando mi padre visitó a Jack en Los Ángeles y conoció, a sus treinta y siete o treinta y ocho años, Disneylandia. Luego, por supuesto, nos llevó muchas veces a mi madre y a mí. Detestaba, ni qué decir, a esos intelectualoides antiyanquis que con la excusa de repudiar la política exterior estadounidense abjuran de Santa Claus o bien no llevan a sus hijos a McDonalds a pesar, claro, de tener el dinero para hacerlo. Ese típico mamarracho, argumentaba, prefería llevar a sus hijos a El Prado cuando eso sólo le interesaba a él y no a sus hijos de siete años ¿comprendes? Ese puritanismo o dogmatismo cizañoso le parecía una reverenda imbecilidad, digno de una mentalidad retorcida y retrógrada, comunistoide y cerrada como la de un cura de aldea. ¿Qué tiene que ver la ilusión de un niño, decía, con la política exterior de un imperio? Pero esa es otra historia, no nos desviemos…

—Pero ¿a Disneylandia? —repitió Maty como si se tratara de un conjuro, una fórmula que no terminara de aprehender una vez había sido escuchada—, ¿Soto Gariglietti? Es como si me estuvieras contando la historia de *Alicia en el País de las Maravillas*.

—Exactamente. Eso quería llevarle a los niños de Chiapas y Oaxaca: el País de las Maravillas, ese juguete que no iban a poder tener jamás en sus vidas, o al menos no cuando valía la pena detentar el juguete, es decir, durante la niñez. Un parque de diversiones se vive en la niñez o no se vive al cien por ciento.

—En eso estoy de acuerdo.

—Pues él y Jack hablaron con los ejecutivos de Disney, pasaron más de dos años, en viajes, charlas y negociaciones tratando de convencerlos y, al final, por supuesto, el proyecto se vino abajo, no.se consolidó: no quisieron invertir en el mentado parque y mucho menos en Tapachula. Una cosa es ser un tipo bien intencionado, dijeron los empresarios gringos, y otra apostar en un negocio a todas luces inoperante, un fracaso financiero, en resumen: ser un pendejo. Negocios son negocios.

—Y tenían razón —adujo Maty literalmente embobada con la anécdota.'

—Claro que tenían razón, pero mi padre, lo mismo que Jack, era

empeñoso e idealista y, al final, a su manera, consiguieron su cometido: abrieron un pequeño parque de diversiones, el cual duró dos décadas hasta que, como bien sabes, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional lo usó como trinchera contra el ejército federal a mediados de 1995 y con ello quedó totalmente destruido. Sin embargo él y Jack consiguieron lo que querían: llevarles el juguete más caro a los niños más pobres de México por tres lustros. No poca cosa si se mira bien…

—Es la mayor insensatez que he escuchado en mi vida, Arturo, y, de hecho, no sabía, te lo juro, que lo hubiera construido él.

—Casi nadie lo sabe.

—Debió haber sido un fracaso rotundo.

—Sí, era insensato, inoperante y absurdo, pero… como casi todo lo que hacía mi padre: con un sentido profundo y harto difícil de discernir. Si no lo machacaban los soldados, entonces hubiese sido machacado, saqueado, por el gobernador de entonces en contubernio con el mismo director del parque, chiapanecos ambos, claro —Arturo dio una larga fumada a lo que restaba de su segundo cigarro y luego abrazó a Matilde fuertemente contra sí. Ambos callaron. El pintor agro tiró la colilla a un rincón del estudio y por fin le preguntó a su amante luego de un rato—: ¿Sabes qué vino más tarde?

—¿Hay más? —preguntó Maty desperezándose, desasiéndose del brazo velludo.

—El que te voy a contar fue un proyecto menos insensato, creo yo, y lo echó a andar junto con su amigo Jack casi inmediatamente después de inaugurar el parque Rosario Castellanos.

—¿A qué te refieres?

—A la cadena de tiendas de juguetes *Quimera* en el sureste. Más de ciento cincuenta tiendas diseminadas en pequeñas ciudades, en poblados de difícil acceso, en sitios como la Sierra Mihi y la selva Lacandona, donde no había pavimento ni alumbrado eléctrico ni agua potable ni maldita cosa aparte de perros y gallinas y cerdos. ¿Lo puedes creer?

—Pero esto es más insensato aún, Arturo. ¿Con qué dinero iban a comprar los juguetes esos niños o sus padres cuando apenas tenían para comer frijoles y tortillas? Parece una broma cruel.

—No, Maty, los juguetes eran gratis, o casi… Déjame te explico. Junto con las jugueterías *Quimera*, Jack y mi padre diseñaron un sistema de pago en el que los niños pobres recibían billetes de colores, billetes falsos, a cambio de buenas notas en la escuela o a cambio de servicios prestados a su comunidad: cortar el césped, barrer la plaza, pintar las bardas, qué sé yo. Con esos billetes de mentira, los niños podían irse a comprar los juguetes que querían comprarse. Así de

simple. Por un lado, podían ser completamente libres de escoger (justo lo que no habían podido hacer en sus vidas), y por el otro, tenían en sus manos el billete con el que podían obtener eso que deseaban. Pero, sobre todo, me dijo mi padre una vez siendo yo todavía un niño, este ejercicio les serviría como estímulo para el estudio o el trabajo. Claro: deben llevar a cabo una tarea sencilla en concordancia con su edad, un asunto simbólico, si tú quieres, Maty. En todo caso, todos esos niños indígenas de las regiones más intrincadas y pobres del sureste fueron beneficiados con un regalo, ese objeto baladí, ese inutensilio, como los llamaba mi padre. ¿Lo ves? ¿Ves la grandeza? Era como darle una vuelta de tuerca al refrán aquel de que no le des a un mendigo un pez sino dale una caña de pescar…, el cual le parecía a mi padre el colmo del insulto.

—¿Del insulto? Pero ¿por qué? Al contrario…

—Porque es el Estado el que debe dar y garantizar las cañas de pescar y no los ciudadanos comunes y corrientes por más ricos o filantrópicos que sean, ¿comprendes? Recuerdo, por ejemplo, cómo a veces mi padre se detenía de repente y le compraba una paleta helada a un niño indigente de la calle. Fíjate: mi padre no los llevaba al dentista para curarles las encías ni le daba ese dinero a los papas del niño indigente para comprar ropa. Mi padre no era tonto, Maty: él comprendía que cualquier acto de caridad o filantropía no tiene otro fin, sepámoslo o no, que el de aliviar nuestra conciencia, hacernos sentir menos culpables o hacernos sentir más satisfechos de nosotros mismos. Sin embargo, aducir este mismo fin para no darle una paleta de limón al niño pobre, puesto que es mejor llevarlo al dentista, le parecía el peor de los insultos, una aberración aún más perversa, mucho más perversa incluso si, al final, tampoco vas a llevar al dentista a ese niño, ¿comprendes?

—Creo que sí…

—Ahora, por primera vez en sus vidas, estos escuincles olvidados podían ir con esos billetes falsos a comprar lo que deseaban, podían sentirse dueños de algo, sentirse al menos libres de escoger un juguete.

Maty no pudo otra vez sino balbucear aunque sin salir todavía de su azoro:

—Increíble, me dejas helada con la anécdota. La verdad no sé qué pensar con todo lo que me cuentas. Es verdaderamente extraño, por no decir excéntrico.

Sacándola de sus reflexiones, todavía de espaldas al pintor, Maty oyó al hijo de Soto Gariglietti que le decía de pronto entre el humo espeso del cigarro y aparentemente sin venir a cuento:

—Por cierto, quería preguntarte ¿ya bajaste a los infiernos?

—¿Que si ya bajé a los infiernos?

—¿Que si te ha bajado ya? —añadió Arturo riéndose de su propio chiste.

—¡Qué bromista! —masculló Matilde enfadada, saliendo de sus pensamientos—. No, no me ha bajado. Ha pasado una semana ya.

—O sea que probablemente *sí* estés embarazada.

—No lo sé —respondió Maty apagando su pequeña grabadora portátil y guardándola en su bolso Louis Vuitton que tú le regalaste: no había por qué estar grabando esta parte íntima y desagradable de la conversación—. Lo que sí es seguro, Arturo, es que si no me baja querrá decir que el cabrón de mi marido me ha estado engañando desde que nos casamos…

—No entiendo.

—Aparentemente *no* soy fértil, Arturo, o eso me aseguró él. De hecho no podíamos tener hijos por mi culpa y por eso había iniciado yo una serie de engorrosos tratamientos con Lascurain, el ginecólogo… Mi marido, tu querido amiguito, me pidió que los comenzara asegurándome que era yo, y no él, la infecunda, ¿lo puedes creer?

—¿Y bueno…? ¿Qué dice Lascurain, qué dicen los análisis?

—Nada todavía, nada… pero si no me baja, entonces el estéril, el hijo de puta, es él, ha sido siempre él. ¿Ahora comprendes mejor? ¿Te das cuenta?

—Creo que sí —titubeó el pintor y luego dijo—: ¿No me digas que es entonces mi hijo?

—No te digo nada, Arturo, pues no lo sé; ni siquiera sé si estoy embarazada. Ahora déjame en paz, que tengo mucho que hacer en casa.

—Pero ¿antes no quieres desnudarte? —preguntó el pintor jalándola hacia sí y besándola en el cuello, acaso simulando restarle importancia a la gravedad del asunto que, bien visto, le concernía de veras.

—Por supuesto que no quiero y menos hoy—dijo Maty desprendiéndose de él y dirigiéndose a la puerta del taller en apenas un abrir y cerrar de ojos—. Ya me voy. Te veo el jueves, ¿okey? Necesito acabar con mi tesis y quiero que me digas qué pasó con tu padre más tarde. Sí, en la época de Greenpeace.

XI

Una vez en la exigua sala 64D del Aeropuerto Internacional de La Paz,

los tres personajes reunidos (Lascurain, Cardoso y Lector) a la espera del charter que los llevaría a Las Rémoras en cualquier momento, oyeron en el altavoz una voz chillona que solicitaba un voluntario de última hora pues desafortunadamente había uña sobreventa de plazas y no cabían todos en el pequeño, pequeñísimo, avión o avioneta. El siguiente vuelo, aclaraba la misma voz chillona, saldría en aproximadamente dos horas y media. A cambio del asiento, Baja Airlines obsequiaba al voluntario una comida en el celebérrimo restaurante *Esmeralda* del aeropuerto.

Ni qué decir que ni el doctor ni el profesor y menos Anagnostes pensaron, ni por un momento, ceder sus lugares; el deseo de llegar a Las Rémoras no tenía precio a esas alturas del viaje. Lector, por ejemplo, ya estaba harto, al borde de un ataque de cólera: después de 331 páginas no llegaba al mentado pueblo costeño. Cardoso igual: ya habían pasado cinco meses desde que leyera en Millard Fillmore University ese ejemplar gastado de *Las Rémoras* y por lo mismo era justo y necesario arribar, conocer el pueblo de Elias, el escribidor. Humberto Lascurain por el estilo: tenía pacientes que atender, mujeres encintas o a punto de parir, no podía darse el lujo de ceder su asiento por una pinche comida de aeropuerto. Pero ¿entonces quién, quién renunciaría a su sitio a cambio de una asquerosa torta o, si acaso, unos tacos fritos de pollo y guacamole? Allí, en la sala 64D, los tres personajes pudieron contar en silencio el número reducido de pasajeros: sólo cinco aparte de ellos tres. Un total de ocho más la gata del avión y los pilotos. Debía de ser en verdad un avión muy pequeño. Un aeroplano.

Por fin, como salida de un cuento, vieron a una señora más o menos joven pero enorme, gorda, gordísima, quien apenas se podía poner en pie: la pobre se tambaleaba como un barco a la deriva, un barco a pique a punto de zozobrar en el Atlántico. Sus carnes iban y venían, parecían inundar la sala con cada pequeño paso que daba. Los tres la contemplaron acercarse al mostrador donde se encontraba el encargado, un tipo engominado. Luego de hablar un par de minutos con él y de ponerse de acuerdo con evidente dificultad lingüística, éste dijo nuevamente por el altavoz con su insoportable timbre de niña:

—Señores y señoras, tenemos una voluntaria: Mademoiselle Boule de Suif. Un caluroso aplauso para ella, por favor. Un aplauso bien merecido a la guapa señorita francesa que nos visita de tan lejos y que, sin embargo, se ha querido sacrificar por el bien de todos nosotros, perdón: por el bien de todos ustedes, señores, empedernidos pasajeros que no dudaron un instante en ceder su lugar y todo por llegar a su destino cuanto antes. *Terrible mistake*! —añadió haciéndose el chistoso—. Mademoiselle Boule de Suif se ha llevado un buffet estilo mexicano en el exquisito restaurante *Esmeralda* de nuestro

aeropuerto internacional. Allí podrá comer, hasta reventarse, todos los chiles rellenos que desee y le quepan, capeados o sin capear y, por supuesto, bien salseados; también un exquisito mole oaxaqueño (claro: con su ajonjolí dorado y sus frijoles refritos); enchiladas verdes o rojas con queso y eremita encima, un espinazo de primera con sus verdolagas o, bien, unos suculentos camarones a la diabla, picantitos, picantitos; unos langostinos al mojo de ajo o ceviche de pescado con aguacate y limón; también podrá zamparse, si aún le cabe, nuestras legendarias almejas chocolatas rellenas de verdura o un su9ulento dorado fresco a las brasas, lo que prefiera; disfrutará asimismo de nuestra carne tampiqueña acompañada de unas picantes rajas con queso y crema, un arroz a la mexicana con un huevo estrellado encima o, bien, con rebanadas de plátano macho fritas, como lo acostumbre, todo con sus tortillitas recién hechas a mano… y esto sólo para empezar, señores… pues el festín viene acompañado de un litro de refrescante horchata de arroz con su raja de canela o, bien, sus tequilitas Herradura acompañados de una Corona bien helada… Por no hablar de nuestra repostería francesa, pero ya me callo, ¿para qué continuar?, ¿para qué seguir si veo que se les cae la baba? ¡Ya ven! Eso les pasa por impacientes, por querer llegar primero. Bien dice la Biblia que quien entre primero saldrá al último… ¡No! ¡Perdón! Que aquel que entrase al final sería el primero… Pero otra vez me equivoco, caray, cantinfleo, debe ser el hambre, el apetito que se me ha abierto de par en par con tanta descripción culinaria. Sí, ya sé: el que ríe al último ríe mejor y por eso Mademoiselle Boule de Suif, gorda pero bondadosa, gelatinosa pero abnegada, ríe a mandíbula batiente, o más bien: se reiría de ustedes si entendiera una pizca de español y supiera del banquete que se le tiene reservado en nuestro gran restaurante *Esmeralda*…

Desconcertados, arrastrados por los demás eufóricos aplausos en la exigua sala de espera, el ginecólogo, Eusebio y Anagnostes comenzaron a aplaudir a su vez como un trío de imbéciles o enajenados —molestos pues apenas se enteraban del hambre que en el fondo padecían (especialmente Cardoso): se les había abierto el apetito como al atildado servidor de la línea aérea y ya no tenían otra escapatoria sino aguantarse, esperar y aplaudir junto con los otros desconocidos a la francesa gordinflona.

Con lágrimas en los ojos color gris perla, gigantesca y contrita, mofletuda y simpática, Mademoiselle Boule de Suif sólo pudo balbucir enternecida, emocionada por tantos aplausos y vítores:

—*Merci, merci bien. J'aime le Mexique et les mexicains.*

12

(**Jueves 8 de junio**)

Los cuadros se acumulaban desparramados en cada rincón del estudio de asbestos y comprimido: óleos sin acabar, bastidores empolvados o rotos, tubos de pintura desguazados, trapos sucios con olor a colofonia y a aguarrás, telas con bocetos al carbón, jóvenes modelos dibujadas o trazadas en posiciones que remitían (con declarado énfasis) al joven Egon Schielle, a Bonnard o Kokoshka. Dos cuadros de Matilde yacían, terminados y sin marco, en una esquina del taller, a un lado del desvencijado caballete, no muy lejos uno del otro. El primero estaba destinado a él mismo, Arturo, y ahora mismo resplandecía con un tenue rayo de luz que atravesaba la ventana desde la Narvarte: Matilde yacía desnuda con el Popocatépetl en miniatura entre las piernas, pensativa, con sus ojos verde chartreuse mirando a un costado de la tela, con un fondo azul Prusia con escasas nubes. Así la había imaginado cuando la vio por primera vez en su taller, y así la había pintado. El segundo retrato, en cambio, era para ti: fondo cerúleo y liso, un leve (mínimo) desdén en los ojos claros y el perfil altivo, ambos perfectamente bien captados por su infame amante, Lector. Arturo había conseguido atrapar ese bello gesto procaz, incipientemente aguileño, de Matilde: tierno pero a punto siempre del desdén, de la inconsciente crueldad femenina. Tú, lejos de saber que la foto había resultado casi inútil (habiendo como había estado ella, la modelo, en carne viva cada martes y jueves con tu amigo pintor), vendrías a recoger el retrato en unos cuantos días, listo,, para obsequiárselo a tu adorada mujer en su primer aniversario de bodas en el mejor restaurante de la capital mexicana. Todo eso iba a suceder, pero antes… antes sobraban preguntas, faltaban respuestas, había que llenar huecos con datos y fechas y anécdotas: faltaba sobre todo que Matilde conociera los últimos años del desaparecido Roberto Soto Gariglietti, aquel fundador iconoclasta del Partido de la Naturaleza y el Fuego Mexicano, el famoso nieto de Enzo el siciliano, el amigo y servidor del general Pancho Villa.

¿Qué había pasado tras el parque de diversiones Rosario Castellanos y las jugueterías *Quimera* del sureste de México?, ¿en qué nueva empresa se había lanzado el político mexicano durante las décadas de los ochenta y noventa, antes de su final apoteosis?

—Greenpeace —dijo Arturo—, sin embargo su participación con ellos fue breve, Maty, escasos dos años que no hicieron, al final, sino defraudarlo de esa organización a la que le había puesto tanto empeño y que, por supuesto, había idealizado, igual que tantos otros. A pesar de todo, esta decepción lo animaría a crear, poco más tarde y por

contradictorio que parezca, su propia estrategia ecológica, más apegada, digamos, a la realidad indígena mexicana —aquí se interrumpió para encender un cigarrillo, el primero de la tarde—. Mira: todo comenzó con la histórica concentración del 12 de junio de 1982 en el Central Park en la que mi padre participó al lado de diversos grupos ecologistas y tras haber dejado atrás, claro, su época londinense y su complicada amistad con el viejo racionalista, Karl Popper. A esta manifestación multitudinaria en Nueva York lo acompañó su amigo Jack, aquel del que te hablé antes, ¿recuerdas?, el rico filántropo californiano. Este tipo, a su vez, conocía a un empresario canadiense de Nueva Zelanda llamado David McTaggart, aquel por quien Greenpeace se había convertido, en 1980, en una nueva red internacional con capacidad para movilizar docenas de efectivos a cualquier parte del mundo. Greenpeace era dueño de una nave pesquera, el mítico *Rainbow Warrior*, la cual llevó a cabo varias famosas misiones, bloqueos, sabotajes e incluso actos terroristas, todos muy sonados y controvertidos en su época. Una vez integrado a Greenpeace, creo que en 1983, y estando a bordo del *Rainbow Warrior*, conoció, entre otros varios voluntarios, a un joven fotógrafo latinoamericano, un tal Fernando Pereira, de quien se hizo gran amigo, y a una joven rebelde norteamericana, Allison Moore, hija de un senador republicano, a quien no obstante había conocido ya en Nueva York durante aquella histórica concentración del 82 y por quien (en parte al menos) había querido incorporarse a Greenpeace. Hasta donde entiendo, mi padre se fue enamorando, primero, de Allison y Allison, poco a poco y sin darse cuenta de ello, de Fernando…

—…y Fernando, supongo, de tu padre —añadió Matilde sonriente, juguetona.

—¿*Y* cómo lo sabes?

—Lo leí.

—¿Lo leiste? —saltó el pintor agro tirando a su vez la ceniza tembleque de su cigarrillo—. ¿Dónde?

—Bueno, lo leí en *The Gift*, de Nabokov. Hay una historia semejante. Pero no nos desviemos, Arturo, sigue, por favor —dijo Maty sin soltar su pequeña grabadora portátil, semidesnuda, con las .piernas cruzadas sobre el *quilt*, rozando con sus rodillas las costillas en relieve de su peludo amante.

—Pues las aventuras del *Rainbow Warrior* y los sueños ecologistas de papá y sus amigos acabaron en octubre de 1984 cuando el gobierno francés consiguió filtrar a un par de jóvenes espías dentro del grupo de voluntarios. La misión de estos falsos submarinistas era hundir el buque pesquero, y lo consiguieron.

—Pero ¿por qué querían hundirlo?

—Greenpeace deseaba bloquear un ensayo nuclear que Francia se disponía a realizar en Moruroa. Y créeme, a McTaggart y los suyos no los detenía nada ni nadie. Eran temerarios, o mejor dicho: soberbios y temerarios. Pereira murió ahogado esa trágica noche y con ello, claro, el triángulo amoroso se desbarató.

Maty guardó un prolongado silencio al oír esta triste historia de amor y desencuentros; pareció reflexionar unos segundos sobre aquel lejano suceso que, por supuesto, desconocía, y, por fin preguntó, saliendo tal vez de su ensueño de Moruroa:

—¿Y qué pasó después?

—Bueno, pues tras el doble fracaso que sufrió mi padre, el de Greenpeace y el de su amor no correspondido con la joven Allison Moore, a quien, dicho sea de paso, nunca más volvió a ver en su vida, decidió volver a México, y así, entre 1985 y 1988, organizó a grupos de amas de casa en vecindarios de la clase media alta mexicana para conseguir que el gobierno impusiera la ley del reciclaje doméstico y más tarde la del Hoy no circula. Aunque no consiguió lo primero y todavía ahora, en pleno 2025, no se ha establecido la ley del reciclaje, el Hoy no circula, al final, se impuso…

—Aunque no sirve para maldita cosa, nunca ha servido. Sólo se consiguió hacer más rica a la industria automovilística. Vivimos en una nata de monóxido de carbono, los niños nacen con problemas respiratorios.

—Es cierto, Matilde. Sin embargo con ello, recuerda, Roberto Soto logró concientizar a miles de mujeres y familias de la imperiosa necesidad de reciclar y separar la basura orgánica de los desechos inorgánicos. Era una tarea de hormiga, titánica y aparentemente inútil, pero mi padre creía en ese tipo de luchas, ¿sabes? Así que, junto con miles de amas de casa, se lanzó, entre otras tantas tareas y durante esos grises años, a rescatar algunos parques que sufrían el peligro de convertirse en complejos habitacionales, iglesias o fábricas. Para Soto Gariglietti, esos espacios verdes eran los pulmones de la ciudad y había que cuidarlos a capa y espada, sin escatimar recursos ni energías. En esto seguía la táctica de Gandhi, uno de sus admirados modelos: la lucha pacífica, imperturbable y constante. Mira: en México, tú lo sabes mejor que yo, todo suele comenzar con una buena mordida: el ayuntamiento da los permisos a las desarrolladoras y constructoras para levantar un edificio o crear un fraccionamiento donde no hay agua potable ni electricidad, justo en una zona ecológica intocable (un parque, una playa, un lago, un bosque, un río), más tarde y subrepticiamente, llega la maquinaria pesada. No obstante, a punto de iniciar, alertadas, las seguidoras de mi padre se aparecían como por arte de magia, un centenar de mujeres ricas, muy bien vestidas, algunas con sus choferes, tirándose al suelo e

impidiendo que los trabajadores comenzaran a derribar árboles, a excavar o aplanar una senda o lo que sea. Era digno de verse, una locura total: no sabía uno si reírse o echarse a llorar de la emoción, según cuenta mi madre, quien, dicho sea de paso, allí lo conoció y se enamoró de él. En una de esas escaramuzas, creo, salió mi madre preñada de un servidor antes de haberse casado, según mis cuentas —aquí Arturo se rió estrepitosamente de su chiste, se secó unas gotas de sudor en las sienes y añadió—: A mí no me tocó ver este dramón ecológico, por supuesto, pero hay videos y noticieros grabados con escenas desternillantes, escenas que no das crédito por lo patético o lo heroico. Al final, creo, consiguieron salvar muchas zonas verdes, reservas, playas, lagunas, pero otras muchas desafortunadamente perecieron. En una ciudad como el Distrito Federal, era y sigue siendo imposible estar en todas partes, desmantelar cada chingadera y abuso de autoridad, tú lo sabes mejor que yo. Ni un superhéroe, por más ubicuo o poderoso que sea, lo consigue. Hay demasiados cabrones, demasiados sinvergüenzas: pululan como ratas de alcantarillado. Las matas un día y al otro salen más y más, por doquier. Necesitaríamos al flautista de Hamelin para acabar con todas ellas… —se detuvo de un golpe tras su alegoría infantil, encendió otro cigarro y por fin dijo orgulloso, ufano—: Sin embargo, este pequeño movimiento civil (primero hecho de puras mujeres, luego de estudiantes y al final con toda clase de personas) fue creciendo poco a poco, imperceptiblemente, durante esos años, hasta que en 1988 cobró su verdadera dimensión política cuando se organizó en un frente común de cientos de miles que protestó contra la aberrante caída del sistema…

—¿La caída del sistema?

—Bueno, así se le conoce al fraude electoral que llevó a Carlos Salinas de Gortari a la presidencia cuando había sido Cuauhtémoc Cárdenas el claro vencedor de esas elecciones. Tuvieron que pasar doce años, dos sexenios, para que por fin México conociera la democracia y se esclarecieran (como en una especie de *glasnost*) los crímenes y abusos del salinismo que dieron al traste de una buena vez con un país ya de por sí muy jodido.

—¿Y qué pasó con la caída?

—No pareces estudiante de ciencias políticas, Matilde; te lo tengo que explicar todo. ¿Qué les enseñan en la universidad? ¿Historia de China? —la reconvino Arturo un poco fastidiado; no obstante, casi de inmediato, prosiguió—: Pues al final Salinas se salió con la suya y consiguió, sólo como los genios lo consiguen, pervertir y despanzurrar a México en el breve espacio de seis años. Un éxito total. Nadie lo había conseguido, ni el enemigo veracruzano de mi abuelo, el oligarca Miguel Alemán y sus cachorros, ni Echeverría con sus matanzas, ni

López Portillo con Carmen, su putilla, y sus infinitas pendejadas. Mira: con el eslógan de modernizar al país, de ajustarlo a la realidad global, Salinas engañó a la clase media, se olvidó de Chiapas y la población indígena, dio la espalda a los obreros y campesinos y, para colmo, saturó el gobierno de tecnócratas y niños ricos muy parecidos a tu marido, tipos totalmente desfasados de la realidad profunda, desigual, en la que vive nuestro país… Y bueno… aquello estalló a fines del 94 con Marcos y el EZLN —aquí se detuvo Arturo un poco harto de toda esta pedagogía aburrida—, pero todo esto no importa, lo puedes leer en cualquier libro de historia… El caso es que entre 1989 y 1993, mi padre consiguió crear su propio partido verde, el primero en la historia de México, recabando no sé cuántos cientos de miles de firmas para que el Instituto Federal Electoral le diera el registro. Y así comenzó todo y así se lanzó a las elecciones y a los famosos comicios del 94, de los que te he contado, creo, algo en otra ocasión…

—Sí. Entonces tenías nueve, ¿no es así?

—Exacto, y de eso tengo apenas vagos recuerdos…

—Como el del niño con el labio leporino y aquel mitin al estilo precolombino en el barrio de San Nicolás, y la posterior visita a la juguetería —recordó Matilde—. Por cierto, ¿la juguetería era *Quimera?*.

—No, las jugueterías *Quimera* estaban en el sureste nada más, pero en el fondo el acto era el mismo, el sentido era el mismo…

—Claro.

Ambos guardaron silencio. Sudaban. Matilde se recostó sobre el pecho de Arturo como solía hacer luego del desgaste de su amor o tras una larga andanada de preguntas y respuestas. Lo vio fumar, lo olió fumar pausadamente pues sólo escuchaba su respiración, sentía su pecho velludo resoplando como un oleaje dentro de su oído, probablemente semejante a aquel que se escuchaba, pensó Maty, dentro de ese caracol marino que Gariglietti usaba en sus pseudoórficos mítines políticos: el fundador del PFNM lo hacía resonar con fuerza hacia cada punto cardinal entre plegarias en náhuatl y griego, entre incienso de copal y animales que se liberaban en un acto de piedad y consubstanciación con la madre Tierra, mientras algunos indígenas bailaban alrededor de un fuego en medio de la plaza a la vista de las autoridades municipales y el escandalizado cura del pueblo. Las volutas de humo azul en el taller de asbestos trajeron de vuelta a Matilde a la realidad y la cubrieron en un segundo dando de súbito a su piel un matiz violeta, nictitante, anaranjado. Sin aviso alguno, todavía recostado sobre el *quilt*, el pintor agro le dijo a tu esposa, Lector, con tono sereno y seguro:

—Supongo que a estas alturas del relato has entendido claramente que mi padre se creía Empédocles de Agrigento.

—Creo que sí —murmuró ella.

—Tras sus años en la London School, tras su amistad y posterior rompimiento con Popper y sus ideas parmenídeas y racionalistas, creyó ver en sí mismo (más claramente que nunca) muchas de las actitudes e ideas irracionalistas que habitaron al filósofo siciliano y que se repetían azarosamente en él. Sin embargo, todo parece haber comenzado con su visita a Agrigento a los dieciocho años donde descubrió, según él, su vocación de médico; posteriormente vino el 68 y el asesinato de su amigo Pablo en Tlatelolco: allí dio un giro total hacia la filosofía y los presocráticos. Finalmente, vino su ardoroso compromiso político con México y los desposeídos. A partir de los ochenta más o menos, se convirtió en ese luchador de la democracia que conoces o pretendes conocer, igual que su padre, Pedro, y mi bisabuelo Enzo Gariglietti, una verdadera tradición de locos, de luchadores marginales. Mira:

mi padre sentía que todo concurría en él y que si, tal y como escribe Empédocles en sus *Katharmoí*, la reencarnación o transmigración de las almas era verdad, si todo se transformaba eternamente, entonces el filósofo de Akragas había reencarnado, veinticuatro siglos más tarde, justamente en él. Una vez se le hubo metido esta insólita idea en la cabeza, ya nadie pudo sacársela. Al contrario: a muchos los convenció de ello. Aunque jamás lo declaró públicamente, aunque nunca dijo: yo, Roberto Soto, soy Empédocles, sus heteróclitos libros, sus opiniones políticas y filosóficas, su extravagante vestimenta, sus hábitos alimenticios y hasta sus hábitos conyugales, como ya te conté, denotaban a las claras que él se creía, a pie juntillas, Empédocles y que, por tanto, tenía que repetir o continuar su mismo programa político, sus rocambolescas hazañas de *Iatrómantis*…

—¿la… qué?

—*Iatrómantis*. Es decir, médico-adivino, mistagogo, mago —aclaró el pintor—. Mi padre creía que debía proseguir el mismo programa político, la misma lucha de antaño contra los oligarcas y, sobre todo, la búsqueda de Philía dentro de la Esfera cósmica. Todo igual, sí, hasta el estilo y el boato aristocrático, pero esta vez en el México de fines del siglo pasado y abiertamente a favor de los indígenas, a quienes amaba y respetaba por sobre todas las cosas. Por eso, desde que llegaste, no me cansé de repetirte que leyeras y estudiaras a los presocráticos y que, sobre todo, leyeras y profundizaras en Empédocles, el más grande de todos ellos, el maestro indirecto de Demócrito y Platón y muchos otros. Tú misma sin embargo me deberías decir ahora si crees o no crees en lo que te cuento, si mi padre fue o no fue el que creyó haber sido…

—¿Y tú qué crees, Arturo?

Su amante titubeó; no esperaba esa pregunta. Debía no obstante contestarla. A su pregunta inicial, Maty, astuta, había respondido con otra: no podía, pues, volver a la misma pregunta, estaba acorralado. Fumó hasta atascarse los pulmones, tiró la nueva colilla y el tramo de hierba que quedaba aún, y por fin dijo acalorado, nervioso:

—Yo no sé; la verdad no sé. A veces pienso que sí y otras veces pienso, al igual que mi madre, que mi padre estaba loco de remate. De cualquier manera, Roberto Soto es el tipo al que más he admirado y al que más extraño, ¿sabes?, y la verdad, luego de volver una y otra vez a reflexionar en lo que hacía o en lo que dejó escrito, en su trayectoria y las señales del camino, veo que todo tenía un sentido recóndito y extraño, a veces contradictorio o confuso, pero así son siempre los grandes hombres, contradictorios y complicados, ¿no?

—Sí —fue lo único que respondió Matilde desde su atalaya de carne humana: las costillas del pintor, su amplio tórax, sus pezones rodeados de vello oscuro, el humo espeso del cigarro que aún quedaba empozado dentro del estudio en el quinto piso.

XIII

Esperándolos en la salida del aeropuerto de Las Rémoras y bajo un calorón nocturno que acechaba a los recién llegados como si fuera mediodía se encontraba, en primer lugar y perfectamente endomingado para la recepción, el presidente municipal Fernando Sigüenza, y a su lado su secretaria Rosinda, la misma guapa Rosinda que antes trabajara para el difunto Raimundo Rosales, aquel hombrecillo muerto de pena de amor cuando se le acusó de haber asfixiado a Inés, la afamada madame del burdel. Justo atrás de Sigüenza, y haciéndole sombra, se hallaba Iginio Jasso, el arquitecto calvo, antiguo amigo del licenciado Rosales y, como él, librepensador, francmasón y mujeriego fracasado; con Jasso se encontraba el inconfundible doctor Díaz Gross, más viejo que nunca o más viejo de lo que uno podría imaginarse, pensó Cardoso al verlo allí parado (anacrónico) con su invariable atuendo cuadriculado de doctor de provincias. En tercer lugar, más atrás, la negra Santa, antigua mucama de Rosales y del difunto cura Roldán, y su marido Joaquín, el pescador de quien se había separado hacía años y al que ahora, para sorpresa de Eusebio, cogía de la mano amorosamente. ¡Lo que era la vida!, se dijo casi con melancolía el profesor pues hasta donde recordaba su lectura de *Las Rémoras*, Santa le había criado un montón de hijos a Joaquín (hijos que no eran de ella), luego se habían dejado uno al otro y ahora estaban de vuelta como si nada hubiera sucedido.

De súbito, como retornando de su involuntario *impasse* —o sus cavilaciones literarias—, Eusebio vio lo que no podía ser sino una verdadera aparición: los hermanos Cecilio y Solón, tan inequívocamente ellos, tan cursis y melifluos, sólo que ahora treinta años más viejos y más fatuos, ambos rastreros personajes de la abominable historia de amor de Solón y de Zolaida. Por último, Cardoso descubrió a la izquierda del licenciado Sigüenza, acaso formando parte de la comitiva de recibimiento o lo que fuera que se encontraba ahora mismo en el aeropuerto esperándolos, a dos tipos singulares, singulares a juzgar por la ropa que llevaban puesta y por sus rostros duros y rijosos: uno llevaba sombrero ancho, botas vaqueras y dos pistolas colgando del recio cinto de cuero, y el otro vestía una toga morada con un ceñidor de oro, sandalias de bronce y una guirnalda délfica enredada sobre la cabeza. Pero ¿quiénes eran esos locos?, le preguntó Lascurain a Anagnostes por lo bajo nomás cruzaron sus miradas bajo el calor que iba en aumento esa noche. En lo que se preguntaban esto y cargaban sus ligeras maletas fuera del andén, vieron a Sigüenza adelantarse a todos los demás y dirigirse derechito al grupo de los cuatro pasajeros que habían volado con ellos por escasos treinta minutos de La Paz a Las Rémoras. El presidente municipal levantó la mano para estrechársela a los otros y por supuesto a ninguno de ellos tres. Lector leyó, no obstante, cómo Sigüenza, heredero de Rosales, decía con voz engolada, típica voz del joven politiquillo de provincias:

—Señor Yuri Mijáilovich Chernishevski, amigo y escritor, es un verdadero gusto tenerlo con nosotros, y por supuesto a usted también, admirado Marcelo Chiriboga, legendario autor del boom latinoamericano, viajando los dos de tan lejos para la develación y el homenaje. Es un honor para el pueblo y ayuntamiento de Las Rémoras —y tras darles un fuerte apretón de manos al ruso y al ecuatoriano, Fernando se giró hacia los otros dos pasajeros que los acompañaban, y añadió grandilocuente y efusivo como si fueran amigos de toda la vida —: Pero maestro Eladio Villagrá, distinguidísimo secretario de Cultura del Estado de Puebla, hermano y amigo, es para nosotros un inmenso honor tenerlo con… —y antes de repetir nosotros, cayendo en cuenta de su magna estupidez, prefirió salir del atolladero preguntando—: y ¿lo acompaña… querido maestro?

—Mi buen amigo Pitol, el eximio Sergio Pitol —contestó Villagrá, quien a todas luces parecía un verdadero secretario de Cultura a juzgar por las palabras de Sigüenza y la corbata de puntitos verdes, la levita pasada de moda, los zapatos de falso charol y el porte asaz grasiento.

—¡Pitol, Chiriboga, Chernishevski! ¡Qué trío! —repitió sobresaltado Cardoso, quien había escuchado todo el largo y

almibarado intercambio de saludos y parabienes mientras seguía detenido allí, un poco más atrás, al lado de Lascurain y de Lector que no acaba de absorber y/o discernir tantas sorpresas—. Pero ¿cómo no los reconocí?

Mientras Sigüenza saludaba a Pitol y Rosinda saludaba al distinguido ruso, de anchos zapatos, Anagnostes y Lascurain eran recibidos a su vez por el arquitecto Iginio Jasso y el doctor Díaz Gross, a quienes, sin embargo, no habían visto nunca en sus vidas: probablemente los habrían confundido con otros, pensó Anagnostes, o tal vez creyeran que ellos formaban también parte de ese grupo de invitados a la develación o lo que fuera que se estaba tramando en ese villorrio perdido de la mano de Apolo. Al final, no obstante, casi todos terminaron saludándose e intercambiando efusivas palabras y hasta algunos se dieron sendos abrazos a pesar de la insoportable canícula que los tenía ensopados. Ahora sólo faltaba saber quiénes eran esos dos tipos a los que Anagnostes, el ginecólogo y Cardoso no habían saludado aún y se mantenían un poco alejados, sonrientes y mayestáticos como camafeos. Rosinda vino en su ayuda (es decir en ayuda de todos) y simplemente dijo a modo de presentación:

—Señores, quiero presentarles al gran filósofo presocrático Empédocles de Agrigento y al general Pancho Villa, quienes viven en Las Rémoras y son miembros distinguidos de nuestra comunidad desde hace algunos años.

Aturdidos, enceguecidos de calor o acaso ebrios sin una gota de alcohol en sus venas, Lector, Lascurain y Cardoso, seguidos de Chiriboga, Villagrá, Chernishevski y Pitol dieron un fuerte saludo de manos (y hasta un par de palmadas en el hombro) a los dos personajes en cuestión. Sólo Eusebio, quizá por no tener otra cosa que decir o simplemente por romper el hielo, preguntó con un minúsculo falsete en la voz:

—Señor Empédocles, ¿puedo preguntarle si habla español?

—Por supuesto —contestó éste.

—Quiero decirle que es un verdadero honor para mí conocerlo. No se imagina cuánto lo he estudiado y leído…

—El que no habla español —intervino de pronto Eladio Villagrá— es el connotado autor de *En busca de Kaminski*, el señor Yuri Mijáilovich; por eso mismo, Fernando, se me ha ocurrido invitar a nuestro buen amigo Sergio, que se las sabe todas en cuestión de idiomas…

—¿No me diga que habla ruso, señor? —preguntó Lector, candoroso, dirigiéndose al novelista poblano.

—Lo hablo y lo traduzco —respondió Pitol—, y por favor tutéame, Lector.

—¿No sabías que Sergio ha traducido a varios escritores eslavos? —le preguntó Chiriboga a Anagnostes con cierta ampulosidad que evidentemente no venía al caso en ese instante.

—Bueno, tampoco tantos —se excusó Pitol poniéndose un poco colorado aunque era difícil determinar si era por culpa del calor o por su innata modestia cada vez que se hablaba de literatura.

—Incluso viviste en Moscú algunos años ¿no es cierto? —informó Cardoso, quien había leído algunos de sus libros y diarios de viaje.

En ese momento, sin embargo, Rosinda interrumpió la charla repitiendo lo que al parecer no había sino memorizado esa mañana por órdenes expresas del mandamás:

—El señor licenciado Fernando Sigüenza, presidente municipal y renombrado autor de poemas idílicos a nuestra querida ciudad, me ha pedido comunicarles que nos espera una comilona en grande, un suculento festín al mejor estilo de Las Rémoras, en ocasión del develamiento que se llevará a cabo el día de mañana en la plaza del ayuntamiento y al que, por supuesto, están todos ustedes invitados como ilustres figuras de paja, quiero decir: como ilustres figuras de honor…

—Eso de cenar me suena de las mil maravillas —exclamó el ginecólogo saliendo de su aturdimiento y sin que hubiese reparado en el lapsus de la secretaria.

—A mí también —lo secundó Cecilio enjugándose el sudor de la frente con la manga de la camisa.

—Y no se preocupen por sus equipajes —añadió Rosinda con una bella sonrisa en sus labios rojísimos y tentadores—, el buen Joaquín nos hará el favor de jalarlo y transportarlo todo en su carrito. El dejará sus maletas en sus respectivos alojamientos y ya después de la que será sin duda una opriápica cena, encontrarán listos sus respectivos aposentos…

—¿Pero esta chica dijo opípara o priápiaca? —saltó Lector.

—Pues vamos, adelante —dijo el presidente municipal tomando de un brazo a Marcelo Chiriboga y del otro a Mijáilovich Chernishevski, escritores ambos de abolengo, best-sellers en sus respectivos países. Sin que la barrera del idioma fuera en absoluto un óbice para comunicarse con el célebre autor de Azerbaiyán, Sigüenza dijo mientras empezaba a caminar con los dos a un lado—: Ya habrá oportunidad de leerles alguno de mis poemas, señores, tal vez una oda o un pequeño madrigal, no lo sé, ¿quién sabe?, pero bueno… —se excusó—, no hablemos de eso ahora, no hace falta. Tony, el dueño de la mejor lonchería de Las Rémoras, nos espera con una opriápica cena. La verdad tiene muy buen sazón ese marica… ¿y por cierto? —saltó de pronto volviéndose al secretario de Cultura que caminaba, un poco

más atrás, junto con Lascurain y Pitol, a quienes se les veía ya un poco acalambrados con tanto trajín—: ¿Mademoiselle Boule de Suif dónde se encuentra? No la he visto llegar con ustedes. Me he olvidado por completo de ella.

El maestro Eladio Villagrá, quien venía con los demás a pasos agigantados por la avenida Libertad, contestó para tranquilizarlo:

—La pobre se ha quedado rezagada en La Paz, pero creo que llegará más tarde ya cenada. No se preocupe, licenciado, todo parece indicar que estará mañana a tiempo para la develación.

—Perfecto —comentó Sigüenza sin soltar a sus invitados, sin embargo no bien había dicho "perfecto" cuando el pobre Chernishevski, de anchos zapatos, saltó de pronto como jan canguro siberiano: había aplastado una lagartija con su recio zapatón, una lagartija soñolienta, de las que había cientos en la ciudad, cansadas las pobres de andar a las carreras. El presidente municipal lo tranquilizó: —No se preocupe, Yuri, ya verá que uno se acostumbra a aplastar lagartijas. Son peor que las mierdas de perro en los pueblos de Francia.

—Pero ¿ha estado en Francia? —preguntó Marcelo Chiriboga.

—Sólo en la Provenza. Para ser precisos, en Arles —dijo el presidente municipal sin desacelerar el paso, hambriento como todos los demás invitados—, y fíjese que para mi total decepción encontré mierdas de perro por doquier.

—*Ouiy cest vrai! IIy a beaucoup de crottes de chien dans les mes d'Arles* —intervino Chernishevski, al parecer enterado de la charla e intentando limpiarse el grueso zapatón con el filo de la acera.

—¿Comprende español, Yuri?

—*Un peu, mais je ne le parle pas.*

—¿Y por qué estuvo allí, Sigüenza? —preguntó Chiriboga—. Yo también anduve en Arles tras las huellas de Van Gogh…

Antes de que el joven presidente municipal pudiera contestarle, Lector exclamó asombrado, detrás de ellos, como si lo viera por primera vez:

—El mar, el mar —pues desde la avenida Libertad, perpendicular a la playa, y una vez se descendía la cuesta, se lograba vislumbrar un tramo de espesura azul aunque a esas horas era más bien un follaje negro con iridiscencias plateadas que olían fuertemente a sal yodada.

—Se huele —dijo Empédocles—, ya desde aquí se huele el mar, ¿no es cierto? Es Eolo, como en Sicilia ¿sabe?

Allí podía uno oler y ver, casi desde casi cualquier punto, el dorado río Akragas y el Mediterráneo… ambos majestuosos, muy distintos, eso sí, al Pacífico, tristón y negruzco.

—Pero ¿qué pretendes insinuar, Empédocles? —intervino Villa que

andaba a paso marcial—, ¿que nuestro Golfo de California es una mierda?

—Disculpa que me meta en lo que no me importa, Pancho —lo reconvino Villagrá con exceso de familiaridad—, pero ¿qué sabe usted del mar si usted es del desierto, donde sólo hay cactus y coyotes?

—Y por lo que sé tú eres poblano de cepa ¿no? —contestó el bravo general un poco enfurruñado con el comentario del secretario de Cultura—. Allí sólo hay iglesias y curas, uno por esquina, los mesmos culpables de que el pueblo mexicano esté tan oprimido e ignorante…

—Bueno, bueno… no nos pongamos a debatir sobre la iglesia y el pueblo, general, no es el momento —lo remedó Solón quien seguía a la comitiva sin separarse de su hermano Cecilio—, hoy sólo hay que pasársela bien, cenar y beber con ganas, hasta hartarse, ¿no le parece?

—Eso de beber no se le da al general —explicó Rosinda sabionda —. Es abstemio desde sus épocas de revolucionario.

—A mí tampoco se me da —añadió el de Agrigento dándole una palmada solidaria a su querido amigo Pancho—, dejé de beber ya hace tiempo… cuando me convertí al orfismo.

—En cuanto a beber, a mí sí se me da, lo confieso, y en cantidades dignas del personaje al que vamos a conmemorar mañana —intervino alacre, festivo, Chiriboga.

—*Moi aussi*! —se rió Yuri, de anchos zapatones enmierdalagartijados.

—*Et moi aussi*! —se rió el arquitecto Jasso, de calvicie sudada, que no tenía, sin embargo, la más puta idea de lo que estaba diciendo el novelista azerbayanés.

En lo que todos se reían, apareció a lo lejos, sobre la acera, Tony o su larguirucha silueta recortada en las tinieblas, en el amoratado mar del fondo, sobre el mismo camellón que divide Libertad en dos mitades: los que suben por la rambla o los que la bajan… aunque a decir verdad son escasos los coches que circulan en Las Rémoras y no así los peatones que, a esa hora, comenzaban a salir de sus casas aprovechando la desaparición del sol como si se tratara de vampiros sedientos de sangre.

—Bienvenidos, los estaba esperando desde hace un buen rato — dijo el dueño de la lonchería, alto e increíblemente maricón, tal y como está descrito, pensó Eusebio, en el relato que había leído: incluso su bigotito fuera de lugar era idéntico al que estaba viendo, y no como el de Villa, hirsuto y luengo, el cual parecía llevar bordado desde que saliera del vientre de su madre—. Pero veo que son más, varios más… No importa, hay lugar para todos. Es gratísimo tenerlos, vengan, acomódense, por favor.

—De hecho —dijo el doctor Díaz Gross acercándose a Tony para

que nadie lo escuchara—, no viene Mademoiselle Boule de Suif, que cuenta, como sabes, por tres o cuatro, así que no habrá mucho problema…

—Al contrario —aseguró éste dándole un empellón a su viejo amigo e indicándole una silla de fierro plegable sobre la misma acera de la avenida Libertad donde ya estaban listas varias mesas emparejadas y rebosantes de fuentes con camarones, almejas en su concha, cangrejos rellenos y ostiones frescos—. Hay comida para un regimiento. El ayuntamiento invita, ¿no es así, licenciado?

—Por supuesto —dijo éste, muy ufano, sentándose entre Chernishevski y Chiriboga—. El ayuntamiento invita, claro.

Acto seguido todos tomaron asiento, se repantigaron, algunos se deshicieron la corbata o se doblaron las mangas de la camisa, otros más bien se desabotonaron el cuello, o bien, como Cardoso, se desabrocharon el cinturón para que les cupiera más comida o simplemente para relajar la tripa. En ese extraño hábito Chiribogayjasso lo secundaron, no así el general de la División del Norte que, a pesar de la pancita, se mantenía enhiesto y firme en su silla de fierro. El amplio sombrero, empero, se lo había quitado hacía un minuto cuando golpeó a Lascurain en una sien al irse a sentar a su lado. En un abrir y cerrar de ojos, en lo que apenas tomaban aliento los comensales, llegó una tripulación de meseros expresamente contratados para la ocasión trayendo cervezas heladas, dos botellas de tequila blanco, caballitos, limones, guacamole, tortillitas calientes, salsas picantes, sopes, tlacoyos, camaronillas y pescadillas fritas para comenzar… y agua de cebada en rebosantes jarras con hielo para aquellos que no bebían alcohol. Empédocles le sirvió a su amigo, el general de la División del Norte, y cuando estaba a punto de servirle, acomedido y galante, a la guapa secretaria, ésta lo paró en seco y le dijo que, primero, se bebería un tequilita en honor de los invitados,

lo que el profesor Cardoso,
ni tardo ni perezoso,
interpretó a su modo
como un guiño amoroso.

—La idea es develar el monumento mañana a eso de las once de la mañana para que todos puedan dormir a sus anchas —dijo el presidente municipal de un solo tirón—. Me hubiera parecido un insulto pedirles estar en la plaza a las ocho o nueve luego de tan largo y complicado viaje.

—Bien pensado —dijo Lector, quien se había zampado ya un par de tlacoyos con frijolitos y salsa borracha.

—Y por cierto ¿usted a qué se dedica? —le preguntó Solón de

súbito sin dejar de masticar su camaronilla dorada con gotas de limón.

—Pues soy banquero, pero me he tomado unas vacaciones…

—Banquero, casabolsero y, a últimas fechas, cornudo —acotó Eusebio sin ningún tacto queriendo hacerse el chistoso.

—*Cornutto-lui*? —preguntó Yuri Mijáilovich señalando a Anagnostes sin saber a ciencia cierta si había entendido bien el epíteto y sólo para corroborar.

—¿No me diga? —preguntó apesadumbrado Chiriboga pasándole la fuente de los camarones al arquitecto Iginio, quien les había echado el ojo desde que se sentó y sin embargo no los había probado.

—Pues sí —respondió Lector metiéndose un mordisco para no tener que abundar en explicaciones innecesarias; de hecho, se sentía más bien avergonzado con la revelación púbica de su nuevo status debida al cabrón del ex profesor universitario.

El escritor ruso dijo entonces algo que Sergio tradujo como sigue:

—Yuri, como novelista y psicólogo que es, desea saber si piensa perdonarla, si piensa volver con su mujer a sabiendas de que lo ha traicionado…

—No lo sé, por ahora quiero pasármela bien ¿sabe?, seguir leyendo y ya luego veremos.

—Bien pensado —dijo Lascurain interviniendo y sirviéndose una cucharada enorme de guacamole con cilantro en el plato—. Hay que olvidar…

—Por cierto —preguntó Cardoso dirigiéndose al autor de *En busca de Kaminski*—, ¿no estaba usted en la cárcel también por un complicado asunto de faldas?

Pitol tradujo la pregunta un tanto temeroso, no muy seguro de saber cómo se lo iría a tomar Chernishevski: quiso suavizar, no obstante, el tono de la agreste requisa, o eso supuso Chiriboga. Yuri, sin embargo, contestó con pasmosa tranquilidad en su lengua materna y acto seguido Sergio tradujo en primera persona aunque evidentemente sin la misma calma de que había hecho gala el célebre autor de Bakú:

—Sí, debía estar ahora mismo en la cárcel, pero me escapé hace unos meses. La KGB anda tras mis huellas desde entonces, pero no creo que vayan a encontrarme aquí jamás. Los secuaces y esbirros de Putin no se lo imaginan. De hecho, me cayó de las mil maravillas la invitación al develamiento de mañana pues, de lo contrario, hubiera tenido que continuar en la errancia europea de estos últimos meses… y la verdad ya me estaba hartando de Arles y su mierdas de perro. Tampoco puede uno vivir a salto de mata durante toda la vida. Pensaba si con un poco de suerte podía… acaso… quedarme aquí, en Las Rémoras, un tiempecito. Eso, por supuesto, si a ustedes y al

licenciado Sigüenza no les importa, no les incomoda…

Todos se quedaron mudos, anonadados, con la sorprendente confesión del autor azerbayanés como salida de un thriller y desmenuzada así nomás como si se tratara de una mera receta de cocina eslava. Sin embargo, el licenciado dijo de inmediato, sin chistar, con una hospitalidad sin límites que a todos dejó boquiabiertos:

—No se preocupe, amigo. Aquí se puede quedar el tiempo que necesite. A nosotros en lo particular Putín nos caga, para decirlo tal cual. Ya Rosinda verá en qué puede ocuparse, aparte de escribir, claro, y también le diremos dónde puede alojarse por tiempo indefinido… De hecho —se detuvo un segundo, pareció reflexionar, dar en el clavo de algo importante—, si no me equivoco, creo que sigue vacía y cerrada la biblioteca. Se trata de una pequeña casita donde antes vivía Elias, el escribidor. Supongo que allí podría quedarse, ¿no es cierto, Rosinda?

—Claro, licenciado —respondió la hermosa y ¿por qué negarlo? servil secretaria—. Veré que quede limpia y habitable mañana mismo.

—Y hasta podría hacerse cargo de la chamba de bibliotecario que dejó vacante el escribidor —añadió el doctor Díaz Gross dándole un pequeño sorbo a su Corona y acomodándose el temo y el corbatín de cuadrícula azul claro.

Pitol tradujo con prontitud todo lo dicho y luego Empédocles de Agrigento añadió solidariamente:

—Yo también llegué luego de que los cabrones oligarcas me exiliaron de mi patria. De hecho, nadie sabe que estoy aquí; igual que usted, Yuri. Somos refugiados, tránsfugas, apestados, exiliados políticos.

—Y como yo —lo secundó Villa dándole un trago largo a su deliciosa agua de cebada—, que me la pasé en la cueva del Coscomate varios meses mientras aquella expedición punitiva del hijo de puta de Pershing andaba tras de mí como jauría de perros. Pero se la pelaron los jijos de la requetechingada y nunca me atraparon.

—Y Carranza también se la peló, mi general —aplaudió Cardoso levantando su cerveza y brindando por el Atila del Norte.

—Ese chivo ni se diga —se rió Pancho con ganas, estruendosamente, recordando aquella época de dura lucha revolucionaria—. ¿Y cómo sabe usté tanto?

—Es profesor de novela de la Revolución Mexicana —explicó Lector.

—¿No me diga? —respondió Villa remojando nuevamente sus bigotes filosos en el vaso rebosante de cebada.

—Enseño, entre otros libros, sus *Memorias*, general, aquellas que

dictó y dejó sin publicar y que luego reescribió el novelista Martín Luis Guzmán.

—Pues las he leído y son falsas —vociferó Villa enojado—. Ese Guzmán es un traidor y un cobarde, y si no estuviera muerto, me lo fusilo aquí mismo.

—De hecho —añadió Anagnostes sin venir a cuento y más bien con ánimo de chingar—, el profesor Cardoso, aparte de enseñar fricción revolucionaria, es un *petit* traidor, mi general, igualito que Guzmán, el novelista.

—¿Cómo está eso? —saltó Empédocles de su silla plegable, a punto de caerse si no fuera porque Cecilio lo atajó a tiempo.

—¿Un traidor a la patria? —preguntó el grasiento maestro Villagrá escandalizado.

—No, nada de eso —se apresuró a explicar Eusebio: no fuera a ser que Villa lo fusilara allí mismo—. Lo que pasa es que *medio* le puse el cuerno a mi mujer y ella, encabronada, me abandonó no hace mucho cuando, para mi mala pata, se enteró del enredo…

—¿Cómo que *medio* le pusiste el cuerno? —preguntó el arquitecto.

—Es cierto —insistió Lector con vesania—, lo peor del caso es que nunca se acostó con ella. Sólo se refocilaron.

—¿De verdad? —escudriñó Pitol con verdadero escepticismo socrático.

—Sí, sólo jugueteábamos —explicó Cardoso casi contra su voluntad pero ya entrado en una andanada de explicaciones involuntarias.

—¿Jugueteaban? —preguntó el filósofo de Akragas sin, al parecer, haber entendido la magnitud del verbo o acaso probando bucear a fondo en el corazón del chisme.

—Con perdón, señorita —se excusó Lector con Rosinda—, pero lo que quiere decir el profesor Cardoso y no se atreve, es que le daba nada menos que masajes de presión muscular en el clítoris a la mujer de su mejor amigo, el turinés Estéfano Morini, cuando éste no estaba allí y ella le abría la puerta de su casa cándidamente.

—¡Ah caray! —exclamó Chiriboga aguantándose una carcajada—. Eso sí ya es otro asunto.

—¿Masajes de presión muscular en el clítoris? —repitió Cecilio sin haber entendido bien el tecnicismo utilizado—. ¿Se trata de una especie de terapia quiropráctica o de una técnica acupunturista?

—De hecho —atacó burlón otra vez Anagnostes—. Eusebio pretende abrir una especie de clínica o spa para esposas tristes y aburridas que deseen darse un masaje en el clítoris. ¿Lo pueden ustedes creer? Díganme si no es el colmo de la desvergüenza.

—Pues a mí no me parece una idea tan descabellada —intervino

Lascurain mostrando una hilera de dientes repletos de herrumbroso sarro de *caepulla*.

—Es cierto —corroboró Díaz Gross—, siempre hay clientela para todos los gustos; hay que admitirlo. El cliente es el que manda. Se lo digo yo que soy doctor.

—La oferta y la demanda, ¿no es así? —añadió Villagrá haciéndose el chistoso.

—De cualquier manera —se apresuró a decir Pancho Villa reconfortando al pobre Cardoso con una impetuosa palmada en el hombro—, la verdad no es para tanto, amigo. No se acongoje. Su mujer exagera la nota. Yo, por ejemplo, me cogí a un montonal de hembritas estando casado y Luz, mi vieja, ni pío…

—Pero eran otras épocas —reparó Rosinda un tanto molesta con el comentario de macho norteño del general.

—No, las que han cambiado son las mujeres, que hoy día ya no aguantan nada y tiran la toalla a la primera —le respondió Chiriboga envalentonándose.

Casi de inmediato, y para sacarse el mal sabor de boca, el ecuatoriano se sirvió un coctel de callo de hacha que nadie había tocado y seguía no obstante encallado en medio de la mesa abarrotada de platos vacíos.

—Coincido totalmente con usted —insistió el arquitecto Jasso—, eso del feminismo nos está partiendo la madre a nosotros, los mujeriegos veteranos, los mujeriegos de cepa.

—Yo apoyo a Rosinda —dijo Solón entusiasmado con aquella querella de sexos—. Los hombres se han pasado de listos y ya es hora de que nosotras…

Sin embargo, allí mismo prefirió callar. Cecilio, su hermano, le había echado de súbito una de esas miradas de caimán que cualquiera con un poco de entendederas podía captar a la primera. Casi de inmediato, se oyó la voz de Cardoso preguntarle a Villa si de pura casualidad había oído alguna vez de un tal Lucas Gleeson, corneta de la Quinta Compañía de Fusileros, quien jura haber formado parte de sus tropas, general, a lo que el Atila del Norte preguntó muy serio: “¿Lucas… qué?” “El gordo Lucas Gleeson, corneta escocés”, insistió, tímido, Eusebio. “Francamente”, replicó Villa, “no tengo puta idea de lo que me está hablando, señor. El único corneta que tuve entre mis tropas, me lo fusilé por alevoso y criticón. Se llamaba Dominguito Cristo foro”. Humberto Lascurain y Chernishevski, mientras tanto, seguían curiosos el vaivén de la conversación sin dejar, eso sí, de servirse cuantos cangrejos y chocolatas rellenas de verduras fueron apareciendo en la mesa. Comían, oían y bebían encantados de la vida. Los cangrejos los despedazaban y chupaban con fruición hasta dejarlos

huecos, destripados. En lo que llevaban a cabo su dura faena, los meseros trajeron unos majestuosos filetes de pescado a la talla, bien embadurnados de adobo, ajo y limón. Humeaban de calientes y sabrosos. En un parpadeo, sin embargo, los filetes, los frijoles refritos y las tortillitas recién hechas habían volado y no quedaba sino el rastro de lo que fueron antes de parpadear: varias hileras de simétricas espinas, trozos de tortilla *et ce tout*. No obstante, más cerveza, cebada y tequila blanco fueron servidos, escanciados y vueltos a servir por los tres camareros, mientras las camaronillas y las pescadillas doradas, los sopes y tlacoyos con frijoles y queso rallado, el guacamole, las distintas salsas, los cocteles de abulón y ceviche seguían desfilando sin interrupción, uno tras otro, cubiertos de aguacate, tomate picadito, cebolla y chorros de limón. Era un festín para chuparse los dedos.

Tras un rato de espumoso silencio, donde cada comensal se concentró en su respectivo manjar sin decir esta boca es mía, bajo la bituminosa noche tropical que los arropaba en su seno caliente como una madre feraz, contentos de estar allí reunidos, llenando de a gratis la barriga, Cecilio le preguntó a Lector de buenas a primeras si acaso era él el mismo personaje de *Fricción*, un libro que había comenzado no hacía mucho, ya que eso de ser banquero, casabolsero, cornudo y andar de viaje con el profesor Cardoso, experto en novela de la Revolución, era mucha coincidencia y la verdad, ¿para qué negarlo?, Anagnostes tenía cara de ser el mismo tipo que, antes de cumplir un año de casado, se encontró a su cachondísima mujer cogiendo con su mejor amigo, un renombrado pintor agro, en el estudio de este último en la colonia Narvarte de la ciudad de México en el año 2025.

Pero ¿había animosidad, prevaricación, ingenuidad, tontería, tino, crueldad o compasión en la pregunta que Cecilio le soltó a Lector de golpe y porrazo… sin venir a cuento? Imposible saberlo, imposible comprender al diablillo que le jaló la lengua esa opriápica y tórrida velada. A juzgar por el rostro y los ojos de Cecilio, no había nada más que pura y simple curiosidad, la misma que cualquier lector sano siente cuando se encuentra (por azar) con su personaje favorito, cosa que (todos sabemos) no sucede a menudo.

Aún con un trozo de pescado adobado entre los dientes, el semblante de Anagnostes fue mudando de color de manera rauda y a todas luces perceptible: del rojo escarlata pasó al fucsia y al morado y más tarde al azul de metileno y luego a una suerte de lívido-lázuli difícil de describir hasta llegar al pálido y al blanqui-ceniciento… hasta que, sacándolo del aprieto o la apretada gama pictórica, Marcelo Chiriboga, experto en colores y paisajes, dijo de repente:

—Caray, pero si yo pensé que el mentado Lector era justamente yo, yo mismo, se los juro, cuando estaba leyendo *Fricción*.

—Y yo igual —corroboró el arquitecto Jasso—, aunque ni soy

banquero ni cornudo. Soy un simple y confiado lector de fricciones.

—A mí me ha estado pasando lo mismo —confesó el secretario de Cultura del Estado de Puebla— y a veces me enfado muchísimo con la lectura, lo confieso.

—¡Caray! Parece que todos están leyendo *Fricción* —murmuró Cardoso entre embelesado y cogido en falta, una indiscernible mezcla de ambos: y es que la verdad no sabía si sentirse honrado o pedir disculpas por el enredo que había iniciado. No obstante, justo en ese preciso momento cayó en cuenta de lo que no era, en esencia, sino una gruesa y terrible contradicción narratológica: ¿cómo podían haber leído su libro todos estos tipos si todavía lo estaba escribiendo, si todavía no terminaba *Fricción*?. No había acabado sin embargo de pensar en esta abstrusa y bizarra situación cuando oyó de pronto a Chiriboga resondrar con excesivo enfado:

—Por eso, insisto, hay que ponerle nombre a los personajes. Digo, Eusebio, para no crear confusiones.

—*Je suis d'accord* —murmuró Yuri desde su lugar, quien seguía la conversación como si se tratara de un nativo aunque apenas intervenía en ella.

—Es que pretendía escribir la primera fricción virtual e interactiva de la historia de la literatura universal —se justificó Cardoso sin venir a cuento.

—No seas tan arrogante —le gritó Iginio malhumorado.

—Yuri y yo coincidimos con Chiriboga —tradujo Pitol—, y sabemos muy bien de lo que estamos hablando, Eusebio. No te justifiques. Aquí todos o casi todos somos friccionistas, por si no lo sabías.

—Y tú, en cambio, un profesorcillo excomulgado con pretensiones de escritor —se giró Lector bastante fortalecido por la avalancha de ataques que había recibido su compañero de viaje, el único culpable de su cruento destino amoroso, o más bien: el mismo individuo a quien atribuía su dolor y su presente ignominia.

—¡Te creiste friccionista, Cardoso, y ya ves! —dijo el doctor Lascurain descruzando una pierna y cruzando la otra… como si se tratara de un jodido tic.

—Zapatero a tus zapatos —coligió su colega Díaz Gross, atildado y pasado de moda como el año pasado y el anterior.

Ya nadie comía; ya nadie bebía siquiera. De pronto, por alguna misteriosa y nefaria razón (Tyché, Anánké?) todos los reclamos e improperios se habían cebado, sin deberla ni temerla, en el pobre Eusebio Cardoso, ex profesor de Millard Fillmore University, y sólo por haber estado escribiendo la infame *Fricción* y por haberte utilizado, Lector, como personaje principal e instrumento de su

coprofílica historia de sexo y malicia femenina, de traición y deslealtad humanas.

Cardoso respondió dirigiéndose esta vez expresamente a ti:

—Que tu mujer te haya engañado no es mi culpa, nunca la ha sido ni la será… Y mucho menos que te hayas puesto tú, justo tú, Lector, a leer *Fricción* mientras tu bella esposa se acuesta con tu mejor amigo…

—Pero si ni es mi mejor amigo… y lo sabes de sobra —contestó Lector colérico en esta ocasión, levantándose de la mesa y a punto de saltar sobre Eusebio quien, a pesar de todo, permanecía impertérrito, en su sitio, en medio de un montón de platos, de ostras y jarras vacíos. Villa y Villagrá, sin embargo, te detuvieron a tiempo, Lector enloquecido, y te hicieron sentar de vuelta en tu lugar, a lo que no accediste al principio sino a muy duras penas y luego de que el mismo comandante de la División del Norte te hubo maniatado con una sorpresiva manita de puerco que te hizo aullar como a un chancho en el matadero.

—Y para colmo: todo parece indicar que está embarazada —contratacó Cardoso sin piedad desde su silla plegable y sin voltear a mirarte cuando ya tú, Lector desprevenido, te habías sentado y te encontrabas, finalmente, quietecito en tu lugar sobándote la muñeca izquierda—, y no de ti, ya lo sabes. Te lo dije apenas en el aeropuerto…

—¿Embarazada? —preguntó Rosinda, quien evidentemente no había estado leyendo *Fricción* y ni había oído nada de ese salaz juguete ni del horrendo chisme que entonces salía a la luz de la noche remoreana.

—Sí, del pintor —respondieron Cecilio, Iginio, Chiriboga, Pitol y Villagrá casi al unísono, enteradísimos, en formación coral, todos cerrando los párpados en una suerte de contracción facial que tal vez buscaba mostrar un poquitín de simpatía o compasión o hasta (¿quién puede asegurarlo?) un tenue rayo de luto por ti.

—Es que eres impotente y la engañaste —explicó Chiriboga girándose hacia ti, Lector, acusándote con un dedo flamígero—, ¿no es así? Sabías muy bien que no podías tener hijos y sin embargo la mandaste con Lascurain…

—¿Conmigo? —saltó una cebollita de su boca.

—Sí, doctor, con usted —asintió Pitol que, al parecer, no cabía de alegría de estar al tanto de cada detalle—. Lector se estaba haciendo el tonto…

—Bueno —alzó de pronto la voz el licenciado Sigüenza—, creo que este arroz ya se coció más de la cuenta. La verdad siento que se están pasando de habas con el pobre Anagnostes…

—O como dicen en mi rancho —apoyó el Atila del Norte—: aquí se

rompió una taza y cada quien se va a su casa.

—Señores, no hay que pelear ni desangrarnos de balde —comentó el secretario de Cultura con su porte grasiento y sus zapatitos de falso charol.

—Exacto —agregó el presidente municipal—, estamos aquí para festejar mañana a un gran monstruo, a un ogro feliz, ustedes lo saben, para develar una hermosa estatua en la plaza que el pueblo hermano de Chinon ha obsequiado al hermano pueblo de Las Rémoras —diciendo esto, el licenciado se levantó de su silla, se ajustó la corbata y añadió con un gesto decidido y ufano—: Rosinda, te ruego que vayas y busques a Tony. Pídele que venga a despedirse, por favor, que ya nos vamos.

Excusándose, solícita o servil, la secretaria se levantó de su silla y cruzó la avenida en cuatro largas zancadas para buscar al larguirucho dueño de la lonchería que, con tanto ajetreo en la cocina, no había podido salir a departir un minuto con sus invitados a lo largo de toda esa opriápica cena. Apenas la guapa Rosinda se hubo desvanecido en las tinieblas, Sigüenza aprovechó para soltar la siguiente invitación a los hombres allí reunidos:

—Supongo que algunos de ustedes estarán cansados, sin embargo, aquellos que todavía tengan fuerzas para seguir la pachanga, pueden pasar a beberse unos tragos con Josefina, la nueva madame del lugar.

—¿Del lugar? —preguntó Eladio Villagrá indeciso, no muy seguro de haber captado la ambigua mención.

—Sí, del lugar —repitió Iginio abrochándose su cinturón y levantándose de su silla como una resortera: no iba a dejar pasar la ocasión ni mucho menos.

—¿La que sustituyó a Inés? —preguntó el doctor Lascurain picándose con un mondadientes el sarro incrustado en las encías.

—Exacto —le aclaró Cecilio poniéndose de pie—. Ella misma los espera; sabe que están aquí de visita oficial y las chicas han prometido tratarlos a cuerpo de rey.

—Y por supuesto, el ayuntamiento invita, señores —dijo Fernando Sigüenza despidiéndose con una venia y gritándole a Rosinda para que lo acompañara.

Cardoso, sin embargo, no dejaba de seguir, celoso, cada gesto, insinuación, guiño o palabra del licenciado y su guapa secretaria: a pesar del bochorno y la desagradable querella contigo, Lector (de la que se sentía profundamente arrepentido, sábelo), no había dejado de tener un instante puesta la mira en esos labios rojísimos, en esa negra cabellera de azabache y por supuesto en el infundibuliforme culo de la joven. Pero ¿serían amantes?, se preguntó el profesor, ¿se la estaría cogiendo el sinvergüenza de Sigüenza? Esperaba —esperó toda la

noche— un mínimo indicio, algo que le esclareciera su situación (sus posibilidades reales o ficticias con la chica) o que por lo menos lo decidiera a seguir o no a la comitiva de locos al famoso burdel de Las Rémoras. ¿Qué hacer?, se dijo dubitativo mientras cada uno se levantaba a duras penas de su silla, estiraba las piernas, se abrochaba el cinturón, se secaba el sudor del cuello con una servilleta o se reacomodaba las mangas de la camisa. Villa eructó y Empédocles se ciñó la toga. De una u otra forma, pensó Eusebio, hacer una visita a las putas no era tan mala idea dado que justo allí, en la antigua habitación de la occisa, creía poder encontrar una pista, una clave esclarecedora del horrendo crimen que había conjeturado ya hacía tiempo a través de su lectura barthesiana de *Las Rémoras*. Empero, antes de coger camino hacia el burdel, una vez se hubieron despedido de Tony y sus tres jóvenes meseros, de Rosinda y el licenciado, todavía parados en medio de la avenida Libertad, bajo el durísimo calor tropical que no periclitaba, Sergio Pitol dijo como en una especie de iluminación súbita:

—Pero aquí mismo hay una flagrante contradicción, señores, y no habíamos caído en cuenta de ella ninguno de nosotros. Se trata de una contradicción en que ha incurrido el profesor Cardoso, friccionista en ciernes. Y es que no hay manera de saber lo que sabíamos sobre tus problemas conyugales, Lector, si antes no hubiéramos leído *Fricción*… y si la hemos leído ¿entonces por qué la estamos viviendo ahora mismo? —masculló el veracruzano volviéndose a cada uno y relamiéndose el incipiente bigotito—. Y para colmo, varios de nosotros que decimos haberla leído, no sabíamos en cambio lo que deberíamos haber sabido. ¿No les parece un poco extraño?

La mayoría, sin embargo, no entendió el galimatías de Pitol; habría que releerlo.

—Exacto —corroboró Marcelo Chiriboga—: ¿cómo diablos podíamos haber leído *Fricción*, como dice Sergio, si todo lo que ha pasado esta noche está dentro de *Fricción* y forma parte de tu maldito libro virtual, Eusebio? ¿Nos lo puedes explicar porque, la verdad, esto es un enredo, una complicada madeja?

A punto de decir que no tenía forma de explicar ni responder a las acusaciones ni al enredo ni a la madeja ni al estambre ni a nada, saliste tú, preclaro Lector, en su ayuda, sin atisbo de resentimiento hacia Eusebio, tu compañero de viaje, argumentando:

—Pero ¿por qué no dejamos esas especificidades para cuando estemos en la casa de Inés? La verdad ya me anda por echar un trago y de paso una miradita a esas beldades que llevan rato esperándonos.

—*Moi aussi* —dijo Chernishevski, que si bien no había comprendido a Pitol y a Chiriboga, sí te había comprendido a ti, que por fin salías con una buena idea.

—A mí también, como a Yuri, me anda por llegar —confesó Iginio que aunque no entendía francés, lo intuía, y sobre todo porque ya estaba, a esas horas de la noche, entrando en calentura—. Y por cierto, ya no es la casa de Inés. Ahora la llamamos la casa de Josefina. Desde que Robería se nos fue e Inés amaneció asfixiada, le cambiamos el nombre. Mejor dicho: la gringa le cambió el nombre.

—Y hasta retapizó el salón y las habitaciones —dijo el doctor Díaz Gross.

—Pues vamos —aventuró Lascurain—. Tal vez allí me puedan ayudar con el paradero de Ricardo Urrutia.

—¿Ricardo Urrutia? —preguntó Cecilio comenzando a caminar por la avenida en dirección de la calle de Atuneros, a las afueras del pueblo y los muladares.

—Sí, Ricardo Urrutia.

—Pues aquí conocimos a ese chico, pero huyó junto con Elias, el escribidor, y Pili, la prometida de Sigüenza, en mi Ford azul. Ya de esto hace algunos meses.

—¿De veras? —preguntó Lascurain sin aminorar el paso—. ¿Y para dónde tomaron?

—No lo sabemos —respondió Solón con algo de fastidio o tristeza al recordar su automóvil, esa maravillosa máquina del tiempo.

—Al final de *Las Rémoras* se dice que tomaron para Los Ángeles y de allí, quién sabe, hasta San Francisco, Seattle, Vancouver y en una de ésas… hasta Alaska.

—No creo, sin embargo, que el Ford los llevara tan lejos —aclaró Cecilio—. Ya está muy viejo; es casi una chatarra. Era de mi padre, del 64.

Mientras intercambiaban este diálogo, el grupo siguió su camino a trote lento alejándose cada vez más del centro de Las Rémoras, de la plaza que se encuentra frente al mar y de las oficinas del ayuntamiento al lado de la olvidada cancha de básquetbol. Los recién llegados sin embargo no tendrían oportunidad de echar un vistazo al océano (como anhelaban) ni a la forma virulenta en que las estrellas se estampan en sus metálicos lomos de agua. Al contrario, ahora mismo iban todos subiendo la avenida Libertad, perpendicular a la playa con forma de concha, y del famoso peñasco. Una vez hubo terminado (casi abruptamente) esa suerte de rambla bajacaliforniana, la comitiva se internó por una serie de calles deshabitadas y sin pavimentar de lo que no era sino las afueras del villorrio: algunas manzanas y lotes baldíos, chamízales y hondonadas, bardas absurdamente construidas, entelequias habitacionales sin terminar y algunas casuchas de asbesto construidas por paracaidistas emigrados y desperdigadas por allí sin ton ni son, al vaivén de su arribo. El

alumbrado eléctrico desaparecía o disminuía conforme más se alejaban del pueblo: los postes de luz escaseaban mas no desaparecían, decididos a mantenerse en pie (como cipreses de Dios) hasta el final. Perros famélicos husmeaban una bolsa, una lata de conserva vacía o incluso la mierda de otro perro, pero nada, por allí no había nada más que ortigas y pedruscos: ni siquiera otras mierdas de perro para olfatear, ¿quién sabe hace cuánto que las pobres bestias no tenían un mendrugo o un hueso para roer? Los comensales siguieron su camino hasta que casi al topar con Pescadores, a media calle de distancia del burdel, en contraesquina con Atuneros, Cecilio y el arquitecto Jasso anunciaron que ya casi estaban allí. Pero ¿allí dónde?, no dejó de cavilar Villagrá que no veía a su alrededor más que el más patético desamparo en medio de la siniestra noche remoreana. Allí, exclamó en voz alta el secretario de Cultura, no había nada más que lagartijas y moscas. Unos pasos más adelante, sin embargo, descubrieron, bajo la tenue luz de un poste desvencijado, una casa, una casona deslavada, casi ocre, en medio de esa barriada triste y semidesértica. Allí debía ser, claro, pensaste Lector, con acierto, lo mismo que Eusebio Cardoso quien, a pesar de todo, conocía más o menos el lugar de leídas.

Nomás se hubieron acercado todos a la puerta, a punto de tocar el dintel, oyeron los versos de una tonada conocida hendiendo la virginidad de la noche:

> *Porque ya me cansé de estar queriendo*
> *a quien no me quiere a mí.*

No pudo evitarlo: Cardoso recordó (en *déjá vü*) el momento en que Raimundo Rosales, el pobrecillo hombre de quevedos verdes con fondo de botella, llegaba allí a ver a su amada Inés esa postrer y amarguísima noche, aquella velada de marras que nadie, ni él, olvidarían jamás. Pero eso era harina de otro costal, recapacitó Eusebio, una harina ya vieja y gastada, trama de otra fricción. Ahora estaba metido en ésta y con otros nuevos compañeros de viaje, y eso era lo que importaba; sobre todo develar un asunto que lo consumía: el crimen de Inés. Empédocles golpeó el dintel y casi de inmediato se oyó allá adentro cómo alguien (un cuerpo) apagaba el tocadiscos, caía o golpeaba contra un mueble (una mesilla del vestíbulo) y por fin, atareada, descompuesta, aparecía frente a los recién llegados echándose atrás unos mechones de pelo teñido: era Josefina, la misma joven que le había abierto la puerta a Rosales aquella noche de su nefanda llegada, su postrimera noche de amor. Junto con Josefina, asomándose en el filo de la jamba, estaba Ruth, curiosa y absorta. Ambas los hicieron pasar, amabilísimas, obsequiándoles, conforme entraban, un coqueto beso en la comisura de los labios. Una vez adentro, pasando el vestíbulo con espejo y candelabro, encontraron

una sala enorme de estilo dieciochesco aunque, tal y como había dicho el doctor de Las Rémoras, retapizada. No hacía tanto calor dentro aunque eso sí, se dejaba sentir el humo empozado del cigarro y las velas enrareciendo el ambiente con olores de almizcle, lavanda y limón. De pie, a un lado de los sofás, divanes y otomanas desperdigados en los rincones mortecinos, se encontraban esperándolos Unas siete u ocho chicas de entre veinte y veinticinco años de edad. Una luz rojiza, venida de algún lugar desconocido de la sala, emborronaba sus apretados talles, sus piernas y sus lánguidos brazos, su verdadera altura, sus rostros maquillados. Por supuesto, para aquellos asiduos al antiguo burdel como Díaz Gross, Iginio o Cecilio, la ausencia de Roberta y de Inés allí dentro hacía las cosas levemente distintas, su falta provocaba una punzada dolorosa o resquemor imposible de apagar, un sentimiento de pérdida irreparable por más que se tratara, al fin y al cabo, de dos putas.

Tras poner el tocadiscos nuevamente, Josefina fue presentándole a cada una de las jóvenes por sus nombres y por sus respectivas nacionalidades… casi como si se tratara de un certamen de belleza internacional. Entre ellas destacaba una joven morena apodada la Selvática por ser, al parecer, oriunda de la comarca de Iquitos, un remoto lugar en el centro de la Amazonia peruana, y otra brasileña, una mulata espectacular, culona y aguerrida, conocida en el mundo prostibulario como Teresa Batista. Había junto con ellas, otras cuatro jóvenes: dos hermanas húngaras, Nina y Nana, y dos rusas lechosas que nadie sabía cómo habían llegado pues no hablaban nada aparte de húngaro y ruso respectivamente, por lo que, muy pronto, eslavistas empedernidos, Pitol y Chernishevski se sintieron fuertemente atraídos por las dos jóvenes moscovitas mientras tú, Lector, te sientas ahora mismo con una de las húngaras y Cardoso con la otra, las cuales parecen gemelas a juzgar por la cabellera (rubia y larga) que roza sus erguidas espaldas, por los ojos garzos, claros y fríos, por las larguísimas piernas y brazos desnudos y tersos que en nada, sin embargo, hacen recordar la voluptuosidad y morena turgencia de Irene, la ex mujer de Eusebio, y mucho menos el estilo más o menos mediterráneo (trigueño, castaño) de Matilde. Con la primera de las jóvenes magiares (¿Nana?) te sentaste tú y con la que definitivamente debía ser la hermana de la primera (¿Nina?) se sentó el profesor universitario con la pinga bien parada a juzgar por —y sólo basándonos en— los pliegues abultados del pantalón, que no eran ni mucho menos de pincitas. Con ambas hermanas departieron los dos en hungañol una vez se instalaron en un rincón apacible de la sala, al lado de una botella de tequila blanco que Josefina les trajo en una pequeña charolita dorada con cuatro caballitos, limones y sal. A Yuri y a Pitol, sentados con las rusas lechosas al otro lado de la estancia, les

llevó una botella de vodka Stolichnaya, y al arquitecto Iginio y al maestro Villagrá, sentados cada uno con la Selvática y la jubilosa mulata Batista, una botella de ron jamaiquino con botellas de coca y cubos de hielo y rajitas de limón. Cecilio y Lascurain, mientras tanto, conversaban animadamente con Ruth sobre Roberta y su pequeño hijo desaparecidos, las razones o sinrazones de su abrupta partida de Las Rémoras y su forma esquiva y desdeñosa de tratar a Elias hasta el último día en que ambos se vieron en el burdel. El ginecólogo les contó, entre sorbo y sorbo de whisky, cómo azarosamente había conocido a la mentada Roberta (muy bella, por cierto) durante una de sus visitas de rutina a los prostíbulos de la capital. Les relató asimismo cómo por azares del destino había salido a relucir entre ambos (doctor y paciente) la historia amorosa de Roberta con el escribidor una vez que él, Lascurain, le diagnosticó una extraña enfermedad venérea. Se trata, le dijo a Ruth y a Cecilio confidencialmente, de la llamada sífilis del arrebato amoroso y provoca en el que la contrae una suerte de locura pasional, un extraño *enthousiasmós* que motiva actos verdaderamente imprudentes y desproporcionados. Roberta, al parecer, continuó Humberto emocionado sin soltar su whisky, se quedó estupefacta al escuchar de labios del especialista las razones demenciales de Elias, su ex amante, y entonces la pobre ya no pudo reprimir unas salobres lágrimas de cocodrilo, las cuales rodaron raudas por sus pulimentadas mejillas mientras, púdica, sé cubría el coñito que Lascurain acababa apenas de auscultar con unos guantecitos especiales para esas visitas de rutina. Ni qué decir que Cecilio y Ruth, amigos de antaño, no salían asimismo de su asombro y su tristeza con la espeluznante anécdota: hasta ese momento no habían comprendido la devoradora obsesión de Elias, el hijo del pueblo, por la puta de ojos verdes, la bellísima Roberta, rompecorazones legendaria de Las Rémoras y lugares aledaños. Se quedaron callados un rato incalculable sin saber qué más decir pues todo lo que no estuvo escrito en *Las Rémoras* estaba por fin ya dicho allí.

Mientras que esto acontecía, Villa y Empédocles se habían ido, orondos y dicharacheros, a sentar (con sus respectivos vasos de agua mineral cada uno) a un par de muelles y anchos sillones verdes en el umbral que divide el vestíbulo de la sala principal retapizada. Cabe añadir que desde que salieran de la lonchería de Tony, ambos se habían enfrascado en la que no era sino su discusión favorita, su sempiterno debate de años: cómo actuaban Eros y Eris en la siempre complicada y sutil maquinaria de la política sexenal mexicana, cómo afectaban las cuatro fases del ciclo cósmico a la intrahistoria de México y, sobre todo, cómo la Revolución y la Reforma Agraria habían sido finalmente traicionadas por un grupo de cabrones sinvergüenzas,

a decir del general norteño que no escatimaba palabrotas al referirse a la clase política mexicana. En esa maraña y en ninguna otra se les iba la vida a los dos sin nunca ponerse de acuerdo pues uno comparaba la incipiente democracia mexicana con la incipiente democracia siciliana del siglo v antes de Jesucristo y casi siempre (sin excepción) la segunda salía mejor parada a pesar de sus interrumpidos y estrepitosos fracasos. Y es que, la verdad sea dicha, Pancho Villa no era lo que se dice precisamente un hombre de principios o ideas democráticas (nunca lo había sido); la vida ruda, la cruda realidad del campo, repetía hasta el cansancio a quien lo quisiera escuchar, le habían hecho comprender que, nos guste o nos disguste, siempre se requiere de una mano fuerte, una mano dura, capaz de llevar las riendas del país, cuestión a la que el viejo Empédocles —con todo y haber sido proclamado rey por su pueblo al haberlo liberado de los oligarcas— no podía ni remotamente transigir con todo y ser él mismo un rancio aristócrata de cepa: cualquier semejanza a una tiranía o a una dictadura iba en contra de sus más arraigados principios democráticos y liberales. Al final, ya ves, le dijo Villa allí mismo entre sorbo y sorbo de agua mineral: te acabaron por echar de Sicilia los mismos que te alabaron y encumbraron. Pero a ti también te pasó lo mismo, Pancho, le rebatió el filósofo con harto conocimiento de causa, ¿o ya se te olvidó? ¿*A* qué te refieres exactamente, filósofo? Me refiero a que bien pudiste ser presidente de México en 1915 cuando entraste a la capital con Zapata y sin embargo te rehusaste: en eso nos parecemos pues aquellos que te ensalzaron y pusieron por las nubes al final te dieron la espalda. Es diferente, le contestó el Atila del Norte: yo no estaba hecho para ser presidente, nunca tuve la preparación, los estudios, y por eso no podía aceptar un cargo así; pensaba, y sigo creyendo, que había otros mejores que yo. Ah, pero eso sí, volvió a blandir su espada flamígera Empédocles de Agrigento: gobernador de Chihuahua sí fuiste ¿verdad? Y no lo hice tan mal, lo reconvino el Azote de la Frontera recordando ese año y fracción de su gobierno: mi tarea era y ha sido siempre destruir a los pequeños oligarcas, a los Terrazas-Creel (entre otras familias de hacendados), a los grupos de poder que controlan el país como si lo usufructuaran, y a eso me aboqué y le eché los güevos mientras fui gobernador, lo mismo antes que después. Nadie dice que no se los echaste, reconoció el presocrático, pero tampoco te lo agradecieron mucho que digamos… Para mí la insuficiencia de Madero y de Abraham González, continuó el general como si no lo hubiera escuchado, me hizo darme cuenta de una vez y para siempre que había que seguir luchando, que las estructuras porfirianas sólo habían cambiado de nombre o de propietario, pero que nada se había transformado de fondo, de raíz. En eso estoy de acuerdo, dijo el filósofo: no hay más en esta vida que luchar sin

tregua, a brazo partido, y los dos lo hicimos a nuestra manera, sin embargo, te lo digo francamente, Doroteo: México, como cualquier otro país, ha estado usufructuado por los ricos, ellos son los dueños de todito, nos guste o no reconocerlo, es el precio de vivir en un sistema donde todo es susceptible de comprarse o de venderse al mejor postor y… Aquí lo interrumpió Villa un tanto cuanto malhumorado con la visión libertina de su querido amigo: …y donde, por supuesto, sólo impera el más rastrero espíritu de competencia, la ley del más vivales ¿no es así? Exacto, respondió el de Agrigento, pero ese sistema, por más ojete que nos parezca, luego surte (con el tiempo) sus benéficos efectos en los de más abajo; es mucho menos peor, te lo digo, que un Estado propietario de todo, dueño de los individuos y sus almas, de sus tierras y sus heredades. No, en eso te equivocas, Empe: el Estado debe asegurarse de que la tierra, sobre todo la tierra, óyelo, sea del que la trabaja, de los peones, y de naide más. Pero con un Estado así, como lo pintas, paternalista, crapuloso y burocrático, no hay libertad ni estímulo ni competencia, señaló el filósofo dándole un sorbito a su agua mineral; al menos dentro del capitalismo, por más ruin y salvaje que te parezca, rige (aunque a regañadientes) cierta libertad y existe el acicate que implica tener un poquito más que el otro… y sin el cual, óyelo, no pasa nada y todo se esclerotiza. Allí justito es donde discrepo contigo, rezongó el Atila: ¿cómo puedes tú hablarme de capitalismo y libertad cuando en México muchos no saben hablar español y los que saben nunca han cogido un libro pues no les alcanza el dinero o no tienen tiempo de tanto sobarse el lomo en el campo de sol a sol? Para ser libres y verdaderamente democráticos, amigo, tal y como tú pretendes, hay que tener, primero, equidad, segundo, educación, y en México no hay ninguna de las dos: ni educación ni equidad… sólo la más pura desigualdad y la más patética injusticia social. Es cierto, asintió Empédocles. Al menos, continuó Villa esta vez imparable en su arenga, debería existir la oportunidad de prepararse por igual, de cultivar el espíritu por igual, y para ello se requiere un cambio de raíz y junto con el cambio se necesita mucho tiempo, acaso siglos para enderezar las cosas… Y *kínésis*, volición, dijo el filósofo. ¿Voli… qué? Deseo, agregó el de Agrigento. ¿Deseo?, preguntó Villa sorprendido. Sí, el deseo de ser mejor que el otro, la voluntad de salir de la mediocridad, el deseo de tener más que el vecino, añadió Empédocles a rajatabla; los mexicanos son abúlicos, envidiosos y conformistas… y eso por culpa de su catolicismo, de su guadalupanismo irredento y de su historia llena de derrotas. En eso sí coincidimos, filósofo, consintió Villa. El deseo debería ser la moral del hombre, sentenció Empédocles; la voluntad es lo que, al fin y al cabo, nos hace a todos diferentes, mejores o peores, sabios o ignorantes, grandes o chicos. Pero ¿cómo te atreves a decir que somos diferentes

si somos todos iguales y la Constitución debe regir idéntica pa' todos sin excepción? No somos iguales, Doroteo, por más que te empecines en creerlo; la Constitución es otra cosa y no viene a cuento en lo que estoy diciendo aquí. El general sin embargo resondró impertérrito: pues si no somos iguales, deberíamos serlo, si no ¿cómo hablar de libertad, de competencia o democracia, cuando las oportunidades no son las mismas, insisto, cuando en México lo único que ha habido es una pandilla de ricos explotando a los pobres y otra pandilla de políticos maniobrando a expensas de los más jodidos? Justo por eso mismo, arremetió el filósofo de los cuatro elementos: porque los políticos explotan y vejan a los pobres con amañadas medidas populistas y mesiánicas, esas jugarretas que, a la larga, no van a conseguir sino hacerlos hundirse en la inacción, en la ignorancia y la miseria… No me hables de mesianismos justo tú que te las dabas de dios en tus días. Pues eso somos, Pancho: dioses, cada uno de nosotros es un dios o al menos eso deberíamos llegar a ser si observáramos los preceptos de mis *Purificaciones*, las tres manías o posesiones divinas: la de la profecía, la de la medicina y la de la poesía. Mira, cabrón, cada vez que te pones así no entiendo de qué chingados me estás hablando, lo interrumpió el Azote de la Frontera, para mí sólo hay hombres fuertes, no dioses ni manías ni chingaderas. No me entiendes, Pancho, porque no escuchas… y sólo el aprendizaje, óyelo, acrecienta la sabiduría; ya lo decía Angeles, tu artillero: eres necio y obstinado con ganas. Cuando se te mete algo en la cabeza ni quien pueda sacártelo de la mollera; ya veo por qué el Carnívoro de Cajeme te partió la madre en Celaya… y no una sino varias veces y en el mismo lugar. Mira, no voy a ponerme a hablar sobre el pinche Manco y las batallas que perdí, y menos sobre mi querido Felipe, que en paz descanse: esa es harina de otro costal y no quiero desviarme; yo sólo te digo clarito una cosa, filósofo, y es que esas medidas políticas de las que tú hablas con desdén no son populistas ni mucho menos: los servicios públicos son garantías sociales que el Estado debe proveer a todos por igual, pues amparan a aquellos por los que yo me partí la madre: los campesinos y mineros, los ferrocarrileros y artesanos, los indígenas y tenderos, los antiguos colonos militares venidos a menos, todos los que no tienen voz ni voto desde de la Conquista, los atropellados y vejados por quienes tienen más, por quienes están arriba, en la cúpula, desentendidos; todos los humillados, óyelo, merecen salarios justos, horarios de trabajo de ocho horas, educación gratuita, justicia, salud y asistencia social, jubilación digna y bienestar, libertad y, sobre todo, tierras, tierras. Empédocles, un poco cansado, decidió no decir nada más ante esta última andanada del general duranguense; sólo bebió el último trago de su agua mineral y cerró los ojos apesadumbrado: nunca se entenderían a pesar de estar (en el fondo) tan cerca uno del

otro, o eso intuía. Luego de un buen rato de silencio apenas filtrado por la música del tocadiscos en la estancia de al lado, Villa comentó: Lo que no entiendo es que, según tú, todos somos iguales por la fuerza de Eros, ¿no es así?, la cual supuestamente unifica y amalgama todo lo diverso en una sola masa compacta; luego, no obstante, dices que no somos iguales, que el deseo y la voluntad nos distingue, nos emancipa. La verdad no te entiendo, Empe. Mira, Pancho: para empezar la idea del Uno es de Parménides, no mía, contestó el de Agrigento saliendo de su mutismo: él es monista y yo no; de hecho, yo soy el primer pluralista de la historia, óyelo bien; luego ya Leucipo me copió. Ahora bien, aunque Eros tiende, sí, a la unión de lo diverso, en este momento, recuérdalo, estamos en la fase contraria, la de Eris, Discordia: todo, pues, está disperso en millones de conjuntos y sub-conjuntos y sub-sub-conjuntos. Sólo lo semejante atrae lo semejante y con ello conforma su propio núcleo, su pequeña unidad, su conjunto de similares; así que ni todos somos iguales, Pancho, ni lo seremos jamás pues apenas se consiga la mentada Esfera que une lo diverso en el cosmos, que amalgama los contrarios, el torbellino de Discordia, *diñé*, lo disgregará todo de nueva cuenta, separará lo desemejante. La verdad siempre me confundes, terminó Pancho sin ganas de seguir más esa larga noche de farra, acomodándose al mismo tiempo su ancho sombrero: ¿quieres otra agüita, filósofo, pues ya se me secó el gaznate?

Como toda respuesta, Empédocles se levantó enfurruñado o acaso un poquitín frustrado, se recogió la toga morada con lesa majestad y se puso a buscar a Cardoso entre el humo y los divanes del salón dieciochesco retapizado. Al empezar a deambular, el gran filósofo de Agrigento pudo comprobar cómo, con tanto ruido y ajetreo, Morfeo se había esfumado *déja* de la casa de Cipris sin decir adiós o ahora vuelvo; el sueño y la modorra que venía venciendo a cada comensal al dar por terminado el opriápico festín en la lonchería de Tony se habían transformado, en una suerte de apoteosis órfica de puta madre: coexistía allí, frente a sus narices, un estallido de hambre carnal amaridado con una sed de siglos y de lenguas y unas indecibles ganas de cantar o ponerse a bailar, de reírse, tirarse pedos, eructar o besuquear a las hermosas jóvenes en trapos menores que los circundaban como Ménades salidas del bosque. Hasta a las mismas chicas, acostumbradas a no recibir a más de uno o dos parroquianos entre semana, a veces ninguno en toda la semana, se las veía de pronto contentas, dicharacheras y jacarandosas, con ganas de pasársela bomba con el regimiento de recién llegados. Sólo a Solón se le veía un poquitín tieso, sentado en la barra, conversando con Josefina y Díaz Gross sobre el paradero de Jenny, la gringa, la verdadera propietaria del burdel rebautizado.

La nueva madame dijo, a la vez que les ofrecía un cigarrillo:

—Lo que nos dejó pasmados a todas fue la estrepitosa caída del pobrecito cura Roldán, ¿lo recuerdan?

—Claro —respondió el doctor encendiéndole, solícito, el cigarro a Josefina y negándose él mismo a fumar uno—, la cara que puso mi buen Augusto, que en paz descanse, cuando vio a la gringa aparecérsele allí, en medio del funeral que celebraba en el cementerio marino, era para poner los pelos de punta. Debió haber pensado que se trataba de un ángel…

—Pero no su ángel de la guarda —añadió Josefina dándose una palmada en la sien.

—Por supuesto que no —dijo Solón reprimiendo una breve risilla aunque, para ser francos, la caída de Roldán en la fosa y sus ulteriores consecuencias no era un asunto para estarse burlando ni mucho menos.

—No es para reírse —lo regañó Josefina con toda razón—, nos hemos quedado sin cura en el pueblo. Y aunque putas, óyelo, creemos en Dios, en la Virgen y en la Divina Providencia.

—En eso se parecen siempre todas ustedes —dijo Solón—: aman a Dios y se creen María Magdalena.

—Hablando de ángeles guardianes —interrumpió Díaz Gross, que apenas salía de su ensimismamiento—, tuve ocasión de leer, no hace mucho, un relato confesional de Roldán: lo tituló *Crónica de un converso* y en él cuenta cómo conoció a Jenny, tu jefa, en La Paz, cuando ambos eran jóvenes… por allá de los setenta, creo.

—¿Ah, sí? —exclamó Josefina asombrada, pues no había oído hablar nunca sobre ese manuscrito.

—Roldán la llama su ángel de la guarda, ¿lo pueden creer?, y con ella tuvo nada menos que a nuestro Elias, el hijo del pueblo.

—Lo sabemos, conocemos esa historia, doc —dijo Josefina recordando el agónico final del cura en el Altozano cuando reveló (en el último minuto y en su lecho de muerte) la consanguinidad de Ricardo y Elias, medios hermanos.

—Pero si más bien fue Abadón el Exterminador el que se le apareció en el funeral —apuntó Solón recordando el momento y la cara despavorida del pobrecito sacerdote cuando, a punto de despedir al licenciado Rosales al Más Allá, se apareció la gringa sin haber anunciado su llegada.

—No era para menos: era la madre de su hijo —dijo Díaz Gross.

—Y lo de no querer enterrar a Inés junto con el licenciado me pareció una desvergüenza, una deslealtad, una cobardía —enumeró Josefina iracunda al rememorar ese infausto día—. ¿Qué nos espera a nosotras cuando pasemos a mejor vida? ¿Escupitajos?

—No puedo estar más de acuerdo contigo —dijo el doctor levemente envejecido en su terno azul claro y su corbatín de cuadrículas pasado de moda—, fue una chingadera, José, pero no fue culpa de Roldán. Si hubiese sido por él, yo lo sé, Augusto los hubiera enterrado juntos a Raimundo y a Inés.

—Fueron los recalcitrantes católicos del pueblo, las agachadas y la liga de las madres —añadió Solón, que había perdido su fe (y a su madre) desde hacía ya muchos años—. ¿En qué podía molestarles, digo yo, que los enterraran juntos si al cabo ése era su deseo y a nadie ofendían con ello? Me consta que el licenciado Rosales sólo esperaba, cada tarde, la hora para ir a pagarle una visita al triángulo de las Bermudas.

—¿El triángulo de la Bermudas? —brincó Díaz Gross.

—Sí, así le llamaban Iginio y Rosales a la dueña, ¿acaso no sabía, doc?

—¿*Y* cómo consiguió esa *Crónica de un converso*? —interrumpió Josefina dándole una bocanada a su cigarro al mismo tiempo que trataba de quitarse el mal sabor de boca que la embargaba cada vez que le traían a la memoria la inhumana forma en que habían dado sepultura a la pobrecita Inés.

—Me la prestó Santa. Ella se quedó cuidando el Altozano en espera del nuevo cura.

—¿*Y* sabe algo de él? —preguntó Solón deshaciéndose de esas volutas de humo acidulado que se habían ido a aposentar sobre su rostro.

—¿Del nuevo cura? No mucho. Sólo sé que es miembro honorario del *Opus Dei* y que cualquier día de éstos se nos aparece en Las Rémoras con su crucifijo de oro en el pecho. Creo que se llama Urbano.

—¡Qué nombrecito! —gritó espantada Josefina—. Vamos de mal en peor.

—Pues sí —asintieron Solón y Díaz Gross al unísono, un poco taciturnos con la noticia.

Con eso más o menos se zanjó el lamentable tema del cura Roldán y de la gringa, y de paso, el también fatídico final del licenciado Rosales y la ex dueña del burdel. No obstante, Josefina se quedó pensativa dándole largas bocanadas a su segundo cigarrillo, mientras Solón tarareaba un nuevo bolero de Lolita y Díaz Gross daba sorbitos de canario a su whisky sin soda y con hielo. El calor había cedido allí adentro o bien un silencioso aire acondicionado refrescaba el ambiente o, de plano, el alcohol les había hecho olvidar unos minutos la insoportable canícula del mes. Como quiera que fuere, ya algunos bailaban pegaditos al ritmo del bolero en un pequeño recuadro en el

centro del salón. Allí estabas en primerísimo lugar tú, cachondo Lector, con Nana, un poco más alta que tú y menos desgarbada; asimismo se encontraba Chernishevski, de anchos zapatos, con una de las rusas lechosas y, por último, Ruth con el doctor Humberto Lascurain, quienes parecían padre e hija tiernamente abrazados el día de la boda de la joven prostituta. Los demás los observaban impasibles, macilentos, desde los sofás y divanes desperdigados: bebían o tarareaban la canción de Lolita o, de plano, se refocilaban con sus respectivas parejas bajo la furtiva luz que los amparaba y diluía en los rincones del antro. Cardoso, que no se había levantado a bailar y abrazaba dulcemente a Nina sin pensar en nada más que en los mordiscos que le daba en su cuello de alabastro dándole traguitos a su tequila entre mordida y mordida, de pronto se acordó del novelista Marcelo Chiriboga, a quien no había vuelto a ver desde que llegaran al burdel hacía ya un buen rato. ¡Caray! ¿Dónde estaba el ecuatoriano? De repente se le había desaparecido. Alarmado, se puso de pie de un salto sin avisarle ni explicarle nada a su bella Nina; luego cruzó la sala y se acercó a Pitol, quien también seguía cómodamente arrellanado, feliz de la vida, con su lechosa compañera moscovita. No obstante, como única respuesta a su ingenua inquisitiva, Eusebio escuchó una andanada de regaños e improperios:

—Eso te pasa cuando incluyes tantos personajes en un mismo capítulo, que te sirva de experiencia, Eusebio. Es dificilísimo no perder el hilo de todos. En lo que relatas la trama de uno o dos, ya los otros dos se fueron al baño u otro se te quedó dormido, borracho o vete tú a saber. Por eso, insisto, debes ceñirte a no más de tres o cuatro. Lo tuyo es una locura, una desproporción. Por eso *Fricción* no funciona; por eso ni tus mismos cuates te leen ya. Saca la cuenta tú mismo: ¿cuántos estamos rondando por allí? Verás que tengo todita la razón.

Desconcertado con la arenga (o mejor dicho: la zurra pitoliana), Cardoso se puso a contar con temblorosa mano mientras repetía para sí, como un párvulo de seis años, cada uno de los nombres, incluidos los de las tangibles y apetitosas prostitutas. No obstante, y la verdad sea dicha, no podía alcanzar a sumar (por más que se esforzaba) el número total de personajes que tenía metidos junto con él dentro del burdel esa noche. Imposible. Por más concentración que ponía, el pobre profesor perdía la cuenta y empezaba otra vez con detenimiento, serio y adusto como un escolar a punto de reprobar matemáticas. Al final sólo se excusó diciéndole a su admirado Pitol:

—Mira, la verdad ya estoy un poco pedo, Sergio, pero creo que tienes razón. Son demasiados y es una tarea titánica la que me he impuesto…

—¿Tarea titánica o pendeja?

—Mira: ¿qué le vamos a hacer? Así me salen las fricciones. Mis

cuates, en cambio, se organizan y toman notas, planean todo con minucia y antelación, se ciñen a un esquema y hasta bosquejan, como hacía Stendhal, la psicología de cuatro o cinco personajes…

—Para colmo, mira quién llega aquí —lo interrumpió Sergio un poco harto del profesor Cardoso señalando al mismo tiempo las escaleras alfombradas que llevaban a las habitaciones de arriba—. Hablando del rey de Roma: Marcelo Chiriboga en vivo y a todo color. ¡Ya ves, Eusebio! Basta un descuido para que uno les pierda la pista, así son de canijos: en un abrir y cerrar de ojos se evaporan. ¡No te sientas tan ducho a la próxima y, porfa, ya déjame en paz que la rusa se me está durmiendo!

Era cierto. Marcelo venía tomado del talle de una japonesita de muy baja estatura que nadie nunca vio al llegar a la casa de Atuneros —o al menos él no la recordaba. ¿Cómo se las había ingeniado este cabrón de Chiriboga?, se dijo Cardoso tambaleándose, ¿en qué momento se desapareció y subió a las habitaciones sin decir una palabra, sin avisarle a nadie adonde iba? Este bastardo ecuatoriano no perdía el tiempo; se le veía radiante, rejuvenecido, como si la japonesa, en lugar de follárselo, le hubiera dado un masaje oriental de los pies a la cabeza, se dijo el profesor volviéndose a rastras a su mullido sofá verde con ¿Nina, Nana?, quién sabe, la verdad eran idénticas y ya estaba algo pedo para distinguir una peca, una mueca o incluso un agrio olor a sobaco, todo era Uno y lo mismo a esas alturas de la noche, una gran mezcla integrada por la fuerza poderosa de Amor, la fuerza centrípeta de Cipris, la bella. Eusebio se sentía ligeramente mareado, no totalmente borracho pero sí en *ékstasis*, fuera de sí, en una suerte de torbellino cósmico y en franca simpatía con cada ser humano, en concordancia con los objetos que decoraban el gran salón dieciochesco del burdel costeño y atravesando (como el poeta) bosques de símbolos; se imaginaba de pronto enamorado de esas amables putas y de sus efluvios a perfume de benjuí; sentía como si hubiera vivido ya (hace siglos) esa vida noctivaga y sórdida, como si conociera de antaño las infinitas transformaciones de la concupiscente carne; se veía feliz sumergido en esa tenebrosa y profunda unidad, reencarnado o redivivo, quién sabe, como habiendo experimentado antes todo aquello pero en forma de murciélago o de Baudelaire; era todo un vago o falso recuerdo, una chispa o alucinación de borrachín abandonado, empero ¿cuál no sería su sorpresa al encontrarse a su vuelta al gran filósofo de Agrigento arrejuntado justo con su .bella Nina y en el sitio mismo que había dejado vacante para ir a conversar con Sergio Pitol? Este detalle no pareció sin embargo incordiarle al ex profesor, todo lo contrario: en su delirio o ebriedad se alegraba aún más de tenerlo (por fin) allí, para él solo (o casi), pues ganas no le faltaban de hacerle muchas preguntas

desde que se lo hubiera encontrado en el aeropuerto de Las Rémoras, dudas por supuesto cosmológicas que lo atormentaban desde que leyera por primera vez, hacía ya más de quinientas noches (todavía en la desdichada época de Madisonburg) su fragmentado poema *Sobre la Naturaleza* y sus *Katharmoí*.

Briago pero lúcido, Eusebio se sentó al otro lado del sofá con la bella húngara en medio de los dos. Empédocles le dijo sin soltar la manita de la puta del Este:

—Llevaba rato buscándote, pues me dijiste que querías hablar conmigo, ¿ya se te olvidó?

—No quise interrumpirte —mintió—; te vi ocupado con el aguerrido general.

—Y yo a ti con Pitol… y antes con la joven magiar —dijo guiñándole un ojo a Nina, quien continuaba, no obstante, sentada allí, absorta y sonriente como una esfinge en medio de los dos.

—Bueno, estamos ya aquí, mi querido filósofo, y la verdad quería preguntarte un par de cuestiones que me han dejado sin dormir desde que leyera tus dos grandes poemas.

—Soy todo oídos, amigo.

—Todo parece indicar en tus sesudos escritos que Amor, ese motor universal, prevalece sobre Discordia.

—No prevalece, son iguales. Tienen la misma fuerza.

—Okey, sin embargo, Eros es algo… —titubeó un segundo— positivo, digamos, mientras que Eris, de plano, no lo es, según se desprende de mi lectura.

—Exacto. Obvio.

—Es allí justo donde discrepo, Empe, pues aunque comparto tu teoría del ciclo cósmico y de los cuatro *archaiy* veo no obstante que la fuerza de Discordia es, al contrario, bastante positiva, o al menos positiva desde cierto punto de vista pues fomenta que se junten aquellos que sí son semejantes, que son pares, y en cambio, consigue que se separen aquellos que no lo son. Estos últimos, a su vez, crean (felices, simpatéticos) otros grupos de semejantes, y así, al final, todos parecen estar más contentos viviendo, tranquilos, por su lado, en sus pequeños subconjuntos, con sus respectivos iguales *y sin* tener que codearse en demasía con los otros, sus contrarios. Si lo que digo es correcto, no comprendo entonces por qué es tan importante para ti mezclarlo todo, unirlo todo, si al final, como bien dices, sólo la simetría de los poros, la atracción de semejantes, es la que va a hacernos más felices y mejores.

Casi emocionado con su propia (abstrusa) apología de Discordia, Cardoso tomó aire unos segundos y continuó impertérrito, intentando dominar la embriaguez que lenta pero inexorablemente lo embotaba:

—Si mal no recuerdo, Teofrasto, tu doxógrafo, escribe que "Se disfruta de lo semejante, según sus componentes y su mezcla, y se produce disgusto por lo contrario, por lo desemejante." Teofrasto añade citándote que "el conocimiento se produce por lo semejante y la ignorancia, en cambio, por lo desemejante."

—Es cierto, eso dije, eso escribí… y luego desgraciadamente se perdió.

—Entonces no entiendo ¿por qué carajos pretender la armonía de lo desemejante?, ¿por qué rendirle culto a Eros si hacerlo es casi un contrasentido, produce al final pura ignorancia y disgusto?

—No se pretende, Eusebio, es así. Se trata de un ciclo infinito.

Cardoso, no obstante, ya no lo escuchaba (o no del todo, la verdad) pues apenas y con trabajos se escuchaba a sí mismo, a duras penas oía su soliloquio. La media botella de tequila y los mordiscos en los hombros de Nina lo habían atarantado, lo tenían zambullido en un vórtice de olores y colores rutilantes. Con todo, cierta lucidez no cedía… y por eso arremetió:

—Y no sólo eso, sino que para mí queda claro, siguiendo tu teoría, que si Eris está sometida a Anánké (y por tanto no hay remedio ni forma de cambiar esto), entonces, digo yo, las guerras, los pleitos, las querellas, las disputas, los crímenes y las diferencias, todo tiene su razón de ser, su sentido oculto y liminar, su indefectible necesidad cósmica. Con ello básicamente se refrenda y cumple aquel dicho popular mexicano que reza: "No hay mal que por bien no venga" pues al cabo todo mal o todo odio es necesario y todo mal y toda inquina lleva ineluctablemente a un bien lejano, ulterior, el de la Esfera y Amor en el centro de ella.

—Se nota que has estudiado a fondo mis conceptos, sin embargo no dejas de recordarme al pobrecillo de Pausanias, mi joven discípulo, que en paz descanse, por lo obtuso y limitado de sus pensamientos. En eso sí que son los dos bien semejantes. Pero no voy a sobajarte pues has atinado en muchas cuestiones ya de por sí difíciles de comprender. El único problema con dar prevalencia a Discordia, como tú dices (a pesar de su Necesidad), y si acatáramos el refrán popular al pie de la letra, es que nos volvemos peligrosamente ideológicos, ¡ves!, y con ello justificamos como Sade cualquier aberración, cualquier crimen o atrocidad, cualquier maldad humana, en aras de un fin, y esto simple y llanamente no puede ser, Eusebio. Tú lo sabes mejor que yo; eres un humanista ¿no es cierto?

—Sí… —replicó atónito Cardoso luego de unos instantes de ardua reflexión entre insoportables hipos, eructos y hálitos etílicos—, no había caído en la cuenta de ese detalle, ¿sabes? No quiero sin embargo que pienses que soy uno de esos pseudohegelianos, utopistas de pacotilla, que opinan o siguen a Aristóteles como a un dios; su

estrecha visión teleológica no lo dejaba ver la profundidad de tus otras intuiciones…

—¿A cuáles te refieres? —preguntó no poco envanecido Empédocles, quizás un poco harto también de la pestilencia a tequila y cerveza del eximio profesor de novela de la Revolución.

—A Tyché y Anánké, las cuales le parecían a Aristóteles, ya lo sabes, el colmo de la desmesura, un añadido de última hora que desmerecía frente a tu teoría de los dos motores, Eris y Eros —aquí Eusebio se detuvo un instante para acariciar una de las piernas desnudas de la joven magiar que seguía la conversación como si se tratara de una pelo tita de ping pong, un juego que no comprendía ni remotamente pues no sabía una jota de español aparte de ciertas lindas palabritas tales como métela, sácala y papacito, qué rico, qué grande está, y varias otras menudencias por el estilo.

—Mira, Eusebio —retomó el filósofo—, si Eris fuera una fuerza positiva, tal y como tú dices, entonces tendríamos que reconocer que tu artera traición y sus ulteriores consecuencias fueron asimismo benignas… y de hecho no lo son. Mira los resultados.

—¿Mi artera traición?

—La que le asestaste a Estéfano Morini, mi compatriota italiano, metiéndote con su mujer, no te hagas —contestó el de Agrigento atravesándolo con la mirada—. Sí, Eusebio, la traición que le asestaste a Irene, tu querida esposa, y de paso a tu hijo Emilio arrebatándole, de un día para otro, a su adorada amiguita Alessandra. En esto, ¿sabes?, Tino tiene sobrada razón. No fue Eros, como arguye el personaje de Coetzee; fue Eris el que te empujó.

—¿Dices Tino, el gallego taciturno? —Eusebio no salía de su atolondramiento.

—Sí, Tino o su *daímon*, ¿qué importa?

—¿Y cómo sabes tantos detalles de la historia, digo: de mi historia?

—Pero ¿crees que soy imbécil? Al igual que Lector, yo también estoy leyendo *Fricción*.

—¡Pero si no la he acabado todavía! —saltó, gimoteó, rogó Cardoso.

—¿Y quién dice que la he terminado? En esas ando, amigo.

—¿Cómo? —replicó Eusebio aturdido: ¿acaso estaría soñando? Antes de que pudiera decidirlo, oyó nuevamente:

—De cualquier forma, esa es otra cuestión… metafriccional, si prefieres —opinó con parsimonia el filósofo—. Por ahora no nos desviemos. Sólo contéstame de una buena vez: ¿sigues creyendo que Eris, Odio, Discordia, es, al fin y al cabo, una fuerza bondadosa, positiva… y sólo porque crea pequeños mundos, reductos de semejantes y millones de subconjuntos, o entiendes que Eros, con su

mezcla y su fuerza unificadora, nos trae la alegría, el gozo, la calma y el amor?

—La verdad ya no lo sé, creo que estoy un poco mareado, confundido…

—¿O más bien estás pedo? —sonrió Empédocles dándole una palmadita.

Como única respuesta, el profesor de mfu sonrió un segundo haciendo bizcos, luego dio un breve mordisco al hombro desnudo y niveo de Nina y acto seguido intentó besar su albo y magiar cuello de cisne; no obstante, justo al hacerlo, soltó un eructo digno del portentoso Esténtor. Enrojecido, Eusebio se disculpó de inmediato en hungañol, y recomponiéndose, le dijo al sabio filósofo de los cuatro elementos:

—Pero hay algo más, ¿sabes?, un punto que me deja todavía intranquilo, que no me ha dejado dormir y me tiene de paso atorado con la fricción que estoy escribiendo…

—¿Qué?

—Es sobre la transmigración, la reencarnación y todo eso que explicas en tus *Purificaciones*…

—¿Sí? —insistió el viejo filósofo de Akragas ligeramente inquieto y con evidente malestar.

—¿Eres o no eres Soto Gariglietti, el fundador del Partido de la Naturaleza y el Fuego Mexicano? ¿No es cierto que te habías tirado al Popocatépetl?

No obstante y para su trágica desdicha (es decir, para su imparable y reciente mala pata), justo en ese preciso o precioso momento, apenas haberle preguntado si él era o no era el famoso político mexicano —o mejor dicho: si Empédocles había reencarnado veinticuatro siglos más tarde en él— y esperando una respuesta definitiva, concreta, Eusebio se excusó de Nina y del filósofo como pudo pues una fortísima arcada venida de la ultratumba de sus etílicas tripas lo había vencido quebrándole (simbólicamente) la. columna vertebral… a punto de sacarle con ello, de un porrazo, los mariscos y moluscos que se había zampado esa noche en la lonchería de Tony. Tropezando, casi a tientas, se levantó del ancho sofá, cruzó la estancia entre varios cuerpos abrazados que bailaban despaciosos al compás de una nueva balada de Lolita y por fin, con trabajos y a duros trompicones, consiguió subir las mismas escaleras que Chiriboga había bajado como si se tratara de un chivo montaraz en las faldas de una escarpada colina. Ya en los aposentos superiores —y perdonen aquí la jerigonza—, abrió la primera puerta del largo corredor, vio un bendito retrete del que emanaba un espantoso efluvio a amoníaco que sólo consiguió desperezado un instante, cerró la puerta, se puso de hinojos

como el santo niño de Atocha y de un golpe sacó todo lo de adentro y un poquito más, vomitando un mundo de inmundicias marinas (ojo con la aliteración) y luego, fatigado, cerró los ojos sin saber ya qué pasó.

14

(**Martes 13 de junio**)

Martes trece, ni te cases ni te embarques, reza el dicho, Lector, y justo el martes 13 de junio, tu bella mujer semidesnuda, los ojos verdes, felinos, le confesó a tu amigo pintor:

—¿Sabes? Creo que sí estoy embarazada.

—Pero ¿qué dices?

—Lascurain no vuelve todavía y son ya más de tres semanas que no me baja. Así que fui a la farmacia y me decidí a comprar una prueba…

—¿Una prueba?

—Una prueba del embarazo, tonto.

—¿Y cómo funciona?

—Pues orinas sobre ella y te dice si estás encinta o no.

—¿Y lo estás?

—Creo que sí. Pero no es ciento por ciento confiable.

—¿Y de quién es el hijo?

—…

—¿De quién, Maty?

—Creo que tuyo —titubeó tu mujer, Lector—. Debe ser tuyo… si mi marido es, como suponemos, estéril.

—…

—Estéril y mentiroso.

—Estéril, mentiroso e hijo de puta —añadió el pintor agro contrariado hasta la médula.

—Tú no te quedas atrás —dijo Maty quién sabe si en broma o en serio, o tal vez con una insoluble mezcla de ambas.

—Y tú tampoco —atinó a responderle Arturo tumbado y desnudo.

Ya no dijeron una, palabra. Se hizo un agreste silencio. Durante unos minutos los dos callaron sin saber qué más decirse o cómo insultarse o desafiarse, acaso sabiendo que no había nada más que agregar por ahora (esa tarde lenitiva) excepto lo que fuera a añadir esa anchura no mensurable que otorga la espera del tiempo, el *aióm* aguardar, sí, ver cómo se configuraba su trama, la fricción de sus cuerpos o *datmones*. Eolo soplaba justo lo suficiente para secar sus torsos desnudos esa tarde en el estudio. Por fin, saliendo de su mutismo, sacando al pintor agro del suyo, acaso arrebatada por el *ékstasis* de un súbito recuerdo, Matilde preguntó:

—¿Qué pasó en Sicilia, Arturo?

Desprevenido, éste respondió:

—¿A qué te refieres?

—Desde la primera vez que vine a verte, o acaso la segunda, me dijiste que algo extraño había sucedido en Sicilia, algo insólito.

—¿Te refieres al viaje que hizo mi padre con su amigo Pablo?

—Sí, ¿a qué otro viaje si no? —dijo al mismo tiempo que sacaba de su bolso Louis Vuitton su pequeña grabadora portátil y la encendía.

—¿De verdad quieres saber, Maty? Pensé que ya lo habías olvidado.

—En absoluto —contestó ésta sentándose en forma de flor de loto sobre el mismo *quilt* de cada visita—. Justo ayer estaba oyendo las primeras grabaciones que te hice ¿sabes? y descubrí con sorpresa que nunca me contestaste esa pregunta, nunca me dijiste qué diablos pasó en Italia. No sé si lo dejaste pasar o no es tan importante en el fondo. Sin embargo justamente ayer pensé otra vez que si no lo fuera, que si no lo hubiese sido, entonces jamás me hubieras dicho que esa visita a Agrigento marcó y cambió la vida de tu padre, ¿no es así? ¿Acaso me equivoco?

—No, no te equivocas.

—Pero entonces ¿cómo cambió su vida? ¿Por qué?

—Mira, si lo dejé en el tintero fue porque si de buenas a primeras tˆ contaba lo que allí pasó, jamás lo hubieras creído. Tenías que escucharlo todo primero, es decir, enterarte de su vida, sus hazañas y fracasos, antes de conocer ese pasaje de su juventud.

—Bueno, bueno, está bien… Me dejas en ascuas otra vez. Cuéntame —insistió Maty oprimiéndole un hombro a su amante—. A estas alturas y luego de haber comprendido que tu padre se creía Empédocles, ¿qué más me puede sorprender?

—Mira: Roberto Soto Gariglietti tenía dieciocho o diecinueve años. Era, si no me equivoco, el verano de 1963… aunque pudo haber sido en el 62, quién sabe. Mi abuelo Pedro Soto, su padre, le había regalado ese viaje por Europa tras haberse graduado con excelencia de la preparatoria lasallista a la que asistió. Así que su amigo Pablo y él, compañeros del alma, se echaron una mochila al hombro y se pusieron a recorrer Europa ese tórrido verano. Según me contó, no era nada fácil llegar a Sicilia y mucho menos a Agrigento, sin embargo mi padre tenía razones de sobra para conocer la tierra de sus antepasados maternos, la llamada Magna Grecia, y por eso jaló junto con él a su querido amigo de la prepa. Una vez allí, en la isla del filósofo, se pusieron a recorrer cada calle y rincón de la ciudad, la hermosa iglesia de San Nicola y la catedral gótica en el centro histórico; visitaron la casa de Pirandello en Caos y las horribles playas de Puerto

Empédocles, hasta que, por fin, un poco aburridos, tostados por el sol y sin tener mucho más qué hacer, decidieron irse a descansar al único hostal de la ciudad, donde habían abandonado sus mochilas y enseres. Durmieron como dos párvulos. A la mañana siguiente, indecisos entre partir a Salerno o quedarse un día más, eligieron lo segundo y tomaron hacia el Valle de los Templos, a orillas de la ciudad; allí anduvieron solitarios, errabundos, entre chaparrales y almendros en flor, sin turistas, por la antigua necrópolis paleocristiana y el templo de Hércules; cruzaron un pequeño anfiteatro y visitaron el templo de Juno, luego el inacabado templo de Júpiter y por fin el maravilloso templo de la Concordia, el mejor preservado de Sicilia. Al final, ya caída la tarde, cogieron hacia unos acantilados no muy lejos del valle, con una soberbia, maravillosa, vista al mar. Desde ese sitio, el terreno descendía abruptamente hasta alcanzar una larga cresta rocosa. Allí, en medio de una agitada charla con su amigo Pablo, se apareció de pronto (como salida de la tierra) una mujer de unos cincuenta o cincuenta y cinco años. Era obviamente una mujer humilde, una *ciociara* a juzgar por la pobre indumentaria. Se sentó no muy lejos de donde estaban ellos y empezó a gimotear, sí, a llorar primero muy quedo, Maty, luego desconsoladoramente. Nada la paraba. Es probable que hubiese elegido ese confín solitario justo enfrente del mar pensando que no se encontraría a nadie, pero allí estaban ellos: los dos mexicanos despistados contemplando el Mediterráneo bajo el crepúsculo de estío. Tal y como te digo, la mujer se sentó y se quedó mirando también en lontananza, los ojos perdidos. Pablo y mi padre la vieron de reojo sin decir una palabra. El calor había disminuido levemente a esas horas. Primero, como te digo, no quisieron aproximarse, claro, pero luego, venciendo su cobardía o ganados por la curiosidad, como tú quieras, se acercaron a preguntarle si podían ayudarle o si le pasaba algo. Al principio, la campesina no se dignó a mirarlos, ni siquiera pareció que hubiese entendido el raquítico italiano de mi padre, sin embargo, un minuto después, se levantó del suelo, se quitó el polvo del vestido y los cogió a ambos de la mano, uno a cada lado, como niños de seis o siete años de edad, sin decirles una palabra, guiándolos. Ellos, Pablo y mi padre, no supieron cómo reaccionar. Al principio sintieron algo de miedo, y qué si nos tira al precipicio, pensaron ambos, pues lo cierto es que los tres serpenteaban ahora el filo mismo del acantilado; no obstante, dice mi padre que finalmente se dejaron conducir, dóciles, por esa extraña mujer con el pelo desgreñado y los ojos perdidos. Descendieron el barranco conforme iba cayendo la noche, cruzaron los seis grandes templos dóricos, caminaron un par de kilómetros más, pasaron algunos chamizales y barbechos hasta que se hallaron de pronto en un nuevo camino de herradura, una suerte de valle muy angosto con higueras

desperdigadas, el cual iba ascendiendo en forma de embudo. Allí, cuenta mi padre, subieron los tres en fila a través de fajas largas y escalonadas construidas *ex professo* por los mismos *ciociari*, fajas que llaman *macere* pues en ellas, tras roturar la tierra y extirpar la maleza y los pedruscos, cultivan trigo, lino, hortalizas y demás. Por fin, Maty, extenuados, llegaron a su pobre casa en la meseta del valle, la cual parecía más bien una cueva de ladrones o una madriguera de lobos, a decir de papá. Adentro vislumbraron, tras cruzar agachados las dos piedras verticales de la jamba, algunas cenefas negras de hollín y, más allá, a otro hombre en cuclillas, llorando suavemente, iluminado de perfil. Ella entonces los soltó de la mano y fue a sentarse al lado de ese hombre abotargado, perdido. Alrededor de la estancia, en los rincones, se insinuaban sacos de harina, talegos de lentejas y almortas, jarras de manteca repletas, damajuanas y ristras de salchichas y morcillas colgando de una viga. Ambos, la mujer y su marido, veían sin embargo algo inescrutable en medio de la estancia umbría o lo que fuera ese horrendo sitio o hueco en medio de la choza sin ventanas. Ambos, hombre y mujer, observaban algo… ¿pero qué? Pablo y mi padre tardaron todavía un buen rato en acostumbrarse a la oscuridad a pesar de las cenefas encendidas y el trébede de hierro que emanaba cierta escueta luz; tardaron dos o tres o cuatro minutos antes de poder por fin escudriñar con calma lo que había allí dentro aparte del calor insoportable: un escasísimo mobiliario con dos camas, dos sillas, un barreño de madera con asas, una virgen y una cruz, la damajuana de vino colgando de la viga, un cesto vacío, dos botellas vacías, una estufa de gas sobre una mesa, y eso sí, algunas velas derretidas, un olor a cera invadiéndolo todo, apestando el lugar. Por fin, luego de un rato, dice mi padre que vio casi frente a sus narices a la niña, a la joven que yacía allí, en medio de la estancia de tierra apisonada, doblada como un feto, sobre una estera rota, vestida y descalza, los pies mugrientos. Claro: estaba muerta. Dice mi padre que se sintió un imbécil, el más grande imbécil del mundo. ¿Cómo no se dio cuenta? ¿Cómo no vieron el cuerpo allí nomás entrar los dos, Pablo y él? ¿Cómo no siguió las miradas del hombre y la mujer acuclillados en el suelo, cerca del muro? De haberlo hecho, habría encontrado el cuerpo ovillado en la estera, por supuesto. Pero eso ahora ya no importaba. Allí estaban su amigo y él sin saber qué decir, sin saber qué hacer, en pleno Agrigento, uno de los sitios más remotos y quizá más primitivos de toda la Italia septentrional. ¿Cuánto tiempo llevaría la occisa en esa casa? Apenas se lo acababa de preguntar a sí mismo, apenas lo balbuceó o inteligió, no lo recuerda, cuando mi padre vio a la *ciociara* levantarse del suelo, acercarse nuevamente a los dos pero esta vez sólo mirándolo a él como nadie jamás en la vida me había mirado, Arturo, con una intensidad que me atravesaba y me hería la vista, el alma, las

entrañas. No sé qué deseaba o pretendía la mujer, pero no dejaba de escudriñarme, de taladrar mis ojos y bucear en mis facciones tratando, tal vez, de reconocer a alguien, de recomponer el rostro de algún conocido remoto, extraviado. Tuve miedo, ¿para qué te digo que no, hijo? Mucho más que en los escarpados acantilados, ¿sabes?, más que nunca antes en toda mi vida. ¿Habrá creído la campesina que nosotros tuvimos algo que ver con el fallecimiento de su hija o quien sea que fuera esa adolescente que yacía allí en medio de la chabola? ¿Nos habrían confundido con otros? Yo deseaba salir de allí, darles mis condolencias y escapar cuanto antes, pero la *ciociara* me cogió del brazo, me atenazó, y me llevó hacia el cuerpo inerte de la muchacha. Sí, era un chica de unos doce o trece años. Otra vez la *ciociara* hizo que me sentara junto a él y junto a ella y me dijo en su difícil dialecto que su hija llevaba cuatro días de muerta. Eso sí lo entendí, Arturo. Ella puso entonces su mano rugosa sobre el cadáver y empezó a acariciarlo mientras sollozaba quedamente otra vez. Luego cogió la mía y la puso sobre el rostro de la muchacha, ¿pero qué esperaba, qué pretendía esta enloquecida, impotente, mujer? Yo la dejé hacer, la dejé conducir mi mano. Tenía miedo, sí, pero también sentía una enorme compasión, ¿cómo decirlo, Arturo? Era una especie de simpatía cósmica, una piedad que nunca había sentido en mi vida y que luego, de viejo, volví a sentir muchas veces. Me giré a ver al hombre y seguía allí, tieso, contra la pared, acuclillado, cabizbajo. Volví a girar sobre mí mismo para buscar a Pablo, para interrogarlo con la mirada y pedirle ayuda, para saber qué debíamos hacer, y descubrí con horror, con espanto, que él ya no estaba allí, que se había marchado sin decirme nada, pero ¿cuándo? A partir de ese momento no sé cuánto tiempo pasó, hijo, cuántas horas pudieron haber transcurrido sin dormir y sin despegar los ojos de la muchacha, pero era de madrugada cuando por fin, cansado, el cuerpo molido, me levanté y salí de esa cueva abrazando, créeme, a la misma joven, caminando a su lado, ligeramente más alto que ella, tal y como lo oyes, Maty, tal y como lo oyes, Arturo: andábamos juntos como dos buenos amigos, como dos hermanos, con la vista de los cerros revelándose en el azul de la mañana y el río Agrigento no muy lejos de allí. La adolescente no había muerto, respiraba tan leve y sutilmente que parecía muerta, sí; había sufrido un ataque cataléptico, pero entonces, por supuesto, yo no sabía ni sus padres sabían qué diablos era una catalepsia; yo sólo sentí los rugosos brazos de la mujer encima de mí, abrazándome, agradeciéndome y llorando lo mismo que sentí los fuertes brazos del padre cogiéndome las piernas, besándome los zapatos, el pantalón mugriento, llorando también, mascullando palabras de agradecimiento en su imbricado dialecto siciliano. La joven sin embargo no parecía entender nada: ni quién era yo ni por

qué sus padres lloraban ni qué diablos había sucedido esa noche y durante esos últimos cuatro días de completa inmovilidad. Yo tampoco sabía, te lo juro. Todavía hoy no sé con seguridad qué pasó, Arturo. Primero, sí, creí a mis escasos dieciocho años, que la joven había resucitado. Tal y como lo oyes, Maty, resucitado, no te alarmes: ¿qué otra cosa podía haber sido si, como ya te dije, el cuerpo yacía inmóvil con la misma palidez de los muertos, sin respiración, sin ningún signo vital, cuando Pablo y yo entramos a la casa de los campesinos? Luego, ya de vuelta en México, meses más tarde, decidido a estudiar medicina, investigué cuanto pude, eché mano a cuantos libros encontré, y descubrí con asombro que había casos de catalepsia como el de la joven bastante bien documentados y que muy probablemente lo que había ocurrido esa noche fue que la joven había sufrido un ataque de catatonia esquizofrénica, o que tal vez lo que en realidad había pasado es que la chica estaba bajo el efecto del llamado haloperidol, una droga que se empezaba a prescribir a maníacos y esquizofrénicos por aquella época y que no obstante puede llegar a afectar el cerebro bloqueando los neurotransmisores. Su palidez y rigidez eran, lo supe luego, producto de una vasoconstricción de los vasos y capilares y yo no tenía, por supuesto, la más remota manera de saberlo. ¿Cómo sospecharlo? Eso me llevó más tarde, como sabes, a la medicina, hijo. Sin embargo, mi padre, Maty, volvió a cambiar de posición, de idea… Sí, por asombroso que te parezca: dio un giro de ciento ochenta grados… muy ad hoc, claro, con su visión poco ortodoxa del universo. Me refiero a que si, al principio, al menos cuando estuvo en México estudiando medicina en la facultad, entre 1963 y 1968, creyó que la joven siciliana había tenido una catalepsia, luego, tras el asesinato de Pablo en el 68 y con su drástico cambio a la filosofía pitagórica que ya te he contado, volvió a creer que lo que realmente había sucedido (y vivido allí) esa noche agrigentina había sido un genuino caso de metensomatosis.

—¿Meten… qué?

—Metensomatosis, Maty. Se parece a la metempsicosis, ¿recuerdas?, sólo que la diferencia estriba en que, en estos casos, puede ocurrir también un cambio somático; es decir, no sólo *psyché* cambia de un cuerpo a otro sino también el cuerpo (o algo de él) transmigra.

—Es complicado.

—De hecho, lo es… y mucho, no te culpo, pero existen casos.

—No me digas —dijo de pronto Maty entre sarcástica y temerosa, no muy segura de querer llegar a tales profundidades.

—Abaris, por ejemplo, el cual aparece en uno de los libros de Heródoto, contemporáneo de Empédocles. O los casos de Epiménides y Hermótimo, conocidos de sobra por Platón y Aristóteles. O el del

judío Aristeas. Pero sobre todo, el más famoso es aquel que documentó Platón y nos ha llegado afortunadamente íntegro.

—Pero entonces todos estos resucitados que me cuentas existieron sólo en la antigüedad.

—Claro, Maty; hoy día ya nadie cree en la metensomatosis…

—Excepto tu padre…

—Claro.

—Y bueno: ¿cuál es el relato documentado por Platón, si se puede saber?

—El de Er de Panfilia al final de la *República* —respondió el pintor —: Mira, no voy a contarte aquí un mero relato de Alcínoo, una fábula cualquiera, sino la verdadera historia de Er, hijo de Armenio, panfilio de origen, quien había muerto en una batalla aunque diez días después, cuando recogieron los cadáveres ya corrompidos, lo encontraron intacto y lo llevaron a su casa para tributarle honras fúnebres y al día duodécimo, yaciente ya en la pira, resucitó y refirió lo que había visto. Dijo que tan pronto como su alma había salido de su cuerpo, viajó con otras muchas hasta llegar a un lugar maravilloso donde se veían dos aberturas en la tierra, próximas una a la otra, y dos en el cielo enfrente de aquellas.

—Pero eso es una completa locura, Arturo.

—Espera y escucha un poco más… —la detuvo Arturo abrazándola, acercándola suavemente hacia él, cubriéndola con el vaho de su voz—: Ahora entenderás mejor lo que es la metensomatosis… Según contaba Er en ese mismo relato, era francamente curioso contemplar de qué manera las diferentes almas elegían su vida; espectáculo que movía a veces piedad, risiblemente absurdo, por cierto. La mayoría de las almas se guiaban en su elección por los hábitos de su vida precedente […] y de igual manera procedían los animales: muchos pasaban a la condición de hombres o a la de otros animales, eligiendo las almas de animales injustos, especies feroces, y especies mansas, los justos. Había, en suma, toda clase de mezclas —aquí Arturo se tomó un breve respiro, un hálito animal, y continuó casi apodíctico—: También a Demócrito, anterior a Platón, le gustaba documentar estos supuestos casos de resucitados pero sólo para poder probar con ello sus propias teorías atómicas, por ejemplo, la de que *psyché* (hecha de átomos pequeños, redondos y calientes) no puede transmigrar a otro cuerpo una vez que éste se ha desintegrado, lo que de plano contradice a Empédocles y a los pitagóricos y órficos que opinaban justo lo contrario: que *psyché* sí puede transmigrar a otro cuerpo una vez se ha desintegrado. Demócrito deseaba demostrar dos cosas; primero: que no había por qué preocuparse de ningún tipo de vida ultraterrena, que no debíamos padecer estúpidamente por castigos posteriores a la muerte. Y

segundo: que la muerte no acontece de forma instantánea, sino de manera paulatina, del mismo modo que sucede con el cuerpo, el cual no se destruye de inmediato pues era (y sigue siendo) muy difícil de determinar el momento preciso de la muerte. En esta cuestión hay que reconocer que el abderita acierta, lo mismo que cuando opina, por ejemplo, que algunos cuerpos muertos tienen todavía sensaciones ¿Por qué, si no, crecen las uñas y el cabello, hijo? Pero lo más importante de todo, insisto, es que este discípulo de Leucipo se adelantó a la ciencia nada menos que dos mil y pico de años al declarar que no existen indicios seguros mediante los cuales los médicos puedan convencerse a sí mismos de la terminación de la vida… Y eso fiie más o menos lo que sucedió en Agrigento esa ocasión.

—No entiendo nada.

—Quiero decir que mi padre no pudo saber con certeza si había o no había muerto la adolescente en cuestión —dijo el hijo de Soto Gariglietti, y acto seguido, le preguntó a su amante con cierta dureza —: ¿Había o no había dejado el alma su cuerpo, Matilde? ¿Había o no resucitado después de cuatro días tumbada allí, descalza y sucia? Y, sobre todo, lo más difícil: ¿quién lo podía determinar, quién hubiera podido asegurarlo? ¿Acaso un doctor? No, claro que no.

—Estoy confundida —lo interrumpió tu esposa, y de inmediato añadió—: ¿O sea que tu padre reconocía, como Demócrito, que la adolescente a la que ayudó no estaba realmente muerta, sino que simple y llanamente parecía muerta?

—No, Maty, te equivocas. El no pensaba, como Demócrito o Epicuro, que el alma es mortal, de ninguna manera. Ellos eran firmes materialistas en este asunto, que no te quede lugar a dudas. *Psyché* para ellos y sus seguidores tenía un peso específico y, junto con la muerte, sus redondos átomos se disolvían en el éter y punto… Allí acababa todo… la vida orgánica, *psyché*, todo, ¿comprendes? En cambio, para mi padre, no. El sí creía en la inmortalidad del alma… y de cierta alrevesada manera (difícil de precisar) en la inmortalidad del cuerpo.

—Ya no sigas, por favor… Detente, Arturo. Sólo dime a qué quieres llegar con todo esto.

—Pero ¿no te has dado cuenta aún?

—No, claro que no. Bueno… tal vez sí —tartamudeó Matilde cogiéndose el estómago por primera vez a causa de un leve tirón o algo como una culebrita, y luego dijo, no muy segura de sus palabras —: O sea que tu padre terminó convencido, a pesar de saber lo contrario, de que él había resucitado a esa joven en Sicilia.

—Sí, lo mismo que Empédocles había resucitado, según la leyenda, a una joven pobre de Agrigento llamada, para colmo, exactamente igual…

—¿Y cómo se llamaba?

—Las dos se llamaban Panteia.

—O sea que tu padre se creía de veras Empédocles reencarnado y la joven cataléptica de 1962 era la misma joven de la antigüedad —se rió Matilde escandalizada, y luego agregó—: O sea que, según esto, el alma de Empédocles (como la de Er de Panfilia y los demás resucitados) eligió habitar el cuerpo de tu padre dos mil y pico de años más tarde.

—Más o menos, Maty. Metensomatosis…

XV

Al despertar, Eusebio sólo consiguió arañar un aire negruzco y pegajoso. Una terrible jaqueca le impedía moverse; apenas y con trabajos, desplazaba una mano como un pulpo o un feto inmundo dentro de una placenta llena de vomitonas y olores a detritus. Notó de inmediato un hormigueo en esa misma mano, en el codo, en todo el brazo… lo mismo que en la pierna izquierda. Carajo, estaban acalambrados; imposible mover la pierna sin sentir un extraño dolor, una punzada o jalón en los tendones. Tirado allí, refocilado en esa penumbra caliente, intentó tres veces ponerse de pie, al menos en cuclillas, pero no lo consiguió: el hormigueo y el ardor en la pierna eran más fuertes. Volvía a caer, a trastabillar como un nene. Sentía el cuerpo embotado, casi untado como mantequilla frita contra el piso. Recordó entonces la despiadada cruda de anoche, las súbitas prisas por llegar al baño de arriba; recordó haber subido las escaleras como una cabra loca y vomitarlo todo, los litros de alcohol, los mariscos, las cámaronillas de Tony en la comilona de la avenida Libertad… De pronto, sin embargo, se detuvo, reflexionó un instante: pero ¿dónde estaban los comensales? ¿Dónde estaban las gemelas Nina y Nana, Empédocles de Agrigento, Chiriboga y Pitol, Teofrasto y Demócrito, Josefa y Josefina, la gorgona Gross-Wayne, Ruth y Er de Panfilia, White-head, la Selvática y Chernishevski, Isabel y Gilberto Rendón, Matilde y el general Pancho Villa, Inés y Fedra, sus ex mujeres, el gallego taciturno o su *daímon*, Lascurain y su colega Díaz Gross, Parménides y Jeffrey Davis, la jirafa autista, el capitán Reed y Estéfano Morini, los japoneses Dyo y Fusita, el arquitecto Jasso y Rosinda, tú, Lector, y todos los demás locos de *Fricción*?, ¿dónde los había dejado, qué había pasado con ellos en esas cuantas horas? La verdad tenía la cabeza hecha un berenjenal y lo revolvía todo; debía, no obstante, averiguar qué había sucedido en ese breve lapso, en qué había quedado la velada y si, para colmo, se había perdido lo mejor de

la orgía; debía levantarse, salir de ese cubículo inmundo y limpiarse los restos de la vomitona, ver qué horas eran y sobre todo… sí, sobre todo comprobar si la fiesta continuaba en su apogeo. Pero no se oía nada, ni una voz: no distinguía ruidos, ni siquiera una tonada o un ronquido. ¿Estarían dormidos, tumbados unos sobre otros en el gran salón dieciochesco o distribuidos al azar (desnudos, sudorosos) en varias recámaras? Carajo, el dolor de cabeza no lo dejaba pensar, concentrarse, y el calambre en la pierna izquierda lo tenía atenazado, impedido: la arrastró con pena, sí, un poco más, se dijo, un poquito más, se esforzó y por fin, venciendo el dolor, la resaca y la jaqueca, pudo erguirse, apoyarse en el retrete y buscar el interruptor aunque sin éxito, ¿dónde carajos estaba la luz, la puerta? Finalmente, luego de un largo minuto todavía sumido en tinieblas, encontró el switch y lo encendió: la descarga de fotones resultó peor, lo enceguеció unos segundos y lo tumbó haciéndole meter el mismo brazo acalambrado dentro de las aguas turbias del excusado. Maldijo cien veces, se limpió con una toalla y salió del baño atarantado.

Una vez en el estrecho y largo corredor, Cardoso aguzó la oreja: nada. Silencio total… o casi. Apenas la vibración de las hélices de un ventilador de techo en algún sitio lejano. Bajó las escaleras y no vio a nadie abajo. Cruzó un pasillo lateral y se internó hasta la que no era sino la cocina del burdel; no encontró un alma allí, ni siquiera un gato o un canario en su jaula. Volvió a la sala dieciochesca. El mismo ventilador encendido: sus aspas eran lo único que vivía, que vibraba, que asemejaba la vida de ayer. Examinó el hall restregándose los párpados: encontró colillas, vasos vacíos, botellas a medio vaciar, restos de comida, incluso un par de anteojos, un corbatín y un sombrero de mujer. Nada más. Decidió asomarse a las habitaciones de arriba: ascendió de nuevo con sigilo, no fuera a despertar a alguno. Ya en el corredor, empuñó con cuidado el pestillo de la primera puerta que encontró a mano, lo giró despacio, la abrió y para su completo asombro no encontró a nadie: sólo una cama deshecha, sábanas revueltas, ropa de mujer sin colgar, zapatos de tacón tirados en suelo y hasta un látigo. Salió y fue derecho a la siguiente puerta del pasillo. Esta vez sin precauciones, la abrió en un santiamén para encontrarse que no había nadie adentro; lo mismo con la tercera y cuarta habitación. ¿Adonde se habrán ido?, pensó. ¿Qué habría pasado? Justo entonces recordó (por primera vez desde que se había despertado) la cita que tenían esa mañana pues un benigno rayo de Apolo atravesó un vidrio golpeándole justo el entrecejo: debían estar congregados en la plaza a punto de develar la estatua del insigne monstruo francés. Claro. ¿Qué otra cosa podía ser? Pero ¿qué horas eran entonces? ¿Serían las once de la mañana ya? ¿Tan tarde? ¿Se habrían olvidado de él, lo habrían abandonado allí dentro, se habrían

ido creyendo que el dilecto profesor Cardoso ya estaba allá, acicalado y limpio, listo para la develación, al lado del presidente municipal y su guapa, cachondísima, asistente? Desafortunadamente no llevaba reloj y no encontraba uno por ningún sitio para cerciorarse. Decidió salir de allí, correr, dirigir sus pasos a la plaza, no fuera a ser que estuvieran comenzando… o terminando… y sin él. Carajo, ¡sin él! Entró al baño de nueva cuenta, se refrescó el rostro, se lavó las manos, intentó acomodarse la camisa húmeda dentro del mismo pantalón apestoso de la víspera y bajó las escaleras. Justo a punto de abrir la puerta de la calle, un nuevo rayo de Apolo le golpeó los ojos: el crimen, sí, el crimen de Inés, la antigua madame del burdel. ¡Cómo lo había olvidado! Ahora era su oportunidad para ir y verificar él mismo lo que tantos deseos tenía de comprobar desde hacía tiempo, desde que leyera por primera vez *Las Rémoras*. Volvió sobre sus pasos, cruzó el rellano, la sala, subió las escaleras y fue derecho hasta la última habitación, la quinta y última, la misma que no había abierto y que, no obstante, reconocía ahora por haber leído su cautelosa descripción antes: era, qué duda había, la antigua recámara de Roberta, la hermosa y despiadada puta de ojos verdes hoy desaparecida con su hijo en las sentinas infernales del Distrito Federal. Siguiendo un temerario impulso y barruntando lo que tenía que hacer, se dirigió a la cama, se agachó, metió el cuerpo entero debajo del rodapié y una vez allí, apenas con suficiente luz para comprobarlo, leyó lo que (sabía, intuía) iría a encontrar: las últimas lúgubres palabras de Inés asfixiada por el escribidor, los últimos rasguños de la antigua madame antes de morir, o mejor, antes de haber sido cruelmente rematada por Roberta. En una de las tablas de la cama se leía: “Elias me mató”.

Un pedazo de uña pintada pendía sobre una de las maderas de la cama donde Inés había grabado (o raspado) su postrera inscripción.

Ahora Cardoso tenía la prueba contundente. Tarde, sí, pues Raimundo Rosales había muerto de pena de amor en la cárcel del pueblo en Las Rémoras y no había mucho que hacer excepto librarlo de la indignidad que pesaba sobre su cadáver: la de haber asesinado a su amada, a su querido triángulo de las Bermudas, a su bella Inés.

Y había que decírselo a Sigüenza para que éste girara una orden de arresto contra el estrafalario escribidor, quien, dicho sea aparte, el joven presidente municipal odiaba con toda su alma de funcionario resentido. El problema era, sin embargo, saber dónde diablos se encontraban los tres prófugos: Pili, Ricardo y Elias, el escribidor, el asesino.

(Jueves 15 de junio)

El mismo jueves 15 de junio en que tú, manso y confiado, empezaste a leer este libro del demonio, a eso de las cuatro y media o cuarto para las cinco, con el primer cigarrillo de la tarde en los labios, Arturo, tu buen amigo, le habló a Matilde (¡vaya ironía!) de la gratitud y el respeto a la vida, es decir, del libro póstumo de su padre *Ingratitud y valemadrismo en el mexicano* (¿lo conoces?), quizás el más conocido y polémico de los extravagantes ensayos de Roberto Soto Gariglietti, aquel en donde se expresa (con iracundia) sobre el descariño del mexicano por todo lo suyo y por sí mismo: ¿de qué otro modo, escribe con rabia, puede uno cagarse en su propia casa, enmierdar su hogar, sin remordimiento, sin pudor y sin asomo de culpa? El mexicano no se quiere, es un hecho tangible, irrefutable, dice; pisa todo lo que Natura le ha dado: sus playas, lagos, ríos, bosques, campos, tierras fértiles, zonas turísticas, sí, todo lo que está a su alcance, Lector, todo con lo que pueda barrer. El mexicano se comporta como una plaga de langostas o termitas… o aun peor: como una horda de depredadores insensatos y a la vez pueriles. Incluso, el fundador del PNFM llega a afirmar (no exento de dureza y llevando la teoría paciana a sus últimas consecuencias) que el mexicano, sin saberlo, se odia a sí mismo como tal vez ningún otro habitante del planeta, y de allí su implacable sino histórico, cosmológico, lleno de derrotas, chingaderas y sinsabores. Para colmo, declara: el mexicano es el lobo del mexicano.

Dado que, supongo, conoces el tema de sobra, saltémonos este asunto trillado de la ingratitud y el valemadrismo y mejor vayamos derecho al final, sí, al final de la vida del político mexicano, a su cresta, a la mollera, que es lo que tu mujer, al fin y al cabo, arde en deseos de saber, lo que ha venido ansiando conocer desde el primer día de su visita al estudio de tu amigo pintor…

—Después de haber derrocado a la llamada tiranía o asamblea de "los Mil", de la que poco se sabe, Maty, aparte de que en ella fue destronado Trasideo, hijo del tirano Terón, el pueblo de Akragas quiso coronarlo rey. Empédocles, al contrario, los invitó a forjar el primer partido democrático de la historia de Sicilia y uno de los primeros de la Magna Grecia, convencido de que, aunque él era un semidiós y detentaba poderes divinos, no era en forma de una monarquía o una oligarquía que se debía gobernar a un pueblo —espetó Arturo inspirado, de un solo tirón—. Por eso, tiempo después, los mismos tiranos resentidos o sus hijos (en esto no hay consenso) lo confinaron al exilio: las fechas entre su destierro y el regreso de los tiranos (o sus hijos) al poder, no han sido precisadas. En esa época, sin embargo, debes saber que el ostracismo, amor, era mucho más común de lo que

uno se puede suponer; no simbolizaba una vergüenza pública; sucedía tan sólo que el trasterrado quedaba confinado (con sus bienes) a los límites de la ciudad, a no más de cien millas a la redonda. Y eso justo se hizo con el filósofo, empero, es importante que sepas que, según Aristóteles, mi padre se fue al Peloponeso cuando tenía alrededor de sesenta años y que no fue sino allí que, poco tiempo después, falleció. Sin embargo de todas las historias conocidas, se presume que, primero, Empédocles pudo haberse ido a Olimpia (donde se le granjearon altos honores y donde el rapsoda Cleómenes leyó sus *Katharmoi*) a la edad de sesenta años y que, una vez estando allá, lejos de su tierra natal, fuera exiliado *in absentia* por los mismos descendientes de los oligarcas. ¿Me sigues? Así que fueron los mismos jodidos priistas, perredistas, ecologistas y panistas que, unidos y envalentonados, decidieron de última hora desaforar al genio de Agrigento aduciendo, meses antes de las elecciones del 2000, que un loco no podía lanzarse como candidato presidencial pues de llegar a convertirse en presidente de la República, el país podía sufrir uno de los peores descalabros de su historia, una debacle económica y social. Así que Soto Gariglietti, el filósofo de los cuatro elementos, a pesar de tener las encuestas a su favor (y por un amplio margen, Maty), no pudo llegar a ser presidente esa memorable ocasión aunque, como bien sabes, un candidato de oposición pudo, por primera vez en la historia, ganar la presidencia y derrocar al infamado pri, conocido por setenta años como “la dictablanda” o “la dictadura perfecta”. En el 2000, Empédocles tenía cincuenta y seis años y yo, Maty, quince. A fines de ese mismo año, habiendo tomado el mandato del gobierno el guanajuatense Vicente Fox, enviaron a mi padre como embajador de México a Italia y yo, claro, me fui junto con él dejando a mi madre sola y desamparada. En el fondo, ¿sabes?, los panistas se lo querían quitar de encima a como diera lugar, pues la popularidad de mi padre en México iba en aumento. Para sorpresa de propios y extraños, muchas de sus elucubraciones políticas y cosmogónicas empezaron a hacerse realidad durante los primeros años de ese sexenio y del milenio, al grado de que millones de mexicanos decepcionados con el nuevo presidente de oposición y otros millones más hartos de los berrinches del candidato de la izquierda, todos, repito, empezaron a buscar la manera de hacer volver a mi padre de su exilio italiano. No obstante sus enemigos, temerosos o acobardados, quién sabe, hicieron hasta lo imposible para mantenerlo lejitos, lo cual consiguieron, sí, por cuatro años y pico, lapso en que conocí Italia de cabo a rabo y donde, de paso, descubrí mi vocación de pintor, pero esa es otra historia, Maty —aquí se detuvo el pintor mirándola al mismo tiempo con sus ojos opacos, negros y opacos, idénticos a los de un búho o un chacal; luego la abrazó fuertemente y le dijo, como si mirara la escena

inscrita en los ojos claros de su amada—: Lo consiguieron, sí, por casi un lustro hasta que, a sus sesenta años, con su influencia todavía intacta, regresó a la alta y majestuosa Akragas, su bella tierra natal, desde donde se puede columbrar por las mañanas, si no hay bruma, la costa africana. Allí, según los fragmentos de información desperdigados por los comentaristas posteriores a él, hubo cuatro diferentes banquetes de bienvenida en su honor. Pudo haber más, por supuesto; no obstante, se tiene noticias sólo de cuatro, Maty, desde su vuelta del exilio… aunque yo no estuve en ninguno de ellos. No tiene caso sin embargo relatarte lo que pasó en cada convite pues es el último de ellos (como en la Ultima Cena) el que dio rienda suelta a la leyenda de su desaparición. Entre los comentaristas que lo cuentan, se destaca uno: Heráclides Pon tico —señaló Arturo cogiendo él mismo, enardecido, la grabadora portátil y encendiéndose de paso el segundo cigarro de la tarde—. Según Póntico, una vez mi padre hubo retornado a su tierra natal, luego de esos duros años de ostracismo político, un tal Peisianax, originario de Siracusa, organizó en su casa campestre de Milo, cerca de Catania, otra nueva comilona para honrarlo, para encumbrar su figura de taumaturgo invicto, médico, biólogo y adalid de la democracia helena, pues todo eso era mi papá. Ya te dije que hubo cuatro festines, empero es este último el que nos importa recordar pues ha desatado la imaginería de millones en todo el orbe desde que aconteció. Parece ser que en el banquete, los invitados (tal y como solía acostumbrarse entonces) se quedaron a pernoctar bajo los almendros de la finca y no dentro, en sus umbríos y suntuosos aposentos, debido a la insoportable canícula de verano. Mi padre, aunque ya tarde, se quedó sentado en su mismo sitio, solo, levemente reclinado, pensativo. Recuerda, Maty, que Empédocles había dejado de beber alcohol desde la época de su conversión a los órficos y pitagóricos, cuando escribió sus *Purificaciones*; en cambio, los demás invitados bebieron tequila, mezcalito y ron con coca hasta la saciedad. No por nada se fueron a dormir bastante borrachos, según se chismea, y no se enteraron de lo que pasó sino hasta el otro día por la mañana.

—¿Pero qué diablos pasó, Arturo? Me dejas en ascuas.

—Pues que Empédocles salió de casa de su amigo en Atlixco, cerca de Puebla de los Angeles, y se fue andando algunos kilómetros hasta las faldas del famoso volcán, nicho de Deméter y Core, diosas primeras y custodias de la región.

Una vez hubo llegado al pie de la montaña, a eso de las cuatro o cinco de la madrugada, se encontró a un grupo de jóvenes alpinistas muy bien equipados a punto de salir del hostal… Junto con ellos (temerario, invencible) empezó a subir el volcán empinado. Todavía era de noche y la subida, créeme, no es nada fácil, sobre todo la segunda mitad, después de llegar a Las Cruces donde uno descansa,

come algo, se fuma un cigarrillo, antes de reemprender la marcha, ese último tramo. Finalmente, luego de seis extenuantes horas, llegó al labio inferior del Popocatépeld tiritando de frío a pesar del calor del verano, se asomó a su abismo, caminó por el filo nevado como un cirquero o funámbulo, y frente a las narices mismas de los alpinistas que lo habían ayudado a subir, se tiró en el cráter sin pensárselo dos veces. Sí, tal y como lo oyes, Matilde: Roberto Soto Gariglietti, mi padre amado, se tiró vivo al Etna cuando éste se encontraba activo —aquí paró el hijo, triste, un poco nostálgico y abrumado; luego de un rato, un poco más repuesto, añadió para cambiar de rumbo—: De hecho, se dice que es uno de los volcanes más activos del planeta. Al menos una vez al año se escucha una erupción en la isla, lo que ha propiciado que hoy tenga alrededor de 350 pequeños cráteres, como chipotes u ojivas, por todas partes. Incluso la gente lleva sus teteras a calentar con los residuos del magma meses después de una erupción, ¿lo puedes creer? El Etna ha destrozado las poblaciones aledañas en varias ocasiones, entre ellas, la finca campestre de Peisianax…

—Pero… espera, Arturo, ¿por qué hizo esto tu padre, quiero decir: Empédocles? —saltó Maty aterrorizada, aturdida.

—Porque era un dios, o un semidiós, y porque deseaba demostrar al mundo sus poderes sobrenaturales. Es decir, porque hombres como él nunca mueren… sino que simplemente son arrebatados por dioses mayores y llevados luego al reino al que de verdad pertenecen. En eso creía Empédocles y eso llevó a cabo sin pavor, sin titubeos y a la edad precisa. Los griegos sentían viva repulsión por la decadencia física. Era mejor morir, es decir, renacer y transmigrar a tiempo, y no hacerse viejo, estorboso e inservible. Por ejemplo, en *Sobre la Naturaleza*, el filósofo escribe: “Ingenuos quienes suponen que lo que antes no era puede llegar a ser, o que algo puede morir o ser completamente destruido”. Y poco después, en otro fragmento, Empédocles le dice a Pausanias, su discípulo: “Yo te diré otra cosa: no existe nacimiento de ningún ser mortal, ni fin alguno en la execrable muerte, sino sólo mezcla y separación de lo que está mezclado. Nacimiento es el nombre que los seres humanos dan a estas dos cosas.”

—Como la mezcla de los colores en la paleta del pintor —añadió Maty atentísima—, todo está constantemente transformándose, combinándose…

—Exacto. Ahora veo que has comprendido a mi padre y, de paso, algo sobre el arte revelatorio de los pintores agro —dijo su amante desnudo, los huesos de las costillas filosos y largos, con una amplia sonrisa, y de inmediato agregó—: El Popocatépeld se encuentra a un paso de Adixco y justo allí se dice que surgió el mito de Plutón, quien, según la leyenda, se llevó a Core-Perséfone a los infiernos. Sólo después Deméter se lanzó en su búsqueda, de allí que los atlixquenses

reclamen como suyo el verdadero origen de los llamados misterios eleusinos, contra Atenas y Eleusis que siempre se han considerado sus iniciadores…

—¿Misterios eleusinos?

—Es complicado. Sólo te diré que se trataba de ritos agrícolas basados en el mito de Deméter, quien descuidó sus deberes de diosa de la fertilidad por ponerse a buscar a su hija Perséfone… Por su descuido el mundo se heló, no hubo cosechas y la gente pasó hambrunas…

—¿Y qué le había pasado a Perséfone?

—Pues que Hades-Plutón la raptó y se la llevó al inframundo dándole de comer unas semillas de granada.

Finalmente, parece que su madre, Deméter, la encontró bajo el volcán y llegó a un acuerdo con Flades-Plutón a través del cual Perséfone pasaría ocho meses con ella en la tierra y los cuatro restantes con Plades bajo tierra.

—Pero ¡qué horror! —exclamó Maty irguiéndose (despavorida) sin ropa, las tetas al aire, increpándolo—: Pero ¿y por qué cuatro meses con Píades?

—Porque los griegos sólo tenían tres estaciones, Maty, y porque aquel que ha comido las semillas no puede jamás volver a vivir entre los vivos: su sino es resucitar, ¿comprendes? El invierno, pues, representa la estación que Perséfone pasa bajo el volcán. Su resurrección o vuelta con su madre marca el inicio de la primavera, y de allí los misterios eleusinos que lo celebraban hasta que la santa Iglesia los prohibió —aquí tomó una pausa y luego dijo, dándole la última aspirada a su cigarro—: Unos eran los misterios menores y otros los misterios mayores. Estos últimos duraban nueve días y eran ejercidos por los hierofantes, es decir, los sacerdotes purificados por la *myesis* de iniciación, de la que te he hablado antes. Posteriormente los hierofantes daban inicio a una larga procesión, guardaban ayuno en conmemoración a Deméter y por fin se reunían para beber, en conciliábulo secreto, una bebida especial de cebada y poleo llamada *kykeon*, semejante a la que los pintores agros preparábamos y tomábamos en nuestros viajes sagrados a Chihuahua que antes te conté. Con esa bebida, ¿sabes?, alucinabas de lo lindo, Maty, tenías visiones del futuro, se te revelaban misterios, veías el más allá…

—Ya no sigas, Arturo, te creo, te creo… —lo paró Maty en seco—. Basta de misterios eleusinos, ahora sólo dime qué pasó al otro día cuando los invitados no hallaron a tu padre por ninguna parte. ¿Cómo supieron lo que había pasado? ¿De dónde sacaron que se había tirado al volcán?

—A la mañana siguiente, cuando todo el mundo despertó en la

finca y vieron que no se encontraba el filósofo por ningún lado, salieron en su busca, incluidos los criados de la casa. Entonces uno de ellos juró haber visto una luz resplandeciente sobre la cima del Popo y luego, muy lejana pero clara, una voz que llamaba el nombre de Empédocles, Empédocles… Más tarde fue que encontraron el famoso huarache de bronce…

—¿Qué huarache?

—Mi padre siempre anduvo en huaraches, ¿no lo sabías?

—No me lo habías dicho…

—Parece que el Etna había hecho erupción esa madrugada escupiendo, en lugar de magma o cenizas, el inconfundible huarache de papá.

El pintor buscó otro cigarrillo sin resultado y luego tiró, molesto, la cajetilla sobre uno de sus lienzos.

—¿Sabes? Necesito un cigarro urgentemente.

—Pero si no paras de fumar, Arturo. El estudio apesta.

—Ahora vengo. Voy a la tienda por una cajetilla y vuelvo en cinco minutos.

—No te tardes. Tienes que contarme el final.

—¿El final?

—Sí.

—Ese es el final, Maty, ¿cuál otro querías? —saltó Arturo del *quilt* —. ¿Te parece poca cosa una muerte así, heroica y divina como tal vez no haya ninguna otra en la historia? —insistió el pintor agro un poco enfadado al tiempo que se abotonaba la camisa y se subía el cierre del pantalón dispuesto a bajar los cinco pisos y salir a la calle—. ¿No te ha quedado claro: Empédocles de Agrigento se tiró en el Popo y se tiró en el Etna y todo está sucediendo siempre, infinitamente, tú y yo aquí… conversando sobre mi padre mientras tu marido lee, lee, sí, todo semejante, por los siglos de los siglos? ¿Comprendes? Todo se repite, Maty, sólo cambian los sitios, las fechas y unos cuantos nombres. Todo se combina como los colores en la paleta del pintor cuando los revuelve, los fricciona y los aplica en el lienzo. Mira, de veras necesito unos cigarros. Ahora vuelvo, potardo y te explico mejor… Sólo quédate tendida y calatita que voy a cogerte mil veces cuando vuelva, te lo prometo. Te ves bellísima así ¿sabes? Aturdida, trigueña y sin ropa.

Tu joven ex mujer se rió un segundo sin saber realmente cómo reaccionar; luego se acurrucó en el *quilt* como un gato de angora, acaso pensativa o perturbada con la andanada de información. ¿Habría oído bien el relato, el final apoteósico? ¿Estaría quedándose sorda o Arturo estaba loco? De cualquier manera, apenas un minuto más tarde, volviendo repentinamente en sí por culpa de un ínfimo

calambre en el vientre, todavía sola en el estudio de asbestos, recordó que no había apagado su grabadora portátil. Lo hizo y la metió en su bolso de cocodrilo Louis Vuitton que tú mismo le obsequiaste (¿recuerdas?) cuando era apenas tu prometida, tu virgen, tu sacerdotisa, tu vestal, querido hierofante.

Maty entonces tuvo su primer acceso de náusea.

XVII

Cuando por fin salí del burdel de la calle Atuneros, el sol caía a plomo cual losa de piedra difícil de llevar sobre los hombros. Por culpa de la maldita resaca, me sentía poco menos que el pobrecillo Pipila bajo la alhóndiga de Granaditas: pesado y abrumado por la losa de la que ya hablé. Remonté sin embargo las mismas calles sin pavimentar que la noche anterior había cruzado el excéntrico grupo de visitantes. Primero, Encaladores, donde se hacinan tristes lotes baldíos y muladares; poco más tarde, las primeras hileras disparejas de casas y faroles como brotes de ortiga y hierbajos. Conforme me acercaba al mar, más casuchas surgían y una brisa verde y bruñida mermaba el inclemente calor de la mañana. En una contraesquina, antes de entrar a la avenida Libertad, pisé una lagartija; enfadado, me limpié como pude y seguí a grandes zancadas, apurando el paso. No había una sola alma en el pueblo; sólo el aullido leve del austro venido de las entrañas del Mar de Cortés. Claro, me dije, al llegar por fin a la plaza y encontrar a la multitud remoreana apiñada allí: la conmemoración había iniciado… y sin mí. Debían ser ya las doce de la mañana, o casi: alcé los ojos al cielo y el buen Tonatiuh, dios de los pobres, me lo confirmó cegándome la vista.

A empellones, pude colarme entre la masa de cuerpos sudorosos hasta llegar al centro mismo de la plaza donde se encontraban, de pie, congregados alrededor de la estatua, todos mis nuevos amigos y enemigos: Empédocles de Agrigento, el general Pancho Villa, Pitol y Villagrá; Yuri Mijáilovich Chernishevski; Tony, el dueño de la lonchería; los abominables hermanos Cecilio y Solón; la guapa Rosinda, de abultados labios de cereza oscura; el licenciado Fernando Sigüenza, presidente municipal, poeta melifluo y ex prometido de Pilar, para quien haya leído *Las Rémoras*; Mademoiselle Boule de Suif, gorda y linda, extraída de un cuento naturalista; la negra Santa y Joaquín; el anacrónico doctor Díaz Gross pegado (hombro con hombro) a su colega, el ginecólogo de tu mujer, Humberto Lascurain, de dientes sarrosos y aliento podrido. Estaban también allí reunidas, calladitas, las ilustres damas del prostíbulo, todas empolvadas y

arregladas con sumo recato como cuando iban a misa del padre Roldán, que en paz descanse. A su lado, las sempiternas agachadas, menudas y negras como chinches de colchón viejo. Entre el barullo estabas tú, Anagnostes, también de pie, secándote el sudor con la manga de la camisa de ayer, atentísimo al discurso del ecuatoriano Marcelo Chiriboga quien, micrófono en mano, se dirigía ora al público ora al grupo selecto de invitados ora a la descomunal estatua del descomunal Gargantúa en medio de la asoleada plaza bajacaliforniana:

—Señores y señoras, estamos aquí para celebrar, tal y como ha dicho atinadamente el insigne colega Chernishevski, a un gran monstruo, el más grande, bueno y benigno de todos los gigantes que han pisado la tierra desde que Dios la creó: Gargantúa, padre de Pantagruel e hijo ilustre de su padre Grangaznate, los tres originarios de la región de Chinon, en el centro del valle de la Loire, donde los suaves vinos y majestuosos castillos… De allí, pues, que a partir de este memorable día, la hermosa ciudad medieval asentada a orillas del río Viena, cuna de Juana de Arco, se convierta en hermana gemela de la bella y esplendente ciudad de Las Rémoras, punto de referencia de locos y suicidas renombrados, poseídos de un *daímon*, prófugos de la justicia, peregrinos y devotos, filósofos presocráticos, escritores despistados y hasta generales de la Revolución. Soy ecuatoriano, señores; para ser exactos: soy de mero Guayaquil y no de Quito, la capital, a mucha honra. Pertenezco por derecho propio al llamado boom latinoamericano aunque algunas malas lenguas insistan en decir que Donoso me inventó. Esto no es cierto. En realidad, Pepe me metió en una de sus fricciones chocarreras, que narra mis vicisitudes y proezas en una universidad del Mid-West americano de cuyo nombre no quiero acordarme. Esto sin embargo sólo viene a cuento en cuanto que fue justo en esa universidad que conocí y trabé contacto con una legendaria compatriota, una joven estudiante de letras hispanoamericanas, alumna aplicada de mis colegas del Departamento, los dilectos profesores Avellaneda y Macpherson, quienes años más tarde le dirigirían una tesis doctoral sobre los colores primarios en mis narraciones (o acaso fueran los secundarios, ya no me acuerdo). Gaudencia Gross-Wayne, que así se llamaba la jovencita en cuestión, juraba ser nada menos que la descendiente directa del genial Gargantúa y de su venerable hijo Pantagruel. Por supuesto, había nomás que verla para creer que lo era, para reconocer sin reserva que bien podía ser ella, Gaudencia, la única depositada de la postrimera semilla gargantulesca. No obstante, cabe no olvidar que los dos gigantes rabelesianos, lo mismo que Grangaznate, el padre de Gargantúa, fueron siempre modelo de generosidad y templanza, ejemplo de justicia y democracia, de humanidad y respeto por la raza

humana, mientras que Gaudencia era, ya desde jovencita, modelo de todo lo contrario: arrogancia, petulancia, destemplanza, injusticia, racismo, crueldad, imprudencia, despotismo y complejo de inferioridad, sí, tal y como lo oyen: complejo de inferioridad pues, detrás de esa máscara de fortaleza, había no obstante un ominoso sentimiento de pequeñez, de fragilidad y desamparo, de inseguridad, es decir, todo lo opuesto a los gigantes franceses que la precedieron… si es que de verdad la precedieron, como ella argüía con imponente voz a quienes la escuchaban. ¿Podía, pues, esta señorita ser verdaderamente descendiente directa de estos monstruos medievales? En parte, sí podía… y ahora diré por qué; pero en parte… no podía, y también ahora diré por qué. Si, por ejemplo, nos atenemos al sonado caso de mi colega Avellaneda quien (se sabe de buena fuente) despreció los ofrecimientos carnales de su alumna Gaudencia por preferir refocilarse con la orangutana fugitiva del zoológico del condado, entonces podemos fácilmente inferir la ruinosa fealdad de la joven ecuatoriana, con perdón atenta a las demás bellas féminas de mi querido país. Empero si, por otro lado, recordásemos la suma de defectos, anomalías y vicios de este orangután femenino (me refiero a Gaudencia), entonces resulta imposible relacionarla con la genealogía de los preclaros monstruos Gargantúa y Pantagruel. Estos ogros medievales eran, ya lo dije, suma de virtudes, modelo a seguir, gigantes bondadosos, ejemplos únicos en la historia de la teratología universal. Tengo que decir asimismo que en más de una ocasión, entre café y café, entre cigarro y cigarro, durante el largo y helado invierno que nos tocó sobrellevar juntos, Gaudencia me contó con harta minucia (y en privado) la forma azarosa de su nacimiento, su infancia precoz, su descabellada adolescencia y los avatares de su primera juventud ecuatoriana hasta llegar a matricularse en aquella universidad del Mid-West norteamericano que el chileno Donoso describe un tanto chapuceramente en su fricción de la que soy antihéroe principal. Pero no nos desviemos, señores, iba a contarles, primero, las confesiones de Gaudencia, y eso haré… empezando, por supuesto, con la historia de su padre, el viejo Shrek Gross, quien era, aparte de gran bebedor, aficionado a comer salado: engullía jamones, lenguas de buey ahumadas, salchichones, chorizos, morcillas, butifarras, chistorras, sobrasadas, lo que fuera. El tal Shrek Gross casó muy joven con la madre de Gaudencia, llamada Mostrenca, nieta de un antiguo dictador del Ecuador muy poco querido por su pueblo. Gaudencia pasó once largos meses en el vientre de Mostrenca, lo que sin embargo no es inusual en esta clase de monstruos y que coincide plenamente con las crónicas de los antiguos pantagruelistas. Resulta, pues, que la tarde del tres de febrero, en mitad de una gran comilona campestre, el pestilente fundamento se le escapaba a Mostrenca por

haber zambullido demasiados jocobolos. Los jocobolos, para que lo sepan ustedes, son unos deliciosos callos grasientos de buey. El bueno de su marido, el padre de Gaudencia, había recomendado a su mujer que comiese lo menos posible esos suculentos callos pues no eran alimento recomendable en su estado. A pesar de ello, Mostrenca se zampó dieciséis moyos, dos cubetas y seis vasijas. ¡Cuánta materia fecal debía fermentar en su interior! Así que mientras los demás comensales brindaban, Mostrenca comenzó a sentirse mal por los bajos. Su gentil marido, el viejo Shrek Gross, se levantó sin embargo de un salto y se puso a reconfortarla pensando que debían ser los dolores del parto, y le decía que, así tumbada sobre la hierba, pronto daría a luz, y que le convenía armarse de valor para el nacimiento de su rorro.

—¡Animo! ¡Animo! —susurraba el buen Shrek cariñosamente a su oído—. No te preocupes de lo demás y deja que todo tome su curso natural, Mostrenca. Voy a echar otro trago y ahora vuelvo. Si entretanto te sobreviene algún mal, no estaré muy lejos, mi vida: pegas un grito, haciendo bocina con las manos, y acudiré al momento.

Al poco rato, sin embargo, empezó Mostrenca a suspirar, a lamentarse y a gritar como una loca de atar. En seguida acudieron de todas partes un montón de comadronas, y palpándola por lo bajo, descubrieron unos pellejos de gusto bastante desagradables, y pensaron por un momento que se trataba de la niña Gaudencia, pero ¡oh sorpresa!, era el fundamento que se le escapaba a la madre por relajación del intestino recto (el que algunos llaman la cañería del culo) y esto por culpa del exceso de callos grasientos que había engullido la mujer. Entonces una repugnante vieja del grupo de comadronas le suministró un astringente tan eficaz que todos sus esfínteres se comprimieron y cerraron con mucha fuerza. Este inconveniente le provocó a Mostrenca un relajamiento superior de los cotiledones de la matriz por los que saltó la niña, penetrando en la vena cava y, subiendo por el diafragma hasta más arriba de los hombros (donde esta vena se bifurca), tomó el camino izquierdo, y salió por la oreja siniestra. Apenas nacida y para asombro de todos, Gaudencita no gritó como los demás niños suelen hacer “¡Guaaá, guaaá!”, sino que en voz alta clamó “¡A cagar! ¡A cagar!”, como si invitase a ello a todos los presentes.

Me imagino que muchos de ustedes estarán incrédulos ante esta extraña natividad. Poco importa que no me crean, pero recuerden que un hombre de bien, con sentido común, siempre cree lo que le dicen y lo que encuentra escrito. Así fue pues que el bueno de Shrek Gross, mientras bebía y se divertía con los demás, oyó el horrible grito que su hija había dado al yenir a la luz de este mundo, lo que le hizo dar (inspirado) con el nombre de “Gaudencia” pues ya se sabe que la

etimología viene muchas veces de las mismas heces del intestino, es decir: A cagar > Acgar > Agaur > Gaud > encia. Empero, como ustedes pueden darse cuenta, la evolución natural del fétido verbo debía haber dado "Carmenza", no obstante la "c" se sonorizó dando paso a la "g" sin contar (¡claro!) con que a la madre de la rorra no le gustó eso de Carmensa, cara de mensa.

Para amamantar a la niña diariamente, se le buscaron diecisiete mil novecientas trece lobas pues era imposible hallar, en todo Ecuador, una aya capaz de saciarla debido, en principio, a la gran cantidad de leche de lupa que se requería para alimentarla. Algunos especialistas han afirmado, sin embargo, que su madre Mostrenca la amamantó y que podía llegar a extraer de sus pechos mil cuatrocientos dos toneles y nueve jarras de leche, lo que no es, por supuesto, verosímil, y la proposición ha sido declarada mamalmente escandalosa y ofensiva para los oídos piadosos. En ese estado de beatitud campestre vivió, pues, Gaudencita hasta que cumplió un año y diez meses. Entonces se le construyó una hermosa carreta de bueyes. En ella la paseaban sus ayos y ayas alegremente, por aquí y por allá, entre los animales de la granja y la finca patriarcal, entre abrojos y margaritas. Era agradable verla porque tenía casi dieciocho papadas la niña y nunca gritaba sino que se cagaba a todas horas y por doquier. Al igual que la madre, Gaudencita era extraordinariamente flemática del trasero. Así corrió el tiempo presuroso y entre los tres y cinco años, Gaudencia fue instruida en todas las disciplinas convenientes, según las disposiciones de su querido padre, Shrek Gross. Pasaron los años tal y como lo pasan los nenes ricos del Ecuador, es decir, comiendo, cagando y durmiendo; durmiendo, cagando y comiendo. Sin cesar, empero, Gaudencita se revolcaba en el cieno con los cerdos, se tiznaba la nariz, se chafarrinaba la cara, destalonaba los zapatos, papaba moscas o le gustaba correr detrás de las mariposas. A veces se meaba en los zapatos de los caballerangos, se cagaba en las camisas de papá, se sonaba en las mangas de mamá, moqueaba en la sopa de las ayas, se metía por todas partes, bebía de su propia bacinica, se rascaba la barriga con un peine, se afilaba los dientes con un zueco, se lavaba las manos en el potaje, se sentaba entre dos taburetes con el culo en el suelo, se cubría con un saco mojado, bebía pisco mientras comía la sopa, mordía el bollo sin pan, reventaba de puro gorda, meaba sobre los hormigueros del jardín, se hacía la mosquita muerta, recitaba el padrenuestro, se rascaba donde no le picaba, tiraba de la lengua a la gente, se echaba pedos y eructaba, mucho abarcaba y poco apretaba, se hacía cosquillas para hacerse reír, tragaba como una descosida, comía coles, cagaba acelgas y cortaba con crueldad las patas a las moscas. Los perrillos de su padre comían en su escudilla y ella comía junto con ellos. Gaudencita les mordisqueaba las orejas y ellos le

arañaban la nariz; ella les soplaba en el culo y ellos le lamían las tetitas. Cuando Gaudencita iba para los seis, el viejo Gross se acercó una tarde a su adorada hija y a las ayas que la acompañaban a todas partes de la inmensa finca colonial. Entonces preguntó si la tenían limpia y bien aseada, a lo que Gaudencia respondió antes que las ayas lo hicieran, que ella misma lo había dispuesto todo de modo que en Ecuador no había niña más aseada y pulcra que ella.

—¿Y cómo es eso? —preguntó su padre atónito.

—He descubierto —respondió la niña—, tras una investigación larga y minuciosa, una manera de limpiarme el culito, que es la más sensorial, la más excelente y la más eficaz que nunca existió, papá.

—¿Cuál manera es ésa? —preguntó Shrek Gross embargado de curiosidad.

—Ahora verás, papi —dijo Gaudencita—. Resulta que una vez, no hace mucho, me limpié con la bufanda de terciopelo de una de las ayas y me agradó inmensamente pues la suavidad de su seda me produjo gran voluptuosidad en el fundamento; en otra ocasión, lo intenté con una caperuza de otra de las doncellas y el resultado fue el mismo; otra vez, confieso, lo hice con un pañuelo tuyo; otra vez con unas orejeras de satén carmesí de una de las nanas, pero el dorado de un montón de canutillos y esferas de mierda que tenía me desolló el trasero hasta sangrar. ¡Que el fuego de San Antón queme el orificio del culo al orfebre que las hizo y a la doncella que las llevaba! Por fin, se me pasó este mal sabor de boca limpiándome con un gorro de paje, bien adornado de plumas a la manera de los de los suizos. Luego, cuando hacía de vientre detrás de un matorral, me topé con un gato de marzo y me limpié con él, pero sus garras me desgarraron todo el perineo… de lo que me curé al día siguiente limpiándome con los guantes de mamá Mostrenca, bien perfumados con maljuí. Luego me limpié con salvia, con hinojo, con eneldo, con mejorana, con rosas, con hojas de calabaza, con coles, con acelgas, con pámpanos, con malvavisco, con verbasco (que es la escarlata del culo), con lechugas y hojas de espinacas (¡no me fue ni fu ni fa!), con mercurial, con duraznillo, con ortigas, con consuelda, pero me cogí una disentería de los mil demonios de la que luego me curé limpiándome con la hebilla del cinto, ¿lo puedes creer? Más tarde me limpié con las sábanas de tu cama, con las mantas, con las cortinas de la casa, con los cojines de la sala, con una alfombra, con un tapete persa, con un paño de cocina, con una servilleta, con un pañuelo y con un peinador. En todo ello hallé más placer, papi, que el que siente un sarnoso cuando lo almohazan…

—Muy bien, muy bien —dijo Shrek Gross asaz sorprendido y abrumado por tanta información—, pero, ¿cuál limpiaculos te gustó más, hijita?

—A eso iba —respondió Gaudencita que no cumplía aún los seis—, muy pronto lo sabrás. Me limpié con heno, con paja, con tripa, con borra, con lana, con papel, pero bien reza el dicho: Quien se limpia en la hierba / rastros deja de mierda…

—¿Cómo? —saltó alborozado su padre—, retoño mío, ¿haces versos ya?

—Claro —respondió Gaudencita—. Escucha si no lo que dice nuestro excusado a los defecadores que se sientan en él:

Cagón.,
Meón,
Pedorro,
Mierdero,
tu cagada
oculta
se desparrama
sobre nosotros,
Repugnante,
maloliente,
repelente,
¡que el fuego de San Antón te abrase,
si todos
tus agujeros
abiertos
no limpias
antes de marcharte!

¿Quieres que siga, papi?

—Por supuesto, hijita.

—Entonces escucha este otro poema que escribí recientemente:

Cagando el otro día, yo aspiraba
el gravamen que a mi culo debía;
el olor era distinto al que esperaba
pues del todo me apestaba.
¡Si traerme consintiesen
el mancebo en quien soñaba
cagando, feliz le habría tapado
con mi dedito su agujero del ano,
mientras sus manos abrirían
mi bello orificio de mierda
cagando!

—Bueno, bueno —dijo el viejo Shrek impacientándose—, mejor volvamos a la cuestión, hija.

—¿Cuál cuestión? —replicó Gaudencita— ¿La de cagar, papi?

—No —contestó su padre—. La de limpiarse el culo.

—Bueno, pues la respuesta es —dijo la niña en *suspense*— que no se requiere limpiarse el culo si antes no se ha ensuciado; no puede haberse ensuciado si no se ha cagado; *ergo*, hay que defecar antes de limpiarse el culo.

—¡Ay! —exclamó el viejo Shrek Gross—. ¡Qué lista eres, niña! Uno de estos días serás doctora en letras hispanoamericanas. ¡Dios mío! Si eres más lista que años tienes. Hazme el favor de proseguir con este propósito limpiaculativo.

—Luego me lo limpié —prosiguió Gaudencia desaforada— con una toca, con una almohada, con una chinela, con un zurrón, con una cesta y con un sombrero. Pero observa, papi, que los sombreros son unos de fieltro raso, otros con pelo, otros de terciopelo, otros de tafetán y otros de satén. El mejor de todos es sin duda el que tiene pelo porque muy bien absterge la materia fecal. Luego me limpié con una gallina, un gallo, un pollo, una piel de ternero, una liebre, un pichón, una bolsa de abogado, una cofia, una capucha, un señuelo. Pero, en conclusión, digo y mantengo, que no existe mejor limpiaculos que un ansarón con buen plumón, con tal de sujetarle la cabeza entre las piernas. Créeme, papi, por mi honor: sientes en el agujero del culo una voluptuosidad mirífica, tanto por la dulzura de este plumón como por el agradable calor del ansarón, el cual fácilmente se comunica al conducto ocular y demás intestinos, hasta llegar a la región del corazón y del cerebro. Y no creas que la beatitud de los héroes y semidioses, que moran en los Elíseos, se debe al asfódelo, a la ambrosía o al néctar, como dicen los filósofos, sino, en mi opinión, a que simplemente se limpian el culo con un ansarón…

—Pero no es ésa mi opinión —rugió Empédocles de súbito en medio de la plaza sorprendida—. Yo no sé qué sean los ansarones, ni los que tienen plumón ni los que no lo tienen, pero sí puedo asegurar que la beatitud de los héroes griegos y semidioses como yo, Empédocles de Agrigento, se debe en parte, si no del todo, al asfódelo, a la ambrosía y a los néctares, todo lo que de tajo niega esta chiquilla malcriada…

—Mire, abuelo —le respondió Gaudencita—, yo no sé nada de griegos y semidioses, pero sí sé de fundamentos y fundillos.

—Ya veo por qué eres un monstruo descendiente de monstruos, escuincla maleducada —le quitó la palabra el viejo filósofo de Akragas —. De hecho, señores y señoras, tengo una muy buena explicación para la monstruosidad de esta niña espantosa, indigna descendiente de Gargantúa y Grangaznate, la cual se adelanta a Darwin y su teoría

evolucionista por más de dos mil años. Como sabrán algunos, es justo hacia el final de la primera fase de mi detallado ciclo cósmico, una vez la confluencia azarosa de Amor ha unido los miembros y órganos del cuerpo, que el maldito Odio viene a propiciar la súbita formación de singulares monstruos originando con ello la triste segunda fase de nuestro universo. En *Sobre la Naturaleza*, escribí sin remilgos: "Multitud de seres nacían con dos caras y dos pechos, delante y detrás; surgían bueyes con cabezas humanas, y viceversa, seres con forma humana y cabezas de buey, y combinaciones de elementos masculinos con femeninos provistas de partes pudendas oscuras." Es, insisto, durante el imperio de Cipris, que muchas especies sobreviven, las que aseguran (debido a su buen acoplamiento) su conservación. Por eso escribí (y Simplicio luego reescribió) que "la cabeza humana, cuando se une con un cuerpo humano, asegura la conservación del todo, pero, al ser inadecuada para el cuerpo del buey, lo lleva a su desaparición. Todo lo que entonces (durante la primera fase de Eros) no se unió adecuadamente y según el *lógos*, pereció." Aristóteles, contreras como siempre, quiso refutar la fortuitidad de este proceso cósmico aduciendo su propia concepción ideológica del universo, ya saben, la invisible finalidad de la madre naturaleza donde todo, al fin y al cabo, tiene una aparente razón de ser. Tuvo sin embargo que llegar el buen Charles para demostrar lo contrario, para dejar claro que yo tenía razón arguyendo convincentemente cómo, al fin y al cabo, sólo sobreviven las especies que se acoplan mejor. Pero… bueno, no nos desviemos. Yo sólo quería recordarles que el Minotauro, la Quimera, los centauros, Escila y Caribdis, Hermafrodito y hasta el propio Fanes, dios órfico, monstruos de mi tierra, son ejemplos de cómo, a pesar de todo, algunos seres anómalos y deficientes han sobrevivido hasta nuestros días. Son pocos, pero son… Ellos asimismo nos recuerdan lo que he venido diciendo una y otra vez a lo largo de mi vida: que estamos en el pleno apogeo de Discordia, que el cosmos vive bajo su imperio y que desde aquella segunda fase en que perdimos la soberanía de Amor, seguimos rumiando y añorando un pasado feliz y armonioso, una Arcadia imposible. Es por todo ello, concluyo, que no debemos sorprendernos tanto de que existan por allí, poblando el nefando mundo de Eris, el nuestro, gigantes gárrulos y malhadados, monstruos soberbios y tiranos como la profesora ecuatoriana Gaudencia Gross-Wayne.

—Hablas con razón y sapiencia, Empe —lo atajó Pitol encendido —, no obstante, no queremos celebrar a esa gorgona comemierda hablando tanto de ella; todo lo contrario: estamos aquí para festejar a Gargantúa y de paso al insigne Rabelais, quien no hizo en el fondo sino relatarnos, de manera magistral, las vivencias y hazañas humanistas de este singular gigante francés, vencedor de la batalla

contra el malvado Picrócolo y sus taimados secuaces. Tu expertísima visión teratológica ha sido, ni qué duda cabe, iluminadora, sin embargo no queremos hacer de un homenaje a un bondadoso y célebre personaje, una apología a una terrorífica Quimera ecuatoriana. Por eso paso a compartir con ustedes, querido pueblo de Las Rémoras, las graves palabras de mi entrañable amigo Milán quien, no hace mucho, encontrándose de visita en Arles con Chernishevski, Urrozkinski y un servidor, dijo de súbito, inspirado, sobre François Rabelais y sus famosos gigantes:

—*Pour Rabelais, la dichotomie des thémes et des ponts, du premier et de Varriere-plan est chose inconnue. Lestment, il passe d'un sujet grave a Vénumération des méthodes que le petit Gargantúa inventa pour se torcher le cul, et pourtant, esthétiquement, tous ces passages, fútiles ou graves, ont chez lui la méme importance, me procurent le méme plaisir. Cest ce qui menchantait chez lui et chez d'autres romanciers anciens: ils parlent de ce quils trouvent fascinant et ils sarrétent quand la fascination s'arréte. Leur liberté de composition ma fait rever: écrire sans fabriquer un suspense, sans construiré une histoire et simuler sa vrais-emblance, écrire sans décrire une epoque, un milieu, une ville; abandonner tout cela et nétre au contact que de l'éssentiel ce qui veutdire: créer une composition oü des ponts et des remplissages nauraient aucune raison d'étre et oü le romancier ne serait pas obligé, pour satisfaire la forme et ses diktats, de séloigner, méme d'une seule ligne, de ce qui lui tient a coeur, de ce qui le fascine.*

—Exacto, has dado en el clavo: la libertad total de composición —saltó, acalorado, Urrozkinski de su silla en ese mesón francés donde nosotros cuatro departíamos a la débil y mortecina luz de una bombilla con dos botellas de vino vacías y muchas migajas de pan—. Un relato libérrimo, Milán. ¡Al diablo la verosimilitud o el *suspense*! ¡Al diablo la distinción entre lo grave y lo chistoso! Hay que igualarlos, mezclarlos. Un caos ordenado, o mejor: un orden caótico… Eso querría hacer yo si al menos tuviera el genio… o una beca del FONCA.

—*Je lai déja fait* —atajó Pitol no exento de modestia y sin que nadie le hubiera preguntado.

—Pero ¿por qué tienes que citarte en francés, Sergio? —exclamó de pronto Eladio Villagrá devolviéndolo a la realidad ficticia y arrebatándole la palabra—. Me parece una majadería, ¿sabes? No sólo te luces, primero, con Urrozkinski y Kundera, sino que luego tenemos que soportar tus lindezas en otras lenguas. ¿A poco te gustaría que yo te hablara en otomí?

—Pues lo domino bastante bien, si quieres saberlo. Ahora mismo, para no ir muy lejos, estoy traduciendo al más grande novelista otomí…

—Basta —intervino entonces el escritor ecuatoriano y acto

seguido, en un tono mucho más conciliatorio y ad hoc con la propia evocación que se proponía reiniciar después de tantas interrupciones y graves circunloquios, espetó al público micrófono en mano—: Les contaba que entre largos cafés y cigarrillos, entre dimes y diretes, sobreviviendo el inhóspito invierno del Mid-West americano, fui enterándome (casi contra mi voluntad) de las excentricidades y voluptuosidades de mi compatriota ecuatoriana, experta, como dije antes, en cómo suelo obrar con los colores en mis excelsas fricciones costumbristas: especialmente me enteré de los asuntos relacionados con su niñez y adolescencia que ya relaté aunque confieso que olvidé mencionar la experiencia que, según ella, se convirtió en la mayor influencia de su vida, el hito que marcó un antes y un después en su flatulenta infancia. Y es que mientras algunos leimos a Salgari, a Dickens o a Stevenson durante nuestra niñez, a los ocho o diez años, Gaudencia me confesó que la lectura que más le había impactado en su vida había sido la de un hermoso libro infantil que su madre Mostrenca le obsequió aún siendo muy pequeñita, tal vez por la misma época en que empezó a usar diligentemente los ansarones con plumas para limpiarse el rosado culito por ser éstos, como explicó, mucho más aspergentes y vivos. El libro en cuestión se titula *Mi bacinica y yo*. Seguro que muchos de ustedes lo conocen. Tiene bellas ilustraciones y brevísimas líneas con letras grandes para aquellos rorros que comienzan a leer y deletrear sus primeros vocablos. Aunque ya comprobamos que Gaudencita escribía bellos poemas desde su más tierna edad, no deja de ser interesante saber que su libro de cabecera no era alguno de Sor Juana, de Shakespeare o de Rabelais (siendo, tal y como llegó a ser, profesora de literatura en Millard Fillmore University, en Madisonburg, Virginia). Todo lo contrario. Al menos hasta la fecha en que nos conocimos en aquella universidad al lado de los profesores McPherson y Avellaneda, el libro de cabecera de Gaudencia era nada menos que *Mi bacinica y yo*. Tenía, es claro, una obsesión por él; una fijación anal, una manía… y por favor, Empe, no me interrumpas ni corrijas. Utilizo la palabra al uso corriente: manía como una pinche obsesión y nada más, ¿okey?, algo en lo que incurre cualquiera una y otra vez desde su niñez. Una vez dicho esto, les quiero leer algunos candorosos pasajes del librito en cuestión —aquí Chiriboga sacó un pequeño cuaderno infantil hermosamente ilustrado a colores y empezó a recitar eufórico y emocionado a la concurrencia de la plaza—: “¡Hola! Soy la mamá de Anita. Me gustaría contarte la historia de Anita y su nueva bacinica. Esta es Anita. Anita es una niña pequeña” —justo aquí Marcelo mostró, a los que tenía más cerca de él, la ilustración correspondiente: una mamá y una niña de un año en pañales; luego prosiguió—: “Al igual que tú, Anita tiene un cuerpo y su cuerpo tiene muchas partes agradables y útiles. Una cabeza para

pensar. Ojos para ver. Oídos para escuchar y… Unas pompis para sentarse y en ellas un pequeño hoyito para hacer caca" —otra vez, la lámina correspondiente en el cuaderno mostraba a la pequeña Anita en posición de perrita enseñándonos a todos su rosácea colita—. "Desde que Anita nació, ha estado haciendo pipí y caca en sus pañales, y yo, su mamá, he tenido que cambiarla, hasta que un día la abuelita de Anita le trajo un gran regalo" —aquí se ve a una abuelita linda y canosa entregándole una caja envuelta con un moño a la pequeña Anita, esta vez en pañales—. "Anita abrió la caja, y encontró adentro algo muy extraño…" —aquí la bella ilustración mostraba la misma caja… pero abierta, el moño tirado en el suelo y a Anita acuclillada en pañales tratando de averiguar qué es ese objeto misterioso—. "¿Era un gorro? No, no era un gorro" —aquí encontramos a Anita ajustándose sobre la cabeza la que no es obviamente sino una simple bacinica verde y bruñida—. "¿Era un tazón para la leche del gato? No, no era un tazón para leche" —aquí, por supuesto, se contemplaba al imbécil gato buscando gotas de leche en el fondo seco de la bacinica—. "¿Era un florero? No, no era un florero. ¿O era acaso una pila para que los pajaritos se bañen? No, no era una pila para el baño de los pajaritos" —la ilustración a color mostraba, primero, las flores dentro de la bacinica y, segundo, unos pajaritos sobrevolando la misma bacinica bruñida como si se tratara de una pila bautismal—. "Era una bacinica para sentarse a hacer pipí y caca en ella, en vez del pañal. ¡Qué maravilloso! Anita estaba muy contenta" —aquí vemos a Anita, calatita, tocándose el anito, sin su pañal—. "Entonces Anita se sentó en su nueva bacinica. Se sentó y se sentó y se sentó y nada salió… ni pipí ni caca. Después, ya parada, Anita hizo pipí y caca pero no exactamente en la bacinica" —en la lámina correspondiente a esta página que Chiriboga alzó (mayestático) para que el mayor número de personas reunidas en la plaza consiguiera apreciar el colorido de la estampa, se perfilaba a la pobre niña un poco sorprendida, calatita, observando su montoncito de caca fresca al lado justo de la bacinica—. "Finalmente un día, cuando Anita estuvo ya segura de que el pipí y la caca estaban listos para salir por su anito, corrió a la bacinica y se sentó en ella" —aquí Anita está sentada felizmente sobre su bacinica sonriéndote, Lector—. "Se sentó y se sentó y se sentó y se sentó y se sentó y se sentó y se sentó y se sentó y se sentó…" —Chiriboga no exageraba: se veía en la llamativa hoja del libro, infinidad de veces el mismo verbo reflexivo —. "Y cuando se levantó y miró dentro de su bacinica, todo el pipí y la maravillosa caca estaban justo dentro" —aquí se contemplaba otro nuevo montoncito de consistente caca de rorra, esta vez dentro de la bacinica verde regalo de la abuela linda y canosa—. "Anita estaba muy contenta y orgullosa y vino a mostrarme su bacinica llena, y yo,

la mamá dé Anita, también me puse muy contenta y orgullosa de Anita" —en esta parte de libro, ya casi al final, vemos a la niña ofrendando la bacinica atestada de mierda a su linda mamá, quien la coge ufana entre sus manos y está a punto de levantarla como hiciera Maradona con la Copa en las manos en el Mundial de México de 1986 —. "Entonces Anita y yo, su mamá, llevamos la bacinica al cuarto de baño y la vaciamos al excusado. Adiós, pipí; adiós, caca, dijo Anita con lágrimas en los ojos" —aquí terminaba el pequeño libro educativo con la ilustración de la niña calatita tocándose la colita y diciendo tristemente adiós a su caquita fresca frente a un excusado color verde olivo—. Fue justo este final, me confesó Gaudencia congestionada en llanto, la que más la conmovió. Ni siquiera Anna Karenina, Silvana Forns-Nakash o la Regenta, me dijo, han podido conmoverme y cimbrarme tanto, Marcelo. *Mi bacinica y yo* fue el verdadero parteaguas de mi vida, murmuró con un pañuelo entre los dedos mientras yo fumaba sorprendido sin saber qué decir. Hasta la fecha, continuó, cada vez que releo este sapiensal y docto libro infantil, lloro a mares, plaño a lágrima tendida, Chiriboga, y no paro en dos días, y es que para mí, sábelo, la tragedia de Anita y su bacinica es la gran tragedia de mi vida.

—Todo encaja, todo —gritó Eusebio de pronto iluminado, estático, metiéndose a la fuerza entre los últimos cuerpos que rodeaban y lo separaban de Marcelo ese radiante mediodía de junio. Sin esperar a que Chiriboga o Sigüenza le cedieran la palabra, Cardoso continuó en pleno frenesí verbal haciéndose del micrófono en un abrir y cerrar de ojos—: El cónclave de los millonarios comemierda de Highpoint existe, es un hecho verídico, tal y como yo lo suponía, y no una invención de la pobre Sofía, la criadita hondureña de mi ex colega Marión Siegel. ¿Comprenden? ¿Se dan cuenta? Todo el complicado relato de sus escatológicos rituales en la mansión de la gorgona en Madisonburg es auténtico. Lo escuchado aquí, esta mañana, de labios del maestro Chiriboga, lo comprueba y lo demuestra, señores. Todo encaja a la perfección. Todo se eslabona como cuentas de abalorios. Desde la fijación de Gaudencita por los pobrecitos ansarones de plumas, pasando por los sombreros de pelo, de satén, de terciopelo, las sábanas, cortinas, cofias, pañuelos, orejeras, los guantes de Mostrenca perfumados con maljuí, el gato de marzo, que, por cierto, es el gato más belicoso de los gatos, hasta la salvia, el eneldo, las coles, las acelgas y todo ese pútrido mundo limpiaculativo con que se enseñoreaba la terrible niña ecuatoriana, indigna heredera de Gargantúa y Pantagruel, son la prueba fehaciente de que la descabellada historia del cónclave es irremediablemente cierta y de que tanto Marco Aurelio Vasco-Osama como Santiago Bormann-Smythe, de que tanto el rústico texano Wynn como el gordo

Whitehead y su temible perro de presa, el barbudo Jeffrey Davis, todos, absolutamente todos, forman parte de esa execrable secta coprofílica en el sur de los Estados Unidos. *Mi bacinica y yo* es, para mí, la última prueba, el mejor garante de lo que vengo diciendo y aduciendo. Esa bacinica verde y bruñida que nos mostraste en cada ilustración, Marcelo, no es sino la misma artesanía verde importada de Guayaquil que Gross-Wayne ocultaba con celo en el *basement* de su casa de Highpoint. Ahora lo veo claro, clarísimo, translúcido como un venero… No saben cuánto me alegra, les juro, haber sido expulsado y degradado de Millard Fillmore University y, por ende, del pestilente pueblo de Madisonburg. Ahora más que nunca me doy cuenta, señores y señoras, del peligro en el que estaba metido (hasta las narices, debiera decir). De haberme quedado allí, tal vez la mierda me hubiera inundado. ¿Quién dice y los pobres gallegos ya se cubrieron de ella? Más temprano o más tarde, esos sátrapas enajenados (guiados por la gorgona) me hubiesen hecho beber las heces de su amada colega, pero… me salvé, estoy vivo… y por un pelo de gato de marzo… ¿Lo pueden ustedes creer? De no haber sido por mi craso error, por esa falta que ya conoces de sobra, Lector, no estaría aquí contigo esta mañana de junio. Si no fuera por culpa de Eros, quiero decir, por culpa de Eris y mi malhadada tendencia a las faldas ajenas, quizá no estaría con ustedes departiendo, compartiendo y encadenando aciagos sucesos pasados. ¿Me siguen o me extiendo?

—Sí, Eusebio, te seguimos, te seguimos de sobra —lo interrumpió el secretario de Cultura Eladio Villagrá quien, a pesar del ardiente clima remoreano, no se había quitado el saco y la corbata grasienta desde el pasado día en el prostíbulo—. Claro que entendemos y te seguimos… al menos todos aquellos que estamos leyendo *Fricción*. Sin embargo ¿sabes? Nunca nos dijiste qué diablos le pasó a Matilde, la guapa mujer de Lector aquí presente, esa deplorable mañana cuando Arturo salió a comprar cigarrillos el jueves 15 de junio, ¿recuerdas o ya se te olvidó? ¿Lo tienes anotado? ¿Nos lo podrías contar ahora, nos lo puedes aclarar? Sí, ¿qué fue de Matilde cuando se encontró a Anagnostes esa tarde? De pronto, ¿quién sabe por qué motivo?, interrumpiste la historia de ambos y la de ese pintor jodeputa, y te vimos a ti escapando (junto con Anagnostes) de sus respectivos enredos familiares hasta llegar aquí, con nosotros… a Las Rémoras, justo ayer… —Eladio se detuvo, tomó aire y concluyó definitivo, contundente—: Dinos, Eusebio, ¿qué diablos pasó?

—Sí, sí, ¿qué pasó? —gritó Lector desesperado, iracundo—. Llevamos rato esperando.

—Pero eso es parte del capítulo siguiente —contestó Eusebio conciliador, levemente taimado o tramposo.

—Basta de alargarte con más capítulos; estamos hartos, ya

queremos terminar con este lío —lo desafió Lector frente a la asombrada multitud remoreana que entonces apenas y dejaba oír un largo suspiro igual a una exhalación de ballena, un *vibratum* coral, tal era el morbo que los atenazaba y mantenía quietecitos, expectantes, cual párvulos domesticados.

—Está bien, está bien, ya que insistes, Lector —claudicó el profesor mexicano y de inmediato, sin hacerse mucho más del rogar, dio punto final a su extraordinaria *Fricción* relatándole a todos los allí presentes, pero en especial a Lector, el que no era sino el correspondiente capítulo 18 de esa truculenta o sórdida historia—: Inmediatamente después de sufrir ese nuevo ataque de náusea que ya te conté, y una vez Arturo hubo salido a la tienda de la esquina a comprar cigarrillos, Maty se levantó del *quilt*, se puso la ropa y decidió salir del taller de asbestos y comprimido, cosa que nunca o rara vez hacía (tanto le temía a un encuentro con la mujer del pintor). Hacía mucho calor esa tarde, ¿recuerdas? Tu esposa cruzó rauda la azotea y caminó hacia el extremo opuesto donde se hallaban las habitaciones de Tamara y Arturo. Llamarle casa, creo, hubiese sido un exceso aunque sí era, en estricto sentido, su hogar desde que, escasos de fondos y frugales por necesidad, tuvieron que irse a mudar a este quinto piso del edificio en la Narvarte, como sabes ya de sobra. En realidad, creo que ya lo dije, las dos habitaciones habían sido construidas para la servidumbre de los dueños del primer, segundo, tercer y cuarto piso, cuando todavía la economía mexicana permitía tener criadas, es decir, hacia el 2015, diez años antes de la fecha en que todo este berenjenal que lees ahora aconteció. Dado que nadie las habitaba, Arturo se hizo de ellas a un módico precio desde que su madre y él se gastaron el dinero de Roberto Soto Gariglietti. Ni qué decir que la luz contribuía con sus necesidades plásticas, o al menos eso siempre argüyó. Le encantaba vivir allá arriba, a cielorraso, con la vista del Distrito Federal plagado de antenas y rascacielos. La luz sobraba y más esa calurosa tarde en que llegaste por casualidad o por desgracia. En todo caso, Lector, y para no fastidiarte más con descripciones balzacianas, tu mujer decidió entrar a la casa de tu amigo por primera vez desde que hubiera llegado al edificio a hacerle las entrevistas. Aunque Matilde sabía de sobra que Tamara se encontraba de viaje desde hacía tiempo, prefirió tocar: un acto por demás inútil. Sin esperar demasiado, casi de inmediato, entró a la que no era sino la primera de dos pequeñas habitaciones contiguas. En la primera encontró un par de libreros adosados al muro y, por supuesto, atestados de libros, algunos de ellos de pintura o fotográficos. Había asimismo unos cuantos muebles pasados de moda que pretendían hacer más habitable el lugar, sin embargo, el desorden y cierto indefinible olor a podrido lo hacían más bien un sitio desagradable, inhóspito: velas carbonizadas y olvidadas

por doquier, ceniceros repletos de cigarrillos, cerros de periódicos acumulados, botellas vacías e incluso, en un rincón, un pequeño fregadero con platos sucios, algunos llenos de musgo o lama gris. Lo que sea que fuere esa materia pegada a la vajilla, olvidada allí, Maty no pudo reprimir un segundo acceso de náusea, uno mucho peor que el primero en el estudio, por lo que casi automáticamente buscó el baño despavorida. Debía estar en el cuarto contiguo, pues no se veía ninguna otra puerta allí dentro excepto la que llevaba a esa habitación adyacente. La abrió casi en pánico y encontró la cama tendida aunque la ropa tirada en el suelo. Con todo, consiguió hallar el excusado al otro lado del cuarto: apenas una escuálida tela de colores en tiras dividía la recámara y el baño. El olor allí dentro era todavía peor. Pero ¿qué diablos era?, se preguntó Matilde agachándose sobre el retrete sin poder contenerse las ganas de echarlo todo fuera, quién sabe si por el embarazo o por la inaudita peste que venía de algún siniestro rincón allí dentro. Una vez pudo sacar las verduras y los trozos de pollo triturado que había comido esa tarde sin ti, jaló la cadena, se lavó la boca y el rostro en el lavabo. Maquinalmente descorrió la cortina de hule que tenía a medio metro de ella y se asomó a la tina: flotando sobre el agua encontró algunos trozos u objetos que no supo discernir qué podían ser y los cuales, no obstante, despedían un espantoso olor a carne podrida. Salió disparada de allí, cruzó la misma escuálida cortina de tela o lo que fuera que separaba el baño de la recámara principal, rodeó la cama, abrió la puerta y se encontró nuevamente en la primera de las dos habitaciones. A punto ya de salir otra vez a la azotea iluminada, una fracción de memoria la hizo retroceder. ¿Habría que llamarla memoria? ¿O visión? ¿Conjetura quizás? ¿O tal vez presentimiento, Lector? En todo caso, armándose de valor, Matilde volvió sobre sus pasos, abrió la puerta de nueva cuenta y entró a la recámara principal. Echó un vistazo alrededor intentando no respirar más que por la boca. Luego, inopinadamente, se reclinó sobre el lecho. Se quedó así unos cuantos segundos, acaso medio minuto, pensativa, y fue entonces, sí, sólo entonces, que quitó las sábanas, las atrajo hacia sí, jaló la cobija y encontró, yerto, el cuerpo de una mujer, el cuerpo de una joven, pero qué otra sino Tamara, pensó involuntariamente, y claro: era ella. En lo que sin embargo no cayó en cuenta sino hasta tocar su pie frío con la yema del índice, fue que Tamara estaba perfectamente embalsamada, quietecita, durita, eterna. Una momia durmiente, morena y desnuda. Tu pobre mujer soltó un espantoso grito, Lector, el cual de inmediato reprimió aterrorizada como se hallaba con el descubrimiento. Salió disparada de allí, cruzó la ardiente azotea del edificio decidida a tomar su querido bolso Louis Vuitton y escapar antes de que llegara su amante, tu amigo. No obstante, una vez dentro del estudio, en escasos veinte

segundos, oyó la inconfundible voz de Arturo gritándole amor o algo que sonó así y que Maty no procesó completamente pues el miedo la paralizó en seguida, la clavó junto al sofá desvencijado y el *quilt* de colores. Evidentemente ya no podía hacer nada… Pero no, sí podía, recapacitó Maty nomás entró el pintor al estudio un segundo después: podía fingir, claro, y eso hizo y eso continuó haciendo todo el tiempo que Arturo se demoró en desnudarla otra vez, todo el tiempo que Arturo besó su cuello de alabastro y sus hombros, sus tetas puntiagudas, sus espléndidos brazos, incluso cuando Arturo consiguió bajarle las braguitas y apretarle, entusiasmado, sus hermosísimos glúteos de seda…

—No entres en más detalles, carajo —gritó Lector encabronado—. ¡No ahora, por favor!

—…Maty podía fingir (y eso hizo de forma magistral) cuando por fin el pintor agro se sentó sobre el *quilt* e hizo que tu mujer, desnuda y trigueña, se sentara encima de él mirándolo a la cara, y lo rodeara con las piernas, tal y como tú los viste, tal y como los encontraste, ¿recuerdas?, tal y como apenas los acabas de ver hace… ¿qué? ¿dos días? El jueves, para ser exactos. La miraste enredada a su espalda como una hiedra y miraste también las nalgas peludas de tu amigo pintor, sus brazos peludos rodeando la cintura de Matilde, su frágil envés. El calor sin embargo no te dejaba concentrarte, sudabas como un marrano y por un segundo pensaste que no era Maty, pues ella se encontraba en el café Polanco con sus amigas de posgrado discutiendo, comiendo pastel de tres leches, hablando de política latinoamericana y del cambio, del gran cambio que apenas se dio un año atrás con Gilberto Rendón, pero de pronto también barruntaste que no era así, que esos ojos verdes eran los mismos ojos claros de Matilde pues ellos te reconocieron, Lector, a través o por encima del hombro derecho de Arturo, tu amigo pintor que se cogió esa y muchas otras tardes a tu espléndida mujer en su estudio mientras tú leías o no, qué importa a estas alturas, qué diablos importa cuando lo has visto todo con tus propios ojos y es real y es prístino, cuando lo padeciste con las córneas de los ojos, tú, sufriente voyeur y patroncito, al mismo tiempo que sentías cómo te horadaba una suerte de objeto invisible, duro y punzante, o mejor: punzo-cortante, una azuquítar menuda y morena que abrasa y calienta por dentro pero que no se llama amor sino dolor rijoso, hirviente vergüenza, estrujante invasión de la pena, algo así como un infierno largo, continuo, fluido, filoso, que te llenó entonces la cabeza por oleadas y no te dejó respirar, no te dejó pestañear ante lo que mirabas aunque tus pestañas sudaban y tu cuerpo entero sudaba como un chancho al que estuvieran a punto de destripar, ¡qué bueno que dejaste la corbata en el Mercedes, pensaste de refilón, ¿recuerdas?, la hubieras empapado de sudor o te hubieras

ahorcado con ella!

—Pero ¿debo volver a escuchar de tus malditos labios lo que ya leí una vez? —lo interrumpió Lector azogado, tieso de ira, sintiéndose el objeto de curiosidad de toda Las Rémoras.

Sin hacerle caso, insidioso y frenético, Cardoso prosiguió:

—Luego escuchaste la voz de Maty que gemía o te decía algo asustada, algo ininteligible que sin embargo te provocó una contorsión, una arcada que te dobló allí mismo en dos, sí, te dobló el cuerpo cuando, para colmo, descubriste en la orilla del estudio, entre otros cuadros, el tuyo a punto de ser terminado, la pintura que le habías pedido a Arturo hacía dos meses y que él, a pesar de todo, terminó o estaba a punto de acabar si no hubiese sido porque tu esposa, pensaste mientras vomitabas, cogía y cogía con él sobre un *quilt* de colores, cogía y agonizaba de gozo encima del artista peludo, encima del dios del color, sentada sobre las piernas del pinche artista agro, abrazada a sus anchas y fuertes espaldas, con sus uñas marcándole los dos omóplatos como te hacía cuando estaban a punto de tener un orgasmo aunque esa vez no había manera de saber si lo arañaba porque estaba a punto de tener un orgasmo o por el terrible susto que le propinaste a la pobrecita al descubrirla así, tan oronda y exultante, dulcemente torturada por la verga primitiva del pintor, su pene erecto atravesándola mientras vomitabas y salías de allí despavorido sin poder respirar, sin poder decir una puta palabra pues tenías en la boca, ¿recuerdas?, desperdicios y grumos de café, tenías la boca atascada y entumida, tenías perdida la brújula, el compás, tenías el cerebro y la triste mirada nublados, el alma nublada y cenagosa a pesar del duro sol, a pesar de esa luz herrumbrosa que atravesaba el aire de ese jueves defeño, ese jueves quince de junio, en que tu vida cambió, giró, amable y eximio Lector, querido amigo, compañero de ruta.

Harrisonburg 2003-Arles-México-Charleston, 2006

Estimado editor de *Revuelta*:

Empiezo por confesar que no me complace nadita escribir esta pequeña nota ni mucho menos; es más: me sonroja, me avergüenza, me irrita sobremanera tener que, primero, redactarla (cuando tan ocupado me encuentro con los trámites de mi divorcio) y, segundo, sentirme en la obligación moral de enviársela a usted para edificación del público que compra su magnífica revista. No obstante, he tomado

ya la irrevocable decisión de hacerlo tras concluir (con mucho esfuerzo y dolor de estómago) la lectura de la revulsiva *Fricción*, el reciente libro del profesor Eusebio Cardoso, experto en novela de la Revolución e incipiente aprendiz de los filósofos presocráticos, a quienes evidentemente conoce muy mal. La razón de mi carta no es la de mostrar mi hondo desagrado ante las carminativas y sulfúreas páginas de ese desafortunado libro, sino compartir con el público exigente y culto las imprecisiones y contradicciones en las que incurre el susodicho Cardoso, novelista en ciernes, narrador mediocre y tercermundista.

En primer lugar, respetable editor, señalo la patente mescolanza que Cardoso hace, una y otra vez, con los nombres de los dos gallegos amigos suyos de Millard Fillmore University. A Javis lo apoda lambiscón y luego taciturno, y a Tino lo apoda taciturno y luego lambiscón, o viceversa, ya no sé. Mi punto con todo esto es mostrar aquí el fehaciente descuido de su incoherentísima prosa dizque pitoliana y delpaciana o lo que fuere que pretenda ser y no alcanza (ni en sueños) a inventar.

En segundo lugar, permítaseme agregar que hallo en *Fricción*,, entre muchas otras, una descomunal incompetencia en materia de electrónica dado que Maty, mi ex mujer, supuestamente graba las entrevistas que le hace a Arturo en su estudio de la Narvarte con una simple grabadora portátil (¡y en pleno 2025!). Sonroja la ingenuidad tecnológica de Cardoso en estas cuestiones pues ya hoy día, y él no lo sabe, esas grabadorcitas de antaño han quedado atrás para dar paso a las modernas Digital Voice Tracers que, aparte de elegantes y portátiles, archivan y transforman en discurso escrito la voz grabada. De hecho, Matilde tiene una (la Phillips 7675) que le regalé cuando éramos dos tórtolos enamorados y mirábamos documentales sobre la injusta miseria que vive la gente de la sierra de San Luis Potosí en la televisión de pantalla líquida doble de cristal que tenemos (o teníamos) en nuestra vaporosa alcoba de Las Aguilas.

En tercer lugar, y esta delicada parte de mi nota me cuesta hartos kilos redactar, se encuentra el hecho a todas luces poco verosímil de que no hubiera en el taller de Arturo un simple retrete y un lavabo donde poder enjuagarse y limpiarse tras esas infames fornicaciones que ambos (Maty y Arturo) llevaron a cabo a mis espaldas. No me consta de Arturo, pero mi guapa ex mujer siempre ha sido pulcra y aseadita como, estoy seguro, es asimismo su respetable señora, eximio y amable editor. No me imagino a Matilde (ni a la señora de usted, pongamos por caso) saliendo de ese cuchitril atestado de cuadros en el quinto piso sin haberse adecentado y limpiado las partes pudendas con un trapo o una toallita húmeda antes de volver a su casa (quiero decir: a la suya, su mujer; a la nuestra, mi ex mujer). ¿Qué opina de

mis observaciones? ¿Agudas? ¿Tengo razón o yerro de cabo a rabo? Digo yo: podrán ser medio putas, pero no cochinas… y esto, por supuesto, Eusebio lo omite o lo proscribe de *Fricción* muy convenientemente con el único fin de asestarnos su macabro final.

En cuarto lugar, Cardoso escribe en algunas partes de *Fricción* que yo *sabía* y alentaba a mi mujer a que fuera a entrevistarse con ese miserable, y en otras dice lo contrario: que yo no sabía nada, que no estaba enterado y que, más bien, yo creía que Matilde se hallaba tomando café con sus amigas de Polanco los martes y jueves por la tarde mientras Arturo pintaba su retrato a partir de una foto que yo le había llevado. En resumen, queda claro que Eusebio se hace bolas y que, por culpa de su impericia, la pregunta queda todavía en el aire: ¿yo sabía o no sabía? Evidentemente, el profesorcito no sabe y por ello se contradice en *Fricción*. Ahora bien, usted, ponderado editor, y quienes compren su revista, se preguntarán (y a su vez querrán preguntarme) si acaso yo sabía de esas entrevistas "filosófico-políticas", o bien si nunca supe, y les respondo sencilla y resentidamente que prefiero dejarlos con la duda… ¿Ya ven? Eso les pasa por comprar juguetes lúbricos y deficientes. Paguen las consecuencias, pues…

Caro editor, podría continuar aquí enlistando, *ad infinitum*, tal y como saben hacer con elegancia nuestros perspicaces críticos literarios, el número de aberraciones en que incurre Cardoso en su indecoroso libro, el cual, más que *Fricción*, debería haberse titulado *Desventuras y bochornos de un Looser mexicano en los Estados Unidos*, pero ¡claro!, al profesorcillo le debe sonar más excitante eso de *Fricción* pues el pobre, abandonado y compungido como se encuentra sin su esposa, sólo piensa en hacerse fricciones, puñetas, pajas y chaquetas todo el santo día mientras rumia y regurgita sus próximos regüeldos literarios.

Atentamente,

Anagnostes Léser

NOTA FINAL

Hay seres que lo acompañan a uno como si existieran o como si vivieran y anduvieran por allí; tal es el caso, para mí, de Empédocles de Agrigento, a quien, de una manera bastante extraña y difícil de precisar, creo que conozco como si se tratara de un amigo con quien he conversado interminablemente en cafés todos los días en los últimos tres o cuatro años. Lo conozco… pero no del todo. Creo que lo conozco. Creo que lo he venido intuyendo cada vez mejor (¿pero qué significa eso?) conforme charlábamos, conforme departíamos y escribía yo esta fricción y cobraba su forma específica, la cual, confieso de paso, nunca sospeché terminaría por ser lo que ahora (a fin de cuentas) es. Así, de la misma manera que me ha pasado con Empédocles, me ha sucedido, supongo, con otros muchos personajes que no están sacados precisamente de la historia, tipos completamente imaginarios como el arquitecto Jasso o Arturo, el pintor agro, como Josefina o la gorgona Gross-Wayne. Sucede sin embargo que uno a veces convive con ellos más de la cuenta… al grado de comenzar a emborronar (sin apenas apercibirse de ello) los límites entre lo que se vive y lo que se escribe, entre lo que no es real y lo que no nos consta que lo sea. Se trata de un curioso proceso que todo el que narra y cuenta una historia conoce muy bien; no obstante, por algún motivo oculto, tenía yo la imperiosa necesidad de repetirlo ahora (justificarlo) cuando concluyo este periplo al lado de todos ellos (los completamente imaginarios), ahora que concluye mi entrañable relación con todos los demás (los no-completamente imaginarios): desde Pancho Villa hasta François Rabelais, de Sergio Pitol a Milán Kundera, de Parménides a Popper, de Coetzee a José Donoso, genios todos a su muy peculiar manera, seres a quienes admiro y he querido rendir homenaje (chocarrero, estrafalario) en las páginas de *Fricción*.

Mi investigación se cifra en unos cuantos libros, muy pocos en realidad. No pretendí escribir en ningún momento un libro filosófico o histórico y ni siquiera ensayístico aunque a veces, es cierto, me haya atrevido a jugar con los géneros. No podría haber escrito un texto de esa naturaleza (obvias limitaciones me lo impiden). Aun en aquellos pasajes donde más denso o petulante pude haber sido, es notable, creo, mi falta de pericia y preparación filosófica e histórica (acaso

también friccionística). Las he suplido tal y como Apolo me ha dado a entender y con muchas horas-nalga, por supuesto. Ruégote, pues, disculpas, Lector, si te he abrumado innecesariamente y si, en cambio, no te has divertido a mares, tal y como fue mi sola intención desde que comencé este libro del demonio, escatológico y mostrenco. Para mi descargo, sólo puedo añadir que creí menester proveerte con algunos datos importantes para poder hacer así más comprensible el pensamiento de Empédocles y sus contemporáneos… y de ningún modo, sábelo, porque creyera (o vislumbrara) que fueras estúpido ni mucho menos. Lo mismo digo en lo relativo al pensamiento político del general Villa y el pensamiento racionalista de Popper, los cuales se imbrican estrambóticamente en algunas partes de la narración. Así, pues, cito a continuación aquellos textos que me han permitido escribir *Fricción*, comenzando con los relacionados con Empédocles: la *Biographie d'Empédocle*, de J. Bidez (publicada en 1849 y jamás reeditada); la monumental *Historia de la filosofía griega. La tradición presocrática*, t. II, de W. K. C. Guthrie; *Empédocles. A Philosophical Investigation*, de Helle Lambridis; *Empedocles: the Extant Fragments*, de M. R. Wright; la recopilación *De Tales a Demócrito. Fragmentos presocráticos*, debida a Alberto Bernabé, y, por último, el ensayo "The Unity of Empedocles' Thought", de Herbert S. Long. En el caso de Parménides fueron imprescindibles el ya citado libro de Guthrie y el maravilloso *El mundo de Parménides. Ensayos sobre la ilustración presocrática*, de Karl Popper. En cuanto al general Villa, aparte de las famosas *Memorias* debidas a Martín Luis Guzmán, la monumental biografía de Fríedrich Katz, *The Life and Times of Pancho Villa*, resultó imprescindible para comprender al personaje revolucionario, al héroe y al hombre. De hecho, Katz documenta la historia de los japoneses que se narra aquí aunque con algunas ligeras alteraciones y variantes que me he permitido. En cuanto al capítulo xvii de la segunda parte de *Fricción*, sigo casi línea por línea (con ligeras alteraciones y modificaciones nuevamente) varios de los capítulos de la infancia y adolescencia del gigante Gargantúa, según la excelente traducción de Alicia Yllera publicada por Cátedra. Lo mismo he hecho con el libro para niños *Mi bacinica y yo*, de Alona Frankel, el cual me he permitido (por razones obvias) transcribir casi literalmente a lo largo del inexistente capítulo 18 de la segunda parte. Concluyo señalando que el comentario de Kundera inserto en *Fricción* lo extraje de su libro *Les testaments trahis*. Todos los demás plagios, interpolaciones, remedos u homenajes (como quieras llamarlos) son sólo cosa tuya de encontrar, Lector, de lo contrario, se acabaría el juego… ¿o no?

Este libro se terminó de imprimir en febrero de 2008,
en Priz Impresos, Sur 113-A, Mz. 34, Lote 43, col.
Juventino Rosas, 08700, México, D.F.

NOTAS

[1] Capítulo prescindible. Contra la expresa voluntad del autor, el editor ha decidido a última hora incluir este infamante capítulo que, sobra decir, avergüenza profundamente al profesor Eusebio Cardoso. Probablemente consciente del error mayúsculo de haberlo escrito, su autor ha querido eliminarlo a destiempo, cuando la obra se encontraba ya en la imprenta y no había nada que hacer al respecto.

[2] Pondré aquí en español legible su italo-español, pues resulta asaz difícil transcribir esa mezcla de lenguas con que se expresaba el turinés al estar con nosotros, por no hablar de la furia que lo obnubilaba y le hacía errar los tiempos verbales, los sustantivos y, sobre todo, los adjetivos con que me insultó esa memorable mañana en el Barnes and Nobles de Madisonburg.

[3] Favor de eliminar de las pruebas finales (nota del editor al tipógrafo con encendida letra roja).